

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
Nº 35 Primer Semestre de 1994

HUMANIDADES

Trazos sobre Oswald Spengler, <i>Martín Cerda</i>	9
Recursos léxicos expresivos en el español de Chile, <i>Ambrosio Rabanales</i>	23
Nacionalismo, modernismo y mundonovismo: especificidad de la poesía chilena moderna, <i>Nain Nómez</i>	43
<i>Narratio Picta</i> . Una categoría de la antigua retórica en la pintura medieval, <i>José Ricardo Morales</i>	57
Teresa Wilms Montt, éticamente elegante, <i>Ruth González-Vergara</i>	75
Catástrofes: la irrupción de la naturaleza, <i>E. Sabrowsky</i>	107
Cristián Huneeus y la metaliteratura, entrevista de <i>Edgard O'Hara</i>	119
El mejor de mis maestros, <i>Diego Muñoz Valenzuela</i>	127
Notas sobre <i>La Biblia</i> , <i>Marcos Libedinsky Tschorne</i>	141
<i>Paradiso</i> : una subversión epistemológica. Novela de formación órfica, <i>Jaime Valdivieso</i>	165
Igualdad y emancipación. Una nota sobre los escritos de Jacques Rancière, <i>Carlos Ruiz Schneider</i>	173

CIENCIAS SOCIALES

A propósito de don Antonio García y su historia de Chile, <i>José Miguel Barros Franco</i>	181
--	-----

¡Al fin! Todos somos posmodernos. La cultura material como paradigma de lo cotidiano, <i>Francisco Gallardo</i>	193
La historia como dedicación, <i>Augusto Salinas</i>	201
Una aportación al debate: las fuentes orales en la investigación histórica, <i>Joan de Alcázar i Garrido</i>	231
Algunas aproximaciones al pensamiento de José Carlos Mariátegui, <i>Luis Castro</i>	251
De tehuelches, césares y australidades. Una relación postrera de Nicolás Mascardi S.J. (1673), <i>Eduardo Téllez Lúgaro</i>	265
Experiencia chilena y vía chilena al socialismo: un estudio crítico de la cultura política de la Unidad Popular (1970 - 1973), <i>Alberto Aggio</i>	277
La trayectoria histórica del mutualismo en Chile (1853 - 1990). Apuntes para su estudio, <i>Sergio Grez Toso</i>	293
Néstor Meza: las huellas de un maestro, <i>Cristián E. Guerrero Lira</i>	317

TESTIMONIOS

Vida de cuartel. Joaquín Díaz Garcés, recopilación y prólogo de <i>Evangelina Mundy</i>	327
El dibujante Rojas, Enrique Blanchard-Chessi, <i>Orietta Ojeda Berger</i>	373



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS

mapocho

Revista de Humanidades y Ciencias Sociales
N° 35 Primer Semestre de 1994

HUMANIDADES

Trazos sobre Oswald Spengler, <i>Martín Cerdá</i>	9
Recursos léxicos expresivos en el español de Chile, <i>Ambrosio Rabanales</i>	23
Nacionalismo, modernismo y mundonovismo: especificidad de la poesía chilena moderna, <i>Nain Nómez</i>	43
<i>Narratio Picta</i> . Una categoría de la antigua retórica en la pintura medieval, <i>José Ricardo Morales</i>	57
Teresa Wilms Montt, éticamente elegante, <i>Ruth González-Vergara</i>	75
Catástrofes: la irrupción de la naturaleza, <i>E. Sabrowsky</i>	107
Cristián Huneeus y la metaliteratura, entrevista de <i>Edgard O'Hara</i>	119
El mejor de mis maestros, <i>Diego Muñoz Valenzuela</i>	127
Notas sobre <i>La Biblia</i> , <i>Marcos Libedinsky Tschorne</i>	141
<i>Paradiso</i> : una subversión epistemológica. Novela de formación órfica, <i>Jaime Valdívieso</i>	165
Igualdad y emancipación. Una nota sobre los escritos de Jacques Rancière, <i>Carlos Ruiz Schneider</i>	173

CIENCIAS SOCIALES

A propósito de don Antonio García y su historia de Chile, <i>José Miguel Barros Franco</i>	181
¡Al fin! Todos somos posmodernos. La cultura material como paradigma de lo cotidiano, <i>Francisco Gallardo</i>	193
La historia como dedicación, <i>Augusto Salinas</i> . Una aportación al debate: las fuentes orales en la investigación histórica, <i>Joan de Alcázar i Garrido</i>	231
Algunas aproximaciones al pensamiento de José Carlos Mariátegui, <i>Luis Castro</i>	251

De tehuelches, césares y australidades. Una relación postrera de Nicolás Mascardi S.J. (1673), <i>Eduardo Téllez Lúgaro</i>	265
Experiencia chilena y vía chilena al socialismo: un estudio crítico de la cultura política de la Unidad Popular (1970-1973), <i>Alberto Aggio</i>	277
La trayectoria histórica del mutualismo en Chile (1853 - 1990). Apuntes para su estudio, <i>Sergio Grez Toso</i>	293
Néstor Meza: las huellas de un maestro, <i>Cristián E. Guerrero Lira</i>	317

TESTIMONIOS

Vida de cuartel. Joaquín Díaz Garcés, recopilación y prólogo de <i>Evangeline Mundy</i>	327
El dibujante Rojas, Enrique Blanchard-Chessi, <i>Orietta Ojeda Berger</i>	373

COMENTARIOS DE LIBROS

François Xavier Guerra, <i>Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas</i> , <i>Rafael Sagredo B.</i>	381
Antonio Gil, <i>Hijo de mí</i> , <i>Tomás Harris</i>	388
Ruth González, <i>Nuestras escritoras chilenas. Una historia por descifrar</i> , <i>Sonia Montecino Aguirre</i>	390
José Emilio Pacheco, <i>Morirás lejos</i> , <i>Juan Ignacio Iturra G.</i>	393
Floridor Pérez, <i>Memorias de un condenado a amarte</i> , <i>Andrés Morales</i>	396
Armando de Ramón, <i>Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana</i> , <i>Gonzalo Cáceres Q.</i>	397

NORMAS EDITORIALES

Normas editoriales revista <i>Mapocho</i>	403
Publicaciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1990 - 1994	405



HUMANIDADES

AUTORIDADES

Ministro de Educación
Sr. Ernesto Schiefelbein F.

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos
Sra. Marta Cruz-Coke M.

Director Responsable
Sr. Alfonso Calderón

Secretario de Redacción
Sr. Pedro Pablo Zegers B.

CONSEJO EDITORIAL

Sr. Alfonso Calderón

Sr. Marcos García de la Huerta

Sr. Alfredo Jocelyn-Holt L.

Sr. Hernán Poblete Varas

Fotografías: *Miguel Ángel Carrasco U.*

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos
Avda. Libertador Bernardo O'Higgins 651. Teléfono: 6338957
Fax: 6381975
Santiago, Chile

HUMANIDADES

Algunos años

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser.

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...
... el mundo tiene que ser. ...

Martín Cerda

Yo veo más lejos que otros. Avisto no sólo grandes posibilidades sino, además, peligros enormes. Veo su origen y, tal vez, el camino para esquivarlos.

Oswald Spengler

Pareciera que la discusión sobre Oswald Spengler aún no ha concluido, ni está por concluirse, sino, más bien, ella se prosigue con discreta ironía en todos esos puntos donde el próximo milenio apremia ya, de una manera u otra, al hombre de las postrimerías del siglo xx. Que esta discusión pueda pasar inadvertida e inescuchada al hombre de la calle es algo que, desde luego, no sorprenderá a los lectores atentos de *La decadencia de Occidente*. Tampoco, después de todo, el hundimiento del imperio británico ha sido, por estos años, motivo de alarma pública.

A comienzos de la década del veinte, cuando el terreno en el que se levantaba la sociedad liberal empezaba ya a resquebrajarse peligrosamente, la mayor parte de los miembros de la inteligencia alemana, con la excepción significativa de Eduard Meyer, condenó abrumadoramente al “profeta” del colapso de Occidente desde sus celosos claustros académicos. Por las mismas fechas, en Italia, B. Croce descalificó sumariamente al primer tomo del libro mayor de Spengler, como el producto de un “ingenioso charlatán”.

Solamente cinco años después de la Segunda Guerra Mundial, en su ensayo *Spengler tras el ocaso*, Theodor W. Adorno, advirtió que, a raíz de los acontecimientos recientemente vividos, era necesario reabrir la discusión sobre Spengler. “Spengler –apuntaba Adorno– no ha encontrado ningún adversario que esté a su altura”. Desde entonces hasta la tardía publicación del epistolario de Spengler y de su libro póstumo (*Preguntas originarias*), sus escritos comenzaron a ser nuevamente impresos, leídos y discutidos.

La coyuntura histórica parecía serle favorable.

La expresión *nuestro tiempo* arrastra, en cada ocasión, una referencia polémica a otro tiempo y señala, por lo tanto, una ruptura en el curso histórico de las grandes estructuras. Con alguna regularidad, la ocasión es tan desgarradora que sólo permite las respuestas más extremas y, muchas veces, más extremistas. La lectura de Spengler en los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra, estaba conforme con lo que Walter Heist, en un artículo publicado en la revista *Skorpion*, en 1948, determinó como la “esencia” de *nuestro tiempo*.

“La esencia de nuestro tiempo –escribía Heist– es la ruina. No sólo las ruinas de las fundaciones económicas, del orden político y de los valores cardinales, sino, además, la ruina en el sentido de que no existe ninguna orientación para construir

lo nuevo, ninguna fuerza transformadora en movimiento, ni energía capaces de reemplazar a las que perecieron”.

Se había podido discutir interminablemente la visión discontinua de la historia propuesta por Spengler en *La decadencia de Occidente*, pero en la coyuntura depresiva descrita por Walter Heist nadie pudo, en efecto, dejar de sentir, en lo más profundo de sí, el aleteo de la poderosa intuición spengleriana. Ni la Providencia Divina, ni el progreso universal, ni el Espíritu Absoluto podían “dar razón” de que la parte más dinámica del mundo moderno se hubiese, de pronto, quedado a la *intemperie*.

“El mérito de Spengler –apuntaba Ernst Jünger en *El muro del tiempo*– reside en haber aplicado a su imagen de la historia la gran idea de evolución como la entendieron Herder y Goethe, en un momento en que, por los errores y la chata vulgarización de la filosofía hegeliana de la historia, este pensamiento había sido simplificado hasta constituir un *ersatz* optimista de la religión no sólo en la conciencia histórica de los hombres cultos sino, además, en la praxis política”.

Hoy vemos, en efecto, en los escritos de Spengler uno de los ensayos conceptuales que *hicieron época* porque, justamente, en ellos se intentó dominar los mayores problemas y las incertidumbres más radicales de una época que, como lo previera ya Nietzsche, iba a caracterizarse por una larga serie de demoliciones, destrucciones y devastaciones.

SIGNOS EQUÍVOCOS

Todo éxito de librería propone siempre un problema de sociología cultural: determinar la identidad social de los lectores y establecer las posibles motivaciones de su *preferencia*.

Entre los escritos que Lucien Febvre reunió, poco antes de su muerte, en *Combates por la historia*, figura uno titulado “Oswald Spengler. Grandeza y decadencia de un profeta”, en el que el gran historiador intentó, justamente, explicar (sicosocialmente) el rotundo éxito de *La decadencia de Occidente* en Alemania y Austria durante la primera posguerra. Para Febvre, ese acontecimiento fue, en lo esencial, el resultado de un acto proyectivo e identificativo de la pequeña burguesía austro-alemana, la que encontró en la visión (trágica) de la historia propuesta por Spengler una “instancia” que, por una parte, le permitió encubrir o enmascarar las humillaciones reales de su historia reciente y, por otra, “fijar” algunas de las obsesiones que luego iban a conducirla (mayoritariamente) hacia el fascismo.

“Spengler –decía Lucien Febvre– y sus lectores, los futuros nazis de estricta obediencia, tenían enemigos comunes: la democracia, el liberalismo burgués y el marxismo. Por los años 20, Spengler comerciaba con los artículos más codiciados: o sea, un cierto aire patético, un anti-esteticismo, el escalofrío ante lo mayéstico, la amplia majestad de la historia. Y además... la profecía de la ruina tan cara para el pequeño burgués nazi... Éstos son los méritos por los que Spengler tuvo éxito”.

Esta explicación puede, sin duda, ser hoy discutida.

Es lo que sugiere Fernand Braudel cuando, en uno de sus *Escritos sobre la historia*, advierte que es posible juzgar hoy la obra mayor de Spengler al margen de las

circunstancias en que fue concebida. El problema aquí planteado es, sin embargo, otro: no se trata, en efecto, de juzgar a *La decadencia de Occidente* sino, más bien, de indicar los supuestos sociales e ideológicos más significativos de su éxito como obra o, si se quiere, como *producto cultural*. Desde el punto de vista, resulta pertinente, a pesar de su extremismo polémico, la explicación ofrecida por Lucien Febvre.

Fue durante los años veinte que, como lo ha señalado René Kōnig, se hicieron visibles las profundas transformaciones estructurales de la sociedad alemana a raíz de la constitución (desde la segunda mitad del siglo XIX) de un importante estamento asalariado que, por su posición intermedia entre la clase obrera y la *clase media* tradicional, se llamó la *clase empleada*. Su aparición determinó, a la vez, una modificación del soporte (o *humus*) social de la cultura, posibilitando una circulación significativamente más amplia de los diferentes "discursos" literarios, conceptuales e ideológicos.

La presencia de esta *clase empleada* facilitó, de este modo, que un importante conjunto de obras y de ideas que, hasta la Primera Guerra Mundial, habían sido patrimonio de una minoría social, saltaran los límites de su circunscripción e ingresaran al horizonte cultural de un grupo social muchísimo más amplio. Esta misma presencia, sin embargo, hizo posible —como lo observó perspicazmente Hermann Broch— que proliferara, en casi todos los niveles de la creación cultural, la *pacotilla* o el *kitsch*. Esta situación (ambivalente) explica, en suma, el admirable desarrollo de la cultura alemana durante los años veinte y, a la vez, su trágico colapso en la década siguiente. "Los últimos años de la República de Weimar —recordará, después de la segunda guerra, uno de sus más violentos detractores, Ernst von Salomon— representan una de las épocas espirituales más grandes de nuestro tiempo".

El éxito de librería de *La decadencia de Occidente* no fue, pues, un suceso fortuito sino, al contrario, constituye una expresión cultural e "ideológica" particularmente significativa del desarrollo de la pequeña burguesía alemana durante la primera mitad del siglo XX. No deja de ser, por así decirlo, *sugerente* que el año en que apareció el segundo tomo de la obra de Spengler sea el mismo año del asesinato de Walter Rathenau (en el que tomó parte Ernst von Salomon), de la publicación de *El Tercer Reich*, de Moeller van den Bruck, primer esbozo de lo que luego se llamaría la "revolución conservadora", y de *Thomas Münzer, teólogo de la revolución*, de Ernst Bloch. El mismo año, por último, de la "marcha sobre Roma" de las *camicie nere*.

Signos *equivocos* del curso histórico del mundo.

El pensador —afirmaba Spengler— no escoge nunca libremente los "materiales" de su discurso reflexivo: es la historia la que siempre le impone los problemas que debe dilucidar con mayor urgencia. Para Spengler, sin embargo, como para la mayor parte de sus coetáneos, el más imperativo problema que la historia les impuso fue, justamente, el problema mismo de la historia: el problema del *curso* incesante del mundo. Para todos ellos —como lo señaló Ortega—, no se trataba de deducir el curso de la historia de una instancia anahistórica (Dios, naturaleza o razón), sino, en verdad, de elaborar una "interpretación histórica de la historia".

Para ello, sin embargo, no era preciso "desertar" del presente, para irse a

refugiar en un pasado paradigmático, sino, al contrario, se trataba de aprehender el curso (trágico) de la historia en cada suceso inmediatamente vivido. Es lo que, justamente, se proponía Ernst Bloch en el párrafo inicial de su *Thomas Münzer, teólogo de la revolución*: "Queremos estar siempre tan sólo entre nosotros. Ni siquiera aquí, pues, nuestra mirada se dirige en modo alguno al pasado. Antes bien, nos mezclamos a nosotros mismos vivamente en él. Y también los otros retornan así, transformados; los muertos regresan, y su hacer aspira a cobrar nueva vida con nosotros. Münzer fue quien más bruscamente se quebró, por más que sus deseos fueran de vastísimos horizontes... Münzer, principalmente, es historia en el sentido fecundo".

La historia, de este modo, se convierte en el problema más radical cada vez que, en una situación dada, el futuro se torna incierto o problemático. Cada vez, por así decirlo, que el hombre se encuentra a la *intemperie* en el presente: "ex-puesto" al embate de fuerzas o de "poderes" que no logra reconocer ni dominar racionalmente, pero a los que siempre está forzado a responder mediante la acción, el pensamiento y la imaginación.

Fue lo que hizo Spengler *equivocadamente*.

Durante algunos años, en efecto, se repitió el nombre de Spengler entre los ideólogos que prepararon el advenimiento del fascismo. Esta imputación fue "sistematizada", después de la segunda guerra, por Gyorgy Lukács en *El asalto a la razón*, y hoy, en verdad, resulta ser tan equívoca como la respuesta de Spengler a las incertidumbres del presente histórico alemán en que le tocó vivir.

Es sabido que *Años de decisión*, publicado inmediatamente después del triunfo de Hitler, no sólo fue fríamente recibido por los jerarcas del "nuevo orden", sino que, además, fue violentamente atacado por sus escribientes, como lo ilustra el libelo *Spengler y el Tercer Reich* de Zweininger. Dentro del "mesianismo" endemoniado de los nazis, no podía obviamente ser tolerado un pensador capaz de escribir: "Yo no invento un cuadro utópico del futuro, ni menos todavía un programa que debe realizarse, como es la moda entre los alemanes... Yo veo más lejos que otros. Avisto no sólo grandes posibilidades sino, además, peligros enormes. Veo su origen y, tal vez, el camino para esquivarlos. Yo tengo derecho a la crítica porque, mediante ella, he mostrado siempre lo que *debe suceder* (lo que hay que hacer que suceda) porque *sucedirá*... Lo que el individuo no quiere hacer, lo hará la historia con él".

Este tono *oracular* de Spengler debió irritar a los nuevos árbitros de la política alemana, tal como, quince años antes, había sacado de sus casillas a su inteligencia académica. Esta irritación fue, sin embargo, recíproca, como lo atestigua Friedrich Percyval Reck-Malleczewen en las páginas iniciales de su *Diario*. Este aristócrata alemán, que terminó sus días en un campo de concentración, ofrece un testimonio crítico de Spengler, al que había tratado con alguna frecuencia, e informa que, en los últimos años, éste odiaba a los nazis "hasta en los sueños".

Esta recíproca antipatía encubría, sin embargo, una oposición más radical: la oposición entre la visión (trágica) de la historia propuesta por Spengler y el "mesianismo" delirante impuesto por los ideólogos de un *Reich* milenarista. Esta polémica determinará, en parte, la posición equívoca de Spengler durante los años treinta,

y que Theodor W. Adorno sintetizó certeramente. "En Alemania —apuntó el filósofo de Francfort—, quedó proscrito por pesimista y por reaccionario —en el sentido en que usaban esas palabras los señores del momento— y en el extranjero era ya considerado como uno de los cómplices ideológicos de la caída de la barbarie".

Si el éxito de Spengler durante los años veinte se debió, en lo esencial, al hecho que la *clase empleada* se proyectó e identificó, en una proporción significativa, en la visión (trágica) de la historia expuesta en *La decadencia de Occidente*, su eclipse durante la siguiente década no puede ser entendida, por consiguiente, como una consecuencia exclusiva de la oposición entre esa visión y la ideología nazista, como pensaba Lucien Febvre, sino, más bien, como una secuela de la radicalización ideológica que condujo (mayoritariamente) a la pequeña burguesía alemana, y luego a la austríaca, al fascismo.

Spengler, en efecto, no fue el único "excluido" en este complejo proceso. En una anotación escrita durante la Segunda Guerra Mundial, Ernst Jünger recordaba en su *Diario* la atmósfera intelectual que imperaba en los años veinte. "La historia de esos años —decía—, con sus pensadores, sus combatientes, sus mártires y sus estadistas no ha sido aún escrita. Vivíamos entonces en el huevo del Leviathan. Luego la escuela de München, la más chata de todas, se impuso: era la que trabajaba menos en balde. En mis cartas y papeles de esos años se encuentran cantidades de nombres: Niekisch, Heilscher, Ernst von Salomon, Kreist y Albrecht Erich Günther, recientemente muerto, apuntaban hacia lo alto. Sus compañeros han sido asesinados, han emigrado, han renunciado u ocupan importantes puestos en el Ejército".

Este testimonio de Ernst Jünger resume e ilustra el equívoco de los signos que determinaron el colapso de la cultura alemana en lo que hoy se conviene en llamar la *época fascista*.

UNA GENERACIÓN POLÉMICA

Oswald Spengler formó parte de una generación europea que inició su vida *polémicamente*: luchando, de un modo y otro, con las ideas, formas y escrituras dominantes en el siglo XIX. Esta hostilidad radical con la centuria pasada no fue, sin embargo, un gesto gratuito de un grupo de pensadores, escritores y artistas "iconoclastas" sino, en rigor, una conclusión necesaria de la profunda crisis de la sociedad moderna y de sus estructuras institucionales, conceptuales y formales. Para los hombres del siglo XIX se trató de ser, en todos los planos, *absolutamente moderno* (Rimbaud). Para los miembros de la generación de Spengler, en cambio, se trataba de ser "nada moderno, y muy siglo XX" (Ortega).

Esta recusación generalizada del siglo XIX arrastraba, en consecuencia, una ruptura con las principales categorías del pensamiento de la Ilustración que constituían su más íntimo soporte "ideológico". "¿No es el siglo XIX, sobre todo en su final —preguntaba Nietzsche en su *Crepúsculo de los ídolos*— simplemente un siglo XVIII reforzado, *vuelto grosero*, es decir, un siglo de *décadence*?" Gesto, sin duda, *enfático*, pero que ya había sido insinuado por la mayor parte de los decadentistas

franceses, Flaubert, en efecto, con *Bouvard et Pécuchet*, había llevado a cabo una cruel e irreverente parodia de la *Enciclopedia* y, a través de ella, del optimismo ilustrado en el poder omnímodo de la *raison*. La generación de Spengler fue, sin embargo, la primera en tener que afrontar la vida desde el ocaso de la modernidad y, por ende, desde el “descrédito de la razón”, la quiebra de la fe en el *progreso* y la crisis del individuo autónomo.

En uno de sus escritos autobiográficos, Gottfried Benn describió la crisis de la modernidad como la *descomposición de una época*, entendiéndolo por ésta no sólo el término de un mundo histórico sino, asimismo, la liquidación histórica de un tipo concreto de vida humana: *l'homme de raison*. “La línea –precisaba Benn– que empezó tan magníficamente con el *cogito ergo sum* como vida soberana, que estaba sólo segura en el pensamiento, acaba horrorosamente en esta figura... inexpressablemente nihilista”. Crisis generalizada que, desde antes de la Primera Guerra Mundial, se irá acusando en las orientaciones antirracionalistas del pensamiento, en la multiplicación de los movimientos de vanguardia y en las tendencias antiliberales de importantes sectores sociales. Spengler fue, sin duda, uno de los pensadores que mejor resumió esa descomposición de una época.

“Aún nos encontramos –escribía en *Años de decisión*– en la era del racionalismo que empezó en el siglo XVIII y termina rápidamente en el siglo XX. Todos somos sus criaturas, sepámoslo o no, creámoslo o no... Es el tiempo en que cada uno sabe leer y escribir y quiere, por lo tanto, hablar y ‘saber todo mejor’. Este espíritu está poseído por conceptos –los nuevos dioses de este tiempo– y hace la crítica del mundo”. Para Spengler, esta crítica del mundo y, por ende, el proyecto utópico de reemplazarlo por otro *mejor*, es sólo la más arrogante pretensión de los intelectuales “desarraigados” de la vida. “En el fondo –precisaba–, el racionalismo no es más que crítica, y el crítico es lo opuesto al creador; deshace y reconstruye, concepción y nacimiento le son extraños. Por eso su obra es artificiosa e inerte: mata cuanto es verdadera vida”.

En su polémica con la sombra del *homme de raison* del siglo XVIII, Spengler, al igual que muchos de sus coetáneos, no se detiene ni contiene y pasa, fatal e irremediamente, de la crítica al racionalismo a la deserción irritada de la razón y, con ella, a justificar los más oscuros impulsos que la actividad racionalizadora del hombre moderno había logrado, de un modo u otro, dominar o controlar. Esto explica que *Años de decisión*, que debía ser continuado por un segundo tomo que jamás fue publicado, fuese mal recibido no sólo por los liberales sino, asimismo, por los nacionalsocialistas ya victoriosos. Para los primeros, en efecto, este libro de Spengler representaba un aporte doctrinario al *nuevo orden* prometido por Hitler. Para los segundos, en cambio, constituía una muestra de esa despreciable literatura de los *Kritikaster* que no podía ni debía ser tolerada, hasta el punto que, según el testimonio aportado por Friedrich Percyval Reck-Malleczewen en su *Diario*, poco faltó para que convirtiese a Spengler en un mártir.

En las páginas de *Años de decisión* se alternan, sin embargo, la visión certera de un pensador adiestrado en mirar el horizonte más lejano y la fatua irritación del intelectual al que nadie escucha sus razones y argumentos. Algún día, cuando el “profetismo” de Spengler sea analizado a la luz de la historia reciente de Europa,

más de algún exponente de la "ciencia alemana" deberá, posiblemente, enrojecer de vergüenza. La mayor parte de sus detractores académicos no vio, en efecto, esa oscura *zona de peligro* en que se encontraba Alemania cuando apareció *Años de decisión*. Este libro, justamente, no es sino el desarrollo de una conferencia dictada por Spengler en 1929, en Hamburgo, bajo el sintomático título de "Alemania en peligro". Basta observar hoy el mapa político europeo para comprobar la "mirada a distancia" del autor: "Yo hablo aquí de Alemania, que en la tormenta de los hechos reales está más amenazado que cualquier otro país, y cuya existencia está, en la acepción terrorífica de la palabra, en peligro".

El profetismo de Spengler no fue un gesto solitario.

Igual tendencia predictiva se encuentra, en efecto, en los escritos de algunos de sus coetáneos más significativos. "Si alguien —observaba Ortega— quisiera ocuparse en reunir datos para una historia de las profecías históricas, se encontraría en seguida, sin necesidad de vastas investigaciones, con que la profecía ha sido lo normal. Esta tendencia explicaría que, con alguna regularidad, el curso histórico del siglo xx haya sido anticipado no sólo por los pensadores de la generación de Spengler sino, además, por algunos de sus más importantes novelistas: Kafka, Musil o Broch. Si después de la segunda guerra, por ejemplo, la obra de Kafka pudo ser leída como una alegoría premonitrice de la historia acabada de vivir, fue porque, sin duda, la conciencia crítica del presente era, para toda su generación, inseparable de la *necesidad* de ir siempre *más allá* del horizonte inmediato de toda presencia.

No es, pues, un azar que las obras (filosóficas, literarias, pictóricas y musicales) de los hombres de esa generación sean hasta hoy los puntos de referencia forzosos para comprender la historia del siglo xx. Las obras culturales están, desde luego, siempre circunstanciadas, pero los problemas, desequilibrios e incertidumbres a que, de un modo u otro, *respondían*, tienen diferentes coeficientes de perdurabilidad que permiten que esas obras prolonguen su vigencia histórica más allá de la situación en que fueron pensadas, imaginadas y ejecutadas.

Hoy se podría sostener, sin forzar el parto, que las orientaciones más decisivas del siglo xx fueron configuradas, en casi todos los planos, por los miembros de esa generación polémica de la que formó parte Spengler. Fue ella, en efecto, la que después de recusar radicalmente el pasado que recibió del siglo xix, propuso e impuso las preguntas más radicales que hoy todavía adelantamos al futuro desde la *intemperie* (planetaria) de nuestro tiempo.

EL ENSAYISTA

En el prólogo a la segunda edición de *La decadencia de Occidente*, y aludiendo a las críticas formuladas al primer tomo de su libro, Spengler subrayó el hecho de que la mayor parte de sus detractores no tomaron suficientemente en serio el carácter de *ensayo* ("primer ensayo") de la obra, y, por ende, no supieron ponderar sus contradicciones "internas" y su horizonte *incompleto*.

Esta observación de Spengler es, en rigor, *pertinente*.

Desde la publicación de *La decadencia de Occidente*, Spengler ha sido, en efecto,

abordado de diferentes maneras: como filósofo, historiador, ideólogo político, sociólogo o, frecuentemente, *dilettante*. Ninguna de estas imágenes es, desde luego, inocente, sino, al contrario, cada una de ellas implica siempre un “partido tomado” previamente.

Señalemos, sin embargo, que Spengler no fue, en rigor, el hombre de una ciencia, ni tampoco un académico, en el sentido del intelectual *enclaustrado* en la enseñanza superior, ni siquiera un *homme de lettres* en la acepción que, desde el siglo XVIII francés, se impuso en toda Europa. Si algún “título” invocó para definir su *función* intelectual, éste fue el de *pensador* (“denker”), al que vuelve, una y otra vez, en sus escritos.

“Un pensador –decía en el prólogo aludido– es un hombre cuyo destino consiste en representar simbólicamente su tiempo por medio de sus intuiciones y conceptos personales. No puede elegir. Piensa como tiene que pensar, y lo verdadero para él es, en último término, lo que con él ha nacido”.

Se podrá, sin duda, discutir esta caracterización del *pensador* ofrecida por Spengler, pero, a la vez, no se podrá negar que ella corresponde, en lo esencial, a la *función* que, desde Montaigne a nuestros días, ha cumplido siempre el *ensayista*. No todo lo que hoy se autodenomina *ensayo*, lo es en verdad, ni depende regularmente de su autor que lo sea o no lo sea. La adopción del vocablo *essai* por Montaigne, en las postrimerías del siglo XVI, implicaba una tácita referencia polémica con las formas discursivas a la fecha dominantes. Parecía, a primera vista, un título menor, un género, por así decirlo, “chico”, como lo señalaba, en 1598, Séévole de Sainte-Marthe en sus *Elogios de los hombres ilustres*, al lamentar que Montaigne hubiese reunido su “docta variedad de materias” bajo “este modesto título de *Essais*”.

Exagium es el acto de *pesar algo*, y el vocablo “ensayo” –como lo ha subrayado Julián Marías– está emparentado con *exigere* y con *examen*, y, semánticamente, con *pensar* (pesar) y *pensamiento*.

Esta primera aproximación permite (o espero que permita) aprehender el sentido último de la caracterización de Spengler de la figura, siempre esquiva, del *pensador* y su eventual desdoblamiento en la figura del *ensayista*.

Este posible *desdoblamiento* puede ser probado, sin embargo, recurriendo al juvenil escrito de Gyorgy Lukács que sirve de pórtico a *El alma y las formas*: “Sobre la esencia y forma del ensayo. Carta a Leo Popper”. En este escrito, ilustraba la posición del ensayista con la de Schopenhauer que, mientras esperaba alcanzar a la cerrada “perfección” de una obra sistemática, iba escribiendo sus *Parergas*. El *ensayo* sería, de este modo, la *forma* de todo pensador que no habiendo llegado aún al “tiempo del sistema”, va *adelantando* o, más exactamente, *pre-cursando* las preguntas que lo anuncian o preludian. De ahí, pues, que Lukács lo describa como el “tipo puro del precursor”.

Pre-cursar es cursar anticipadamente, *adelantarle* al futuro algunas preguntas *radicales*: es echar pie en lo que no es aun todavía, pero que, de una manera u otra, está ya *ahí*, opresiva o promisoriamente. Este movimiento fue ya anunciado por Montaigne cuando, en el primer libro, capítulo tercero de los *Essais*, propuso una concepción del hombre que constituye una genial anticipación de la antro-

pología existencial del siglo xx. *Nous ne sommes –decía– jamais chez nous, nous sommes toujours au delà. La crainte, le désir, l'esperance nous esclancent vers l'advenir.*

Lo que define, en consecuencia, al ensayista son las preguntas que *arriesga* al porvenir y que, casi siempre, encubre o enmascara bajo el aspecto de una digresión *ocasional* sobre una situación presente (o pasada), una obra o una forma de vida ya existente. Este enmascaramiento fue lo que Lukács llamó certeramente la *ironía* esencial del ensayo. *Eironēia* quería decir para los griegos casi lo mismo que nosotros llamamos *disimulo*, y derivaba de *éromai* (yo pregunto). El ensayo sería, de este modo, una *interrogación enmascarada* que adelanta el pensador al porvenir.

Esta segunda aproximación permite, en principio, responder a una cuestión planteada por Theodor W. Adorno en su escrito *Spengler tras el ocaso*. “La fuerza de Spengler –decía– se patentiza al comparar algunas de sus tesis con los acontecimientos posteriores. Consiguientemente, habría que investigar cuáles son las fuentes de esa fuerza de que goza la filosofía cuyas deficiencias teóricas y empíricas son tan obvias”.

La justeza de algunas predicciones políticas de Spengler no son, en modo alguno, fortuitas sino, como lo ha señalado Manfred Schröter, responden a una de las cuatro tendencias fundamentales de sus escritos. No todas ellas, es cierto, son estrictamente *personales* de Spengler sino que, frecuentemente, como lo indicaron Ortega y Reck-Malleczewen, forman parte del patrimonio ideológico de su generación. El propio Spengler jamás ocultó el carácter, por así decirlo, *transpersonal* de algunos de sus pensamientos.

“Una idea históricamente necesaria, una idea que no cae en una época, sino que *hace época* –decía–, es sólo en un sentido limitado propiedad de quien la engendra. Pertenece al tiempo; actúa inconscientemente en el pensamiento de todos, y sólo su concepción personal, contingente, sin la cual no sería posible ninguna filosofía, es, con sus flaquezas y sus ventajas, lo que constituye el sino –y la buena fortuna– de un individuo”.

Esta apelación al *sino* de un pensador implica, sin embargo, una concepción del mundo en la que cada época es vista como un *estadio necesario* en el curso histórico de una civilización y que, a su vez, impone al pensador la función de develar y de formular la “lógica de la historia” de todo aquello que transcurre confusa y contradictoriamente. De ahí que Spengler pudiese, al presentar *La decadencia de Occidente*, afirmar que ésta no proponía una filosofía más, entre otras muchas posibles, sino la filosofía de nuestro tiempo. Esta apelación a su *sino* personal y al curso fatal de la historia, que le sirve de fundamento, lo mantendrá Spengler hasta sus últimos escritos políticos.

El tono *oracular* empleado por Spengler parecería ser, en principio, incompatible con la *función*, interrogativa que lleva a cabo el ensayista. Esta aparente “incompatibilidad” se desvanece, sin embargo, cuando se atiende al hecho que en todo discurso histórico –como lo ha advertido Roland Barthes– la *fricción* entre el tiempo “historiado” y el tiempo del historiador suele, algunas veces, traducirse en una multiplicación de “signos explícitos de enunciación” que, al remitir al presente del narrador histórico, *tienden* “a restituir, aunque no fuera sino por reminiscencia o nostalgia, un tiempo complejo, paramétrico, no lineal, cuyo espacio

profundo recordará el tiempo mítico de las viejas cosmogonías ligado por esencia a la palabra del poeta o del adivino”.

Pienso que es (parcialmente por lo menos) el caso de Spengler.

Si las preguntas, en efecto, que el ensayista adelanta hacia el futuro *desbordan* siempre las posibilidades de respuesta de todos los sistemas y formas de pensamiento “institucionalizados” en una época o período determinado, es porque, de un modo u otro, esos sistemas y formas se han vuelto *problemáticos*. Un sistema de pensamiento se torna problemático cuando es incapaz de responder a los “nuevos hechos” que arroja el curso de la historia, y deja al hombre literalmente sin saber *a qué atenerse*. Una forma, por su parte, se vuelve problemática cuando la *realidad* que ocupa al artista o al escritor rebasa al *código* que rige a dicha forma.

El ensayista es, justamente, aquel pensador que, en vez de intentar reparar (o remendar) la fractura abierta, la extrema hasta sus últimas consecuencias posibles. “Cuando algo se ha hecho problemático —decía Lukács a Leo Popper—, y este modo de pensar el ensayo y su exposición no lo ha devenido, sino que lo ha sido siempre, la salvación no puede venir sino de la radicalización extrema de la misma problemática: de una marcha radical hacia el término de toda problemática”.

El ensayo parecería ser, en consecuencia, una estructura “discursiva” que se origina regularmente en la periferia de una *visión del mundo*: una forma limítrofe que, en conflicto con la estructura y los contenidos de esa visión del mundo, está siempre forzada a ir *más allá* de ella, a *despensarla*, para poder interrogar lo aún no pensado ni vislumbrado, hasta hacer de la paradoja o, más exactamente, de la *herejía*, —como decía Theodor W. Adorno— su “más íntima ley formal”. El crédito mayor de un ensayista consiste, por consiguiente, en la posteridad de sus preguntas.

Cuando Spengler anuncia (oracularmente) que es capaz de ver *más lejos* que otros, está, en verdad, enunciando en otro registro lo mismo que Ortega cuando afirma que “tenemos el deber de presentir lo nuevo” o que Adorno cuando determina que “el objeto del ensayo es lo nuevo en tanto que nuevo”.

En las épocas satisfechas de sí mismas, en los “tiempos de seguridad”, el horizonte parece siempre despejado y el futuro es visto como el carril por donde la seguridad presente se irá deslizado indefinidamente. En esos tiempos suelen ignorarse las fracturas y olvidarse los “malos recuerdos”. En los tiempos en los que, al contrario, el futuro se torna incierto, surge la nostalgia de una “edad de oro” ya perdida y, a la vez, un pensamiento *vigilante* que se empeña en anticipar cada jugada del tiempo que viene. La primera instituye, por así decirlo, una moral “decadentista” y el segundo, al contrario, un comportamiento matinalista, alboral, porvenirista.

FRAGMENTARIO PÓSTUMO

En una nota descolgada, en 1922, al capítulo primero del segundo tomo de *La decadencia de Occidente*, Oswald Spengler advertía: “lo que indico en las páginas siguientes está tomado de un libro de metafísica, que me propongo publicar en breve”. Casi diez años después, al prologar *El hombre y la técnica*, vuelve a referirse

a ese libro y precisa que se trata de una obra destinada a “superar filosófica e históricamente a *La decadencia de Occidente*”. La sorpresiva muerte de Spengler (1936), los graves acontecimientos mundiales que la siguieron y, finalmente, la pérdida irreparable de un importante número de sus escritos durante los saqueos que acompañaron al colapso de Alemania, postergaron, hasta 1965, la publicación de la última obra del pensador alemán. Ésta apareció bajo el título de *Preguntas originarias –Urfragen–*, y comprende un conjunto de fragmentos ordenados en doce secciones por Anton Mirko Koktanek, de acuerdo al plan establecido por Spengler cuarenta años antes.

El carácter fragmentario de este libro no es, sin embargo, un rasgo accidental. La elección *formal* de una escritura *fragmentada* no ha sido nunca, en efecto, fortuita o caprichosa: no lo fue para Pascal en el siglo xvii, ni tampoco lo fue en el xviii para Vauvenargues, Chamfort y Lichtenberg, ni mucho menos lo fue para Nietzsche en el xix. No podría serlo, en consecuencia, para Spengler en este siglo, en el que la escritura *fragmentada* ha llegado a ser, justamente, uno de los rasgos más pertinentes del *ensayo* contemporáneo. En todo escrito fragmentado –como lo ha subrayado Maurice Blanchot– siempre se imbrican el proyecto (anhelo o deseo) de un libro *total* y la confesión atormentada de una *dificultad* de llegar a aprehender un objeto que, de un modo u otro, se sustrae, se enmascara o se *quiebra*.

Ya Paul Bourget, al analizar en las postrimerías del siglo pasado el problema de la *decadencia* en Baudelaire, intentó explicar el proceso de “fragmentación” de una forma (o, si se quiere, de una *escritura*) como un signo del proceso de “des-composición” –hoy diríase, con mayor precisión, de *atomización*– de la sociedad burguesa a partir de 1848. Toda escritura fragmentada constituiría una modalidad de un fenómeno que Bourget llamó *estilo de la decadencia*, y que Nietzsche, a partir del ensayista francés, describió certeramente como una sustracción o pérdida progresiva del *conjunto* o, si se quiere, de la *totalidad*.

En su introducción a *Preguntas originarias*, Anton Mirko Koktanek no solamente ha descrito la historia de la “composición” de este libro sino, asimismo, la historia de las *dificultades* que afrontó Spengler al escribirlo. “Escribir un libro para los demás –decía– me resulta un terrible tormento”. “Si prefiero el aforismo –apuntaba en otra nota– es debido a mi incapacidad para concluir grandes obras”. Estas confesiones no dejan de estar emparentadas internamente con los padecimientos *formales* de Flaubert, Nietzsche, Valéry o Kafka: con esa radical *dificultad* para aprehender un *conjunto* que, de un modo u otro, siempre se sustrae o, más exactamente, se quiebra en innumerables partículas. El carácter fragmentario del último libro de Spengler no es, pues, fortuito, sino, al contrario, ilustra esa conexión interna que señala, en nuestros días, Kostas Axelos cuando afirma que la escritura *fragmentada* es la que corresponde “al mundo de la *totalidad* fragmentada”.

Cuando Spengler confesaba el “terrible tormento” que le producía escribir para *los demás*, estaba, en verdad, apuntando a una experiencia extrema que ya había sido descrita por Nietzsche: la de escribir para *alguien* que, al no estar *todavía* ahí, era *nadie*, para un lector posible (utópico), pero aún *ausente*.

En 1886, al prologar *Aurora*, Nietzsche apelaba, en efecto, a sus eventuales lectores para que leyesen ese libro sin prisa alguna, de manera que su recepción

se ajustara al *lento* de su composición. Ni la obra, ni los problemas que ella proponía –argumentaba Nietzsche– tenían algún “apuro”, sino, más bien, exigían un “silencioso trabajo con las palabras”. El solitario pensador de Sils-María no esperaba, en verdad, ser comprendido por sus contemporáneos, pero, a la vez, no dejó nunca de esforzarse en lograr en una escritura que le permitiese ir *más allá* de su época: ir *más allá* de la decadencia, del tiempo nulo del nihilismo, y esa escritura no podía ser otra que una escritura fragmentada, (re)concentrada y tensa. “Crear cosas –decía al término de *Incuriones de un intempestivo*– en las que el tiempo en vano intentará hincar sus dientes; esforzarse por lograr, en la forma, en la *sustancia*, una pequeña inmortalidad... El aforismo, la sentencia, en la que soy el primer maestro entre alemanes, son las formas de la ‘eternidad’; es mi ambición decir en diez frases lo que todos dicen en un libro –lo que todos los demás *no* dicen en un libro”.

Spengler es un pensador que se sitúa en esa línea que, a partir de Heidegger, hoy se reconoce como la *posteridad de Nietzsche*. Su nietzscheísmo, sin embargo, no es un gesto discipular, una confesión “escolar”, sino, más bien, el esfuerzo de prolongar el horizonte reconocido por Nietzsche. Este esfuerzo se acusa más en el fragmentario de *Preguntas originarias*, que en la prosa torrentosa de *La decadencia de Occidente*. El predominio que, regularmente, tienen en ésta las “unidades indiciales” (Barthes), la aproximan a un discurso “simbólico” en el que cada una de las “colecciones” de sucesos enunciados remiten siempre a un significado único: la decadencia (irreparable) de Occidente.

El mismo título dado por Spengler a su último libro indica, en cambio, un posible cambio de punto de vista: *Urfragen* –decía Spengler– son todas aquellas preguntas extremas que, al no haber tenido jamás una respuesta definitiva, el hombre no dejará nunca de formularse, y que constituyen la “razón de ser de la metafísica”. Preguntas “originarias” que, al apuntar siempre *más allá* de toda respuesta sistematizada e institucionalizada, encuentran en una escritura *fragmentada* la forma más pertinente para “iluminar” (intermitentemente) la *totalidad* perdida.

Esto explicaría –como lo sugiere Anton Mirko Koktanek– que Spengler, al intentar “superar” la estructura filosófica e histórica de *La decadencia de Occidente*, no haya podido encontrar otra salida formal que un fragmentario –es decir, un libro que comienza y termina en cada página, como decía certeramente Nisard al referirse a los *Ensayos* de Montaigne.

TRAZO INCONCLUSO

Si hubiese que subrayar un rasgo común a los principales ensayistas del siglo xx –aún en aquellos que, como Walter Benjamin, defendieron la posibilidad utópica de un *mundo mejor*–, éste sería, sin duda, el (*a*) *progresismo*. En la mayor parte de ellos, en efecto, se acusa una radical sustracción de la creencia o fe en el progreso lineal de la historia mundial.

Esta crisis del progresismo moderno, a la que Alois Dempf dedicó, en 1947, su importante libro *La crisis de la fe en el progreso*, es uno de los supuestos no sólo del ensayo sino, en general, de la creación conceptual e imaginaria de nuestros

días. Hoy resulta difícil encontrar un pensador o escritor que se autoproclame, como ocurría hasta hace medio siglo, *progresista*. También es poco probable tropezarse con alguno que, como algunos reaccionarios del siglo XIX, se declare *antiprogresista*.

El (*a*)*progresismo* es sólo el hueco dejado por la fe en el progreso al volatilizarse: es una pura carencia, y no un alegato a favor o contra el progreso. Este alegato fue, en cambio, frecuente en el siglo pasado, cuando a raíz del fracaso (parcial) de la promesa utópica que escenificó la Revolución Francesa, se comenzó a recusar el poder de la *raison*. El *antiprogresismo* decimonónico fue sólo una imagen deformada, por el rencor o el desencanto, de la audaz idea moderna que Condorcet codificó y aplicó en su admirable *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*.

A comienzos de este siglo, casi en todas partes, la fe en el progreso era sólo una sombra. Nadie veía en ella otra cosa que una ilusión, un engaño o una máscara. En 1960, en las páginas iniciales de *Para entrar en el siglo XX*, Jean Duvignaud retrotraía a la Primera Guerra Mundial el “descubrimiento” de que la *idea* del progreso era sólo una droga intelectual. Basta, sin embargo, recordar los *presagios* de Baudelaire, Rimbaud, Lautréamont o Nietzsche para corregir, en medio siglo por lo menos, este cálculo. La primera guerra sólo ilustró lo que se venía anunciando desde hacía tiempo atrás. Fue, sin embargo, sólo después de ella que esos anuncios se convirtieron en *tópicos*, es decir, en lugares comunes que el hombre de la calle repetía sin percatarse, por lo regular, qué estaba, en verdad, *repetiendo*.

Fue así como *La decadencia de Occidente*, cuyo proyecto había sido elaborado por Spengler antes del conflicto, se redujo a un título y éste, a su vez, a una máscara. Hoy, cuando la actitud del hombre de las postrimerías del siglo XX frente al futuro vuelve a oscilar entre el *miedo* y la *esperanza*, el libro de Spengler recobra, en medio de las amenazas de un colapso planetario, todo su valor como un ensayo de repensar la historia universal sin auxilios de la Divina Providencia, el progreso o el Espíritu Absoluto. Todo aquel que haya enfrentado alguna vez el espectáculo de las ruinas —confesaba Ernst Jünger— ha sentido imponerse como una certeza la visión (trágica) de la historia acuñada por Spengler, pero, a la vez, todo aquel que haya profundizado en esa certeza redescubre, contra el “profeta” del ocaso de Occidente, que el hombre es ese animal utópico que se reinventa a sí mismo después de cada fracaso.

RECURSOS LÉXICOS EXPRESIVOS EN EL ESPAÑOL DE CHILE*

Ambrosio Rabanales

El recurso es léxico cuando la expresión de la afectividad se realiza mediante el vocabulario de la lengua, en que la significación "objetiva" de los términos desempeña el papel preponderante, pues sobre su base se realiza, cuando es el caso, su uso tropológico, o "figurado". Como se sabe, son muy diversas las corrientes anímicas que así se manifiestan, por lo que señalaremos sólo las más sobresalientes.

HOMOSEMIA

El caso más simple de expresión por medio léxico, es aquel en que dicha expresión se efectúa sin recurrir "à la figure ou à la transposition, c'est à dire aux rapports implicites, mais seulement aux valeurs des termes, telles qu'elles sont fixées par la langue"¹. Es lo que sucede, por ejemplo —considerado el fenómeno sincrónicamente—, en parejas tales como *pescado/pez*; *plata/dinero*; *pelo/cabello*; *palo/madera*; *viejo/anciano*; *chico/pequeño*; *chueco/torcido*; *burro/asno*; *chanchó*²/*cerdo*; *contar/narrar*; *tomar/beber*; *alegar/disputar*, etc., en que el primer miembro es más empleado coloquial o informalmente, en tanto que el segundo lo es en el lenguaje literario o formal, diferencia que puede expresarse también en la oposición: expresión con adherencia de popularidad / expresión con carencia de popularidad. Esto permite comprender, entre otras cosas, que mientras *viejo* puede usarse con valor positivo o negativo, *anciano* siempre se empleará con dignidad, y que *burro* resulte más ofensivo (v. *infra*), dicho como improprio, que *asno*; del mismo modo, que mientras los textos de zoología hablan del *pez*, del *asno* y del *cerdo*, los estudiantes —sobre todo si son niños— estén pensando en el *pescado*, en el *burro* y en el *chanchó*. La misma oposición explica, por último, que una terminología técnica o erudita se emplee a veces como un recurso eufemístico para soslayar el efecto que producirían las expresiones familiares —y más aún las vulgares— equivalentes. Es lo que sucede, v. gr., con estas dos series de ejemplos, pertenecientes a dos campos semánticos diferentes, uno escatológico: *ano*: *poto* (fam. y vulg.); *defecar*: *hacer caca* (fam.); *deposición*: *caca* (fam.), *m...* (vulg.); y otro sexológico: *sodomita* o *pederasta*: *maricón* (fam. y vulg.); *lesbiana*: *maricona* (fam. y vulg). en que los términos en cursiva son propios del

*Este artículo es una versión abreviada y en parte actualizada del cap. 4 de "Recursos lingüísticos, en el español de Chile, de expresión de afectividad", *BFUCH*, x, Santiago, 1959, págs. 274-279. Por la fecha de publicación, es posible que algunos de los términos citados ya no se usen; pero dan testimonio, de todos modos, de los fenómenos que se indican, los cuales sí están todos vigentes.

¹ Secheyay, 1941, pág. 11.

² En *chanchó*, *chico* y *chueco*, Bowman, 1955, pág. 351, cree ver "la misma palatización afectiva que encontramos en los hipocorísticos". Con respecto a 'chanchó' y 'chico' cp. tb. Corominas-Pascual, 1980, s. v. y con respecto a 'chueco', García de Diego, 1954, s. v.

lenguaje de la medicina o de la sicopatología. *Cleptómano* por 'ladrón' y *dipsómano* por 'borracho', que implican la oposición 'enfermedad: vicio', son casos igualmente conocidos.

También se emplea con los simples valores fijados por la lengua, la serie de signo positivo: *bello, hermoso* (más propios del habla formal), *precioso, bonito, lindo* (más propios del habla informal) y la serie –menos abundante– de signo negativo: *feo, horrible*, comunes al español de todas partes. Lo mismo hay que decir de los verbos que indican afecto o emoción, como *avengonzarse; alegrarse, emocionarse; espantarse, horrorizarse, acobardarse, atreverse; pavonearse, vanagloriarse; asombrarse, pasmar-se; burlarse, jactarse de*, etc., propios del habla culta.

HIPERSEMIA

Pero ocurre que las clases populares difícilmente se conforman con vocablos tan poco decisivos, y de un modo habitual los reemplazan por otros más plásticos y concretos –que por lo mismo resultan intensivos, hiperbólicos–, llegando así, inevitablemente, al empleo de la figura o transposición. Lo 'bonito –bueno– bien', entonces, es para ellas: *encacha(d)o, macanu(d)o, caballo, el descueve, calila, la muerte*, y para los 'niños bien', de clase acomodada, eso mismo es: *fenómeno, fenomenal, formidable, estupendo, colosal, fantástico, atómico, lo más que hay, grosso*, y para las 'niñas', además: (*nada más*) *regio, divino, soñado, super*: “–¿Cómo estuvo la fiesta?– ¡Fantástica, me presentaron una cabra (muchacha, mujer joven) fenómeno!”, “Me compré un vestido divino que me queda soñado”, “Fíjate que me fue nada más regio con un cabro *super chori*”. Lo 'feo –malo– mal', en cambio, es para los mismos: (*nada más*) *horroroso, horripilante, tremendo, espantoso*. La clase popular, en cambio, preferirá *tuerto, podri(d)o, apestoso, rasca, fome, penca*: “¡Pucha que resultó tuerta la fiesta ho!”. Y del mismo modo, *ponerse como tomate o subirse al guindo*, en vez de 'avergonzarse'; *caersele (el poto)*, vulg., en lugar de 'acobardarse'; *choriarse, ajisarse o comerse el buey*, por 'enojarse'; *pichuliarse a*, vulg., *agarrar pa'l fideo*, en vez de 'burlarse de'; *cachiporriarse, cachetoniarse, creerse la muerte*, por 'vanagloriarse', etcétera.

La caricatura, por otra parte, que es una forma del humor, tiene también en la hipérbole uno de sus equivalentes lingüísticos. Ilustremos con el *a p o d o*, en que el recurso expresivo es una comparación implícita: si un individuo es de gran altura, le dirán *Largo viaje*; si es muy pequeño: *Cuarto litro, Media pauta* (cuando es profesor de música), si es calvo: *Cabeza de rodilla*; si es pelirrojo: *Cabeza de cobre*; si muy moreno o negro: *Blanca Nieves* (por antífrasis); si su cara está llena de cicatrices: *Cara de combate*; si es muy gordo: *Barril sin zuncho*; si muy delgado: *Radiografía o Alambrito*; si muy glotón: *Tripa rota*: “...esculcando lo llamaban el 'Tripa rota', porque no se llenaba nunca” (LATORRE, *O.P.*, pág. 37). En este mismo sentido son comunes también las alusiones a diversos animales y a plantas y productos vegetales en general, en la mayoría de los casos con claro valor despectivo. Una mujer muy gorda será conocida en su barrio como la *Ballena* o la *Vaca*; un hombre muy lento, como el *Tortuga*; un aprovechador, como el *Langosta*; uno muy delgado, como el *Lombriz*; uno muy tonto, como el *Zorzal*; pero si tiene la boca grande, le dirán el *Hocico de bagre* o el *Hocico de rana*; si las piernas largas: el *Patatas*

de zancudo; si el pelo rubio: el *Canario*. Es frecuente, por otra parte, que llamen *Jotes* (gallinazos) a los sacerdotes, por el color negro de la sotana; *Barata* (blata, cucaracha), a la mujer que anda de luto, y *Mosca en leche*, al moreno o negro que viste de blanco, etc.³.

Las menciones a vegetales surgen casi siempre, a) por una asociación de color, como cuando a un individuo que tiene la nariz roja se lo apoda *Nariz de frutilla*, *de tomate*, *de rábano*, *de zanahoria*, etc., o al negro o moreno, *Cara de breva*, *Cara de caldo de lentejas*; o bien, b) por una asociación de aspecto, según se ve en los sobrenombres que se le dan al que tiene el pelo crespo: *Cabeza de chicoreo* (achicoria), *Cabeza de lucho* (alga comestible), *Cabeza de repollo*, o c) de carácter formal, en los que recibe el que tiene largo el pescuezo, como: *Cogote de álamo*, o *Cogote de palmera*⁴, clara manifestación de nuestra "fantasía realista".

Pero no son éstos los únicos casos de hipérbole; hay muchos otros, como lo muestran los numerosos giros en que el recurso expresivo es ahora una comparación explícita. De este modo, con una comparación de superioridad, según la fórmula *más* + un calificativo o un nombre + *que*, al muy andrajoso se le dice que anda *más hiludo que una penca* (se piensa sobre todo en la hoja carnosa del cardo); al orgulloso, que anda *más tieso que un palo de escoba*; al torpe, que es *más tonto que los perros nuevos*; al descarado, que tiene *más patas que un alacrán* o *que un desfile*⁵; al menesteroso, que anda *más pobre que un maestro de escuela*; al desorientado, que anda *más perdido que el maullido de un gato en cancha de fútbol*; a la persona de conducta sensurable, que es *más mala que la vieja que removía las brasas con la pata de la guagua* (ver n. 17), etc. No está de más consignar que se aprovecha en la mayoría de los casos el valor polisémico del término que sirve de puente a la comparación (*hiludo* significa 'fibroso' y 'andrajoso'; *tieso* es 'rígido' y 'orgulloso', etc.). Este recurso suele originar incluso expresiones tan audaces como *correr más fuerte que el amoniaco*, en lugar de 'correr muy ligero', donde se funden dos sentidos muy dispares de la voz 'fuerte' ('con fuerza' y 'de olor penetrante').

Otras veces se establece una comparación de igualdad con *como*: Fulano es, está o anda *curado* (borracho) *como pipa*, *como cuero* (odre), *como parra*, *como letera* (vasija con tapa y pico para calentar agua), *como piojo*, *como tagua* (palmípeda pequeña de las lagunas y pajonales), *como tenca* (una especie de alondra); se quedó dormido *como un tronco*; salió (se fue) *como escupo* (rápidamente); me cayó *como patada en un ojo* (muy mal); Miguel es bueno *como el pan*, etc. Y por último, se compara también con la fórmula *hecho* + sustantivo: andar *hecho un San Lázaro* (rasguñado, contuso); andar *hecho la güila* (andrajoso), o simplemente, estar o andar *hecho* (se subentende: una pipa, etc.) por 'andar curado'.

El numeral, por otra parte, es el recurso para la hipérbole en expresiones como: "Valparaíso está *a un paso de aquí*"⁶, "Le dijo a Mengano *de una hasta ciento*", "Le voy a dar *un par de patadas* bien dadas", "Ese no tiene *dos dedos de frente*", "Le

³ Para otros ejemplos véase Oroz, 1932 y Plath, 1946.

⁴ Un estudio de conjunto sobre metáforas de este tipo, es nuestro *Uso tropológico...*

⁵ *Tener patas o ser patudo* = ser entrador, meterse en todas partes, ser fresco.

⁶ Según Beinhauer, 1958, pág. 242, en al. 'a tres pasos' (*drei Schritte vom hier entfernt*) y en fr. 'a cuatro' (*à quatre pas d'ici*). En España, 'a dos'.

escribió *cuatro letras*”, “Se lo he dicho *cien veces (una y mil veces, un millón de veces)*”, “...cuando subí a nuestro cuarto ..., salía de él la asmática, ahogándose en una tos *de los mil demonios*” (GUZMÁN, S. E., pág. 26); “¡No me echaron a la escuela ... cuando chico, y voy a salir yendo ahora, *a las mil y quinientas!*” (MONTENEGRO, T. V., pág. 53); “¡*Un millón de gracias!*”, etc.

Surge igualmente la exageración cuando se quiere poner énfasis en la velocidad con que se hace o sucede una cosa: “Espérame, el té me lo tomo *en un Jesús!*” (en el tiempo que uno necesita para exclamar ¡Jesús!) “...*en un decir ¡Jesús!* quedaron hechos astillas todos los huesos...” (MONTENEGRO, T. V., pág. 144); “No se demoró *un Jesús* en quitarle el barro a la boca de la tinaja...” (MONTENEGRO, T. V., pág. 157); “Se le ocurre hacer empanadas y nosotros las devoramos *en un santiamén*” (en lo que demora persignarse; ROMANÁNGEL, P. Ch., pág. 108), “...*en un dos-por-tres* (en lo que se tarda en hacer este cálculo) le dejó herrada la borrica” (MONTENEGRO, T. V., pág. 167), “La carta desapareció *en un abrir y cerrar de ojos*”, “Este libro te lo lees *en menos que canta un gallo*”, “Se lo comió *en un suspiro*”, “Alvaro Pérez sintió la noche *de un suspiro*” (DURAND, A., pág. 272), y el más usual de todos, *al tiro*⁷: “¡No quiero que l’Angela venga más p’acá! ¡Me la llevo al tiro!...” (GUZMÁN, S. E., pág. 37); “Hay que ir a buscar la oveja altirito” (LATORRE, M., pág. 311). O bien, con la fórmula de uso popular o vulgar: *a todo* + sustantivo, que a veces denota también intensidad: “Se largó a correr *a todo chanchó*”, “Me quería *a todo caballo*”, “Arrancó *a toda máquina*”, “Se puso a gritar *a todo full*⁸ (*a toda pala, a todo forro*)”.

Pero la hipérbole no sólo se da en sentido aumentativo, como en los ejemplos señalados, sino también con sentido diminutivo mediante la alusión a objetos de escaso o ningún valor (considerados individualmente), por su exiguo tamaño, su gran abundancia u otros motivos. Esto es lo que ocurre cuando decimos que algo no vale o no nos importa *un alpiste, un comino, un cuesco* (hueso de fruta), *un bledo, un rábano, un pepino, un pucho* (colilla de cigarrillo), *un pito* (antigua moneda de un peso), *ni lo negro de la uña, ni cobre* (antigua moneda de un centavo, de este metal), o que una cosa la hemos comprado *a huevo*, empleando en este último caso una fórmula usada ya por Lope de Vega (KANY, 1951, pág. 278).

Comparación hay también, aunque no hiperbólica, en algunas de las expresiones que se emplean –casi siempre con intención humorística– para llamarle la atención a una persona que interviene en un asunto, con su opinión o de otro modo, sin que nadie se lo pida; las más usuales son: ¿*Y a tí (a Ud.) quién te (le) dio vela en este entierro?*, ¿*Quién te pasó la guitarra?*, ¿*Quién te dio boleto?*, o bien: ¿*Quién te pisó la cola?*, ¿*Quién te tiró maní?*⁹.

ANTISEMIA

Es el conocido caso de la antífrasis, en que el hablante “expone una idea por la idea contraria, con entonación ordinariamente irónica”. Así, se le suele decir “¿Llegaste, *bonito día?*” a una persona que en ese momento merece que se la

⁷ Para ‘al tiro’ y sus variantes véase Kany, 1951, págs. 283 y 284.

⁸ Cp. ing. ‘*full-drive*’, a carrera tendida, a toda rienda.

⁹ Se alude a la costumbre que existe en el zoológico de tirarles maní (cacahuets) a los monos.

insulte, o “¡Qué lindo el angelito!”, a un niño mal criado, o “¿Qué quiere, *mi tesorito?*”, cuando éste pide algo, ante las visitas, con irritante insistencia. De la misma manera, *mandar a uno a buena parte* significa simplemente lo que la expresión vulgar: ‘mandarlo o echarlo a la m...’. “¡Cuándo se me quitará esta *bendita* tos!”; “Todavía me molesta esta *famosa* muela”; “¡En *bonito* enredo me has metido!”, son igualmente ejemplos de antisemia.

CACOSEMIA

Denominaciones hay en nuestra habla familiar claramente peyorativas, que se emplean cuando se quiere menospreciar —con justicia o no— el valor de un objeto o de una persona. La mayoría implica también una exageración; pero, por el signo negativo de su significado, hemos preferido tratarlas como cacosemicas.

Se refieren a un objeto, de un modo general e indeterminado: *patilla*, *payasá(da)*, *lesera*, *grüüfa* (variante de una forma vulg. con el mismo sentido): “¡Oye, pásame esa patilla (etc.)!”. En cambio, se refieren a un objeto, determinadamente, por ejemplo, *tacho*: máquina trilladora en mal estado, comparable con un ‘tarro’ cualquiera: “—El tacho de on Banderas está llamando... murmuraban los colonos, sonriendo socarronamente” (SANTIVÁN, T. B., pág. 257); *Burra*, *cafetera* y *cacharro*: un automóvil viejo; el primero, porque, debido a su mal estado, se detiene constantemente y no quiere seguir; el segundo, por el radiador, donde hierve el agua, y el tercero, por el aspecto general del automóvil. *Chancha*: bicicleta tosca y pesada.

De los relativos a personas, hay también una gran variedad; así, una niña es una *chancleta* (zapato viejo, casi inservible): “—¿Cuántos hijos tienes? —Dos chancletas”. Un niño es un *mocoso*: “¡Qué mocoso porfiado éste!” (GUZMÁN, S. E., pág. 231), y si molesta mucho, es *ladilla* (vulg.): “—¡Lárguense, ‘lavillas’, después les cortan las patas!... —chillaba una veterana...” (GUZMÁN, S. E., pág. 75); un chiquillo golfo, callejero, de malas costumbres, es un *palomilla*: “—¿Qué hacen ahí, palomillas?... ¡Ah, no contestan! ¡Palomillas habían de ser! —comentó” (GUZMÁN, S. E., pág. 26), o un *petusa*; un hombre de dudosos antecedentes es un *tiuque* (*Milvago chimango chimango*, Vieillot) o un *traro* (*Polyborus plancus plancus*, Miller): “A ese tiuque (traro) lo conozco yo”; un petimetre es un *futre*, un *pije* o un *chute*: “¡Chute de m...! —le oí por lo bajo al Chueco, en tanto salía” (GUZMÁN, S. E., pág. 147); un harapiento es un *pitilo*. *Fulanoy tipos* son igualmente peyorativos en muchas ocasiones: “¿Qué se habrá creído ese fulano (ese tipo)?”. Una mujer ordinaria es una *guata* (panza, vientre) o una *chusca*: “—¡Miren, las muy chuscas!... —insinuó una comadre” (GUZMÁN, S. E., pág. 92); una criada es una *india* (muchas son efectivamente mapuches) o una *china* (por el tipo mongólico de algunas). En este último caso, hasta *sirvienta* es hoy día despectivo, como lo es en cierto modo *cocinera*, formas reemplazadas en los avisos de los periódicos por ‘asesora del hogar’^{9a} y ‘empleada para la cocina’, respectivamente. Otro tanto ocurre con *mozo*, que, según el

^{9a} Expresión acuñada por la Unidad Popular durante el gobierno del presidente Salvador Allende (1970-1973).

trabajo de la persona, es sustituida por 'niño para los mandados', 'joven para el aseo', o 'garzón', en los restaurantes y salones de té.

También algunos de los apodosos que hemos señalado más arriba son claramente hirientes, pero como nuestro pueblo es muy dado a ofender de palabra, ha llegado a formar además toda una jerarquía de insultos (*cochinadas*, *garabatos*, *rendi(da)s*, *putia(da)s*, *carretona(da)s*, *chilena(da)s*).

Son frecuentes, entre ellos, los que comparan al hombre o a la mujer con algún animal o algunas de sus partes: *animal*, *bruto*, *bestia*, *burro* (testarudo, ignorante, lerdo para comprender), *macho* (porfiado), *perra*, *chanchito* (sucio, cochino), *pavo* (y *pavuncio*: tonto, torpe) son los más comunes: "¿Y ese animal no irá a encender el fuego hoy? –murmuró Banderas" (SANTIVÁN, T. B., pág. 255), "El hombre calló hasta que nos retiramos. ¿Ve usted? –me dijo en el camino. Testarudos, brutos" (BARRIOS, S. R., pág. 194); "¡Maldita bestia!" (LUZ DE VIANA, F., pág. 395); "...con voz trémula por el dolor y por la cólera profirió –¡Ah, perra, ya sé quien es el que te ha puesto así...!" (LILLO, E. P., pág. 149); "–¡Brutos, chanchos!..." (GUZMÁN, S. E., pág. 337). A veces aparece también la *grulla*: "Cuando [la Brasilera] apareció sobre el estrecho tabladillo, Figueras interrogó a la Princesa: –¿Y ésa?– no sé, chico, pero es una grulla que no sabe de la misa la media en estas cosas" (MALUENDA, M. C., pág. 206). Pero lo más ofensivo para una mujer es tratarla de *vaca* o de *yegua*, por lo que preferentemente esto se oye en las capas sociales más incultas. De las partes del animal, *hocico* por 'boca' es mucho más hiriente que *patas*¹⁰ por 'pies': "Cierra el hocico será mejor, patas hediondas", "Límpiate el hocico, cuatrero, pa hablar de mi patrón" (LATORRE, M., pág. 236).

Otra categoría la forman aquellos que aluden directamente a la supuesta torpeza mental del individuo. La serie comienza con los numerosos tipos de 'tontos': *tonto*, *tontón*: "¡Véte con él, véte con él, tontona!" (LATORRE, C. C., pág. 38); *tontonazo*, *tonto leso* (o *leso* solamente): "–¿Querís callarte, vieja lesa?" (LATORRE, H. y Z., pág. 198); *tonto baboso*: "El hablón no es más que el tonto baboso de Encarnación..." (LATORRE, M., pág. 123); *tonto jetón* (o solo *jetón*, o bien: *jeta con blonda*, *jeta de babero*), *tonto de los diablos*: "Ya está el tonto de los diablos con la boca abierta mirando a la María" (GUERRERO, G. L., pág. 488), para rematar con *tonto h...*, expresión muy vulgar que admite incluso la forma femenina, imposible lógicamente, lo que prueba su desexualización. Sin embargo, el tono y las circunstancias pueden transformar a *tonto* y *tonto leso* en expresiones cariñosas; "–¡Enrique, no te vayas!... –me rogó. –¡Tonto!... –agregó con húmeda ternura" (GUZMÁN, S. E., pág. 308). Véase tb. el ejemplo de la pág. 289.

Muy usual es asimismo *bruto*: "No seas bruto, hombre..." (LATORRE, C. C., pág. 155) y *pedazo de bruto*: "–¡Pedazo de bruto! –insulté al soldado, fuera de mí" (LATORRE, M., pág. 269). Después sigue *zonzos*, de estirpe campesina: "Sus ojos de acero azulado centelleaban; prosiguió con voz agresiva, áspera, atropellada: –¡Qué sabís vos, zonzos!..." (SANTIVÁN, T. B., pág. 249). Luego, *estúpido*, de frecuente uso femenino,

¹⁰ Esta expresión es tan usual que en realidad rara vez constituye un insulto: "...le caractère expressif d'une construction [est] en raison inverse de sa facilité ou de sa fréquence", Le Bidois, pág. 379.

y *boquiabierto*, de ambiente familiar: “-Porque son unos boquiabiertos porfiados, pasan estos accidentes -añadió el Hombre volviéndose a mí” (BARRIOS, S. R., pág. 193). Pero los más hirientes son sin duda: *infeliz*, *baboso*, *imbécil*, *idiota* y muy especialmente *desgraciado*: “-Pero papá... -Cállate, mejor será, baboso, si no querís que aquí mesmo te las arregle...” (SANTIVÁN, T. B., pág. 254), “¡Maldito idiota!” (GUERRERO, G. L., pág. 489), “-¡Pero, hazme el servicio de no ponerte imbécil...” (DÍAZ GARCÉS, L. Ch., pág. 177), “El agudo extremo de una huasca silbó sobre la cabeza del tío. -¡Desgraciado!... -rugió él, volviendo el rostro” (GUZMÁN, S. E., pág. 52), “-¡Viejo desgraciado!... -rugía Tulio bajo sus golpes imposibilitado para defenderse” (GUZMÁN, S. E., pág. 62).

La ira puede también sacar a relucir los defectos físicos de una persona, y entonces se oirán expresiones como: *¡cojo de los diablos!*, *¡zunco (manco) maldito!*, *¡curcuncho (corcovado) desgraciado!*, *¡cara de gangocho!* (picado de viruela; gangocho = arpillera): “-¿Por qué no te ponís bozal pa hablar a los cristianos, car(a) e gangocho?” (LATORRE, M., pág. 234), etc. O bien, sus enfermedades, más supuestas que reales: *¡tiñoso!*, *¡graniento!*, *¡tifoso!*, *¡sarnoso!*: “-Cállate, sarnoso, si no querís que te cale la guata (barriga)” (LATORRE, C. C., pág. 108).

En otras ocasiones se procura zaherir con menciones fuertemente despectivas en que la suciedad o un disvalor es lo aludido, como ocurre cuando se le grita a un individuo: *¡basura!*, *¡mugre!*, *¡porquería!*, *¡estropajo!*, *¡piojento!*, *¡mequetrefe!*: “-Mugres, eso son nada más: mugres... -gritó la mujer” (MARTA BRUNET, S. S., pág. 328), “¡Toma, porquería!- y el pucho del ‘cabeciao’ se estrelló formando un chisperío en el lomo de un perrote amarillo” (GIGOUX, R. H., pág. 357), “-¡Carajo, pa qué trajiste a esta porquería! -gritó el muchacho...” (GUZMÁN, S. E., pág. 60), “-Sí, así le parece, pero tiene que ser mía. -Claro, pos, estropajo, se burla la muchacha descañonando al gallo” (GUERRERO, G. L., pág. 489), “Toma, mequetrefe -se adelanta María, lanzándole lejos el cuchillo y el astil” (GUERRERO, G. L. *Ibid.*). O si no, ‘se le echa en cara’ su pobreza, diciéndosele: *¡güüliento!*, *¡tirillento!*, *¡jardín de tiras!*, *¡empelotado!* (sin ropa): “-Ey va ésa, empelotao! -dice el de la chaqueta, disparando un pedrusco” (CASTRO, C. G., pág. 440).

Un procedimiento distinto para ofender es pintar al enemigo o a la víctima con todos los tonos de la maldad, los que van aumentando su intensidad de acuerdo con el grado de irritación del ofensor. *¡Malvado!*, es un insulto débil y un tanto aristocrático: “¡Malvada! -lanzó Anita palmoteando furiosamente a la cocinera, que sonrió provocante” (FLORA YAÑEZ, I., pág. 374). Más serios son ya *¡ladrón!* y *¡bandido!*: “-Y no pararé hasta mandarte al infierno, bandío, ladrón y asesino de tu padre, le respondió don Austín” (VALENZUELA, J. R., pág. 307). Muy duros son también *¡condenado!*, *¡salvaje!*, *¡bribón!*: “El semblante de la mujer se puso rojo como la púrpura. -¡Ah!, condenada -gritó-, seguro que has dejado la puerta abierta y se ha entrado la chancha del otro lado!” (LILLO, E. P., pág. 152), “¡No más, no mientan más, por favor, salvajes...” (GUZMÁN, S. E., pág. 81), “Púsose de pie ... y se desató en improperios y amenazas. -¡Bribona, si ha sido así, apronta el cuero porque te lo voy a arraucar a tiras!” (*ibid.*). Pero en grado superlativo lo son *¡canalla!* y *¡badulaque!*: “-Ya te echaré el carro encima, badulaque!... -le voceó el

maquinista" (GUZMÁN, S. E., pág. 52), y muy especialmente *¡degenerado!*: "¿Qué se habrá imaginado este degenerado?, ¿que soy guacha (huérfana) por si acaso?".

No se crea, sin embargo, que entre los ejemplos señalados están los dicterios más mortificantes; hay todavía otros jerárquicamente superiores, que, aunque se oyen a cada momento en los barrios populares, sólo los escritores más realistas se atreven a reproducir¹¹: son los escatológicos y los de significación sexual.

De la primera clase, el más común es *¡m...!*, escribiéndose así como eufemismo: "—Ahora sí que es de veras, vieja de m...—" (LATORRE, H. y Z., pág. 185), y oralmente, diciendo el nombre de la letra ('vieja de eme'). La ira *in crescendo* puede hacer pasar de la forma eufemística *miéchica*, *miércate*, a la forma franca: [Don Recaredo, pegándole a su mujer] "—¡Toma, miéchica; ¡apriende, m...!" (GUZMÁN, S. E., pág. 252). Aunque —como se ha visto— se emplea solo: "—¡Qué, ustedes —les rugí— no han hecho nunca [la] cimarra, m...!? —¡A mí no me venís a palabrear!... ¡A mí no me digái m...!..." (GUZMÁN, S. E., pág. 68), es más frecuente que aparezca acompañando a otra expresión injuriosa: "Por último levantó los hombros con desprecio, y masculló terribles amenazas. —¡Negro'e m...! Cuando te pille solo, te voy a rajar la guata, ¡por mi madre!" (DRAGO, M. J., pág. 432); "—Ahí tenís, Chopo, ho, cómo abusan con uno. Pero, ¿cómo iba a ejar, también, que te patiará ese gringo e miéchica?" (IBÁÑEZ, V., pág. 561).

De los sexolálicos, los que se encuentran más documentados son *puta* (muletila en boca de muchos hombres, y escrito eufemísticamente 'p...'), (*re*)*putamadre*, *carajo* y *maricón*: "¡Qué fraile putamadre que no deja tranquilas a las viejas!" (GUZMÁN, S. E., pág. 41); "—Chitas con los monitos bien reputamadres. —Habló todavía el tío Bernabé..." (GUZMÁN, S. E., pág. 47); "Gringo e carajo, ya lo viéramos metío a él en l'agua" (IBÁÑEZ, V., pág. 560); "—Tenemos un trabajito a popa... Y agrega con desprecio: —Ese maricón del "sobre" (sobrecargo) no se atreve a hacerlo solo" (MARÍN, M. P., pág. 337). "Carajo" es el más usado de los cuatro, pues el que lo emplea generalmente ignora su contenido sexual. Lo mismo ocurre con "coño" (muy poco usado) y "joder", más frecuente en la forma participial: "—¡Qué chiquillo jodido!" (GUZMÁN, S. E., pág. 61). *Maricón*, por otra parte, además de 'afeminado' significa 'tímido', 'cobarde' (*mariquita*, se le dice al niño que llora), 'hipócrita', 'desleal', etc., atributos todos estimados como poco varoniles.

Las demás "obscenidades" aluden directamente a los órganos sexuales, con una riquísima profusión de sinónimos, en que abundan los nombres de pájaros para el masculino y de mariscos para el femenino. Pero su empleo es muy desigual. Nombrar estos últimos refiriéndolos a la madre de aquel a quien se quiere ofender, constituye lo que se llama *sacarle la madre a uno*¹², y es el mayor insulto que se le puede decir a un hombre: "Le pegué porque me sacó la madre", "Lo maté porque me sacó la madre", son expresiones que muestran con toda

¹¹ En otros casos, los insinúan solamente: "Me miró duramente, pero pronto cambió su expresión por otra de cínico desprecio. —Yo entiendo de lo mío —dijo, y en seguida soltó unas cuantas groserías contra el oficial" (MUÑOZ, B. F., pág. 353).

¹² Para el "saque de madre" ver Giannini, 1975. De interés, además, para otros insultos nuestros enfocados filosóficamente.

claridad la reacción que produce aquella ofensa por la profunda veneración de que ésta es objeto. Seguramente es esta injuria la que se insinúa en el relato siguiente: "...soltó un soez insulto, de esos que ningún hombre puede tolerar a nadie" (MUÑOZ, B. F., págs. 354 y 355). Pero faltan en nuestras expresiones escatológicas las blasfemias, alusiones injuriosas a Dios, a la Virgen y a la hostia, comunes en España.

La grosería, la *herejía*, actualmente está tanto en boca del hombre como de la mujer, y es corriente en todas las clases sociales en situaciones informales; sobre todo entre la gente joven: "El carretero, en el campo o en la pampa, ya con bueyes o con mulas, ya con su picana o con su huasca, necesita del insulto, de la carretonera" (PLATH, 1946, pág. 131): "El carretón se había ido, tirado por los machos obedientes al insulto de Eulogio" (GUZMÁN, S. E., pág. 130). Y tan usual es entre los obreros de las fábricas, de las minas, de los puertos, y en general entre gente de poca cultura que, con otra inflexión de voz, la emplean como saludo cordial y amistoso: "¡Cómo te va, gū(ev)ón, oh!", puede oírse en cualquier barrio popular, no obstante ser este vocativo el sinónimo vulgar más común de 'tonto', 'estúpido', 'imbécil', incorporado ya en el diccionario de la Real Academia (con *h*). De este modo se hace evidente que los términos, a medida que se van cargando de emotividad, se van desintelectualizando. Así, pues, lo intelectual y lo afectivo están en relación inversamente proporcional.

A la mujer adulta, especialmente si es culta, en cambio, rara vez *se le cae la gramática*, o *se le cae el freno*, como prefiere decir el campesino cuando 'suelta' o 'se le sale un disparate', aludiendo al freno de sus caballos que al caerse les deja libre el 'hocico'. Descontando a la mujer de las capas sociales incultas, puede ocurrir que las demás o no conozcan expresiones soeces: "Ella se había sentado en la cama, dispuesta a insultar. Pero en vano buscó palabras hirientes para gritarle. No sabía nada, nada. Ni siquiera insultar" (MARÍA L. BOMBAL, E. A., pág. 414), o bien, si las conocen, sólo se atrevan a decir las más débiles, o se contenten con pensarlas únicamente: "La mujer lo odió con una violencia que lo hubiera destruido al hacerse tangible. Todas las malas palabras que oyera en su existencia y que jamás dijo, se le vinieron de pronto a la memoria y las sentía tan vivas que su asombro era que los dos hombres no se volvieran a mirarla, despavoridos ante esa avalancha grosera" (MARTA BRUNET, S. S., pág. 425).

Por otra parte, hay términos que, aunque no constituyen insultos propiamente, tienen un marcado sabor despectivo; nos referimos a aquellos con que denominamos a algunos extranjeros. Los argentinos, por ejemplo, son los *che*-y menos frecuentemente los *cheyes*- por el uso constante que hacen de ese vocativo¹²: "-Apórtate pu'aquí no más, chey y verás bueno" (LATORRE, V. M., pág. 196); "Oía con benevolencia las observaciones de mi criado sobre los 'cheyes', como él los llamaba despectivamente" (LATORRE, V. M., pág. 199). Los peruanos son los *cholos*¹³, como si todos fueran resultado del cruce de blanco e india:

¹² "El *che*, más que decirlo, se nos escapa", Weber, 1941, pág. 108.

¹³ "[En el Perú] es de empleo tan frecuente -dice Sologuren, 1954, pág. 265-, que ha dado origen al verbo *cholar*, 'tratar de cholo'. Por extensión aplicamos también este término a toda "gente de color" (negro), a pesar de que en LATORRE, M., pág. 34, se lo encuentra igualmente como insulto

-Así, m'hijo Pedro Antonio,
te hubiera querido tener
después que los cholos te mataron,
en el Campo de la Alianza...
-Así, te hubiera querido tener...

(BASCUÑAN, S. P., pág. 405)

Los bolivianos, en cambio, son los *cuicos*, quizá si por alusión también al mestizaje con india, según la acepción del término en la Argentina. Los italianos son los *bachichas*, aun cuando rara vez se llamen Battista: "Quico mandó buscar una dama-juana del mejor [vino] litreado que tuviera el bachicha de la esquina..." (MONTE-NEGRO, T. V., pág. 156). Los españoles son los *coños*, por el hábito que ellos tienen de emplear este vocablo como interjección, cuya significación sexual desconoce casi siempre nuestra gente. Los franceses son los *gabachos*, los *franchutes*, expresiones de antiguo uso en España: "... insultó, primero, a los gabachos informales" (LATORRE, O. P., pág. 113), "Ya me avisarán los franchutes si les interesa" (LATORRE, O. P., pág. 114). Los ingleses, norteamericanos y en general todos los que hablan una lengua extranjera, preferentemente europea, son *gringos*: "Juan Bobbert ... no era precisamente extranjero, pero el apellido (con dos letras al medio, sin haber pa qué) y su apariencia física: rostro pecoso, no mucho; pelo colorín y los ojos casi verdes, muy movedizos, le conquistaron ... el apelativo de 'gringo'" (IBÁÑEZ, V., pág. 559). Los árabes son los *turcos*, por los pasaportes que traían los primeros que llegaron al país, y tanto los chinos como los japoneses son, despectivamente, los *canacas*. A los chinos, además, se los llama *compales*, remedo de la manera como ellos pronuncian corrientemente la palabra 'compadre', tan usada como tratamiento: "-¿Qué son?- Chinos: ocho 'compales'" (MARIN, M. P., pág. 337). Por último, un fenómeno también puramente articulatorio de los israelitas (*ue > oñ*) y el hecho de que Jacob se considere nombre típicamente judío, explican que a éstos se les diga *jacobos*. Como se ve, tales denominaciones se restringen a los pueblos sudamericanos fronterizos y a los europeos y asiáticos más ampliamente representados entre los que han emigrado a nuestro país. Nuestros vecinos, por su lado, nos devuelven la mano llamándonos los *rotos*, haciendo extensiva a todos los chilenos la voz que nosotros aplicamos exclusivamente al hombre de la clase social inferior "licencioso, desbaratado en su vida y en sus costumbres" (PLATH, 1946, pág. 8, nota), por alusión, quizá, originalmente, a su ropa casi siempre 'rota', desgarrada: "...no está bien que me roce con esa clase de gente. Son unos rotos abominables" (DRAGO, M. L., pág. 434). También es frecuente que un individuo -las mujeres especialmente- "rotee" (trate de 'roto') a otro que considere de una condición social inferior a la suya: "Era Troncoso el que hablaba. Mera replicó con violencia: -¿Y qué sabís vos, roto alzaó?" (LATORRE, M., pág. 234). Es igualmente habitual en los "patrones de fundo" al reprender a sus inquilinos: "-¿Por qué

contra indios mapuches: "[El colono] se adelanta insultándolos al modo chileno: -¿Cholos esperecíos! ¡A palos los voy a hacer gomitar la potranca que se golosieron!".

venís llegando a esta hora roto sinvergüenza? ¿Onde ejaste el cuero?" (LATORRE, H. y Z., pág. 104)¹⁴. Sin embargo, con estas expresiones pasa una vez más lo que ya hemos anotado en otra parte: circunstancias especiales y una curva melódica cariñosa tienen siempre el poder de transmutar totalmente su valor, tanto más si se las usa con un apreciativo: "¡Es regüeno el gringuito! ¿No es cierto?"; "¿Cómo te va, cholito?". Esto muestra que la entonación y los sufijos apreciativos determinan el valor de la expresión a que se aplican.

CALOSEMIA

El cariño, por otra parte, tiene, además de la inflexión de la voz (a los enamorados 'se les quiebra la voz') y de los apreciativos, otros moldes en que vaciarse, por ejemplo: ciertos *t r a t a m i e n t o s*, que en determinadas circunstancias van acompañados de un tono exclamativo que traduce la intensidad del afecto. Como tales tratamientos muestran el mismo recurso expresivo —semántico, en este caso—, sólo a modo de ejemplo citaremos algunos, sin sistematizar mayormente.

En las relaciones entre marido y mujer, o entre novios simplemente, se emplea *querido*, *-da*, puro y simple y un tanto descolorido: "¿Cómo te¹⁵ va, querido?"; otras, *(mi) hijo*, *-a*, *(mi) hijito*, *-ta*¹⁶ "—Hasta mañana, hijita" (MARTA BRUNET, S. S., pág. 312), un poco más cordiales, pero no mucho, por el empleo abusivo que se hace de ellos, lo que ha llegado a fundir la forma con 'mi' en una unidad articulatoria: "—No me andes con 'paterías', m'hijo..." (GUZMÁN, S. E., pág. 86), o en la rima juguetona: *m'hijita linda*, *corazón de guinda*. Los simples *hijo*, *-a*, se dicen siempre con tono de seriedad. Más paternales y mimosas son expresiones como *mi guagüita*¹⁷, *mi regaloncita*, *mi guagüita regalona*, a lo que la mujer responde con *(mi) papito*, *papito mío*; pero cuando el hombre se hace el regalón, le dice a ella *(mi) mamita*, y si cada uno se pone en su lugar, ella es *(mi) mujercita* y él es *(mi) maridito*, usados en forma apelativa: "¿Llegó, mi maridito?".

Al valor que uno tiene para el otro, se alude con *tesorito*, *tesorito de mi vida*, *tesorito de mi alma*, y en el colmo del entusiasmo: *¡Vidita mía!*, *¡mi cielo!*, *¡cachito de cielo!*: "—¡Pa usted es la canción, cachito'e cielo!..." (GUZMÁN, S. E., pág. 186).

¹⁴ Lo general de este fenómeno se advierte en el hecho de que los centroamericanos, por ejemplo, también se tratan entre sí con apodos especiales: *tico* (el costarricense), *chapín* (el guatemalteco), *catracho* (el hondureño), *chocho* (el nicaragüense), *guanavo* (el salvadoreño). Para España véase la nómina de apodos que trae Alonso, 1955, pág. 293.

¹⁵ Para el empleo entre nosotros de *tú* y *usted* y los morfemas correspondientes, como reveladores de un desigual contenido afectivo, véase Silva-Fuenzalida, 1955, y en general, para las fórmulas de tratamiento en Chile, Eguiluz, 1962.

Ya a la alternancia, ya a la oposición, ya a ambas cosas a la vez, de *tú* y *vos* en Chile, se refieren especialmente: Bello, 1940, pág. 54, N° 12; Lenz, 1891, y § 156; Tiscornia, 1930, § 97, quien extiende su estudio a toda Hispanoamérica, y sobre todo Kany, 1951, cap. III, esp., págs. 67-72.

¹⁶ Cp. Gili y Gaya, 1948, § 165 d. Para Kany, 1951, pág. 421, "the use of the possessive adjective 'mi' with the vocative [is] apparently an archaism". Según Sologuren, pág. 242, *mi hijo*, *-a*; *mi hijito*, *-a* en el Perú "son poco usados, pues traen el eco de expresiones que ... se creen peculiares del habla chilena y que suelen imitarse enfatizando su característica entonación". De "m'hijito; -a" han surgido *mijitear* 'tratar de m'hijito, -a', y *mijiteo* 'acción y efecto de "mijitear"'.
¹⁷ *Guagua* es voz quechua con que se designa al niño de pecho.

Exaltan la belleza de la mujer: *preciosa, preciosura, linda, maravillosa, (mi) muñequita*:

“-Podrías quedarte otro ratito- insinuó mi hermana...

-Si tú lo deseas, preciosa... -musitó él...” (GUZMÁN, S. E., pág. 149).

“-¡Déjame!

-Linda...

-¡Tonto!

Los arrumacos fueron ahogados por besos llenos de apasionamiento” (IBÁÑEZ, V., pág. 565).

-“¡Eres maravillosa, Elenita!” (GUZMÁN, S. E., pág. 151).

Por último, el amor hace exclamar también: *¡amorcito mío!, ¡adorable!; ¡Eres adorable, no lo creí nunca!*” (GUZMÁN, S. E., pág. 150).

También en el tratamiento común entre esposos se establece una escala de valores: el hombre de la clase media dirá con más frecuencia, por ejemplo, “Le presento a *mi esposa*, o a *mi señora*” que “Le presento a *mi mujer*”, por encontrar las dos primeras expresiones ‘más dignas’ que esta última, y ella dirá a su vez: “Le presento a *mi esposo*, o a *mi marido*”, y nunca: “Le presento a *mi hombre*”, o “Éste es *mi hombre*”, a menos que pertenezca a los estratos sociales inferiores, donde la unión conyugal suele no estar legalizada:

-“¡Palomita!

-¡Mi hombre!” (CASTRO, C. G., pág. 445).

En este último caso, *hombre* puede formar serie con *hembra*:

“-¡Y tus chiquillos como están?... ¿Y tu mujer?...

-¡Ahí están los chiquillos y la hembra, pues doctor, vivitos y coleando...!” (GUZMÁN, S. E., pág. 53).

Tampoco le faltan al marido expresiones pintorescas para aludir en tercera persona y con intención humorística, a su mujer: *mi media naranja, mi cara mitad* (acentuando a veces ‘cara’ socarronamente, aprovechando la disemia o diciendo, con la misma intención, *mi demasiado cara mitad* (ROMANÁNGEL, P. Ch., pág. 15), *mi cincuenta por ciento, mi costilla, mi peor es nada* (giro válido también para el hombre), etc. A ‘mi media naranja’, la esposa suele responder, poco halagadoramente, con *mi medio limón*, por el sabor ‘agrio’ de este fruto.

El aprecio que el hombre del campo le tiene a una mujer, lo expresa comparándola con algo que le es valioso o que está dentro del marco de su experiencia vital; por ejemplo, con una *prenda*: “-En su nombre nos vamos a servir esta comidita. ¡Que rica ha de estar! Se ve que la hizo usted, prenda” (DURAND, A., pág. 269), o con una *potranca*; “¡Venga p’acá, mi potranquita, pa darle un beso bien refregao!”. Pero en la ciudad tampoco faltan los símiles zoológicos, cuyos nombres se emplean preferentemente en diminutivos: *¡palomita!, ¡pichoncita mía!, ¡mi perrita!*: “¡Vamos ‘acostalos’ [a acostarnos], mi perrita!” (GUZMÁN, S. E., pág. 79), *¡perrita mía!, ¡perrita choca!* (rabona), *¡mi choquita linda!, ¡picho!* (perrito), *¡pichito mío!, ¡mi gatita!, ¡cuchita mía!* (gaúta), y si la mujer es muy delgada, *¡mi lauchita!* (ratoncito).

Quedan todavía las alusiones a ciertas propiedades inexistentes la mayoría de las veces, que se atribuyen al hombre o a la mujer. De este modo, el marido puede

decirle habitualmente a su esposa: *ñata* (chata), *ñatita mía*, o (*mi*) *cholíta*, con ser sólo un poco morena. Ella, a su vez, puede llamar a su marido: *negro*, *negrito mío*, *mi negro del alma*¹⁸, *chinito (mío)*, (*mi*) *viejo*, (*mi*) *viejito*, aun siendo muy joven:

“-¡Todo lo relacionas con la política, vieja –habló violentamente [mi padre], alterado de veras.

-¡Si no es para tanto, viejo, si no es para tanto! –dijo ella” (GUZMÁN, S. E., pág. 87)¹⁹.

En el piroppo callejero, que dice el hombre cuando va pasando a su lado una mujer, se repiten muchas de estas expresiones: *¡Adiós, linda!*, *¡Adiós, preciosa!*, *¡Qué preciosura de mujer!*, *¿La acompaña, ricurita?*, *¡(Mi) ricurita!*, *¡Cosita rica!*, *¡Qué rico el bomboncito!*; o bien: *¡Esto es lo que me recomendó el médico!*, *¡Dios la guarde!* El cine argentino nos ha traído el *churro* (mujer de bellas formas), y el mexicano, el *cuero* (ídem.): *¡Qué churro!*, *¡Qué churrazo!*, *¡Pero qué cuero!* Con la fórmula *¡quién fuera...!* –tan usual en España– se manifiestan también entre nosotros los deseos masculinos más variados, que la mujer escucha halagada, pero sin darse por aludida: *¡Quién fuera la cartera de la señorita!* (para ir del brazo con ella), o de un modo más directo, si le acompaña un niño, *¡Quién fuera el padre de la criatura!*; pero si va acompañada de una señora, a ésta le dirán, *¡Adiós, suegra!* y si de un hombre, *¡Adiós, suegro!* o *¡Adiós, cuñado!* según la edad del acompañante. Y cuando son dos mujeres las que van juntas, no faltará quien les diga, irónicamente, *¡Me gusta la del medio!*

Por último, los padres reciben también diversos tratamientos, que dependen, preferentemente, de las circunstancias en que se emplean, de la edad de sus hijos y de la clase social a que pertenecen. *Padre* y *madre* son las expresiones formales preferidas por los hijos adultos cuando aluden a sus padres ante otras personas, y por los cónyuges cuando uno menciona al otro hablando con sus hijos, en contraposición a *papá* y *mamá*, *papacito* y *mamacita* ('papaíto' y 'mamaíta' no se usan entre nosotros), que son las formas familiares y propias de los niños en todas las circunstancias, y de los adultos cuando hablan con sus propios progenitores. Así, estos últimos dirán en un caso, por ejemplo: “¿Está mi madre en casa?, y luego, dirigiéndose a ella: “Mamá, le (te) tengo una sorpresa”. El mismo juego de oposiciones, ahora en otras de las relaciones señaladas, se advierte en el pasaje siguiente: “En las puertas de las casas vecinas se oían a menudo golpes severos ... Eran los maridos, que regresaban de las labores. Uno de los golpes tocó a nuestra puerta. –Tu *padre*... –dijo cálidamente mi *mamá* a Elena. –Sí, mi *papá*... –recalcó mi hermana, dejando el trabajo...” (GUZMÁN, S. E., págs. 168-169). *Padre* y *madre*, como vocativos, son formas muy solemnes. En el campo se oye también, alguna vez, *mi padre* (paire): “Leandro, el primogénito de don Ambrosio, rompe el silencio. –¿Ud., mi paire, conoció en vía al pobrecito?” (VALENZUELA, J. R., pág. 302). Los niños de la 'clase acomodada' y 'media' suelen emplear, en cambio, *papy* y *mamy*

¹⁸ Igual que *feo* y por los mismos motivos estilísticos, *negro* –tradicionalmente asociado con la fealdad física y moral– se emplea, de rechazo, como expresivo término de cariño en lenguaje coloquial [en España y en algunos países hispanoamericanos], Malkiel, 1955, págs. 74-75.

¹⁹ Válido igualmente para Chile es lo que sobre el uso de *viejo*, -a en Buenos Aires, escribe Weber, 1941, págs. 111-114. Muy ilustrativa es la nota I de la pág. 113.

—signos de mayor intimidad por parte de los hijos²⁰—, en forma vocativa y narrativa. En la ciudad, pero en las clases incultas, se oirá *apá*, *amá*, *ápito*, *amita*, y en ningún caso ‘apacito’, ‘amacita’. *Tata*, *taita*, *tatita*, *taitita*, *papa*, *papito*, *mama*, *mamita* son tratamientos rurales. En un cuento campesino de Luis DURAND (A., pág. 265), un “chiquillo” llama a su padre con voz asustada: “¡Taitita! ¡Despiértese, taitita!”, y en otro de Mariano LATORRE (*H y Z*, pág. 150), un niño “gime con su voz ronca de enfermo: —¡Me quiero ir p’onde mi mamita!...”, y más adelante (pág. 151): “—¡Me quiero ir p’onde mi mama!”. *Papito* y *mamita* pertenecen también a la ciudad. *Tata* y *mama* han adquirido, además, la significación de ‘abuelo’ y ‘ama de cría’, respectivamente: “Sólo la vieja mama de on Panta... los miraba de reojo” (LATORRE, *O. P.*, pág. 63), y donde *paye* es el ‘padre’ y *maye* la ‘abuela’. *Viejo*, *vieja*, *viejito*, *viejita*, *veterano*, *veterana* son las expresiones preferidas por los adolescentes con aire de superioridad: “Tengo que pedirle plata a la vieja”, “¡Qué pensará el viejo!”. ‘Viejo’, ‘vieja’, sin más, resultan irrespetuosos; no así: *el viejo de mi padre y la vieja de mi madre* que suelen usar narrativamente los hijos adultos, y menos en “¡Viejo, mi querido viejo!”.

Fuera de ‘tata’, ‘taita’ y ‘maye’, los abuelos tienen en la ciudad el trato cariñoso de *abuelito*, *abuelita*, términos que el afecto ha hecho extensivos a toda persona anciana.

Cuando los suegros son queridos, *papá* y *mamá* son los tratamientos que reciben de sus nueras y yernos, los que a su vez son llamados *hijos* por aquéllos.

En los ambientes religiosos, *Tata Dios* es una expresión —de carácter rural— que con mucha frecuencia emplean los niños para dirigirse a la divinidad, y los adultos, para hacer mención de ésta a los niños: “Acuérdate que el Tata Dios te está mirando”, suelen decirle a sus hijos cuando éstos se portan mal. Fuera del área rural, *Señor* es el tratamiento por antonomasia de Jesús, “Nuestro Señor Jesucristo”, tanto en forma vocativa: “¡Señor, ten piedad de mí!”, como en forma narrativa: “Que el Señor me perdone, si he pensado mal”.

En serie con *Tata* (Dios), están *padre(cito)*, con que se llama al sacerdote o fraile, y *madre(cita)* con que se denomina a la monja, (nunca *papá*, *papito*, *mamá* y *mamita*, respectivamente): “—¡Sí, Dios mío, si el Padre Carmelo no me quiere, yo voy a morirme! ¡Usted debe quererme, padrecito Carmelo!” (GUZMÁN S. E., pág. 174).

‘Padre’ como vocativo, aparece también a veces precedido del posesivo *mi*: “—Mi Padre, debe haber sido el Ángel de la Guardia el que lo trajo aquí —[le] dijeron los guardianes estirando la mano...” (MONTENEGRO, *T. V.*, pág. 161). Persistencia ésta, si no es un arcaísmo, posiblemente, del hábito (también arcaico, como

²⁰ Sea que *papy* y *mamy* procedan, por apócope, de *papito* y *mamita* —como cree más probable Weber, 1941, pág. 109—, sea que provengan directamente de *papá* y *mamá*, la terminación —y (átona) resultante impresiona como postiza en nuestra lengua (no obstante la existencia de *peni*, apócope de ‘penitenciaria’; *Sofi*, ‘Sofía’; *Tati*, ‘Tatiana’, y algunos otros ejemplos). Por esto —sin excluir la posibilidad de una derivación regresiva— nos inclinamos por la idea de una influencia del inglés, ejercida, en nuestra opinión, a través de los múltiples hipocorísticos en —y, como *Betty* (Beatriz), *July* (Julia), *Mary* (María), etc., que utiliza sobre todo las mismas clases a que hacemos referencia. Cp. Boyd-Bowman, 1955, pág. 363.

ya en *mío Cid* 'mi Señor') que los policías –como los militares– tienen de anteponer *mi* a la denominación de sus grados: *mi coronel*, *mi teniente*, etc., hábito que en este caso ha trascendido a los civiles: “–¡No se enoje, pues, mi cabito!” (GUZMÁN, S. E., pág. 176).

PERISEMIA

Eufemística

Fuera del cariño, la ternura y el respeto, también la piedad y la compasión pueden expresarse por medios semánticos. De este modo, mediante un rodeo eufemístico –con que se evitan las palabras tabuadas “muerte” y “morir”–, se consuela a los deudos, diciéndoles, por ejemplo, que el “finado” *entregó su alma a Dios*, que *ya dejó de sufrir*, que *está durmiendo el sueño eterno*, que *pasó a mejor vida*, que *ya está descansando*, o bien: “¡Pobrecito...! ¡Que Dios lo tenga en su Santa Gloria!” (LAZO, E. A., pág. 186), y si es un niño: *¡Ya se fue al cielo, el angelito!*²¹. O si no: *¡Estaría de Dios!* (que se muriera), *¡Le llegó la hora!*, *¡Para morir nacimos!*, *¡Ya cumplió!*, *¡La delantera no más nos lleva!*, y dicho todo esto, naturalmente, con voz dolorosa y llena de conmiseración. Por último, se acompañarán sus *restos* o *despojos fúnebres* hasta la *última morada*, donde *descansará* o *reposará en paz*.

Disfemística

Las desgracias, por otra parte, por grandes que sean, no tienen la fuerza suficiente para hacer perder al hombre de las clases populares el sentido del humor, el que a veces toca los lindes de la indiferencia y del cinismo, como en los casos en que alude –volviendo al tema de la muerte–, al estado agónico o a la muerte misma. Refiriéndose al primero, dirá, con un rodeo disfemístico, que el enfermo *está pa'l gato* (como carne para el gato), que *está jugando con la Pelá* (la muerte), que *es chanchito en la batea* (artesa), o que *huele a muerto*. Pero si el enfermo ha dejado de existir, comentará el hecho con expresiones como éstas: *se le olvidó respirar*, *se le cortó el resuello*, *entregó las herramientas* (dejó de trabajar), *estiró la pata* o *paró las patas*, *las chulupas* o *los mocasines*, *dobló* o *torció la esquina*, *se fue en un bote* (el ataúd) *de cuatro velas*, *se puso traje* o *piyama de madera* (el ataúd), etc. Y una vez en el cementerio, adonde acompañará solícito los restos del pariente, del amigo o del simple vecino, seguirá la broma llamando al camposanto: *el patio de los callados*, *el patio de los hinchados*, *la población de los sosegados*, *el paradero de los difuntos*, *la heladera* (= refrigerador; el muerto es el *fiambre*), *el Fundo de las Cruces*, aprovechando un topónimo muy conocido, etc. “La tensión terrorífica tiene que aliviarse en cuanto se relaja con

²¹ De la frecuencia de la expresión y de la creencia da testimonio esta copla que se canta en los velorios:

*Que glorioso el angelito
que se va para los cielos
rogando por padre y madre
y también por los agüelos.*

(MANRIQUEZ, 1943, pág. 63).

un desahogo del humor, como la tragedia tiene que dulcificarse con el entremés" (GARCÍA DE DIEGO, 1954, pág. 39).

HIPOSEMIA

Para aludir al 'diablo' o 'demonio' rara vez se emplean estas expresiones, si no es con intención negativa; el tabú ha hecho que, cuando no se los modifica en *diantre* y *demonstre*, respectivamente —como en España y otros lugares—, se lo llame: *el Malo*, *el Malulo*, *el Maligno*, *el Matoco*, *el Condenado*, *el Enemigo*, *el Cuco* (terror de los niños), *el Mandinga*, *el Patas verdes*, *el Uñas verdes*, *el Cachudo*, denominaciones rurales especialmente, incluidas en su mayor parte por H. BASCUÑÁN en su cuento *El solitario del portezuelo*, alusivas a algunas de las propiedades morales o físicas que atribuye al diablo la fantasía popular.

POLISEMIA

La posibilidad de que un mismo significante conlleve distintos significados, permite sin gran esfuerzo algunos "juegos de palabras". De ROMANÁNGEL, *P. Ch.*, citamos los siguientes, de clara intención humorística: "El Hotel Pacífico tiene muchos *pisos*. También tiene sillas, sofás, sillones, etc." (pág. 80); "En esta isla hay una guarnición militar que tiene muchos presos. Los oficiales tienen *presillas*" (pág. 88); "Luego después, vamos a la Universidad de los Pintores... [en Lima]. —No, hombre, la Universidad de los Pintores no —me interrumpe Chalupa.

—¿Por qué? ¿Acaso no es la Universidad de *San Marcos*?" (pág. 89).

"La flora de este país [Ecuador] es variadísima y fecunda. Con decir que ahí florece hasta la *planta de los pies*..." (pág. 102).

"Uno de los gringos de la Compañía, que es aficionado a la pintura, regresa al hotel desesperado, pues, con el calor que hace, le ha sido imposible hacer un paisaje *al fresco*" (pág. 105).

"Cada soldado del Tío Sam blande un largo bastón blanco que es la enseña de la ley norteamericana y de la Ley Seca. Pero cuando llueve en el Canal Zone, la Ley, por ley, tiene que mojarse" (pág. 115).

"El Puerto de Barranquilla es otra ciudad colonial como la de Cartagena...; al ver tanta casona vieja, antigua, tiene que, forzosamente, producirse en el ambiente un persistente olor, un persistente olor a *colonia*" (pág. 150).

En la polisemia se fundan también muchos "colmos", los que se suelen enunciar a manera de adivinanzas, como éstos: ¿Cuál es el colmo de un forzado? —Doblar una esquina; ¿Y el de un carpintero? —Tener las hijas traviesas, los hijos listones y un perro que menee la cola; ¿Y el de un zapatero? —Hacerle un zapato al pie de la montaña; ¿Y el de un oculista? —Recetarle lentes al ojo de una aguja; ¿Y el de un dentista? —Arreglarle los dientes a un serrucho, etcétera.

El mismo recurso se utiliza en otro sistema de preguntas y respuestas muy en boga entre nosotros hace unos cuarenta años. La pregunta se iniciaba siempre con: ¿qué le dijo? De aquella época son los siguientes ejemplos, entresacados en su mayoría de una serie dada por ROBERTO VILCHES, 1955, pág. 285: ¿Qué le dijo un pato cojo a un pato viudo? —Los dos perdimos la pata; ¿Y el río al sauce llorón?

–Tú lloras, y yo río; ¿Y el calvo a la peineta? – A mí nadie me toma el pelo; ¿Y Adán a Eva? –Doblemos la hoja; ¿Y el clavo al martillo? –Me duele la cabeza; ¿Y el estudiante flojo al río? –Feliz tú que puedes seguir tu curso sin moverte del lecho.

PALINSEMIA

Aludiremos aquí a un recurso muy distinto de los anteriores, ligado al sentimiento del humor y usado con el ánimo evidente de hacer un chiste: la reelaboración semántica de un término sobre la base de un segmento suyo que evoca un significado especial, fenómeno muy afín al de la etimología popular, pero diferente de ella, porque en los casos a que nos referiremos, el hablante es plenamente consciente de que nada tiene que ver su interpretación con la significación del término en cuestión. Los ejemplos son otra vez de ROMANÁNGEL, *P. Ch.*, donde ocurren con bastante frecuencia: "Al llegar allá, Chalupa, en un rasgo de entusiasmo, abre los brazos frente al hotel y exclama: ¡Oh, tel, yo te saludo!" (pág. 42); "–Es la ciudad más bella que he conocido, es la ciudad, sobre todo, más generosa, ¡Cuán generosa es Antofagasta!

–¿Y por qué? –me dice alguien.

–Es natural, porque Antofa-gasta..." (pág. 55); "Es grande el Morro [un cerro de Arica], es inmenso el Morro. Es *Morro-cotudo*..." (pág. 80); "Prefiero alejarme de Chalupa, de este salvaje que me mortifica sin piedad, y le dijo: –¡*Sal-vaje* de mi lado!" (pág. 87); "...cuando se me olvida llevarlo [el ventilador], desde lejos lo llamaba diciéndole: ¡*ven-tilador*!" (pág. 89).

PARASEMIA

La palinsemia conduce fácilmente a otro recurso léxico, igualmente humorístico: la sustitución de toda una expresión o de parte de ella por otra que pertenece al mismo "campo asociativo" desde el punto de vista del significado. Así, mediante un proceso de asociación por semejanza, 'desembarco', por ejemplo, ha motivado a *desembuque*: "Después de un trago ... se inicia el desembuque" (ROMANÁNGEL, *P. Ch.*, pág. 88); 'andar con la mona' (andar borracho), a *andar con el gorila* (y aun *andar engorilado*); 'cola de mono'²², a *rabo de mico*, y en el lenguaje musical: 'andante con moto', a *andante con bicicleta*.

En el caso de nombres propios, la sustitución implica una atribución al todo, o a una de sus partes, de la significación que la expresión posee como nombre común. Casos en que la sustitución se basa en una asociación por semejanza (sustitución sinonímica), son, por ejemplo, llamar a Mario Ciudad (Ex Secretario General de Gobierno): *Mario Aldea*; a Armando Palacios: *Armando Chalet*; a Felipe Trigo: *Felipe Cebada*; a Calderón de la Barca: *Calderón del Buque*; a Teresa de la Parra: *Teresa de la Uva*; a Joaquín de Entrambasaguas: *Joaquín Mesopotámico*. Con el mismo procedimiento, a un profesor francés Monsieur Salmon, sus alumnos chilenos le decían: *M. Pescado*.

²² Licor a base de leche, café y aguardiente.

Aunque menos usuales, se dan ejemplos también de sustitución por asociación contrastiva (sustitución antonímica), como sucede cuando a Casanova lo llaman *Casavieja*; a Cartagena: *Cartafropia*, o en otras estructuras, cuando por Ciro Alegría se dice *Ciro Tristeza*, o por Joaquín Edwards Bello: *J. E. Feo*, o por Blanco Fombona: *Negro Fombona* o *Negro Fonmala*, o por dictadura: *dictablanda*.

En la mayoría de estos casos puede decirse que el recurso expresivo es aquí —como en la palinsemia— un tipo especial de otro más general: la r u p t u r a d e u n e s q u e m a f i j o, ruptura cuyo extremo puede ejemplificarse con la variación del conocido refrán: "Dime con quién andas y... te diré la hora", en que se han excedido los lindes del campo semántico.

Al término de este trabajo, no quisiéramos que la ejemplificación hubiera hecho olvidar lo que para nosotros es lo fundamental en él: mostrar la estrecha correspondencia, el constante paralelismo entre un determinado fenómeno lingüístico y un determinado estado de alma.

BIBLIOGRAFÍA

OBRAS LITERARIAS

- Atías, L. T.: ANUAR ATÍAS, *La Tormenta*, Atenea, Revista mensual de ciencias, letras y artes, publicada por la Univ. de Concepción, año XXV, sept.-oct., 1948, N^{os}. 279-280. Dedicada al cuento chileno.
- Barrios, S. R.: EDUARDO BARRIOS, *Santo Remedio*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Bascuñán, S. P.: HOMERO BASCUÑÁN, *El solitario del portezuelo*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Castro, C. G.: OSCAR CASTRO, *Callejón de los gansos*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Díaz Garcés, L. Ch.: JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS, *Los chunchos*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Durand, A.: LUIS DURAND, *Afueros*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Drago, M. J.: GONZALO DRAGO, *Mister Jara*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Flora Yáñez, I.: FLORA YÁÑEZ, *Icía*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Gigoux, R. H.: BYRON GIGOUX, *Rotos hombres*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Guerrero, G. L.: LEONCIO GUERRERO, *El gallo loco*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Guzmán, S. E.: NICOMEDES GUZMÁN, *La sangre y la esperanza*, 4^a ed. (Santiago, Nascimento, 1952).
- Ibáñez, V.: JORGE IBÁÑEZ, *Vengativos*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Latorre, C. C.: MARIANO LATORRE, *Cuna de cóndores* (Santiago, Nascimento, 1943).
- Latorre, H. y Z.: MARIANO LATORRE, *Hombres y zorros*, 2^a ed. (Santiago, Nascimento, 1945).
- Latorre, M.: MARIANO LATORRE, *Mapu*, Santiago, Orbe, 1945.
- Latorre, O. P.: MARIANO LATORRE, *On Panta*, 5^a ed. (Santiago, Zig-Zag, 1953).

- Latorre, V. M.: MARIANO LATORRE, *Viento de mallines* (Santiago, Zig-Zag, 1944).
- Lazo, E. A.: OLEGARIO LAZO, *El amigo*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Lillo, E. P.: BALDOMERO LILLO, *El pozo*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Luz de Viana, F.: LUZ DE VIANA, *Frenesí*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Maluenda, M. C.: RAFAEL MALUENDA, *La mujer del cabaret*, Atenea: ver Atías, L. T.
- María L. Bombal, E. A.: MARÍA LUISA BOMBAL, *El árbol*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Marín, M. P.: JUAN MARÍN, *Mar Pacífico*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Marta Brunet, S. S.: MARTA BRUNET, *Soledad de la sangre*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Montenegro, T. V.: ERNESTO MONTENEGRO, *Mi tío Ventura*, 2ª ed. (Santiago, Nascimento, 1938).
- Muñoz, B. F.: DIEGO MUÑOZ, *Barco frutero*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Romaná Angel, P. Ch.: ROMANÁNGEL (Joaquín Moscoso G.), *Las pistas de Chahu-pa* (Santiago, Cultura, 1932).
- Santiván, T. B.: FERNANDO SANTIVÁN, *El tacho de on Banderas*, Atenea: ver Atías, L. T.
- Valenzuela, J. R.: RAMÓN VALENZUELA, *Juan Ralo*, Atenea: ver Atías, L. T.

OBRAS NO-LITERARIAS

- ALONSO, MARTÍN, *Ciencia del lenguaje y arte del estilo*, 4ª ed. (Madrid, Aguilar, 1955).
- BEINHAUER, WERNER, *Spanische Umgangssprache*, 2ª ed. (Bonn, Ferd Dümmlers Verlag, 1958).
- BELLO ANDRÉS, "Advertencias sobre el uso de la lengua castellana...", Rodolfo Lenz *et al.*, *El español en Chile* (Buenos Aires, BDH, IV, 1940), págs. 49-77.
- BOYD-BOWMAN, PETER, "Cómo obra la fonética infantil en la formación de los hipocorísticos", *NRFH*, 4 (México, 1955), págs. 337-366.
- COROMINAS, J. y PASCUAL, J., *Diccionario etimológico castellano e hispánico* (Madrid, Gredos, 1980).
- EGUILUZ, LUISA, "Fórmulas de tratamiento en el español de Chile", *BFUCh*, XIV (Santiago, 1962), págs. 169-233.
- GARCÍA DE DIEGO, VICENTE, *Diccionario etimológico español e hispanoamericano* (Madrid, SAETA, 1954).
- GIANNINI, HUMBERTO, "El lenguaje de la ira", *Teoría* 3 (Santiago, 1975), págs. 46-55.
- GILI Y GAYA, SAMUEL, *Curso superior de sintaxis*, 2ª ed. (Barcelona, Spes, S.A., 1948).
- KANY, CHARLES E., *American-Spanish syntax*, 2ª ed. (Chicago, The University of Chicago Press, 1951).
- LE BIDIOS, ROBERT, *L'inversion du sujet dans la prose contemporaine* (Paris, d'Artrey, S.A.).
- LENZ, RODOLFO, *La oración y sus partes*, 3ª ed. (Madrid, RFE, 1935).
- LENZ, RODOLFO, "Zur spanisch-amerikanischen Formenlehre", *ZRPH*, XV, 1891, págs. 518-520, traducido y anotado por A. Alonso y R. Lida, en Rodolfo Lenz *et al.*, *El Español en Chile* (Buenos Aires, BDH, VI, págs. 261-268).
- MALKIEL, YAKOV, "Apretar", "pr(i)eto", "perto": *historia de un cruce hispanolatino* (Bogotá, J.C.C., 1955).
- MANSRIQUEZ, CRIMILDA, "Contribución al estudio del folklore de Cautín", *AFFE m*, sección de filología (Santiago, 1941-1943), págs. 5-131.

- Oroz, Rodolfo, "El uso metafórico de nombres de animales en el lenguaje familiar y vulgar chileno", *Atenea*, IX, 87 (Concepción, 1932), págs. 159-184.
- Plath, Oreste, *Baraja de Chile* (Santiago, Zig-Zag, 1946).
- Rabanales, Ambrosio, "Uso tropológico en el lenguaje chileno, de nombres del reino vegetal", *BIFUCh*, v (Santiago, 1947-1949), págs. 137-263.
- Sechehayé, A., "Les classes de mots et l'imagination", *Cahiers F. de Saussure* (Genève, 1941).
- Silva-Fuenzalida, Ismael, "El uso de los morfemas 'formales' y 'familiares' en el español de Chile", *BIFUCh*, VIII (Santiago, 1954-1955), págs. 439-455.
- Sologuren, Javier, "Fórmulas de tratamiento en el Perú", *NRFH*, VIII, 3 (México, 1954), págs. 241-267.
- Tiscornia, Eleuterio F., *La lengua de Martín Fierro* (Buenos Aires, BDH, III, 1930).
- Vilches, Roberto, *Curiosidades literarias y malabarismos de la lengua* (Santiago, Nascimento, 1955).
- Weber, Frida, "Fórmulas de tratamiento en la lengua de Buenos Aires", *RFH*, III, 2, 1941, págs. 105-139.

NACIONALISMO, MODERNISMO Y MUNDONOVISMO: ESPECIFICIDAD DE LA POESÍA CHILENA MODERNA*

Nain Nómez**

INTRODUCCIÓN

Este trabajo, lo focalizaremos en una propuesta de análisis de la poesía modernista-mundonovista chilena, como constituyendo una serie de producciones literarias individuales y colectivas, que se ligan al fenómeno plural de la cultura con diversas visiones de mundo, estructuradas a un proceso de *génesis nacionalista*. Para ello, dividiremos la exposición en tres secciones. En la primera, describiremos someramente el proceso de la literatura modernista hispanoamericana como una crisis cultural y política que genera angustia y marginalidad y desarrolla, simultáneamente, una búsqueda de identidad nacional y continental. En la segunda, recogeremos algunas de las interpretaciones que se han dado sobre este período en Chile. Y en la tercera, intentaremos bosquejar someramente nuestra postura al respecto.

MODERNIDAD, MODERNISMO Y POESÍA CHILENA

Hacia 1880, América Latina vive la crisis de la sociedad tradicional bajo el marco de la búsqueda de la identidad cada vez más ligada a la idea del progreso y la racionalidad del mundo burgués. La situación del artista también entra en crisis, ya que la modernidad cultural lo autovalora y glorifica en la misma medida que lo saca del sistema y lo convierte en improductivo. Dejamos aquí de lado toda la polémica sobre la comprensión de los conceptos "modernismo" y "modernidad", así como las discusiones que desde Federico de Onís, Díaz Plaja y Henríquez Ureña vienen dándose sobre la pertinencia del modernismo como movimiento, generación o sensibilidad. Nos centramos en la ligazón que autores como Ángel Rama, Iván Schulman, Rafael Gutiérrez Girardot, Noé Jitrik y otros, hacen para vincular el modernismo a una crisis de época, que busca cauces propios en el terreno político, económico, social y cultural, a través del nacionalismo y el continentalismo¹. El desarrollo técnico, la urbanización, la incipiente industrialización de

*Este artículo forma parte de una investigación sobre poesía chilena financiada por FONDECYT y el Departamento de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Universidad de Santiago de Chile.

**Universidad de Santiago de Chile.

¹ Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo* (Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1970) y *La crítica de la cultura en América Latina* (Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985); Iván Schulman, *El modernismo hispanoamericano* (Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1969); Rafael Gutiérrez Girardot, "La literatura hispanoamericana de fin de siglo", Luis Iñigo y Madrigal, ed. *Historia de la literatura hispanoamericana* (Madrid, Ediciones Cátedra, 1987), tomo II, págs. 495-506 y Noé Jitrik, *Las contradicciones del modernismo* (México, El Colegio de México, 1969).

fin de siglo, la secularización de la vida social, originan una nueva sensibilidad que liquida la forma comunal y la reemplaza por la vida de las grandes ciudades. El escritor se convierte en intelectual y opera con un trabajo cada vez más consciente y profesional que busca dignificar el oficio y mostrar la pluralidad de estilos y formas que ofrece la literatura del momento. Las tensiones entre lo real y lo ideal que enfrenta la nueva clase literaria, sólo pueden intentar resolverse en una estética nueva. Es lo que van a hacer de diferentes maneras: José Martí (con un apostolado heroico), Rubén Darío y Julián del Casal (con el descentramiento de una vida oscilatoria y trágica), Manuel Gutiérrez Nájera, José Asunción Silva y los que vienen después, con una estética multifacética y contradictoria. Casi todos ellos, culminan su periplo con heridas y cicatrices que los llevan a la tumba antes de tiempo. El modernismo plantea, como indica Schulman, una estética en metamorfosis incesante, que incorpora todas las expresiones artísticas vigentes: romanticismo tardío, parnasianismo y simbolismo francés, naturalismo, impresionismo y expresionismo. Continuadores del romanticismo, por el agudo sentido de relativismo histórico, los modernistas experimentan con la forma hasta los límites y renuevan para siempre la lengua española. El escritor profesional, la "marca de fábrica" de que habla Jitrik, son el alimento de un nuevo vocabulario: el de hombre de letras, cuyo rasgo distintivo es la originalidad. Los continuadores de Darío llevarán las rupturas de la sensibilidad modernista a su punto de máxima virtuosidad hasta desdibujarse en el código irónico y deformante, que serán las literaturas de vanguardia.

¿Y qué pasa en la poesía chilena del momento? Diversas explicaciones se han dado para justificar la pobreza de la poesía chilena publicada entre 1880 y 1895. Lo cierto es que la mayor parte de los compiladores no selecciona poetas chilenos en las antologías de poesía modernista (citamos al azar las antologías de José Olivio Jiménez, Eugenio Florit y José Olivio Jiménez, José Emilio Pacheco, Federico de Onís, Francisco Porrante y Ángel Santana, Homero Castillo, Herman Hespelt, Carlos García Prada)². Algunos críticos señalan que tampoco los otros países están mejor representados. Otros hablan de la poca importancia que tiene la poesía chilena en el siglo XIX. No faltan los nacionalistas que hacen antologías con un 50% de poetas modernistas chilenos. Tomamos como ejemplo algunas de las críticas que los especialistas chilenos han hecho sobre este momento de la poesía chilena.

Empecemos con uno de los primeros que se va a preocupar del problema de la historia y la poesía chilena en el presente siglo:

RAÚL SILVA CASTRO. En los libros como *Rubén Darío y Chile* (1930), *Rubén Darío*

²José Olivio Jiménez, *Antología crítica de la poesía modernista hispanoamericana* (Madrid, Hiperión, 1985); José Olivio Jiménez y Eugenio Florit, *La poesía hispanoamericana desde el modernismo* (New York, Appleton-Century-Crofts, 1968); José Emilio Pacheco, *Antología del modernismo 1884-1921* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1970); Federico de Onís, *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882-1932)* (Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1934); Francisco Porrante y Ángel Santana, *Antología comentada del modernismo* (California, California State University, 1974); Homero Castillo, *Poetas modernistas hispanoamericanos* (U.S.A., Blaisdell Publishing Co., 1966); Herman Hespelt, *An Anthology of Spanish American Literature* (New York, Appleton-Century-Crofts, 1946) y Carlos García Prada, *Poetas modernistas hispanoamericanos* (Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1968).

a los veinte años (1956), *Panorama literario de Chile* (1961), *Antología crítica del modernismo hispanoamericano* (1962) y *El modernismo y otros ensayos literarios* (1965), Silva Castro ha dejado huellas de su posición frente al modernismo chileno. Describe al modernismo como un movimiento literario —recalcando que no es una escuela— con una sensibilidad específica que se centra en la elaboración de la forma, la armonía verbal, la libertad en los ritmos, el amor a la elegancia, la guerra al prosaísmo, el exotismo del paisaje, la influencia de la poesía francesa, el juego de la fantasía, la concepción del arte sin utilidad y la complacencia sensual. Sitúa sus límites entre la publicación de *Azul* de Darío, en Valparaíso en 1888, y la muerte del propio poeta nicaragüense en 1916, cronología que los estudiosos más actuales han superado, remontándola a la publicación de los primeros textos modernistas de Martí y Julián del Casal, alrededor de 1880. El crítico discute los planteamientos de Max Henríquez Ureña, respecto a dividir el movimiento en dos etapas: una culta y refinada y otra vuelta hacia adentro, genuinamente americana. A pesar de ello, en su antología de modernistas hispanoamericanos, incluye a siete poetas chilenos, muchos de los cuales (i.e. Pezoa Véliz, Víctor Domingo Silva, Francisco Contreras) ya forman parte de una obra en que se mezclan diversas sensibilidades.

FERNANDO ALEGRÍA muestra en "Darío y los comienzos del modernismo en Chile"³, la profunda influencia que tienen los acontecimientos políticos y sociales del momento en la conformación de una literatura que descubre lo chileno y adapta la tonalidad romántica tradicional a la idiosincrasia reticente y ensimismada de nuestro pueblo. A su juicio, el romanticismo se quedó para siempre en Chile, aunque se atenuó con los años, dando origen a una poesía de tono menor, intimista y criolla, que durará hasta la eclosión vanguardista de los años veinte. Su planteamiento: es que la presencia de Darío deslumbró por un instante, pero el germen modernista se mezcló muy pronto con las gestas sociales, las reflexiones religiosas y un sentimentalismo provinciano que impera largamente en la poesía chilena. Este modernismo moderado es el que aparece en las obras de Pedro Antonio González, Carlos Pezoa Véliz, Manuel Magallanes Mouré y Diego Dublé Urrutia, desembocando en la poesía barroca de Pedro Prado, Gabriela Mistral y Ángel Cruchaga Santa María.

MARIO RODRÍGUEZ, siguiendo a Cedomil Goić, realiza en *El modernismo en Chile y en Hispanoamérica*, uno de los análisis más detallados del modernismo chileno e hispanoamericano, pasando revista a los planteamientos críticos de autores como Luis Alberto Sánchez, Manuel Machado, Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Arturo Torres Ríoseco y Max Henríquez Ureña⁴. Goić había considerado al modernismo, "como el sistema de preferencias de una generación, flanqueada por otras dos con las que mantiene relaciones de semejanza y de oposición polémica y limitaciones de comprensión mutuas muy definidas en la serie criollismo/modernis-

³ Fernando Alegría, "Darío y los comienzos del modernismo en Chile", Luis Oyarzún *et al.*, *Darío* (Santiago de Chile, Departamento de Extensión Universitaria, Universidad de Chile, 1968), págs. 82-93.

⁴ Mario Rodríguez Fernández, *El modernismo en Chile y en Hispanoamérica* (Santiago de Chile, Instituto de Literatura Chilena, 1967).

mo/mundonovismo⁵. Esta generación se separaría de la anterior criollista y de la posterior mundonovista, estableciendo su vigencia entre 1905 y 1919. El concepto de mundonovismo fue acuñado por el poeta Francisco Contreras para referirse, en 1920, a un cambio de sistema del modernismo hacia la interioridad, el regionalismo y el americanismo en literatura. Rodríguez retoma esta nomenclatura para rechazar la teoría de las etapas de Henríquez Ureña, indicando que se dan simultáneamente: El modernismo "está constituido por rasgos disímiles y múltiples y... en él caben los más diversos modos de sentir y expresar artísticamente la realidad"⁶. Indica que se presenta como un movimiento polifacético y contradictorio, señalando que los modernistas chilenos tienen un calidad discreta. El mundonovismo, en su perspectiva, sería un estadio del modernismo. Señala que el modernismo es la expresión de una sensibilidad generacional (siguiendo a Goić) y puede medirse por sus motivos. El carácter de estos motivos sería la "heterogeneidad". Desde este punto de vista, el modernismo no tendría ninguna caracterización sistemática y se propondría como una mera coexistencia de fuerzas distintas. Rodríguez analiza diversos motivos entre los cuales se destacan el de la poesía rechazada por el mundo, el de la divinización del poeta, el de la tristeza inmortal de ser divino y otros que corresponden a la agonía romántica. Resulta difícil indicar en este punto la diferencia entre motivos puramente románticos y modernistas, a no ser que se siga el razonamiento de Alegría y de Paz en torno a definir el modernismo como una continuidad o profundización del romanticismo. Rodríguez termina señalando que lo propio del modernismo americano es hacer conciliable la postura naturalista con la agonía romántica, lo que se sintetiza en el mestizaje cultural. Sin embargo, pareciera que la propuesta de análisis a través de motivos no nos lleva muy lejos, teniendo en cuenta que lo fundamental del modernismo es su sincretismo y su renovación lingüística.

JAIME CONCHA ha escrito significativos trabajos sobre el modernismo, recalcando el hecho de que ya en sus comienzos —*Ismaelillo* de Martí y *Azul* de Darío—, se muestra como una señal de los extremos de nuestra modernidad. Desde su punto de vista, la poesía se enfrenta a desarrollos poéticos individuales, por un lado, y hacia las realidades nacionales, por otro. Desde esta visión "posmodernista", se generaría la subjetividad de la poesía latinoamericana posterior. Su posición sobre el modernismo chileno se basa en la inexistencia de un real movimiento renovador en Chile, rescatando entre 1891 y 1907 sólo a dos figuras: Carlos Pezoa Véliz y Víctor Domingo Silva, quienes escriben obras humanitarias, sociales y de denuncia. Concha critica lo que se llama el "escapismo" de los escritores modernistas, los que a su juicio se repliegan hacia la interioridad, el ámbito rural y la provincia en una búsqueda bucólica y alejada de la realidad social⁷.

⁵ Cedomil Goić, *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana* (Barcelona, Editorial Crítica, 1991), tomo II, pág. 31.

⁶ Rodríguez, *op. cit.*, pág. 25.

⁷ Jaime Concha, *Poesía chilena 1907-1917* (Santiago de Chile, Nascimento, 1971); "Carlos Pezoa Véliz y el 'modernismo' chileno", *Literatura chilena, creación y crítica*, año 6, N° 20, 1982, págs. 17-21; "La poesía latinoamericana en la primera mitad del siglo: temas y tendencias", *Crítica*, N° 2, vol. II (San

MODERNISMO, MUNDONOVISMO Y HUMANITARISMO.

ESPECIFICIDAD Y SISTEMA POÉTICO EMERGENTE

Uno de los críticos que mejor ha estudiado el modernismo chileno es JOHN FEIN, quien señala que la corriente modernista es impulsada por Rubén Darío en un primer momento, haciéndose el movimiento después atípico, ya que hasta una década después, sólo aparecen dos libros modernistas⁸. Fein muestra que la Revolución de 1891 truncó las posibilidades de una inserción de la poesía chilena en el contexto latinoamericano, puesto que sus efectos duraron varios años. Propone un segundo momento: la madurez del modernismo chileno con escritores como Pedro Antonio González, Antonio Bórquez Solar, Francisco Contreras y Miguel Luis Rocuant. El mayor auge del modernismo en Chile se habría dado entre 1902 y 1904 con dos tendencias: decadentismo y preocupación social. Señala que los modernistas más importantes fueron Bórquez Solar y Contreras y que poco después de 1900 el movimiento estaba llegando a su fin.

Por su parte, BERNARDO SUBERCASEAUX⁹ alude a tres momentos del modernismo chileno: uno de gestación, que se produce entre 1880 y 1887 y está focalizado en el Certamen Varela; otro de canonización que se desarrollaría entre 1888 y 1894, en que se muestran sus rasgos estéticos propios y un tercero de vigencia y difusión entre 1895 y 1920. Para el crítico aludido, la gestación de la corriente modernista se encuentra presente ya en la desilusión de José Victorino Lastarria por el reformismo liberal progresista, y es preconizada alrededor de 1887 por los jóvenes de *La Época*, amigos de Darío: Narciso Tondreau, Manuel y Emilio Rodríguez Mendoza, Alberto Blest, Pedro Balmaceda Toro.

Para nosotros, la "búsqueda de nuestra expresión", que cristaliza en la autonomía y el cosmopolitismo del sistema literario modernista hispanoamericano, llega tarde a Chile. Los poetas románticos de la segunda mitad del siglo XIX —Eduardo de la Barra, José Antonio Soffía y Pedro Nolasco Préndez, por citar a los más importantes— no rompen con el carácter provinciano de la lírica chilena, generalmente producida por "poetas próceres" ligados a la aristocracia terrateniente o a la profesionalidad política y diplomática. La "imitación directa" tarda en convertirse en "imitación aplicada", como ocurre con los poetas de otros países y durante largo tiempo coexisten las "formas residuales" de una tradición literaria dependiente, con las "formas emergentes" de una producción que busca su propia conformación. Esta coexistencia de lo "residual" con lo "emergente" será un rasgo distintivo de toda la época y marcará la difícil asimilación que dentro del modernismo tendrán los poetas del momento. Asumen desde su génesis una condición híbrida, bifronte, que se trasunta primero en su deuda nunca saldada con el romanticismo, a la que varios críticos aluden en forma tangencial y no esencial.

Diego, Fall 1990), págs. 141-165 y "Reflexiones sobre el modernismo: una dualidad significativa" *Mapocho* N° 31, 1992, págs. 49-56.

⁸ John Fein, *Modernismo in Chilean Literature* (Durham, Duke University, 1965).

⁹ Bernardo Subercaseaux, *Fin de siglo. La época de Balmaceda* (Santiago, Editorial Aconcagua/CENECA, 1988).

Pero es también la permanente búsqueda de lo propio, que se concreta en los temas de la patria, la nación, el terruño, la historia, el desarrollo de una espiritualidad íntima y su filiación con el gran período naturalista que impregna toda la época. Esos atisbos sumergidos de retórica sobre lo autóctono y lo nacional, por un lado y de reflexión melancólica por otro, que se expresan en los versos de Eusebio Lillo, Salvador Sanfuentes, José Antonio Soffía, Eduardo de la Barra y Pedro Nolasco Préndez, son los que darán paso a la versión más criolla y nativista, pero también más emocional y ornamental, que encabeza la solitaria figura de Pedro Antonio González y se prosigue luego en Vicuña Cifuentes, Bórquez Solar, Dublé Urrutia, etc. En este proceso de decantación y pluralidad (más que heterogeneidad) literaria, participan factores de tan diversa factura como el ascenso de nuevos grupos sociales a la producción y recepción cultural; el crecimiento de las ciudades, especialmente Santiago, lo que genera una brecha cada vez más insalvable entre la vida urbana y la vida rural, que se mantiene socialmente estratificada y conservadora; el papel de las capas medias como conglomerado con fisonomía propia y portavoz de la crítica social, lo que repercute en la "cuestión social" y el surgimiento de partidos populares desde la década del ochenta en adelante; el desarrollo de una poesía popular ligada a los enclaves mineros y a los sectores obreros urbanos; un fuerte sentimiento patriótico, producto del aislamiento geográfico del país y agudizado por el conflicto con Perú y Bolivia entre 1879 y 1883; una fragmentación política y social que tiene como epicentro la guerra civil de 1891 y que influye en el ámbito cultural hasta fines de siglo. Los cantos patrióticos, las loas a la bandera y los panegíricos a los guerreros, darán paso a la celebración de la geografía nacional y del indígena así como a la protesta social, las costumbres populares y un intimismo que se vuelca hacia el paisaje rural a falta de lugares exóticos y lejanos. Modernización y tradición, romanticismo, naturalismo y modernismo coexisten de una manera que oscila entre el pasado y el futuro, entre la carencia de la Europa que se quiere ser y la nostalgia del paraíso rural que las capas aún dominantes asimilan al paraíso perdido. La recepción crítica persiste en la alabanza a una poesía tradicional y bien medida, ante la cual las primeras expresiones de ruptura temática y formal, son más bien tímidas y desprovistas de capacidad rupturista, por temor al ridículo y la befa pública.

El primer período

La decantación de un nuevo sistema poético emergente, pero aún empobrecido por la impureza de un lenguaje pluriforme, cristaliza en la última década del siglo, cuando la confusión y dispersión de los hechos del 91 empiezan a desaparecer del horizonte histórico y publican los primeros poetas de la ruptura. Pedro Antonio González (1863-1903), con su poemario *Ritmos* de 1895 inaugura un proceso de cambio estético, signado por la publicación de revistas literarias: *El Año Literario*, *La América Moderna*, *La Ley*, *La Revista Cómica*, *Lilas y Campánulas*, *La Revista de Chile*, *La Lira Chilena*, *Revista de Santiago*, *El Búcaro Santiaguino*, *La Ilustración*, *Artes y Letras*, *Pluma y Lápiz*, etc. Es por ello, que con González, se cierra el primer momento de la ruptura, aquel que se inicia con la publicación de *Azul* en 1888 y

culmina con la publicación de *Ritmos* en 1895, período que acumula los frutos de una sensibilidad poética abierta a los primeros brotes modernistas.

Es el momento de salida de la imitación francesa y española (Hugo, Campoamor, Núñez de Arce, Bécquer, sobre todo Bécquer), de la penumbra de la agonía romántica, con los primeros balbuceos modernistas de Ricardo Fernández Montalva, Emilio Rodríguez Mendoza y otros poetas menores. Son poetas lectores más que creadores, imbuidos de una literatura moderna fundamentalmente francesa, que conoce un pequeño grupo de iniciados en Chile. Tras tanta oda patriótica, con la poesía dariana y el resurgimiento cultural circunscrito a revistas nacionales espúreas, pero tenaces, las traducciones de poetas extranjeros y las polémicas encrespadas entre los defensores de los viejos cánones y los llamados decadentistas, se va a producir una tímida respuesta nacional a la renovación poética que se extiende por todo el continente. Abelardo Varela (1871-1903), poeta inédito que se suicidó a temprana edad, traduce a Verlaine, Richepin, Poe y Catulle Mendés; funda la *Revista Cómica* y publica poemas de exquisita factura modernista. Ricardo Fernández Montalva (1866-1899), logra también, a veces, traspasar el tono Becqueriano para ensayar innovaciones que lo acercan al modernismo. Marcial Cabrera Guerra, funda las revistas *La Ley y Pluma* y *Lápiz*, para lanzar luego la poesía de Pedro Antonio González. González es apertura y cierre a la vez. Cierre de la postura romántica totalizadora y grandilocuente, temáticamente heterogénea y trágicamente bohemia. Apertura a un vocabulario nuevo y a una sensibilidad que se perfila hacia lo universal, integrando la tradición neoclásica y barroca. Imitador de Darío, de Guillermo Valencia, de Díaz Mirón, en sus alardes verbales a veces huecos, pero siempre resonantes y apasionados, inscribe González la semilla de una nueva escritura exótica, preciosista y sonora, plagada de eolios, plectros, topacios, nardos, salóbregos y plaustrios. En sus mejores poemas intimistas como "Mi Vela" ("*Y vierte mi vela— que apenas ya brilla—/ goteras candentes de lágrimas blancas...*"); "Voces de otra Esfera" ("*Siento que mi pupila ya se apaga/ bajo una sombra misteriosa y vaga*"); los "Asteroides" o fragmentos de "El Monje" y "El Proscrito", ambos largos poemas narrativos, el poeta logra desasirse del oropel pomposo y altisonante de otras obras, para centrarse en un temple de ánimo melancólico de deslumbrante imaginaria. En González, ya se mezcla el hálito patriótico y la crítica social con el intimismo que busca la trascendencia en el ideal de la belleza. Es tal vez esta mezcla de romanticismo sonoro y convencional con la búsqueda de novedades metafóricas extrañas a la poesía del momento en Chile, la que convirtió a Pedro Antonio González en el poeta más popular de la literatura chilena hasta entonces. En todo caso, la obra de González es una publicación de ruptura solitaria todavía, con la sola excepción de *Gotas de Absintio* de Emilio Rodríguez Mendoza, del mismo año. Durante 1895 también aparecen en la *Revista Cómica* (1895-1898), los primeros poemas de Antonio Bórquez Solar, Horacio Olivos y Carrasco, Manuel Magallanes Moure y Diego Dublé Urrutia. En todo caso, difícilmente se podría haber dado la canonización del modernismo antes de 1894 como señala Subercaseaux o circunscribirlo como hace Rodríguez Fernández a escritores no sólo heterogéneos y diversos, sino con obras cronológicamente distantes y publicadas casi todas después de 1900.

El segundo período

Esta amalgama es la tónica que impera después de 1895, desde donde a nuestro juicio, se desarrolla el segundo momento de cambio en la poesía moderna, que dura hasta 1907. Período de decantación política, de urbanización creciente, de creación de partidos populares, ascenso de las capas medias y conflicto social. Momento de aglutinación de la sensibilidad modernista a través del sinnúmero de revistas que hemos mencionado anteriormente, de la apertura cultural al extranjero, la modernización de Santiago, el acceso a la universidad de las capas medias, las publicaciones y las traducciones, las ideas sociales de Europa y Estados Unidos y el vuelco hacia América Latina. Esto se integra con la permanencia del pensamiento ilustrado positivista, vertiente hegemónica en el plano estético y doctrinario social, lo que reverbera en los temas, motivos y retóricas del discurso nacionalista, que se hace polémico en las obras de Francisco Encina, Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet y otros. En síntesis, la sensibilidad modernista se desarrolla fundamentalmente a través de revistas como la *Revista Cómica*, que se inicia en 1895 bajo la dirección del ya mencionado Ricardo Fernández Montalva primero y Julio Vicuña Cifuentes y Abelardo Varela más tarde. También *Lilas y Campánulas* (1897), dirigida por Francisco Contreras; *La Revista de Chile* (1898); *La Lira Chilena* (1898), dirigida por Samuel Fernández Montalva y de fuerte tendencia modernista y *Pluma y Lápiz* (1900), dirigida por Marcial Cabrera Guerra, que fue un verdadero taller del movimiento modernista y en la cual contribuyeron Manuel Magallanes Moure, Miguel Luis Rocuant, Antonio Bórquez Solar, Víctor Domingo Silva, Carlos Pezoa Véliz, Francisco Contreras y Jorge González Bastías, entre otros. Una revista importante para el modernismo, pero que también incluye autores de otras tendencias, es *La Revista Nueva* (1900). Aunque, como se ha señalado, en estas revistas colaboran muchos poetas que en Chile se ligaron al modernismo, en varios de estos mismos escritores se desarrolla simultáneamente una poesía ligada al nativismo cruzada con un criollismo rural (Bórquez Solar, Dublé Urrutia, Silva, Lillo, Pezoa Véliz), con una estética de protesta social (Silva, Pezoa Véliz, Dublé Urrutia, Bórquez Solar) y con un intimismo panteísta o paisajístico (Magallanes Moure, Ernesto Guzmán). El ideólogo del modernismo chileno, Francisco Contreras (1878-1933), se referirá a los "preliminares sobre el Arte Nuevo" en su libro *Raúl* de 1902, homologándolo a "arte sincero" y con ello dando ya alas a una tónica en que modernismo y mundonovismo son casi indiferenciables: "visión sentida, impresión estética, no intelectualizada". En *Romances de hoy* de 1907, reafirma esta visión del arte nuevo como un arte lleno de vida. Lo describe como arte que viene del simbolismo, pero no se queda en el sueño arcaico o las torres ebúrneas, sino que baja a respirar el sol y el viento de las rutas libres, llenas de emoción. Contreras parece apuntar a una especie de síntesis naturalista-modernista que busca quebrar las posiciones encontradas de la época, y que va a hacer más explícita en 1917 en su artículo "Le mondonovisme". En este terreno se mueven las obras de los poetas principales. Diego Dublé Urrutia (1877-1968), publica tempranamente en 1896, *Pensamientos de la tarde* y en 1898 el libro *Veinte años*, un poemario que desarrolla este recorrido que va desde el romanticismo

nostálgico y angustiado hasta una vena irónica, que rescata las costumbres rurales y la vida de los seres marginales. Es tal vez el poeta que mejor incorporará esa decantación de lo vernacular en versos que escapan al provincianismo patriotero de las generaciones anteriores. En este sentido, es también superior a sus contemporáneos cronológicamente mayores, Samuel Lillo y Julio Vicuña Cifuentes, más clásicos y apegados a la tradición oral. Ya en su primer libro, que reúne poemas anteriores a 1896, hay una tendencia a describir o autóctono con emoción y humor criollo, reencontrándose con un mundo de objetos y personajes auténticamente rurales, al mismo tiempo que incorpora las primeras descripciones del universo degradado de la marginalidad. En *Del mar a la montaña* (1903), este énfasis en lo nacional (paisaje, historia, costumbres populares, seres marginales) se hace central, empleando tanto el verso popular del octosílabo como alejandrinos y formas narrativas directas. En Dublé, parece concentrarse ya un sincretismo peculiar que aúna el descubrimiento de un lenguaje simple e irónico, con una serie de motivos que rescatan lo nacional sin afanes retóricos y que se alargan hacia un sujeto hablante conmovedor ligado con el humanitarismo social. Es lo que ocurre especialmente en poemas como "Las Minas", "Lanzamiento" y "La Procesión de San Pedro y la Bendición del Mar". En este último poema, hay una perspectiva cromática casi óptica de los pescadores sureños con un fino matiz satírico y un ambiente popular de gran espontaneidad. El hablante poético describe con brevedad, precisión y colorido: "¡Qué fresca de tarde! ¡Qué algarabía! ¡Qué ladridos de perros y hablar de gringos! Si parece que uniera este sólo día/ toda la transparencia de diez domingos...". Imágenes insólitas para el año 1898 son esos "perros que hacen su testamento", esa muerte que "está de mantel largo" o esas monjas clarisas que "rompen la celda nácar de su convento". Brillantemente narrativo, Dublé Urrutía no sólo consolida un nacionalismo criollo, sino que también interpela al lector para que se conmueva por la miseria de los mineros o los indígenas desplazados de sus tierras. Lo mismo ocurre con Antonio Bórquez Solar. Desde *Campo lírico* publicado en 1900, a *La oración del huerto* (1906) y *La floresta de los leones* (1907) liga su obra a los tópicos y motivos modernistas, especialmente el uso de galicismos y el refinamiento extravagante, pero también muchos de sus poemas hablan de la injusticia social y el sufrimiento de los pobres (por ejemplo, "Los Huelguistas", "Los Carpinteros"). Bórquez Solar, aunque grandilocuente y poseedor de una retórica espesa, exalta la creación de mitos nacionales relativos al paisaje de Arauco, al mundo indígena, a la flora y fauna del sur de Chile, a la simbología de una belleza que se equipare a la del decadentismo europeo. Al margen de su tono grandilocuente y solemne, el poeta logra vivificar el romance popular en octosílabos (i. e. "El Romancero del Guerrillero", "El Roto Chileno", "La Leyenda de los Copihues") e integrarse a las nuevas generaciones que pedían una renovación del lenguaje. Sin embargo, gran parte de su obra ha perdido vigencia con el transcurso del tiempo.

El propio Francisco Contreras no escapa a esta simbiosis peculiar. Si bien sus primeras obras se mueven dentro de una tónica modernista de fuerte cromatismo pictórico y ritmos variados, (i. e. *Esmaltines* de 1897, la ya citada *Raúl* de 1902, *Toison* de 1906), muchos de sus poemas tienden a representar lo autóctono, a

celebrar lo nacional y a rescatar los valores literarios de su país. Contreras, el poeta que siguió más de cerca los preceptos de Darío y uno de los que tuvo más fama en el extranjero, es, sin embargo, un lírico de tono menor, que raras veces logra escapar a una rima ripiosa y una imagería cursi. Generalmente, su obra no está a la altura de su preceptiva estética, que anunció un arte nuevo, libre y sincero para una poesía chilena con aire propio. Tal vez por ello, clausuró pronto su etapa de poeta y se dedicó a la novela y a la crítica periodística. Sus mejores textos poéticos son pequeños retratos o descripciones de estados de ánimo en que prima el sentimiento por sobre el intento de buscar una originalidad exotista. Samuel Lillo es un caso aparte, ya que su obra no se separa jamás de una corriente tradicional que fluctúa entre el neoclasicismo y el romanticismo, lo que le dio gran popularidad y lo convirtió en el poeta oficial de Chile. Cantó a la raza, a la tierra y a los héroes nacionales con gran elocuencia y metro regular. Representa la continuidad subterránea de una corriente vernácula que se renovará en poetas posteriores. Por su parte, Ernesto Guzmán, que publica *Albores* en 1902 y *En pos* en 1906; Manuel Magallanes Moure, *Facetas* en 1902 y *Matices* en 1904 y Miguel Luis Rocuant, *Brumas* en 1902, serán los epígonos de un modernismo brumoso, que se muestra desde los títulos de los libros con una tímida reserva, que parece augurar la nota intimista que los expresará después. Guzmán es un poeta reflexivo, que en sus primeros libros no se aparta de la tradición rimada y de cierta intención social tan propia de la poesía chilena. Su obra final se eleva hacia el salmo religioso a través de formas versiculares que se hacen cada vez más libres. Magallanes Moure, fluctúa entre el romanticismo y el modernismo en un discurso contemplativo que se vuelve hacia el paisaje y el hombre campesino, mientras Rocuant busca un lenguaje pictórico y armonioso para enfrentar en sus versos los grandes problemas del hombre. Sólo su libro *Brumas* tuvo tono modernista. Otros poetas menores del momento que también incorporan la retórica modernista, son Carlos Keymer, Ambrosio Montt y Montt, Horacio Olivos y Carrasco, Luis Barros Méndez y Leonardo Eliz. El caso de Víctor Domingo Silva es distinto, ya que su poemario *Hacia allá...* de 1905, tal como su título lo indica, es el anuncio de una tendencia que se perfilaba ya en Bórquez Solar, Dublé Urrutia y Lillo, pero que sólo se hará relevante en los comienzos de la segunda década: la poesía de crítica social ligada al anarquismo, lo nacional y lo americano. Silva, verboso y multifacético poeta, intelectual activo de la época, usa en su obra un lenguaje que se debate entre el romanticismo y un espiritualismo modernista con temática redentora que busca respuestas a la infelicidad colectiva. Su poema "La Nueva Marsellesa" tuvo una enorme popularidad y el poeta fue un verdadero adalid de las masas. Premiado en todos los concursos literarios en que participó, poeta, novelista, dramaturgo y periodista, verdadero intelectual moderno articulado al quehacer gremial, social y político, Silva pagó el precio de sus excesos vitales. Ha dejado una obra amplia y ampulosa que hoy aún se puede leer en parte, más por su espontaneidad y pasión crítica que por sus logros renovadores.

El tercer período

Finalmente, en el tercer período ya anunciado por la obra de Silva y que se extiende

entre 1907 y 1916, aunque el modernismo no desaparece, pasa a convertirse en una corriente secundaria frente a la fuerza que adquieren las tendencias nacionalistas y americanas del mundonovismo. Este último universaliza lo propio, reacciona contra lo exótico y lo artificial, buscando sus raíces en el nativismo, las costumbres populares, la representación de lo americano, el paisaje y la gente de la ciudad y del campo chileno. Para Contreras, el auge del énfasis en el mundonovismo se desarrolla a partir de 1908. Sin embargo, como señalamos antes, ni el modernismo ni otras formas como la poesía social y popular o el intimismo panteísta dejan de coexistir con esta tendencia que tensiona toda la época. Esta pluralidad de estilos y tendencias va decantando la obra ya madura de un Samuel Lillo (*Canciones de Arauco* en 1908), un Víctor Domingo Silva (*El devorero* en 1908), un Ernesto Guzmán (*Vida interna* en 1909, *Los poemas de la serenidad* en 1914), Magallanes Moure (*La jornada* en 1910), al mismo tiempo que se perfilan las primeras obras de una juventud de poetas que profundizan los temas anteriores con una renovación formal que transforma el idioma: Pedro Prado con *Flores de cardo* (1908), Max Jara con *Juventud* (1909), Jorge González Bastías con *Por los caminos* (1910), Carlos Pezoa Véliz con *Alma chilena* en 1912 (publicado póstumamente) y Juan Guzmán Cruchaga con *Junto al brasero* en 1913.

Es sobre todo en las obras de Carlos Pezoa Véliz y de Pedro Prado, que se tensionan los dos grandes extremos de esta madurez original que muestran las tendencias emergentes. Opuestos en su origen de clase, su sensibilidad artística, su aprendizaje y las condiciones de su existencia; en su proyección estética, la cuantificación y la temática de sus poemas, Pezoa Véliz y Prado se instalan como líderes de visiones poéticas en cuyo arco se van a desarrollar todas las tendencias escriturales que se están gestando a comienzos de siglo y que se proyectarán a la producción lírica posterior.

La obra de Pezoa Véliz empieza a publicarse en revistas y periódicos alrededor de 1898, con mucha imitación romántica, para alcanzar su madurez entre 1902 y 1905 y culminar con los poemas escritos en el hospital, donde el poeta muere en 1908 antes de los treinta años. Poeta mestizo de no esclarecido origen, tuvo una vida trágica y corta que se refleja en versos duros que surgen trabajosamente de su disciplina autodidacta, para transformarse en la primera expresión de un discurso colectivo de lo autóctono y lo nacional. A veces incoherente y desigual, su poesía rinde culto al naturalismo y despliega en el verso breve e irónico la sentimentalidad, la socarronería, el fatalismo y la generosidad del hombre rural y urbano de las capas medias y bajas de la sociedad chilena. Precursor de Gabriela Mistral, Pablo de Rokha, Pablo Neruda, Nicano Parra, Oscar Castro y muchos otros poetas que después lograrán asimilar la gestación de un mundo propio, Pezoa Véliz se incrusta en el descarnado realismo de su lenguaje, sus dichos primitivos y feístas, su carnadura coloquial, en el centro de una nueva literatura que no desdeña tampoco los aportes del movimiento modernista, casi sumergido en la cruda desnudez de sus versos. Es el portavoz de una nueva sensibilidad que acuña en la imaginaria poética el sentir social emergente. De allí en adelante, la poesía chilena tendrá como eje de su propia tradición genésica al Pintor Pérez y su ambiente agobiante (*"flojo y aburrido como un gran lagarto/ muerta la esperanza,*

difunta la fe"), a Pancho y Tomás, al perro vagabundo "flojo, lanudo y sucio" que "ansias roe y escarba la basura", al peón que escucha el organillo "bebiendo su vino en tragos de un sabor casi homicida", a "ese pobre diablo" sobre el cual nadie dice nada o la "tarde en el hospital" y el "entierro en el campo": descripciones de la angustia frente al vacío y las banalidades transitorias de la vida.

Pedro Prado, fue, por el contrario de Pezoa Véliz, un poeta letrado que estudió arquitectura en la Universidad de Chile, viajó mucho, tuvo esposa y varios hijos, recibió grandes premios en el extranjero y el Premio Nacional de Literatura en 1949; fue jefe del grupo "Los Diez" y con una situación económica holgada. Diplomático y periodista, ejerció también cargos públicos como director del Museo de Bellas Artes, alcalde de San Bernardo y director de varias revistas. Frente a la corta vida de Pezoa Véliz, la existencia de Prado transcurre plácida y serena por 66 años. Su primera obra, *Flores de cardo* de 1908, rompe con el molde de la rima y se inscribe desde el título en una corriente que se opone a la riqueza preciosista del modernismo. Esta tónica rupturista en la forma, proseguirá en gran parte de sus obras, especialmente en *La casa abandonada* (1912) y *Los pájaros errantes* (1915). Hacia el final de su vida, se vuelve hacia el soneto del que había abominado en su juventud: *Camino de las horas* (1934), *Otoño en las dunas* (1940), *Esta bella ciudad envenenada* (1845), *No más que una rosa* (1946). Su obra busca en el tema de la trascendencia y la lucha contra el límite, en el deseo de elevación y plenitud, la preocupación metafísica, mística y panteísta por la revelación y el destino del hombre: un refugio para la crisis que amenaza su grupo social. Pero en un tono menor también se ocupa del paisaje nacional y la cotidianidad pueblerina, desde una mirada siempre superior, hedonista y nostálgica, aunque esta veta se va perdiendo en su producción madura. Su obra, al revés de Pezoa Véliz, busca expresar la autonomía de la belleza estética y el alejamiento máximo del prosaísmo de lo cotidiano. Su símbolo predilecto es la rosa a la cual compara la mujer espiritualizada: "con la dulzura de una flor respira;/ con el asombro de su luz se expresa;/ con las espigas de su flor apresa/ lo que sangrando busca, quiere, admira" ("La Rosa Humanizada"). Poeta de la trascendencia y de la interioridad, Prado se apropia de lo nacional a partir de una posición de clase que lo lleva pendularmente desde un paisaje estilizado hacia la búsqueda de la trascendencia y la huida de lo real. Conforman una antípoda con Pezoa Véliz, aunque al final, ambos contribuyen primordialmente a formar una vertiente que se multiplica en la vasta creación de la poesía chilena contemporánea. Son los epígonos contradictorios e integradores de un vasto movimiento que tiene múltiples voces —no se puede olvidar tampoco la obra de Carlos Mondaca, Daniel de la Vega, Carlos Acuña, Carlos Préndez Saldías, José Domingo Gómez Rojas y otros— y que contribuye con diversas resonancias a sentar las bases de la poesía actual.

Y asoman ya las voces de la vanguardia en una transformación modernista-mundonovista-neorromántica con los primeros libros de Ángel Cruchaga Santa María (*Las manos juntas* de 1915) y de Vicente Huidobro: *Ecos del alma* en 1911, *Las pagodas ocultas* en 1914 hasta llegar a sus obras rupturistas de 1916: *Adán*, *El espejo del agua*, el manifiesto "Non Serviam", que se juntan al balbuceo atávico y bárbaro de los versos mistralianos y rokhianos.

Finalmente, dos breves codas. La primera, consiste en enfatizar el lugar que las transformaciones políticas, sociales e históricas que ocurren en la sociedad chilena de comienzos de siglo, tienen en el contexto cultural en que se mueve la producción de obras poéticas. Articulados, en su mayoría, a los grupos sociales en ascenso y a los nuevos paradigmas que los vientos europeos y americanos traen a Chile, los poetas viven en una atmósfera cargada de cambios que los obliga a apropiarse de cánones culturales diversos y a cambiar sus formas de decir y pensar, desde una matriz nacionalista que es también búsqueda de lo propio. Esta apropiación, que se origina en los nuevos discursos de los actores sociales frente a las instituciones del Estado y a los mecanismos del poder, provoca la rearticulación e inserción de los productores culturales en diferentes proyectos sociales y visiones de mundo, impregnando también los motivos, temas y formas significacionales de su escritura, mayoritariamente crítica al proceso de modernización.

La segunda, tiene que ver con la ausencia de voces femeninas en el marco de esta renovación poética nacional. El problema central parece ser que las mujeres no tienen espacio en ese momento en la vida política y cultural de los países latinoamericanos, excepto bajo el imperio de los salones literarios o el dominio de la moda y la cocina. Esta ausencia de las mujeres del espacio cultural, debido al patriarcalismo imperante y el conservadurismo de las instituciones políticas y sociales chilenas del siglo XIX, influye en el hecho de que las primeras poetisas mujeres con lenguaje propio, empiecen recién a publicar en la segunda década del siglo XX, siendo la primera de ellas Lucila Godoy Alcayaga (Gabriela Mistral) con los "Sonetos de la Muerte" en 1914. Es el momento en que junto al surgimiento de organizaciones de capas medias y obreras, surgen movimientos feministas chilenos influidos por sus similares de Europa y Estados Unidos. En 1919, se crea un Consejo Nacional de Mujeres que elabora un proyecto sobre derechos civiles y políticos, el cual, aunque no tiene una repercusión sobre la situación concreta de la mujer, sirve para poner "la cuestión femenina" en la discusión nacional y ayudar a mejorar su situación laboral y cultural. Además de Gabriela Mistral, nacida en 1889, aparecen entre 1915 y 1925 las obras de Thérèse Wilms Montt (1893), Luisa Anabalón Sánderson (Winétt de Rokha, 1894), Miriam Elim (1895), Olga Acevedo (1895), María Antonieta Le Quesne (1895), María Monvel (1897), María Tagle (1899) y otras. Esta explosión de voces femeninas no parece casual a la luz de los cambios señalados que permiten el acceso parcial de las mujeres a la cultura, los libros y la educación.

CONCLUSIÓN

Como puede apreciarse, durante estos tres momentos se van transformando paulatinamente los cánones significantes de una poesía que se está creando a sí misma, a partir de su propia experiencia, en una dialéctica de residuos y emergencias, que buscan su centro desde una pluralidad de opciones estéticas. Si bien es verdad que se enfatizan ciertos esquemas de preferencias románticas, modernistas, *mundonovistas*, *nacionalistas*, *sociales*, *intimistas*, estos esquemas se dan en un repertorio complejo, que no es fácil asimilar ni a cronologías generacionales ni a

opciones miméticas o continentales; aunque estos elementos también tengan algo que significar y señalar, puesto que son parte de una visión de mundo de época.

Tardía en su decantación original frente a la explosión del modernismo hispanoamericano, la poesía chilena se desenvuelve en una coexistencia de corrientes cuyo núcleo estructurador se mueve entre un vago temple de ánimo íntimo y un apostrofico y vociferante yo que se enfrenta a una sociedad injusta y degradada, como si no pudiera jamás desarraigarse de su origen romántico. La poesía chilena pareció haber estado siempre instalada en lo propio, con ese subjetivismo que se impregna de la nación, la naturaleza y la sociedad y con ese Otro que se vuelve hacia adentro, para intimar con el Yo substancializado en las cosas, propiedad que impera aún en sus expresiones más simbólicas y surrealistas. En la concatenación romántica-modernista-nacionalista en cuya simultaneidad está su génesis propia, la poesía chilena moderna se proyecta como una sedimentación interior que vuelve al sujeto en forma casi anacrónica sobre sí mismo, para proyectarlo hacia un entorno que al concretarse en un lenguaje por fin sincero, espontáneo y libre —como quería Contreras—, se abre a las vertientes más universales de la literatura del momento y logra por fin conquistar su verdadero centro.

NARRATIO PICTA.
UNA CATEGORÍA DE LA ANTIGUA
RETÓRICA EN LA PINTURA MEDIEVAL*

José Ricardo Morales

Entre los recuerdos que guardo de mis años primeros aún mantengo la imagen del pregonero tradicional, que en los gentiles pueblos levantinos de cúpulas cerámicas y blancas fachadas, acompañándose de un pequeño cuerno sonoro, proclamaba las disposiciones oficiales, las horas y turnos destinados al riego, la llegada de las fiestas e incluso la de los marchantes que anticipaban sus ofertas con la viva voz del funcionario municipal. Tales anuncios representaban una de las últimas supervivencias de la publicidad oral, hecha por medio de un nuncio profano que iniciaba invariablemente sus bandos con estas palabras: "Se hace saber...", para exponer, a continuación, cuanto al pueblo le convenía tener presente¹. La fórmula empleada—"se hace saber"—suponía que el pregonero referido se encontraba en posesión de la verdad, poniéndola en conocimiento de sus convecinos, quienes se limitaban a aceptarla sin reparo alguno, "enterándose" de ella. Esta modalidad del conocimiento, propia de nuestro idioma, consistente en *estimar el saber como una manera de "enterarse"*—sobre la que no se ha hecho el debido hincapié—, implica que quien la posee "se entera" o integra en lo que conoce, identificándose con éste, a la par que integra o entera su persona, completándose al haber asimilado lo que sea. Así que al quedar "enterado" y completo se representa el hombre como un ser "pletórico", si es que lo consideramos como aquel que aspira normalmente a lograr su "plenitud".

Cuando el conocimiento y la verdad se encuentran en poder de quien los comunica, a éste suele concedérsele todo el crédito que merece su saber de antemano, dándole plena fe, pues por su boca habla la autoridad que representa. En cierto modo, el pregonero recordado es un remedo "a lo humano" del anunciador divino, del *áγγελος*, el ángel o mensajero que expone la verdad sagrada, revelándola, tal como se manifiesta en las Anunciaciones pintadas en todos los tiempos o en las portadas románicas que ostentan el tema del Juicio Final, la de Autun entre las más significativas, dotadas de ángeles músicos que despiertan, al son de sus trompas, a quienes no dormían para siempre.

*Conferencia pronunciada en el curso sobre *Filosofía y narrativa*, dirigido por José Ferrater Mora. Universidad Complutense, Cursos de Verano, El Escorial, 1990.

¹ De análoga manera, "el reclamo", que es 'clamor'—aparecido primero en la caza, para atraer a las piezas, y empleado después en la publicidad—, se usó en la antigua Roma con el propósito de requerir la atención del público a la entrada de los espectáculos, costumbre que aún perdura en las ferias y en los circos populares, tal como lo evidenció Seurat en su pintura *La parade*, actualmente en el Metropolitan Museum de Nueva York. A este respecto, aunque hace años calificaron dudosamente al cartel anunciador como "un grito pegado a la pared", estimo que puede comparársele, más bien, con un pregón visual, pues *praeco*, en latín, significa no sólo 'llamar' o 'gritar', sino 'preconizar' aquello a lo que alude, recomendándolo.

Con tales intermediarios, sean pregoneros o ángeles, "se hace saber" el designio superior, así que el consabido *deus ex machina* de la antigua tragedia, cuando hace oír su voluntad a los mortales, acaba convirtiéndose en un *deus in machina* que ordena y gobierna al mundo, interviniéndolo. Esa verdad revelada, perteneciente al mito, por ser tal no necesita demostración alguna, obligándose los pueblos a reverenciarla y acatarla, pues va en ella el secreto del origen del mundo y de los hombres, de la comunidad y de sus normas, por lo que todos deben hacerla suya, "enterándose", integrándose en o con ella, para formar parte de un grupo que es tal porque comparte determinados mitos. De esta manera, *al mito se pertenece incondicionalmente*; por ello, el "estar en la creencia" —que Ortega destacó en su conocido ensayo titulado, precisamente, *Ideas y creencias*— es sólo un reflejo desvaído de la adhesión incondicional y sin trabas que el mito requiere, en cuanto constituye la razón de ser de la comunidad que lo comparte. La consabida aseveración de Tertuliano, *credo quia absurdum est*, lleva hasta el límite extremo esa modalidad del pensamiento basada en la fe, con la posesión absoluta que ella ejerce sobre el que la profesa.

Aun cuando puede parecer extraño, el pensamiento que fundamenta la narrativa surge y se desarrolla a partir de las creencias. Téngase en cuenta que *narrar*, en su sentido original, significa 'dar a conocer' o 'privar a uno de su ignorancia', porque el *ig-nar* es aquel que 'no puede narrar'. Desde luego que en el infante —entendido como 'el niño sin habla', de *in-fans*— y aun en la infantería, puede darse esa condición. Pero dejémoslos al punto, a uno en su deleitoso mundo lácteo y al otro, al infante bélico, en su pedestre papel de sirviente del caballero, pues, aunque ambos carecen de habla propia no atañen directamente al tema, pese a que el carácter subordinado del último pudiera relacionarlo negativamente con la noción que trato. En este sentido peyorativo, también cabe asociar al idiota con el idioma, no sólo debido al uso defectivo o impropio que hace del mismo, sino porque el término designa a quien no domina la particularidad —o *idios*— de cierta zona del saber —en griego *idiōtēs*—. De ahí que al que se encuentra en tales condiciones suelen tenerlo despectivamente como "un profano", asignándole determinada carga religiosa al vocablo, puesto que significa 'el separado del *fanum*', el alejado del templo o lugar sagrado, es decir, el *ignaro* que carece de la iniciación en el misterio requerida por el saber². Mas no son éstas las únicas razones que me permiten vincular la narrativa con el conocimiento fundado en las creencias.

El que oficia de comunicador en el campo de lo sagrado, en donde figura originalmente —así sea el sacerdote, el profeta o el escriba—, adquiere cierta condición dual. De una parte, como acabo de indicar, se le supone enviado por la divinidad, para transmitir su voz al mundo, convirtiéndola en "misiva" que asigna a los hombres determinada finalidad o "misión". El pretendido "mensaje", que algunos atribu-

² También tratamos de "lego" en determinado tema al que lo ignora, dándole al vocablo cierto sesgo religioso, puesto que en su sentido original significa 'seglar' o 'profano', derivado del latín *laicus* y éste de *laós*, griego, como 'gente' o 'pueblo' —en oposición a los clérigos—, y 'soldado', contrapuesto a los jefes. La subordinación a un superior se encuentra de manifiesto en esta modalidad del saber basada en "la jerarquía", siempre respectiva a *hierós*, 'lo sagrado'.

yen o exigen a las obras literarias, tiene ese origen remoto y corresponde por entero a semejante mecanismo religioso. Pero, además de ello, aquel que supuestamente posee el don de escuchar a las divinidades, para conferir sus palabras a la grey, se convierte en el guía del grupo humano al que pertenece. Ambas nociones, las de mensajero y conductor, pertenecientes al comunicador sagrado, pasan por distintos grados o fases, y aun por diversas degradaciones, hasta poder entrar en el cercado exclusivo de la narrativa literaria. Las disciplinas en que figuran, tras de su aparición religiosa, son fundamentalmente dos: la retórica y la poética, en las que se distinguen taxativamente las diferencias habidas entre el mensajero y el narrador.

Respecto de la retórica, la finalidad que Sócrates atribuye a esta disciplina, en el *Gorgias* platónico, es la de “ocasionar la persuasión en el ánimo del auditorio” (453 a). Pero la persuasión figura en dicho diálogo claramente subordinada a la creencia y a su posible irracionalidad, puesto que al formular la distinción que cabe establecer entre el conocimiento y la creencia, sostiene Sócrates que el saber es siempre verdadero, mientras que la creencia puede no serlo (454 d). De esta manera, las nociones de creencia (*pístis*) y su correspondiente, la persuasión (*peithō*), en su sentido primero de “inducir a la obediencia”, conservan cierto significado religioso que se transfiere al orden jurídico, convirtiéndose así el *dogma* —que es ‘pensar por decreto’— en *doxa*, la opinión compartida, propósito que mueve a la retórica, lográndolo mediante la persuasión.

Por ello, en la creencia y en la fe otorgadas al orador se basa la confianza que merecen sus argumentos, con los que arguye o ‘pone en claro’ su posición o tesis³. Aunque, a su vez, con ellos produce el convencimiento del auditorio, para vencer o quebrantar la opinión sustentada por el adversario. Acorde con esto, Gorgias sostiene en el diálogo referido que “en la justicia ha de usarse la retórica como un instrumento de lucha” (457 b). El tan trillado y unamuniano “venceréis, pero no convenceréis” se refiere a una de las últimas consecuencias de esta modalidad retórica del pensamiento, reprobándola, tal como hizo Platón en el *Gorgias*. Porque, al fin y al cabo, los sofistas incluidos en dicho diálogo no se interesan en saber qué es lo justo o lo injusto, sino que se preocupan, ante todo, de dominar al adversario, vencéndolo, así sea sin convencerlo, con argucias que tergiversan los argumentos. De ahí que, según el parecer de Sócrates, la retórica, en vez de constituir una técnica genuina, se reduce tan sólo a ser un empirismo (465 a).

Sin embargo, a partir de Aristóteles se produce una tecnificación progresiva de la retórica, tanto porque adquiere la fundamentación teórica que toda técnica debe llevar consigo como debido a que logra la sistematización metódica de los elementos que la componen. Entre estos últimos, Platón situó en el *Fedro* (266 e) la narración de los hechos o *diégēsis*, que Aristóteles puso en tela de juicio, estimán-

³ La consabida noción de la verdad como claridad o luminosidad —que trataré después en otros de sus aspectos— figura en la raíz *arg-*, ya que “argüir” o “argumentar” significan literalmente ‘aclarar’ los puntos o los extremos de un debate. Por ello en nuestro idioma decimos “hablar en plata” cuando se hace claramente, sin evasivas, dado que en latín *argentum*, ‘plata’, así como *argilla* o ‘tierra blanca’ del caolín, conservan los significados de ‘blancura’ y ‘claridad’ pertenecientes a la raíz mencionada.

dola sólo como una parte del discurso forense, pero no del político (*Retórica*, 1414 a 37), aunque en el mismo texto la trata extensamente, incluyéndola en la oratoria ceremonial o declamatoria (1416 b 16 y sigtes.). No es mi intención proseguir, ni mucho menos perderme por los intrincados vericuetos de las retóricas sucesivas, ya sean latinas o medievales, pero conviene destacar que, aunque varían según la posición sustentada por cada uno de los autores, en todas aparece la *narratio* como una de las partes constitutivas e imprescindibles del discurso, situándola normalmente después del proemio o exordio, para producir la *pístis* o creencia y llegar con ello a la conclusión o epílogo. A tal extremo es importante el nexo habido entre la narración y la creencia que Cicerón, en sus *Partitiones oratoriae* (9, 31), sostiene que la *narratio* “es la explicación de los asuntos y algo así como el asiento y el fundamento constitutivos de la fe”, entendiéndose ésta según la credibilidad que merecen los argumentos expuestos en la causa judicial. Estimo que es difícil establecer un vínculo más estrecho entre la fe y la narración que el arriba citado.

Por otra parte, Aristóteles transfirió la narración desde el campo jurídico y político al de las artes, sin que por ello prescindiese del ingrediente religioso que atribuyó al tema. Porque éste reapareció en las dos nociones de “mensaje” y “narración”, aquí consideradas, al ocuparse de diferenciar la epopeya de la tragedia (*Poética*, 24, 60 a 31 y 59 b 26). El mensajero que aparece en la tragedia re-lata, porta consigo lo ignorado y lo re-porta a quienes lo escuchan, de modo que su comunicación no se aleja en exceso de aquello que ahora entendemos como un reportaje. El relato se convierte así en un anuncio divino –*aggelías*–, tanto de lo desconocido previamente como del porvenir, incluyéndose en la tragedia merced a su carácter de presagio, pues se hace agorero –*proagoreúseōs*– porque, según la *Poética*, “atribuimos a los dioses la omnividencia” (15, 54 b, 5 y 6). De análoga manera, en la poesía arcaica se manifiesta el sentido sagrado de la palabra, al concebirla como un don de los dioses. Por ello, los magnos poetas primeros –pienso en Homero, Hesíodo y Parménides– invocaron en el comienzo de sus obras a las divinidades propicias a las artes, las Musas, pues bajo su tutela, como hijas de Mnemósyne, “la memoriosa”, se exaltan las actividades humanas que patrocinan, haciéndolas memorables.

Aunque, a diferencia de la *appagelía* o anuncio –perteneciente al mensajero, que suele remitirnos al futuro–, la mimesis narrativa o *diegética* refiere su palabra o *epos* hacia el tiempo ya ido, convirtiéndose los acontecimientos del pasado y su historia en los orientadores de la comunidad. Conocimiento, historia y narración se hacen sinónimos⁴. Sin embargo, como la historia narrada suele incluir el mito –según sucede en los poetas citados–, sus palabras no sólo mueven a los hombres en función del pasado, sino que del origen. Todos los pueblos con sentido histórico, que se preguntan por el principio, trascienden la historia, ya que de los comienzos

⁴ La historia, en la retórica tradicional, forma parte de los *narrationum genera*, tal como lo indica Cicerón en su *Retórica a Herenio* (1, 8, 13), calificándola de *gesta res*. En su *De inventione* (1, 19, 27) la historia se identifica con la *narratio*, estimándose ésta como *rerum gestarum*. Debido a ello, el tiempo habitual de la *diégēsis*, opuesto al enunciado por el mensajero, es el del antiguo aoristo griego, compuesto de pretéritos indefinidos, calificado por Émile Benveniste (*Problèmes de linguistique générale*, 1, París, 1976, pág. 241) como “el tiempo del acontecimiento fuera de la persona del narrador”. La distinción entre

nada sabe el hombre. Por ello, el tiempo del origen es el lugar del mito. Y éste, como palabra conferida por las divinidades, adquiere determinada condición oculta, cerrada, en la que se guarda el misterio “principal” y originario, de modo que su carácter implicativo requiere determinado despliegue, de índole poética, que le sea condigno⁵.

El poema cuenta o narra el principio porque debe contarse con éste para saber qué y quiénes somos. De tal manera, la plena originalidad del autor consiste en su aptitud para hacernos conocer nuestro origen, revelándolo a partir del dictado de las divinidades. Aunque tener en cuenta el pasado implica tenerlo presente, re-presentándolo, con esa labor actualizadora que hace actuante a la historia, tanto como al poeta que la propone. Esta acción narrativa del poeta le convierte en el conductor o guía de su comunidad, tal como supusieron los antiguos griegos, ya que *diegxisis* o ‘narración’ deriva de *hēgēomai*, cuyo significado es el de ‘ir delante’, ‘a la cabeza de’, tanto como ‘guiar o ser caudillo’, estableciéndose con estos términos “la hegemonía” del que efectúa la narración. Aunque “el caudillo” –de *capitellum*, un diminutivo de *caput*, ‘cabeza’, como no podía ser menos...–, al igual que el *duce* o ‘conductor’ y el *fūhrer*, con su *fūhrertum* o ‘caudillaje’, traigan para algunos de nosotros muy oscuros recuerdos, no vamos a desconocer por ello que el poeta épico, en función de su mimesis narrativa, se desempeña como conduc-

el momento del discurso y el del acontecimiento formulado por el aoristo implica la existencia de tres estratos temporales, puesto que el momento del discurso también difiere del de su recepción cuando ésta se efectúa mediante determinada lectura. Estimo que la indefinición del aoristo no sólo es relativa al tiempo del acontecimiento sino que afecta directamente a su expositor, haciéndolo desaparecer tras lo narrado, impersonalizándose así, a la par, lo narrado y el narrador. El elogio prodigado a Homero en la *Poética* (24, 60 a 5 y sigtes.) radica precisamente en que su obra se aproxima a la *mimesis* dramática, dada su condición de poeta que se abstiene de intervenir directamente en la acción, para que pueda transcurrir libremente, tanto como permite que los personajes parezcan hablar por sí mismos, según sucede en el teatro.

⁵ El mito es la palabra cerrada e implicativa por excelencia, de ahí que requiera siempre determinada explicación. El sentido del mito pertenece a una constelación de términos surgida en torno a la noción de ‘cerrar’ (*mýō*, griego), posiblemente a partir de la onomatopeya *mý*, un sonido que se emite con los labios juntos. Los griegos denominaron *mýēō* al ‘iniciado en los misterios’, es decir, ‘el cerrado’, tal como lo es el *mysterion* propiamente tal. Tanto es así que Platón trató despectivamente a quienes no saben cerrarse, los no iniciados, comparándolos con barriles perforados que para nada sirven, pues pierden su contenido (*Gorgias*, 493 a-c). El aspecto hermético de la noción figura en términos usuales, como *myōps*, ‘el que cierra los ojos’, para ver, y aun *mykós*, ‘mudo’. Esta idea de lo cerrado se asoció antiguamente al término *mýsos* –que significa ‘mancillar’ o ‘manchar’ lo sagrado con sacrilegios o crímenes–, en cuanto corresponde a “cerrar los ojos ante el horror”, mientras que su relación con los labios cerrados se encuentra en las dos acepciones de *mýzo*: ‘chupar’ y ‘murmurar’ o ‘gruñir’. Si se tuviera plena cuenta de este campo semántico de “lo cerrado” –al que pertenece el mito– no se descartaría su relación con la onomatopeya *mý*, tal como lo hizo Chantraine, pudiendo relacionarla con el significado de *mychós* –como ‘lugar oculto’ o ‘fondo’ de una vivienda, de una gruta, etc.–, con el sentido de *myōpía* –según su acepción de agujero en el que se ocultan los roedores– y aun con el *Mykēnai*, ‘Mícnas’, entendida como ‘el último reducto’ defensivo: “la ratonera”. Inclusive estas nociones herméticas adquirieron ciertos rasgos folklóricos al referirse a los bovinos que emiten sonidos con el hocico cerrado, según sucede en “musitar” y en la locución latina *non facere mu*, convertida por nuestro idioma en “no decir mu”.

tor de un pueblo, al que le aporta –mediante su regreso a los orígenes– no sólo la historia y lo memorizable del pasado, sino lo memorable del principio. Este papel de conductor o guía perdura todavía en el narrador literario, puesto que con su texto en prosa lleva consigo al lector que le sigue, acompañándose ambos en una especie de coito –nadie se alarme– en el que está implícita la idea de *co-ire* o ‘ir juntos’, según el significado real del término. Así que por mucho que el escritor ensaye todas las formas posibles de ruptura de la narración, convirtiéndola en una especie de *coitus interruptus*, para producir nuevas tensiones en el obligado juego mutuo habido entre el autor y el lector, nunca se llegará al divorcio absoluto de ambos. Porque entre ellos existe siempre determinado enlace copulativo, pese a que algunos autores acumulen las más variadas dificultades para la comprensión de su texto, como lo hace Gracián al decirle al lector “escribo breve por tu mucho entender”, significándole que deja sus ideas en potencia o sin el desarrollo debido, en un juego que cuenta de antemano con la imaginación del *partenaire*.

La situación de la *narratio* aquí esbozada, según sus vínculos con la persuasión, la fe y las creencias, tal como quedó formulada en la retórica tradicional, permite comprender por qué los artistas de la Edad Media hicieron suyos los principios retóricos de la Antigüedad, para orientar con ellos los conjuntos de imágenes destinados a desempeñar la función de la palabra sagrada, refiriéndose a ella o bien sustituyéndola. Al fin y al cabo, el destino de la palabra religiosa era, entre otros, el de la persuasión, de manera que las imágenes dedicadas al convencimiento de los fieles podían pensarse con aquellas normas de la retórica que mantenían idéntica finalidad. Añádase a esto que la época románica –con la que inicio la presente indagación– se caracterizó por basarse en distintos dualismos, entre los cuales el de Dios y el mundo dejó su impronta sobre la arquitectura y las artes visuales de entonces. En cuanto concierne a su arquitectura religiosa, dan buena prueba de ello la dualidad de los espacios –el de las naves, destinado a los fieles procedentes del mundo abierto, y el del ábside y el transepto, ocupado por la comunidad monástica–, la dualidad de direcciones –longitudinal en las naves y su contrapuesta en el transepto–, además del dualismo debido a la fusión de dos sistemas anteriores –el basilical y el centrado, propio de los mausoleos–, a los que cabe añadir los producidos por las tensiones verticales y horizontales, y aun los que existen en los tramos y soportes. Pero debo destacar que estas disposiciones contrarias se hacen manifiestamente contradictorias e inclusive controversiales en los conjuntos de imágenes basados en la palabra, pues representan con frecuencia una querrela de índole religiosa, que adquiere visos jurídicos. El tema de muchas grandes portadas románicas es el de un juicio, el Final, en el que las mencionadas oposiciones se organizan en torno de un Cristo-Juez que separa a los elegidos de los réprobos, y que en ciertas ocasiones –como en la Sainte-Foy de Conques– adopta la hechura de una balanza, con el brazo derecho levantado, para indicar el mundo sacro y superior, representado por el Paraíso, mientras que con el brazo siniestro señala el mundo inferior, el del *infernus* o infierno. Añádase a éste el motivo del pesaje de las almas, con la acción rigurosa de los ángeles que diferencian a justos y pecadores, más la lucha –que es polémica– entre virtudes y vicios, a la manera de la *Psicomaquia*, de Prudencio, y se tendrá una idea escueta de por

qué se mantuvieron las normas de la retórica anterior en aquellas imágenes religiosas basadas en la palabra de los textos y en la persuasión jurídica.

Por otra parte, contribuyó también al desarrollo de la *narratio*, en el arte jurídico-religioso del románico, la existencia de considerables campos continuos que brindaba la arquitectura de ese tiempo, tanto en sus extensos muros como en sus bóvedas corridas, permitiéndose con ellos el desarrollo de las historias sin interrupción alguna. Sin embargo, esta subordinación de las artes visuales a la palabra en funciones narrativas y de las imágenes a las superficies carentes de solución de continuidad ocasionó considerables consecuencias, que no han sido debidamente estudiadas a partir de la retórica en su sesgo de creencia, pese a que en ella encontraron, a la par, el origen y el estímulo.

Según supongo, durante la Edad Media hubo tres modalidades principales de relación posible entre la imagen y la palabra, dependientes de la noción que tengamos de cada uno de ambos términos. La entidad más radical, y quizá la más arcaica, se encuentra en el icono. Éste no dice, sino que es. Actúa por presencia. Como toda *praesentia* es lo más próximo a la esencia. Su finalidad consiste, precisamente, en *traer a presencia* lo sagrado, pues como creyeron algunos bizantinos —Teodoro Studita entre ellos—, en el icono hay una porción de lo divino. Si así fuera, desaparece el concepto tradicional de mimesis, ya que la imagen —relativa a *imitatio*— va más allá de toda imitación o representación al hacerse “presentativa” de una entidad sacra. Por estos motivos, en todo el arte medieval subsiste determinado iconismo —pese a las diferencias ideológicas habidas entre el Oriente y el Occidente—, pues ante todo importa la presencia real de la imagen, independientemente de si se puede percibir o no, como sucede en numerosas estatuas ocultas a la vista en varias de las grandes catedrales góticas. Aún más, la indiferencia ante el destino, lugar y tamaño que tengan las imágenes es característica de la Edad Media —pues los mismos motivos se emplean en los libros o en las portadas monumentales—, denotándose así el iconismo que destaca.

La naturaleza del icono es signica. Su inmediatez impide la indirección propia del símbolo y el juego constante de éste, alusivo-elusivo, respecto de su significado. Por ello, de acuerdo con tales posibilidades, *el icono tiene determinada condición eferente*, puesto que de él procede, como de dentro a afuera, la idea de lo divino. En cierto sentido, esta pintura icónica pareciera hacer suya la afirmación de Klee: “Yo no pinto lo visible, yo hago visible”, pues, ¿quién vio alguna vez las jerarquías celestiales o el Paraíso, fingidos con frecuencia por los primitivos occidentales? Así que quien pinta lo creído no tiene por qué representar lo perceptible, pues la experiencia sensible es ajena al mundo noético. Por ello, cuando éste aparece en el campo del discurso y de la narración, en el grado último de la aspiración religiosa, el escritor intenta hacer hablar lo inefable, tal como lo pretendieron aquellos místicos que llevaron su lenguaje hasta los límites de la expresividad posible, para “traer a presencia” del lector lo indecible. En su sentido más profundo, lo sagrado es *árrhēton*, no cabe hablar de él, hasta el punto de revelarse solamente a quienes están en el secreto: los iniciados. De ahí el aspecto hermético de los iconos orientales, que actúan por presencia y en silencio, ajenos por completo a la palabra.

Frente a la supuesta aparición de lo divino en el icono, basada en la creencia de que lo sagrado se manifiesta al identificarse con su imagen, el símbolo trae consigo otro linaje de problemas. Porque los símbolos se constituyen como entidades ambiguas, hechas de un signo con uno o varios significados, en las que el signo convierte al significado en una incógnita menesterosa de cierta interpretación. El símbolo es ya lenguaje, aunque no siempre sea palabra; sin embargo, tiene en común con ella su indirección –*parabolé*–, puesto que requiere de un código en el que se cifre su significado, así que la explicación del símbolo sólo es posible si conocemos las convenciones que implica el código. Por ello, cuando ante un símbolo del que ignoramos el significado nos preguntamos: “¿esto qué quiere decir?”, damos por supuesta la condición de lenguaje que el símbolo posee, tanto como aceptamos que el lenguaje no sólo revela algo, sino que puede ocultarlo. De ahí que, a diferencia del carácter *eferente* atribuible a los iconos, el símbolo siempre obliga a *la inferencia* para conocer su interioridad o deducir su significado a partir de la exterioridad del signo. En el símbolo el signo se formaliza, pues es siempre *signo de*, mientras que en el icono sagrado –en cuanto supuestamente alberga una parcela de las divinidades–, el signo, la imagen y la divinidad se hacen uno.

El juego de revelación y ocultación, propio del símbolo, le permitió al cristianismo primitivo crear un lenguaje artístico que aglutinaba y reunía en su secreto a quienes compartieron sus creencias, alejándose a la vez, con tal lenguaje, de la representación directa del mundo sagrado, encubriéndolo. Dicho juego simbólico se mantuvo después durante toda la Edad Media, para desembocar por último en el desarrollo casi exclusivo de las posibilidades ocultantes que el símbolo posee, utilizadas por muchos pintores del Renacimiento y el manierismo, en muestra de sus reconocibles “agudeza y arte de ingenio”. La extensa gama de los enigmas, los emblemas, las alegorías y las divisas pertenece al sentido críptico del símbolo, contrario a la patencia atribuida a la narración por el antiguo pensamiento retórico.

Debido a las propiedades aclaratorias y persuasivas que posee la narración en el discurso retórico, la pintura pidió la palabra durante la Edad Media, para asignar a las imágenes determinada función narrativa que contribuyera a la interpretación de los textos sagrados. La relación posible entre la pintura y la narración se estableció de dos maneras principales: en una de ellas las imágenes acompañaban directamente a un texto, ilustrándolo, mientras que en la otra las imágenes sustituían a la palabra, para narrar con medios pictóricos determinada historia. Sin embargo, con dichos procedimientos, la narrativa pictórica se alejaba del carácter *eferente* atribuible al icono –que hace surgir lo sagrado sin palabras–, a la vez que permaneció ajena a la inferencia requerida por el símbolo para descubrir su significado. Porque apartándose de ambas posibilidades, la narrativa pictórica adquirió determinada condición *referente*, tanto si remite a un texto adjunto como si sustituye a la palabra, a la que forzosamente nos dirige. No obstante, en los dos casos asumió un papel impuesto por la retórica antigua: el de formar opinión, *doxa*, para favorecer a la creencia sustentada por el *dogma*. La función *docente*, atribuida durante toda la Edad Media a las imágenes, corresponde al propósito señalado. Son numerosas las citas de teólogos y teóricos de entonces que pudieran

aducirse en pro de esta posición, pero en todas hay un eco de la tendencia tradicional que estima a la persuasión como una consecuencia de la *narratio*, asignándole a ésta la necesidad del *docere*. Así lo propone Quintiliano al afirmar que la *narratio* "ante todo instruye (*docet*) al juez" (*Institutio oratoria*, 4, 2, 35), para llegar a convertir la narración en una *probatio*, una prueba y aun una comprobación de la verdad. Éste, y no otro, es el sentido atribuible a la narración pintada que aquí consideramos.

Cuando las imágenes acompañan a determinado texto, ilustrándolo, la *diégesis* o narración que implican se convierte en una *exégesis*, puesto que dan determinada interpretación a la escritura, para poder entenderla con rigor. En tal caso, la pintura deja de ser la llamada "literatura del iletrado", como entonces se sostuvo con extendida profusión, ya que un libro, como es obvio, está siempre destinado a los lectores. Esta función exegética de las imágenes pintadas en los códices, en los libros de horas y en los salterios, las exime de la supuesta marginalidad que suele atribuírseles, considerándolas habitualmente como un adorno, en ocasiones superfluo, que enriquece visualmente a determinado texto. No obstante, conviene tener en cuenta que *orno* y *ordo*, desde su origen latino fueron sentidos como términos concomitantes, de manera que el ornato, pensándolo de este modo, forma parte del orden establecido por las artes, al que debe contribuir. Así que la narración fomenta o produce la creencia, pero las imágenes que la acompañan, con su función ilustrativa o exegética la interpretan, aclaran y ordenan.

Ilustrar, en su sentido riguroso, significa literalmente 'dar brillo', y como deriva de *lustrare*, pertenece directamente al antiguo mundo religioso, dado que la ilustración se asociaba a las nociones de lavar o purificar con el agua, en una ceremonia efectuada cada cinco años: de ahí el *lustrare*, correspondiente a ese período de tiempo. Puesto que el significado de *lustrare* es, precisamente, el de 'aclarar', la narración pintada, al ilustrar determinado libro, corrobora el sentido aclaratorio atribuible a la exégesis que ejerce⁶. Porque no hay ni que decir —aunque deberé decirlo— que las tres grandes religiones del libro —la judaica, la cristiana y la mahometana— recurrieron constantemente a la labor exegética para la interpretación rigurosa y necesaria de los textos creídos.

Además de ello, como acabo de advertir, ilustrar también supone aclarar el texto, en su acepción de darle luminosidad, realzándolo al concederle el esplendor merecido. De esta manera, las imágenes pintadas contribuyeron también a destacar la idea de "la verdad como luz", constituyente de otro de los acreditados lugares comunes de la teoría del arte durante la Edad Media, llevándola hasta el

⁶ Habitualmente se confunde la idea de ilustrar con la de iluminar un libro, haciéndolas sinónimas al suponerse que iluminar procede de *lumen*, la luz. Pero no es así. Iluminar significa 'pintar con minio', como señala Nebrija respecto a "luminar" libros. El término español, si bien deriva del latín, llegó a esta lengua desde nuestra península, pues *minium* representa el cinabrio, el rojo de mercurio tan abundante en las tierras españolas, al que aludió San Isidoro (13, 21, 32), refiriéndose al nombre del río Miño. Por otra parte, el término "miniatura", que se supone derivado de *minuo*, 'disminuido', también procede de *minium*. Así que las llamadas "miniaturas" no son sólo cosas o imágenes diminutas, puesto que significaron originalmente 'pinturas hechas con minio'.

extremo no sólo de pintar la luz como sinónimo de verdad, sino de pintar *con* ella, aspiración que cumplieron las grandes vidrieras góticas⁷.

Esta función aclaratoria, atribuible a las imágenes de los textos, se encuentra corroborada por la consideración despectiva que suelen brindarles, al estimarlas tan sólo como una simple glosa. Glosa es lengua, desde luego; pero las glosas difieren del mero comentario que lleva entre lenguas aquello que trata, porque el término que les da origen incluye en griego todas las formas agudas o apicales, entre ellas la de la lengua⁸. De manera que la glosa, entendida de esta forma, representa la necesidad de puntualizar agudamente aquello a que alude. Así que ilustración y glosa son las dos funciones principales que asume la narración pintada, en su papel de exégesis de un texto, para contribuir con ellas a revelar la verdad y a puntualizar las ideas. Por ello, antes de que la puntuación se desarrollara plenamente en la escritura, las imágenes asumieron a su modo cierto papel puntualizador.

Las dos posibilidades que acabo de atribuir a la narración pintada, respectivas a la aclaración y la puntualización de un texto, aparecieron también al ponerla en relación con otros géneros de imágenes que no estaban concebidos en función narrativa y que requerían, por ello, determinada explicación. De esta manera surgió un tipo de composición que incluía una imagen o una escena de dimensiones mayores, y al pie de ella, en la llamada predela, se desarrollaba una narración pintada, concerniente al tema principal, exponiéndolo en una sucesión de escenas conexas, de tamaño reducido. Los iconos, los símbolos, los milagros y misterios que el cristianismo hizo suyos, fueron constantemente glosados, para convertir lo críptico y legendario de la creencia en una historia legible visualmente, transformándose el hermetismo de la religiosidad en una prédica fácilmente asequible a todo el mundo. Con ello, la narración pintada se asemejó a las antiguas didascalias que explicaban las tragedias para ponerlas en claro, porque, de hecho, siempre se atuvo al sentido didáctico que atribuyó la retórica a la *narratio*. Obras como *La Anunciación*, de fray Angélico, en El Prado, con las escenas de la vida de María situadas en su predela, dan muy claro testimonio de cuanto aquí llevo expuesto. Los ejemplos de Giotto, Gentile da Fabriano, Botticelli, Uccello, y muchos más

⁷ Un aspecto destacado de esta tendencia se atribuyó tradicionalmente a la obra del abad Suger, efectuada en la iglesia de Saint-Denis, transformándose las estructuras anteriores con el propósito de incorporar la luz al interior de los recintos religiosos, abriéndose grandes rasgos en las cortinas murales y llegándose, por último, a la diafanización absoluta de algunos de ellos, como sucede en la *Sainte-Chapelle* de París. De este modo, el hecho de pintar con la luz se efectúa realmente en la arquitectura gótica occidental, diferenciándose así de la bizantina, de índole ilusionística, que cuando intenta "desmaterializar" los muros no los suprime o adelgaza, sino que los recubre por completo con mosaicos de fondo dorado, en los que la luz, al reflejarse y destellar, pareciera eliminarlos, a la manera de la superficie de un espejo que semeja negarse a sí misma.

⁸ Sobre las formas puntuales o apicales véase mi trabajo *Por el estilo*, Anales de la Universidad de Chile (Estudios en honor de Rodolfo Oroz), quinta serie, N° 5, agosto de 1984, pág. 273 y sigtes. En cuanto concierne al tema aquí tratado, téngase en cuenta que en el griego, *glôches*, 'barbas de espigas' y *glôchis*, 'punta', se asocian a *glôssa*, 'lengua', por la forma aguda de ésta. Desde Homero se generaliza el empleo del último término con referencia a las disposiciones en punta, habiéndose de "lenguas" de fuego o de tierra y aun de "lengueta" en algunos instrumentos de viento.

que pueden aducirse, no hacen sino corroborarlo. Sin embargo, que no se diga a este propósito que la predela "es el cuento bajo el dogma" o "la novela bajo la teología", como suponen Schneider y Cohen⁹, porque la narración pictórica en estos casos no tiene el carácter libre, e inclusive gratuito, de ambos géneros literarios, ya que nunca prescindió de la función explicativa que le asignó la retórica, para obtener por su medio la necesaria persuasión.

Aún más, la finalidad didáctica, atribuible a las predelas, les hace que desempeñen un papel equivalente a los *exempla* que la retórica sitúa en los procesos judiciales. Pues, aunque los ejemplos aparezcan en exorno, al margen del tema principal, contribuyen a aclarar el orden en que figuran, tal como antes señalé en la relación posible de *ordoy orno*. Dichos ejemplos, pese a que se consideren como pruebas ajenas a la causa, o a que no se deduzcan directamente de ella, se tienen por verosímiles porque pertenecen a la historia, correspondiéndose en ellos la historia y la narración, ya que ambas se fundan en la verdad creída¹⁰.

Por último, aunque la pintura narrativa medieval, de índole religiosa, no acompañe directamente a un texto o a determinada imagen —como hasta aquí llevo expuesto—, en ella subsistirá el carácter referente que antes le atribuí, dado que la pintura de esta índole remite siempre a la palabra, sea oral o textual, sobre la que se basa, convirtiéndose en un todo la palabra con la imagen, identificándolas. En cierto modo —que no puede ser más cierto—, los conflictos entre las normas que orientan los modelos narrativos retóricos y las posibilidades de la visión producen algunas de las tensiones mayores en el arte medieval. Porque las modalidades de la narración, al organizarse de acuerdo con las recomendaciones preconizadas por la retórica, se hacen ajenas a la visión y a la percepción visual, hasta el punto de "impedir" que éstas se manifiesten libremente en ellas. Las "vistas" de dicha pintura están concebidas, de hecho, mediante las palabras, a las que se subordinan, para adoptar disposiciones correspondientes a las secuencias temporales y continuas, propias del discurso y la escritura. Por ello se basan, sobre todo, en las nociones de "antes" y "después", de precedencia y consecuencia, y no en las de un

⁹ *La formation du génie moderne dans l'art de l'Occident* (París, 1936), pág. 207.

¹⁰ La relación entre un tema principal y los ejemplos históricos o narrativos de las predelas puede compararse con otra disposición frecuente en el arte antiguo y en el medieval, consistente en situar en el centro de un campo pintado o esculpido a la figura mayor —cuyo tamaño corresponde a su importancia—, situándose en torno de ella, radialmente, los distintos motivos que le conciernen, a la manera de ejemplos o representaciones didácticas, de tamaño menor. En ocasiones esta figura principal ocupa el centro de una cúpula falsa y rebajada, como el Buen Pastor en la catacumba de San Pedro y San Marcelino (Roma), apareciendo en torno de éste diversos episodios de la vida de Jonás, que le son relativos. Dicha organización formal acabó convirtiéndose en un hábito, como sucede en ciertas cúpulas de la arquitectura bizantina, en los campos semicirculares de algunos tímpanos románicos —el de La Madeleine, en Vézelay, entre ellos, en el Tapiz de la Creación (Catedral de Gerona, siglos XI y XII), y en varios rosetones del gótico. Una expresión diferente de estas posibilidades se encuentra en el cuadro de Lorenzo Lotto *La Virgen del Rosario*, actualmente en la iglesia de San Nicolás de Cingoli, en el que sobre la figura de la Virgen, de tamaño mayor, se representan los misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, alusivos al rosario, situándolos en quince círculos enlazados entre sí, disponiéndose las imágenes según las condiciones de la oralidad convertida en oraciones, ejemplificándola.

aquí o un allí, correspondientes a la distancia o a la profundidad, de índole visual. También contribuyeron a la existencia de dicha pintura seriada las crónicas de ese tiempo –que concibieron la historia como un *continuum* minucioso–, además del “orientalismo”, tendente, con su *horror vacui*, a cubrir todas las superficies –desde los frisos del arte jónico hasta los mosaicos bizantinos–. Pero, ante todo, la ordenación lineal de los acontecimientos pintados se debió a que sobre ellos actuaron los modelos deductivos, de índole verbal, jurídica y lógica, puestos en juego por los teólogos, para unir, mediante tales secuencias, los hechos y sus consecuencias. Como no podía ser menos, esta necesidad retórica de la deducción rigurosa estimuló de manera decisiva la acción moralizadora que suele reconocerse en el arte medieval.

Ha de considerarse, además, que en la oratoria cristiana la narrativa continua se asoció directamente con el *sermo*, desde antiguo relacionado con *sero*, cuyo significado es el de ‘enlazar en hileras’, del que deriva *series*, la ‘fila o hilera ininterrumpida’. Varrón (*De lingua latina*, 6, 64) atribuye al *sermo* dos características distintas; una, ya indicada, es que “el *sermo* equivale a la serie”, pero añade que “el *sermo* no puede encontrarse en un hombre solo, sino en donde el discurso (*oratio*) se conjunta con otro”. Por ello, los atributos del *sermo* son dobles, pues unos lo relacionan con la linealidad de la serie, mientras que otros corresponden a la necesidad del *co-ire*, anteriormente expuesta respecto de la lectura. El *sermo* se constituye así en “el hilo narrativo”, y si en función de esa posibilidad lineal se disponen muchas de las narraciones pintadas en el medievo, se debe a que los argumentos han de tener la continuidad necesaria para persuadir al ignaro que los recibe. Un eco tardío de esta posición se halla en la Loa de *La segunda esposa*, de Calderón, en la que una labradora confiesa su ignorancia ante los problemas de la fe, a la par que define el Auto Sacramental en estos términos:

Sermones

*puestos en verso, en idea
representable cuestiones
de la Sacra Teología,
que no alcanzan mis razones
a explicar ni comprender...*

La subordinación manifiesta de la pintura religiosa medieval a las condiciones de la oralidad y de la literatura, reglamentadas por la retórica, ocasionó considerables consecuencias en el arte pictórico. Porque la narración, entendida como una secuencia temporal, exige campos pictóricos continuos, en los que la percepción de las imágenes se efectúe según la linealidad del discurso y la lectura. La disposición que suele adoptarse para lograr dicho propósito consiste en organizar la narración pintada sobre bandas o franjas ininterrumpidas, que se prolongan tanto como lo permiten las posibilidades arquitectónicas. Esta linealidad de los temas obliga a conocerlos en función de los hábitos creados por la escritura occidental, es decir, de izquierda a derecha, aunque en algunas ocasiones –como sucede en el registro inferior del lado sur, en la bóveda de Saint-Savin-sur-Gartem-

pe-, la lectura ha de hacerse en dos sentidos, puesto que las bandas pictóricas se organizan a la manera de la escritura primitiva en *boustrophédón*, así nombrada por los griegos, ya que en ella evocaron el trazo de ida y regreso abierto con el arado movido por bueyes¹¹. Como quiera que sea, puesto que tales pinturas se atienen siempre a una superficie continua, la mirada no suele llevarse hacia la profundidad, dado que no la descubre, porque se siente obligada a desplazarse en sentido tangente al muro pintado. Esta "superficieidad" perteneciente a la escritura, exige percibir las imágenes como si fueran un texto, en vez de atenerse a la pintura que realmente son.

Tanto en Saint-Savin-sur-Gartempe como en muchos casos más, la necesidad de desplazarse que experimenta el espectador para entender "sobre la marcha" un conjunto pintado, implica que el contemplador en movimiento ha de adoptar numerosos puntos de vista diferentes, a los que le induce el narrador pictórico que actúa a la manera de un guía o conductor. Así ocurre que la narración continua, con los múltiples puntos de vista que en ella deben emplear el pintor y el espectador, impide la posibilidad de que haya una genuina perspectiva, ya que ésta es consecuencia de la visión en profundidad, ocasionada por la adopción del punto de vista único y de la simultaneidad de los motivos que figuran en la escena representada. De modo que para ello es necesario que el tiempo y el espacio se unifiquen en un todo.

Esa visión desplazada, en movimiento, requerida para contemplar adecuadamente la pintura románica, corresponde a la que debe emplearse en la apreciación de la arquitectura de entonces —e incluso en la carolingia y en la otónica, inmediatamente anteriores—, pues la multiplicidad de torres, fachadas y accesos a las iglesias obligan a circundarlas para estimarlas por entero. A diferencia de ello, la arquitectura gótica, como tiende normalmente a la supresión del transepto y elimina la diversidad de torres, magnifica la fachada y acentúa gradualmente el eje de profundidad en las grandes catedrales, anticipándose en ellas la visión en perspectiva que suele atribuirse a la pintura del Renacimiento. El prolongado eje de Bourges, apreciable desde la fachada única con sus portadas abiertas, es el ejemplo más claro de mis aseveraciones.

Si todo esto sucede respecto de la relación posible entre la narración pintada, la arquitectura y el espectador, también han de tenerse en cuenta las dificultades que la narración origina en la pintura propiamente tal. Porque la imposibilidad de llevar a cabo una narración continua con medios pictóricos, obliga a recurrir

¹¹ Dicha disposición reversiva, en *boustrophédón*, la invoca Meyer Schapiro en *Style, artiste et société* (Paris, 1982), pág. 18, refiriéndose al "Génesis de Viena". La descripción circunstanciada que hizo Henri Focillon de la iglesia de Saint-Savin (*Peintures romanes* (Paris, 1938), págs. 24 y 25) no tiene en cuenta el referido tipo de escritura, como tampoco lo consideran Paul Deschamps y Marc Thibout en *La peinture murale en France. Le haut Moyen Âge et l'époque Romane*, Paris, 1951, aunque en la página 72 figura un esquema completo de la ordenación que adoptan las pinturas en la bóveda de la iglesia mencionada. El precedente de la representación del Génesis, por medio de franjas paralelas, se encuentra en algunas biblias carolingias, como las de Carlos el Calvo y la de Moutier Grandval. Vid. René Crozet, *L'art roman en Poitou* (Paris, 1948), pág. 248.

a distintos expedientes para resolver el problema. La pretensión wagneriana de lograr la melodía infinita, puesta en tela de juicio por Stravinsky, y aun “la melodía infinita de la línea nórdica”, propuesta arbitrariamente por Worringer para interpretar el arte gótico —ya que no es infinita ni nórdica—, dan cuenta de las dificultades que ocasiona semejante aspiración, inclusive en las artes temporales. La linealidad obtenida por medio de imágenes sólo puede sugerirse en las disposiciones procesionales hechas con figuras análogas, porque con ellas se representa la continuidad de un rito, establecido punto por punto para actualizar un mito de manera invariable. Pero de la procesionalidad ritual a la narración de un proceso biográfico o histórico media mucha distancia, pues éste lleva consigo toda suerte de vicisitudes, ocurridas en tiempos y lugares diferentes. El hilo de la historia o del discurso no puede ser continuo, pese a que un arte religioso como el que aquí trato, movido por la ejemplaridad y basado en principios retóricos, tienda a organizar los procesos de la historia sacra con la rigidez deductiva de los procesos jurídicos y aun con la procesionalidad ritual que exige lo sagrado. Sin embargo, en su *Retórica* previene Aristóteles contra esa tendencia lineal y sucesiva de la oratoria, pues movido por su concepto clásico de que las formas cerradas son las más perfectas, sostiene que “la narración no puede convertirse en un todo continuo, porque es difícil retenerla mentalmente” (1416 b, 22). Y aún más, en un pasaje previo afirma que “la narración, en la oratoria sagrada, no es continua, sino intermitente” (1416 b, 15)¹². De ahí que ante la imposibilidad de forjar un relato continuo, para situarlo sobre las bandas ininterrumpidas que procuraban tanto la arquitectura como los rollos de pergamino, los artistas anteriores al románico recurrieron al empleo de figuras secundarias, situándolas fuera del contexto narrado, que con sus ocupaciones ajenas al tema crean una especie de contrapunto respecto del motivo principal, a la vez que separan los episodios de éste, tal como sucede en el conocido *rotulus* de Josué, en el Vaticano (siglo x). De hecho, la superficie del *rotulus* es realmente continua, mientras que las escenas representadas se organizan a la manera de acordes musicales, en los que se concentran los puntos culminantes de la narración. El precedente monumental de ello se encuentra en la franja que asciende y envuelve la columna de Trajano, en Roma, pues allí también se intercalan motivos o personajes secundarios entre los episodios principales, para diferenciarlos. Sin embargo, esta solución se atiene a las pautas propuestas por algunos autores retóricos, con las que destacan no sólo la inconveniencia de la narración continua, sino que preconizan la diversidad en el desarrollo de las ideas, para producir la *varietas* (Quintiliano, 10, 2, 1) y evitar con ella el hastío del público. La posición de Aristóteles fue muy clara en tal sentido, pues en la *Retórica*

¹² La *ciroméne léxis*, o habla en sargas, ininterrumpida, expuesta por Aristóteles en su *Retórica* (1409 a, 23 y sigtes.), que sólo llega a su término cuando se agota el tema, fue propuesta en la retórica latina como *oratio perpetua*, vinculándola Quintiliano con el *docere* y la *narratio*. La intercalación periódica del pensamiento accesorio en el principal evita la monotonía del discurso seguido —tratado por Platón en su *Prolágonas*, 324 d y sigtes.—, que Aristóteles consideró arcaico. Esta intromisión recurrente de motivos secundarios entre los principales equivale a las disposiciones que adoptaron las artes visuales con el mismo propósito de interrumpir o neutralizar la narración continua, como veremos a continuación.

(1371 a, 26) anticipó esos asertos, refrendándolos con las palabras de Eurípides (*Orestes*, 234): "El cambio en todas las cosas es dulce"¹³.

La necesidad de diversificar los episodios pintados sobre franjas continuas y la de diferenciarlos plenamente, hasta situar a cada uno en su escenario, movieron a la búsqueda de soluciones distintas, en las que estuvo presente la pugna que sostuvieron la palabra y la visión. En ocasiones, los acontecimientos representados se imbricaban entre sí, como ocurre en Saint-Savin, para hacer fluir el relato sin obstáculos, como si fuese una corriente caudal. Pero, a diferencia de ello, otros intentos llevaron a dividir la narración, compartimentádola en recuadros, dándole a cada motivo su lugar. Gradualmente, esta última solución se abrió camino. Los ensayos iniciales del Giotto, para incluir los asuntos relatados en edículos o en pequeñas construcciones, como estudió Francastel, representaron algunos de los primeros intentos de horadar ilusoriamente las superficies, dándoles profundidad¹⁴.

Este proceso, que sólo puedo esbozar aquí, significó el predominio creciente de la visión a expensas de la palabra, llegándose al cuadro aislado, en el que la situación y la escena se unificaron en un todo simultáneo, arrebatándole la preferencia a la narración sucesiva. Sin embargo, desde las experiencias del Giotto había de transcurrir aún largo tiempo hasta llegar a la conquista de la perspectiva geométrica en la pintura occidental, frente a la resistencia que le opuso la narración persuasiva, de índole retórica. Porque inclusive, una vez que los recuadros en que se dividió la narración continua se convirtieron en cuadros autónomos, para adoptar un formato cerrado, las secuencias temporales, propias de la narración, se mantuvieron en ellos, aun en obras efectuadas por los maestros que desarrollaron la perspectiva.

Las paredes laterales de la Capilla Sixtina dan una excelente muestra de la supervivencia de la *narratio picta*, durante un tiempo en el que la perspectiva visual se había afianzado definitivamente. Las historias de las vidas de Moisés y de Cristo ocupan, respectivamente, las paredes sur y norte de la referida Capilla, divididas en rectángulos contiguos. Sin embargo, contra lo que cabe esperar de obras ejecuta-

¹³ Semejante criterio recuerda la teoría del barroco sobre "la mudanza" en las artes, en las conductas y en los afectos, anticipada por Cervantes en *Pedro de Urdemalas*, para significar con ella uno de los supuestos más caros a la época: el de la variedad, con sus correspondientes variaciones, llamadas "diferencias" por los músicos de entonces.

¹⁴ Pierre Francastel, *Lo spazio figurativo dal Rinascimento al Cubismo* (Torino, 1960). Sin embargo, además de cuanto propone este autor, la expresión del espacio profundo y unificado corresponde a las ideas expuestas por Aristóteles para diferenciar la tragedia de la epopeya. Porque la deuda es considerable. "En la tragedia —dice la *Poética* (1459 b, 23 y sigtes.)— no es posible representar varios fragmentos de la acción como si ocurrieran a la vez, sino tan sólo la parte que los actores interpretan en escena, mientras que en la epopeya, por ser una narración (*diégēsin*), puede el poeta exponer muchas porciones de la historia que se desarrollan simultáneamente". Ambas posibilidades —la historia dividida en partes, para representar situaciones producidas a la par, como corresponde a la epopeya, o la acción centrada en un solo lugar, según pertenece a la tragedia—, si coinciden con el desarrollo de la pintura aquí tratado se debe a que Aristóteles distingue las propiedades de la narración, que es palabra, de las correspondientes al teatro, ateniéndose al significado literal de visión (*tháa*) que pertenece a este arte.

das hacia 1480, en el interior de cada rectángulo se suelen acumular múltiples escenas sucesivas, ocurridas en tiempos y lugares diferentes, impidiéndose con ello el empleo de la perspectiva en la mayoría de las pinturas. En ese sentido, el fresco que representa *Los Hechos de la Vida de Moisés*, pintado por Botticelli, acumula siete episodios distintos en un solo rectángulo; Cosimo Roselli y Piero di Cosimo reúnen cinco en el dedicado a *Las Tablas de la Ley*, tal como lo hace Signorelli en *El Testamento y Muerte de Moisés*. Otro tanto sucede en las obras dedicadas a la vida de Cristo, comprobándose fehacientemente que la narración persuasiva, programada por teólogos, pudo contrariar a las nuevas orientaciones de la pintura renaciente.

Por otra parte –o “sin ir más lejos”, como se suele decir–, a unos pasos de esta sala, en nuestro fabuloso Escorial –pues las piedras también hablan– se encuentra *El Martirio de San Mauricio*, de El Greco. Se ha sostenido que el cuadro representa una *sacra conversazione*, como llamaron los italianos a las escenas de personajes religiosos puestos en trato verbal. No obstante, esta obra sobrepasa el asunto consabido, pues, a mi modo de ver, es el cuadro más explícito y significativo de cuanto llevo tratado. El Greco sitúa en el lienzo una narración pintada, compuesta de tres etapas. La primera, representa a San Mauricio en la acción de persuadir a sus compañeros de armas, convenciéndolos de la necesidad del sacrificio por su fe; la siguiente, corresponde al momento del martirio sufrido por la Legión Tebana, mientras que la última fase expone la glorificación de los mártires. Esta secuencia se lleva con el rigor de una causa judicial, diferenciándose en ella las intenciones, el acto y las consecuencias que ocasiona, correspondientes, respectivamente, a la persuasión retórica, a la acción que requiere la creencia –el sacrificio– y al resultado de éste: la exaltación a la gloria, merecida por los mártires. De manera que el motivo de la obra es el de la persuasión (*peithō*), destacada en primer plano con la oratoria del santo, quien afirma sus palabras sobre la verdad creída (*pístis*). La relación de ambos términos, *peithō* y *pístis*, convencimiento y creencia, es análoga a la que establecieron los antiguos griegos al fundamentar la retórica. Por ello no es de extrañar que este Greco pleiteante, que tuvo en su biblioteca varias obras de Aristóteles, expusiera el problema de la fe como fue tradicional en su cultura retórica.

Si la pintura religiosa medieval intentó persuadir mediante narraciones pintadas, organizándose sus imágenes en función del discurso retórico, El Greco llegó más lejos, pues de acuerdo con la noción manierista de su arte, concluyó por suponer que nada persuade más que pintar... el acto de persuadir.

La índole reflexiva de este cuadro, que revierte sobre la pintura las posibilidades persuasivas de una creencia, tematizándolas, equivale al colofón con que los amanuenses bizantinos precisaban las particularidades de su trabajo, para remate del texto escrito. Porque desde entonces la palabra pintada perdió definitivamente terreno ante la visión, de modo que la persuasión religiosa se efectuó en el Barroco mediante figuras sorprendidas en escenas y en situaciones de extrema tensión –martirios, batallas, éxtasis y todo el repertorio que Weisbach atribuyó al arte de la Contrarreforma–, en las que la fugacidad del tema propuesto exigió condigna rapidez en la efectucción de la obra. Así cambió también el concepto

del oficio pictórico, pasándose de la delimitación clara de los motivos incluidos en los cuadros, característica del arte renacentista, al empleo de la mancha pictórica instantánea, requerida por las apariciones o apariencias en que se convirtieron los asuntos representados por los artistas barrocos.

Aunque la narración pictórica resurgió durante el romanticismo, como consecuencia del predominio de la literatura sobre las demás artes, hubo que esperar hasta nuestros días para que se manifestaran de nuevo las secuencias verbales en los llamados *comics*, las historietas dibujadas que revivieron a su modo los folletines y novelas por entregas –o por intrigas–, tan significativos de la prensa escrita en los comienzos de este siglo. Sin embargo, el desarrollo de cuanto implican tales modalidades narrativas nos alejaría en exceso del tema tratado en estas líneas, concerniente a la supervivencia de la antigua *narratio* retórica en las imágenes de la pintura medieval, debido a la carga de creencia que llevó consigo desde sus formulaciones iniciales.

Ruth González-Vergara

TERESA WILMS MONTT (1893-1921)

"Poeta y narradora, Teresa Wilms es una de las personalidades más interesantes que ha producido Chile. Nació en Viña del Mar (1893), en el seno de una acaudalada familia. Talentosa, bella, cultísima (hablaba cuatro idiomas), casóse contra la voluntad familiar, con un sobrino del presidente Balmaceda, Gustavo Balmaceda. Ella descendía a su vez de tres presidentes: los Montt. Tuvo dos hijas: Elisa y Sylvia Luz (quien heredó su talento). Su comportamiento la llevó a un tribunal familiar y su condena: el claustro. Sola, repudiada, sin la tuición de sus hijas, se autoexilió en Argentina. La acompañó en su huida Vicente Huidobro. El escándalo en la rígida sociedad de 1916 quedó servido. Desde entonces le han endosado infundios y amantes. En su destierro escribió varios libros, integró los círculos de la *intelligentsia* bonaerense, madrileña y parisina. Meses antes de su muerte, se reencontró con sus hijas, quienes debieron retornar con sus abuelos a Chile.

Cerca de la Navidad de 1921, una sobredosis de veronal doblegó lo que no pudo la sujeción familiar ni social de su país. Días de agonía en el hospital Laënnec... Nadie estaba a su lado. El sábado 24 de diciembre se apagó. Se fue en la luz de una estrella. Tenía veintiocho años.

Teresa Wilms Montt yace en el cementerio de Père Lachaise, de París. Reposo cerca de Oscar Wilde y Alberto Blest Gana. En el otro extremo, Edith Piaf y los amantes Eloisa y Abelardo. Duermen también allí Molière, Chopin, Musset, Proust, Colette. Sólo rompe esta *quietud del mármol* el canto de los pájaros que hacen requiebros de amor en cada primavera...¹.

TERESA WILMS, ¿UNA LITERATA EN LA DÉCADA DEL VEINTE?

Teresa Wilms Montt. ¿Qué significado tiene su nombre en la literatura chilena? ¿Cuál es su valor e importancia literaria? ¿Tiene calidad estética, su obra en la actualidad? ¿Cuál fue su posición como mujer y escritora en su época? ¿Hay rasgos escriturales en su creación que perfilen un lenguaje diferente del de la tradición? ¿Cuáles son sus estrategias discursivas? Su vida: ¿mito?, ¿realidad?

Estas interrogantes e innumerables reflexiones cabe formularse frente a una mujer creadora de singularísima personalidad, de principios del siglo xx. Un análisis

¹Ruth González-Vergara, *Teresa Wilms Montt: un canto de libertad. Biografía*, 1ª y 2ª edición (Santiago, Edit. Grijalbo, Colección El Espejo de Agua, 1993), pág. 16; véase también los artículos: "TWM, éticamente elegante", *La Época*, Santiago de Chile, 20 de diciembre de 1992; "TWM, poeta éticamente elegante", *La Prensa*, Curicó, Chile, 26 de diciembre de 1992; "Centenario de Teresa Wilms", *Diario 16*, Madrid, 4 de septiembre de 1993; "Teresa Wilms Montt: un canto de libertad. Homenaje en el centenario", revista *El Ateneo*, cuarta época, año 1, noviembre de 1993, págs. 107-109.

desde distintos ángulos, podrá ofrecer claves y respuestas para comprender su obra y situarla literariamente en el sitio que le corresponde.

Su obra es exigua. Como lo fue su vida; breve, pero intensa, marcada por múltiples situaciones y circunstancias azarosas unas, rocambolescas otras.

Su creación, como la de varias otras escritoras chilenas, es virtualmente desconocida en los medios culturales y educacionales del país. De consuno, la historiografía literaria ha ofrecido un perfil de Teresa Wilms Montt, sesgado y parcelado, cuando no obliterado, con marcados comportamientos sexistas. La crítica oficial ha presentado a la escritora viñamarina en el marco de una estética que más privilegia sus atributos físicos y singularidades que su aporte creativo, inteligencia y emancipación.

Su trágica muerte en París, en 1921, concitó la atención más en los perfiles sensacionalistas que revistieron el fatal desenlace que en ella misma y su valiosa obra.

Y lo trascendente, es su creación literaria y sus perspectivas emancipatorias que incardinan la modernidad en una época signada por la crisis de valores. En ello radica su alto valor y singularidad, en el contexto del cambio de siglo y las secuelas socioculturales de la impronta novecentista.

DOS REFLEXIONES SOBRE TERESA WILMS

1. La ideología dominante la adscribe en el plano del estereotipo: mujer bella, elegante, de distinguido porte, ademanes suaves, rubia, de fascinantes ojos azules, seductora, etcétera.

2. Al señalar que su obra es fragmentada, carente de unidad, algo inmadura, desacredita su factible aportación y la dimensión alcanzada dentro del formato de producto artístico y cultural de primera magnitud, creado por una mujer, en el marco de la diferencia.

Junto con relegar sus actuaciones más bien a la esfera privada y afectiva —*mundo de la mujer*— y abonar fértil campo de comentarios, murmuraciones e infundios, la crítica androcéntrica ha repercutido negativamente en las expectativas de un real conocimiento y difusión de su obra literaria, y ha impedido promover su proceso de actuación con pleno derecho y categoría en la esfera pública.

Y como todo hecho discriminatorio implica una desigualdad y desequilibrio se hace necesario corregir tan anómala práctica, rectificando los parámetros que tan mal han dimensionado la creación literaria de Teresa Wilms Montt, poseedora de extraordinario talento y lucidez, como su posición de mujer emancipada que por sus actuaciones, estilo de vida y estética se adelantó en décadas a su época.

Al proponer algunas fórmulas metodológicas de acercamiento a los textos literarios de un/una escritor/a, a partir del propio *texto*, instancia abierta estéticamente significativa cuyo proceso literario se imbrica en una realidad histórica, política y social determinada, es menester configurar el contexto biográfico, sus códigos culturales de las autoras/es, pues en muchos casos en ellos radican claves importantes que devienen en descifrar enigmas de interpretación y aprehensión de los contenidos de una obra: su valoración como objeto estético.

En el caso de Teresa Wilms Montt, es significativo verificar que algunos rasgos inherentes de su vida e itinerancia tienen incidencia en el texto creado, entidad estética con una especificidad.

La anécdota personal, trascendida de manera testimonial, se configura en una creación de honda significación: *Anuarí* donde subyace no sólo materia prima valiosa, como sostiene Luis Oyarzún, sino un texto con entidad estética y con un formato escritural diferente.

Páginas de su Diario publicado en la revista *Nosotros* de Buenos Aires, en 1921, más allá de la circunstancia personal, itinerante, refleja un genio creador de trascendencia. Tiene entidad estética. Lo minúsculo, insignificado, lo cósmico, adquiere una estatura literaria trascendente, donde se mixtura sentimiento y pensamiento. "Ese saber tuyo intuitivo que cualquier cosa hace lo grande, lo mágico y lo secreto, teniendo ojos adivinadores... ¡Qué seguridad de toque, sin nada, nunca fuera!"², expresa el poeta Juan Ramón Jiménez al leer unos fragmentos del Diario de Teresa:

"A un costado de mi cama, en la pared, hay tres manchas de tinta. La primera repartida en puntitos, parece una estrella doble, la segunda se abre más abajo; en minúscula mano de ébano, la última perfectamente recortada tomó la forma de un as de piqué.

Resbalo sobre ellas mis dedos, con sensibilidad de nervio visual y siento que esas tres manchas están de relieve dentro de mi cerebro como obstáculo para el fácil rodar de las ideas.

Hay tres, tratando de sí atraerse; tres, digo mirando al techo: el amor, el dolor y la muerte"³.

La *Absurda*, es la muerte para Teresa Wilms, que lo circuye todo. El tema de la muerte constituye una constante en su obra.

"Palabras de otro siglo en una lengua muerta, musita en el oído mi corazón, escarbando con su punta en forma de uña en las estopas de la almohada"⁴.

ROMÁNTICA EPIGONAL Y RUPTURISTA

Teresa Wilms Montt incardina en su personalidad y escritura, todos los componentes de la heroína romántica, a la vez que una concepción innovadora emergente, con señas de identidad propia e inédita. Y los signos distintivos quizá sean lo *diferente*. Estaríamos frente a una escritura diferenciadora, deshomologada con la tradición y el sello común, distinto, constreñido a estéticas y normativas precisas e inmutables, en cuanto a concepción de escritura, corriente literaria, generación escuela y formación cultural. En la medida que no *encaja* en la norma, en el sistema, la regla, *es en buena medida rupturante*. Y por lo tanto, su obra debe ser considerada y analizada conforme a la diferencia. Esto es, una escritora femenina en donde

² Juan Ramón Jiménez, "A Teresa Wilms Montt", revista *Artes y Letras*, Antártica N° 3, Santiago de Chile, noviembre de 1944, págs. 73-76; "Poesía y efígie de TWM", revista *Caballo de fuego*, Santiago de Chile, diciembre de 1945, págs. 1 y 2.

³ "Teresa Wilms Montt, *Páginas de Diario*", revista *Nosotros*, N° 151, año XI, Buenos Aires, diciembre de 1921, págs. 459 y 460.

⁴ *Op. cit.* pág. 460.

subyacen una serie de elementos, vocablos, recreación de ellos, innovación y creación de palabras, lo que hace singular su obra en su contexto y época. Asimismo su corta y apasionante vida.

a) *Elementos románticos de su personalidad*

Temperamento histriónico; afición al teatro; naturaleza comunicativa; fuerza impulsiva, a la manera victorhugoniana; rebelde y voluntariosa; enamorada del amor y la libertad; generosidad y bondad (incapaz de rencor); y solitaria, inaccesible.

b) *Su vida y contexto social, marcados por un sino romántico y fatal*

Mujer distinta, un tanto misteriosa, interesante, seductora, irresistible, exótica; es proscrita. Su pasado, un tanto ominoso (ruptura con el hogar paterno/materno/conyugal/pérdida de sus hijitas... Una especie de "ángel caído" o *Femme fatale*; de alta prosapia, pero antiburguesa, anticonvencional; de rasgos nobles y bellos, que dimana un auténtico atractivo: los hombres se enamoran de ella; no se arrepiente de nada: considera correcto lo hecho; elige el exilio: entrañamiento voluntario, como una forma de emancipación, de desarrollarse; está conforme con lo que ha sido: a pesar de su vida desesperada de dolor, soledad y muerte no quiere otra. ("—*Qué hubiera Ud. querido ser?*—Lo que soy"): entrevista de Sara Hübner, 1920; transgresora del sistema; rebelde.

En suma, Teresa Wilms Montt *versus* Protagonista de su obra, incardina, porta una serie de condicionamientos tanto en su personalidad como contexto sociocultural, que caen dentro de la esfera romántica que en América ya ha perdido gran vigencia en su época, 1915-1920 (etapa de creación). Por tanto, es factible, por las características señaladas, adscritas en su obra, considerarla una escritora romántico-epigonal.

Romántico también es el marco o decorado de su *hábitat*: tapizado de colores negro y morado, con calaveras, puñales exóticos, etc. Su misma indumentaria es singular, que más parece una sacerdotisa griega, etc. o una *madonna* italiana, innovando respecto de las modas e imposiciones de la época.

Junto con la exhibición de un cierto macabrisimo en la ornamentación de su hogar (en Madrid y París), se verifica un claro ecologismo panteísta a la vez macabrista en su obra, en especial en *Los tres cantos* y *En la quietud del mármol*.

En cuanto a la concepción de considerársele una especie de *Femme fatale*, destrivializa dicho concepto, que a principios de siglo había caído en una banalización como "objeto de seducción y de placer", con connotaciones de perversidad y diabolismo, una especie de Eva destructiva por cuanto, Wilms Montt, autora/protagonista no sólo no es musa ni inspiradora/objeto, sino protagonista de su propio destino y creación. Más bien, constituye una especie de Lilit en contravención bíblica que busca su realización personal en la igualdad, en la emancipación, en la insubordinación. Y en ese contexto es una romántica que quebranta, transgrede los propios mitos románticos, de que hicieron uso y abuso (Baudelaire, etc.), los egregios cultores de este movimiento, con una clara actitud misogínica.

El halo de romanticismo de Teresa Wilms Montt tiene raíces en las profundas contradicciones del sistema vigente, la crisis de valores, en un no contentamiento

con la artificiosidad del ambiente un tanto opresor y de sus propias contradicciones, pues ella proviene de esa clase. Sus mismas excentricidades son puntos de apoyo dentro de sí, frente a las carencias de una época de decepción. Gonzalo Vial dice: "La empapaba el mismo mal que veíamos en Federico Gana (otro poeta de extracción burguesa), la tristeza insondable de una aristocracia sin destino". Para ella y otros jóvenes de su tiempo "*rien n'est vrai que le beau*, tal cual postulaba Alfred de Musset". ¿Un siglo agonizante de humanas vanidades! (Diario).

¿Qué niveles de lectura tuvo Teresa Wilms Montt?

Su acopio lectivo incluye obras de autores románticos y realistas: Baudelaire, Lamartine, Musset, Chateaubriand, Byron, Victor Hugo, Stendhal, Flaubert, Balzac, Tagore y un sin fin de otros autores. CBV señala: "Pasaba tardes enteras en el río, leyendo a Melchor de Vogué..." (Eugenio Melchor de Vogué, escritor francés (1848-1910), autor de *La novela rusa*. Solía leer en el propio idioma francés. Es más que probable que esta lectura constituyó un frente liberador y de futura expansión inspiradora. Leyó y mucho⁵).

En ese sentido está en sintonía con la formación de la clase culta (mayoritariamente masculina) de la época. Es Chile del novecientos una plaza de fuerte impregnación europea, francesa e inglesa. Su propio padre, descendiente de alemán, importaba libros. Su madre se hacía traer revistas francesas, con noticias de la última moda, aspectos culinarios, etc. El mismo ambiente de su casa-mansión en Viña era un reducto de objetos importados: ropa, zapatos, vajilla, todo venía de Europa.

Teresa Wilms Montt hace suyos los postulados de un romanticismo tardío, que se verifica en la asunción de cierto *tedio* de la vida. Las secuelas de la Revolución del 91, que expresan la incapacidad de las clases altas de satisfacer sus necesidades espirituales, devienen en pesimismo, hastío, tedio, insatisfacción.

Después de muerto 'Anuarí' (Horacio Ramos Mejía, 1917): "Toda la existencia se ha vuelto absurda".

La destrucción, muerte del amado en *En la quietud del mármol*, no está signado por la culpa y caída de la amante/protagonista sino por un destino ineluctable, cuyo control escapa a la maniobrabilidad de su mano. Las circunstancias sociales son ulteriores responsables. (Acoso social, rígidos códigos morales, etc.).

"Me rebelo de la vida; insulto al miserable destino, que me ha arrancado todos mis amores en capullo"⁶.

LA OBRA DE TERESA WILMS MONTT: EL DISCURSO DE LA DIFERENCIA

Si bien es cierto, su obra se adscribe a los códigos lingüísticos y culturales de su época, hay que observar una serie de elementos y perspectivas innovadoras que rupturan la estética androcéntrica, que no eran propias del discurso de las mujeres escritoras de su tiempo.

a) Sus obras, poética y narrativa, señaladas por la crítica como fragmentadas,

⁵ González-Vergara, *Teresa Wilms Montt...*, *op. cit.*, cap. III, págs. 84 y 85.

⁶ Teresa Wilms Montt, *En la quietud del mármol* (Madrid, Casa Editora Blanco, 1918), canto XXI, págs. 33 y 34.

con rasgos parciales, que son más bien, excluyentes, adoptan formas musicales por la configuración, tono y ritmo. *Los tres cantos* constituyen una sonata, de tres movimientos: *allegro* (La mañana), *adagio* (El crepúsculo), *finale* (La noche). Su composición de ofrenda o plegaria *Con las manos juntas*, que dedica a la muerte de su madre, constituye una sonatina, en un solo movimiento; *Anuarí*, una de sus prosas más entrañables, una especie de canto elegíaco, es una verdadera *suite*. Y no es aventurado proponer esta tesis puesto que sabía música y su diseño y estructura se aproximan a los géneros indicados por el tono y el ritmo.

b) La expresión autobiográfica, en primera persona, deja aflorar los procesos interiores, mediante imágenes, efusiones líricas, frente al *leit motiv* de sus obras: la soledad, el dolor. Queda registrada la vivencia interior de la protagonista, su mundo femenino, su desgarradura por la ausencia de sus hijas/la muerte del amado/la inutilidad de la vida, en *Los tres cantos*, su *Diario* o en *Anuarí*.

c) La presencia de elementos eróticos, en *Anuarí*, constituye también una estrategia de la diferencia. Lo sensual, lo erótico normalmente pasivo, reprimido en su época, cobra vigencia en su obra y le resulta una materia textual digna de poetizar:

“Mi boca está sedienta de lujuria. Sí, Anuarí. En contorsiones de poseída, escápanse de mí los aullidos desgarradores de mi carne y de mi corazón heridos; en los espasmos de placer y de pena, surge, entre los suspiros, tu nombre”⁷.

d) La expresión de la dimensión físico-corporal de manera sensitiva de la mujer, cobra importancia y primer plano. Las sensaciones físicas y espirituales se mixturán. El texto de *Anuarí* es el que ofrece mayores posibilidades mediante un lenguaje de gran lirismo:

“Una noche, la más feliz de mi vida, se durmió tu cabeza en mi hombro, y eran tan íntima mi dulzura, que mi respiración se hizo una música para mercerte”⁸.

“Anuarí, resucita! Vuelve a la tibia cuna de mis brazos, donde te cantaré, hasta convertirme en una sola nota que encierre tu nombre”⁹.

e) Maneja el lenguaje con precisión y a veces es innovadora o recrea expresiones de contenido poético que instauran nuevos significados. Es un intento de manejar un lenguaje en la esfera femenina.

El llamado “**alontanado** de tu voz” –“Anuarí”¹⁰.

“...Mis **cogitaciones** se ahogan y ruedan como cuentas oscuras”¹¹.

–Toma de mí la juventud para alimento de tus roedores necropófagos”¹².

“Un beso se **adurmió** en los labios de los jóvenes...”¹³.

“Velan con el fervor de un **lampadario**...”¹⁴.

⁷ Wilms Montt, *En la quietud...*, op. cit., canto XIV, págs. 33 y 34.

⁸ Op. cit., canto V, pág. 15.

⁹ Op. cit., canto III, pág. 13.

¹⁰ Op. cit., canto XX, pág. 47.

¹¹ Op. cit., canto XXXV, pág. 76.

¹² Wilms Montt, *Los tres cantos* (La noche) (Buenos Aires, Balder Moen editor, 1917), pág. 34.

¹³ Op. cit., cap. IV, pág. 68.

¹⁴ Wilms Montt, *Páginas...*, op. cit. (Alta Mar), pág. 459.

f) Un cierto ecologismo con atisbos panteístas se aprecia en *Los tres cantos* y en *Anuarí*, no exento de esoterismo.

Hay, en suma, algunos rasgos en su escritura que rupturan, en cierto modo, el modelo tradicional, con una perspectiva de crear un plano ficcional desde su propia enunciación. Si bien es cierto, estos rasgos diferenciadores constituyen sólo un atisbo de un lenguaje diferente, distinto del dominante; es importante que una mujer, de la generación joven del año veinte, en el marco de una tremenda lucha por ocupar un lugar en el ámbito acorde con su sensibilidad, logre tal propósito, aunque sea con una exigua obra. Ése es el mérito de Teresa Wilms Montt y el valor de su creación.

No ha existido una crítica seria que haya revisado su obra con el rigor necesario y con una óptica distinta. Y por ello han recusado admitir el justo valor de su estética y el innegable aporte a las letras chilenas.

Éste es un primer paso. Quedan muchos aspectos que revisar de su obra y fascinante y dolorosa vida.

Conviene insistir y revisar algunas de sus obras, en especial, *Los tres cantos*, *En la quietud del mármol* y sus Diarios.

INQUIETUDES SENTIMENTALES (1917)

Es la primera obra poética que publica en Buenos Aires, en 1917, "cuyas dos ediciones se han agotado con asombrosa rapidez", según señaló revista *Nosotros* en el comentario de *Los tres cantos* (1917).

En este conjunto de cincuenta poemas, se advierten algunos elementos surrealistas, no exentos de un humor con tinte dramático, como en "Sombras Furtivas":

*Sombras furtivas que entran por las cerradas persianas,
han decorado mi techo con el capricho de un artista.*

*Es una ciudad pigmea que tiene por único habitante a
una frágil araña con patas de alfiler.*

*El humo de los palillos de sándalo, que arde en un rincón
finge formas de esbeltas bailarinas que se alargan azuladas*

hasta

cortarse como elásticos.

Una máscara china se muere de risa contra el ropero.

*Cuchichean los retratos espantados de tan inmotivada hilaridad,
cuidando de no ser oídos por el sombrero que se retuerce sobre
el sillón como cabeza recién cortada.*

*Bostezan los cajones de la cómoda, mostrando la blancura
de las camisas.*

*Un guante hace extrañas musarañas contra la pared; tiene el
mismo crispamiento de los agonizantes sobre las mortuorias
sábanas.*

.....
*En la cabeza de la Nada se ha suicidado una idea*¹⁵.

¹⁵ Wilms Montt, *Inquietudes sentimentales* (Buenos Aires, Imprenta Mercatali, 1917), poema XLVIII, pág. 110.

“Se vislumbra en *Inquietudes sentimentales*, dice Ramón Ricardo Bravo, una marcada influencia vargas-viliana; su autora ha sido seducida por esas páginas admirables de *Huerto agnóstico*¹⁶. José María Vargas Vila, 1860-1933, escritor, político y diplomático colombiano, anarquista del lenguaje, cultivó todos los géneros literarios, autor fecundo, de relatos de gran notoriedad (*Ibis*, *Flor de jango de la tarde*, etc.). Era el autor de moda en época de Teresa Wilms Montt. A buen recaudo que lo leyó.

A. Zambonini Leguizamón señala que *Inquietudes sentimentales* es un libro de prosa lírica... Obra valerosa, se ha apartado de todo o casi todo aquello que es de mujer, pero con tanto tino, con tanto talento, que no ha dejado de serlo un alma femenina por su sentimiento y por su lirismo delicado y sutil..., por la finura de los detalles y por la delicadeza del sentimiento”¹⁷.

El crítico argentino entrevistó a Wilms Montt en Buenos Aires en 1918 y la describió como “una mujer extraordinaria, poseedora de un talento singular. Casi diría una mujer genial”. Era la segunda visita a B. Aires de Teresa.

“El libro impreso en B. Aires (I.S.) es una obra de simple literatura modernista”, sostiene Juan Duval en 1917. Y agrega: “Thérèse escribe bien; sabe poner un lenguaje pintoresco y expresivo al servicio de su loca fantasía... Libro caprichoso donde se evidencia la superioridad de estilo de Thérèse sobre esos modernistas sin coherencia ni sentimiento artístico, que son la *galega* de la literatura nacional contemporánea”¹⁸.

Inquietudes sentimentales, que se imprimió a “fines del otoño de MCMXVII”, incluye cuatro grabados del bonaerense Gregorio López Naguil. En tanto Juan Duval considera “afectadas y estafalarias” las ilustraciones de Naguil, Ricardo Bravo las estimó “verdaderos enigmas pictóricos”. Muy distinto fue el comentario de la redacción de la revista *Nosotros* del poemario de Wilms, que “juizado sin severidad... es un libro interesante y que se lee con agrado... brillantemente presentado, con varias ilustraciones del habilísimo dibujante López Naguil”¹⁹.

El volumen incluye una diversidad de elementos poetizados (sombrosos, guantes, lámpara, campana, clavel, espejo, jardín, césped, tumba, buzón, puerta, collar, notas de un violín, retrato, etc.), junto con alusiones propias (Anuarí, Cristo, Grieg, Pierrot, faunos...), con un trasfondo de los marcos temas en poesía: la soledad, el desamor, la nada, la muerte.

Se perfilan rasgos de ironía y sensualismo en algunas expresiones, y un manejo del lenguaje con soltura y versatilidad.

Aparte de la mostración cósica menuda, se advierte un lenguaje que cifra su

¹⁶ Ramón Ricardo Bravo, “Thérèse Wilms Montt”, *Las Últimas Noticias*, Santiago de Chile, 22 de octubre de 1917.

¹⁷ A. Zambonini Leguizamón, “Thérèse Wilms Montt”, revista *Sucesos*, N° 876, vol. III, Santiago de Chile, 10 de julio de 1919.

¹⁸ Juan Duval, “El libro de Thérèse: *Inquietudes sentimentales*”, revista *Sucesos*, N° 766, Santiago de Chile, 31 de mayo de 1917.

¹⁹ “Letras americanas: *Inquietudes sentimentales*, Thérèse Wilms”, revista *Nosotros*, N° 100, año XI, agosto de 1917, págs. 639 y 640.

atención en elementos macabros. Es lo permanente frente a la fugacidad de la vida, de la existencia. Estas primeras experiencias literarias portan la marca del escepticismo y tedio como actitud y la perecibilidad de las cosas, su desintegración en el marco del pancosmismo, como realidad.

*"Frente a mi puerta pasó una sombra negra con los ojos cerrados
y el dedo en los labios.
Desapareció en el recodo del camino.
Cuando retorné a mi alcoba, vi que las perlas de mi collar
habían muerto, y que los espejos estaban velados..."*²⁰.

La misma idea se manifiesta en el poema "Los Sombreros":

*Los Sombreros me causan la sensación de cabezas
cortadas
y momificadas, y aquellos de los cuales cuelgan bridas de
colores, se me antojan cabezas arrancadas por mano brutal,
donde ha quedado adherida una vena sanguinolenta.
Nunca puedo ver un par de guantes sin imaginar que son piel
de manos disecadas; y, en aquellos de color amarillo, encuentro
algo repugnante de lo que empieza a podrirse.
Detesto las prendas de vestir olvidadas sobre la cama:
hay entre ellas y los muertos mucha analogía"*²¹.

En "Llueve", está presente la dicotomía: apariencia/realidad y la vacuidad.

*"Llueve...
Las gotas de agua cantan en las canaletas del zinc.
Mi corazón espera...
¡Pobre corazón que aguarda ilusionado! ¿Acaso no es la vida
un eterno esperar de algo que nunca llega?...
Llueve... Hay en mi alcoba perfume de flores marchitas, olor a
recuerdo... Tristezas de amores idos,
mi corazón espera...
Llueve"*²².

LOS TRES CANTOS (1917)

Es su segundo libro, también editado en Buenos Aires (1917), con dos ediciones. Consta de noventa y seis páginas de las cuales treinta y una corresponden al

²⁰ Wilms Montt, *Inquietudes...*, op. cit., poema XXII, pág. 53.

²¹ Op. cit., pág. 73.

²² Op. cit., poema XX, pág. 49.

poemario que le da título al volumen: y las restantes a unos apuntes para la novela *Del diario de Sylvia*.

El crítico Leo Par, hizo elogiosos conceptos de sus páginas en las que se “revelan excepcional talento... Prosa armónica, rotunda, sonora, coloreada, de bien cortados períodos.

Teresa Wilms escucha sus frases con musical oído, y mediante artísticas invenciones, con todo género de osadías gramaticales y entrándose como conquistadora por el léxico, da a sus oraciones la solemnidad y cadencia de estrofas... Y agrega, que lucen ‘imágenes amplias, pintorescas y atrevidas’²³.

En la reseña de la revista *Nosotros* de 1918, se lee: “No falta en esas páginas cierto sentimiento, mezcla de erotismo y espiritualismo, que ofrece en su contraste algunos aspectos de belleza, muestra del temperamento excepcional y raro de la autora”²⁴.

“*Los tres cantos* forman un todo armónico... un poema delicado y ligeramente doliente –sostiene Zambonini Leguizamón (entrevista a TWM, 1918)–. El primero, es un canto a la vida plena, a la madre naturaleza; rebotante, ardoroso (La mañana). El segundo, es un rezo himnico, fervoroso y henchido de religiosidad, un rezo a las cosas que se extinguen a la infinitud de lo suavemente misterioso: ante la fuerza fatal que todo lleva a lo bueno y a lo malo (El crepúsculo). El tercero, tiene cierto tono imprecatorio, quizás no tan bellamente expresado, pero si hondamente sentido (La noche)”²⁵.

Construido *Los tres cantos* a la manera de sonata, tiene tres movimientos y tres tiempos: La mañana, El crepúsculo y La noche. Tres elementos sémicos, las formas verbales: *canta, reza y llora*, constituyen los ejes de cada canto, de cada movimiento existencial: ¿infancia?, ¿adolescencia?, ¿madurez? Parece simplista tal interpretación. Más bien, corresponde a una etapa dual, dialéctica que anima la existencia humana: *amor/dolor; vida/muerte*. El soporte semántico *canta*, representa la armonía, el ritmo, la vitalidad, razón de ser. El “canta, alma mía; canta a la mañana! ¿Canta con los pájaros, con los árboles, las flores, las aguas... el viento, la montaña, el bosque”, etc.²⁶, tiene un valor inaugural, de creación de fecundidad. Veintiuna veces se invoca la palabra *canta*.

“¿Canta, canta, con la vida, con las pasiones de fuego. Crea mundos, prodiga bellezas y bondades”²⁷.

Esta visión optimista de la existencia, en la concepción de Eliade, que rememora míticamente el paraíso, constituye una reafirmación del ser, y por simbolismo *el hábitat, la concha-nido-casa*, a la vez el *imago mundi* del ser humano. Son los espacios felices, donde se guarecen las *reservas de la intimidad, donde se condensan los afectos. Estos espacios “felices”, que implican estabilidad, seguridad, armonía, son*

²³ Leo Par, “*Los tres cantos* de TWM”, *La Nación*, sección Crítica Literaria, Santiago de Chile, 4 de marzo de 1918.

²⁴ “*Los tres cantos* de Thérèse Wilms Montt”, Revista *Nosotros*, año XII, sección Letras Americanas, Buenos Aires, 1918, pág. 113.

²⁵ Zambonini, *op. cit.*

²⁶ Wilms Montt, *Los tres...*, *op. cit.*, pág. 11.

²⁷ *Op. cit.*, pág. 13.

lumínicos. Opuestos, por tanto, a los espacios oscuros, que albergan todo lo tétrico y tenebroso, que daña al ser (Gastón Bachelard *La poética del espacio*).

"¡Canta, alma mía, canta antes que cierre la noche y aúlle el lobo salvaje en la montaña!"²⁸.

Dos expresiones, inscritas en la esfera de lo tenebroso y ominoso, aparecen al final del primer movimiento *allegro: noche y lobo salvaje*. Constituyen éstos los "espacios infelices", del punto de vista fenomenológico.

En la tradición literaria, incluido el cuento de *hadassas*, el lobo representa el peligro, la traición: *la noche*; es lo ominoso, inseguro.

En el segundo movimiento del canto-sonata, la expresión imperativa Reza aparece enunciada veintidós veces. Es la conciencia de sentirse virtualmente *arrojado/a del paraíso*, a un mundo profano cósmico, a un espacio de la perennidad del sufrimiento.

"Reza con la oveja descarriada..."

¡Reza, alma mía con el pájaro sin nido y con la pupila ciega del pozo abandonado!.....

Reza con los campos devastados y las espigas sin grano!

¡Reza con la carreta sin ruedas, abandonada en la mitad del camino, y con la derruida cabaña que, como alma del paisaje, quedó aguardando al hombre!", etc.²⁹.

Y desde luego, no están ausentes expresiones del ámbito tétrico, macabro, que refleja el estado de ánimo de la hablante:

"Reza, que es la hora de los presagios, de las apariciones tétricas; la hora en que nace el destino de los hombres!

*Se va el sol, y de las alas de mariposas muertas nacen flores para las tumbas..."*³⁰.

Se cierra el Canto con el *finale* La noche, donde la forma verbal imperativa *llora*, se reitera veinte veces, reforzando el carácter de ominosidad que tiene la noche. Los elementos necrológicos coadyuvan en tal significación; expresiones como: *tumbas, sarcófagos, fosa, necropófagos, muerto, muerte* (enunciados diecinueve veces), constituyen elementos propios del ámbito de los espacios oscuros, no-felices, en la concepción bachelardiana.

La *noche*, es la contrapartida de la *mañana*, antítesis de la "tierra prometida", el ámbito del dolor, el espacio de la desintegración y muerte.

También la *noche* como finitud, es paso de comienzo, reinicio, de restauración. Es parte del ciclo generacional.

"¡Llora alma mía, con la angustia de los muertos olvidados, y con los restos naufragos donde habitó la vida... y con la belleza tétrica de las estatuas

²⁸ Wilms Montt, *Los tres...*, op. cit., pág. 14.

²⁹ Op. cit., págs. 17 y 18.

³⁰ Op. cit., págs. 20 y 21.

mutiladas!.....

¡Oh noche! Níobe del orbe. En tus brazos encuentro el sitio propicio para hundir mi cabeza henchida de sollozos. En tus sombras sigo yo, paso a paso, el destino de mi espíritu errante.....

Ven, muerte luminosa... ven, muerte, a liberar mi cuerpo de su yugo espiritual.....

Buscando la luz llegué hasta las tinieblas y allí la encontré; la encontré húmedas tumbas y sarcófagos, entre maderas podridas y agujereados plomos”³¹.

Las expresiones: “cuna vacía”, “lámpara apagada”, refuerzan la idea de soledad y dolor de los sintagmas “Llora con la madre a quien la brutalidad del hombre arrancó sus hijos y la ha dejado sola en medio de la vida!... Meciendo en mi alma a las dos criaturas que me arrancó la vida; cantando en mi alma el amor que me arrancó la muerte”³². Tiene, por otra parte, la noción de restitución.

Níobe, es émula de su dolor, que también perdió sus hijos, transformándose en piedra, en roca. “¡Oh, noche! Níobe del orbe...”, etc.

La noche, simbólicamente hablando, está relacionada con lo femenino, lo pasivo, el inconsciente. Por preceder al día, su émulo, tiene el significado de fertilidad. En este contexto se puede entender su virtualidad re-creadora, refundadora a que apuntaba antes.

De esta manera, se ruptora, en cierto modo, la concepción tradicional, occidental (vida-muerte), acercándose más a la concepción teosófica oriental, indú.

“¡Ven muerte!

¡Ven, muerte, acúname en tus huesudos brazos; dadme el beso del olvido!”³³.

EN LA QUIETUD DEL MÁRMOL (1918)

El título está recogido de unos versos de *Inquietudes sentimentales*, poema x: *En la ciudad de los muertos había una “quietud de mármol”* (pág. 27).

El tema de poetización lo brinda el suicidio de un joven enamorado de Teresa en Buenos Aires, Anuarí (Horacio Ramos Mejía, en 1917³⁴), que porta la marca

³¹ Wilms Montt, *Los tres...*, op. cit., págs. 29, 31, 36 y 39.

³² Op. cit., págs. 30-32.

³³ Op. cit., pág. 38.

³⁴ Anuarí corresponde a HORACIO RAMOS MEJÍA (1895-1917), argentino, estudiante de derecho, poeta, conoció a Teresa Wilms en Buenos Aires, en 1916, en las tertulias de la revista *Nosotros* y enamorose de ella. Era hijo del reputado médico José María Ramos Mejía, miembro de una connotada y millonaria familia vinculada a la historia del país: Matías Ramos Mejía luchó contra la tiranía de Rosas, etc. Su tío Francisco, abogado, y su padre, médico, fueron también historiadores. Actuaron en política.

Horacio prologó un libro de Luis Cané (*Mal estudiante, Tiempo de vivir*), que era hijo de Manuel Cané (*Juvenilia*). También trabajó en una serie de ensayos, publicados póstumamente, en 1919, titulado *José María Ramos Mejía y sus escritos inéditos*.

Enamorado y no concedido por Teresa Wilms, por el pasado chileno, ella misma aún enamorada de Vicente Balmaceda Zañartu, no se conformó con una simple amistad. Ante sus infructuosos

de un romanticismo tardío, epigonal, con lenguaje que se incardina en posiciones modernistas dadaístas y surrealistas.

Leo Par señala que “es una elegía, una intensa y apasionada meditación de la muerte y la ultratumba en por la más vívida impresionable y femenina de las almas... No puede negarse en la obra de Teresa Wilms un continuo progreso. Hay mayor madurez y reflexivo arte en sus ideas... Hay más novedad y soltura en su estilo... Prosa atormentada, vibrante, llena de sugerencias, vaciada en el molde del verso, que le da una sonoridad especial... Qué de audaces y felices y poéticas expresiones, y cuán femeninas!”³⁵.

En la *quietud del mármol*, sostiene Zambonini Leguizamón, es “la obra, en mi concepto, más valiosa de la autora. Trátase de un poema de amor inmenso, que llega al paroxismo, amor que sigue imperando aun con acrecida intensidad ardorosa, aun después del eterno viaje del amado; letanía erótica de dolorosa espontaneidad, trenos de angustioso tormento”³⁶.

Es una obra compuesta por treinta y cuatro fragmentos o cuadros. Constituye, por su temática, ofrenda a un muerto, *Anuarí*, una elegía de tono lírico; o una *suite* por el ritmo y cadencia sobre la base de un mismo tema: la muerte, con un tono de elevación, con inflexiones, pausas, intervalos.

Escrito en primera persona, a la manera de soliloquio, el nombre de *Anuarí* se invoca setenta y dos veces, remarcando el tono elegíaco de la composición.

La anécdota personal trascendida a la ficción, recrea dos perspectivas existenciales: vida y muerte, mediatizadas por el amor. La ausencia, el dolor: la soledad son derivaciones que subyacen en la conciencia de la amada, que llora su desgracia frente a la tumba de Anuarí.

En un lenguaje no censurado aparecen múltiples facetas del dolor: tristeza, melancolía, ausencia, soledad, angustia que sumen a la hablante en receptáculo del dolor abigarrado:

“Las penas hacen pesada mi sangre, como si circulara por mis venas lava fría”.

“Estoy tan triste, como una paloma a quien sorprende la tormenta, sola y fuera y fuera del nido”.

“Las ajorcas que adornan mis brazos suenan como el bodajo de una campana muerta”.

“Y naces de mí: y para mí y en mí vives... Te extraje de la sangre más noble de mi corazón”³⁷.

propósitos, se suicidó, cortándose las venas, en su casa de calle Ayacucho, 1022, el 26 de agosto de 1917, ante la consternación de Teresa. Fue enterrado en el Cementerio de la Recoleta (norte), con el diagnóstico de “síncope cardíaco”, en sección 14, N° 78. Posteriormente fue trasladado a la sección 7, la tumba de los Ramos Mejía. Teresa Wilms inspiró en esta terrible experiencia para crear el personaje ANAURÍ.

³⁵ Leo Par, “Thérèse Wilms Montt: *En la quietud del mármol*”, *La Nación*, Sección Crítica Literaria, Santiago de Chile, 26 de agosto de 1918.

³⁶ Zambonini, *op. cit.*

³⁷ Wilms Montt, *En la quietud...*, *op. cit.*, págs. 37, 63 y 32.

En este monólogo interior hay un fluir de la conciencia que exterioriza una vivencia dolorosa, en que la hablante se refracta en dual actitud: biofílica y necrófila. También están presentes experiencias vitales que recrean ensueños erótico-sensuales vividos junto al amado:

"Tus besos, al sembrarlos en mis labios, hicieron de mi boca un campo de trigo...".

"Y tu alma, cántaro sagrado que apagaba el incendio de mis inquietudes y de mis idealismos, adormeciéndome en éxtasis de sublime sopor...".

"Amé el amor con la pasión de una frenética, y me aferré a él...".

"Y cuando el sol derrocha diamantes sobre el mundo, entonces te aspiro en todas las flores, te veo en todos los árboles, y te paseo rodando, ebria de amor, en los céspedes de yerbas olorosas...".

"...Te aspiro en el ambiente, te imagino en el misterio, te extraigo de la nada...".

"La tibieza de tu cuerpo ha quedado como un veneno insomne en mis miembros. Todos ellos se retuercen en convulsiones espasmódicas de delirio: claman por la caricia aguda de tu cuerpo, de tu carne joven, perfumada de primavera...".

"Mi boca está sedienta de lujuria. Sí, Anuarí. En contorsiones de poseída, escápanse de mí los aullidos desgarradores de mi carne y de mi corazón heridos; en los espasmos de placer y de pena, surge, entre los suspiros, tu nombre".

"-¡Ah!: He quedado ávida de ti; ansiosa de besos tuyos".

"-Mis labios, ávidos, aguardan entreabiertos, el néctar de tu amor".

"...En medio del huracán apasionado de nuestras caricias".

"-Tus manos, que al acariciar las mías..."³⁸.

Se advierten imágenes sensuales que bordean el ámbito de lo erótico y placentero, mediante la alusión de zonas erógenas, boca, labios, carne, brazos, cuerpo..., manos, etc., que tienen una clara implicancia en el proceso amoroso.

La pasión amorosa entre los amantes en mucho no aparece mediatizada por figuras literarias (metáforas, oxímoron, comparaciones, etc.), sino expresado mediante un lenguaje con gran naturalidad y espontaneidad, lo que no le resta calidad poética ni sugestiva.

"Mis ojos, mi boca, mis brazos que se retuercen como leños acariciados por el fuego, están preñados de ternura...".

³⁸ Wilms Montt, *En la quietud...*, op. cit., págs. 61, 65, 71, 21, 22, 33, 34 y 64.

Anuarí; comprendo que ya muerto el dios amado, las entrañas de la amada, sin recibir la dulzura de esas perlas diluidas, se quiebren de dolor, y permanezcan tristes y solitarias, como ánforas antiguas que lloran el descuido de su dueño..."³⁹.

ANUARÍ (1918)

El texto titulado con el neologismo "Anuarí", presuntamente publicado en Madrid, en 1918, habría sido prologado por Ramón María del Valle-Inclán. Pero no hay rastros de este volumen en Europa ni en América, aunque figura aludido por varios comentaristas. Edwards Bello dice que Teresa Wilms "escribe libros extraños: *En la quietud del mármol* y *Amarí* (luminoso)"⁴⁰. Nótese la grafía empleada por Edwards: "Amari", similar a la de un comentario en la revista argentina *Caras y Caretas* de Buenos Aires, 1930: "Teresita de la † como firmara su libro "Amari", con prólogo de don Ramón del Valle-Inclán".

Gastón Figueira lo llama "Anuario", obra de "tono elegíaco" al igual que *En la quietud del mármol*, ambas obras publicadas "en Madrid en 1918", la primera con "prólogo de Valle-Inclán, de Teresa fue amiga. El crítico uruguayo señala que la "obra de esta autora tiene el alto valor de la originalidad"⁴¹.

También mencionan este libro *Anuarí* Luis Oyarzún, Jaime Barros, Fernando de la Lastra, Ema de Cartosio, Sabella, entre otros comentaristas.

Anuarí, ¿nombre emblemático de Horacio, el objeto de inspiración? ¿Referencia a lo temporal/intemporal, que deviene de anuario? ¿Enmascaramiento, innovación...?

Datos con mayor concreción son los que aporta Zambonini Leguizamón. "Anuarí libro firmado por Teresa de la †. Sitúa Madrid como lugar de publicación y en el año 1918, durante la estadía de Wilms en la capital del reino de España. Parte del prólogo son estos epítomes: '¿de qué mundo remoto nos llega esta voz extraña cargada de siglos y de juventud?—pregunta Ramón del Valle-Inclán, en su elogioso prólogo a *Anuarí*—. Tiene la clara diafanidad del canto en las altas cimas—dice el ilustre gallego— y no sabemos si es cerca o lejos de nosotros cuando suena en el maravilloso silencio. Es que en la soledad de sus pensamientos, oye cavar una fosa'.

La crítica en general, acogió este breve tomito en forma laudatoria...". Lo ha encontrado superior, agrega el comentarista argentino⁴².

¿IRRELIGIOSIDAD-GISMUNDANIDAD DE TWM?

La época en que vive y escribe, existen entidades tutelares y fundamentos religio-

³⁹ Wilms Montt, *En la quietud...*, op. cit. págs. 63 y 57.

⁴⁰ Joaquín Edwards Bello, "Nuestras Escritoras: Teresita Wilms", revista *Sucesos*, Santiago de Chile, 24 de marzo de 1921.

⁴¹ Gastón Figueira, "Teresa Wilms Montt", *De Repertorio Americano*, Montevideo, 1946, pág. 277.

⁴² Zambonini, op. cit.

sos con gran implantación en la sociedad. El acratismo, jacobinismo y resistencia a esta tutela se da más bien en las clases postergadas y la anticlerical y culta clase media alta, radical. En las clases aristocráticas, salvo contadas excepciones, se da este fenómeno, por un escepticismo, hastío, *taedium vitae*, derivación de la crisis de la época. Precisamente, Teresa Wilms, "quintaesenciada" como se autodefine, no pasa por alto este escepticismo y crisis devaluadora del espíritu, asumiendo una postura despojada de contenidos religiosos tradicionales y por tanto de su lastre ideológico opresivo, instalándose más cerca de la madrenaturaleza, con una actitud cismundana y distanciada de lo sacro.

La noción de *cismundanidad* formulada por Lukács es asumida por varios escritores del primer tercio del siglo⁴³.

La idolatrización cismundana observada en *Anuari* se inscribe en este contexto:

"Floreció en mis labios una plegaria una honda plegaria; a mi Dios Anuari".

*"He hecho de mi cuerpo un templo, donde venero tus besos y tus caricias, con la más honda adoración"*⁴⁴.

¿Tiene este epítome su *homólogo* en el diálogo que sostienen Calixto y sus criados en *La Celestina*?

Sempronio: -¿Tú no eres cristiano?

Calixto: -¿Yo? Melibeo soy y a Melibea adoro, y en Melibea creo y a Melibea amo.

Calixto: -Aprieten bien la cincha. Por si pasare por la casa de mi señora y mi Dios⁴⁵.

En ambos textos, la virtual inversión divina pasa de trans a una cismundanidad, instalándose en el ámbito humano. Hay una apropiación de la corriente divina, una laicización de ella, con efecto liberador, expurgatorio.

La misma inversión divina en el contexto humano, *cismundano*, se puede advertir en otros textos wilmsianos en opuesta postura a los de Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Aquí la *deicidad* subyace en lo humano y se genera a través de él:

"...te canto como si hubieras nacido para mí".

"Y naces de mí; y para mí y en mí vives...".

"Anuari; vivo soñando en ti...".

"Anuari, estoy toda en ti como tú todo en mí".

*"Ya no sé vivir, y vivo; y tampoco puedo morir, porque me faltan fuerzas para cerrar los ojos"*⁴⁶.

En los textos teresianos y sanjuaninos la supraterritorialidad está en los cielos, en lo divino. A esa deidad se ofrendan. Veamos algunos ejemplos: Dice Teresa de Ávila, admirada por Teresa Wilms Montt:

⁴³ Gyorgy Lukács (1885- 1971), escritor, filósofo, político húngaro. En su obra *Estética*, formula la noción de "cismundanidad".

⁴⁴ Wilms Montt, *En la quietud...*, *op. cit.*, págs. 45, 14 y 32.

⁴⁵ Fernando de Rojas, *La Celestina* (Madrid, Aguilar, 1975), págs. 16 y 98.

⁴⁶ Wilms, *En la quietud...*, *op. cit.*, págs. 32, 47, 61 y 73.

*"Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero.
Vivo ya fuera de mí,
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí.
Cuando el corazón le di
puse en él este letrero
que muero porque no muero"*⁴⁷.

San Juan en sus "Coplas del alma que pena por ver a Dios" señala:

*"Vivo sin vivir en mí
y de tal manera espero,
que muero porque no muero.
En mí yo no vivo ya
y sin Dios vivir no puedo
pues sin él y sin mí quedo
este vivir ¿que será?
Mil muertes se me hará,
pues mi misma vida espero
muriendo porque no muero"*⁴⁸.

Cabe preguntarse, por el símil/disímil. ¿Leyó Teresa Wilms a estos autores? ¿Conoció *La Celestina* de Fernando de Rojas? En su viaje por España, en Ávila, junto a Valle-Inclán, solía manifestar su entusiasmo y admiración por su tocaya avulense. Deseaba íntimamente *yacer allí*.

La noción de cismundanía también se inserta en la imprecación a las cosas sacras, divinas, inmutables.

El tono imprecatorio deviene como revulsivo de su dolor: le han sido arrebatada *esas dos hijas de mi sangre* y la muerte de Anuarí, en plena flor de juventud:

*"Tú has hecho que mi grito desesperado llegue hasta el mismo
trono del Dios de los cristianos y los apóstrofe temblando de santa
y fiera indignación"*⁴⁹.

ENTRE EROS Y TÁNATOS/MACABRISMO

La asimilación de varias culturas: germana, criolla/religiosa, hispano/francesa, indú más la propia herencia genético/social forja una mixtura en su personalidad, de interesante factura. Sumado al escepticismo de la apertura de su siglo, no

⁴⁷ Santa Teresa de Jesús, *Obras completas* (Madrid, Aguilar, 1982), pág. 713.

⁴⁸ San Juan de la Cruz, *Obras completas* (Poesías) (Burgos, Editorial Monte Carmelo, 1990), págs. 25 y 26.

⁴⁹ Wilms Montt, *En la quietud...*, op. cit., pág. 11.

es de extrañar su agnosticismo que deviene en una postura escatológica ante situaciones límites como resulta ser el suicidio de su amante. En la construcción del discurso amoroso de *Anuarí*, se hace patente esta postura en una suerte de macabrisimo.

Las dos constantes vitales: vida-amor/muerte-dolor se articulan en un discurso amoroso desgarrado de la imposibilidad, de la marginalidad, asumido por la hablante. Es Eros frente a Tánatos, en el intento vano de recuperar, reivindicar el amor abortado por la muerte, mediatizado por elementos macabros, tanáticos, como una forma de desacralizar la muerte, circuir sus nocivos efectos. Si se hace la estadística de los necrologismos utilizados en el soliloquio fúnebre, sorprendería la cantidad de veces que enuncia palabras como: *ataúd* (7), *féretro* (5), *tumba* (5), *cementerio* (2), *losas funerarias* (2), etc.

De igual manera, se observa abundante nominación del ámbito cósmico, marino, ecológico y hogareño: *meteoro*, *aerolito*; *reina naturaleza*, *yerba*, *pájaro*, *trigo*, *flores*, etc.; *olas*, *viento*, *cama*, *muebles*, *linterna*, *puertas*, *alcoba*, *techo*, *retrato*, *cortinas*, *libro*, *túnica*, etc. Junto con la alusión al ámbito cósmico-telúrico se da el de las sensaciones, lo sensual; es el intento de plasmar lo vital (Eros), sobre lo escatológico, para rearticular lo fenecido: es Eros sobre Tánatos, con poder lazarizador:

“Anuarí, resucita! Vuelve a la tibia cuna de mis brazos, donde te cantaré, hasta convertirme en una sola nota que encierre tu nombre”.

*¡“Anuarí, Anuarí! Si fuera posible resucitarte, daría yo hasta mi conciencia... de sentirte reír, con esa risa de cascada de plata”*⁵⁰.

CUENTOS PARA LOS HOMBRES QUE SON TODAVÍA NIÑOS (1919)

Esta colección de ocho cuentos se publicó en Buenos Aires (en 1919), cuando ya su autora estaba radicada en Europa⁵¹. En el colofón, dice: “Este libro lo escribió Teresa de la † llamada entre los profanos Thérèse Wilms Montt”. Sus cuentos evocan el terruño de su infancia y algunas experiencias vitales. Sus nombres: “Mahmú”, “También para ellos”, “Caperucita Roja”, “A la vera del brasero”, “El retrato”, “¿Quién eres?”, “El legado”, y “Confesión”. Son narraciones de gran originalidad y fantasía. Situaciones extraídas de la realidad adquieren en la pluma de Teresa un vuelo inusitado, un marco de la meditación trascendente y etérea se hace presente en estas joyitas de cuento. En “Mahmú”, quedan impregnadas páginas de honda emoción en torno de esta muñeca que la narradora configura “larga como el bostezo de un hambriento”. En el cuento “El retrato” están impresas huellas de hondo patetismo. En “A la vera del brasero”, se evocan escenas entrañables en el terruño sureño, en el ámbito vacacional, donde ocurren sucesos

⁵⁰ Wilms Montt. *En la quietud...*, op. cit., pág. 13.

⁵¹ Teresa de la †, *Cuentos para los hombres que son todavía niños* (Buenos Aires, Otero & Co. Impresores, 1919).

de gran realismo, descritos con colorido y gracejo. Lo mágico, ultramundo y un halo de misterio no están reñidos con cierto humor e ingenio.

Respecto de estos cuentos, el crítico Leo Par ha sostenido: "Sólo dos o tres relatos merecen el nombre de cuentos. En ellos la autora ha acertado a escribir cuentos, verdaderos cuentos, con intriga, peripecia y desenlace. Los demás son bocetos, ensayos, semiconfidencias, recuerdos de deliciosa ingenuidad e inofensiva malicia. En ellos la fantasía se da libre vuelo y arrastra a sus lectores de las astrales contemplaciones y sicologías de Job a las cavilaciones sobre la bondad y la sabiduría que la autora descubre desterrada allá en ultra-mundos..."⁵².

"De este libro que hoy constituye una rareza bibliográfica, destacamos muy especialmente la honda emoción de *Mahmú*, la muñeca y el patetismo de *El retrato*. El poema en prosa y el cuento breve fueron las formas preferidas de su arte. Mujer de refinada cultura... todo lo abandonó por el arte y los viajes", afirma Gastón Figueira, en 1946⁵³.

PÁGINAS DE DIARIO

El título *Páginas de diario* con el que fueron publicadas en la revista *Nosotros* en diciembre de 1921, es acertado, pues existen varios cuadernos que contienen otras páginas que configuran la itinerancia de Teresa Wilms Montt. Ella misma tenía el proyecto de publicar un diario íntimo con el título de *El libro del camino*.

El diario manuscrito en francés por Teresa Wilms, corresponde a la etapa de su niñez en Viña del Mar. Se verifica buen manejo del idioma galo. ¿Lo escribió en la lengua de Molière para enmascarar su contenido tal cual lo hiciera Iris (Inés Echeverría Bello) con el suyo? El siguiente corresponde a su vida en el norte de Chile y a la etapa de enclaustramiento en el convento de la Preciosa Sangre en la calle Compañía 2226, en Santiago de Chile (1915-1916). Su marido y su familia le impuso la pena del encierro, y le arrebataron sus dos hijas de cuatro y dos años, respectivamente (Elisa y Sylvia), en cumplimiento del veredicto del tribunal familiar por presunto engaño al marido, Gustavo Balmaceda Valdés⁵⁴.

En el Diario del claustro Wilms expresa gran tristeza y angustia por estar confinada, junto con mujeres locas, sin posibilidad de liberación y de realización amorosa, y sin la tuición de sus hijas. Al igual que los otros, tiene gran valor literario y testimonial.

⁵² Leo Par, "Cuentos para los hombres que son todavía niños", *La Nación*, Santiago de Chile, 28 de abril de 1919.

⁵³ Figueira, *op. cit.*

⁵⁴ Gustavo Balmaceda Valdés (1885-1924), hijo de José Ramón Balmaceda Fernández (18 - 1931), y de Elisa Valdés Eastman (18 - 1885) de profesión empleado público, casóse en 1910 en Viña del Mar con Teresa Wilms Montt, con quien tuvo dos hijas: Elisa y Sylvia Luz. Se trasladó a Santiago, Valdivia, Santiago e Iquique. Por celos enclaustró a su mujer en el convento de la Preciosa Sangre en Santiago. Escribió dos libros: *Desde lo alto* (1917) y *Al desnudo* (1922) y algunos cuentos, colaborando con la revista *Sucesos*.

Mantuvo correspondencia con Teresa Wilms, en especial desde París, cartas que pensaba heredar a sus hijas, no obstante, se perdieron.

Los otros cuadernos manuscritos y mecanografiados, corresponden a sus desplazamientos: Buenos Aires, Nueva York, Madrid, Andalucía, Londres, Liverpool, París...

Los diarios de Teresa Wilms Montt se incluyen en las obras completas que ha preparado Ruth González-Vergara (Edit. Grijalbo, 1994).

Fragmentos de Diario que estuvieron en poder de Olga Wilson Wilms hasta el día de su muerte, 1988, y que hoy se encuentran en manos desconocidas, corresponderían a algunos desplazamientos de Teresa.

Páginas de diario se inicia con una presentación de la propia autora:

"Éste es mi diario.

En sus páginas se esponja la ancha flor de la muerte diluyéndose en savia ultraterrena, y abre el loto del amor, con la magia de una extraña pupila clara frente a los horizontes.

Éste es mi diario. Soy yo desconcertantemente desnuda, rebelde contra todo lo establecido, grande entre lo pequeño, pequeña ante el infinito...

Soy yo..."⁵⁵.

TERESA DE LA +

Estas páginas configuran el itinerario por alta mar, Londres, Liverpool, fechado en 1919; prosigue el trayecto a Madrid, situándolo temporalmente en el año veinte. Cierra el periplo en París, en 1921.

El Premio Nobel, Juan Ramón Jiménez, que leyó estas póstumas *Páginas de diario* de Wilms Montt, se impresionó favorablemente. En Washington, en compañía del poeta chileno, Juan Guzmán Cruchaga y sus respectivas esposas, reiteró su admiración por Teresa.

La sensibilidad juanramoniana así se expresó:

"Yo había leído, hace bastantes años unos fragmentos de tu *Diario* que me sobrecogieron, sobre todo los del "Altamar" y los de "Las ciudades". Eran líneas como de un primitivo de cualquier literatura grande, griega, por ejemplo, fuera completamente de hoy, de mañana y de siempre"⁵⁶.

Años después, Juan Ramón Jiménez, en compañía de Mr. Buttrick, releo el *Diario* y otros escritos que consigna en esta impresión:

"Desde la primera página me sobrecogiste otra vez, y con mucho más poderío y encanto que la primera vez, es decir, eres perdurable. Esa criatura tuya tan sencillamente natural y extraña, a un tiempo, con ese saber tuyo intuitivo, que cualquier cosa hace lo grande, lo mágico y lo secreto, teniendo ojos adivinadores, me parecía la emanación de todo tu ser por tu mano. ¿Qué seguridad de toque justo, sin nada, nunca fuera! Ese ser 'el genio de todo lo que es nada'... Tu expresión original encuentra la emoción más clara de un misterio nuevo; amor humanamente distinto de los otros, hecho tan con otras cosas, entre cosas tan diferentes, tú das una cosa que no es la usual, pero puede serlo desde que tú la tocas"⁵⁷.

⁵⁵ "Teresa Wilms Montt", *Páginas...*, revista *Nosotros*, op. cit., pág. 458.

⁵⁶ Jiménez, op. cit.

⁵⁷ Op. cit.

El crítico uruguayo, Gastón Figueira, opina: "Quizá lo más valioso de su obra sean las Páginas de su Diario".

Fechada el 16 de octubre de 1919, a las tres a.m. en el hotel Adelphi (Liverpool), figura esta página, en primera persona, como el resto del Diario, con una alusión al *espejo* que reitera en otros pasajes y en otras escrituras, que encierran claves interesantes:

"Miro mi faz sobre la charca podrida y ella me devuelve el reflejo tan puro como el más nítido 'espejo'"⁵⁸.

El "espejo" en este texto, más allá de constituir un implemento en el que se reflejan los objetos, su variabilidad temporal y existencial, se inscribe en un complejo simbolismo, en la perspectiva ontológica y metafísica.

El "espejo" en el texto Wilmsmontino constituye un símbolo de rescate de su verdadera identidad, su ser femenino auténtico, reafirma valóricamente su imagen, en una dimensión distinta en que la tiene subsumida el crédito mundano, opresor patriarcal, un ser en cuya *alma se albergan lastimeras cuitas*. La hablante lo exterioriza así: "No puedo ser mala, no; la bondad me sale al encuentro... ¡Oh siglo agonizante de humanas vanidades!".

La función del "espejo" en la búsqueda del *ser femenino*:

- Refleja una imagen convencional, estereotipada.
- Refleja rupturando la convención: esto es, despoja del estereotipo, y rescata una imagen valorada, el ser, del punto de vista ontológico: "Me devuelve el reflejo tan puro como el más nítido espejo".
- Refleja una imagen dual, la realidad y la ensoñación.
- Refleja poliédricamente una realidad, bien para distorsionar o recomponer la realidad como en un *puzzle*, bajo distintos prismas. Es la búsqueda del ser femenino y su encuentro/desencuentro, en la multiplicidad de perspectivas o dimensiones.

En esta función se sitúa el texto del Diario, localizado en Liverpool, donde la hablante se ve pluridimensionada:

"No he podido dormir. A la una de la madrugada cuando iba a entregarme al sueño, me di cuenta que estaba rodeada de espejos.

Encendí la lámpara y los conté. Son nueve.

La sombra tiene un oído con un tubo largo, que lleva mensajes a través de la eternidad y ese oído me ausculta ahí, tras del noveno espejo"⁵⁹.

DEL DIARIO DE SYLVIA (APUNTES PARA UNA NOVELA)

Estos *Apuntes de novela*, que pertenecen al libro *Los tres cantos* (1917), están escritos con una prosa ágil, llena de colorido, con gran manejo de un lenguaje ecológico. A modo de *introito*, precede los ocho apartados o capítulos, un pequeño monólogo "Mi Templo", de carácter emblemático.

⁵⁸ Wilms Montt, *Diario, op. cit.*, pág. 459.

⁵⁹ *Op. cit.*, pág. 461.

“En el altar de mi Templo hay tres retratos, muchas flores marchitas, unos zapatitos de niño y un libro cerrado.

En el altar de mi Templo hay una campana ronca que va señalando a mis pasos la eternidad; y un cofre de madera oscura donde encontró su lecho mi corazón.

En el altar de mi Templo hay tres nombres grabados, que son un suave milagro, que aflojan mis dedos apretados por la ira de un gesto de dávida, que destierran de mi labio la maldición y hacen que una serena indulgencia consuele a los hombres en su miserable lucha por la vida.

En la cúspide de mi Templo están unidos en estrecho abrazo el Perdón y la Muerte”⁶⁰.

En la concepción de Bachelard, la imagen de la casa constituye un espacio de intimidad donde se condensan los afectos, es “nuestro rincón del mundo, nuestro primer universo..., un cosmos”, una morada que propicia estabilidad. Dos puntos de enlace hay que tener en cuenta, señala Bachelard: 1) “La casa es imaginada como un ser vertical (conciencia de verticalidad); 2) la casa imaginada es un ser concentrado (conciencia de centralidad)”⁶¹.

Reimaginando la imagen de la casa en una proyección más profunda, lugar imaginario donde se rinde culto (a la bondad, justicia, sabiduría, etc.), y a lo trascendente (la muerte), podemos asumir dicho espacio como el *Templo* al que alude la narradora, morada del alma y de veneración.

De todas las imágenes que se enuncian (retratos, campana, etc.), la del *cofre de madera oscura* adquiere una significación mayor por cuanto resume la condensación de íntimas pertenencias. La geometrización del *cofre* configura el espacio *reservado*, ideal para guardar, ocultar secretos (cartas, recuerdos, *tesoros*, etc.), con el halo de misterio y de reserva. Es decir, un *espacio* propicio para albergar *la vida íntima, la dimensión de la intimidad*, algo que es consustancial y sagrado al ser humano: en ese “cofre..., encontró su lecho mi corazón”.

No hay duda, que estamos frente a una escritura, la de Wilms Montt, de singular factura y constitución por lo simbólico y belleza de imágenes. En su lenguaje se perfila un *ser femenino* con real sustancialidad.

Los ocho episodios relatados, conjeturan una anécdota trivial: una mujer, Sylvia, madre de dos hermosas criaturas, Mariña y Luz, casada con ilusión, pronto debe asumir un hogar fracasado por la negligencia de un marido torpe y borracho, que le propicia mala vida y una gran desazón. Dos años de padecimientos y zozobras. El desenlace es catastrófico para la protagonista: enclaustrada en un convento, sin sus hijas, y una vida errante: “He tropezado con el lobo que bajaba de la montaña y me ha comido el corazón”⁶².

La imagen del *lobo*, sanguinario y destructor, violador, también lo ha utilizado Gabriela Mistral en el poema: “Caperucita Roja”.

En su construcción, utiliza el soliloquio, la primera y tercera persona y el monólogo interior.

⁶⁰ Wilms Montt, *Los tres...*, op. cit. (*Mi templo*), págs. 45 y 46.

⁶¹ Gastón Bachelard, *La poética del espacio* (México, Fondo de Cultura Económica, 1975), pág. 48.

⁶² Wilms Montt, *Los tres...*, op. cit., cap. VI, pág. 82.

Las imágenes, metáforas, recursos estilísticos que utiliza la autora, destrivializa el asunto con gracejo y maestría.

LA GLORIA DE DON RAMIRO (1917)

Es un capítulo del libro inconcluso, *Lo que no se ha dicho* de Thérèse Wilms que empezó a escribir en 1917, en Buenos Aires. El título es homónimo de la novela histórica del argentino Enrique Rodríguez Larreta, publicada en 1908, *La gloria de don Ramiro*.

El relato constituye la mostración de la farsa en que se debate una familia que aparenta y presume gran figuración social. El cabeza de familia, don Ramiro, es aficionado a los remates, donde adquiere objetos por poco dinero para presumir falsos abolengos. Su esposa lo secunda en estas jactancias. Es una acerba crítica a la impostura social y la superchería.

¿Se inspiró Teresa en las actuaciones de su suegro, José Ramón Balmaceda, gran aficionado a ir a los remates? ¿Y en la figura de Sara Valdés Eastman?, suegrastra que le ofrendó gran hostilidad, según lo relata en el Diario del claustro de la Preciosa Sangre.

“... Infaltable concurrente a los remates. Allí, en esos comercios donde la pobreza o el hastío hacinaba objetos imposibles, encontraba este caballero, su gloria, su abolengo y su única felicidad”⁶³.

CON LAS MANOS JUNTAS (1918)

Es una elegía en prosa escrita en homenaje a su madre, Luz Victoria Montt y Montt (1870-1917), cuyo fallecimiento acaeció el 25 de diciembre, en Viña del Mar, justo cuando Teresa Wilms Montt viajaba en el *Vestris*, rumbo a Nueva York.

Precede a la ofrenda, la dedicatoria póstuma: “Para mi madre que duerme en Chile el dulce sueño de paz estas páginas de dulzura y de arrepentimiento. Fervorosamente”.

La invocación a la madre pidiendo perdón y el subsecuente arrepentimiento, pone de manifiesto una actitud de humildad y sinceridad de la hablante. A la vez, la soledad del ser humano en la hora de la finitud. Es la soledad infinita, absoluta que se siente en los dos momentos trances críticos, trascendentales: cuando se nace y cuando se muere. Abolengos, poder, riqueza, belleza, nada valen frente a la muerte; la mayor soledad y orfandad de la persona preceden al trance. Es lo que se vislumbra en esta sonatina de perdón *Con las manos juntas* de Teresa Wilms Montt.

“Madre: ¿es verdad que me has perdonado?”

Desde que te fuiste yo he implorado con toda mi alma tu espectro, he llorado al silencio... En mis largas noches de tristeza, te he visto en el lecho de muerte... Mis hermanas rodeaban tu lecho... Madre: veo también a mis hijas, a mis dos ángeles adorados, mirarte graves, con los ojos extáticos, sintiendo en sus almas infantiles

⁶³ Teresa Wilms Montt, “La gloria de don Ramiro” (del libro *Lo que no se ha dicho*), revista *Sucesos*, año xv, N° 767, Santiago de Chile, 7 de junio de 1917.

la raíz de aquel dolor, que al nacer de mí heredaron. Todas estaban contigo... ¡Pero tú estabas sola!”⁶⁴.

El comentarista que se firma A. O. (¿Antonio Orrego Barros?), publicó *Con las manos juntas* en la revista *Chile Magazine* de 1922⁶⁵. Rememora “la vida inquieta y bohemia” de Teresa Wilms en Buenos Aires: “En modesta pieza de una calle apartada y solitaria entretenía a sus contertulios con la animada charla de su exuberante fantasía y con lecturas siempre nuevas e interesantes. En elegante departamento de una avenida, en pieza coqueta, débilmente alumbrada, adornada de orquídeas y perfumada con sahumero, sentada al piano, deleitaba a sus amigos con el encanto de su voz arrulladora. ¡Qué sentimiento en aquellas canciones!... Nunca olvidaré nuestra última conversación en Buenos Aires. ‘-Usted, amigo, parte mañana, ¿verdad? Quiero que lleve con usted, la página más sincera de mi vida, aquella en que vació mi dolor; después de escribirla he experimentado un supremo sentimiento de alivio. Consérvela y si lo cree oportuno, publíquela alguna vez’”.

La entrega de esta pieza debió producirse durante la segunda estancia de Teresa Wilms en B. Aires, entre el segundo semestre de 1918 y primer semestre de 1919, fecha en que parte definitivamente a Europa sin retorno.

Se incluyó en *Lo que no se ha dicho* de 1992, recopilación algo desordenada de algunas obras de Teresa Wilms Montt⁶⁶.

TERESA WILMS MONTT *VERSUS* GABRIELA MISTRAL

Teresa Wilms Montt y Gabriela Mistral son escritoras coetáneas, chilenas, errabundas, escribieron mayormente fuera de su país. ¿Qué las une? ¿Qué las des-encuentra?

Teresa, nació en cuna dorada (1893), en Viña del Mar, y recibió esmerada educación. Provenía de la clase mercantil rica, ligada a familias oligarcoplutocráticas. De porte aristocrático, poseía gran inteligencia y belleza. Era innovadora con su atuendo y maneras.

Gabriela, “alta, de huesos fuertes y de andar montañoso”⁶⁷, había nacido en el norte pobre (1889), en una aldea perdida entre cerros, donde las escuelas distaban enormes distancias. De origen campesino, se crió en una familia de mujeres solas, en el Valle de Elqui, bajo el ceremonial sol de los secos valles transversales del Norte Chico. Tenía hermoso rostro y andar majestuoso, pero vestir desaliñado.

Teresa tenía ascendencia europea, Gabriela, indomestiza.

Ambas, Teresa y Gabriela, inician errabunda vida, casi simultáneamente, pero con distintos derroteros: Teresa, para casarse (contra la voluntad familiar); Gabriela, para subsistir. Trabaja desde los quince años, entre 1904 y 1922.

Gabriela empieza a escribir en periódicos locales, en 1907-1908. El aporte

⁶⁴ Teresa Wilms Montt, *Con las manos juntas*, revista *Chile Magazine*, Santiago de Chile, enero de 1922, pág. 217 (artículo de A. O.).

⁶⁵ A. O. ¿Antonio Orrego Barros?, *op. cit.*

⁶⁶ Teresa Wilms Montt, *Lo que no se ha dicho (Con las manos juntas)*, recopilación de varias obras (Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1922), págs. 31-33.

⁶⁷ Jaime Concha, *Gabriela Mistral* (Madrid, Ediciones Júcar, 1987), pág. 15.

culmen será en *El repertorio americano*. A su vez, Teresa se instala en el sur, en Valdivia, donde ya escribe. Ahí afrancesa su nombre, Thérèse. Es en 1912, el año en que Gabriela ejercerá en Los Andes, allí donde tramará amistad con el futuro presidente de Chile, Pedro Aguirre Cerda. En 1914, Lucila Godoy Alcayaga, Gabriela, es consagrada poetisa nacional, al obtener el premio de los Juegos Florales, con tres de sus "Sonetos de la Muerte". Es noviembre, Teresa, en esa época, venía de retorno a la capital desde el norte salitrero. Ya buen recaudo que conoció los sonetos mistralianos. Lo improbable es que haya leído los artículos de Gabriela en el periódico local. En la entrevista parisina le dirá Teresa a Sara Hübner, que admira a Gabriela Mistral, también a Magallanes y Prado: "no admiro a otros". Precisamente, los dos poetas con los que Mistral mantuvo fuerte relación: de respeto literario con Pedro Prado y de gran amistad sentimental con el poeta Manuel Magallanes Moure. Prueba de ello es el epistolario amoroso existente entre ambos.

Teresa y Gabriela son mujeres ilustradas. Buen acopio de lecturas tienen en el Chile del segundo decenio. Son cultas asistemáticamente. Ninguna de las dos tienen títulos universitarios, pero terminaran hablando varios idiomas: francés, italiano, portugués, inglés... en el *extranjero*. Gabriela y Teresa debieron afrontar duras e injustas situaciones sociales en su propio país. En esa sociedad, la chilena, se estigmatizaba a las mujeres que pretendían salirse del papel asignado (esposa, madre, cuidadora del hogar). Teresa y Gabriela rupturan el estereotipo: una, revelándose contra su clase y medio social; la otra rompiendo las telarañas de la ignorancia y opresión que sumía a las clases paupérrimas.

Son mujeres valientes, Teresa y Gabriela, que se despojan del lastre ideológico/represivo de sus respectivas clases y castas, quiebran el molde de la mujer tradicional; salen solas al extranjero, viven solas, se labran un porvenir solas. Distinta es la señal del dolor en su rostro, pero la huella digital de la opresión femenina en Chile es idéntica para ambas. Lleva la misma marca.

Teresa se autodesierra de Chile en el 16. Va "ligera de equipaje" y con la "cuna vacía". Gabriela lo hace en 1922. También su primer destino, al igual que Teresa, será un país latinoamericano: México. Se marcha con 33 años y lleva a cuestas la sombra de un suicidado (¿por ella?), Romelio Ureta. Los otros 34 años los vivirá errabundamente, entre América y Europa. Teresa, que porta el sino trágico de otro suicidado (por ella), Horacio, jamás retornará a Chile. En apenas un lustro quemará su vida: publicación de varios libros, amará intensamente la memoria de un muerto, viajará, será venerada y respetada por la *intelligentsia* bonaerense y de España.

Gabriela también publicará en el extranjero y será laureada con el Premio Nobel, en 1945. Será la primera mujer de Latinoamérica que lo obtenga. Teresa no alcanzó a ser premiada ni ingresó a academia alguna. Se suicida en 1921. En Noche Buena, "cuando el *Père Noël* traía a la tierra los más hermosos juguetes del cielo, se llevó al cielo el más hermoso juguete de la tierra"⁶⁸, dirá Huidobro.

En sus creaciones poéticas se observa un símil, cuya clave subyace en la forma

⁶⁸ Vicente Huidobro, *Obras completas*, edición de Hugo Montes (Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1976), tomo 1, pág. 824.

verbal "disputarme/disputármelo", que aparece en *Los sonetos de la muerte y Anuari*, respectivamente. Gabriela y Teresa, parece que al fin se encuentran en la residencia lírica.

En los dos textos, *Sonetos/Anuari*, el tema de la muerte del amado constituye la médula del poema mistraliano y la prosa de Wilms. Y como atmósfera lo escatológico y cierta, ¿delectación?, en la enunciación de elementos *macabros*, perspectiva reminiscente más próxima a la necrofilia que a la biofilia. Salvo algunas semejanzas de los textos (temática, macabrisimo, etc.), son mayores las diferencias (estilo, semántica, etc.), existentes, que exceden los propósitos de estas líneas, por ahora.

ALGUNOS JUICIOS CRÍTICOS SOBRE TERESA WILMS MONTT Y SU OBRA

Se ha escrito mucho sobre Teresa Wilms Montt. Sus supuestos escándalos y amoríos: la descripción banal de su belleza. Los artículos y juicios están más cerca de la pluma del corazón que de la literatura. Escasos son los críticos que le han hecho justicia, con planteamientos analíticos serios, referidos a su creación. La mayoría de los comentaristas han privilegiado más su personalidad que su arte. Y una evidencia salta a la vista: desconocimiento de la obra literaria de Teresa Wilms Montt, en la mayoría de las veces.

Vicente Huidobro, en una especie de homenaje póstumo, dijo que entre las páginas del diario de Julián Dox había este retrato de la insigne chilena:

"Teresa Wilms es la mujer más grande que ha producido la América. Perfecta de cara, perfecta de cuerpo, perfecta de elegancia, perfecta de inteligencia, perfecta de fuerza espiritual, perfecta de gracia...

A veces cree uno encontrar otra mujer casi tan hermosa como ella, pero resulta que le falta el alma, el temple de alma de Teresa, que sólo aquellos que la vieron sufrir pueden comprender"⁶⁹.

Ignacio Serrano Palma, amigo de Teresa Wilms en París y miembro de la "Cofradía de la Pirueta", hace una defensa y reivindicación de su imagen:

"Cuando ella murió nadie había a su vera, nadie tampoco que velara a los pies de su lecho y ni un alma buena hubo finalmente, que recibiera su último estertor de agonía y que le diera sus brazos por almohada, ni sus palabras por oraciones. Cubrí yo su cuerpo con violetas y pétalos de rosas, antes de amortajarla... La pusimos en el cajón que, cinco días más tarde, una modesta carroza fúnebre seguida de dos coches había de llevarla a enterrar a través de París, camino de Père Lachaise..."⁷⁰.

Ramón Gómez de la Serna, el Pope del Café del Pombo en la calle carretas de Madrid, hace gala de su misoginia en el artículo "Teresa Wilms", aunque la consideraba una "pombiana", gran concesión a una mujer en 1918, época en que la escritora visita España:

"Estuvo algunas noches en Pombo, desmelenándose al hablar, sin saber

⁶⁹ Huidobro, *op. cit.*, pág. 822.

⁷⁰ Ignacio Serrano Palma, "Recuerdos de bohemia; Teresa de la ↑. Defensa y vindicación, *La Nación*, Santiago de Chile, 25 de enero de 1923.

encontrar las palabras del espíritu. —Ah, eso no! Patinaba, entonces, y decía cosas vagas simples como collares búlgaros.

Se tomó un ajeno creyendo que en nuestra tertulia había alguno de esos 'antiguos pernoctianos' que se emocionan ante esa anarquía dolorosa y perjudicial.

Teresa Wilms no sabía qué hacer con su belleza. Por eso se murió en el Hospital Laënnec de París, el 24 de diciembre de 1921. Se llevó en la maleta de la muerte un artículo mío que me había pedido para una gran revista que iba a aparecer en París⁷¹.

El escritor y periodista guatemalteco, Enrique Gómez-Carrillo (que casó con Raquel Meller), conoció a Teresa Wilms en Madrid, un artículo suyo de *El liberal*, 1918, sirvió de prólogo a *En la quietud del mármol*.

"Yo, en realidad, no sé de donde es a punto fijo. Pero sé eso sí que no es de aquí, que viene de tras de los mares, de tras de los cielos, de tras de las razas, tal vez de tras de las almas, y que, como un personaje de Maëterlinck parece buscar una corona en el fondo de una fuente milagrosa de oro y de bruma"⁷².

Acaso, una mujer escritora, ¿un desacato?

"Esta mujer que lleva a cuestras la maldición de su belleza no es sino una escritora, una gran escritora que si fuese hombre y tuviese barbas formaría parte de todas las Academias y llevaría todas las 'condecoraciones', agrega Gómez-Carrillo. 'Esta niña genial y loca' alternó con los escritores de la Generación del 98 en Madrid, aunque sin profundizar ni prolongar su relación intelectual ni afectiva. 'Ella tiene como excusa el genio, que es un signo magnífico y fatal de locura'".

Inés Echeverría Bello hace un aporte novelesco de la figura de Teresa Wilms Montt, en el personaje Helena, en el II tomo, "Mundo en despedida" de la serie "Cuando mi tierra fue moza": Alba, un personaje con dotes premonitorias, tiene una visión a distancia, de la muerte de su mejor amiga, Helena (Teresa Wilms Montt).

"—Estoy sobresaltada —dijo—; me parece que voy a recibir una noticia terrible... Mi visión es verdadera, porque siento un gran temor. En la noche... supieron que había llegado un cable de Nueva York, anunciando el fallecimiento de Helena (Thérèse Wilms)... Aquella nobilísima criatura que Alba vio muerta, fue casada dentro de la 'convención' santiaguina, que alía siempre apariencias vanas, dentro del linaje y la fortuna. La niña, tan hermosa como angelical, orgullo de la ciudad, se desposó con un mozo de las más legítima aristocracia y fueron muy desgraciados. El marido, orgulloso, déspota y enfermo, la atormentó cruelmente. Ella sufrió en silencio, y ante la persecución que le hizo para quitarle los hijos, su familia la sacó del país. Todos lamentaban juntos la desgracia, que tenía, sin embargo, aspecto de liberación"⁷³.

Dice Juan Ramón Jiménez: "En uno de estos instantes oscuros y claros de convencimiento yo pienso en ti, Teresa de la Cruz, tan diferente de Teresa de Jesús

⁷¹ Ramón Gómez de la Serna, *La sagrada cripta de Pombó. Teresa Wilms* (Madrid, Imprenta G. Hernández y Galo Sáez, 1924), pág. xxxiv.

⁷² Enrique Gómez-Carrillo, "Thérèse de la †", *El Liberal*, Madrid, 18 de mayo de 1918.

⁷³ Inés Echeverría Bello (Iris), *Cuando mi tierra fue moza* (Santiago, Editorial Nascimento 1944), tomo II (Mundo en despedida), págs. 90 y 91.

y tan igual, como una estrella oscura en un cielo claro, pero con un corazón de estrella clara en un cielo oscuro. Yo te he visto ya en un espacio infinito y te he nombrado con tu propio nombre..."⁷⁴.

Una crónica ambivalente de *La Nación*, firmada por Pedro Prado señala: "Rara y dolorosa existencia, con algo de artificial, de teatral, de enfermizo, ser de pesadilla que no pudo nunca ponerse en pleno acuerdo con la realidad y que aún ahora –vista siempre a través de sus libros– nos parece quimérica. ¿Tenía una chispa de genio? ¿O revolvía con negligencia de mujer bonita, frases vacías como perlas falsas? Las páginas de sus obras producen constantemente esa doble impresión, la del asombro que desconfió"⁷⁵.

Vicente Huidobro en un hermoso poema, "Estrella Hija de Estrella", la evoca metafóricamente, versos que dedicó a su hija Sylvia Balmaceda Wilms de quien fue amigo y admirador⁷⁶.

Eduardo Balmaceda Valdés, deja consignado en sus libros impresiones sobre nuestra escritora: "La llegada de las grandes bellezas viñamarinas al *dinner-concert* estaba lleno de expectación y novedad. Teresa Wilms en el esplendor de su gracia y belleza (con unos ojos azules que no había visto antes) revolucionaba el ambiente, rodeada de un corro de admiradores"⁷⁷.

"¿Qué otra voz se afanó como Teresa en comprender y traducir el lenguaje de las cosas y en perseguir las leyes que las relacionan? Recordemos la Voz de Rilke rogando: "Oh, decir de tal modo como las cosas mismas íntimamente, nunca creían ser...", se pregunta Emma de Cartosio⁷⁸, y agrega: "Su pancosmismo le hacía captar la presencia del infinito en el temblor de la cosa más insignificante. Para ella, partícipe y síntesis de los tres reinos, la vida fue como el dolor: avasallante, inexorable, inexpugnable".

La novelista y crítica María Carolina Geel señala que "sin parecerse en absoluto en su esencia a la producción Lawrenciana, la recuerda porque allí está la forma que arranca de la pura cosa emocional, sensorial, de estética intuitiva; es decir, es el curioso estilo resultante de la falta de estilo"⁷⁹.

Luis Oyarzún, aunque le concede calidad de escritora "dotada de un extraordinario talento lírico", enfatiza su *atipicismo* como tal, pues ni realizó investigaciones voluntarias a lo Valéry, ni "sometió a norma estética alguna sus escritos ni se preocupó de formar su cultura literaria... Su poesía fue de la naturaleza de su llanto y de su muerte. Vano sería, pues juzgarla como creación acabada ya aún el considerarla estéticamente. No nos legó sino materia prima literaria, es decir, un

⁷⁴ Jiménez, *op. cit.*

⁷⁵ Pedro Prado, "Lo que no se ha dicho de Teresa Wilms Montt", *La Nación*, sección Crónica Literaria, Santiago de Chile, 7 de mayo de 1922.

⁷⁶ Huidobro, *op. cit.*, págs. 604-606.

⁷⁷ Eduardo Balmaceda Valdés, "Recuerdos de Viña del Mar", en *Un mundo que se fue...* (Santiago, Editorial Andrés Bello 1969), pág. 139.

⁷⁸ Emma de Cartosio, "Teresa Wilms Montt", revista *Atenea*, N° 300, Concepción, 1950, págs. 321-333.

⁷⁹ María Carolina Geel, "Teresa Wilms Montt", revista *Atenea*, N° 285, Concepción, marzo de 1949.

documento humano hecho de fragmentos deshilvanados en que coexisten descubrimientos poéticos originales y lugares comunes sin más unidad que un estilo de gran escritora en potencia...⁸⁰

Más adelante Oyarzún expresa algunos conceptos respecto del aspecto sensual en la obra de Teresa Wilms Montt:

"Pocas mujeres han nacido, con tal apetito de vida, con tan grande anhelo de amor y comunicación humana, con tanta viva sensualidad, ávida de exprimir el secreto goce de lo creado. La muerte del hombre que apasionadamente amaba destruyó para siempre su ingenua alegría. Después no quiso ya sino hablarle a él y en él al amor, al misterio, a la muerte... En nuestra literatura no se ha dado un delirio amoroso más devorador. 'Y naces de mí, y para mí y en mí vives, porque para todos los demás estás muerto'. En su exaltación, alcanza a ese límite del erotismo sobrenatural que aparece en la pasión de 'Cumbres Borrascosas'".

Fernando de la Lastra en un extenso artículo, cree ver un símil entre Teresa Wilms, Delmira Agustini y Alfonsina Storni: "Tienen, al menos, un común denominador que es el verso desgarrado. Y las tres, se suicidaron. La primera con su marido a los 28 años: Alfonsina, a los 46 y Teresa a los 28. Una bala, el mar y el veronal, hicieron sus trabajos"⁸¹.

Jaime Barros, en su artículo hace un rápido repaso a lo que han comentado algunos críticos⁸².

Andrés Sabella, dice de Teresa Wilms Montt: "Su decisión de morir en navidad adquiere rasgos de sanguínea. Teresa se regalaba el bien por el que vivió, desesperada, sus 28 años de 'Magdalena de este siglo', de reina y mendiga, 'bella de toda belleza', escribieron en *Nosotros*, de Buenos Aires, 'pura de alma porque supo sentir lo que otras mujeres no han sentido'"⁸³.

En otro artículo señala Sabella: "A Teresa la rondaron espectros y vacíos. Desfallecía por un amor de intensidad... Por su angustia se hermana, *En la quietud del mármol* con el Nervo de la *Amada inmóvil*. Teresa se agrieta de imposibles ante el ataúd de Anuarí"⁸⁴.

En *Confesiones* de Fernando Santiván, se observan calificaciones extraliterarias, se refiere a Gustavo Balmaceda y su desgraciado matrimonio con esa exquisita y endemoniada niña que en el mundo se llamó Teresa Wilms Montt. Y "Gustavo habría sido feliz si en vez de Teresa Wilms se hubiera encontrado con una de tantas señoritas de la alta sociedad... Pero Teresa, tan interesante en muchos aspectos era un petardo lanzado contra esa sociedad...". Y en referencia a Vicente Huidobro dijo: fue un "niño ávido de sensaciones, pletórico de ricas savias,

⁸⁰ Luis Oyarzún, "Lo que no se dijo de Teresa Wilms", *Temas de la cultura chilena* (Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1967), págs. 101-111.

⁸¹ Fernando de la Lastra, "Teresa Wilms Montt o el afán de la autodestrucción", *El Mercurio*, Santiago de Chile, 11 de marzo de 1990.

⁸² Jaime Barros, "Teresa Wilms Montt", *El Mercurio*, Valparaíso, 8 de diciembre de 1974, pág. 5.

⁸³ Andrés Sabella, "Teresa Wilms Montt", revista *Hoy*, N° 233, Santiago de Chile, 6 de enero al 12 de enero 1982, pág. 44.

⁸⁴ Andrés Sabella, "Teresa Wilms Montt", revista *Ercilla* N° 1.985, 1 de agosto de 1973, pág. 40.

incontenible como toro joven. Poco después se fugó con Teresa Wilms a Buenos Aires, aventura más cómica que novelesca⁸⁵.

En *Recuerdos olvidados*, Augusto D'Halmar también hace referencia a Teresa Wilms⁸⁶.

Gonzalo Vial Correa consigna un perfil sociológico de Teresa Wilms, de quien dice nunca encontró la felicidad: "La empapaba el mismo mal que veíamos en Federico Gana, la tristeza insondable de una aristocracia sin destino"⁸⁷.

Uno de los ensayistas chilenos más reputados, Martín Cerda, afirma que Teresa Wilms Montt es, "sin duda, la figura más trágica de la literatura chilena de este siglo". Cerda, se apoya, en Lukács, en la concepción de que "la vida verdadera es siempre irreal, siempre imposible para la empiria de la vida. Algo brilla por encima de sus triviales senderos: algo perturbador y atractivo, peligroso y sorprendente, el azar, el gran instante, el milagro, sin enriquecimiento y una turbación: no puede durar... Hay que recaer en lo sordo, hay que negar la vida para poder vivir... Ésta fue la *apuesta* de Teresa Wilms Montt. Ese juego *trágico* que desde el romanticismo, conduce al escritor moderno a recusar la trivialidad del mundo en que vive (banalmente), en procura de *otra* vida más verdadera, profunda e intensa... La mayor parte de los escritos de Teresa Wilms acusa esta *fractura*: es sellada por esa soledad *irreparable*, que impone la poesía lírica moderna.

...La soledad misma de la palabra lírica (Th. W. Adorno), está predibujada por la sociedad individualista y atomista⁸⁸.

OTROS ARTÍCULOS SOBRE TERESA WILMS MONTT

Aunque se advierte un obsecuente interés en tratar la figura y creación de Teresa Wilms, quizá la insuficiencia de datos, desconocimiento de su obra y la tendencia a la mitificación, han generado un cúmulo de desinformación, que en algunos casos deviene en frivolidad y sensacionalismo. La personalidad y ética de Teresa Wilms dista mucho de esos parámetros.

Baccio Salvo, alude a un retrato de Teresa Wilms Montt pintado por Aristodemo Lattanzi, que refleja la tristeza y melancolía en sus ojos y en su actitud. Se fija 1917 como fecha de la pintura; eso es inexacto por cuanto la escritora se autoexilió de Chile en junio de 1916. El cuadro habría sido pintado alrededor de 1912, por petición de Gustavo Balmaceda. Lattanzi, según su hijo del mismo nombre, pintó dos retratos similares. El de su propiedad lo depositó en el Museo Baburizza de Valparaíso. Con el terremoto de 1984, se determinó trasladar el cuadro de Teresa Wilms a los sótanos, sobrevino una inundación y el retrato, un pastel de color gris, se destruyó⁸⁹.

⁸⁵ Fernando Santiván, *Confesiones de Santiván* (Santiago, Editorial Zig-Zag, 1958), véase: "Gustavo Balmaceda", págs. 99 y 101 y "Adolescencia de Vicente Huidobro", pág. 218.

⁸⁶ Augusto D'Halmar, *Recuerdos olvidados* (Santiago, 1975).

⁸⁷ Gonzalo Vial Correa, *Historia de Chile: 1891-1973* (Santiago de Chile, 1982), 2 tomos.

⁸⁸ Martín Cerda, "Teresa Wilms: un juego trágico", *Las Últimas Noticias*, Santiago de Chile, 3 de agosto de 1980, pág. 28.

⁸⁹ Baccio Salvo, "Un retrato desconocido de Teresa Wilms Montt", *El Mercurio*, Santiago de Chile, 7 de noviembre de 1987, págs. 6 y 7.

El artículo de Enrique Bunster, copioso en datos, configura una imagen plural de Teresa Wilms, sólo que adolece de algunos errores: señala que Wilms murió a los veinticuatro años (tenía veintiocho); “emigró a Argentina a los veinte años, dejando a sus hijitas al cuidado de su madre”. (Teresa emigró a los veintitrés años, en 1916 y sus hijas le fueron arrebatadas, quedando en poder del padre y abuelos de su marido). Bunster agrega que “económicamente estaba a sus anchas, recibiendo cada mes el giro bancario de su padre”. (La verdadera situación de Wilms era esmirriada. ¿Sino por qué recurría a préstamos y pignoración)⁹⁰.

Szmulewicz en el *Diccionario*⁹¹ incluye varios errores: Teresa nació en 1893, no en 1883. Más que cuentista es poeta. Su suicidio no fue inducido por el de Horacio Ramos M. *Anuarí* es un poemario no cuentos.

Con el seudónimo de Coturno se hace una alabanza de su belleza, que exalta sus atributos físicos, soslayando su obra. Se confunde incluso la grafía de su apellido, *Wills* y luego *Willms*⁹².

Graciela Romero hace una descripción física de Teresa Wilms: “Ojos verdes (los tenía azules) que se le salían de la cara de rasgos perfectos; un pelo espeso color miel y una regia figura, de cintura angosta y abundante *pechugamen*, tal cual las normas estéticas de la época.

Claro que de monja no ejerció para nada en ese París que le abrió los brazos surrealistas, para incluirla entre lo más granado de la vanguardia de entonces. André Breton, el opio, Dalí, las fiestas hasta la amanecida bebiendo ajeno y fumando *hachish*, la devoción de García Lorca, el delirio de Artaud, envolvieron a la *chilien* en un vértigo desconocido”. Para la articulista, Teresa Wilms es una de las bellezas ‘que apostataron de su condición para conquistar mundos más anchos y emocionantes...’. Junto con estos comentarios triviales le *endosa* gratuitamente un amante, un tal Luis Varas...⁹³.

Enrique Lafourcade intenta “un leve rastro de niñas chilenas..., hambrientas de libertad y sol”, una de ellas es Teresa Wilms, de quien dice escribió *Tres cantos* (omitíó el artículo), “se pasea vestida de negro... el escote muy abierto exhibiendo sus sólidos pechos teutones” en Madrid. Valle-Inclán “se inspirará en ella para su “Niña Chole” en *Sonata de estío*. Le prologa *En la quietud del mármol*⁹⁴. Datos erróneos entre varios: Ramón del Valle-Inclán publicó su *Sonata de estío* en 1903 y sólo en 1918 conoció a Teresa Wilms en Madrid. El prólogo de *En la quietud del mármol* lo realizó Gómez-Carillo, no Valle-Inclán.

En similares errores incurren otros comentaristas: “inspiración de Valle-Inclán en Teresa Wilms para crear su Niña Chole; el casamiento de Teresa “buscando su independencia”, el marido de Wilms “administrador de los fundos de su

⁹⁰ Enrique Bunster, “Ramo de flores para Teresa Wilms”, revista *PEC*, N° 358, Santiago de Chile, 26 de junio de 1970, págs. 16 y 17.

⁹¹ Efraín Szmulewicz, *Diccionario de la literatura chilena* (Santiago, Editorial Andrés Bello, 1977), véase “Teresa Wilms Montt (En letra “W””, pág. 417.

⁹² Coturno, “Teresa Wilms”, revista *Zig-Zag*, Santiago, 12 de agosto de 1982.

⁹³ Graciela Romero, “Teresa de la Cruz”, revista *Paula*, N° 573, Santiago, mayo 1990, págs. 132 y 133.

⁹⁴ Enrique Lafourcade, “Thérèse de la Cruz Wilms”, *El Mercurio*, Santiago de Chile, 11 de diciembre de 1988, pág. D-28.

padre"; romance entre Wilms y Huidobro; el "cheque o giro mensual", enviado por Guillermo Wilms a su hija, o la reunión de Teresa Wilms con sus hijas en París por predisposición familiar, etc. afirmaciones incorrectas o inexactas que configuran toda una leyenda o mito.

Véanse los artículos de Oscar González Campos⁹⁵, Claudia Donoso⁹⁶, Cecilia García Huidobro⁹⁷, entre otros.

González Campos, afirma que Manuel Thomson pintó a Teresa Wilms en París en 1910. La escritora recién viajó a París en 1920. Volodia Teitelboim, en *Huidobro, la marcha infinita*⁹⁸, junto con incurrir en múltiples errores y datos inexactos en torno a la vida y obra de Teresa Wilms Montt, hace gala de una moral maniqueísta en su discurso machista, sexista. ¿Qué pretende: potenciar la autoestima masculina? Las inexactitudes y falta de información no constituyen los máximos desaciertos del comentarista. Lo peor son las expresiones descalificatorias de Teresa Wilms como creadora e indigno tratamiento de ella como mujer, como persona.

"Una mujer de oro que anda con la procesión entre los nervios y los genitales... Hubo en su corta vida mucha fiesta pasajera y mucho cuerpo malo... En la calle producía revuelo de hormonas... No sólo enloqueció al sexo masculino... Tanta locura cometida... Ella era cóctel sanguíneo de Venus catalana y Elsa germánica... Tenía un defecto, doblemente grave en la mujer: escribía...", etcétera.

Indebidamente informado Teitelboim, acusa inexactitudes como éstas: la describe de "ojos verdes" (los tenía azules). Su marido, Balmaceda Valdés, jamás "administró fondos de su suegro". TWM no publicó libros en Francia, sí en la Argentina y España, al denostado Gómez-Carrillo, prologista del tercer libro de Teresa, lo conoció en Madrid no en "París" como afirma Volodia y no hay testimonio de que haya sido amante de éste ni que "el estrellón Huidobro-Gómez-Carrillo" se haya debido a "celos de Vicente...". Confunde textos: *Anuari* por *En la quietud del mármol*. La tal "fuga amorosa" de Teresa y Huidobro es insostenible. Basta leer su diario del claustro: Teresa amaba en 1916 a Vicente Balmaceda Zañartu, en parte responsable de su reclusión. Ramón del Valle-Inclán no se inspiró en TWM para "escribir su *Sonata de estío*, donde figura el personaje la Niña Chole; ello es imposible, pues este libro fue publicado en 1903 y Teresa y Valle-Inclán se conocieron en Madrid en 1918. El retrato de Thomson no representa a Teresa Wilms: lo pintó en París en 1910 siendo que Teresa recién viajó en 1920 a Francia. Romero de Torres no la pintó en 1917, pues Teresa Wilms recién arribó a Madrid en 1918. El "cheque mensual" de Guillermo Wilms es un infundio: la situación económica de Teresa lo desmiente, etc. Con todo, no logra empequeñecer la imagen y obra de la escritora Teresa Wilms Montt.

⁹⁵ Oscar González Campo, *Revista Médica*, Literatura, Santiago de Chile, 1991. págs. 64-67.

⁹⁶ Claudia Donoso, "Teresa Wilms, poeta exquisita y endemoniada", revista *Caras*, Santiago de Chile, 1992, págs. 40-42.

⁹⁷ Cecilia García Huidobro, "TWM, paloma sin nido", *Mundo Diners*, Santiago de Chile, agosto de 1993, págs. 56-60.

⁹⁸ Volodia Teitelboim, *Huidobro, la marcha infinita*. Biografía (Santiago de Chile, Ediciones Bat, 1993), págs. 45, 46, 47, 49, 51, 80, 81 y 82.

E. Sabrowsky

...el hombre de este fin de siglo, tras haberse liberado de los miedos religiosos, históricos, políticos, se ha quedado a solas con el miedo.

Francisco Umbral, *Los males sagrados*.

Como enseña la fenomenología, lo más próximo resulta ser, en virtud de su misma inmediatez, lo más difícil de aprehender. El mundo se nos presenta primeramente como una colección de objetos, prácticas y discursos aislados, dispersos, los cuales, en virtud de su propia y obnubilante presencia, tienden un velo sobre las interpretaciones histórico-culturales de base que constituyen el telón de fondo de su aparecer y contra el cual adquieren un sentido, una coloración y perfil particulares.

Este trasfondo es el que designa Heidegger con la noción de "claro" (*Licht-tung*)¹. Adoptando un término propuesto por el filósofo norteamericano Hubert Dreyfus en su lectura de Heidegger (quien a su vez alude evidentemente a Kuhn) este trasfondo puede ser también denominado "paradigma cultural"². Digamos desde ya que los paradigmas, tanto en la ciencia como más ampliamente en el terreno de la cultura, no son simples "representaciones" que puedan ser explicitadas y articuladas en términos de una concepción del mundo. Su articulación corresponde más bien al orden del lenguaje poético y del mito, en el cual el lenguaje, privado de la posibilidad de *referir*, se abre hacia la pura *significación*. Todo intento, en cambio, de *hacer referencia* al paradigma se estrella contra una prohibición, a la manera de aquella que pesa sobre el nombre de dios en las tradiciones místicas. Ocurre como en la adivinanza sobre el ajedrez que propone Borges, en la cual la única palabra prohibida es, precisamente, "ajedrez"³; o como en la experiencia de asombro ante la existencia del mundo —un mundo, diríamos, "abierto" para nosotros por el paradigma— que Wittgenstein intenta capturar en su *Conferencia sobre ética*, para concluir que tal experiencia no puede ser formulada como una proposición en el lenguaje, sino que tiene su correlato más bien en la existencia del lenguaje en cuanto tal⁴; en otras palabras, afines a la teoría de sistemas, pudiera decirse también que el sentido lingüístico constituye una suerte de "pliegue"

¹ Martín Heidegger, *Sein und Zeit*, 7ª ed. (Tübingen, Neomarius Verlag, 1953), pág. 183

² H. L. Dreyfus, "Nihilism and the connection between technology, art and politics" (artículo aún no publicado).

³ "...al fin, Stephen Albert me dijo: —En una adivinanza cuyo tema es el ajedrez, ¿cuál es la única palabra prohibida? Reflexioné un momento y repuse: —la palabra *ajedrez*. —Precisamente —dijo Albert", Jorge Luis Borges, "El jardín de senderos que se bifurcan", *Ficciones* (Emecé/Alianza 1971).

⁴ "Voy a describir la experiencia de asombro ante la existencia del mundo diciendo: es la experiencia de ver el mundo como un milagro. Me siento inclinado a decir que la expresión lingüística

evolutivo, una estructura reflexiva en rigor inexplicable, al ser ella misma el pre-supuesto último de toda explicación.

Como lo sabe, asimismo, la fenomenología, una suerte de olvido de este trasfondo paradigmático —un “olvido del ser”— parece ser condición de nuestras transacciones cotidianas en el mundo, como lo es también para el desarrollo de la “ciencia normal” (Kuhn) en el caso de la ciencia. A su vez, las fuerzas de ilustración que actúan a nivel de la alta cultura perfeccionan esta interpretación de sentido común, así como el olvido que le es propio; poseídas finalmente por una suerte de desenfreno iluminista, se empeñan a disolver el magma denso y opaco en el cual el lenguaje hunde sus raíces, en pos de la instauración de una inalcanzable plena transparencia lingüística. De esta manera, se consolida un dispositivo de ocultamiento que sepulta la genealogía, la genuina “historia profana” de nuestra cultura y de su globalización; parafraseando la crítica formulada por Marx a los jóvenes hegelianos de su tiempo, esta se transmuta en “historia sagrada”⁵, en la leyenda dorada de la gradual actualización y despliegue a escala planetaria de un potencial de razón que habría estado presente ya siempre en el lenguaje y que suministraría el criterio a partir del cual sería posible enjuiciar el fundamentalismo, el integrismo de las otras culturas —jamás la nuestra— que aún sobreviven en la periferia.

Nuestra cultura, desde esta perspectiva puramente intramundana, parece carecer de centro y no ser, de hecho, una cultura, sino una suerte de estado universal del género humano, fruto de un aprendizaje que, en sí mismo, al margen de contingencias, se desarrollaría sin apelar a la coerción. No obstante, es posible preguntar: ¿por qué vivimos de la manera como vivimos, haciendo lo que hacemos? ¿Cuál es la fuerza que nos lleva a someter nuestra vida a determinadas rutinas, a circular entre los cubículos que conforman nuestras ciudades al ritmo que aquellas prescriben, a nacer, procrear y morir al abrigo de estas normas e instituciones, y no de otras? Es posible, ciertamente, dar razones de tipo histórico, contingente —la historia de las formaciones sociales del capitalismo tardío, por ejemplo—, pero este tipo de argumentación, sin ser errado, no satisface la pregunta que estamos formulando. En otras palabras, siempre es posible dar cuenta de la existencia de un sistema (social, biológico, síquico, etc.) en términos de su génesis. Pero una vez que el sistema emerge, pasa a representar una entidad de un orden distinto, cuyo sentido no puede reducirse a los procesos evolutivos que le dieron origen. A este sentido se refiere nuestra interrogación.

El panorama de nuestra cultura sería muy distinto para un observador distanciado, instalado, por ejemplo, en un planeta remoto. Es posible que este hipotético observador interpretara nuestros movimientos como la realización de un complejo ritual social, no exento, incluso, de componentes sacrificiales, desde el disciplinamiento y configuración de los cuerpos según las pautas de la belleza, la higiene

correcta del milagro de la existencia del mundo —a pesar de no ser una proposición en el lenguaje— es la existencia del lenguaje mismo”, L. Wittgenstein, *Conferencia sobre la ética*, trad. de Fina Birulés (Barcelona, Paidós/L. C.E.-L.A.B., 1989).

⁵ K. Marx. *La ideología alemana* (Barcelona, Grijalbo, 1974).

y la salud, hasta la expulsión hacia los márgenes y la inmolación *light* de quienes no se ajustan a este patrón cultural por cualesquiera razones. Pero no es necesario remontarse al espacio exterior para conseguir este efecto de distanciamiento. Las crisis de paradigma –y tendemos a pensar que la crisis contemporánea es de este tipo– tienen, por consecuencia, precisamente, la tematización de las interpretaciones de base que permanecían hasta aquel momento en el trasfondo. Entonces, podríamos decir, el búho de Minerva hegeliano bate las alas y emprende su vuelo crepuscular.

En efecto, las fuerzas de ilustración que actúan al interior de nuestra cultura, cuya expresión por excelencia se encuentra en la racionalidad tecnocientífica, operan en el sentido de ir desprendiendo áreas crecientes de la experiencia cotidiana no tematizada, transformándola en un “saber qué” explícito, relativo y contestable sobre la base de nueva evidencia, así como susceptible de ser almacenado y difundido públicamente como información. De esta manera, el mundo se transforma progresivamente en un depósito de recursos descontextualizados dispuestos para el disfrute y la manipulación; como bañado por una luz fría y homogénea, el paisaje queda, entonces, inquietamente desprovisto de relieve y significado. Esta pérdida de perfil, este agotamiento del paradigma cultural vigente, en cuanto a su capacidad de suministrar diferencias significativas, que hagan posible que los seres humanos expresen en símbolos preñados de sentido sus diversos proyectos de vida, constituye la problemática del nihilismo contemporáneo, el cual puede ser entendido, más allá de toda nostalgia y demonización, como el producto de alguna manera necesario de la consumación de nuestro paradigma cultural⁶.

Esta consumación se traduce en un agotamiento de los recursos simbólicos a

⁶ Hacemos explícito éste más allá de toda nostalgia y demonización, porque nuestro argumento, a diferencia del políticamente conservador en boga, no pretende negar la legitimidad de base del mundo moderno, sino rastrear indicios de su consumación y agotamiento. La interpretación conservadora de la modernidad como mera secularización y negatividad resulta, en efecto, demasiado estrecha. En primer lugar, porque el *ethos* comunicativo de la modernidad hace posible la constitución de comunidades globales, culturalmente mestizas, donde antes no las había. En segundo lugar, porque, en rigor, los procesos de modernización jamás son enteramente exógenos. En efecto, el tipo de articulación inmediata entre los discursos y las prácticas que se establece en el mito asegura la integración social al costo de una extremada rigidez. Así, frente al cambio –el aumento en la complejidad en la vida social, el encuentro con otras culturas, las alteraciones en el medio ambiente natural, etc.–, las sociedades tradicionales carecen de recursos para innovar en su adaptación, y sus estructuras rígidas tienden al colapso. En cambio, allí donde imperaba una relación inmediata, el mundo moderno establece una *cadena de mediaciones*: no solamente es posible para el individuo ilustrado poner en duda las creencias de su tribu, sino, también, ponerse al margen o en oposición a ellas sin que, en principio, la supervivencia de la sociedad se vea afectada. Este espacio de mediaciones, instaurado por el “desencantamiento” moderno de la imagen mítica del mundo, hace posible el surgimiento de la libertad individual; la constitución del *ego*, la autonomía y la consideración racional de las cuestiones. La contraparte de la capacidad de innovación social que se conquista por esta vía es la incertidumbre (la brecha de sentido que se abre entre cuestiones de hecho y de valor, que se mantenían indisolublemente unidas en el metarrelato mítico, y cuyo resultado es el relativismo de la verdad), así como la alienación, en la medida en que el sentido de lo social tiende a producirse de espaldas a los individuos. Nuestro argumento se limita a afirmar que a estas alturas, los beneficios de la forma de vida ilustrada han sido ya desplegados; en cambio sus costos están subiendo aceleradamente.

través de los cuales los individuos y los grupos pueden expresar sus diferencias. En adelante, o bien tales diferencias, se manifiestan al margen del campo simbólico, es decir, por medios violentos (así, la violencia brota a raudales en la "tierra enteramente iluminada"⁷ de la sociedad contemporánea); o bien los contendientes se aferran a los únicos recursos simbólicos que aún conservan su capacidad de expresar diferencias significativas, y que no son otros que aquellos que constituyen el núcleo, el mito fundacional alojado en el centro del paradigma cultural. De esta manera, como en la visión repentina de un mundo sumergido, se tornan presentes ante la conciencia los elementos ordinariamente no tematizados que conforman nuestro paradigma cultural⁸.

Por cierto, este advenir a presencia no es enteramente explícito, sino que, en consonancia con la agonística que le sirve de base, toma la forma de un enigma, a la manera de la adivinanza propuesta por Borges. Al interior del juego de lenguaje del ajedrez, en efecto, esto es, mediante los recursos simbólicos que él proporciona, es posible hablar sobre las jugadas, los estados de cualquier partida de ajedrez. Pero no es posible hablar sobre las reglas del juego, es decir, sobre el ajedrez mismo. Si es posible aludir a ellas, "mostrarlas" en terminología wittgensteiniana, por ejemplo, mediante una contradicción, una figura como la "paradoja del mentiroso" que, a la manera de la teoría de las clases de Russell, da paso a un nivel lingüístico superior.

Ciertos grandes debates, que comprometen la totalidad de los recursos simbólicos con que cuentan las sociedades contemporáneas, ostentan también una estructura paradójica que abre una brecha propicia para la recordación de los elementos centrales de nuestro paradigma cultural. El más fundamental de estos debates es el que se refiere a los impactos de la tecnología sobre la naturaleza. Un seguimiento de su estructura argumental permite constatar que tanto defensores como detractores de la inocencia tecnocientífica tienden a compartir una premisa fundamental, a partir de la cual se despliega, no obstante, una suerte de antinomia.

Esta premisa es el principio antropologista que hace de la vida humana el valor supremo. Los impugnadores radicales de los proyectos tecnocientíficos, en efecto, tienden a hacer hincapié en el riesgo que el desarrollo de éstos—instalación de centrales nucleares, manipulaciones genéticas, eliminación de desechos, etc.—, supondrían para la vida humana. No se trata aquí, por cierto, de negar que tales riesgos existan, ni de ignorar la inquietante frecuencia con que exceden los límites aceptables, ni tampoco de exonerar de responsabilidad a agencias y corporaciones, sino tan sólo de percibir que, a menudo, la adhesión masiva que reciben los movimientos pro-control de la tecnología se alimenta de la ilusión de un mundo seguro, a resguardo de todo riesgo y azar; contra este telón de fondo,

⁷ M. Horkheimer y Th. W. Adorno, *Dialéctica del iluminismo*, trad. de H. A. Murena (Buenos Aires, Sur, 1970), pág. 15.

⁸ Esta tesis es corroborada por ciertas tendencias que imperan en la publicidad contemporánea, la cual requiere de una constante renovación de los recursos simbólicos que pone en juego. Las recientes campañas de la empresa italiana Benetton, por ejemplo, más allá de los lugares (ya) comunes del erotismo, recurren a elementos del imaginario cultural refacionados con la violencia y la muerte, los cuales se tornan presentes y simultáneamente pierden su "aura", se banalizan.

el análisis científico de riesgo que los agentes tecnológicos asocian a sus proyectos aparece como una aberración.

La promoción de la vida humana como supremo valor está intrínsecamente ligada a nociones como control y seguridad, las cuales constituyen el motor inmóvil que impulsa sostenidamente la empresa tecnocientífica de Occidente en vías de planetarización. Al final del camino, tanto partidarios como adversarios de la tecnología convergen en una premisa, en un *ethos* común que, siguiendo a Hottois, podríamos denominar "tecnicidad" (*technicité*), poniendo de manifiesto que constituye el terreno sobre el cual se desarrolla la hegemonía de la apertura tecnocientífica del mundo⁹. Por cierto, después de la Bomba, del agujero en la capa de ozono y de Chernobyl, estamos lejos del triunfalismo tecnocientificista *à la* Bacon, con su invitación a hacer todo que es posible hacer¹⁰. Pero precisamente por ello, más allá de toda desmesura, el prudente antropocentrismo contemporáneo constituye la expresión minimalista, y por ello mismo depurada y esencial, del paradigma cultural tecnocientífico. Y el hecho de que este imperativo antropocéntrico que hace del ser humano el valor supremo no parezca afirmar nada tecnológico, sino se presente como su polo antinómico no desmiente esta conclusión, sino que la refuerza. En efecto, el primer motor al que hemos aludido más arriba debe necesariamente permanecer inmóvil; o en otras palabras —son las de Heidegger— "la esencia de la tecnología no es en absoluto algo tecnológico"¹¹.

El impulso a la seguridad y al control ligan inseparablemente antropocentrismo y promoción de la tecnociencia, como queda de manifiesto ejemplarmente en el caso de las tecnologías médicas, cuyo desarrollo vertiginoso, que a su vez sirve como catalizador de la totalidad del aparato científico-tecnológico, tiene lugar bajo la compulsión de la extensión del derecho abstracto a la vida y de la amenaza concomitante de litigio judicial que pende sobre los médicos que no demuestren

⁹ G. Hottois, *Le signe et la technique* (Paris, Aubier Montagne, 1984). Establezcamos, en todo caso, que si bien la radicalidad de la tesis de Hottois (tras la cual está por cierto Ellul) en cuanto al carácter "insignable" de la técnica nos resulta profunda y sugerente, no pretendemos hacer una defensa de ella. Esta tesis depende fuertemente de la hipótesis que confiere a la informatización la capacidad de inscribir sin resto el terreno de lo simbólico en el reino de la técnica, cuestión a lo menos discutible si se toma en cuenta —como lo han hecho, por ejemplo, Hubert y Stuart Dreyfus (*Mind Over Machine*, New York, The Free Press, 1986)— el horizonte hermenéutico, al parecer irrebable, en el cual se desenvuelve el trabajo de los expertos (incluyendo por cierto a los informáticos). Con esto, por lo demás, los Dreyfus no hacen más que seguir a Heidegger, quien refiriéndose expresamente a la informatización afirma: "La lengua natural, es decir, la lengua que no ha sido primeramente ni inventada ni impuesta por la técnica siempre se conserva y se mantiene por así decirlo en el trasfondo de toda transformación técnica". (*Überlieferte Sprache und technische Sprache*, Verlag Erker, 1989). Por otra parte, Hottois insiste, correctamente a nuestro entender, en el carácter poético, y por tanto de alguna manera "ciego" e incontrolable, de la técnica; sin embargo —aunque esto por cierto requiere de un examen mucho más profundo—, no se sigue en absoluto de allí que, como lo quiere Hottois, tal carácter impida toda posible inscripción lingüística de la técnica; por el contrario, el lenguaje productivo, poético, bien podría constituir su correlato, como lo proponemos al final de este trabajo.

¹⁰ Véase J. Y. Goffi, *La philosophie de la technique* (Paris, PUF, 1988).

¹¹ Heidegger, *La pregunta por la técnica*, traducción de Francisco Soler (Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1983).

haber hecho uso de tecnología de punta en el tratamiento de sus pacientes¹². Pero ya de partida hay algo que escapa al afán de ponerlo todo bajo control, y es, precisamente, ese mismo afán, ese ciego impulso. El paradigma cultural tecnocientífico se constituye a partir de un ocultamiento de su propia condición de posibilidad, de su propio sentido, el cual queda ubicado en su punto ciego. Y ese ocultamiento de primer orden, que hemos asociado más arriba con el sentido común, se compone, tal como lo hemos visto también, con uno de orden superior, perpetrado por el racionalismo ilustrado que niega, incluso, que algo así como un punto ciego pudiera existir.

Este dispositivo consumado de ocultamiento, sin embargo, es amenazado por la irrupción al interior del orden tecnocientífico de fuerzas no menos ciegas provenientes de la naturaleza. A esta irrupción denominamos "catástrofe". El sida, la filtración de gases provenientes de una planta de hidrocarburos al sistema de alcantarillado en Guadalajara, los "virus" y "caballos de troya", que infestan las redes computacionales, o el naufragio de un barco petrolero en la costa de La Coruña son todas catástrofes. En lo que sigue, argumentaremos que las catástrofes son inherentes a los sistemas tecnológicos y la racionalidad tecnocientífica que los comanda; esto es, que por más que se tomen medidas de seguridad, dado que ellas no pueden más que orientarse por el mismo patrón de racionalidad, la probabilidad global de ocurrencia de eventos catastróficos debiera converger en torno a un valor siempre superior a cero. Ocurre aquí como con los modelos iterativos que estudia la llamada "teoría del caos": a partir de un cierto límite, los incrementos en la calidad de la información no mejoran los resultados, sino que dan lugar a resultados divergentes, caóticos.

Un experimento mental, tomando como base la catástrofe de Guadalajara, puede ser útil para desarrollar esta idea. ¿Qué habría pasado si, días antes de la ocurrencia de la explosión de gas en la red de alcantarillado algún ingeniero de la planta de la empresa de Petróleos Mexicanos (PEMEX) en cuestión hubiera sometido a sus superiores un informe anticipando los hechos y recomendando una urgente evacuación? Nuestra tesis es que, en tanto PEMEX se hubiera comportado como un decisor racional, nada habría cambiado. Hacemos explícita la cláusula de comportamiento racional, pues se suele explicar estos episodios como el producto de la corrupción, el burocratismo o la incompetencia. No es lo que nos interesa aquí. Lo que queremos decir es que el informe en cuestión, suponiendo que sea un buen informe, acorde a los estándares de la profesión, necesariamente despliega su argumentación según el canon de la racionalidad científica. Ahora bien, es inherente a este tipo de argumentación la falsabilidad potencial de sus proposiciones, así como la dependencia de sus observaciones con respecto a los contextos de experimentación en que fueron realizadas, los cuales incluyen tanto instrumentos como otras teorías. En otras palabras, los argumentos científicos son siempre

¹² La ligazón antropocentrismo/promoción de la tecnociencia responde también por las paradojas que suelen aparecer en el debate sobre las biotecnologías (por ejemplo, respecto al proyecto Genoma Humano), puesto que en ellas se concentra tanto el impulso antropocéntrico a la promoción de la vida como el más inquietante potencial de manipulación.

relativos y contestables. Este relativismo, sin embargo, no es congruente con la magnitud de las medidas que habría que tomar ante la inminencia de la catástrofe. Un *manager* racional y honesto, por tanto, tenderá a pedir otras opiniones científicas; en principio, algunas de éstas podrán refutar el informe en cuestión, sea sobre la base de la incompletitud de las observaciones (la cual es inherente, como lo son también los errores debidos al observador y al instrumental), o de la existencia de otras teorías rivales, también inherente en la medida en que en rigor las teorías no son susceptibles de verificación. El *manager* racional, por lo tanto, tenderá a aplazar la decisión en busca de una base científica más sólida, puesto que el costo de esta búsqueda es menor en principio que el de la paralización de una planta y la evacuación de una ciudad. Por cierto, podría hacer también lo contrario. Pero en ese caso no estará actuando racionalmente, sino siguiendo una intuición; en la medida en que, de hecho, logre impedir la catástrofe (la cual, precisamente, por no haber ocurrido, quedará fuera de los límites de lo científicamente posible), no faltará quienes lo acusen, sobre una base racional, de haber faltado a la prudencia y haber reaccionado con exageración y falta de espíritu profesional.

Digamos también que esta situación no se altera si se hace intervenir modelos matemáticos y computadores, como lo muestra la teoría contemporánea del caos¹³. La confianza clásica en los modelos matemáticos se sustenta, en efecto, en la suposición de que los pequeños errores en las condiciones iniciales (inevitables, dada la finitud de cualquier instrumental) se traducirán en errores de magnitud despreciable en los resultados. Sin embargo, un estudio cuidadoso de los modelos iterativos, que modelan situaciones dinámicas, caracterizadas por el transcurso del tiempo y la retroalimentación de los resultados, muestran que, por lo general—cuando sus ecuaciones son no-lineales o los datos son números irracionales—tal intuición no se cumple. Más bien, estos modelos parecen ser proclives a lo que podríamos llamar un “síndrome de información faltante”, según el cual ciertos cambios infinitesimales en las condiciones iniciales—o sea, un cierto incremento en la precisión de los datos— producen, paradójicamente, alteraciones considerables e inesperadas en los resultados¹⁴.

Este síndrome, hacemos énfasis en ello, no se neutraliza mediante un incremento en la precisión de los cálculos, como sería posible mediante la introducción de computadores más poderosos; por el contrario, prolifera junto a la aceleración de las iteraciones y la incorporación a los modelos de datos de mayor precisión. Esto significa, correctamente interpretado (es decir, más allá del objetivismo ingenuo que atribuye el caos a la naturaleza, de la cual la matemática seguiría siendo un fiel reflejo) que los modelos matemáticos—núcleo duro de la racionalidad tecnocientífica— en última instancia no proporcionan un criterio para

¹³ Véase, por ejemplo: A. Carreras; J. L. Escorihuela; A. Requejo, *Azar, caos e indeterminismo* (Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1988).

¹⁴ En el caso de los modelos de predicción climática, esta indeterminación se ilustra mediante la alegoría del aleteo de una mariposa, cuya ocurrencia, por ejemplo, en el Amazonas, podría ser la causa, meses más tarde, de una catastrófica tormenta en Nueva York o Santiago de Chile. Por ello, se habla también de “efecto mariposa”.

distinguir entre predicciones normales y catastróficas: son ciegos frente a esta distinción. Por lo tanto, la decisión respecto a la evacuación de la ciudad de Guadalajara no podría en rigor ser tomada recurriendo a ellos.

En otros términos, podríamos decir también que al formalismo, al relativismo de la tecnociencia cuyo lenguaje sólo describe “estados de cosas” la dimensión del sentido necesariamente se le escapa¹⁵; los hechos que la ciencia considera necesariamente carecen de significado por sí mismos, y sólo lo adquieren de modo relacional; así, desde tal óptica “el asesinato estará en el mismo nivel que cualquier otro acontecimiento como, por ejemplo, la caída de una piedra”¹⁶. Las catástrofes, en cambio, constituyen hechos significativos, dotados de sentido en sí mismos, al margen de toda inserción en una red comunicativa o proposicional; este sentido se pone de manifiesto ante el poder de la catástrofe de alterar irreversible y trágicamente la vida de quienes caen bajo su onda expansiva.

Más allá de ciertos límites, en tonces, las catástrofes resultan ser inevitables; se manifiesta en ellas un cierto exceso de la naturaleza que resiste el molde de la objetivación que la tecnociencia pretende imponerle. ¿Cómo experimenta este exceso la subjetividad posilustrada contemporánea?

Si consideramos que Kant, a lo largo de las tres *Críticas*, efectuó algo así como el inventario de los recursos de la subjetividad ilustrada en su estado clásico, y si aceptamos además que la obra de Habermas constituye una suerte de actualización finisecular de dicho inventario, entonces una sugestiva diferencia entre Kant y Habermas, que ha sido puesta de manifiesto por Joel Whitebook en un aporte ya clásico (“The problem of nature in Habermas”)¹⁷, puede servirnos para esbozar una respuesta a esta pregunta.

En efecto, como lo mostró Kant en su tercera *Crítica*, la subjetividad ilustrada clásica cuenta en principio con ciertos recursos simbólicos para hacer frente a una experiencia de la naturaleza que excede el marco de la objetivación¹⁸. Ellos son los juicios llamados “reflexivos” (a diferencia de los “juicios determinantes”) que dan lugar tanto a recursos que se podrían calificar de paracognitivos —el reconocimiento de una cierta teleología natural en cuanto principio heurístico— así como a recursos de tipo estético.

Nos interesa aquí estos últimos, y muy particularmente aquello que Kant denomina “sentimiento de lo sublime”, suscitado por la experiencia de una cierta desmesura de las fuerzas de la naturaleza que no puede ser encerrada “en forma sensible alguna” y que, por ello mismo, suministra una cierta presentación por analogía a las ideas de la razón, las cuales, “aunque ninguna exposición adecuada de ellas sea posible, son puestas en movimiento y traídas al espíritu justamente por esa inadecuación que se deja exponer sensiblemente¹⁹”. Más precisamente, se trata del sentimiento de “lo sublime dinámico”. Dice Kant: “Rocas audazmente colga-

¹⁵ Ésta es la paradoja que Wittgenstein desarrolla en el *Tractatus*.

¹⁶ Wittgenstein, *op. cit.*, pág. 37.

¹⁷ *Telos* N° 40, Summer 1979, págs. 41-69.

¹⁸ I. Kant, *Crítica del Juicio*, trad. de Manuel García Morente (Madrid, Espasa Calpe, 1977, 1^{era} ed., 1914).

¹⁹ Kant, *op. cit.*, págs. 183 y 185.

das y, por decirlo así, amenazadoras, nubes de tormenta que se amontonan en el cielo y se adelantan con rayos y con truenos, volcanes en todo su poder devastador, huracanes que van dejando tras sí la desolación, el océano sin límites rugiendo en ira, una cascada profunda en un río poderoso, etc., reducen nuestra facultad de resistir a una insignificante pequeñez, comparada con su fuerza. Pero su aspecto es tanto más atractivo cuanto más temible, con tal de que nos encontremos nosotros en lugar seguro, y llamamos gustosos sublimes esos objetos porque elevan las facultades del alma por encima del término medio ordinario y nos hacen descubrir en nosotros una facultad de resistencia de una especie totalmente distinta, que nos da valor para poder medirnos con el todo-poder aparente de la naturaleza... Así, pues, la naturaleza se llama aquí sublime porque eleva la imaginación a la exposición de aquellos casos en los cuales el espíritu puede sentir la propia sublimidad de su determinación, incluso por encima de la naturaleza”²⁰.

La pregunta que formula Whitebook es la siguiente: ¿por qué no hay en el *opus habermasiano* un análogo de la *Crítica del Juicio*, que le permita postular algún tipo de relación con la naturaleza que exceda lo meramente cognitivo-instrumental? Cabe hacer notar también que Habermas es consciente de esta cuestión y que, precisamente comentando el artículo de Whitebook, ha afirmado aún más expresamente la concepción instrumentalista que Whitebook quisiera ver superada²¹.

La conjetura que queremos formular aquí es que el bloqueo que experimenta Habermas no es accidental, sino inherente a la evolución del antropocentrismo desde Kant hasta nuestros días. Más allá de los detalles de la exégesis, es claro en los pasajes de la tercera *Crítica*, que hemos citado, que la subjetividad ilustrada clásica era aún capaz de encontrar, en el espectáculo de las fuerzas desatadas de la naturaleza —entre las cuales se hallan, obviamente, nuestras catástrofes— una confirmación de la supremacía de la razón; el despliegue de tal confirmación constituye al menos uno, sino el más importante, de los temas que trabajan internamente el texto kantiano de la tercera *Crítica*.

Pero la condición no tematizada que hace posible esta asimilación de los fenómenos catastróficos por parte de la razón ilustrada es también explícita en la cita que hemos reproducido. Se trata de la *seguridad* (“con tal de que nos encontremos nosotros en lugar seguro”), la cual es reiterada como condición por Kant algunos párrafos más adelante²², y cuya no tematización, podemos nuevamente conjeturar, responde a la confianza incondicional del sujeto ilustrado ante la promesa de un aumento ilimitado de la seguridad de la vida humana por obra de la tecnología.

Es esta confianza la que se ha erosionado desde Kant hasta nuestros días, y en ello han jugado un lugar preponderante los eventos de carácter catastrófico asocia-

²⁰ *Op. cit.*, págs. 204 y 205.

²¹ Jürgen Habermas, *Teoría de la Acción Comunicativa: complementos y estudios previos*, traducción de Manuel Jiménez Redondo (Madrid, Editorial Cátedra, 1989).

²² “Nada pierde esa apreciación propia porque tengamos que vernos en lugar seguro para sentir esa satisfacción que entusiasma...”. *Op. cit.*, pág. 205.

dos a los sistemas científico-tecnológicos. En la medida en que la "tecnoesfera" se constituye crecientemente, como lo hemos dicho ya más arriba, en el medio en el cual se desenvuelve la existencia de la humanidad contemporánea, la frecuencia de estos eventos catastróficos debiera ir en aumento. En el plano de la cultura, esta proliferación debiera a su vez ir seguida por el desbordamiento y colapso de los filtros que, en la línea de la elaboración kantiana, pretendían mediar en el procesamiento social de estas experiencias límite. Y una vez producido este colapso, el ser humano se encuentra nuevamente vuelto de alguna manera a su infancia, desnudo ante las fuerzas ciegas de la naturaleza, fuerzas que —y ésta es la necesaria contraparte del *dictum* baconiano, "no se puede dominar a la naturaleza más que obedeciéndola"— no sólo son manipuladas por la tecnociencia sino, recíprocamente, hacen crecientemente de ella su exponente al interior de la sociedad de los hombres²³. Hay una dialéctica de obediencia y dominación —inherente, por lo demás, a la constitución de la subjetividad²⁴— según la cual la consumación de uno de sus polos —en este caso, el de la dominación— no puede sino dar lugar a la consumación paralela de su opuesto.

La caída de tales filtros ilustrados representaría también la desactivación del principal factor de cohesión ideológica —la promesa de una expansión sin límites del control sobre la naturaleza y de la seguridad— que sustenta el orden tecnocrático en la sociedad global contemporánea, así como la hegemonía de las elites intelectuales, políticas y empresariales que lo promueven. Si el reconocimiento de que el universo es un lugar peligroso deja de ser patrimonio exclusivo de ingenieros y aseguradores y, en virtud de la propia expansión de dicho orden, trasciende hacia el sentido común, es posible, entonces, que el motor inmóvil situado en el centro de nuestro paradigma cultural, al cual hemos hecho alusión más arriba, deje de operar.

Esta perspectiva —a no ser que haya de por medio una megacatástrofe, lo cual no es descartable *a priori*— no implica necesariamente un retorno a una era pretecnológica, ni una regresión del aprendizaje tan duramente conquistado por la humanidad sometida a los imperativos de la autoconservación. Incluso —dado que se trata aquí de un cambio de paradigma cultural— en el límite es perfectamente posible imaginar que, en lo fundamental, los saberes, artefactos, sistemas y procesos tecnológicos no experimenten cambio alguno, pero que, como en un cambio de *Gestalt* o en la experiencia de ruptura del continuo histórico —una suerte de catástrofe ontológica— que Benjamin designa como "tiempo-ahora", el mundo pase súbitamente a ser distinto²⁵.

Ciertamente, una sociedad que preserve la tecnociencia, pero desprendiéndose del paradigma antropocéntrico que le sirve de caparazón, debiera

²³ Esta secreta afinidad entre la técnica y la naturaleza, entre *physis* y *techné*, tempranamente vislumbrada por los griegos, puede ser considerada, por otra parte, el factor determinante en la desconfianza con que la empresa metafísica ha considerado a la técnica a lo largo de toda su historia.

²⁴ Horkheimer y Adorno, *op. cit.*

²⁵ W. Benjamin, "Tesis de filosofía de la historia", *Discursos interrumpidos I*, trad. Jesús Aguirre (Madrid, Taurus, 1973).

exhibir rasgos que, vistos desde nuestra perspectiva ilustrada, resultan profundamente inquietantes. Estos rasgos se pueden sintetizar en una cierta aceptación de la muerte, incluso de aquella de alguna manera programada en el análisis de riesgos inherente a los sistemas tecnológicos. Ahora bien, desalojada la vida humana de su sitio de valor supremo, no cabe duda que se abre un potencial de abuso sobre las personas, el cual se asocia de manera inmediata, y no totalmente errónea, con el fascismo. No obstante, no es posible juzgar el futuro con las categorías del presente. El fascismo, como lo entendieron, por ejemplo, Horkheimer y Adorno, a quienes resultaría grotesco acusar de complicidad o ligereza²⁶, no es un fenómeno ajeno al iluminismo que culmina en la modernidad, por el contrario, no es más que la contraparte de la violencia internalizada que la implantación de la universalidad abstracta, como principio de integración social, característica del iluminismo, no puede sino desplegar una suerte de doble especular del orden tecnocrático de la modernidad, que se expresa en la reivindicación del carácter absoluto de la particularidad, sea ella nacional, étnica, religiosa, sexual, etc. El fascismo no es una excrecencia ni un simple rebrote de irracionalismo arcaico; constituye, por el contrario, la faz oscura y atroz de la misma modernización instrumental; el pleno despliegue de la violencia a ella inherente que, de paso, desata los peores sufrimientos sobre los mismos sujetos particulares a quienes afirma representar.

Lo que en rigor adviene, a través del proceso que hemos bosquejado, es la clausura del proyecto histórico de una "tecno-logía": de una técnica cuyas fuerzas poéticas se encuentran enmarcadas y domesticadas por el *logos*. Por cierto, esto no significa que quede clausurada la vía de toda inscripción simbólica de la técnica; más bien al contrario, significa que la afinidad entre técnica y poesía "el vocablo virgen de todo prejuicio, el verbo creado y creador, la palabra recién nacida [desarrollada] en el alba primera del mundo"²⁷ se pone a la orden del día. Parece apropiado concluir este ensayo con algunos versos de *Altazor*, del poeta chileno Vicente Huidobro:

*Todo se acabó
El mar antropófago golpea la puerta de las rocas despiadadas
Los perros ladran a las horas que se mueren
y el cielo escucha el paso de las estrellas que se alejan
Estás solo
Y vas a la muerte derecho como un iceberg que
se desprende del polo
Cae la noche buscando su corazón en el océano
La mirada se agranda como los torrentes
Y en tanto que las olas se dan vuelta
La luna niño de luz se escapa de alta mar
Mira este cielo lleno*

²⁶ W. Benjamin, "Tesis de filosofía de la historia", *Discursos interrumpidos I*, trad. Jesús Aguirre (Madrid, Taurus, 1973).

²⁷ Vicente Huidobro, *La poesía*.

Más rico que los arroyos de las minas
 Cielo lleno de estrellas que esperan el bautismo
 Todas esas estrellas salpicaduras de un astro de
 piedra lanzado en las aguas eternas
 No saben lo que quieren ni si hay redes ocultas más allá
 Ni qué mano lleva las riendas
 Ni qué pecho sopla el viento sobre ellas
 Ni saben si no hay mano y no hay pecho...²⁸

²⁸ Vicente Huidobro, *Altazor* (Madrid, C.I.A.P., 1931), págs. 57-75.

Entrevista de Edgar O'Hara

El rincón de los niños (1980) es una novela que ha suscitado diversos elogios de la crítica chilena, por un lado, y también distintas opiniones más personales, como las de Adriana Valdés en el colofón del propio libro y una nota de Enrique Lihn publicada en la revista *Vuelta de México*. Tú habías publicado, en *Sudamericana de Buenos Aires*, un libro de cuentos: *La casa en Algarrobo* y por diez años te mantuviste en silencio... ¿A qué se debió?

Yo creo que fue un silencio crítico... Ya *La casa en Algarrobo*, que se publicó el 68, era un libro que si bien a mí me parecía, digamos, competente, me parecía superado... por algo que yo mismo no había superado. Competente..., pero no respondía a una cierta noción de la escritura que yo no tenía en absoluto claro, pero que de algún modo, sin articularse, ya se planteaba en contra de ese mismo libro... Precisamente revisando papeles míos de hace un tiempo, encontré que un primer capítulo de *El rincón de los niños* se publicó el 71...

¿Dónde lo publicaste?

En una revista chilena que se llamaba *Desfile*. Un capítulo que después no se incluyó en la versión que salió el año pasado. Entonces es un libro en el que yo estuve trabajando mucho tiempo, aun cuando lo escribí, digamos prácticamente en su totalidad, el año 76. Pero lo trabajé mucho después de haberlo escrito.

Adriana Valdés señala que entre tus libros hay, desde la perspectiva de la concepción de la narrativa, un sentido diametralmente opuesto. ¿Compartes esa opinión?

Sí, la comparto plenamente. Hay ciertos elementos que se continúan de un libro en otro, elementos de mundo, de ambiente, desde el punto de vista realista se podría decir, pero que básicamente se trata del mismo universo. Sin embargo, por decirlo de algún modo, pienso yo que lo que quería hacer en mis libros era buscar algún tipo de visión coherente. Parece ser que estimé que nunca la conseguía y que terminé por abandonar toda pretensión de coherencia, ¿no?, y entregarme de un modo más o menos franco y abierto al manejo de la incoherencia. Es decir, *El rincón de los niños* es un libro que no postula ningún tipo de coherencia sino, por el contrario, pone la incoherencia en el centro de su sistema.

Es decir, una incoherencia llevada a la lógica narrativa....

Claro, es una incoherencia llevada con lógica narrativa, por cierto que sí.

Tu eres un especialista en narrativa de lengua inglesa. Tienes una tesis sobre Lawrence y me parece que dominas a la perfección a Henry James. Narradores de una manera clásicos, en el sentido del término... ¿Eso ha favorecido tu visión actual de la novelística?

Yo pienso que sí. Curiosamente, tanto James como Lawrence se pueden abordar

*La siguiente conversación, inédita hasta el momento, se realizó en la Navidad de 1981 y en la casa del escritor. Cinco años después, en Austin, me enteré casi de casualidad de la muerte de Cristián, de quien recuerdo, junto a los gratos momentos pasados en Chile en compañía de Enrique Lihn, esa manera suya tan mesurada de hablar, hecha de pausas y reflexiones (E. O., Seattle, mayo de 1992).

desde el punto de vista de la continuidad de una tradición realista, la tradición clásica de la novela inglesa, de mucho espesor social, mucha riqueza de descripción, de pintura, retratos, ¿no es cierto?, de conflictos morales... Y, por otro lado, en ambos tú encuentras un momento en el cual este modo de escribir se vuelve problemático y empieza a aparecer una ruptura que es fundadora de desarrollos posteriores. No en la novela inglesa, en realidad, pues ésta se estancó. Después de los años treinta prácticamente no ha pasado nada, salvo en gente muy competente. Pero, eso sí, se trasladó a la novela norteamericana. Y en ese sentido pienso que en parte he seguido manejando los mismos autores, sólo que enfocándolos, ¿no es cierto?, desde otro punto de vista y enfatizando aspectos que tienen que ver con el cuestionamiento de la validez del punto de vista. En las primeras novelas de James o Lawrence hay una seguridad decimonónica, es decir, en la vigencia y en la validez del punto de vista desde el cual se organiza toda la estructura narrativa y la visión del mundo. Sin embargo, ya en novelas como *Las alas de la paloma*, por ejemplo, o en *Mujeres enamoradas*, o *El arco iris*, empieza a ponerse básicamente en duda el modo como se pone en duda, digamos, la poesía... el valor revelador, creador de libertad de la palabra tal como se ha recibido... Entonces empieza una búsqueda de una postulación de un nuevo punto de mira.

Vayamos al tema de El rincón de los niños. ¿Tiene alguna referencia directa o maneja el mismo tema de otros trabajos tuyos? La clase alta chilena, por ejemplo, que sufre la inmiscusión de un narrador...

Sí, en ese sentido sí... Pero sucede, pienso yo, con *El rincón de los niños* que, junto con ser, digamos, literatura, es algo así como también su propia metaliteratura. Es una novela cuyo tema en el fondo es ella misma, el modo como este mundo se plantea y va siendo replanteado, desinflado, comentado, magnificado, destruido, llevando la cosa hasta un punto que alguien ha calificado poco menos que de esquizofrénico.

El narrador tiene dotes... Es decir, Gaspar Ruiz es un historiador...

No... Ahí se plantea, digamos, un personaje que se pierde. Es en cierto modo el tema del libro. Gaspar Ruiz es un personaje que en algún momento de su adolescencia se propuso...

...escribir una novela...

...que es el año 56... Y escribió muchas cosas: relatos, qué sé yo. Y luego este personaje desaparece. Podría hasta ser un desaparecido político o simplemente una persona que se ha sumergido en otras actividades, pero que ya no ocupa el centro de ninguna escena discernible. Entonces se postula este narrador, de quien se dice que es diplomático de profesión y con afición a la historia, de quien se dice que habría sido un amigo muy cercano de Gaspar Ruiz, que empieza a desenterrar todos estos papeles de Gaspar, a comentarlos. Y luego va pasando del comentario a una comparación de tipo historicista, intentando buscar hasta dónde estos papeles corresponden a lo que efectivamente fue o no fue en aquel tiempo la vida de Gaspar Ruiz. Y empieza a proponer escenas de la vida de este Gaspar Ruiz y de su círculo de amigos en estos años perdidos, los años del 56...

Una novela cuyo tema es una metanovela...

Exactamente, claro... Y su tema es en mucho, digamos, una especie de broma,

una picaresca de la propia novela. Así como en la picaresca lo que se hace es una broma de la institucionalidad social, lo que se hace acá, en esta especie de metapicaresca, es una burla de la institucionalidad narrativa. Entonces hay momentos en que el historiador declara derechamente que ha perdido ciertos papeles, a los que se quería referir, ¿no?, y que la pérdida lo lleva a inventarlos. Entonces los propone directamente como inventados por él. Lo que está en juego también es la descripción como una forma de la invención; hay incluso todo un capítulo, llamado "Historia y literatura", que relata de una manera humorística los esfuerzos del personaje Gaspar Ruiz por ordenar la biblioteca de su abuelo, separándola en dos grandes bloques: lo que es historia y lo que es literatura, con todos los problemas que esto plantea...

A nivel de la burla de una novela dentro de una novela, también aparece una clase social, ¿correcto? La pregunta sería: ¿hay una especie de desenmascaramiento, de ironización de esta clase social?

Sí, hay una cosa que es ambigua y que es simultánea. Hay una ironización y también una complicidad. Eso lo refiere bastante bien Enrique Lihn en el trabajo que hizo él sobre la novela. Porque hay una cosa que es al mismo tiempo las dos cosas...

¿En qué sentido complicidad?

En el sentido de que este desenmascaramiento no propone alternativas...

¿De tipo político?

De tipo político, sí. No las propone. Ni propone, en lo que a eso se refiere, alternativas de tipo moral. Es un desenmascaramiento del cual no está ausente la simpatía por ese mundo. En ese sentido hablo de complicidad...

Una especie de strip-tease de la clase social y también de la novela, sin que el narrador o narradores al interior de la misma propongan efectos moralizantes...

Claro, porque lo que se está haciendo principalmente, pienso yo, es postular la vida de esta clase como una mascarada. Pero al mismo tiempo se está postulando la imposibilidad de otra forma de vida que no sea una mascarada. Entonces, el rango de elecciones por muy amplio que fuera, según creo yo que se puede desprender de este libro, no sería más que entre diversas formas de la máscara, diversas formas de la pose.

Eso de la máscara está muy bien señalado incluso desde el diseño gráfico que hizo Eugenio Dittborn, ¿no?, porque aparecen estos adultos con rostro de niño, o mejor dicho niños con rostro grotesco o de adulto...

Claro, claro...

Me interesaría, Cristián, ver esta etapa entre tus libros, es decir, cómo llegas de un tipo de narrativa al otro y si tienes antecedentes en la tradición chilena o latinoamericana. Se me ocurre pensar, de acuerdo a lo que hemos conversado, en ese texto que aparece al interior de Tres tristes tigres sobre el paraguas de la señora Campbell, un cuento que se hace a sí mismo.

Yo pienso que algunos de los antecedentes los vine a encontrar después de haber escrito *El rincón de los niños*, Cabrera Infante, ciertamente. Pero sí tengo bastante conciencia de antecedentes en la poesía, conciencia de una especie de estudio, digamos, de un interés serio por la poesía de Parra y tanto la poesía como la prosa de Lihn. Reconozco por ese lado ciertas afinidades más bien que con

ningún prosista chileno, salvo Juan Emar... a quien también yo vine a conocer con posterioridad, ¿no? Si bien *El rincón de los niños* salió el año ochenta... Pero no es cierto, fijate tú que no es cierto por lo siguiente... Yo conocí el manuscrito completo de *Umbral* cuando era profesor en la Universidad de Chile, a raíz de que un nieto de Juan Emar era alumno mío y me lo llevó el año... sesenta y... nueve. El sesenta y nueve o el sesenta y ocho...

El año de la publicación de La casa en Algarrobo...

...que era a su vez un libro terminado de escribir por ahí por el año sesenta y seis... *Umbral*, la novela de Juan Emar, debe tener más o menos un metro y veinte de alto, una montaña de papeles...

Y que está siendo publicado poco a poco por Carlos Lohlé...

Exactamente. Entonces yo leí ese manuscrito, en la medida en que uno puede leer una cosa tan larga y completa, digamos. Lo leí el año sesenta y nueve e intenté ciertas gestiones para que se publicara, pero fueron gestiones fallidas. Después el manuscrito dio muchas vueltas y fue a parar en manos de Lohlé de Buenos Aires. De manera que probablemente allí habría un antecedente. Por ejemplo, una de las características de *Umbral* es que Juan Emar pasó los últimos veintitantos años de su vida encerrado, ¿no?, escribiendo ese libro, que no sólo no terminó sino que además nunca lo postuló como libro terminable... Es decir, yo concibo un poco *El rincón de los niños* en ese sentido. Yo no veo demasiado claro que este libro tenga un término previsible. Puede simplemente acabarse, digamos, pero nunca se va a cerrar.

Bueno, por otro lado hay un cuarteto que has anunciado...

Hmmm... estoy precisamente metido en la segunda parte.

Quisiera que continuemos este aspecto... En el caso de Lihn, ¿te refieres a La orquesta de cristal?

Digamos... *La orquesta de cristal*, si no me equivoco, se publicó...

...el 76, en *Sudamericana* de Buenos Aires...

Sí, *La orquesta de cristal* podría ser un antecedente... También la prosa anterior de Lihn... O un libro como *La musiquilla de las pobres esferas*, ¿no? Esa especie de conciencia de la palabra como doble juego, que por un lado libera y por otro encarcela, ¿no? Esa especie de duda respecto a la validez de la palabra como un sistema de conexiones efectivas con la realidad. Es lo que siempre me ha interesado tanto en Lihn como en Parra.

Lihn habla no de "antipoesía", sino de poesía contra la poesía.

Exacto.

Y en este aspecto El rincón de los niños sería una novela contra la novela?

Yo creo que sí.

Quisiera que me hablaras un poco de los libros que le siguen a El rincón de los niños. Dices que has terminado uno... ¿Cuál es el título?

El título es una cita de un verso de Juan Luis Martínez: "una escalera contra la pared". Pero es un libro... que no lo tengo todavía, pese a que hay una primera versión terminada. No lo tengo demasiado claro. Es un libro bastante similar a *El rincón de los niños*, juega con los mismos personajes, es la misma situación donde un narrador está manejando documentos de esta persona semiausente que es

Gaspar Ruiz. Sólo que acá se produce un cambio bastante brusco, o tal vez un cambio lógico, quizá no tan brusco..., pues asume fundamentalmente la condición de un narrador el propio Gaspar Ruiz, pero esta vez no tanto de sí mismo como de su propio padre. Es decir, Gaspar Ruiz toma documentos de su padre y empieza a presentar estos documentos...

¿Extraídos de esa biblioteca que él ha ordenado entre historia y literatura?

No, porque son documentos privados, extraídos de legajos de cartas; en fin, actas de reuniones, qué sé yo, cosas de ese tipo...

¿Y las novelas restantes las tienes claras como proyecto?

No demasiado, a pesar de que he tomado muchos apuntes para la que sería la tercera, que de algún modo también se dispara hacia otro lado. Parece ser que en esta tercera novela, en la que yo estaría trabajando el año que viene, se va a establecer una relación entre Gaspar Ruiz, como personaje contemporáneo, con Martín Rivas, el personaje de la novela más popular, más conocida de Blest Gana, ¿no?, el novelista chileno del XIX, el primer realista, digamos, de América hispana, de fechas más o menos coincidentes con Machado de Assis, un discípulo de Balzac... *Martín Rivas* es el texto más conocido, super obligado de estudio en la enseñanza media de este país, etc., y que se refiere a este personaje a quien Blest Gana, digamos, apoya, defiende, idolatra bastante y que en el fondo es un fresco, ¿no?, un oportunista, como lo es también Gaspar Ruiz...

¿Y la última novela del ciclo?

No sé nada...

Entonces, ¿por qué concebiste un cuarteto y no un terceto? Si es que la pregunta no es impertinente...

No, la pregunta no es en absoluto impertinente. Lo que sucede es que, digamos, en el momento en que yo emitía esa declaración estaba viendo la novela como un conjunto de cuatro volúmenes. Parece ser que hoy día tiendo a verla más como un conjunto de tres, pero no estoy demasiado seguro tampoco. Es un libro que tanto puede terminar en tres como seguir indefinidamente.

¿Esa noción de cuarteto podría provenir de Lawrence Durrell?

No, no, no... No tengo nada que ver con Durrell, y tampoco lo he leído demasiado...

Y por el lado de la segunda novela, cuyo título es un verso de Juan Luis Martínez, ¿qué tipo de relación tendrías tú con Martínez, a nivel de narrativa?

Bueno, Juan Luis es un hombre que maneja materiales recibidos, ¿no es cierto? Los disloca, los trastoca, los traslada, los integra, los rompe... Lo que hace fundamentalmente es un *collage* bastante literario...

Su libro se llama La nueva novela...

...y es un libro de poesía, que también supone una postura frente a la poesía que tiene muy poco que ver con la tradición chilena.

Ni con el género poesía...

Claro... Y me interesa a mí en Juan Luis esta especie de tierra de nadie, desde el punto de vista genérico en que se sitúa. Me interesa el sentido del humor, el espíritu de juego, ¿no?, el manejo de materiales recibidos, la sobrecarga literaria que hay en su postulación como forma también del juego. Y ese verso, "la escalera

contra la pared”, lo tengo acá... tiene que ver con el pasado de mi trabajo, se mueve un poco en una cierta dimensión evocativa, y ahí veo también otra relación. Entonces es esto: “A fin de remontarse en sus recuerdos, aplique una escalera contra la pared, pero no empiece a subir sin haberse provisto de una cuerda, uno de cuyos extremos será sólidamente fijado al piso y el otro enrollado alrededor de su puño izquierdo. Por no haber tomado esta precaución, muchas personas nunca han vuelto...”.

¿No notas un nexo con Historias de cronopios y de famas?

Sí, por cierto. Esto se parece mucho...

Son como las instrucciones para cantar, bajar la escalera...

Sí, sí...

Hablemos de la situación de la narrativa chilena en la actualidad. ¿Qué cosa está ocurriendo?

Bueno... En la gente de mi generación, nacida alrededor del 37, digamos, entre el 35 y el 40, hay dos prosistas que a mí me interesan mucho. Uno es Hernán Valdés, especialmente por su libro *Zoom*...

Tiene otro que se llama *Cuerpo creciente*...

Sí, pero ese no me interesa demasiado. *Zoom* sí es un libro importante. Y el otro prosista es Mauricio Wacques con un libro reciente: *Frente a un hombre armado*. Son postulaciones bastante críticas respecto a esto que podríamos llamar el arte de la novela, ¿no? Ahora, en gente más joven... En Chile lo más importante ha sido siempre la poesía y uno está encontrando en las distintas promociones que van apareciendo a poetas interesantes. No siempre prosistas interesantes, no siempre. Y en autores mayores, en fin, como en la generación del 50, Edwards...

¿Hay algún nexo entre *Zoom* y tus proyectos narrativos?

No, yo pienso que no. Es un libro que a mí me importa, pero no veo ningún nexo, como tampoco lo veo con los trabajos de Mauricio Wacquez. Te los señalo porque para mí son propuestas de mucho interés.

Entonces El rincón de los niños se inscribe, desde su publicación, como un proyecto que no tiene mayores antecedentes en Chile...

Si los tiene, los tendría en Juan Emar y en Lihn.

¿Y los jóvenes entre veinte y treinta años? ¿No hay ninguno que apunte como narrador de importancia?

No lo veo, no.

¿Conoces algo de narrativa peruana?

Solamente los nombres obvios: Arguedas, Mario Vargas Llosa... No he leído nunca cosas de Bryce, por ejemplo, que entiendo que es muy interesante.

¿Y a nivel hispanoamericano?

A mí me interesa mucho Cabrera Infante. También Manuel Puig. Probablemente sean los dos prosistas que más interesan.

Aparte de tus lecturas en lengua inglesa...

Sí, cómo no. Pero en lengua inglesa, fíjate tú, como que uno ya no lee mucho más después de 1930... Precisamente ayer me regalaron un libro de un escritor inglés reciente, un libro que no tiene más de seis años, con entrevistas a novelistas inglesas actuales. Y es profundamente aburrido, sin interés. La prosa inglesa se ha

convertido en una especie de recinto provinciano, que sigue siendo demasiado específicamente inglés, demasiado limitadamente preocupado de una especie como de renovación, de remanejo, de repostulación de los mismos temas dentro de las mismas actitudes.

En ese sentido la novela inglesa es, en cierto modo, ingenua, realista, de *manners*, como dicen ellos, de costumbres, pero no exactamente de costumbres sino más bien de maneras, de modos de ser y de relacionarse entre personas. Es el problema de la relación humana, de la relación entre individuos dentro de un contexto social, algo así como el centro de la novela inglesa. En cierto modo lo ha sido siempre, ¿no? Eso está en James y en Lawrence. Pero no es propiamente una novela que tenga conciencia de sí misma en cuanto a medio, no es una novela que se preocupe de sus propios materiales. Hay excepciones, autores marginales, como, por ejemplo, Wyndham Lewis, que era también pintor, en los años veinte... vanguardista, líder del movimiento vorticista, que tiene bastante interés en este sentido, pero que no es una persona central en la tradición inglesa.

¿Y en el caso de Norteamérica? Pienso en Updike, en Barthelme...

Sí, sí... Pero la verdad de las cosas, me parece a mí, que en materia de prosa lo que a uno más le interesa desde unos quince años atrás a esta parte es lo que se escribe en español en América Latina, ¿no? Es decir, realmente uno no encuentra nada novedoso en Norteamérica; incluso uno encuentra un proceso inverso, una influencia de los autores del *boom* en los prosistas norteamericanos actuales...

Como en el caso de Barth, que tiene influencia de Borges...

Justamente, justamente... Ahora, claro, más allá de toda la bulla del *boom* uno también empieza; digamos, a validar a autores latinoamericanos anteriores al *boom*, como el propio Borges o Carpentier y ciertamente Juan Rulfo. Autores clásicos, se podría decir, que han adquirido una solidez que está más allá del brillo de la moda, del brillo del momento, que les va dando una especie de vigencia renovada...

Y que a su vez irradian todo lo que viene...

Exactamente.

EL MEJOR DE MIS MAESTROS*

Diego Muñoz Valenzuela

Me parece sentir que está allí, sentado, silencioso, sonriente, entre vosotros, cargando su pipa con *Half & Half* atesorado en su tabaquera aromática, preparándose a escuchar con un rostro ensoñado y lejano, como si nos mirara con la mayor atención desde otra galaxia, próximo y distante a la vez.

"Diego era un hombre delgado, vestido con elegancia, que miraba con los párpados entrejuntos sin responder a las preguntas que le parecían majaderas. Nos infundía mucho respeto, acaso por la parquedad y precisión de su lenguaje y porque sostenía opiniones distintas de la rutina burocrática". Así lo retrató el escritor Luis Merino Reyes, uno de sus amigos más queridos¹.

Mi padre, hijo de don Diego Antonio Muñoz y de doña Josefina Espinoza, fue el único, último y esperado hijo varón entre cuatro hermanas que formaron una familia acomodada. Nació el 13 de octubre de 1903 en Victoria, en medio de la región de La Frontera, "ciudad que conocemos como la palma de las manos y donde nos hicimos amigos de los trenes anochecidos, sus lluvias intensas y sus indios melancólicos" al decir de Marino Muñoz Lagos². Allí creció viendo madurar una y otra vez los interminables campos de trigo que convirtieron esa región en un sitio de prosperidad increíble, aspirando el aroma de la madera recién cortada en los aserraderos, navegando y nadando en el caudaloso río Cautín, visitando en reuniones sociales los modelos franceses elegidos por catálogo y traídos por barcos que cruzaban el océano, entrando con otros chicos subrepticamente en las quintas para robar cerezas y manzanas a los furibundos dueños que los perseguían mazas en ristre, advirtiendo el rencor o la desesperación en los sombríos rostros de los aparentemente domeñados mapuches.

A los siete años, en 1910, conoce Santiago en una visita con sus padres y le toman una fotografía con su impecable traje marineró francés, muy pequeño, rodeado por sus hermanas. Esta fotografía, ocupa un lugar destacado en su casa-barco de Ñuñoa. La imagen no muestra, ocultos por el cuerpo del niño, los terribles fierros empotrados en el piso de los cuales emergían unas tenazas diabólicas que sujetaban sin piedad la parte trasera del cráneo de la víctima, inmovilizándola totalmente e impidiendo que estropeará el negativo. Su primera visión de Santiago fue desde un coche tirado por caballos, en brazos de su madre luciendo un elegantísimo sombrero con plumas de avestruz. En la calle, se desplazaban señores de bigotes entorchados, vestidos con levita y ostentando tarros de pelo. Aquel año era

*Conferencia sobre el escritor Diego Muñoz E., dentro del ciclo "La Bohemia Nerudiana" organizado por la Fundación Pablo Neruda y la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

¹ Luis Merino Reyes, "La singularidad de Diego Muñoz", *Forjón Mapocho*, 12 de mayo de 1990.

² Marino Muñoz Lagos, "El escritor Diego Muñoz", *La Prensa Austral*, 17 de mayo de 1990.

de fiesta: se celebraba el centenario de la Independencia y presidía las ceremonias el Presidente de la República don Ramón Barros Luco.

En 1915 volvió a visitar Santiago, a causa de una enfermedad de doña Josefina. Viendo que la estadía iba a ser más larga de lo esperado, don Diego Antonio matriculó a su hijo en el Instituto Nacional, para que no se retrasara. Cuando la madre al fin mejoró, tuvo que quedarse solo en Santiago a terminar sus estudios, alojando en una residencial de la calle Ahumada donde escribía cartas borroneadas por las lágrimas a su madre. El hijo, único varón, hubo de desprenderse así de sus privilegios y debilidades, acercándolo a la comprensión de los sufrimientos de buena parte de la humanidad, sensibilidad que va a ser la clave fundamental de su literatura, junto al expedito dominio del lenguaje.

A fines de año volvió dichoso a Victoria junto a sus padres y hermanas que habían ido a buscarlo en masa a la residencial, que a esas alturas ya no le parecía tan terrible. En 1916 partió —una vez más en soledad, aunque más preparado para ella— a estudiar al liceo de Temuco, donde tuvo dos singulares compañeros: Neftalí Reyes Basoalto y Gilberto Concha Riffo, que habían de convertirse en entrañables amigos de toda una vida, aunque bajo los seudónimos que los llevaron a la fama: Pablo Neruda y Juvencio Valle. En el liceo de Temuco, y después en el de Concepción, comienza a leer con fruición la literatura rusa, puesta en primer plano por aquellos diez días que estremecieron al mundo para culminar en la triunfante Revolución Bolchevique. Desarrolla también su afición por el dibujo y la pintura, que años después lo llevara a estudiar en la Academia de Bellas Artes. Guiado por un singular maestro, don Enrique Marshall, se interesa en la vieja literatura española, llegando a dominar por completo el castellano antiguo, en el cual componía *cuadernavías* humorísticas que le hicieron célebre entre sus compañeros de curso. He aquí el origen de una pasión por la trova y la juglaría, que habría de convertirlo con el transcurrir de los años en un estudioso investigador de la poesía popular.

La afición por la literatura va destilándose lenta, pero seguramente. Lee libros a raudales: Tagore, Dostoievski, Gogol, Chejov, Whitman, Gorki, Kuprin, Andreiev pasan por sus manos. Funda y dirige una revista de literatura llamada *Albores* donde hace de todo: desde diseñar la portada, hasta publicar artículos, cuentos y poemas que sobresalían demasiado por sobre los de sus innecesarios, aunque decorativos colaboradores. También practica otra habilidad que iba a servirle en el futuro bohemio que le había sido deparado: el pugilismo. Como en todo liceo que se precie de tal, en Temuco existía un lugar de honor, un templo erigido al dios Marte, un circo romano en que los gladiadores combatían vitoreados por la gleba vociferante y ávida de sangre. Relata Oreste Plath que “este lugar era llamado ‘La Escalerita’, aquí dirimió Diego Muñoz muchos problemas a bofetadas. Todos, casi todos los estudiantes, entre ellos Neftalí Reyes, pelearon a puño limpio”³.

Curado casi por completo de las angustias de la soledad y las *sauudades* familiares, y residente en la más lejana ciudad de Concepción, otra obsesión perdurable se

³ Oreste Plath, “Quién es quién en la literatura chilena: Diego Muñoz”, *La Nación*, 3 de septiembre de 1939.

apodera de él mientras cursa el quinto año de humanidades: la navegación hacia tierras remotas. La lectura del periódico le reveló un aviso extraordinario: anclado en Talcahuano, un barco con rumbo al lejano oriente requiere contratar a dos sobrecargos. Ni él ni un secuaz circunstancial dudaron un instante: era la oportunidad de su vida. Escapan del internado la misma noche, pero llegan a Talcahuano cuando las vacantes ya han sido ocupadas. El retorno es deprimente y frustrante: un castigo de tres meses espera a los prófugos.

Al término de la Primera Guerra Mundial, la crisis económica que sacudió al mundo llegó también –como era previsible– a Chile y también a las estaciones ferroviarias de La Frontera, donde se acumulaban montañas de trigo, cebada y madera que no podían ser adquiridas por nadie, menos aún por millares de cesantes desesperados. Se inicia una época de enorme descontento popular, de huelgas obreras y manifestaciones estudiantiles. La represión no conoce límites: se asalta el local de la Federación de Estudiantes, es asesinado el poeta mártir José Domingo Gómez Rojas, los trabajadores son perseguidos inmisericordemente. La vorágine social es inmensa. En este escenario, la generación de Pablo Neruda, Juvencio Valle y Diego Muñoz llega a la universidad, donde se concibe la posibilidad de superar estas injusticias y construir una verdadera democracia. Las esperanzas se confunden con la alegría de la bohemia, que oculta una vida no exenta de amarguras y privaciones, aunque no por ello menos plena de amor y de aventuras. La bohemia es una moneda de dos caras: felicidad y angustia, amor y borrasca, escape y conciencia se mezclan perfecta e indisolublemente. Pero la ilusión democrática ha de esfumarse en medio de la demagogia, el oportunismo y los siempre atentos ojos y manos de los carceleros militaristas. Finalmente, sobrevendrán la dictadura militar con sus inseparables hermanas: la policía política, la censura de prensa, el exilio, la tortura, una historia que –por desgracia– estaba destinada a repetirse más de una vez en nuestra historia.

Al borde de la expulsión de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, por sus actividades políticas, y hostigado por la policía viaja a Valparaíso, donde el poeta Zoilo Escobar lo embarca de “pavo” rumbo a Arica, cumpliendo así su postergado destino de navegante. El objetivo es terminar sus estudios en Ecuador, donde vivió tres años estudiando y trabajando como periodista, y –tal vez sin saberlo– recogiendo valioso material para libros de cuentos como *Malditas cosas* y *De tierra y de mar*. Hace de las navegaciones marítimas su pasión y recorre en goletas el golfo de Panamá, las islas Galápagos y casi toda la costa de la región. También incursiona en las plantaciones tropicales y en las selvas y ríos, donde contrae la malaria, conoce la picadura de terribles insectos y logra escapar del veneno de las víboras.

Regresó a Chile en 1931 a testimoniar la caída de la dictadura de Ibáñez. Volvió como tripulante de la goleta *Abelardo Rojas*, ya convertido en eximio marino. Lo espera una tarea ardua y urgente: escribir una novela que diera cuenta del enorme movimiento civil que hizo dar por tierra al régimen militar. Así, surge, escrita en período *record*, su primera obra publicada: la novela *La avalancha* que es recibida con entusiasmo por la crítica e incluso celebrada encomiásticamente por *El Mercurio*, ya amnésico de su pasado romance con el férreo mando de Carlos Ibáñez.

Dos años después, en 1933, publica *De repente*, novela iniciada en sus tiempos de estudiante, mientras simulaba atender las tediosas cátedras de Procedimiento Civil de la carrera que jamás ejerció.

De repente, considerada por muchos críticos y estudiosos como su mayor obra, cuenta con poco más de cien páginas de una prosa llena de revelaciones del alma humana, hondamente psicológica, singular en su estructura, innovadora en el lenguaje y en la forma, plena de diálogos ágiles y exenta de intervenciones y opiniones del narrador. “Los dos pequeños libros más fascinantes de nuestra literatura son, seguramente, *La amortajada* de María Luisa Bombal y *De repente* de Diego Muñoz” –asevera Neruda– “están alejados uno del otro como dos polos. El uno es polarmente sueñero, el otro es antárticamente real, pero en ambos se puede vivir y soñar, ser y dejar de ser. Los dos son una caída, una cascada, un abismo en cuyo fondo caeremos con los ojos cerrados para encontrarnos con nosotros mismos”⁴. Haciendo gala de su buen e inteligente humor, Luis Sánchez Latorre –a propósito de este comentario de Neruda– expresa: “Si yo tuviera un modesto tallercito de hojalatería literaria pondría a mis alumnos del género narrativo a trabajar sin tregua sobre dos volúmenes especiales, recomendados en *Isla Negra*”⁵.

He tratado de bosquejar –en apretada síntesis– la infancia y la juventud de mi padre en estas líneas, porque me parecen importantes para revelar los aspectos más esenciales de su formación como ser humano y como escritor, indicar algunas claves fundamentales de su sensibilidad literaria y sus preocupaciones culturales y sociales. De ese magnífico caldo de cultivo, que fueron las primeras décadas de este siglo, con su carga ambivalente de guerras, invenciones, miseria, lucro, prodigiosos descubrimientos y autocracia, no podía sino surgir una también magnífica generación de escritores, con una literatura tan bien asentada en las preocupaciones del hombre como en las preocupaciones de la estética y el lenguaje. Era tan difícil sustraerse a la influencia de la innovadora literatura del Viejo Mundo como a los sufrimientos de los miles de desocupados. La guerra de imperios estaba al alcance de la mano en cuanto a sus devastadores efectos económicos que multiplicaban por mil los horrores bélicos. El permanente recuerdo de los bosques del sur, de sus aromas fragantes, de sus joyas vivientes y sus increíbles tesoros debe haber ayudado a aminorar los sufrimientos de los alegres bohemios. Y el *bon vino*, la chicha, la cerveza y el aguardiente deben haber aplacado el frío y alimentado el amor en las noches de juerga del *Zeppelin* o del *Hércules*. Había allí una predestinación, un designio misterioso e irresistible: escribir, escribir más allá de cualquier contingencia triste o amarga, escribir porque es un mandato venido de lo más hondo e incomprensible de nuestra conciencia.

Más de una vez he dicho, e incluso escrito, que era un padre extraño, pero que su originalidad no residía solamente –como pudiera imaginarse– en su condición de escritor, en su creatividad o en supuestas extravagancias, sino que en un

⁴ Pablo Neruda, “Saluuuuud!... a Diego Muñoz”, prólogo a *De repente* (Santiago, Editorial Orbe, 1964).

⁵ Luis Sánchez Latorre, “Los días de don Diego de la Noche”, *Las Últimas Noticias*, 29 de abril de 1990.

hecho del todo desusado para un padre: estaba muchísimo tiempo en la casa. Claro, estaba siempre en su casa-barco de Ñuñoa, porque ahí podía escribir y leer mejor que en cualquier otra parte, viendo a través del ventanal el cañaveral agitado por el viento, observando –ágiles y graciosas– deslizarse por el muro de ladrillos a las lagartijas irisadas, escuchando el canto de los zorzales y los jilgueros a la sombra de un parrón. “Un escritor está siempre leyendo o escribiendo. ¿Qué más podría hacer?”, me dijo una tarde Luis Merino Reyes. Y yo bien sabía que era verdad.

Me alejo hacia atrás en el tiempo, cuando después de clases solía convertirme en el furibundo Tigre de la Malasia clamando venganza al tiempo de saltar al abordaje desde la cubierta de mi prao, cimitarra en ristre, dispuesto a dar terrible muerte a los cipayos de James Brook. Pocos metros más allá de la horrisona batalla naval, en medio del fragor de las espingardas y del espeso humo de la pólvora imaginaria, Diego Muñoz vivía otra aventura fantástica que traspasaba por código Morse a las teclas de su Underwood. Sandokán, de cuando en cuando, suspendía la batalla para vigilar a su padre enfrascado en la escritura de un nuevo cuento. El padre, de cuando en cuando, suspendía su labor para asegurarse que el peligroso pirata no estuviera cometiendo alguna barbaridad en el mundo real que ambos –cada cual a su modo– habíamos abandonado temporal y gozosamente.

Así transcurrían las mañanas de primavera y verano. Él trasladaba su Underwood al patio, bajo el parrón. Disponía sobre la mesa resmas de papel y carpetas con calco. Había que poner una hoja de papel, un calco, una hoja de papel, y así hasta llegar al número de copias necesario: seis o siete. Una de mis primeras ecuaciones fue la de las copias a máquina. Si uno necesita “n” copias, debe conseguir “n-1” calcos, digno de Einstein. Ésa fue mi iniciación en la ciencia matemática. Esa ecuación la aprendí muy pequeño, mientras ayudaba a preparar interminables castillos de hojas y calcos. Esto ocurría, como es natural, en la era preXEROXiana y precomputacional. Ahora basta con un buen computador personal, una impresora y una buena fotocopidora. Sobre la mesa también se disponían un cenicero, la tabaquera, la pipa, carpetas con escritos corregidos a mano, libros. Yo trasladaba mi fusil láser con mira telescópica y me aprestaba a luchar –convertido en Flash Gordon– contra los peligrosísimos invasores intergalácticos y contra los monstruos del espacio. Y pasábamos mucho tiempo juntos, mucho más del que cualquier niño pasa con su padre. Eso iba a tener un resultado con el tiempo. Íbamos a ser más que padre e hijo, grandes amigos, compañeros de fechorías, fanáticos del cine, buenos bebedores, arriesgados excursionistas, comentaristas de libros, combatientes clandestinos y –por cierto que con nuestras diferencias– musicólogos empedernidos.

“Estás en la playa llena de caracoles y conchitas y piedrecitas que brillan humedecidas por el agua, y tú buscas la más linda de todas para guardarla en la bolsita de género que te hizo la abuela con sus manitos temblorosas (las mismas que te revuelven el pelo), te roza el agua de mar la planta de los pies a veces, alegremente escapas lleno de risa con la olita apegada a los talones y un caracol azul enorme que apenas puedes sujetar entre los deditos tapizados de arena, un caracol azul oscuro graaande que te muestras orgulloso a tu papá ocupado en vigilar el mar con la pipa apretada entre los dientes, tu papá que sonríe para

atraparte y hacerte cosquillas y revolcarte en la playa de arena negra donde arriba vuela un alcatraz inmenso majestuoso entre los cientos de gaviotas, tan alto navega el alcatraz que se lleva los ojos de tu papá (qué lindo, papá, qué es eso) (un alcatraz) (qué lindo, papá, como vuela) (sí) y no hay nadie más en la playa que papá y tú mirando el ave navegar tan alto encima de los húmedos azules caracoles incrustados en la arena negra⁶.

Ahora se ha puesto en la orden del día la batalla generacional entre escritores, y los periódicos comienzan a iluminarse con las viejas disputas acerca de lo que es nuevo y lo que no lo es. Estas disputas son saludables siempre que se hagan en nombre y en beneficio de la literatura, y no por vanidad o por mezquindad. A mí me asombra cuando alguien salta a la palestra y borra de una sola plumada a todo el resto, declarando ufano que la literatura empieza y termina con él, dejando tal vez algo de espacio, no demasiado tampoco, para algunos amigos. Escritores de esta especie existen en todas las generaciones: los que creen sólo en sí mismos y los que creen más en una cultura y una literatura plurales. Lo que me irrita no es sólo la vanidad, sino que la deleznable mezcla de ignorancia y mezquindad. Yo creo firmemente en el valor de la generación a la que pertenezco, pero creo en el valor de lo que podemos hacer como obra cultural colectiva, más que como éxitos individuales e imperios personales absolutistas, sobre todo cuando éstos se basan más bien en el acceso al poder económico, al oficio de las buenas relaciones o a la ayuda de algún personaje arrancado de las páginas de la Inquisición o del Medioevo. Por eso soy y he sido un firme defensor y difusor de mi propia generación, la *generación del 80*, que es al mismo tiempo heredera y renegada de la mejor tradición literaria chilena. Encontramos gran apoyo en unos, los mayores, la generación de Neruda, pero también encontramos indiferencia en otros, con brillantes excepciones por cierto, y tomando en cuenta el exilio y la distancia de quienes estaban imposibilitados de tendernos la mano. Esa extraña afinidad con la vieja guardia, que se salta más de medio siglo, viene con seguridad de las dictaduras que nos tocó enfrentar.

Cuando yo nací, mi padre tenía 53 años, es decir, teníamos varias generaciones de diferencia. Eso jamás fue obstáculo para conversarlo y discutirlo todo, de igual a igual, no hubo exclusiones ni negaciones *a priori* para nadie. Cuando comencé a escribir con pretensiones que excedían la simple afición, él se convirtió en el primer crítico de mis trabajos, y en el más severo, no sólo como escritor, sino también como gramático. Me enseñó a utilizar las palabras en sus significados precisos, a consultar las dudas en el *Diccionario* de la Real Academia, a preservar el idioma como una joya valiosa, a dominarlo primero, antes de pretender transformarlo o alterar sus reglas, pero también me enseñó que el idioma era una entidad viva, dinámica y cambiante. Con implacable honestidad me sugería cambios de palabras, de frases, de párrafos completos, corregía mi sintaxis, destrozaba mis argumentos y mis giros lingüísticos con una acidez que me enrabiaba y me hacía retornar una y otra vez a la máquina furibundo y decepcionado. Más de una vez pensé que gozaba torturándome, que un buen padre

⁶ Diego Muñoz Valenzuela, *Todo el amor en sus ojos* (Santiago, Ed. Mosquito, 1990), pág. 52.

debiera alentarme más, celebrar mis textos, aplaudirme. Después pensaba que posiblemente tenía razón y que mi obsesión carecía de sentido. Sin embargo, el empecinamiento pudo más: un día, sorprendentemente me dio su aprobación. Yo quedé trémulo, silencioso, alelado. Esperaba una nueva andanada mortal sobre mis hombros, pero no, sonreía satisfecho. “Éste eres tú”, me dijo, “estás logrando sacar el escritor que tienes dentro”. Entonces comprendí el sentido de su crudeza y la enorme dosis de amor que residía debajo de la áspera corteza de su crítica.

Así fue siempre: directo, mordaz, franco, y –al mismo tiempo– fraternal. Buena parte de mis amigos y compañeros de generación los conocí gracias a su permanente interés por los escritores jóvenes, a quienes ayudaba, criticaba, alentaba y también –a veces– premiaba en los escasos concursos de la época de dictadura. Creo, con cierto alegre tinte de celos, que fue él quien me transfirió su aprecio por varios de mis mejores amigos y compañeros de oficio. Mi padre me enseñó a valorar nuestra tradición literaria, que muchos se apresuran hoy a negar y a minimizar, me temo más por desconocimiento que por mera soberbia. Me pregunto quién puede enaltecerse sobre la base de la negación o la minusvaloración de los demás, aunque imagino que ésta es una consideración que contradice los axiomas del posmodernismo –cito al lúcido crítico Camilo Marks–, “esa palabreja que ahora se usa en todo orden de cosas y también en el contexto literario” y que “como todas las palabras ómnibus, parece que significa muchas cosas, pero en el fondo dice muy poco o nada”⁷. Yo debo muchísimo a nuestros grandes escritores chilenos, y me daría vergüenza olvidarlos, renegar de ellos, o juzgarlos sin considerar los parámetros de su época y dejándome llevar por el influjo de las “modas” literarias. Quiero decir, por ejemplo, que me parece inconcebible no poner en primer plano a libros como *Subterra* de Baldomero Lillo, *La sangre y la esperanza* de Nicomedes Guzmán, *La viuda del conventillo* de Alberto Romero, *Diez* de Juan Emar, *Hijo de ladrón* de Manuel Rojas, *Vidas mínimas* de José Santos González Vera o *De repente* de Diego Muñoz, por nombrar sólo algunos.

Ramón Díaz Eterović se refiere a este tema: “Diego Muñoz, lo decimos con el cariño que se siente por los viejos maestros, acompañó con sus palabras de aliento a muchos poetas y escritores jóvenes, en esos años duros de la década de los setenta, cuando escribir era un oficio riesgoso y solitario. Cuando pocos se atrevían a hablar de libertad, de trabajo gremial y solidario, él estuvo presente. A veces el olvido es una complicidad. Y hoy con nuevos aires e ideas recorriendo por las calles, se necesita dar a conocer la obra de los escritores jóvenes, pero también, porque existen generaciones que ignoran sus nombres y obras, a los escritores de la vieja guardia”⁸.

Refiriéndose a su novela *De repente*, Fermín Estrella Gutiérrez –crítico y periodista argentino– escribió: “Estamos en presencia de un narrador nato, de extraordinario talento, que sabe cómo se crean personajes y ambiente y que conoce a fondo

⁷ Camilo Marks, “Crisis de la crítica y crisis de la cultura”, revista *Simpson Siete*, Sociedad de Escritores de Chile, 1992, volumen 1, págs. 112-122.

⁸ Ramón Díaz Eterović, “*De repente* y el olvido de la vieja guardia”, revista *Impactos*, año I, N° 8, Santiago, 5 de mayo de 1990.

su oficio de novelista. Las descripciones prueban su estilo hecho, completamente ajustado al asunto y temperamento del autor. Los diálogos entablados con una maestría poco común entre nosotros... El idioma correctísimo, lleno de docilidad y de hermosos hallazgos, es otra de las excelencias del libro. Pero, sobre todo, lo que flota como una atmósfera impalpable a través del relato es la ternura: una ternura humilde que nos hace amar a sus personajes⁹. Otro crítico bonaerense –Héctor Eandi– coincidió al establecer que “*De repente* es una suerte de novela picaresca de factura muy moderna, pero de raíz intemporal, a esto último deberá, sin duda, su perduración en el tiempo... El libro está escrito en un idioma ágil, llano, esmaltado de observaciones psicológicas agudas, de giros inesperados, de observaciones curiosamente acertadas”¹⁰.

La crítica nacional también celebró esta obra en la voz de Eduardo Barrios quien, refiriéndose al modo de narrar de Diego Muñoz, destaca “una energía expresiva y una sutileza de observación y análisis comparable a esas virtudes en los novelistas rusos”¹¹. Y Ramón Díaz Eterović, uno de los narradores de la Generación del 80 que exhibe mayor conocimiento y más exacta valoración de nuestra literatura nacional, describe esta *nouvelle* como “plena de descripciones acertadas para recrear una serie de personajes inolvidables, ágil en su estructura y lenguaje” y agrega que “fue una suerte de remezón dentro del estilo de novelas que se escribía en los años de su publicación”¹².

A sus novelas *La avalancha* (1931) y *De repente* siguió rápidamente un volumen de relatos: *Malditas cosas* (1935), “el tomo de sus cuentos maestros”¹³, al decir de Luis Merino Reyes. En *Malditas cosas* figuran dos de sus cuentos más conocidos, incluidos en múltiples antologías: *Niña de color* y *El querido maestro*, ambas obras maestras no sólo de literatura, sino que también hermosas lecciones de humanidad. Y conste que cuando hablo de humanidad no hablo de moralina ni de moralejas, hablo de grises y medios tonos, de seres que sufren y ríen estremecidos por sus contradicciones, que pueden ser crueles y felices, insensibles y desesperados, tiernos y feroces en un mismo instante. El prodigio del escritor consiste en ver todo lo que se oculta a los ojos de la mayoría, en descubrir el horror y la maravilla que anidan en las vidas aparentemente planas, en observar con penetrante mirada de rayos x a los seres humanos que casi siempre olvidamos llevan dentro de sí, cada uno, atrapado el universo completo.

En 1953 –después de un paréntesis consagrado a la escritura silenciosa, al periodismo y a la investigación de la poesía popular chilena– publicó *Carbón*, novela donde narra la historia de una de las huelgas más largas y heroicas protagonizadas por la clase obrera chilena. Esta obra fue traducida al ruso, al finés y al búlgaro, fue publicado también en Cuba y, a la postre, le significó una invitación a la Unión Soviética en 1971.

⁹ Fermín Estrella Gutiérrez, “Crítica literaria”, revista literaria *Norte*, Buenos Aires, 1933.

¹⁰ Héctor Eandi, “Crítica literaria”, *La Nación*, Buenos Aires, 1934.

¹¹ Eduardo Barrios, “Crítica literaria”, *Las Últimas Noticias*, 1933.

¹² Díaz, *op. cit.*

¹³ Merino, *op. cit.*

Antes de ser publicado, en 1964, el volumen de cuentos *De tierra y de mar* obtuvo los premios Gabriela Mistral y Pedro de Oña. Aquí relata buena parte de sus recias y auténticas experiencias marítimas en los años treinta, cuando partió al exilio en Ecuador. Relatos como *Barco frutero* y *Gente del "Celaje"*, tienen tal vigor literario que nos transportan a un mundo de personajes de carne y hueso desbordantes de pasiones y aventuras. Los cuentos de tierra como *Breve separación* y *El zapatero cuya alma se llevó el diablo*, comparten la potencia lingüística de los de mar, y penetran con agudeza en nuestra idiosincrasia, revelando características y momentos históricos poco tocados –lamentablemente– por nuestra literatura.

Otro libro de relatos llamado *Cinco astillas* fue publicado en 1969, después de obtener el Premio Gabriela Mistral. En 1970, recibió una distinción especial de la Academia Chilena de la Lengua, al nominarlo como el "mejor libro del año". En este libro se plasman con entera libertad y madurez sus cualidades más altas: lenguaje sencillo, preciso y perfecto; argumento atractivo y desarrollo vigoroso y moderno; humanismo pleno y convincente, exento de maniqueísmos y pacaterías. *Allá abajo*, cuento de antología, es una pequeña joya, una asombrosa astilla que nos sumerge con impresionante anticipación en el mundo indígena altiplánico, sometido a los arbitrios de la etnia dominante. *El reposo*, *Nuevo domicilio* o *El cordero de Dios* son obras maestras de quien ha alcanzado pleno dominio del arte literario, introduciendo innovaciones estilísticas y estructurales que lo ubican en un puesto singular dentro de su generación.

Otra de las pasiones que orientaron su vida fue la investigación de la poesía popular chilena y su conexión remota con la juglaría medieval española. El romance llegó a Chile con los conquistadores, en la boca de aventureros que iluminaban el tedio de las largas noches en que los guerreros esperaban la luz del amanecer para avanzar sobre territorios inhóspitos y desconocidos. En estas heredades de América se escuchó hace quinientos años el canto de los juglares, los tatarabuelos de nuestros poetas populares. Comprendo que lo hayan cautivado el ingenio, la inquebrantable vocación, la tenacidad de los poetas populares. Muchos de ellos eran personas de un temple extraordinario, forjados a sangre y fuego, criados en medio de terribles privaciones, autodidactas absolutos, muchas veces analfabetos que habían de memorizar millares de versos de su creación para recitarlos en el momento oportuno, quizá muchos años o décadas después. La improvisación es el paso superior de todo poeta popular: muchos de ellos pueden hablar en décima fluidamente, luchando contra *pies forzados* y contra la intrincada estructura de la *décima espinela*.

Junto a mi padre conocí a varios poetas populares y más de una vez lo acompañé en sus exploraciones por el campo de la zona central en busca de información.

Asistí a bautizos de guitarrón, escuché las voces de ancianas cantoras que mantenían en su memoria romances olvidados ya en la propia España, bebí chicha con harina tostada, presencié cuecas llenas de gracia y picardía, escuché el violento duelo de los payadores. Conocí a Lázaro Salgado, que era un demonio disfrazado de hombre, sólo reconocible por la mirada ígnea de las brasas que tenía por ojos, capaz de improvisar a la velocidad de su voz, conocedor de muchos *toquidos* olvidados de guitarrón, gran animador de las fiestas, de la Vega Central,

del Paseo Ahumada, que eran sus escenarios más preciados. Lázaro no sabía más que cantar y componer décimas, cuartetos, tonadas, valsecitos; había consagrado su vida por completo al arte y vivía cantando en bares, plazas, mercados y cabaretes. Llegó, incluso, a aparecer en cine y televisión en el pináculo de su fama de *poeta*, que de poco le sirvió a la hora de la vejez y la enfermedad.

También conocí a Ismael Sánchez, el zapatero remendón más sabio del universo, que se burlaba de los cultores del verso libre, diciendo que no tenía gracia eso de largar palabras con apenas cierto ritmo, cierta cadencia que era notoriamente inferior a la décima perfecta. “Ser *poeta culto* es cosa fácil”, se ufanaba, “quisiera verlos componer en décima espinela”. Un día leyó las *Odas* de Pablo Neruda y proclamó que él era capaz de hacer un poema tan bueno como esos. Mi padre lo desafió a cumplir la bravata y él aceptó; después de unos días fuimos a verlo y él nos entregó con arrogancia el manuscrito. No cabía duda, era una insuperable y refinada oda, tan buena como las mejores de Neruda. Había ganado el desafío y nos miraba con sus ojos inteligentes en búsqueda de la aprobación que recibió de inmediato. Lázaro Salgado e Ismael Sánchez están muertos ya, forman parte indisoluble de la leyenda de la poesía popular chilena, y con el transcurso del tiempo descubro que eran magníficos, increíbles genios del pueblo que mi padre supo descubrir y valorar como los grandes artistas que eran.

Su esfuerzo de investigación sobre la poesía popular se materializó en múltiples libros, entre los cuales podemos mencionar: *Brito, poeta popular nortino* (1945), *Lira Popular* (1969), *Antología de cinco poetas populares* (1971), *Poesía popular chilena* (1972). En 1954 organizó, junto a mi madre –fiel compañera y colaboradora en estos y otros afanes– el *Primer* (y hasta ahora único) *Congreso de Poetas Populares*, cuyo resultado fue publicado como separata de los *Anales de la Universidad de Chile*. En 1968 obtuvo la *Beca para Chile*, otorgada por la Municipalidad de Santiago, para continuar su trabajo folclórico. Por casi medio siglo publicó *Liras Populares* en diversos periódicos, llevando a cabo una monumental obra de difusión e investigación que –de existir interés– podría seguir dando frutos mucho más allá de su fallecimiento. Pero parece ser que estamos demasiado ávidos –compulsivamente angustiados casi– por olvidar el pasado y la historia, por hacer borrón y cuenta nueva, como para darnos cuenta que estamos tratando de difuminar nuestra propia raíz y razón de ser. Eliminar experiencias dolorosas es la peor terapia que puede escogerse, porque impide enfrentar los problemas y porque, además, extiende la amnesia hacia otras áreas de mayor importancia, como la cultura. Pero por fortuna no todos tienen memoria frágil, los poetas populares no olvidaron a Diego Muñoz, y todavía cantan en su honor.

Mis padres vivieron siempre inmersos en la vida intelectual y artística chilena, y desde muy pequeño tuve ocasión de conocer personajes que sólo mucho más tarde iba a reconocer su importancia. Con frecuencia asistíamos a mesas redondas, conferencias y recitales, amén de las celebraciones posteriores y las buenas reuniones de amigos de los fines de semana, que eran una suerte de evocación e invocación de los esplendores de la bohemia de los años veinte. Así conocí, y llamé “tíos” –con cariño y por cierto que con algo de inocente desfachatez– a Pablo Neruda, Juvencio Valle, Delia del Carril, Gonzalo Drago, Rubén Azócar, Luis

Merino Reyes, Freddy Jarvis, Guillermo García Burr, Luis Enrique Délano, Ángel Cruchaga Santa María, Homero Arce, Marta Jara, Alejandro Lipschutz, Hernán Cañas y tantos otros que esta enumeración seguiría y seguiría.

Sin embargo, hay ciertos recuerdos de la infancia que se mantienen indelebles y desafían al tiempo más que otros. Por ejemplo, cuando Neruda cumplió sesenta años yo estuve en la fiesta que se hizo en la casa de Isla Negra. Allí encontré toda la magia y el misterio que podía anhelar un niño de cuatro años: el monstruoso locomóvil dispuesto a resoplar su vapor y echar andar en cualquier instante, los centenares de botellas de siluetas extraordinarias y caprichosas, las vigas con nombres en el techo del bar, los esplendorosos y descubiertos senos de los mascarones, la mirada impertérrita y no exenta de amenaza de los impenetrables perros chou-chou atados junto a la casa, las campanas mecidas por el viento en concierto perpetuo, el aire fresco y salobre proveniente del océano estrellándose furiosos más abajo. Aquel día fui privilegiado ayudante de Neruda, el único investido de poderes suficientes para soltar globos de papel hacia la revuelta atmósfera de Isla Negra. Juntos desplegábamos los prodigiosos globos de colores cuya silueta iba dibujándose con lentitud, a medida que el aire caliente de la mecha les insuflaba la vida y las ganas de escapar en medio de los vítores de los asistentes que los veían erguirse, alejarse y empequeñecerse hasta desaparecer.

Allí también estaba Rubén Azócar con su rostro tallado en piedra venerable, con las cejas hirsutas que le daban el aspecto severo de un cacique sabio y temible, con esa férrea actitud con que presidía la mesa del Directorio de la Sociedad de Escritores como si fuera un mascarón de proa en medio de la tormenta, absteniéndose de naufragar e imponiendo su efigie adusta de maestro a respetables –incluso hasta vetustos– señores a quienes después de sus nítidas explicaciones preguntaba –según refiere Poli Délano que fue Director en ese período– con ojos llameantes y voz atronadora: “¿Me comprende?”, y después de una furibunda pausa pedagógica agregaba: “¿O no ha entendido nada de lo que he dicho?”. Sin embargo, ese maestro de rasgos duros y aspecto hosco era el más dulce, el más generoso y el más tierno de los viejos y queribles bohemios.

Estaba allí Homero Arce, alegre y brindante, con los ojos iluminados por una alegría transparente y simple, como la de un niño. Blandiendo siempre la mejor de las anécdotas narrada con arte mayor y esgrimiendo imágenes certeras capturaba la atención de quienes le rodeaban. Homero Arce, más conocido por el ejercicio de una abnegada secretaría de Pablo Neruda, es, sin duda, uno de los grandes sonetistas chilenos, olvidado entre tantos y tantos valores ocultos de nuestra literatura, inexistente para nuestros mayoritariamente desmemoriados estudiosos. Homero Arce se ha convertido en apenas la sombra de un destello para quienes lo conocieron y se debaten en la sobrevivencia regida por las leyes de la selva de la presunta sociedad posmoderna, donde el valor de un soneto perfecto es ínfimo o nulo frente a un *bono* o un *debenture*. “Una paloma picoteó una nube”, me dijo un día, “ésa es la diferencia de la poesía, la metáfora es algo que no existe, algo que no se ha dicho antes y que es posible sólo dentro de nosotros mismos”.

Años después, conocí en la misma casa de Isla Negra a otro personaje fascinante:

Willy García Burr, imagen real de Buffalo Bill, sombrero de ala ancha entorchado, melena alba, lisa y anudada atrás, larga pera y bigote impecables, me impresionó desde el primer instante. Pero cuando esperaba oír relatos de comanches y sioux desenterrando sus hachas de guerra, descubrí que era un apasionado geómetra, arte en el cual yo me iniciaba con cierta vehemencia próxima al delirio por aquella época. De este modo, asombramos a la concurrencia con nuestras disquisiciones euclidianas sobre planos que se cortaban en el infinito, rigurosas definiciones alternativas del punto, entidad tan exacta como difusa, axiomas, teoremas y corolarios que trazaban complejas figuras sobre el espacio de la mesa, donde entidades geométricas más reales como botellas de vino, vasos y personas se intersectaban continuamente.

Otro personaje largamente ligado a la vida de Pablo Neruda, que no puedo olvidar en este apresurado recuento, es Delia del Carril, "La Hormiguita". Nunca vi más luz en la mirada de alguien, más preocupación, más sincero amor. En Michoacán, la casa de Lynch, observé extasiado las gigantescas mariposas de alas azul eléctrico encerradas en el insectario junto a la chimenea, pude seguir su mano trazando los cuerpos de deslumbrantes caballos que venían a visitarnos de otro mundo a través suyo, caminé por el jardín selvático en busca de aventuras terroríficas, aunque sólo pude encontrar nueces, paltas y el viejo teatro abandonado al fondo del patio. Y sus mimos, sus ojos enormes y alegres diciéndome "tú debes ser un conquistador con armadura y espada, un explorador del África, un loco temible, mi cariño, *n'est ce pas?*". Y luego me besaba.

Apremiado por el tiempo, terminé esta galería de amigos entrañables y vuelvo a mi padre. Fue un hombre de cristalina pureza, de honestidad a toda prueba, virtudes que demostró –tal vez en exceso– durante el período dictatorial. En el entierro de Neruda dijo con firmeza ante las cámaras extranjeras que estábamos frente a un gobierno fascista. Pero ése era sólo el comienzo. Su coraje era increíble y admirable, desafiando a su vieja úlcera estuvo, junto a Juvencio Valle, en las primeras huelgas de hambre de las mujeres de detenidos-desaparecidos; participó en actos de trabajadores y estudiantes donde tomaba la palabra férreamente ante el temor de los propios organizadores que trataban de moderar su energía por todos los medios. En oportunidad que se realizaba un acto prohibido en el mismo Pedagógico, mientras denunciaba desde el estrado los horrores del régimen ante centenares de estudiantes que apenas creían lo que oían, la DINA hizo cortar la energía eléctrica para acallarlo, pero él siguió hablando voz en cuello, sin titubear, en medio de una inquietante oscuridad. Si hubo un escritor patriota, lleno de coraje hasta el extremo de la irracionalidad, fue Diego Muñoz, mi padre.

No obstante, ese mismo padre corajudo se transformaba en un corderillo a la hora de tratarse de su hijo. Yo, como la mayoría de los escritores de la Generación del 80, participamos activamente en la resistencia antifascista en los peores años del terror. Él nunca me preguntó ni me aconsejó nada, aunque en todos los años que viví junto a él en la dictadura no concilió jamás el sueño mientras yo no hubiera regresado a la casa. Esto me lo contó mi madre con el pasar de los años. Él, que vivió tres tiranías: la de Ibáñez, la de González Videla y la de Pinochet,

tenía terror de que me pudiera pasar algo, aunque también sabía que yo no hacía más que seguir el ejemplo de dignidad que me dio desde pequeño. Yo creo que jamás me preguntó nada porque prefería no saber. Y, sin embargo, muchas veces esperó angustiado mi llegada al filo del toque de queda o mi llamada telefónica para informar que todo estaba bien. Cuando estábamos juntos hablábamos de otras cosas: de libros, de música, de viajes, del pasado.

Así rememoramos el verano de 1973, cuando fuimos los dos solos a El Tabo por un par de semanas. Todos los días, después de almuerzo, él partía caminando a Isla Negra a conversar con Pablo. Volvía al atardecer y me contaba que habían estado hablando de una noche especial de juerga en el Hércules, de la descomunal trompada del "Patón" Oyarzún a un desgraciado insolente, de amoríos olvidados en el tiempo. Creo que en esos días reconstruyeron todo el pasado, día a día y hora a hora. Años más tarde, en base a esos mismos recuerdos, inició la escritura de sus inéditos *Recuerdos de la bohemia nerudiana*, valioso documento que se mantiene sin publicar por falta de interés editorial. Estas conversaciones me las relataba a la hora de cenar, mientras compartíamos una impajaritable botella de vino. En esos días terminó la guerra de Vietnam y celebramos juntos, con alegría y con alcohol, esa victoria que parecía anunciar un cambio positivo en el mundo, el fin del dolor y de la injusticia. Pocos días antes de regresar, mi padre demoró más de la cuenta en llegar, lo esperé hasta la hora de cenar cada vez más preocupado. Iba a llamar por teléfono a Isla Negra cuando un grupo de sonrientes amigos míos, compañeros de aventuras nocturnas, se adelantó a una procesión vibrante y dichosa. "Aquí te traemos a tu padre", dijeron divertidos, "lo encontramos dando vueltas por el pueblo sin encontrar la casa". La verdad es que estaba con sus tragos, contentísimo e ingenioso. Pablo había logrado burlar la guardia de Matilde con un par de botellas del más fino *scotch*. Ambos habían terminado borrachos y felices, como en los mejores tiempos. Fue la última noche de bohemia que tuvieron juntos. Luego vendrían tiempos difíciles y la propia muerte de Neruda. Pero esa noche estuvo muy alegre, como si estuviera en otra parte, cuarenta años atrás en el tiempo, sin más preocupación que hacer de la noche un espacio libre y mágico.

Quiero ahora narrar el sueño que tuve poco tiempo después de su muerte. Estoy frente al océano. El mar está azul, nervioso, encrespado, inquieto. Las nubes corren arrastradas por vientos lejanos y devastadores. Muy arriba, sobre las corrientes invisibles, flotan escuadrillas de alcatraces, gaviotas y cormoranes. Hace frío en este día gris, y mi padre me anuda con cariño su bufanda antes de besarme. También está José Gilvo aferrado con firmeza a mi brazo. Más allá, el querido maestro José Morbi y Pablo Serpa me miran con la tristeza de sus ojos nocturnos.

Miro al cielo para tragarme todo ese gris helado que me oprime la garganta. Entonces él me abraza y me susurra palabras alegres y mágicas como cuando era niño, como cuando nos bañábamos juntos en el agua salada y fría de Constitución, o cuando me hacía cosquillas a morir, o cuando hablaba de un capitán de barco noruego muy atrás en el tiempo. Entonces él me abraza y me aprieta fuerte, fuerte, fuerte, y vuelvo a ser el bebé que paseaba en sus brazos, y el adolescente al que explicaba los misterios de la poesía popular, y el joven escritor que criticaba y alentaba, y el hombre al que enseñó la medida primordial de la justicia.

Nos abrazamos justo cuando el mar se abre de repente en dos mitades, descubriendo el suelo de arenilla oscura, conchuela, rocas cubiertas de algas y moluscos, formando un sendero por donde viene retozando Belfor –el Lobito de Mar– a buscarlo. Más atrás diviso a Pablo, a Rubén, a Homero, a Rojas Giménez. Desde una resplandeciente carroza de concheperla hacen señas con sus guitarrones Abraham Jesús Brito, Lázaro Salgado, Ismael Sánchez. Por allá veo a Delia caminando entre Elías Laferte y el profesor Lipschutz. Viene mucha gente a buscarlo desde las profundidades marinas. Vienen alborotados, trémulos, exultantes.

–Ya es hora de partir– me dice con los ojos brillantes de cariño. Entonces nos estrechamos por última vez bajo las nubes arremolinadas, llenas de pájaros y cantos. Nos abrazamos y parte para siempre, rodeado de juglares, sabios, artistas, hombres puros. Y antes de desaparecer se da vuelta alzando su brazo por sobre la sonrisa resplandeciente para gritar ¡ADIÓS! ¡HASTA PRONTO! ¡VIVA LA VIDA! Entonces despierto y sé que está conmigo para siempre, dentro de mí, su inmenso amor por la humanidad.

“A mi padre, que fue el mejor de mis maestros” dediqué mi novela *Todo el amor en sus ojos*. Esteban Navarro –con su sagacidad de antipoeta exteriorista y láríco– me sugirió esta variante que guardé expresamente para hoy: “A mi maestro, que fue el mejor de mis padres”.

Marcos Libedinsky Tschorne

JESÚS BARRABÁS O EL HIJO DEL PADRE

Entre los muchos personajes inescrutables que surgen y se deslizan entre las páginas del *Nuevo Testamento* cabe destacar la persona de Barrabás, en razón de la importancia que la sola mención de su nombre tuvo en las narraciones evangélicas del proceso a Jesús.

La historia de Barrabás fue llevada al cine, magníficamente interpretada por Anthony Quinn; novelada por Par Lagerkvist, en forma que decidió en su favor el otorgamiento del Premio Nobel de Literatura, y estimada por los estudiosos en estas materias bíblicas como una apropiada introducción a problemas que se suscitan en torno a la historicidad de algunos episodios que los evangelios nos relatan.

El episodio de Barrabás está desarrollado, con algunas diferencias o variaciones, en los cuatro evangelios: en San Marcos (15, 6 - 15); en San Mateo (27, 15-26); en San Lucas (23, 13-25) y finalmente, en San Juan (18, 38-40).

Aunque la historia es bien conocida, recapitulémosla brevemente. Jesús ha sido capturado y entregado a Pilato. En la misma prisión donde se le lleva se encuentra otro prisionero llamado Barrabás, un rebelde o bandido. Es la fecha de la festividad de Pascua y en esa fiesta de peregrinación a Jerusalén quienes se encuentran en ella tienen el derecho a pedir la liberación de un preso. Pilato, el gobernador romano, ha quedado muy bien impresionado por la persona de Jesús y también convencido de su inocencia respecto del cargo que se le ha formulado. Pilato se aferra a la oportunidad de ofrecer la liberación de Jesús, pero los sacerdotes judíos, quienes se han movido entre la multitud, la convencen de no aceptar esta oferta. En cambio, piden la liberación de Barrabás. Pilato, afligido y dándose cuenta que tendrá que someterse, pregunta qué hará con Jesús, al que llaman el Mesías, y todos le contestan: ¡Crucifícalo! Pilato se horroriza por este sangriento pedido al que no puede negarse. Sin embargo, como desea liberarse de toda culpa en este asunto, públicamente se lava las manos en señal de su inocencia. Por otra parte, la muchedumbre judía insiste en su propia responsabilidad y en la de sus hijos por la muerte que solicita. Y así Barrabás es liberado y Jesús llevado para ser crucificado.

Presenta la particularidad este incidente de Barrabás que aquí aparecen reunidos todos los personajes que intervinieron durante el curso del proceso de Jesús. Los romanos, sospechosamente tan poco mencionados en los evangelios, representados por Pilato. Todos los grupos o sectas judías también aparecen representados: los principales sacerdotes y sus seguidores saduceos, los fariseos, los revolucionarios celotes y el pueblo judío en general, pretendiéndose mostrarnos a todos ellos unidos por un supuesto odio común a Jesús. El incidente se inserta, notoria y evidentemente, en la intención generalizada de los evangelios

de culpar exclusivamente a los judíos en la muerte de Jesús, excusando o disculpando a Pilato, representante del imperio romano, que pasa a desempeñar el papel sólo de una figura decorativa, débil de carácter, simple instrumento en manos de una muchedumbre de judíos a los que, no obstante, con anterioridad, como lo consigna un evangelista, el propio Pilato no había vacilado en matar, mezclando su sangre con la de los animales que ellos habían ofrecido en sacrificio (Lc. 13, 1), en una actuación que concuerda mejor con su real carácter, el que un historiador describe como "duro, sin consideración alguna por el prójimo, cruel, corrupto, violento, acostumbrado a robar, torturar y ejecutar sin juicio previo".

En ninguna parte de la narración se nos explica el, ¿por qué una multitud del pueblo judío que el día domingo había aclamado a Jesús, en su triunfal entrada a Jerusalén, como hijo de David y un profeta –(Mt. 21, 8-11); (Mc. 11, 8-10); (Lc. 19, 36-38) y (Jn. 12, 13)– el viernes de esa misma semana aullaba pidiendo su sangre? Todo esto en circunstancias, además, que repentinamente en los propios evangelios se sostiene que las autoridades judías habían temido que la detención de Jesús pudiera causar un alboroto popular (Mc. 14, 2; Mt. 26, 5 y Lc. 22, 2), temor que hace suponer que Jesús gozaba de cierta fama o respeto entre la muchedumbre congregada en Jerusalén, fama que, a su vez, había provocado la envidia de los jefes de los sacerdotes a que se refiere Marcos (15, 10).

Existen otros muchos aspectos dudosos que la narrativa sobre Barrabás no intenta esclarecer. Señalemos aquí sólo tres por vía de ejemplo: 1. Si Pilato consideraba que Jesús era inocente, ¿porqué no lo absolvió? Nada se oponía a la liberación de Barrabás, a pedido popular, y a la absolución de Jesús por la autoridad que debía juzgarlo; 2. Si el pueblo judío tenía el derecho a escoger al preso que deseaba liberar, según lo señalan coincidentemente todos los evangelios, ¿cómo se explica que Pilato haya limitado el ofrecimiento sólo a Jesús o a Barrabás? ¿Por qué no se pudo elegir a algún otro preso? Éstos no faltaban. Barrabás se encontraba encarcelado junto con otros. Así lo dice expresamente Marcos (15, 7). Recordemos también, si no eran estos "otros", a los dos bandidos que fueron crucificados a la derecha y a la izquierda de Jesús en el Gólgota, y 3. ¿Quién, en definitiva, recordó e invocó el privilegio o costumbre de la liberación? ¿Fue la gente que llegó y empezó a pedirle a Pilato que hiciera como tenía por costumbre? (Mc. 15, 6-8). O bien, fue Pilato quien preguntó: "¿A quién quieren ustedes que les ponga en libertad: a Jesús Barrabás o a Jesús, el que llaman el Mesías? (Mt. 27, 15-17). "Pero ustedes tienen la costumbre de que yo les suelte un preso durante la fiesta de la Pascua: ¿quieren que les deje libre al Rey de los Judíos?" (Jn. 18, 39). Si fue aquel, en forma espontánea, quien invocó la costumbre judía, resulta que la conocía mejor que los propios judíos.

Pero volvamos a Barrabás, el misterioso personaje que nos preocupa. Aparentemente por una coincidencia que molestó a algunos de los primeros escritores cristianos, como sucedió con Orígenes, el nombre propio de Barrabás era también Jesús. Así se dice, explícitamente en Mateo, que recién hemos transcrito. Los demás evangelios, seguramente por motivos de respeto, omitieron indicar su nombre. Y, ¿qué sucede con el patronímico Barrabás? Tampoco esto es claro, ya que existen diversas posibilidades. Puede provenir del hebreo o bien del arameo, y en

los manuscritos iniciales se encuentra escrito de maneras diferentes, de donde derivan diversos significados posibles. Ellos pueden ser: Jesús, hijo de maestro o de nuestro maestro; Jesús, hijo del padre o de nuestro padre; o Jesús, hijo de Abba.

Los equívocos a que, como se ha visto, pueden conducir estos nombres han dado lugar a diversas hipótesis, una de las cuales, extrema incluso, sostiene que Jesús Barrabás, en su significado de Hijo del Padre, sólo fue otra forma de designar a Jesús de Nazaret al presentarle ante Pilato y que, en consecuencia, no existió otra persona distinta de nombre Barrabás en el curso del proceso. La creación, posterior, de este otro personaje sólo habría obedecido al propósito de hacer aparecer, en forma evidente, a la multitud judía pidiendo a Pilato la liberación de otro Jesús, distinto a Jesucristo, y por añadidura un bandido, corroborando así la intención general de los evangelios de hacer responsables sólo a los judíos de la muerte de Jesús.

Ahora bien, aceptándose la existencia histórica de Barrabás surge de inmediato el problema relativo a, ¿quién era este personaje? ¿Por qué motivo se encontraba preso al mismo tiempo que Jesús? Encarcelado "junto con otros que habían cometido un asesinato en una rebelión" (Mc. 15, 7). "Preso famoso llamado Jesús Barrabás" (Mt. 27, 16). "Lo habían metido en la cárcel por una rebelión ocurrida en la ciudad y por un asesinato" (Lc. 23, 19). "Era un bandido" (Jn. 18, 40). Puede observarse en esto un cambio de denominaciones y de criterio.

Según los sinópticos, cronológicamente los primeros, Barrabás habría sido un rebelde, una especie de combatiente de la resistencia judía contra los romanos. De acuerdo a nuestra actual terminología, y según distintos puntos de vista, habría tenido la calidad de un terrorista o de un preso político. Para el evangelio de San Juan, en cambio, Barrabás no pasaba de ser un bandido, un ladrón, un delincuente común, si bien el término griego (*lestai*) también muchas veces se aplicaba, por sus enemigos, a los combatientes por la libertad.

En último término, otro de los elementos dudosos de este episodio comentado es, nada menos, que la existencia misma de ese privilegio de la Pascua, esto es, esa costumbre que habría permitido a Pilato liberar a Barrabás para dicha festividad judía. Debe destacarse que no existen evidencias en ninguna otra fuente, aparte de los evangelios, en cuanto a que este privilegio efectivamente existiera. Flavio Josefo, historiador de la época, que tan minucioso fue en consignar todo lo relativo a tradiciones judías, ninguna referencia formuló sobre esta supuesta costumbre que, a no dudarlo, habría resultado exorbitante, puesto que obligaba a poner en libertad a un delincuente, elegido por el pueblo, por muy peligroso que éste fuera. Algunos autores han creído encontrar tal evidencia en un papiro del año 85 d.C., que da cuenta que, en Egipto, un magistrado romano, a petición de la multitud, liberó a un preso que habría merecido ser flagelado, pero esto fue posible por la aplicación de la *lex Valera*, que prohibía golpear a un ciudadano romano sin una decisión popular previa, situación inaplicable al caso de Jesús, quien no era ciudadano romano.

Tampoco habrían sido aplicables a esta situación instituciones del derecho romano como la *abolitio*, esto es, la liberación de un prisionero todavía no condenado interrumpiendo actuaciones judiciales, derecho que correspondía al

Emperador, y la *indulgentia*, equivalente al indulto de uno ya condenado, facultad de la que carecían los magistrados provinciales y menos la habría tenido Pilato, en el caso de que se trataba, para liberar, sin autorización del César, a un prisionero acusado de levantar al pueblo en rebelión contra Roma.

Y, en fin, ¿qué sucedió con Barrabás después de su liberación? Nada nos dicen los evangelios a este respecto. Par Lagerkvist suple, imaginariamente en su novela, esta omisión. Barrabás se siente atraído por los cristianos primitivos, pero no llega a comprenderlos ni a compartir su fe. Participa en el incendio de Roma, es detenido y crucificado con un grupo de ellos y muere pronunciando sus últimas palabras cara a la noche, al misterio, a la nada: "A ti te encomiendo mi espíritu".

JUDAÍSMO Y CRISTIANISMO

Se han publicado hace poco en nuestro medio dos obras cuyos objetivos resultan coincidentes: *La Iglesia y el judaísmo*, del abogado don Jaime Figueroa Araya, y *Judaísmo para cristianos*, que lleva como subtítulo *Relaciones judeo-cristianas para todos*, del profesor doctor Esteban Veghazi Klein.

Los prólogos e introducciones de ambas obras permiten, desde luego, apreciar la identidad de objetivos de las citadas publicaciones: divulgar el pensamiento de la Iglesia Católica en sus relaciones con el pueblo judío a través de diversos documentos pontificios originados en el Concilio Vaticano II y en los comentarios que ellos han merecido a destacados teólogos, asigna como finalidad a su libro Jaime Figueroa. Promover el mejor entendimiento y respeto mutuo entre los creyentes de ambas religiones, que permitirá poder cambiar un largo camino de separación forzada y transformarlo en el camino del diálogo, del mutuo conocimiento y reconocimiento que nos llevará hasta la aceptación de cada ser humano como hermano, a quien hay que amar y respetar también en lo espiritual-moral, es el propósito que atribuye a su libro el doctor Veghazi.

Los cristianos son, en general, profundamente ignorantes sobre el surgimiento de su religión. Desconocen todo lo relativo al judaísmo, la religión madre del cristianismo. En el prólogo de *La historia de los judíos*, Paul Johnson señala que la primera de las razones que lo llevaron a escribir dicho libro fue la de que cuando estaba trabajando en su *Historia del cristianismo* advirtió, por primera vez en su vida, la magnitud de la deuda que el cristianismo había contraído con el judaísmo.

No se trataba, nos dice, como le habían enseñado a creer, que el *Nuevo Testamento* hubiera reemplazado al *Antiguo*, sino sucedía, más bien, que el cristianismo aportaba una nueva interpretación a una antigua forma del monoteísmo, transformándola gradualmente en una religión distinta, pero conservando gran parte de la teología moral y dogmática, la liturgia, las instituciones y los conceptos fundamentales de su antepasada. Más adelante, en el cuerpo de la obra, abundando a este respecto, el mismo Johnson expresa que los cristianos tomaron del judaísmo el Pentateuco (incluso su moral y su ética), los libros de los profetas y el saber, y una porción de los escritos apócrifos superior a lo que los propios judíos estaban dispuestos a canonizar. Incorporaron la liturgia, pues incluso la eucaristía tiene raíces judías. Aceptaron el concepto del día sabático y los días festivos, el incienso y las lámparas encendi-

das, los salmos, los himnos y la música coral, las vestiduras y los rezos, los sacerdotes y los mártires, la lectura de los libros sagrados y la institución de la sinagoga (transformada en la Iglesia). Incorporaron, incluso, el concepto de la autoridad eclesiástica –que los judíos pronto modificarían– en la forma del sumo sacerdote convertido por los cristianos en los patriarcas y los papas. En la Iglesia temprana no hay nada, termina diciéndonos Johnson, fuera de su cristología, que no estuviese contenido en el judaísmo.

En el mismo sentido, ya antes, entre muchos otros estudiosos de estas materias, Ernesto Renán había sostenido que nada se había desarrollado en el cristianismo que no tuviera raíces en el judaísmo, expresando que los verdaderos fundadores de aquel son los grandes profetas del siglo VII antes de Cristo que anunciaron la religión pura, liberada de las prácticas groseras y fundada en las disposiciones del espíritu y el corazón, religión, por consecuencia, que puede y debe ser común a todos, religión ideal, consistente en la proclamación del reino de Dios sobre la Tierra y en la esperanza de una era de justicia para la pobre humanidad.

Todo lo dicho antes no puede causar extrañeza ya que el propio Jesús no sólo nació y murió judío, sino que, además, la mayor parte de sus enseñanzas fueron, también, típicamente judías y dirigidas sólo a éstos, de tal modo que ellas son inseparables de las contenidas en la ley de Moisés (Mateo 5, 17-18).

Jesús, dice Julio Wellhausen, no fue un cristiano: fue un judío. Esta paradoja resulta comprobable si se observa que, por ejemplo, incluso la denominada “regla de oro” de Jesús transmite valores judíos: “Así, pues, hagan ustedes con los demás como quieran que los demás hagan con ustedes, porque esto es lo que mandan la ley y los escritos de los profetas” (Mateo 7, 12 y Lucas 6, 31). Esta regla, en una redacción negativa, se contenía ya en el Libro de Tobit 5, 15: “Lo que no quieras que te hagan, no se lo hagas a los demás” y era enseñada por el celebre rabino Hillel, antes que Jesús, afirmando que allí estaba contenida toda la ley y lo restante eran sólo comentarios.

Así, a lo largo de todo el *Nuevo Testamento*, y sin perjuicio de enseñanzas originales de Jesús que contrastan con el judaísmo, se encuentran numerosas que son de raíz judía. Por todo lo anterior, resulta explicable que, al menos en sus orígenes, el movimiento que dio lugar al cristianismo fuera completamente judío, hasta el punto que de no haber mediado la intervención decisiva, también de un judío, Saulo de Tarso o San Pablo, quien se autocalifica de hebreo e hijo de hebreos (Filipenses 3, 5), perfectamente el cristianismo pudo haberse mantenido sólo como una secta más entre las varias que existían dentro del judaísmo.

Según es sabido, la denominación de cristianos para los seguidores de Jesús surgió en la comunidad judeo-helenística de Antioquía, Siria (Hechos 11: 26). *Christos* es la traducción griega de la palabra aramea *Mesías*, que significa “ungido” y, precisamente, la identificación de Jesús con el Mesías esperado por el judaísmo fue la enseñanza fundamental del cristianismo primitivo. También es sabido que el grueso del pueblo judío y, particularmente, los residentes en Palestina de la época, no aceptaron a Jesús como Mesías. El judaísmo, no obstante sus diversas concepciones del Mesías –Rey unguido, de la casa de David, libertador y guerrero que pondría término a la dominación romana o bien de carácter sacerdotal, pacífico y sufriente–, nunca otorgó connotación divina al título de Mesías.

En Israel el Rey y los sumos sacerdotes eran ungidos con aceite, otorgándoseles la calidad de intermediarios entre Dios y los hombres. Cuando David fue ungido por Samuel llegó a ser mesías y lo mismo sucedió con todos los reyes judíos de la casa de David. En la época de Jesús la idea de un mesías divino era absolutamente desconocida. Sólo después, dice un autor, la cristiandad necesitó una personificación humana de la divinidad: la mayoría de los cristianos no conocen a Dios más que a través de Jesús, no obstante que este último y su pueblo pudieron amar y adorar a Dios sin tener que recurrir a la encarnación.

Ahora bien, ¿cómo pudo ocurrir que el cristianismo, una religión que, según quedó reseñado, tomó tanto del judaísmo, haya podido mantener para con éste, durante cerca de dos mil años, una actitud tan hostil y antijudía? ¿En qué medida la enseñanza y predicación cristianas contribuyeron a los prejuicios antisemitas que culminaron en el holocausto de seis millones de judíos? ¿Cómo puede explicarse que ninguna de las medidas antisemitas del nazismo, según lo dice el teólogo católico suizo Hans Kung, haya sido nueva?: “Ni la distinción por indumentaria especial, ni la exclusión de las profesiones, ni la prohibición del matrimonio, ni el saqueo o expoliación, ni la deportación y campos de concentración, ni las carnicerías y quemas, todo esto se dio en ‘cristiana’ Edad Media y en la no menos ‘cristiana’ época de la Reforma. Nuevos eran solamente los motivos racistas y la espantosa minuciosidad en la organización, la perfección técnica y la horrenda ‘industrialización’ del homicidio”.

Estas interrogantes, junto con otras reciben, parcialmente, respuesta y reparación en documentos emanados del Concilio Vaticano II y en trabajos de dignatarios eclesiásticos que han sido recopilados en la obra del abogado Jaime Figueroa. Todo este material conduce a una sola e inequívoca conclusión: el racismo antijudío ofende directamente a Jesús. No puede pretenderse ser cristiano y, a la vez, tenerse sentimientos antijudíos. Recordemos aquí, como lo hace Alfonso Calderón en su obra titulada *Fuera de ninguna parte*, que, en una oportunidad, Jacques Maritain dijo que el odio provocado por el antisemitismo era “un frenesí anticristiano que sólo puede estar inspirado en el deseo de que sea vana la sangre que derramó Jesús y vana su muerte”.

La Iglesia no debe jamás olvidar, como se declara en *Nostra Aetate*, que ella se nutre de la raíz del buen olivo (Israel), en que se han injertado las ramas de olivo silvestre que son los gentiles. “Así llegaste a tener parte en la misma raíz y en la misma vida del olivo. Pero no te creas mejor que las ramas naturales. Si te crees mejor, recuerda que no eres tú quien sostiene a la raíz, sino que la raíz te sostiene a ti” (Romanos 11, 17-18).

Finalmente, queremos señalar que todas estas reflexiones –así como otras que pueda suscitar este tema de las relaciones judeo-cristianas que nunca pierden actualidad ni importancia– se encuentran admirablemente resumidas en la oración de arrepentimiento redactada por s.s. Juan XXIII poco antes de su muerte, el 3 de junio de 1963: “Reconocemos ahora que muchos, muchos siglos de ceguera han tapado nuestros ojos, de manera que ya no vemos la hermosura de tu pueblo elegido, ni reconocemos en su rostro los rasgos de nuestro hermano mayor. Reconocemos que llevamos sobre nuestra frente la marca de Caín. Durante siglos Abel ha estado

abatido en sangre y lágrimas porque nosotros habíamos olvidado tu amor. Perdónanos la maldición que injustamente pronunciamos contra el nombre de los judíos. Perdónanos que, en su carne, te crucificásemos por segunda vez. Pues no sabíamos lo que hacíamos...”.

IMPORTANCIA DE LOS DIEZ MANDAMIENTOS

Sabido es que tanto el derecho como la moral son sistemas normativos de la conducta humana, pero entre uno y otra existen numerosas diferencias. La mayoría de los autores destacan, entre las más significativas, las siguientes: bilateralidad, heteronomía y coercibilidad del derecho frente a la unilateralidad, autonomía e incoercibilidad de la moral. Estas diferencias entre moral y derecho no implican, ciertamente, que el derecho esté desprovisto de toda orientación ética y que no existan relaciones entre estos diversos tipos de normas destinados a regular comportamientos humanos.

En los Mandamientos, o Diez Palabras, como en toda la ley mosaica, se aprecia una confusión entre moral, derecho y religión que es propia de todos los pueblos primitivos. El Decálogo no nos da a conocer disposiciones legales sino, más bien, normas o instrucciones para la vida. Se consignan allí principios de ética y moral para el pueblo judío, los que, posteriormente, tuvieron un desarrollo universal.

Las normas del Decálogo aparecen vinculadas a la liberación, recién realizada por Dios, de la esclavitud a que se encontraba sometido el pueblo judío en Egipto. Este último, como señala Adolf Exeler en su obra sobre los Diez Mandamientos, debía comportarse de acuerdo con esa acción divina y no jugarse o malgastar de modo inconsecuente la libertad recibida, para la cual Dios no había escogido a una *élite* sino a esclavos, acometiendo la tarea de hacer de aquel tropel de esclavos un “reino de sacerdotes”, con objeto de liberar a toda la humanidad.

El mismo Exeler, en palabras sencillas, explica los Diez Mandamientos como “normas de uso” para establecer una relación adecuada con el mundo, consigo mismo, con el prójimo y con Dios, precisando que “antes de entrar en la vida y asumir responsabilidades hay que leer estas normas de uso, para saber adónde conducen y qué es lo que hay que tener en cuenta para evitar que se rompan; de lo contrario, corren peligro la alegría, la libertad y la humanidad. Se corre el riesgo de destruirse uno a sí mismo, a los demás y al mundo que nos acoge”.

El cristianismo, en su herencia judía, recibió y expandió la enseñanza del Decálogo. Creemos oportuno recordar aquí algo que, frecuentemente, al parecer se olvida y es que Jesús, que era judío (y que se sentía orgulloso de serlo, como lo revela el episodio relatado por Mateo 15, 21-28), que vivió entre los judíos, aprendió de judíos y enseñó a los judíos, estableció su posición ante la Ley de Moisés, de la cual son parte integrante los Diez Mandamientos, en la siguiente forma: “No crean ustedes que yo he venido a poner fin a la Ley de Moisés ni a las enseñanzas de los profetas; no he venido a ponerles fin, sino a darles su verdadero significado. Pues, les aseguro que mientras existan el cielo y la tierra, no se le quitará a la ley ni un punto ni una letra, hasta que suceda todo lo que tiene que suceder” (Mateo 5, 17-18).

Paul Johnson, en su obra *La historia del cristianismo*, recién aparecida en nuestro país, en el mismo sentido anterior, hace ver que “Jesús era un judío practicante de antecedentes conformistas, conocía su propia fe, y respetaba profundamente la tradición judía”, siendo muchas de sus ideas de orígenes también judíos.

Con todo lo señalado queremos destacar el valor universal y vigente que ofrecen los Diez Mandamientos, no sólo para los judíos y cristianos sino para toda la humanidad. Se ha afirmado, con toda razón, que dichos mandamientos viven actualmente en todas las escuelas del mundo donde se enseñan a la juventud los principios de la religión; viven en todos los templos e iglesias donde se lee *La Biblia* y se cantan los Salmos en alabanza de Dios; viven en las grandes constituciones fundadas sobre los pilares de la justicia y de la igualdad, proclamados en el Sinaí y adoptados por la humanidad civilizada; viven en la literatura universal y en las obras más famosas del arte. En suma, en todo el mundo el Decálogo ha hallado resonancia y se ha impuesto como fundamento de la moral.

En el prólogo de su ya citada obra el profesor Exeler hace notar que, en la actualidad, en todo el mundo, de este a oeste, se llevan a cabo esfuerzos asombrosos en pro de la educación ética y que puede hablarse—independientemente, incluso, de la teología y de la Iglesia— de un *boom* pedagógico-moral. Considera que esos esfuerzos han surgido al caer en la cuenta de que el dominio del mundo por medio de la técnica y de las ciencias naturales no basta por sí solo para conseguir un futuro más humano, y advierte que si los hombres no se deciden a ir configurando progresivamente la vida de manera que ésta se oriente hacia un efectivo respeto de la dignidad y los derechos humanos, tanto a nivel personal como a nivel de las pequeñas comunidades y de las colectividades sociales, iremos directamente al caos.

Estimamos, por nuestra parte, que los Diez Mandamientos, que estuvieron destinados en su época a posibilitar la purificación integral de un pueblo al que se haría depositario de las enseñanzas del Señor, puede, todavía, servir de guía en la búsqueda de formas de vida y convivencia que permitan a todos los hombres alcanzar su plena dignidad.

Finalmente, queremos dar a conocer con palabras de Franz Mussner, exegeta católico y profesor de sagrada escritura en la Universidad de Regensburg, las experiencias históricas acontecidas en épocas en que se ha pretendido eliminar o restar aplicación en la vida comunitaria a las palabras del Decálogo. Nos dice el profesor Mussner que “desde hace tiempo la experiencia histórica ha confirmado que cuando no existe una conciencia normada conforme a las ‘Diez Palabras’, el hombre se convierte en un lobo para el hombre, se ve privado de su dignidad de ser semejante a Dios y es degradado a un número más en un campo de concentración. Las relaciones mutuas entre los hombres y entre los pueblos degeneran y queda libre el campo para los despotismos y dictaduras que odian la libertad y la persona. Si esas ‘Diez Palabras’ desaparecieran totalmente de la conciencia de los hombres y de los pueblos, el mundo no tardaría en convertirse en un inmenso campo de concentración. No es una casualidad el que en todas las dictaduras modernas, sean de derechas o de izquierdas, vuelva a intentarse la difusión entre el pueblo de variantes ideologizadas del Decálogo que pretenden sustituir el Decálogo de Israel y, junto con él, la conciencia, esa famosa ‘invención’ del judaísmo”.

EL JUICIO A JESÚS

Durante el desarrollo de un foro político transmitido por televisión, uno de los participantes, candidato demócratacristiano a Senador por Valparaíso, en el curso de su intervención, aludió a un personaje, Poncio Pilato, que “se lavó las manos y entregó a Cristo a los judíos, que lo mataron”.

El mismo candidato, posteriormente, calificó de “desafortunada e involuntaria” su aludida referencia, en declaración que aparece publicada en el diario *El Mercurio* de 20 de octubre de 1989.

Coincidimos plenamente en esa calificación de “desafortunada” de la mencionada intervención, toda vez que en ella, al afirmarse que “los judíos mataron a Jesús” se renueva una imputación falsa, y que ha sido fuente de innumerables sufrimientos y derramamiento de sangre judía a través de los siglos, a la vez que demuestra que todavía no se ha producido el cambio de mentalidad esperado como fruto de la declaración conciliar *Nostra Aetate*, en la que se expresó que, “aunque las autoridades de los judíos con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo, sin embargo, lo que en su pasión se hizo no puede ser imputado, ni indistintamente a todos los judíos que entonces vivían, ni a los judíos de hoy. Y si bien la Iglesia es el nuevo pueblo de Dios, no se ha de señalar a los judíos como réprobos de Dios y malditos, como si eso se dedujera de las Sagradas Escrituras. Por tanto, procuren todos no enseñar cosa que no esté conforme con la verdad evangélica y con el espíritu de Cristo, tanto en la catequesis como en la predicación de la palabra de Dios”.

“Además, la Iglesia, que reprueba cualquier persecución contra los hombres, consciente del patrimonio común con los judíos e impulsada no por razones políticas sino por el amor religioso del Evangelio, deplora los odios, persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de cualquier tiempo y persona contra los judíos. Por los demás, Cristo, como siempre lo ha profesado y lo profesa la Iglesia, abrazó voluntariamente, y movido por un amor infinito, su pasión y muerte por los pecados de todos los hombres, para que todos consigan la salvación. Es, pues, deber de la Iglesia en su predicación el anunciar la cruz de Cristo como signo del amor universal de Dios y como fuente de toda gracia”.

El desarrollo del proceso a Jesús y su decisión se encuentran llenos de incógnitas. Muchos libros se han escrito sobre el tema y resulta bastante difícil, en un breve espacio, adentrarse en el estudio de este juicio tan trascendental en la historia de la humanidad, más aún si se considera que los Evangelios son bastante confusos en esta materia y muchas veces contradictorios, cuando no guiados por el claro propósito de exonerar de responsabilidades a los romanos —que son escasamente mencionados— y de hacer recaer todas las posibles culpas en los judíos.

¿Cómo se explica el hecho de una entrada triunfal de Jesús a Jerusalén un día domingo, aclamado por la multitud, y que el día viernes de esa semana los habitantes de esa misma ciudad clamaron por su muerte? Nada nos dicen los textos a ese respecto.

Jaim Cohen, juez retirado de la Suprema Corte de Justicia de Israel, con la mentalidad de jurista, en su obra sobre *El juicio a Jesús, el Nazareno*, plantea las

siguientes preguntas para las que luego, en el texto de la obra, trata de encontrar una respuesta razonable:

a) ¿Quién arrestó a Jesús: los judíos, los romanos o ambos en conjunto?; b) ¿Para qué fue arrestado y por orden de quién?; c) ¿Para qué fue llevado a casa del Sumo Sacerdote y por orden de quién?; d) ¿Qué aconteció en la casa del Sumo Sacerdote? ¿Realmente se reunió allí el concilio (Sanhedrín)? Y de ser la respuesta afirmativa, ¿para qué? ¿Jesús fue interrogado por el Sumo Sacerdote y, en caso de que así fuera, en presencia del Sanhedrín o a solas? ¿Fueron interrogados también otros testigos? ¿Cuál fue el objetivo de la investigación y cuáles fueron sus resultados?; e) ¿Por qué condujeron los judíos (o algunos de ellos) a Jesús ante Pilato? ¿Realmente no tenían autoridad judicial para imponer la pena de muerte? ¿O tal vez prefirieron dejar la ejecución de la pena capital en manos del opresor romano?; f) ¿Qué aconteció ante Pilato? ¿Fue éste un juicio según el derecho romano o una especie de discusión entre Pilato y los judíos (o algunos de ellos), en la que finalmente lo convencieron (si bien a duras penas) de que entregara a Jesús para su crucifixión?; g) y lo principal: ¿Tenían los judíos (o algunos de ellos) interés en la muerte de Jesús o en su ejecución? ¿Fue demostrada su culpabilidad según la ley judía, de manera que fuera merecedor de la pena de muerte? ¿Tenía Pilato interés en salvar a Jesús o en actuar en su favor? Y si bien Jesús fue acusado ante Pilato de haber violado la ley romana, ¿querría este último o habría podido declararlo inocente?

Creemos que sólo quien pueda dar objetiva y razonada respuesta a cada una de las anteriores interrogantes se encontrará realmente en condiciones de emitir un juicio adecuado en torno al problema principal que nos preocupa, esto es, quién juzgó a Jesús y por qué fue juzgado y condenado.

Sobre la posibilidad de un juicio ante el Sanhedrín —máxima institución legislativa, administrativa y judicial de los judíos de aquella época— convocado por el Sumo Sacerdote para una noche en su casa particular, juicio seguido de acuerdo con la ley judía y en el curso del cual Jesús habría sido hallado culpable de blasfemia y condenado a muerte, nos dice el ya citado Jaim Cohen que, según lo que se sabe sobre el derecho judío, todo ello es irreal e imposible por las razones principales: a) El Sanhedrín no se reunió, ni tenía autoridad para reunirse y tratar casos de derecho penal, en la casa del Sumo Sacerdote, o en cualquier otro lugar, fuera de su despacho oficial; b) El Sanhedrín no se reunió, ni estaba autorizado para reunirse y tratar casos de derecho penal, en horas de la noche. Casos de este tipo se trataban de día y finalizaban de día; c) Casos de derecho penal en los que puede fallarse la pena capital no eran juzgados en días festivos ni en vísperas de la festividad; d) Ningún acusado puede ser condenado sobre la base de su propio testimonio o confesión; e) No se condena a un hombre en juicio, a menos que dos testigos válidos hayan testimoniado que lo vieron cometer acto por el que es acusado; f) No se condena en juicio a un hombre en juicio, a menos que dos testigos válidos atestigüen que lo previnieron previamente para que no cometa el acto impugnado y g) El delito específico de blasfemia no es cometido hasta que el acusado no profiere explícitamente en presencia de testigos el nombre expreso de Dios.

Ahora en lo que respecta a la personalidad de Poncio Pilato y a algunas características del juicio seguido ante él, es conveniente destacar, como lo hace Paul Winter en su libro sobre *El proceso a Jesús*, que autores seculares, como Flavio Josefo y Filón, acusaron a Pilato de mezquindad, avaricia, crueldad y un menosprecio altanero hacia los sentimientos ajenos y que los evangelistas, en cambio, lo describen de un modo muy distinto: lleno de las intenciones más humanas y honorables hacia los sometidos a su gobierno, hace lo posible por intentar convencerlos para que desistan de su locura y, cuando la necesidad le fuerza a cumplir un deber que le repugna, se lava las manos antes de entregar al reo... para que lo ejecuten.

Este pasaje del lavado de manos de Pilato –aludido en la intervención que motivó el presente artículo– es incluido sólo por Mateo (27, 24) y no por los restantes evangelistas, y se trata de una costumbre judía, no romana, para indicar su no participación en un acto sangriento. Isaac Asimov, en su *Guía de la Biblia, Nuevo Testamento*, la explica diciendo que el Libro del Deuteronomio (21, 6-7) se manifiesta que si se encuentra el cadáver de un asesinado y no se sabe quién es el asesino, los habitantes de la ciudad más próxima deben llevar a cabo el ritual que allí se ordena para eximirse de toda culpa, y agrega que, posiblemente, por tratarse de una ceremonia de la liturgia judía, el romano Pilato no la habría realizado, pero que Mateo, que sabía mucho del ritual judío y muy poco de las costumbres romanas, la había incluido en su evangelio con toda la naturalidad del mundo.

En lo que respecta a la decisión final de Pilato, señalada en diversos pasajes de los Evangelios (Mc 15, 15; Mt 27, 26; Lc 23, 24; Jn 19, 16), es interesante destacar, como lo hace Paul Winter en su ya citada obra, que todos ellos se muestran reacios a afirmar claramente que fue el gobernador romano quien dictó la sentencia de muerte. Añade este autor que “es evidente que Jesús no podría haber sido ejecutado a menos que un magistrado romano dictase un veredicto en este sentido. Si para ejecutar una pena capital dictada por un tribunal judío se necesitaba la ratificación del Gobernador, tal sentencia no habría llevado a la crucifixión del condenado, sino que se habría ejecutado según el procedimiento penal judío” que no contemplaba entre sus penas la de crucifixión.

En último término, el mismo Paul Winter coloca de relieve que la afirmación de que Pilato habría entregado a Jesús a los judíos para que lo crucificaran, se encuentra desvirtuada por el hecho de que fue Pilato quien ordena que se coloque la inscripción en la cruz; por haber sido soldados romanos los que realizaron la crucifixión, y por el dato de la petición del cadáver de Jesús por parte de José de Arimatea, quien pidió permiso a Pilato para descolgar el cuerpo de Jesús de la cruz y enterrarle, todo lo cual sólo tenía sentido si la sentencia y su ejecución habían sido obra de los romanos, ya que si en verdad Pilato se hubiera “lavado las manos en todo el asunto” y “hubiera entregado a Jesús a los judíos para que hiciesen con él su voluntad”, el derecho a disponer del cadáver habría correspondido, obviamente, a los judíos.

En conclusión, podría sostenerse que no se encuentra justificada ninguna de las apreciaciones contenidas en la “desafortunada” intervención que se ha venido analizando, toda vez que: a) Pilato no se lavó las manos, por lo menos en la

oportunidad que aquí interesa; b) Pilato en ningún momento entregó a Cristo a los judíos y c) Tampoco fueron estos últimos los que sentenciaron a muerte a Jesús.

APRENDER A VIVIR

No deja de ser sorprendente que el hombre, que tan grandes progresos ha alcanzado y sigue logrando en materias científicas y tecnológicas, no haya adelantado en la misma medida en un aspecto que debería ser, aparentemente, mucho más simple, y quizá el más simple de todos: el aprender a vivir.

En efecto, en lo tocante a este punto nos atreveríamos a afirmar que no se registran mayores progresos desde la época de los libros sapienciales del *Antiguo Testamento*: Proverbios, Job, Eclesiastés, Eclesiástico y Sabiduría, a los que, en algunas materias, pueden agregarse también los poéticos, como lo son Salmos y el Cantar de los Cantares.

El hombre se encuentra muy distante de haber dominado el arte de vivir bien, aquel que debe servirle para lograr su plena realización y alcanzar la felicidad. Las personas se encuentran plenamente conscientes de esta gran e importante limitación que afecta a su existencia. Basta entrar a alguna librería para advertir la enorme difusión que alcanzan textos destinados a la autoayuda y superación, entre los cuales señalaremos, a modo de ejemplo, las obras del Dr. Wayne Dyer, autor de *Tus zonas erróneas*.

En nuestro medio, el Dr. Sergio Peña y Lillo, en su obra sobre *El temor y la felicidad*, expresa que es casi un lugar común decir que la felicidad es el objetivo último y el don máspreciado de la existencia, añadiendo que, sin duda, la búsqueda de la felicidad es y ha sido siempre la gran meta, consciente o inadvertida, de todo el quehacer del hombre y, en cierto modo, el verdadero sentido de su vida, toda vez que aprender a ser feliz significa, en último término, saber vivir.

Si consideramos algunos de los libros bíblicos antes citados, por ejemplo, Eclesiastés o El Predicador, como se ha traducido su nombre del título griego y del hebreo *Qohélet*, podemos apreciar la verdad de nuestro aserto inicial, referente al escaso progreso que se nota en este campo del vivir. En explicaciones contenidas en versiones populares de *La Biblia*, que anteceden a sus diversos Libros, se nos dice que en éste –tan conocido por algunas de sus citas como “No hay nada nuevo bajo el sol”, “En este mundo todo tiene su hora. Hay un momento para todo cuando ocurre: Un momento para nacer y un momento para morir”, etc.– el autor examinó, de manera realista, honrada y franca, si la riqueza, el placer y aun el trabajo y la sabiduría misma, valen realmente la pena como meta suprema de la vida humana, llegándose a una conclusión negativa, que descarta tales fines para alcanzar la realización y la felicidad.

No obstante lo anterior, lo cierto es que, bajo este aparente pesimismo, el Eclesiastés encuentra y nos da una respuesta que otorga sentido a la vida, al expresarnos:

“¡Vamos, pues! Disfruta el pan que comes; goza del vino que bebes, porque a Dios le han agradado tus acciones. Vístete siempre con ropas blancas; ponte siempre perfumes en la cabeza. Goza de la vida con la mujer amada, cada instante de esta vida sin sentido que Dios te ha dado en este mundo. Y todo lo que esté en tu

mano hacer, hazlo con todo empeño; porque en el sepulcro, que es donde irás a parar, no se hace nada ni se piensa nada, ni hay conocimiento ni sabiduría". (9, 7-10).

Analizando esta respuesta, Harold Kushner, rabino norteamericano, nos enseña, en un libro que lleva por título el de *Cuando nada te basta* y a modo de subtítulo el de *Cómo dar sentido a tu vida*, que ella no debe ser interpretada como un simple "come, bebe y diviértete" frente a la aparente ausencia de sentido de la vida. Nos advierte que si la lógica señala que a la larga nada es distinto porque todos morimos y desaparecemos, entonces no vivamos a la larga. Aceptemos como una verdad incontrovertible que nada perdura y aprendamos a encontrarle sentido a lo transitorio, a las alegrías que perecen. Apliquémonos a disfrutar del momento, aunque no dure para siempre, y, precisamente, porque es sólo un momento que no habrá de durar.

Esta advertencia de Kushner nos hace recordar ese famoso *Carpe Diem*, aprovecha el día presente, de Horacio, y que tanta popularidad alcanzó a través de las enseñanzas que un profesor impartía a sus alumnos en la película *La sociedad de los poetas muertos*.

El mismo Kushner nos dice que "cuando cesamos de buscar la gran respuesta que le otorgue una trascendencia eterna a la vida y en cambio nos dedicamos a llenar cada día con momentos que nos gratifiquen, hallaremos la única respuesta posible a la duda sobre el sentido de la vida. La vida no consiste en escribir grandes libros, en amasar fortunas ni reunir un enorme poder, sino en amar y ser amado. Es disfrutar de los alimentos y sentarse a tomar el sol en vez de almorzar a las disparadas para correr de vuelta a la oficina. Es gozar con la belleza de los momentos efímeros, los atardeceres, las hojas que cambian de color, los raros instantes de una verdadera comunicación humana. Es paladearlos en lugar de dejarlos a un lado porque estamos muy ocupados, y lamentarnos porque no duran hasta que tenemos tiempo como para experimentarlos. Eclesiastés se pasó casi toda la vida buscando la gran solución, la gran respuesta a la gran interrogante, y al final se dio cuenta de que desperdiciar tantos años en busca de la respuesta era como tratar de comer una sola comida succulenta de modo de no volver a sentir hambre nunca más. No hay una sola respuesta, sino muchas: el amor, la alegría de trabajar, los placeres simples de la comida y la ropa limpia, las pequeñas cosas que suelen perderse en la búsqueda de la gran solución, pero que emergen cuando dejamos de poner tanto afán. Cuando lleguemos a esa etapa de la vida en que no podamos lograr tantas cosas, pero seamos capaces de disfrutarlas, habremos obtenido la sabiduría que finalmente ha alcanzado Eclesiastés al cabo de tantos sinsabores".

En este mismo orden de ideas recuerda también Kushner que el *Talmud*, obra maestra de la enseñanza oral, dice algo admirable: "Una hora en este mundo es mejor que toda la eternidad en el mundo por venir", afirmación que interpreta en el sentido de que, cuando hayamos aprendido la forma de vivir, ya no necesitaremos buscar recompensas en el más allá. Ya no preguntaremos, nos afirma, qué sentido tiene ser rectos, porque el hecho de llevar una vida íntegra será la recompensa. La persona que ha descubierto los placeres sencillos de la existencia, la persona rica en amistades, la que disfruta de la comida sabrosa y de

la luz del sol, no necesita afanarse en la búsqueda de otra clase de éxito. Cuando hayamos aprendido a vivir, concluye, la vida misma será la recompensa.

La importancia de vivir el momento presente ha sido, asimismo, enfatizada por el ya mencionado Dr. Wayne Dyer, afirmando que una de las maneras de combatir la inmovilización —que caracteriza como un estado que, en mayor o menor grado, nos imposibilita para funcionar al nivel en que quisiéramos funcionar— es aprendiendo a vivir ese momento actual. Vivir el momento presente, añade, ponerse en contacto con tu “ahora” constituye el meollo de una vida positiva. Si lo piensas, asegura Dyer, te darás cuenta de que en realidad no existe otro momento que puedas vivir. El ahora es todo lo que hay, y el futuro es simplemente otro momento presente para ser vivido cuando llegue. Nos aconseja absorber todo lo que nos brinda el momento presente y desconectarnos del pasado que ya no existe y del futuro que llegará a su tiempo. Aferrarnos al momento presente como si fuera el único que tenemos, pensando que recordar, desear, esperar, lamentar y arrepentirse son las tácticas más usuales y más peligrosas para evadir el presente.

Acercas de este punto se nos alerta, también, sobre dos emociones inútiles, que nos impiden gozar en plenitud del presente, como son la culpabilidad por lo que se ha hecho y la preocupación por lo que se podría hacer. La culpabilidad significa para Dyer que despilfarramos nuestros momentos presentes al estar inmovilizados a causa de un comportamiento pasado, mientras que la preocupación es el mecanismo que nos mantiene inmovilizados ahora por algo que está en el futuro y que a menudo es algo sobre lo que no tenemos control. Por lo anterior, este autor enseña que los hombres deben utilizar su sentido común para aceptar lo que no pueden cambiar; emplear sus fuerzas en cambiar lo que pueden cambiar; y servirse de su sabiduría para discernir la diferencia entre lo que pueden o no cambiar.

De modo totalmente concorde con ello, el Dr. Peña y Lillo, en la obra antes citada, nos previene acerca de actitudes erróneas y equivocadas, que denomina los “fundamentos psicológicos del miedo”, y a las cuales hace responsables de la mayoría de los sufrimientos inútiles del hombre y de los cautiverios que le impiden su normal experiencia de felicidad. Las dos primeras, y más fundamentales de esas actitudes, son la anticipación imaginaria y la contaminación del presente con el pasado.

La anticipación imaginaria produce temor y angustia frente a un futuro incierto, no obstante que resulta absurdo angustiarse ahora por lo que ocurrirá después, y ello debido a que el “verdadero hombre” que enfrentará el eventual riesgo futuro aún no existe y, en su momento, ya se verá cómo la experimenta. En este aspecto nos recuerda también la enseñanza del Evangelio: “No os inquietéis, pues, por el mañana, porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su propio afán” (Mt. 6, 34).

Por su parte, la contaminación del presente con el pasado, como fuente de temor y obstáculo para la felicidad, se produce debido a la errónea captación del presente por la inclusión ilegítima de las experiencias del pasado. Concluye por lo anterior que, definitivamente, no se puede vivir con la mirada vuelta hacia el pasado y que el hombre no es hijo de su pasado, como algunos parecen suponer, sino de su proyecto personal y de los propósitos éticos de su voluntad. El hombre,

nos dice, lo sepa o lo ignore, es en cualquier circunstancia el único responsable de su vida y de su felicidad.

Finalmente, y a modo de comentario de todo lo que hemos venido exponiendo precedentemente, creemos que puede asegurarse que el hombre se encuentra plenamente capacitado para aprender a vivir y a ser feliz, felicidad que debe buscar sólo dentro de sí mismo, con pensamientos positivos, sobre la base de no dañar a nadie y de asimilar los errores que pueda haber cometido en el pasado, viviendo intensamente el presente y que, en la medida que ese aprendizaje se realice, la humanidad resultará más beneficiada que con cualquier adelanto de tipo científico o tecnológico.

EN DEFENSA DE JUDAS ISCARIOTE

Es ciertamente difícil encontrar en la historia de la humanidad un personaje más vilipendiado que Judas Iscariote. En el lenguaje común "Judas" ha pasado a ser sinónimo de villano, alevoso, traidor, y corrientemente se utilizan expresiones como las de ser "más falso que Judas" o se hace alusión "al beso de Judas", representándolo como la peor de las hipocresías posibles.

Los cuatro Evangelios se refieren a la supuesta traición de Judas (Mateo 26, 14-16; Marcos 14, 10-12; Lucas 22, 3-6 y Juan 13, 21-30). Los tres sinópticos relatan una conspiración previa entre Judas y los jefes de los sacerdotes, en virtud de la cual el discípulo se ofrece a entregar a Jesús. Mateo dice que los sacerdotes señalaron el precio de la traición en treinta monedas de plata. Marcos y Lucas aluden sólo a la promesa de entregar una suma indeterminada de dinero. Por su parte, en el Cuarto Evangelio no se menciona una conspiración previa. Juan relata el anuncio de Jesús, en el curso de la Última Cena, que uno de sus discípulos lo traicionaría y la indicación que sería precisamente Judas, al hacerle entrega a éste de un pedazo de pan mojado, luego de lo cual Satanás entró en el corazón de Judas.

Todos estos relatos sobre la pretendida traición de Judas han sido cuestionados y negada su historicidad. Un autor estima que ellos pudieron haber sido incluidos en los Evangelios sólo para fines religioso-morales, toda vez que nos enseñarían que incluso las personas más cercanas a la santidad no serían inmunes a la influencia de Satán (o de los instintos), o tal vez que la más pura de las personas no puede librarse de hacer el mal, si Dios lo destinó a ello, o cualquier tipo de enseñanza similar.

Dejemos de lado toda posible objeción en torno a la historicidad de la traición y aceptemos su realidad preguntándonos, de inmediato, ¿cuál puede haber sido su motivación? Si se estima, como habitualmente se hace, que fue la codicia, el precio de treinta monedas de plata resulta irrisorio. Hace tiempo que se ha hecho notar que, en tal supuesto, habría resultado muchos más conveniente para Judas haberse apropiado del dinero que tenía a su cargo en el carácter de tesorero del grupo de apóstoles, conducta esta última que, por lo demás, le reprocha Juan (16, 6).

Para que se tenga un índice de comparación acerca de la significación económica de treinta monedas de plata, recordemos que ellas han sido estimadas en sesenta denarios. Para otros, la equivalencia sería de ciento veinte denarios.

Puede apreciarse que, en todo caso, se trata de una suma bastante inferior a los trescientos denarios en que, según Juan (12, 1-5), Judas valoró el perfume que María, la hermana de Lázaro, echó sobre los pies de Jesús, reclamando que no se hubiese vendido para ayudar a los pobres. Igual episodio al que relatan Mateo (26, 6-9) y Marcos (14, 3-5) con la diferencia, entre varias otras que no es del caso aquí puntualizar, que en estos dos últimos Evangelios no se atribuye el reclamo a Judas sino que, respectivamente, a los “discípulos” —que valoran el perfume en “mucho dinero”— y a “algunos de los presentes”, que estiman su importe en “más de trescientos denarios”.

Digamos, asimismo, que en esta fijación del precio de la supuesta traición, sólo se ha visto una nueva manifestación de la inclinación de Mateo hacia el cumplimiento de las profecías del *Antiguo Testamento*, en este caso, a lo relatado por Zacarías en 11, 12: “Les dije entonces: ‘Si les parece bien, páguenme mi salario; y si no, déjenlo: Y me pagaron treinta monedas de plata’”. Todo lo anterior se continúa, por el mismo Mateo, en 27, 3-10, al narrar la posterior reacción de Judas frente a las consecuencias de su traición, si bien aquí el evangelista incurre en el error de estimar cumplido lo dicho por el profeta Jeremías y no por Zacarías, quien fue el que, en realidad, tomó treinta monedas y las echó en el tesoro del templo, tal como habría pretendido hacerlo Judas.

Descartada la codicia como móvil de la traición, ¿cuáles restarían entre los que impulsan habitualmente a los hombres a cometer acciones reprobables?: ¿la ambición?, ¿la envidia?, ¿el temor? No se divisa cuál de estos motivos pudo determinar el accionar de Judas. Busquemos, pues, otras razones que podrían resultar menos perjudiciales para el enjuiciamiento de la conducta de Judas.

Se ha creído encontrar un posible motivo ligado al propio nombre del pretendido traidor. Iscariote se ha entendido habitualmente como hombre nacido en una ciudad o pueblo llamado Kariot o Karioth, situado en Judea. Pero también se ha dicho que esa etimología es muy dudosa, y que resulta mucho más convincente la que deriva tal apelativo de la palabra latina “sicario” u “hombre del cuchillo”. Los sicarios se identificaron con los zelotas, los cuales eran una especie de brazo armado, y que constituían una agrupación de resistencia judía que propiciaba un enfrentamiento armado con los dominadores romanos para expulsarlos de Palestina. Recordemos, de paso, que entre los apóstoles se contaba también Simón, el celote, y que el mismo Simón Pedro a veces tenía actitudes propias de los zelotas, partido del cual pudo haber sido originalmente miembro.

En este contexto se sitúa Isaac Asimov, quien, en su *Guía de la Biblia, Nuevo Testamento*, nos dice: “supongamos que Judas fuese la personificación de uno de los extremismos que deseaban y exigían el enfrentamiento directo con Roma. Quizás se relacionara con Jesús con esperanza de que aquel hombre fuese verdaderamente el Mesías, cuya llegada acabaría al instante con la odiada dominación romana. Con emoción creciente, viajó con Jesús hasta Jerusalén, fue testigo de su entrada triunfal, de la limpieza del templo y de su fama, que no dejaba de aumentar”.

“¿Cómo cambiaron las cosas? Tal vez fuese por el asunto del tributo romano y la réplica de Jesús, de que había que dar al César lo que era del César. Para Judas eso significaría el abandono de cualquier intención de oponerse políticamente a

Roma y una declaración por parte de Jesús de que a él sólo le interesaban los asuntos religiosos y éticos. Si fue así, debió de ser un golpe tremendo para él”.

“Además, si Jesús predicó realmente el segundo advenimiento, y si este pasaje no es añadido tardío, posterior a la muerte de Jesús, ello podría haber colmado la desilusión de Judas. Ahora era cuando Judas quería acción, no aplazarla hasta el segundo advenimiento mesiánico. Lo que ocurrió a continuación podría explicarse de una o de dos maneras. Judas debió sentir una decepción tan grande como para desear venganza. Al creer que le habían engañado, se apresuró, en un acceso de ira, a desquitarse de quien consideraba un impostor, concertando su apriamiento y ejecución”.

“O tal vez siguiera creyendo Judas que Jesús era el Mesías, pero que de manera inexplicable se sustraía a la confrontación decisiva. Quizás si se le ponía ante el peligro de la cárcel, podría obligar a Jesús a tomar lo que él consideraba justas medidas mesiánicas”.

Como vemos, las especulaciones y suposiciones anteriores nos permiten, en gran medida, mejorar la imagen de este oscuro personaje que fue Judas Iscariote al presentárnoslo, simplemente, como un ser humano que actuó, no movido por la codicia, sino por pasiones patrióticas o religiosas.

Finalmente, y en este mismo plano especulativo, proporcionaremos una última posible explicación destinada a justificar la actuación de Judas que rehabilita, de modo concluyente y decisivo, su deteriorada figura. Esta versión aparece desarrollada por Niko Kazantzakis en su obra sobre *La última tentación*, y conforme a ella Jesús destaca a Judas por sobre los demás apóstoles, estimándolo el más fuerte, y dándole a conocer que se le apareció el profeta Isaías, quien le anticipó su destino en los siguientes términos: “Cargó con nuestras faltas, nuestros pecados lo hirieron y nuestras iniquidades lo quebrantaron, y él, afligido, no despegó los labios. Abandonado y menospreciado por todos, marchó sin oponer resistencia, como el cordero que va camino del matadero”.

Jesús explica a Judas que él es, precisamente, el cordero que va camino del matadero, y aunque es también el Mesías, para que el mundo se salve es preciso que muera siguiendo su camino que lo conduce a la cruz.

Ante esta revelación Judas se desespera. “El Mesías que él espera era otro y debía empuñar una espada. Lanzaría un grito y en el valle de Josafat saldrían de las tumbas todas las generaciones de hebreos muertos, que se mezclarían con los vivos. Con ellos resucitarían los caballos y los camellos de los hebreos, y todos, infantes y jinetes, se arrojarían sobre los romanos y los degollarían. El Mesías se sentaría luego en el trono de David, apoyando los pies, a modo de cojín en el Universo. Así, no de otro modo, era el Mesías esperado por Judas Iscariote, y ahora...”.

Jesús lo anima. Le dice que no hay otro camino y que después volverá en toda su gloria para juzgar a los vivos y a los muertos. Así, presionado por el propio Jesús, Judas acuerda su entrega a Caifás, que se llevaría a efecto después de la comida pascual en Getsemaní.

No obstante, los reparos de Judas se mantienen. Al dirigirse a la Última Cena a Jerusalén, pregunta a Jesús si no hay otro posible camino y allí se origina el

siguiente diálogo: “No, hermano Judas. Yo también lo habría deseado y hasta ahora así lo esperaba; pero fue en vano. No, no existe otro camino. Llega el fin del mundo. Este mundo, que es el reino del Maligno, va a desmoronarse. Vendrá el reino de los cielos, y yo lo traeré a la tierra. ¿Cómo? Con mi muerte. No existe otro camino. No te rebelas, hermano Judas, pues dentro de tres días resucitaré”.

“Me lo dices para consolarme, para obligarme a traicionarte sin que mi corazón se desgarre. No, a medida que se acerca el instante terrible... no, me faltan las fuerzas, Maestro...”.

“Tendrás la fuerza necesaria, hermano Judas, Dios te la dará porque es necesario que yo sea muerto y que tú me traiciones. Nosotros dos debemos salvar al mundo. Ayúdame”.

“Judas bajó la cabeza y, al cabo de un momento, preguntó: Si tú debieras traicionar a tu maestro, ¿lo harías?”.

“Jesús permaneció largo tiempo pensativo. Al fin dijo: No, me temo que no. No podría hacerlo. Por eso Dios me confió la misión más fácil: la de hacerme crucificar”.

Así culmina este diálogo, de gran belleza imaginativa, y que tiene su lógica conclusión en la conocida orden impartida por Jesús a Judas durante el transcurso de la comida de Pascua: “Lo que vas a hacer, hazlo pronto”.

LA ÚLTIMA CENA

Hace un tiempo, en fechas coincidentes, mientras la cristiandad recordaba la Semana Santa, el pueblo judío revivía la fiesta de Pascua. Esta simultaneidad no resulta extraña ni casual si se observa el hecho de que, precisamente, Jesús celebró su última Pascua judía en las horas previas al drama de la pasión. En un libro sobre *La Iglesia ayer y hoy, religión católica* hemos leído que “no se ponen de acuerdo los teólogos en si esta cena fue una cena de despedida o la celebración de la pascua, o ambas cosas a la vez”. Nos sorprende esta duda ya que –al parecer– resulta incuestionable que la última cena de Jesús fue una cena pascual judía, y por ello el lector cristiano que desee profundizar en la denominada Cena del Señor debe ahondar en la cena pascual judía, que constituye su origen y antecedente.

A fin de demostrar la aseveración anterior, transcribamos lo que, respecto de los preparativos de esta cena, nos dice San Marcos: “El primer día de la fiesta en que se comía el pan sin levadura, cuando se sacrificaba el cordero de Pascua, los discípulos de Jesús le preguntaron:

¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?”.

Entonces envió a dos de sus discípulos, diciéndoles:

“Vayan a la ciudad. Allí encontrarán a un hombre que lleva un cántaro de agua; síganlo, y donde entre digan al dueño de la casa: El Maestro pregunta: ¿Cuál es el cuarto donde voy a comer con mis discípulos la cena de Pascua? Él les mostrará en el piso alto un cuarto grande y muy bien arreglado. Preparen allí la cena para nosotros”.

“Los discípulos salieron y fueron a la ciudad. Lo encontraron todo como Jesús se los había dicho, y prepararon la cena de Pascua” (Mc. 14, 12-16). En versiones similares se refieren también a estos preparativos Mt. 26, 17-19 y Lc. 22, 7-13.

Aproximadamente unos veinte años antes de esta oportunidad, cuando Jesús tenía doce años de edad, sabemos también por los Evangelios que ya celebraba la Pascua judía: "Los padres de Jesús iban todos los años a Jerusalén para la fiesta de la Pascua. Y así, cuando Jesús cumplió doce años, fueron allá todos ellos, como era costumbre en esa fiesta" (Lc. 2, 41-42).

¿Cuál es el significado de esta fiesta en la que Jesús participó anualmente desde niño y hasta pocas horas antes de su muerte?

La Pascua judía o *Pésaj* (proviene del verbo *pasaj*: saltar, pasar) celebra la liberación de Egipto y la salida de los hijos de Israel hacia el monte Sinaí en su peregrinación hacia la tierra prometida. El texto bíblico nos recuerda: (Éxodo 12, 21-27) cuando Dios "pasó" por alto las casas de los hijos de Israel librándolos de la décima plaga, la muerte del primogénito de cada familia egipcia.

Las celebraciones de la Pascua duran siete días en Israel y ocho días en otras partes del mundo, y durante ella cada israelita se considera como si él mismo estuviera saliendo de la esclavitud, rumbo a la libertad, recordando así la necesidad de continuar la batalla por la libertad y la dignidad humana en cada generación. Un autor, Isaac Algazi, resume en esta forma el significado de esta Pascua que, como hemos visto, Jesús celebró durante toda su vida: "La Pascua hace honor a nuestro pueblo por su significación gloriosa y profunda. Llegará el día en que la justicia reinará sobre la Tierra, en que cada criatura será símbolo viviente de los más altos valores morales. Llegará el día en que todos los pueblos, así como el judío, abandonarán la esclavitud de sus pasiones y de sus vicios, de sus escepticismos y de sus incredulidades y, atravesando el desierto, llegarán a la tierra prometida, donde la libertad y el derecho, la paz y el trabajo serán ley fundamental de la vida. Entonces toda la humanidad ha de tener también su Pascua y ha de conmemorarla con la misma unción, con la misma alegría con que nosotros, los judíos, festejamos la nuestra" (*El judaísmo, religión de amor*, Buenos Aires, Editorial Sigal, pág. 307).

La comida misma de Pascua se desarrolla de acuerdo a un orden litúrgico que comienza con la bendición del vino y bebiendo la primera de las cuatro copas de vino que se ingieren durante su desarrollo y que corresponden a las cuatro expresiones de liberación utilizadas en el texto de Éxodo 6, 6-7. Durante su transcurso se recuerda y parte el pan de la aflicción que Israel comía en Egipto como símbolo, también, de la esclavitud y la miseria de muchos en el mundo contemporáneo. Se narra el éxodo de Egipto y se formulan las cuatro preguntas destinadas a precisar por qué esa noche de Pascua es diferente de todas las otras noches, lo que ocurre, en suma, porque precisamente se celebra la salida de Israel hacia la libertad y la redención, del tiempo del oprobio al tiempo de la bendición. Se recitan los Salmos (113 al 118) de alabanza a la bondad del Señor y que reseñan la historia de la esclavitud, de la liberación de Egipto y la redención final. Como se ve, nos dice Robert Aron, la historia está siempre presente y viva en este oficio de Pascua, como en todos los que corresponden a las grandes fiestas de Israel. La historia, que nunca se interrumpe, constituye para un judío de la época de Jesús y para el mismo Jesús la base de toda acción religiosa.

Ahora bien, si leemos en los Evangelios el desarrollo de la Cena del Señor

podremos apreciar que Jesús utilizó en ella los gestos y ritos propios de la celebración de la Pascua judía. Así, partió y mojó el pan ázimo, sin levadura, o "de aflicción"; comió recostado, como correspondía a los hombres libres, ya que en la antigüedad sólo los esclavos comían de pie o sentados en el suelo; comió cordero y bebió vino previamente bendecido y, al término de la cena, cantó con los demás asistentes los Salmos para después retirarse al monte de los Olivos.

Según puede apreciarse, Jesús y sus apóstoles siguieron todos los momentos y etapas de la cena pascual judía. Esta última, según ya se ha dicho, es signo de fraternidad y libertad y ninguna duda cabe de que, al margen de otros significados que Jesús pudiera haber dado a sus gestos, también quiso otorgar a su cena final la misma trascendencia que aquella cena pascual revestía en esa época y aún mantiene en la actualidad.

No debemos olvidar que el nuevo pacto o alianza, que tiene su antecedente en Jeremías 31, 31, no implica que la casa de Israel haya venido a reemplazar a la casa de Judá como pueblo de Dios, sino que la "recuperación de las ovejas perdidas de la casa de Israel" hace que ésta se una —nuevamente— con la casa de Judá para formar el restaurado Pueblo de Dios, el "todo Israel" al que se refiere San Pablo, "pues lo que Dios da no lo quita ni retira tampoco su llamamiento" (Romanos 11, 26-29).

EL MUSEO DEL HOLOCAUSTO

En el mes de abril del año en curso se inauguró en Washington D.C. el Museo del Holocausto culminando así una iniciativa tomada por el presidente Jimmy Carter en 1978. Se sitúa en el corazón de la capital de los Estados Unidos, en las cercanías del monumento a Jorge Washington y de nueve museos smithsonianos completándose, de este modo, un cuadro de toda la historia espiritual del ser humano sobre la tierra.

Esta historia que nos proporciona muestras de amor y odio, de justicia e injusticias. Que presenta, entre sus realizaciones, grandes obras de arte y sistemas políticos, como el nazismo en que la ley y la voluntad del *Führer* eran una misma cosa, y el democrático con todo el fruto de sus libertades. Que nos muestra un hombre enternecido ante los niños, los perros, las aves, un cuadro o una bella melodía, pero que no vacila, en su oportunidad, en aniquilar ciudades enteras, con hombres, mujeres y niños. Que nos exhibe un hombre siempre esperanzado en que las cosas cambiarán mañana, pero que no hace nada para transformarlas en el presente. Que proyecta grandes ideales y se sigue deteriorando en los hechos. Que se preocupa más por lo que puede suceder después de la muerte que por lo que ocurre antes de ella, cuando está vivo. Que se encuentra en permanente conflicto entre lo que es y lo que debería ser. Que apenas si escucha alguna vez a otro hombre, absorto en sus propios problemas, creencias y conclusiones particulares que le impiden dialogar, esto es, comunicarse de un modo auténtico con otras personas. Que ha logrado, por último, increíbles progresos tecnológicos, pero que, en cambio, en el mundo de la conciencia ha permanecido cruel, envidioso, destructivo y violento como desde hace muchos miles de años. No aparece, todavía, el "hombre nuevo" que tantos han esperado.

El museo está dedicado a presentar la historia de la persecución y muerte de seis millones de judíos, o sea, los dos tercios de los nueve millones que vivían en veintidós países de Europa y de millones de otras víctimas del nazismo entre los años 1933 y 1945. Su principal objetivo es informar a los norteamericanos, y al mundo en general, de esta tragedia sin precedentes, recordar a aquellos que la sufrieron y a inculcar en los visitantes la consideración de las implicancias morales de sus elecciones y responsabilidades como ciudadanos de un mundo interdependiente. Por ello, se ha dicho, que el museo también pretende recordarnos, a cada uno de nosotros, lo frágil que es la democracia y cómo debemos permanecer vigilantes para defender la esencia de sus valores que, ciertamente, son la esencia de los valores humanos: la dignidad individual, la justicia social y los derechos humanos.

La palabra holocausto, con la que se engloban comúnmente estos sucesos, no es la más adecuada. Ella es de origen griego y corresponde a la traducción de una palabra hebrea que hacía referencia a un sacrificio especial, en que se quemaba (*cauo*) totalmente (*holo*) una víctima en ofrenda al Señor. Tiene así un significado religioso del que este holocausto careció. Bruno Bettelheim, sicólogo que pasó un año de su vida en los campos de concentración de Dachau y Buchenwald, cuestiona esta denominación expresando que "utilizar una palabra dotada de tan fuertes connotaciones religiosas inconscientes al hablar del asesinato de millones de judíos despoja a las víctimas de tan abominable crimen de lo único que les quedaba; su singularidad. Llamar 'sacrificio por medio del fuego' al más insensible, al más brutal, al más horroroso, al más atroz de los asesinatos en masa es un sacrilegio, una profanación de Dios y del hombre".

En el museo, que recientemente tuvimos oportunidad de visitar, uno no conoce y aprende a la distancia, más bien es arrastrado y sumergido al interior de la historia, reconstruida a través de múltiples medios auditivos y visuales: fotografías, películas, objetos, artefactos, mapas, documentos, etc. La existencia de todo este material despierta la duda acerca de en qué forma cualquier persona, de buena fe y seriamente, podría pretender controvertir esas evidencias de lo sucedido en incalificables intentos de "demostrar" que el Holocausto nunca existió.

No trata, el museo, de adoctrinar a los visitantes con conclusiones morales. Éstas son inherentes a la historia que allí se exhibe ante nuestros ojos y surgen por sí solas de su desarrollo, que se realiza en tres grandes etapas: la toma del poder por los nazis entre 1933 y 1939; "la solución final del problema judío" nombre con el que, como es sabido, eufemísticamente, los nazis denominaron a su intento de exterminio total del pueblo judío entre 1940 y 1944; y las consecuencias o resultados de todo lo anterior, desde 1945 hasta el presente.

La designación de Adolfo Hitler como canciller de Alemania, el 30 de enero de 1933, inició la destrucción del gobierno constitucional de ese país. De allí en adelante los acontecimientos se fueron precipitando: en febrero del mismo año los nazis incendian el edificio del parlamento alemán e Hitler culpa a los comunistas; en abril se inicia la campaña organizada y sistemática contra los judíos, que con anterioridad había sido individual y esporádica; en mayo empieza la quema de libros, como esfuerzo dedicado a "purificar" la cultura alemana. En este punto se nos recuerda en el museo que las últimas palabras dichas acerca de la quema

de libros habían sido escritas, un siglo antes, por Heinrich Heine poeta alemán de origen judío: "Donde se empieza quemando libros, se termina quemando a las personas" y, precisamente en este caso, el tiempo transcurrido entre la quema de libros y de personas fue de ocho años. Se empieza a desarrollar la propaganda nazi; la ciencia del racismo; en 1935 se dictan las leyes de Nüremberg, que constituyen el núcleo de la legislación antijudía; el 9 de noviembre de 1938, en la denominada "noche de los cristales rotos", la violencia se desata contra los judíos, su propiedades y, especialmente, sus sinagogas. Más de mil sinagogas fueron incendiadas. Con anterioridad, ese mismo año, para Yom Kippur, el Día del Perdón, la fiesta más sagrada del calendario judío, una oración confeccionada por el rabino Leo Baeck había sido leída en las sinagogas de toda Alemania: "Nuestra historia es la historia de la grandeza del alma humana y de la dignidad de la vida humana. En estos días de tristeza y dolor, rodeados por la infamia y la vergüenza, volveremos nuestro ojos a los días del pasado. De generación en generación, Dios redimió a nuestros padres y Él nos redimirá a nosotros y a nuestros hijos en los días por venir.

Nos levantaremos ante nuestro Dios... nos inclinaremos ante Él, y nos mantendremos erguidos ante el hombre".

El rabino Baeck se mantuvo erguido ante el hombre, pero no hubo redención para los judíos en Alemania. Con todo, éstos no perdían la fe. En los muros de una sinagoga en Colonia alguien escribió: "Creo en el sol aún cuando éste no brille. Creo en el amor aún cuando no lo siento. Creo en Dios aún cuando Él permanece en silencio".

Después de cinco años en el poder, los nazis consiguieron dominar completamente la vida alemana. Hitler, el jefe con poderes absolutos, pasó a ser la encarnación de la "histórica misión del pueblo alemán". El ejército, los funcionarios civiles e incluso, los jueces, juraban obediencia personal a Hitler y no a la Constitución y a las leyes.

Paralelamente, en el exterior, se fue aumentando el territorio de Alemania sin necesidad de guerra, hasta que el 1 de septiembre de 1939, oficialmente, empezó la Segunda Guerra Mundial.

Hasta 1939 el objetivo básico de la política nazi respecto de los judíos había sido el de forzar su emigración fuera de Alemania. Con la ocupación de otros países y de sus ciudadanos de origen judío, la emigración ya no pudo ser la solución al problema que preocupaba a los nazis. La matanza en masa de los judíos se inició inmediatamente después de la invasión de la Unión Soviética por los alemanes en junio de 1941.

El 20 de enero de 1942 se celebra la reunión de Wannsee, convocada por Reinhard Heydrich, y que fue un encuentro de las autoridades responsables de coordinar la "solución final al problema judío". En esta oportunidad se elaboró el programa de matanza sistemática y total que ha llegado a ser conocido como el Holocausto. La solución final fue implementada en diversas etapas de las cuales, la última, correspondió a las cámaras de gas instaladas en centros de exterminio como Auschwitz/Birkenau, Majdanek, Chelmno, Sobibór, Belzec y Treblinka.

El tema central de la historia del Holocausto, revivido en el museo, es tristemente

célebre y ha sido dado a conocer en numerosas películas y libros. Traslado a campos de concentración en vagones de ferrocarril peores que los utilizados para el ganado; a la entrada del campo hombres que no respetaban los tiempos de Dios y se arrogaban la facultad de decidir cuáles, entre miles de seres humanos, serían asesinados de inmediato, al no aprobar la primera "selección" y cuáles, al encontrarse aptos para algún trabajo forzado, vivirían al menos hasta una futura "selección". A estos últimos, en sus brazos, se les tatuaba un número que venía a reemplazar su nombre.

Finalmente, cámaras de gas —disimuladas con letreros de "baños y piezas de desinfección"— en las que utilizaban monóxido de carbono o Zyklon B, preferentemente este último ya que los científicos "alemanes" habían encontrado que podía matar dos mil personas en menos de treinta minutos. Después, extracción de dientes de oro, afeitado del cabello de las mujeres y crematorio para los cadáveres.

Todo lo anterior puede resumirse en: muerte y destrucción, deshumanización y devastación.

No existen palabras —al menos quien escribe estas líneas las desconoce— para describir la sensación que se experimenta en el museo, por ejemplo, ante los cabellos tonsurados a las prisioneras de Auschwitz o ante miles de zapatos recuperados del campo de exterminio de Majdanek. Estos zapatos que, en parte de un poema a ellos dedicado, nos dicen:

*"Somos los zapatos, somos los últimos testigos.
Somos los zapatos de los nietos y de los abuelos.
De Praga, París y Amsterdam.
Y debido a que sólo fuimos hechos de tela y cuero
Y no de sangre y carne, cada uno de nosotros se escapó
del fuego y del infierno".*

Se termina la visita al Museo del Holocausto con una perplejidad y una esperanza. La perplejidad: ¿Cómo y por qué los hombres pudieron hacer los horrores que vimos en su recorrido? La esperanza: que al mantenerse el recuerdo de lo sucedido para las generaciones venideras, se pueda evitar que eso se vuelva a repetir, ya sea con los judíos o con cualesquiera otros seres humanos y, además, que se hagan realidad, en algún momento, las palabras contenidas en el último discurso, de *El Gran Dictador*, de Charles Chaplin que, en uno de sus acápites, a continuación transcribimos:

¡Soldados! ¡No batalléis por la esclavitud! ¡Luchen por la libertad! En el décimo séptimo capítulo de San Lucas se dice que el Reino de Dios está dentro del hombre, no de un solo hombre o de un grupo de hombres, sino de todos los hombres. ¡Está en ustedes! ¡Ustedes, el pueblo, tienen el poder, el poder de crear máquinas! ¡El poder de crear felicidad! ¡Vosotros, el pueblo, tenéis el poder de tornar esta vida libre y bella... de hacerla una aventura maravillosa! ¡Por lo tanto —en nombre de la democracia— usemos ese poder! ¡Unámonos todos nosotros! Luchemos por un mundo nuevo... un mundo justo que a todos asegure la oportunidad de trabajo, que dé futuro a los jóvenes y protección a los viejos".

PARADISO:
UNA SUBVERSIÓN EPISTEMOLÓGICA.
NOVELA DE FORMACIÓN ÓRFICA

Jaime Valdivieso

Cuenta E. R. Dodds que estando en una ocasión en el Museo Británico, y mientras miraba una estatua griega, escuchó a un estudiante detrás de él hacer la siguiente observación: "Hermosa, interesante esta obra, pero demasiado equilibrada, demasiado apolínea, le falta misterio, me aburre".

De regreso a su casa se propuso escribir una obra en la que demostraría que no era así, que entre los griegos, incluso en Platón, existía una línea de pensamiento irracionalista. Esa obra se llamaría luego: *The Greeks and the Irrational*¹.

En Latinoamérica y tal vez en toda la novelística occidental, ninguna obra representa mejor esta dialéctica entre el equilibrio crítico y las fuerzas oscuras, que la de José Lezama Lima: *Paradiso*².

Sin embargo, la mayor dificultad de este libro reside en el hecho, de que tanto los episodios como las disquisiciones, los diálogos y las descripciones, aparecen desprendidas de toda referencia inmediata, y el lenguaje, destemporizado, desempeña una función de mito, de ritual, de liturgia. De esta manera, el escritor al desinteresarse de la realidad empírica, nos introduce en un mundo regido por fuerzas incondicionadas, donde espíritu y materia, alma y cuerpo, se corresponden, se interpenetran, tal como la visión animista de las culturas primitivas.

Estudiaremos esta obra como un gran mito órfico, como una novela de formación espiritual, pero no del mundo real, no de una cultura y de una tradición aristotélicas, racionalista, sino de esas zonas oscuras, regidas por otras leyes, que corresponden a una realidad ontológica no kantiana, no regidas por el espacio, el tiempo y la causalidad que operan y hacen posible la ciencia. La ciencia tal como la conocemos en el siglo pasado, sin duda, porque incluso la ciencia de hoy, la mecánica cuántica, por ejemplo, tampoco se rige por los principios kantianos sino por principios de incertidumbre, que aún los científicos no conocen del todo.

Me decía un gran físico de nivel mundial, en una reciente entrevista sobre poesía, lenguaje y cosmología, que la teoría de la relatividad es muy, muy difícil, pero finalmente se entiende, en cambio la mecánica cuántica no se entiende nunca, hay que acostumbrarse a vivir con ella.

Por eso la física en gran escala, se parece cada día más a la poesía. Se habla de energía total = *cero*, de tamaño *nulo*, de *ondas* de luz que a la vez son *corpúsculos*, de espacio y tiempo finitos, pero sin ningún tipo de *borde o frontera*.

¹E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational* (Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1951).

²José Lezama, *Paradiso* (México Ed. Era s. a., 1968).

Veremos a José Cemí, personaje principal de la novela, descender a los subterráneos de la naturaleza y del espíritu, como preparación, tal como en la *Bildungsroman* (la obra que inicia el modelo de la novela de formación) creada por Goethe en su *Wilhelm Meister*, para alcanzar la sabiduría y la madurez, tanto en el mundo de la racionalidad, como en el mundo de lo desconocido y oscuro, allí donde el azar es la ley como ocurre en el taoísmo.

DESCENSO Y FORMACIÓN ÓRFICA DE JOSÉ CEMÍ

“La morada de Orfeo se encuentra en Tracia, y en Tracia Orfeo es devoto o compañero de un dios que los griegos identifican como Apolo. Combina las profesiones de poeta, mago, maestro de religión y profeta. Como ciertos legendarios Shamanes de la Siberia, puede atraer con su música a pájaros y bestias. Como los Shamanes en todas partes, hace una visita al subterráneo con un motivo muy común entre los Shamanes: recuperar un alma perdida”³.

Así explica Dodds la figura mítica de Orfeo.

El viaje hacia lo oscuro de su propio ser de que habla Lezama al referirse a *Paradiso*, está representado a la vez por José Cemí: encarnación de Shamán-Orfeo que, tal como la figura mítica, desciende al Hades para recuperar un alma perdida: el alma de su padre que, igualmente, significa la recuperación de la imagen.

Un primer descenso comienza con el propio lenguaje, cuyo hilo conductor no es el pensamiento lógico, discursivo, sino el mágico y analógico que el propio Lezama ha expuesto en entrevistas y ensayos donde destaca tres métodos fundamentalmente: la “vivencia oblicua”, el “súbito” y el “método hipertélico”⁴. Estos instrumentos suponen una teoría del conocimiento y una cosmovisión muy singular que caracterizan tanto la dificultad de su obra como el hecho de que abre espacios desconocidos a la sensibilidad y al pensamiento: “Trabajando en la niebla y la oscuridad y aún dentro del caos, yo sentía que mi obra tenía un *logos* secreto, una marcha que era un destino”⁵.

De aquí el primer rechazo y exasperación que produce su lectura ya que todo se vuelve símbolo, ambigüedad, alegoría. Refiriéndose a *Rayuela*, Lezama objetaba precisamente el exceso de conciencia crítica de la obra:

“Sus dones críticos parece que son superiores a sus dones de creador. Lo que se sabe en él es más poderoso que lo que desconoce, y en un escritor grande, poderoso, lo que desconoce tiene que mucho más fuerte que la corriente crítica”⁶.

En el mundo de Lezama como en el de Borges, pero con distintos métodos, todo se relaciona con todo debido a un sistema globalizador, circular, mágico donde hombres, plantas, animales y astros intercambian sus poderes tal como observa Levi-Strauss en las culturas primitivas:

“El verdadero problema, no estriba en saber si el contacto de un pico de un

³Dodds, *op. cit.*

⁴Lezama, *Las eras imaginarias* (Madrid, Ed. Fundamentos, 1975).

⁵José Lezama Lima, edición de Pedro Simón (La Habana, Casa de las Américas, 1972).

⁶*Cinco miradas sobre Cortázar* (Buenos Aires, Ed. Tiempo Contemporáneo, 1968), pág. 68.

pájaro carpintero cura las enfermedades de los dientes, sino la de si es posible que, desde un cierto punto de vista, el pico del pájaro y el diente del hombre 'vayan juntos' »⁷.

Sin embargo, el descenso que nos interesa ahora es el que tiene que ver con la percepción de un mundo no regido por la causalidad y en el que se entrena continuamente José Cemí en esta *Bildungsroman* de carácter órfico. Su primer contacto con esta realidad distinta a la habitual la tiene durante la primera infancia, al momento de abrirse el libro con el ritual que practican dos criados para librarlo del asma. Luego vendrán otras experiencias extrasensoriales, verdaderos ejercicios preparatorios para ir adquiriendo la verdadera sabiduría y madurez, previas al encuentro con Oppiano Licario, que representa el conocimiento de la "totalidad", el sabio en el centro del "círculo" dueño de la armonía y del ritmo pitagórico, hesicástico, y portador de la imagen del padre con el que estuvo al momento de su muerte.

A diferencia de otras novelas de formación como *La montaña mágica*, *La educación sentimental*, *Los Thibault*⁸, el personaje principal, José Cemí no sólo vive la realidad histórica, familiar, la represión política de los años de la dictadura, sino que se prepara para conocer esa otra realidad, más profunda y esencial, la que rige las relaciones del alma, del espíritu con la naturaleza y el universo cósmico dentro de la tradición del pensamiento irracionalista, y que tiene sus fuentes en el oriente: en Egipto, en China y en las sectas órficas y pitagóricas de la antigua Grecia.

Dentro de este mismo contexto, José Cemí se halla expuesto, directa o indirectamente, a la interpretación o participación de algunos símbolos reiterativos a través de toda la novela: *Eros*, la *Triada*, el *Círculo*, el *Hades*, que actúan como una malla invisible dentro de la cual los variados personajes y José Cemí se comunican con una realidad impalpable, pero no menos importante en sus destinos.

Luego del ritual para liberarlo del asma, lo vemos sentado en la cocina (que en las grandes y antiguas casas tenían algo de las cámaras o sótanos de los alquimistas medievales, pues allí los alimentos también sufren misteriosas transformaciones en medio de grandes y sólidas ollas y sartenes de fierro, fuentes de greda ennegrecidas, largos y afilados cuchillos, morteros, largos hierros para mover planchas y agitar brasas, y voces de hombres y mujeres de rostro animal y fulgurantes, que confieren a esos lugares una apariencia aterradora, extraterrena): "Sentado en un rincón José Cemí oía los monólogos shakesperianos del mulato Juan Izquierdo lanzando paletadas de empella sobre el sartén".

Algunos años después lo encontramos en una escena donde es actor y espectador a la vez, en la que se unen fantasía, imagen y materia: cuando sale del colegio y va con la tiza rayando un muro de ladrillos, mientras al otro lado otra figura se desplaza al mismo tiempo.

⁷Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje*, segunda impresión (México, Fondo de Cultura Económica, 1972).

⁸François Jost, "La Tradition Du Bildungsroman", *Comparative Literature*, Number 2, Volumen xxi, Spring, 1969.

A los cinco años, con ocasión de aprender a nadar, está a punto de ahogarse y permanece cuatro a cinco minutos bajo el agua.

Escenas semejantes de "inmersión" lo ponen en contacto con el terror y la muerte, así como con algunas tenebrosas pesadillas que se suceden con frecuencia en esos años.

Más tarde, mientras juega al yaqui con su madre y hermana, aparece la imagen del padre en las baldosas.

La iniciación de José Cemí en los misterios de la realidad extrasensorial y extralógica, implica igualmente el descubrimiento de las posibilidades subversivas del lenguaje que, como la poesía, representa para el propio Lezama una inmersión en las profundidades. En una carta que recibe su tío abuelo Demetrio, de su tío Alberto y que el primero lee en voz alta, se juega con las ideas y los sonidos los que producen extrañas fantasías en el niño:

"Glanis, pez aristofanescos, consultó al hechicero Bacis y aprendió a no morder el anzuelo, después consultó a Glanis, hermano mayor de Bacis, mejor hechicero aún, que por satisfacer la problemática nominalista, Glanis hechicero, igual que Glanis, pez astuto, le enseñó no sólo a no picar el anzuelo, sino a comerse el gusanillo carnada".

Estos juegos verbales dejan cavilando a José Cemí:

"Mientras oía la sucesión de los nombres de las tribus submarinas, en sus recuerdos se iba levantando no sólo la clase de preparatoria, cuando estudiaba peces, sino las palabras que iban surgiendo arrancadas de su tierra propia, con su agrupamiento artificial y su movimiento pleno de alegría al penetrar en sus canales oscuros, invisibles e inefables. Al oír ese desfile verbal, tenía la misma sensación que cuando sentado en el muro del Malecón, veía a los pescadores extraer su peces, cómo se retorcían, mientras la muerte los acogía fuera de su cámara natural. Pero en la carta, estos extraídos peces verbales, se retorcían también, pero era un retorcimiento de alegría jubilar, al formar un nuevo coro, un ejercicio de oceanidas cantando al perderse en las brumas. Al adelantar su silla y ser en la sala el único oyente, pues su tío Alberto fingía no oír, sentía como las palabras cobraban su relieve, sentía también sobre sus mejillas cómo un viento ligero estremecía las palabras y les comunicaba una marcha".

Tal como lo vio Foucault hasta el siglo XVI, lenguaje y mundo eran indistinguibles e intercambiables, ambos formaban una planicie sin solución de continuidad que había que descifrar: conjunto de signos cuyo significado era una similitud: "Dentro de la amplia sintaxis del mundo, los diferentes seres se ajustan unos a otros; la planta se comunica con la bestia, la tierra con el mar, el hombre con todo lo que le rodea"⁹.

Luego de la experiencia con las palabras, pasa a la experiencia de la poesía y de la función de las palabras en el poema:

"El ejercicio de la poesía, la búsqueda verbal de finalidad desconocida, le iban desarrollando una extraña percepción por las palabras que adquieren un relieve

⁹Michel Foucault, *Las palabras y las cosas* (México, Ed. Siglo XXI, 1968).

animista en las agrupaciones especiales, sentadas como sibilas en una asamblea de espíritus”.

En otra ocasión, presencia un juego de ajedrez cuyas piezas su tío Alberto separaba por la mitad antes de mover, y de cuyo interior extraía unos papelitos con sentencias cabalísticas. Luego, comprobó que no existían dichos papelitos: eran sólo invenciones.

Estas experiencias esotéricas en las que continuamente se ve envuelto, se extienden a las de su propia fantasía como aquellas del desfile crótico que imagina en la calle donde se alegorizan ambos sexos, en una escena semejante a la de los ditirambos griegos que dieron origen a la tragedia:

“Se detuvo indeciso en el último peldaño de la escalera. No sabía si ir a pie hasta su casa o coger una guagua. De pronto entre el tumulto de los pífanos, vio que avanzaba un enorme falo, rodeado de una doble fila de linajudas damas romanas, cada una de ellas llevaba una coronilla, que con suaves movimientos de danza parecía que depositaban sobre el túmulo donde el falo se movía tembloroso. El glante remedaba el rojo seco de la cornalina”.

En esta novela de formación espiritual y moral, de preparación tanto para el mundo habitual como para el subterráneo, no podía faltar el misterioso y fascinador mundo de la sexualidad: Eros, uno de los símbolos más reiterativos durante la adolescencia, donde se fantasea con el poder, el tamaño y el prestigio del sexo. Tanto el adolescente Leregas como Farraluque exhibían y jugaban con sus grandes falos. Ambos eran bisexuales, de manera que simbolizaban además la androgenia original según el mito platónico: la unidad de ambos sexos en un solo cuerpo.

Todas las experiencias anteriores, tanto fisiológicas como anímicas y espirituales, permiten que José Cemí, ya en plena adolescencia, logre captar el ordenamiento misterioso de las cosas, de manera que lograba un perfecto equilibrio entre mundo interior y exterior:

“Los días que lograba esos agrupamientos donde una corriente de fuerza lograba detenerse en el centro de una composición, Cemí se notaba alegre sin jactancia. Era una gravedad alegre, una bondad pudorosa, que permitía que los demás lo molestasen o hiriesen sin por eso sentirse tocado. Cualquier grosería o errancia lograba su habitual serie de puntos, como si la trasladase a la protesta del juego de pelota o el asesinato de Cayo Graco, mostrando la representación de esa composición la misma existencia de la triangularidad de un triángulo”.

También le era posible pre-ver y pre-sentir más allá de la realidad sensible:

“La vieja frase adivinatoria, el *ver delante*, lo acompañó hasta que salió de casa por la mañana. Cemí salió viendo delante a Ricardo Fronesis. Le parecía que se acercaba a los innumerables espejos que pueblan el universo, cada uno con un nombre distinto, corteza de un árbol, cara de una vaca, espaldas entre puertas automáticas y que a cada uno de esos espejos asomaba un rostro, devolviéndole invariablemente el rostro de Ricardo Fronesis”.

Finalmente, en su formación cultural, tal como en sus amigos Fronesis y Foción, desempeñaba un lugar destacado el pensamiento irracionalista oriental: el orfismo y el pitagorismo, a través de los diálogos platónicos. José Cemí, refleja la forma-

ción del propio Lezama, su visión mágico-monista que recorre toda la obra: "El alucinado fervor por la unidad" y "el convencimiento de la existencia de una médula universal que rige las series y las excepciones".

DESCENSO FINAL: ENTRADA AL HADES

Una vez suficientemente iniciado José Cemí como Shamán-Orfeo, a través de la serie de experiencias vitales, sicológicas, mágicas, verbales y poéticas y culturales que ya hemos indicado, se encuentra preparado para descender al Hades, es decir, para enfrentar plenamente el mundo oscuro de las relaciones no causales que rigen el mundo subterráneo, e ir en busca de la imagen de su padre, y recibir la sabiduría por la cual Cemí (semi = medio) se "completará", recibiendo de Oppiano Licario el ritmo pitagórico hesicástico, el de la madurez y la armonía.

Momentos antes de morir el Coronel llama a Oppiano:

"Quisiera tener a alguien a mi lado, pues no puedo llamar a mi esposa, y por eso le he suplicado que venga. Tengo un hijo, conózcalo, procure enseñarle algo de lo que usted ha aprendido viajando, sufriendo, leyendo. (Se repite aquí un símbolo frecuente en toda la obra: la triada). El Coronel no pudo seguir hablando".

Conviene anotar que la triada: *viajando, sufriendo, leyendo* son las formas claves del conocimiento, tanto exterior como interior.

Oppiano le entrega a José la imagen del padre en el último momento que a él no le fue concedido asistir, imagen que a la vez representa, según Lezama, la *verdadera realidad* y cuyo origen encuentra primero en Platón y luego en Proust, que considera que "ningún sentimiento de los que nos causan la alegría o la desgracia de una persona real, llegan a nosotros si no es por medio de una *imagen* de esa alegría o desgracia"¹⁰.

El descenso final comienza con un prelude simbólico, antes de la aparición del propio José en el capítulo dedicado a describir la figura de Licario, que habita en una especie de planeta sin tiempo, sin espacio, sin relieve donde todo es incondicionado, simultáneo, simétrico. Se alude aquí a Eurídice, a Proserpina y, naturalmente, al Hades.

"Se sentía por esos días como unos apresuramientos de la sangre y en la gente un anublamiento de instantes; consultada persona que pudiese tener ese secreto, Licario apresó que esos apresuramientos tenían el peligro de poderlo llevar a las declamatorias esquinas del Hades, donde Proserpina cela sus espigas de trigo".

El lenguaje en este capítulo se vuelve cada vez más críptico y esotérico. Cuando aparece Cemí, las alusiones al descenso se hacen cada vez más frecuentes: "Era la noche subterránea, la que exhala el betún de las entrañas trasudadas de Gea". "Sus piernas gravitaban hacia las entrañas terrenales".

Hasta que de pronto se dan las coordenadas para que José Cemí sea atraído al lugar donde Licario acaba de morir: una mansión mezcla de Hades, Laberinto y Torre Tibetana.

"Cemí comprendió de súbito que aquella fiesta de luz, la musiquilla del tiovivo,

¹⁰ Marcel Proust, *En busca del tiempo perdido* (Barcelona, Alianza Editorial S. A., 1972), tomo I, pág. 108.

la casa trepada sobre los árboles, el corredor con sus mosaicos, la terraza con sus jugadores extendiendo la oblicuidad lunar, lo había conducido a encontrarse con Oppiano Licario”.

Luego, la entrada al Hades donde se deslizan las almas muertas:

“Cemí con los ojos muy abiertos atravesaba el inmenso desierto de la somnolencia. Veía a la llamita de las ánimas en los cuerpos semisumergidos de los purgados durante una temporada. Llamitas fluctuantes de las ánimas en pena. Luego contemplaba unas fogatas que como árboles se levantaban en el acantilado. Lucha tenaz entre el fuego y las piedras. Después eran llamaradas que querían tocar el embrión celeste y a su lado un tigre blanco que daba vueltas circularizadas en torno a las llamas, comenzando a escarbar en sus sombras oscilantes. Lamía sin descanso el tigre blanco en la médula del sauco; el espejo con una fuente en el centro, levantaba un remolino traslaticio, llevaba al tigre por los ángulos del espejo, lo abandonaba, ya muy mareado, con el rabo enroscado en el cuello”.

En las últimas líneas de los símbolos taoístas del tigre blanco, el espejo y el círculo (otra vez la tríada).

Y, finalmente, el encuentro con la armonía, el equilibrio y el ritmo hesicástico: “Era la misma voz, pero modulada en otro registro. Volvía a oír de nuevo: ritmo hesicástico, podemos comenzar”.

Y de esta manera se ha completado el círculo, José Cemí es ahora, finalmente José Completo, es decir, se ha dado fin a su formación espiritual y cultural: está preparado para ingresar y asumir plenamente la vida, la realidad contingente y real, pero sobre todo para conocer las claves de esa realidad más profunda, esencial y esquiva que sólo alcanzan los iniciados, los Shamanes, los Orfeos que “combinan la profesión de poetas, magos, maestros de religión y profetas” y que han visitado el mundo “subterráneo con un motivo muy conocido entre los Shamanes: recuperar un alma perdida”.

Formación espiritual, preparación para la vida, ingreso a la sabiduría de los grandes misterios cósmicos, mediante un paulatino descenso al interior de sí mismo pagando una peaje de terror, de dolor, de estupefacción, hasta llegar al fondo, al Hades como encarnación de la pre-figuración mítica de Orfeo: eso, creemos, es en lo fundamental esta novela, sin desechar múltiples otras lecturas, ya que leer *Paradiso* es siempre ir de un fondo a otro fondo, de un círculo a otro círculo, sin que jamás podamos acercarnos a su significación total.

Sin embargo, hay algo que no quisiera dejar fuera: la fructífera influencia de Lezama, precisamente en esas zonas que no obedecen a las leyes de la causalidad: las alucinaciones fantásticas, la importancia de los sueños, las simetrías, las premoniciones, aspectos que enriquecen la novelística en una dimensión hasta ahora inédita.

Y algo más y que tiene que ver con la unión de ética y estética: su conciencia de que el escritor, el artista no es un personaje emblemático, privilegio de la naturaleza, sino un destino, una profesión que hay que aceptar con humildad, ya que no somos más que instrumentos de la naturaleza, de la tradición, del lenguaje. Esto lleva a mantener en su sitio el *ego*, ya que el Yo es Otro, no nos pertenece, lo que lleva a la modestia. Recordemos que Lezama aludía con entusiasmo a ese poeta inglés que escribía en papeletos de cigarrillos que luego se los fumaba.

IGUALDAD Y EMANCIPACIÓN. UNA NOTA SOBRE LOS ESCRITOS DE JACQUES RANCIÈRE

Carlos Ruiz Schneider

Querría intentar aquí, con ocasión de la publicación de *En los bordes de lo político* en Chile, una breve presentación de la obra reciente de Jacques Rancière para sus lectores de habla española. Para hacerlo, me he propuesto contribuir con algunos antecedentes que apoyen la lectura de un trabajo rico y sugerente, pero también elíptico y condensado, atravesado por una característica tensión conceptual.

Con posterioridad a su contribución a *Leer El Capital*, escrito en colaboración con Louis Althusser, Etienne Balibar, Pierre Macherey y Roger Establet, los trabajos de Rancière van construyendo una crítica muy radical a la relación entre la teoría y las clases populares que es característica del marxismo y en particular de la propuesta althusseriana. En uno de sus libros más notables, *El filósofo y sus pobres*, Rancière sostenía que al destruir el cielo platónico de las ideas, Marx "había tal vez favorecido la continuidad de lo que pretendía trastocar, otorgando a los proletarios la verdad, para excluirlos mejor de la ciencia, reservada a los sabios"¹. En realidad, esta búsqueda de Rancière se inicia bastante tempranamente en su obra. Es la impresión que uno tiene al releer, por ejemplo, *La lección de Althusser*, una de las críticas más radicales de las ideas althusserianas, hecha a partir de una seminal reivindicación de los saberes y las prácticas de las clases populares.

En la revista *Révoltes Logiques*, que Rancière anima junto a Jean Borreil y a un grupo de jóvenes filósofos franceses, continuará en esta tarea que va a cristalizar en múltiples trabajos posteriores².

Son, tal vez, algunas de sus contribuciones a la edición de los escritos de Louis Gabriel Gauny, publicadas con el título de *El filósofo plebeyo*, las que mejor sintetizan el trabajo de Rancière durante el período anterior a *En los bordes de lo político*. Al analizar la obra de este carpintero filósofo, como la de tantos otros proletarios, que en el siglo XIX se acercan a los círculos saintsimonianos, fourieristas o proudhonianos, lo que subraya Rancière es su peculiar relación con el saber y la filosofía, por sobre la referencia al trabajo. Para comprender estos escritos, indica nuestro autor, lo esencial es "penetrar en el círculo de quienes, violando la regla

¹ Jacques Rancière, *Le philosophe et ses pauvres* (Paris, Fayard, 1983), pág. 12.

² Aparte de *Leer El Capital*, la obra de Jacques Rancière comprende *La leçon d'Althusser* (Paris, Gallimard, 1974); *La parole ouvrière* (en colaboración con Alain Faurel) (Paris, 10/18, 1976); *La nuit des prolétaires* (Paris, Fayard, 1981); *Le philosophe et ses pauvres* (Paris, Fayard, 1983), la edición comentada de las obras de Louis Gabriel Gauny, bajo el título de *Le philosophe plébéien* (Paris, La Découverte, 1983); *Le maître ignorant. Cinq leçons sur l'émancipation intellectuelle* (Paris, Fayard, 1987); *En los bordes de lo político*, publicado originalmente en 1990; *Courts voyages au pays du peuple* (Paris, Seuil, 1990) y *Les noms de l'histoire. Essai de poésie du savoir* (Paris, Seuil, 1992).

impuesta por Platón a los artesanos, deciden hacer *otra cosa* que su trabajo, introducirse en el territorio reservado a los otros: y esto no quiere decir tanto la riqueza, como el pensamiento; se trata de inaugurar otra forma de sociabilidad: esa amistad, esa *filia* que presupone la práctica de la filosofía³.

El desarrollo de esta indagación va cristalizando así en una pregunta que para Rancière es esencial: ¿cómo se autorizan para pensar, cómo se constituyen en sujetos de pensamiento aquellos que no tienen al pensar como función? Y se precisa también el análisis de la respuesta que, desde Platón a Bourdieu, pasando por Marx y Sartre, ha sido característica de los filósofos en relación a esta búsqueda de una correspondencia más autónoma con el saber: "...a los proletarios que, autorizándose a pensar, violaban su territorio, los letrados han respondido siempre con rodeos: con elogios al trabajo como la verdadera cultura del pobre y el futuro del mundo, y poniendo en guardia a sus representantes contra los desdoblamientos de personalidad"⁴.

A partir del análisis y la crítica de la respuesta distorsionante de los filósofos y de los intelectuales, incluso de los más atentos a las demandas populares, lo que hace Rancière es investigar más en profundidad el camino que siguen estos carpinteros, panaderos o vendimiadores en su relación con el pensamiento y la filosofía. Y aquí habría que observar que no son tanto los grandes nombres del socialismo y la utopía los que influyen en los proletarios, sino, más bien, otras figuras, menos conocidas, pero características: Ballanche, Jacotot, Gleizes, etc., es decir, autores de nuevas interpretaciones de la historia y la religión, reformadores pedagógicos, defensores del vegetarianismo, teósofos, más que grandes escritores o filósofos. Lo mismo ocurre con los usos que hacen estos proletarios de la filosofía y de la religión: no son Platón o Aristóteles quienes suscitan su interés, sino Sócrates, Diógenes o figuras religiosas como San Juan Bautista los que más profundamente los influyen e inspiran.

Si atendemos ahora al contenido de las nuevas prácticas del pensamiento emprendidas por estos proletarios, nos encontramos también con novedades importantes respecto de la visión tradicional.

En primer lugar, con una nueva visión de la libertad y la emancipación, temas que van a constituir el centro de las nuevas preocupaciones de Rancière. Los trabajadores, para muchos de estos autores proletarios y en especial para Gauny, "...no tendrán jamás sino la libertad que ganen por sí mismos paso a paso y día tras día, sobre *todas* las fuerzas exteriores e interiores del viejo mundo de la explotación"⁵. Según Gauny, esto quiere decir que no habrá ya "detalle material de la existencia que no pueda ser contabilizado en términos de servidumbre o libertad: los alimentos, las camisas, el calzado, la iluminación..."⁶. Se esboza así, por ejemplo,

³ Jacques Rancière, "Introduction" a Louis Gabriel Gauny, *Le philosophe plébèien* (Paris, La Découverte, 1983), pág. 7.

⁴ Rancière, *Les philosophes...*, *op. cit.*, pág. 11.

⁵ Jacques Rancière, en Louis Gabriel Gauny, *Les philosophes plébèien* (Paris, La Découverte, 1983), pág. 14.

⁶ *Op. cit.*, pág. 17.

toda una economía de la emancipación a la que Gauny llamará "economía cenobítica", la que se ocupará de un cálculo minucioso de los costos de cada una de las acciones y de las prácticas que van construyendo para los trabajadores un espacio a distancia del mundo del trabajo y de la explotación.

Tal es, pues, para Rancière, el aporte singular de estos obreros. Comparando la lógica de su acción con la interpretación sociológica de muchos autores contemporáneos sobre la cultura obrera, Rancière sostiene que ellos van más lejos que lo que suponen las lógicas pesimistas de la "reproducción". Gauny, por ejemplo, propone en su obra, una inversión completa de las lógicas reivindicativas que ligán al proyecto obrero con los mecanismos de la economía política: "...Es ahora cuando necesitamos conquistar, en y contra las servidumbres del trabajo, el cuerpo y el alma del ocio filosófico. La libertad será ganada por obreros que se transformen desde ahora en los compañeros de las caminatas urbanas de Diógenes y de San Juan en el desierto... El ejército de los liberadores será un ejército de apóstoles desertores que, para propagar la onda eléctrica de la emancipación humana, habrán debido despojarse de todas las adherencias, individuales y colectivas, de la vieja sociedad"⁷.

Visión de la emancipación, como se ve, profundamente contrapuesta a la aproximación reproductivista, marxista o sartriana, centrada en una suerte de negociación permanente de la libertad la que deberá inscribirse en todos los aspectos de la vida cotidiana del filósofo plebeyo. Es cierto que esto no significa, subraya Rancière, una preferencia exclusiva por la acción individual: como para el activista Blanqui; para Gauny las reformas sociales vienen después de la conquista por el pueblo de un máximo de potencia política. La imagen es la de un pueblo "en armas, pero también en discusión permanente; como si su poder no pudiera asegurarse sino identificándose a ese diálogo ininterrumpido que caracteriza para Platón al ocio del filósofo"⁸.

En sus últimos escritos, Rancière continúa sus análisis desde una perspectiva parcialmente diferente: la de la emancipación intelectual. En *El maestro ignorante*, estudia el significado de la obra de un reformador pedagógico del siglo XIX, Joseph Jacotot, promotor de la enseñanza universal. Jacotot, un exiliado revolucionario nombrado profesor en Lovaina, consigue que sus alumnos flamencos aprendan correctamente el francés sin que él sepa una palabra de holandés. Reflexionando sobre esta experiencia, que complementa con la enseñanza exitosa de toda suerte de materias que ignora, Jacotot infiere que ella se funda en dos hipótesis o supuestos que intentará permanentemente verificar posteriormente. La primera, es que es posible aprender sin maestros que conciben su función como una interminable tarea de explicar a los estudiantes lo que ellos, y sólo ellos, saben. Para Jacotot, particularmente interesado en la relación entre igualdad e instrucción de las clases pobres, este supuesto tiene especial importancia porque significa que cada padre de familia pobre e ignorante puede transformarse en el instructor de

⁷ Gauny, "Jacques Rancière...", *op. cit.*, págs. 17 y 18.

⁸ *Op. cit.*, pág. 98.

sus hijos y de toda su familia, sin pasar por la mediación jerarquizante de la sociedad y las instituciones. La instrucción, como la libertad, se toma, no se recibe de otro sin interiorizar una forma de desigualdad. La segunda hipótesis es la de la igualdad de las inteligencias. Cada experiencia de aprendizaje verifica esta igualdad en el acto mismo por el cual se comprende una palabra o un discurso. Es éste un supuesto que para Jacotot está en la base de toda forma de comunicación.

Lo que interesa a Rancière en el trabajo de Jacotot es este pensamiento radical de la igualdad y al mismo tiempo la evaluación crítica que de aquí se deriva respecto de la sociedad y de la teoría social y educacional contemporánea.

Al extenderse la influencia de las ideas de Jacotot y de otros reformadores en el siglo XIX, ella es recuperada muy pronto por el progresismo y por una concepción peculiar de la instrucción del pueblo. Según lo que Rancière observa, la concepción de la instrucción que termina imponiéndose, se concibe a sí misma como "la instrucción de los ignorantes por los sabios, de los hombres inmersos en las preocupaciones materiales, egoístas, por los hombres de la dedicación, de los individuos encerrados en su particularismo, por lo universal de la razón y los poderes públicos. A esto se llama *instrucción pública*...

La instrucción pública es así el brazo secular del progreso, el medio de igualar progresivamente la desigualdad, es decir, de hacer indefinidamente desigual a la igualdad"⁹.

Según Rancière, se trataba sobre todo de impedir que los pobres supieran que podían instruirse por su cuenta, "...que tenían *capacidades*, estas capacidades que sucedían ahora en el orden social y político a los antiguos títulos de nobleza. Y lo mejor que se podía hacer para eso era instruirlos, es decir, darles la medida de su incapacidad"¹⁰.

Rancière detecta aquí, en la base de las nuevas jerarquías sociales que caracterizan a la sociedad moderna, el triunfo del viejo supuesto de la desigualdad de las inteligencias, justo cuando lo que se propone es mejorar la suerte de las clases populares. Este diagnóstico hace comprensible que se despliegue en la sociedad y en la educación una lógica global de reducción de las desigualdades, tema por donde este estudio de Rancière se conecta con su crítica más actual de la sociología de la educación de Pierre Bourdieu y con las políticas culturales que emanan de ella. Ahora bien, según Rancière, quien toma ese camino, no tiene sino una manera de llegar a destino, y éste es "la pedagogización integral de la sociedad, es decir, la infantilización general de los individuos que la componen"¹¹. Como lo hemos sugerido más arriba, esta pedagogización integral de la sociedad ha coincidido con la instauración de una nueva forma de elitismo, basada en la jerarquía de las capacidades.

Jacotot ha sido así el único de los igualitarios en percibir "la institucionalización del progreso como una renuncia a la aventura intelectual y moral de la igualdad,

⁹ Jacques Rancière, *Le maître ignorant. Cinq leçons sur l'émancipation intellectuelle* (Paris, Fayard, 1987), págs. 217 y 218.

¹⁰ *Op. cit.*, pág. 215.

¹¹ *Op. cit.*, pág. 221.

la instrucción pública como el trabajo de duelo de la emancipación"¹². Ha sabido darse cuenta también tempranamente que en las nuevas condiciones sociales, su concepción de la emancipación intelectual no iba a desarrollarse ni a expandirse nunca. Es cierto que agregaba a esta constatación, aparentemente pesimista, que la enseñanza universal no perecería jamás.

Éstos son algunos de los resultados de la indagación de Rancière que me parecía importante que el lector tuviera en cuenta, al abordar *En los bordes de la política*.

Creo que ellos constituyen un aporte indispensable hoy día, tanto para entender de otra manera la relación entre el saber y los sectores populares, como más en general, para repensar la emancipación y la igualdad, es decir, también la democracia. Recordar estas temáticas enriquece y profundiza la original, brillante y polémica lectura que Rancière nos propone en este libro de la política, la democracia y la comunidad.

¹² Rancière, *Le maître... op. cit.*, pág. 223.

A PROPÓSITO DE DON ANTONIO GARCÍA Y SU HISTORIA DE CHILE*

José Miguel Barros Franco

EXPLICACIÓN PRELIMINAR

En cuanto a antiguos textos relativos a la historia de Chile, los investigadores han tropezado con más de un interrogante. Por ejemplo, en 1875, José Toribio Medina citaba algunos originales que habían desaparecido y acerca de cuyo contenido sólo se tenían referencias: el *Mapa de Chile*, de fray Gregorio de León; una *Historia de Chile* del coronel Juan Ruiz de León que habría existido manuscrita en 1629; otra obra de los mismos títulos y época, del doctor Juan Rodríguez de León; una *Crónica del Reino de Chile* de don Pedro Ugarte de la Hermosa, que se conservaba en la Biblioteca Nacional de Santiago y fue conocida por el cronista Córdoba y Figueroa, por don Claudio Gay y por el abate J. I. V. Eyzaguirre; y un trabajo del sargento mayor Domingo Sotelo Romay¹.

En otra parte del mismo estudio de Medina, dentro de una extensísima cita de un trabajo de Barros Arana, aparecía la mención de otra obra desaparecida. Este historiador expresaba que don José Pérez García había reunido una copiosa colección de obras impresas y manuscritas concernientes a la historia de Chile, así como muchos documentos del más alto interés que citaba profusamente en su *Historia Jeneral de Chile*; pero que de una parte de ese material no poseía más noticias que las que el propio José García proporcionaba en sus notas. Tal era el caso —decía— de “una historia manuscrita de Chile por Antonio García”².

Medina, en su citada obra, sólo mencionaba otra vez al dicho Antonio García en el índice de los libros y autores cuya vida y escritos había examinado para su estudio. Lo hacía en la siguiente forma:

García (Antonio)

—*Historia de Chile* M. S.

Referencia de Pérez García³.

Más tarde, cuando Barros Arana escribió su *Historia Jeneral de Chile*, volvió a nombrar a Antonio García, calificándolo de “un antiguo cronista” cuya obra no había llegado hasta él y que sólo conocía por las frecuentes referencias que a ella hacía José Pérez García⁴.

* Homenaje a Alamiro de Ávila Martel.

¹ José Toribio Medina, *Historia de la Literatura Colonial de Chile* (Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1878), tomo II, págs. 33 y 34.

² Medina, *op. cit.*, pág. 484.

³ *Ibid.*

⁴ Diego Barros Arana, *Historia Jeneral de Chile* (Santiago, Rafael Jover editor, Imprenta Cervantes, 1884), tomo I, págs. 215 y 229. Este historiador utiliza expresiones análogas en el tomo IV, pág. 357.

Que sepamos, Barros Arana no volvió a tratar este asunto. Por su lado, Medina volvió a aludir a ella, incidentalmente, en el prólogo de la *Historia de Chile* de Pérez García, dada a luz en 1900. Allí narró que, cuando preparaba la publicación de este trabajo, basándose en el imperfecto manuscrito de la Biblioteca Nacional, había obtenido del prior de la Recolectión Dominicana cinco tomos que cubrían toda esa historia cuya edición ya tenía avanzada. Al cotejar estos documentos con aquel de la Biblioteca Nacional, Medina había comprobado inicialmente una rara uniformidad y observado que, a partir del capítulo x del libro viii, o sea, desde el gobierno del marqués de Baidés, surgían múltiples divergencias. Por un momento pensó que en realidad estaba frente a dos obras distintas y que uno de los manuscritos de la Recolectión podía ser aquella *Historia de Chile* de don Antonio García, tan citada por Pérez García.

Esta impresión desapareció al proseguir Medina el cotejo de los manuscritos: el investigador concluyó por persuadirse de que estaba en presencia de dos textos distintos del mismo autor y que éste no podía ser sino don José Pérez García⁵.

En cuanto hemos podido determinar, existe tan sólo otra referencia de Medina a este tema, punto sobre el cual volveremos más adelante. Aparte de ello, no sabemos de investigadores que hayan tratado monográficamente el tema de la extraviada *Historia de Chile* de don Antonio García. Tales son las circunstancias que nos han sugerido escribir al respecto.

REFERENCIAS DE PÉREZ GARCÍA Y CARVALLO GOYENECHE

Como se ha visto en lo que precede, Barros Arana vinculó a don Antonio García exclusivamente con José Pérez García y derivó de él las escasas noticias que dio acerca del autor que este último citaba reiteradamente. Sin embargo, hubo otro estudioso chileno que parece haber conocido la obra de García y la citó en un extenso trabajo sobre Chile. Aludimos a Vicente Carvallo Goyeneche y a su *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*⁶.

Este cronista cita por lo menos en cuatro partes de su libro a Antonio García para fundamentar aseveraciones acerca de los primeros años de la conquista de Chile.

Si, como afirma Feliú Cruz, Carvallo tuvo acceso a la rica colección de manuscritos de Pérez García⁷, bien pudo consultar en ellos la obra de don Antonio García. Con todo, no puede excluirse la posibilidad de que Carvallo haya extraído sus citas del propio manuscrito histórico de Pérez García, quien, en 1788, ya tenía redactada una parte substancial del mismo⁸. En todo caso, las referencias que hace Carvallo a la obra de Antonio García coinciden con las de Pérez García.

⁵ Prólogo de José Toribio Medina a la *Historia de Chile* de José Pérez García, *Colección de Historiadores de Chile y de Documentos relativos a la Historia Nacional* (Santiago de Chile, 1900), tomo II.

⁶ Vicente Carvallo Goyeneche, *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile, Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional* (Santiago, 1876), tomos VII, IX y X.

El hecho de que Carvallo invocara como fuente a Antonio García, no pasó inadvertido a Feliú Cruz. Véase su *Historiografía Colonial de Chile* (Santiago, 1958), pág. 39.

⁷ Feliú Cruz, *op. cit.*

⁸ El manuscrito de la *Historia Natural, Militar y Sagrada del Reyno de Chile* de Pérez García, que se conserva en el Archivo General de la Nación, Buenos Aires, tiene por fecha el año de 1788 y Carvallo

Dos son, pues, los cronistas chilenos que parecen haber sabido de la *Historia* de Antonio García: José Pérez García y Vicente Carvallo Goyeneche. Diremos que una atenta lectura del trabajo de este último nos ha sugerido la duda de si alguna vez llegó a imprimirse el aludido trabajo de García.

Esta duda parecerá ciertamente extraña a más de alguien, toda vez que nuestros historiadores, de Pérez García en adelante, lo han mencionado como manuscrito⁹; pero en el trabajo de Carvallo hay un sugestivo punto que deseamos destacar a este respecto.

Carvallo trabajó mucho tiempo en lo que llamaba su "obra historial" y en el prólogo de la misma, explicó el método que siguió para llevar adelante la tarea de escribir una descripción total del territorio ocupado por los indios que le confió don Ambrosio O'Higgins, a la sazón, comandante general de la frontera.

A tal propósito, expresa Carvallo, que puso sobre su mesa "todos los escritores de Chile, impresos y manuscritos" y, en la frase inicial del prólogo de su libro, marca nítidamente una diferencia entre escritos que lograron llegar a la imprenta y aquellos que permanecieron inéditos¹⁰.

Esta diferenciación queda mucho más en claro en la segunda parte de su obra. Allí se lee:

"Todo lo que hemos dicho de los indios de Chile, a más de ser de propia observación y experiencia adquirida en más de treinta años de trato con aquellos nacionales, tanto en su propio país como en el territorio español, está apoyado por muchos escritores de Chile. **Imp. y M.S. De los primeros, fueron** don Cristobal Suárez Figueroa, **don Antonio García**, el maestre de campo don Santiago de Tesillo, el P. Alonso de Ovalle, y otros; **y de los últimos** el célebre adelantado Pedro de Valdivia, en el libro 1º de las Provisiones de la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, el maestre de campo don Francisco Bascuñán, el P. Diego Rosales; el maestre de campo don Jerónimo de Quiroga, el Sargento mayor don Pedro de Córdova y Figueroa, el señor abate don Miguel de Olivares, y el teniente coronel de milicias urbanas don José Pérez García. Y para aclarar más la verdad, me ha parecido poner la explicación que hace del carácter de estos nacionales, la obra de M. S. intitulada 'Historia de la Compañía de Jesús de Chile'..."¹¹.

Esta cita, al destacar en modo transparente la diferenciación que trazaba Carvallo entre impresos y manuscritos, sugiere nítidamente que tuvo a la vista un texto impreso de la historia de Antonio García. Bastaría observar que todas las otras obras

vijó a Santiago, a trabajar en temas históricos, a mediados de 1790. Por lo demás, Carvallo lo menciona entre los manuscritos consultados, como lo atestigua la relación de sus fuentes, que vamos a transcribir.

⁹ Desde su primera cita, Pérez García la califica como "su *Historia* manuscrita"; lo mismo hacen Barros Arana, Feliú Cruz y otros investigadores que parece ocioso mencionar con precisión bibliográfica.

¹⁰ Carvallo, *op. cit.*, prólogo: "Muchos españoles y americanos escribieron sobre la conquista de Chile, de los que corre un excesivo número de *impresos y manuscritos*".

¹¹ Carvallo, *op. cit.*, parte segunda, cap. XXIX (pág. 164 en el tomo X de la *Colección de Historiadores*, aludido en la precedente nota 6). El énfasis es nuestro.

que él menciona como "Imp." junto a la de García habían sido efectivamente impresas; pero hay un elemento adicional.

La lista de autores que menciona en ambas categorías parece conformarse a un ordenamiento cronológico. Así, por lo tocante a los impresos; Suárez de Figueroa (*Hechos de Don García Hurtado de Mendoza*, 1613); Tesillo (*Guerra de Chile...*, 1647); Ovalle (*Historia Relación del Reyno de Chile*, 1646 y excepcionalmente portadas con fecha 1648). Si esta interpretación fuera correcta, la presunta edición de la obra de Antonio García habría tenido lugar antes de 1647. Esto concordaría con el hecho de que todas las citas que conocemos de dicha obra corresponden a sucesos anteriores a 1646¹².

SUGERENCIA DE MEDINA ACERCA DE LA DESAPARECIDA *HISTORIA* DE GARCÍA

Hasta hoy no se ha encontrado ejemplar impreso del trabajo de García; pero, evidentemente, este hecho no constituye una demostración fehaciente de que ese trabajo no se haya dado a las prensas: en la historiografía abundan las obras de que se imprimieron y de las cuales no han subsistido ejemplares¹³.

Cabe anotar que Medina no se detuvo a sacar plenas conclusiones de aquella distinción entre manuscritos e impresos que Carvallo hacía de sus fuentes, acerca de la cual hemos llevado la atención. No obstante, por lo tocante a la obra de Antonio García, interesa transcribir un párrafo del ilustre investigador y polígrafo chileno:

"No hemos debido colacionar tampoco algunas obras que los bibliógrafos han dado como impresas pero que en realidad, nunca se dieron a luz; y, por el contrario, no nos ha sido posible examinar **otras que, indudablemente se publicaron**, pero que, o han desaparecido, o no hemos tenido la suerte de hallar, a pesar de empeñosas diligencias. **En este caso se encuentran** la Centinela del Reino de Chile de Andrés Méndez, el Soldado Chileno atribuido al Presidente don Francisco de Meneses, y ambos dados a luz en Lima; y además de éstos y de otros que iremos anotando en el curso de las siguientes páginas, **un libro de Antonio García que Pérez García en su Historia manuscrita y Carvallo y Goyeneche citan como impreso y hasta cuyo título ignoramos**"¹⁴.

ALGUNOS DATOS SOBRE GARCÍA Y SU *HISTORIA*

No se precisa más para demostrar que el mismo Medina pensó que "indudablemente" el libro de Antonio García se había publicado. Haya llegado o no a imprimir-

¹² Sobre este punto volveremos en breve, al referirnos al período cronológico que cubría la *Historia* de Antonio García.

¹³ Valga a guisa de ejemplo y sin ir más allá de casos vinculados a Chile, el *Tratado sobre las indulgencias* de fray Jerónimo de Oré, impreso en 1606, acerca del cual Medina dice que no puede dudarse de su existencia al ver que Alva y Astorga en su *Milicia* cita algunas de sus frases. Lo mismo vale para el libro de Andrés Méndez, *Discurso sobre la centinela del Reyno de Chile*, que se imprimió en Lima en 1641, respecto del cual Medina dice: "No he logrado hasta ahora ver ese libro, ni de su autor he encontrado noticia alguna". José Toribio Medina, *Biblioteca Hispano-Chilena* (Santiago de Chile, 1897), tomo I, págs. 96 y 424, respectivamente.

¹⁴ Medina, *op. cit.*, tomo I, pág. XI. No obstante la aseveración de este autor, no hemos logrado descubrir el lugar en que Pérez García habría dado por impresa la obra de Antonio García.

se —cuestión que sólo se podría zanjar definitivamente si apareciera algún ejemplar o surgieran mayores antecedentes definitivos acerca de ello— la *Historia* de Antonio García ha desaparecido. ¿Qué nos queda de ésta?

Las mejores informaciones se desprenden de José Pérez García quien, en su libro, echa mano a ella no menos de ciento treinta veces. Esta profusión de citas nos ha permitido extraer ciertas precisiones acerca de aquel perdido trabajo de Antonio García:

a) Cronológicamente, la *Historia* de Antonio García se iniciaba con referencias a la lucha de los aborígenes copiapinos contra las fuerzas que comandaba Sinchiruca (siglo xv) y llegaba al menos al gobierno del marqués de Baidés (mediados del siglo xvii). Constituye una perogrullada señalar que personalmente no pudo ser testigo de todos los hechos que narra.

b) Antonio García concluyó de escribir su *Historia* con posterioridad a 1645.

c) La *Historia* de García, al parecer, se habría compuesto de tres libros: el primero de ellos tenía no menos de catorce capítulos; el segundo, no menos de veintinueve y el tercero, no menos de veintitrés. El último de éstos, que cita Pérez García, correspondía, como hemos ya sugerido, a la época en que Chile fue gobernado por el marqués de Baidés.

d) García conocía los *Comentarios Reales* de Garcilaso y los citaba en una parte de su *Historia*, en relación con el repartimiento de tierras e indios que dispuso Pedro de Valdivia al inicio de su conquista.

e) En ese trabajo, Antonio García revela un amplio y minucioso conocimiento de hechos de la conquista de Chile y de principales acontecimientos del siglo xvi que no pudo conocer directamente, por longevo que hubiere sido. Debió de disponer, en consecuencia, de un vasto caudal de fuentes cuya identidad desconocemos.

f) García tenía por "bárbaro" al idioma autóctono o *Chilidugu*, que parecía conocer bien ya que varias palabras de dicho idioma, que cita Pérez García, las ha tomado de aquel. Asimismo, este último saca de García algunas informaciones sobre las costumbres de los indígenas.

Aparte de las indicaciones precedentes —que, entre otras cosas, permiten situar la actividad literaria de Antonio García probablemente en la primera mitad del siglo xvii— no disponemos de antecedentes directos acerca de la *Historia* o su autor. Su nombre no se menciona en las obras de historiadores contemporáneos suyos ni la hemos hallado en la vasta documentación que se ha publicado o catalogado hasta hoy¹⁵. Además, en las obras de Barros Arana, Encina y Feliú Cruz que hemos revisado, no figuran mayores informaciones sobre él.

En estas circunstancias, nos hemos debido contentar con reconstituir algunas de las páginas de su perdida *Historia*, tomando por base las múltiples citas que de ella hace Pérez García, quien, a menudo, las transcribe entrecomilladas. Si las incluyé-

¹⁵ El nombre no aparece en la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Chile* (Santiago, 1888-1902), según resulta de un fichero inédito de la Sala Medina, Biblioteca Nacional, ni en los siete tomos de la *Segunda Serie* que se han publicado hasta hoy (Santiago, 1956-1982).

Asimismo, aparte de las obras clásicas sobre genealogía chilena, en busca del nombre de Antonio

ramos en este estudio, lo extenderíamos indebidamente; por eso, dejaremos su publicación para otra oportunidad¹⁶.

DATOS SOBRE UNA BREVE OBRA DE ANTONIO GARCÍA

Pérez García y Carvallo Goyeneche mencionan solamente la *Historia* de Antonio García, en sus trabajos antes citados, y, en cuanto sabemos, ningún otro cronista o investigador se ha referido a la existencia de otra obra de este último.

Por nuestra parte, hemos descubierto una indicación que nos lleva al convencimiento de que, además del extenso manuscrito a que nos hemos referido, García redactó un *Prontuario de Chile*, que cubría al menos desde 1400 a 1609.

Esta afirmación se sustenta en los dos antecedentes simples que pasamos a exponer.

Hace algún tiempo, revisando el catálogo de la valiosa documentación que constituye el Fondo Claudio Gay, en nuestro Archivo Nacional, encontramos, dentro de la descripción del contenido del volumen I, la siguiente referencia:

10. *Compendio del Prontuario de Chile, manuscrito por Antonio García. 1400- 1733. fs. 89-98*¹⁷.

Frente a esta inédita referencia al antiguo cronista, solicitamos ese volumen y pudimos leer el documento aludido. Su verdadero título es:

*Compendio de el Prontuario de Chile manuscrito por Antonio García y lo rayado es a la letra*¹⁸.

Se trataba, pues, del resumen de un desconocido trabajo de Antonio García que se titulaba *Prontuario de Chile*. El autor de ese resumen era José Pérez García.

El segundo antecedente, se halla en el mismo volumen del Archivo Gay. En otra pieza de dicho volumen, que lleva la firma de Pérez García, éste analiza el contenido del primer libro becerro de Santiago y, a propósito de las afirmaciones de que antes de ser asesinado por los indios Valdivia visitó unas minas de oro, anota Pérez García: "...ni a qué había de ir si, como advierte en su **Prontuario Antonio García**, no había indios en las minas porque era el tiempo de la demora y estaban en sus sementeras"¹⁹.

García hemos revisado sin éxito las siguientes publicaciones: José Toribio Medina, *Diccionario Biográfico Colonial* (Santiago, 1906); Jesús Domínguez Bordona, *Manuscritos de América* (tomo IX del Catálogo de la Biblioteca de Palacio, Madrid, 1935); Luis Roa y Ursúa, *El Reyno de Chile, 1535-1810* (Valladolid, 1945); Real Academia de la Historia, *Catálogo de la Colección de don Juan Baustista Muñoz* (Madrid, 1956); María del Carmen Pescador del Hoyo, *Documentos de Indias: siglos XV-XIX* (Madrid, 1954); Edwin Blake Brownrigg, *Colonial Latin-American manuscripts in the Obadiah Rich Collection: an Inventory and Index* (Nueva York, 1978); David M. Szewczyk, *A calendar of the Peruvian and other South American Manuscripts in the Philip H. & A.S.W. Rosenbach Foundation: 1536-1914* (Filadelfia, 1977).

¹⁶ Al aludir al honesto uso de comillas que hace Pérez García, tenemos en mente el manuscrito suyo de 1788 que, revestido de su firma, hemos consultado y hecho copiar en Buenos Aires. Lamentablemente, la versión publicada en la *Colección de Historiadores...*, que como hemos indicado, se basa en otro manuscrito, omite con frecuencia tales comillas.

¹⁷ Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Archivo Nacional, *Archivo de Claudio Gay* (Santiago, 1963).

¹⁸ Conservamos la ortografía original. Como puede verse, el título carece de la coma después de la palabra Chile, que le atribuye el catálogo: el manuscrito de García no es el compendio sino el Prontuario.

¹⁹ Archivo de Claudio Gay, vol. I titulada *Copia del primer libro becerro del Cabildo de la ciudad de Santiago de Chile desde 1541 hasta 1544*. (Debe advertirse que, más que de una copia, se trata de un compendio de ese libro, anotado por el propio Pérez García).

Revelada en estos dos textos la existencia de un *Prontuario* escrito por don Antonio García, pasamos a estudiar el primero de los citados documentos: aquel en que Pérez García lo resumió.

El *Compendio* así encontrado consta de siete hojas que, en la numeración mecánica del volumen 1 del Archivo Gay, van del N^o 82 al N^o 88, ambos incluidos. El volumen en que se encuentra se halla empastado en pergamino y tiene sobre la tapa un hermoso sello dorado con las iniciales T.C., que revela haber pertenecido al ilustre hispanista francés Henri Ternaux-Compans (1807-1864)²⁰.

Es conocida la relación de amistad y colaboración que existió entre Gay y este historiador²¹. Por eso, sospechamos que la ruta seguida por el *Compendio* haya sido: de manos de José Pérez García a las de sus herederos: de éstos, probablemente por vía de terceros, a Ternaux-Compans, quien lo habría adquirido junto con otros documentos relativos también a Chile; de Ternaux-Compans a Gay y de los herederos de éste al gobierno de Chile²².

En el apéndice del presente trabajo insertamos una transcripción parcial del *Compendio* así descubierto por nosotros. Su lectura dejará ver que es una obra menor de Pérez García, desconocida hasta ahora, en el cual este cronista resumió un no menos desconocido *Prontuario* relativo a Chile.

Al redactar su síntesis del *Prontuario*, Pérez García prosiguió su desarrollo más acá de 1609, llevándolo hasta 1733 y marcando mediante los siguientes términos la parte que le era propia:

"Hasta aquí Antonio García y sigo yo Josef Perez porque el método es claro"²³.

Afortunadamente para nuestra investigación sobre Antonio García, Pérez García subrayó en su *Compendio* las frases o palabras que eran copia fiel de las expresiones de aquel, como denota la frase del título: "y lo rayado es a la letra"²⁴. Dicho de otro modo, el *Compendio* refleja el contenido del *Prontuario* y, en algunas partes, transcribe fielmente expresiones de éste.

CONCLUSIÓN

De los trabajos originales de don Antonio García sólo conocemos actualmente

²⁰ Así lo observó el investigador don Luis Montt quien, en la parte interior de la portada, escribió y firmó la siguiente anotación: "Este volumen por las iniciales i la cabeza de *mouton* estampadas en la tapa, se ve que perteneció al americanista francés Ternaux Compans. Agosto 7 de 1907".

²¹ Acerca de sus contactos con el mencionado hispanista, escribió Gay en el prólogo de su *Historia física y política de Chile* (París, 1846): "...No sin fruto he pasado tres meses en Lima reconociendo los archivos... y por si algo pudiera faltar, todavía es fortuna el haberme procurado gran número de códices existentes en ciertas bibliotecas de París, principalmente en la del señor Ternaux Compans, dueño de una baraja de obras sobre la América, de inestimable precio, quien con fino y generoso desprendimiento las dejó a mi entera disposición".

²² Casi todos los documentos están vinculados a Chile y parecen haber pertenecido a José Pérez García. Algunos de ellos aluden, incluso, a la decisión de que fueran incluidos en la *Historia* de éste.

²³ Foja 85 vta. del volumen 1 del Archivo Gay.

²⁴ A más de modernizar la ortografía y la puntuación del original, en la transcripción que forma el Apéndice hemos transcrito en cursiva las partes que Pérez García subrayó. Esto último permite distinguir los conceptos propios de don Antonio.

† Concediósele a principios de 1539.

aquellos fragmentos de la *Historia* relativa a nuestro país, que José Pérez García transcribió en la suya, y algunas palabras de su *Prontuario de Chile* que el mismo Pérez García incluyó, subrayándolas, en el *Compendio* de cuya existencia hemos dado noticias en el presente trabajo.

Utilizando la calificación que le dio Barros Arana, concluiremos expresando que nada más hemos logrado averiguar acerca de este "antiguo cronista".

APÉNDICE

Compendio del Prontuario de Chile manuscrito por Antonio García y lo rayado es a la letra (extracto)

Chile: País famoso, ceñido entre mar y cordillera y extendido desde Copiapó hasta el Cabo de Hornos. No se le acrecienta gloria, con titularle *Reino*, pues nunca *tuvo Rey propio*. Ni se le disminuyen excelencia, con llamarle *provincia*, con impropiedad, *pues tiene en sí muchas provincias*. Y por esto, con el nombre *Chile* será conocido.

1400. INCA YUPANQUI. Rey décimo del Perú, como por los años 1400. Empezó la conquista de Chile y él y sus sucesores llegaron con ella hasta Maule y conservaron su dominio hasta que conquistaron el Perú los españoles.

1535. Don Diego Almagro. Conquistador del Perú, huyendo las desazones con su compañero don Francisco Pizarro, emprendió la conquista de Chile con 500 españoles, la mitad de a caballo, y con más de 10.000 indios, los restantes llegado a Maule, triunfó *la oposición que le hicieron* aquellos naturales y, sin sacar *ventaja* ni hacer ningún establecimiento *en Chile*, se volvió al Perú en que, reviviendo las desazones con Pizarro, perdió la batalla de las *Salinas* en 1538.

1538. y fue ajusticiado en el Cuzco.

1539. DON PEDRO VALDIVIA. Pidió a dicho Pizarro, en el Perú, la conquista de Chile †. Y salió a ella desde el Cuzco, a fines de 1539 o principios de cuarenta con 250 españoles y 500 indios de criados o auxiliares. Y llegó sin pérdida a Copiapó, a quien le puso el nombre del Valle de la Posesión, por la que allí tomó en nombre del rey en 1540. Dio con el ejército un *Gracias a Dios* de la feliz llegada. Congratulóse con sus militares. Tardaron en venir a ofrecerse los copiapoes. Cogieron los batidores un prisionero. Hizo Valdivia un razonamiento *a sus tropas*, del modo de portarse, y las esperanzas que *con ellos* se prometía. Llegaron en fin los copiapoes con un repuesto *de víveres*. Hizose paz con ellos. Dióseles algunas noticia del Rey y de la religión y salieron de allí, haciendo paces en todos los tránsitos, hasta que llegaron a plantar su cuartel en *el valle de Mapocho*. Parecióle bien a Valdivia la campaña y, para fundar en ella hizo un *razonamiento* a sus militares y en una convocatoria o *parlamento* asentó paz con los indios y al margen austral del río *Mapocho* fundó una ciudad que llamó *de Santiago* del Nuevo Extremo en 24 de febrero de 1541 años. Edificó

la *iglesia* para desahogo de su devoción y un fuerte que llamó de Santa *Lucía* para su resguardo si se perdía la ciudad. Y nombró la Justicia regimiento y vecinos para esta primera ciudad de Chile.

Los indios que habían dado *una fingida paz* en la ocasión que Valdivia no estaba en la ciudad, la *quemaron toda* a los pocos meses de su fundación; pero no pudieron coger el fuerte, aunque duró el *asalto un día entero*. Valdivia, luego que volvió, fue a buscar los indios y se dieron batalla *en que triunfaron los españoles* y, soltando *con piedad* Valdivia los prisioneros, se volvió a asentar *la paz* y a reedificar la ciudad.

Valdivia, viendo que sin socorros del Perú no podía conservar, envió por tierra a su teniente Alonso Monroy y Pedro Miranda por ellos, con algún *oro* a la vista, que se había sacado de las minas *del valle de Chile*, que hoy se llama *Quillota*. Y, al mismo tiempo, para que también fueran por socorro por mar, construyó *una nave* en la embocadura del río de Chile que hoy llamamos de Aconcagua, Mas casi uno y otro medio se le frustró: aquél, por la traición de los copiapoes, de donde por mucha *fortuna* libraron Miranda y *Monroy*, aunque cortando viaje llegaron al Perú. Y éste porque *Michimalonco*, señor principal del valle de Chile, y otros caciques quemaron la casi construida *embarcación*, después de haber muerto el piquete de veinte españoles que estaban *en la casa* que *en el valle de Chile* tenían cercana al laboreo de las minas y en resguardo del *astillero*.

Estos contratiempos se repararon con la llegada del socorro de sesenta

1543. españoles que en un viaje trajo *Alonso Monroy*, a fines de 1543 y luego llegó en otra de *Juan Baustista Pastene* otro socorro en que vino *Pedro Miranda*. Con estos auxilios envió Valdivia al citado Pastene en su nave y título de su teniente general de mar, a reconocer la *costa de Chile* norte-sur. Y él cogió alguna gente *y fue a fundar en*

1544. el valle de Coquimbo la ciudad de La Serena y la fundó en 1544.

Luego que Valdivia volvió a Santiago, envió por socorros a España a *Antonio de Ulloa* y al mismo efecto al Perú a *Alonso Monroy* y a *Juan Bautista Pastene*. Mas, habiendo muerto los dos primeros en el Perú, y vuelto Pastene sin socorro por la guerra civil en que estaban aquellos reinos, resolvió volver a enviar con el poco oro que pudo juntar a *Esteban de Sosa* y a *Juan Bohon*. Y viendo que tardaban mucho en volver y que el licenciado *La Gasca* venía a *sosegar el Perú*, juntó el oro que pudo y fue a auxiliar el ejército real y traer socorros, como lo consiguió, pues, saliendo de Chile en 1548, llegó a tiempo de formar el ejército para la batalla de *Saquisaguana*, ganar la victoria y llegar con socorro a Valparaíso en 1549.

Durante su ausencia destruyeron los indios de Coquimbo la ciudad de *La Serena*, dando muerte a todos los españoles y, al mismo tiempo, habiendo llegado Esteban de Sosa por tierra, a Copiapó con el socorro de cuarenta españoles y dejándolos allí reforzándose al cargo de *Juan Bohon* interín él se vino a Santiago, *los degollaron a todos*. Y fue Francisco Villagra a su castigo.

Apenas había descansado Valdivia del viaje, envió por más socorros al Perú a su teniente *Francisco Villagra* con el oro que pudo juntar, pues *en estos socorros le embecía*. Y él pasó adelante con la conquista. Y, según lo tenía meditado,

llegó al valle de Penco, para fundar una ciudad en el fondo de aquella bahía. Pero apenas puso los pies en el Andalién, cuando los indios le presentaron batalla para echarle de allí. *Triunfólos Valdivia* y, hecha la paz con ellos, fundó la ciudad de La Concepción en 1550. Más aun no estaba construida cuando, quebrantando los indios la paz *que habían dado fingida*, vinieron cuarenta mil sobre los españoles, que salieron a recibirlos. Y sin pelear los vencieron pues, viniendo el señor apóstol Santiago *a ser soldado de Valdivia*, de tal suerte los consternó puesto en la vanguardia, que huyeron todos con cobardía. Hecho este establecimiento pasó el gran Bío Bío y llegando al Cautén fundó en recuerdo del Emperador a *la ciudad Imperial* en 1551. Arregló *mesones o tambos de siete en siete leguas* y marchando para el sur, estando en el valle de Mariquina, llegó con el socorro de gente del Perú su teniente *Francisco Villagra*, que fue un singular auxilio para las fundaciones que inventaba.

Antes de partir de allí, volvió a enviar por socorros a *Martín de Avendaño* y con tan buena gente destacó a Gerónimo Alderete a fundar la ciudad de Villarrica y él pasó a fundar la ciudad de Valdivia

1552. y ambos la fundaron en 1552 y reconocieron el país a su satisfacción. Y por falta de gente no hizo Valdivia otro establecimiento en el sitio de *Churacabi* que le pareció muy *bien*.

Volvió *Martín de Avendaño* con un buen socorro de gente, armas y caballos y regocijado con él, aunque no satisfecho, volvió a enviar a *Gaspar de Villarroel* al Perú por más gente; y con la que trajo Avendaño fundó tres fuertes: uno en Arauco, otro en Tucapel y otro en

1553. Purén; y en 1553, la ciudad de Los Confines en Angol. Mas, no satisfecho su deseo pensó en pasar adelante y antes de marchar, envió con gente a su teniente Francisco Villagra que fundase una ciudad en

1553. Churacabi que la titulase *Santa Marina de Gaete* y que le aguardase allí. Pero Dios tenía *obras miras* y quería que este ilustre campeón que tanto había conquistado de tierra pasara a continuar sus glorias al cielo.

Supo Valdivia en la Concepción que los indios, luego que vieron alejado el ejército que llevó Villagra, se habían resuelto dar a luz la conspiración general *que había tiempo meditaban* y que habían muerto dos españoles en Arauco. Al punto recogió Valdivia los españoles que pudo y juntando *sesenta*, con ellos y *cien* indios de servicio que llamamos yanaconas, salió de la Concepción y llegó al castillo de Arauco. Y sin perder tiempo pasó al valle *de Tucapel* en que había otro *castillo* el que a su llegada ya estaba *desamparado*. Y halló en aquel valle *como treinta y dos mil indios* a quienes dio, y perdió, una cruel batalla en que pereció Valdivia, todos los españoles y noventaiocho indios, yanaconas, en diciembre de 1553.

Glorioso general a quien *macula la envidia* su tardanza por ir por el rodeo de las minas en que, asientan, tenía muchos indios trabajando para aumentar su caudal, *siendo cierto que ni fue a ellas ni era tiempo de trabajar en las minas* porque lo era de la demora que señalaba el tiempo de trabajar en ellas desde febrero a septiembre. Añádale otra calumnia culpando su *temeridad* en ir a reprimir el alzamiento con tan poca gente, sin reparar que menos al respective empezó

la conquista y que con menos fue el mismo Valdivia a castigar la sublevación de *Quillota*. Y que así han hecho los españoles la conquista de las Indias.

1554. DON FRANCISCO VILLAGRA que supo en Churacabi la muerte de Valdivia, abandonó la obra, volvió a Valdivia reforzándola, pasó a la Imperial y socorriéndola, abriendo el camino con la espada, entró a principios de 1554 en la Concepción. Esta ciudad, con el nombramiento de don Pedro Valdivia, eligió a dicho Villagra de interino gobernador. Desamparó las ciudades de Villarrica y Confines de Angol, perdió la batalla de la cuesta de Marihueno, que hoy se llama de Villagra. Ganó la victoria de Mataquito, dando muerte al caudillo de ella, Lautaru. Entró en Valparaíso Gaspar de Villaruel con el socorro que fue a traer. Se volvió a poblar y abandonar la ciudad de la Concepción, repoblóse la ciudad de los Confines de Angol y se cree que la de Villarrica, aunque ningún autor le vuelve a nombrar su repoblación.

1557. DON GARCÍA HURTADO DE MENDOZA fue nombrado gobernador interino por su padre el Virrey y muerte en el viaje del gobernador propietario Gerónimo Alderete. Llegó a Chile con un buen socorro en 1557. Construyó en *la Concepción un fuerte* y le defendió de un tenaz asalto que le dieron los indios. Salió el ejército para Arauco y les ganó a los naturales las batallas de *Bío Bío* y *Millarepu*. Fundó la ciudad de *Cañete* en Tucapel y la de *Osorno* en Churacabi. Mejoró de sitio la de los Confines, poniéndole por nombre *la de los Infantes*. Refundó la ciudad de *la Concepción* y en la provincia de Cuyo pobló la ciudad de *Mendoza* y de *San Juan* de la Frontera. Y en 1560 puso este gobernador la primera piedra a la Iglesia Catedral que en su tiempo se construía y se había erigido por Su Santidad.

1561. Dn. Francisco Villagra. Gobernador propietario que ya lo había sido interino llegó a Valparaíso con socorro de gente. Ocupan los españoles el fuerte de Rucapillán con un fuerte asalto. Nombra el gobernador por general a su hijo Pedro Villagra que era mozo y pierde la vida y la batalla de la cuesta de Marihueno en que se señaló Pedro Cortés. Abandonóse la ciudad de Cañete y murió el gobernador. Dn. Pedro Villagra fue el gobernador interino que dejó nombrado el difunto gobernador en 1563.

Puso Antuhueno sitio a Arauco y se obligó a hacer abandono de este castillo. Ganóse la batalla de Mulchén y el gobernador fue preso a Lima.

Don Rodrigo Quiroga, gobernador interin, se recibió cuando Jerónimo Castilla trajo un buen socorro en 1564. Ganóse la facción de Rucapillán.

1566. Poblóse la ciudad de Castro en Chiloé, en 1566. Repuéblase la ciudad de Cañete y castillo de Arauco.

Don Melchor Bravo de Sarabia, Presidente de la Real Audiencia que se erigió en la Concepción en 1567. Se ganó a los indios una batalla junto la ciudad de Cañete. Perdióse la facción del reconocimiento del acampamento de los indios en Marihueno y se retira el campo español, y se despuebla Arauco. En este gobierno se erigió el Obispado de la Imperial. Hubo un terrible temblor en la Concepción y se repobló Arauco.

1575. Don Rodrigo Quiroga fue nombrado gobernador porque el visitador Calderón quitó la Real Audiencia en 1575. Descubriéronse en la jurisdicción de

- Osorno las minas de oro de Ponzuelo. Fundó la ciudad de San Bartolomé de Gamboa en Chillán, año 1579, y murió el gobernador en 1580.
- Don Martín Ruiz de Gamboa, gobernador interino, nombrado por su suegro, dicho Quiroga. Hiciéronse en su gobierno algunas correrías.
- 1583.** Don Alonso Sotomayor, gobernador propietario, llegó con socorro de gente por Buenos Aires, en 1583. Ganóse la facción de la Quebrada Honda y la batalla famosa de Marihueno, mas poco se adelantaron las armas en su tiempo.
- 1592.** Don Martín García Oñez de Loyola, gobernador propietario, se recibió en 1592. Fundó la ciudad de Santa Cruz de Loyola en Millapoa. Talóse el país rebelde. Fundóse la ciudad de San Luis de Loyola, en la Punta de Venados de la provincia de Cuyo. Trajo socorro de gente Gabriel de Castilla.
- Sitia Pailamacho a Purén y va a levantar el sitio Pedro Cortés y abandonó el fuerte. Visita el gobernador las plazas y, viniendo desde la Imperial a Los Confines, se acampó en Curalebu donde al romper el día le asaltó Quelantaro, caudillo de 200 indios y les quitó a todos la
- 1598.** vida en 24 de noviembre de 1598. Y tomó las armas todo el país desde Itata hasta el canal de Maullín.
- 1598.** Don Pedro Vizcarra, teniente general, fue nombrado en la ciudad de Santiago de interino gobernador. Pasó éste, aunque viejo, a la frontera pues toda ella y sus plazas estaban asediadas. Y así pasó a Bío Bío y recogió el vecindario de Confines de Angol y Santa Cruz, desamparándolas y abandonando el fuerte de Jesús.
- 1599.** Don Francisco Quiñones. Nombrado gobernador interino por el Virrey, llegó en 1599. Triunfó a Pailamacho en Yumbel. Desamparóse la ciudad de Cañete y plaza de Arauco. Socorrió la asediada Imperial. Perdióse por descuido la ciudad de Valdivia y continuaban los indios el sitio de Imperial, Villarrica y Osorno.
- 1600.** Don Alonso García Ramón fue nombrado de gobernador interino por el Virrey, habiendo hecho dimisión el antecesor y se recibió en 1600 a diez de agosto. Y en el poco tiempo de su gobierno nada se perdió, aunque duraba en dichas ciudades el asedio.
- 1601.** Don Alonso de Ribera, gobernador propietario que trajo buen socorro de gente a principios de 1601, aunque el socorro llegó por noviembre, por su tardanza se perdió la ciudad Imperial, la de Villarrica y la de Osorno, salvándose de Osorno e Imperial algunas reliquias después de más de dos años y medio de porfiado sitio. Situó algunos fuertes al margen del Bío Bío.
- 1605.** Don Alonso García Ramón fue el gobernador propietario que nombró el Rey por haberse casado sin licencia su antecesor. Llegaron en su tiempo dos socorros de gente para la guerra de Chile. Fundó en Boroa un fuerte. Hizo placarte para el ejército de Chile.
- 1609.** Fundóse en Santiago la Real Audiencia en 8 de septiembre de 1609 y pasó a ser Presidente de ella dicho gobernador. Ganó la batalla de Lumaco.

Hasta aquí Antonio García y sigo yo, Josef Pérez, porque el método es claro.

¡AL FIN! TODOS SOMOS POSMODERNOS. LA CULTURA MATERIAL COMO PARADIGMA DE LO COTIDIANO

Francisco Gallardo*

En la actualidad es difícil no haber escuchado hablar de la posmodernidad¹. En televisión recurren con frecuencia a la palabra. Se le asocia a la sociedad de consumo, de masas o posindustrial. Y no es raro oír que España se ha vuelto posmoderna. Sin embargo, el término no parece restringirse exclusivamente a lo social o económico. Hay quienes acostumbran a ligarla con el arte o a un determinado estilo de hacer las cosas. Para éstos, las mejores obras de esta corriente pueden ser halladas en las películas de Almodóvar, David Lynch, Martin Scorsese y Clint Eastwood. O bien, en la música de Philip Glass, Talking Head, David Byrne y Peter Gabriel. Tampoco faltan los que sabiendo más la restringen a la arquitectura, encontrando sus orígenes en la obra de Robert Venturi acerca de Las Vegas. La lista de referencias es interminable y parece irresistible dejar de incluir ciudades como Los Ángeles, Tokio, New York, Montreal o Disneyworld.

Se dice que los ejemplos tienen la virtud de aclarar ideas, pero ésta es una de las pocas ocasiones en que el dispositivo funciona mal. Lo cierto es que el posmodernismo se resiste a una definición y es probable que esta ambigüedad sea una de sus cualidades esenciales. Sin duda, esto es el resultado de una cultura emergida en la heterogeneidad de una sociedad a nivel planetario, de una economía a escala mundial.

La actitud posmoderna no es un misterio y es bien conocida en el mundo de los intelectuales. Baudrillard, Habermas, Jameson y Lyotard han proporcionado una importante radiografía de esta lógica cultural y son lejos sus mejores analistas. Por esto no insistiré en argumentos o raciocinios filosóficos, teóricos o políticos. Ahora me preocupa más indagar qué tan involucrados estamos en este proyecto ideológico y simbólico, dónde se ha instalado y cuánto nos ha afectado. Tracemos los significados de algunos "lugares comunes", hagamos la arqueología de algunos eventos materiales cuyos sentidos sugieren ser paradigmas del mundo contemporáneo.

SATÉLITES EN EL METRO

El metro de Santiago es una "industria" de transporte que está en total sintonía con la mentalidad de hombres y mujeres que viven a pasos del año dos mil. Se trata

*Museo Chileno de Arte Precolombino.

¹Todd Gitlin, "La vida en el mundo posmoderno", *Facetas*, N° 4, 1990, págs. 12-18; Frederic Jameson, "Postmodernism, or the cultural logic of late capitalism", *New Left Review*, N° 146, 1984, págs. 53-92.

de un medio de locomoción barato, rápido, preciso, puntual, masivo y aséptico. Sus instalaciones son enormes (como la estación Universidad de Chile) y empuñan a sus usuarios no sólo por sus dimensiones, sino por el derroche de soluciones técnicas. Más aún, todo aquel que se involucra con su interioridad, con su trama de movimiento artificial, llega a sentirse partícipe de las ventajas del primer mundo. No sin cierta razón, algunos creen tener poco que ver con el resto de los tercermundistas.

El metro es una maquinaria de desplazamientos humanos que poca gente desconoce. Es un espacio material "domesticado" por el uso, rutinario y cotidiano. Posee todos los atributos de un organismo eficiente, pero su funcionamiento está condicionado a una aceptación de reglas no explícitas, de conceptos nunca manifiestos, de ideas asumidas espontáneamente. Dejarse llevar por sus escaleras mecánicas supone abandonarse a una lógica preestablecida, a un conjunto de decisiones tomadas por otros. Una vez aceptado este orden cultural, no queda más remedio que decir adiós a la improvisación. Nadie puede detenerlo a mitad de calle, bajarse por la puerta delantera o insultar al conductor. Tampoco existen aquí charlatanes de prosa cautivante, vendedores con "ofertas irresistibles", mendigos o cantores populares. El sujeto que todos llevamos dentro queda desconectado, anulado en beneficio de una circulación que se agota en sí misma.

Desconocer los "trucos" del metro, ignorar esos pequeños artificios de transporte posmoderno es cosa del pasado. La mayoría de sus usuarios penetran confiados. Sin señales de temor sortean el laberinto de pasillos y letreros luminosos, las mesaninas, las puertas batientes y las escaleras mecánicas. Todos saben que para alcanzar un carro azul, deben seguir rutas incommovibles, respetar transiciones y lugares de detención. Éste es un orden total, absoluto. Aquí el espacio está poderosamente cuadrículado y las personas son sólo un elemento más de esta malla de instalaciones materiales. Las piezas del rompecabezas ajustan a la perfección, sin estridencias. El metro desecha todo protagonismo humano. Arriba, sobre la superficie de la ciudad, buses y taxis se muestran (y desplazan) como sus contrarios, como su negación. En ellos el conductor es el centro sobre el que gira la aventura de ir a alguna parte. En el metro, este asunto es anecdótico, en él no hay centro alguno, sólo rutas para el desplazamiento, sólo andenes donde esperar el siguiente turno.

Entre estos muros de concreto armado, pisos embaldosados y carros metálicos no hay cabida para la creación, el sujeto trascendente (lleno de sueños y capacidad de acción) queda entre paréntesis. Se transforma a sí mismo (a completa voluntad) en un satélite dominado por un "piloto automático" que él no ha creado. El metro sublima un ideal de persona, el individuo satelital. Una especie de terminal de computación que deja fluir su información por redes más amplias bajo reglas que no son las suyas, pero que finalmente acepta de manera complaciente.

NO TE QUEDES EN EL PASADO

En televisión se hizo famoso un *spot* publicitario. Pocos pueden decir que no lo han visto. La escena es clásica. Un hombre y una mujer se despiden en una estación

de trenes. Ella llora presa de la histeria, él la observa con cierto desdén, exteriorizando seguridad y algo de aburrimiento. La frase es conocida: "No te quedes en el pasado, nena". Las imágenes del *spot* se cubren de un riguroso blanco y negro, y los personajes visten a las usanzas de los cuarenta. La parodia es obvia. Se trata de Humphrey Bogart e Ingrid Bergman tal como los vimos (o podemos recordar) en el filme *Casablanca*. Aquí el mensaje publicitario recurre a imágenes del pasado, se recubre de él de un modo nada casual. Es parte indudable de esa moda *retro* a la que cada vez estamos más expuestos. Es por esto que aún es posible escuchar la música de Bill Haley y sus Cometas, Fat Domino, The Platters, Led Zepellin y The Doors; se multiplican los videos con antigüedades del tipo *Nido de ratas*, *Un tranvía llamado deseo* o *La reina africana*; y abundan las películas *remake* a lo Brian de Palma o John Carpenter.

El presente se ha vuelto nostálgico, se ha hecho intolerable sin la circulación de iconos y actitudes arrancadas del pasado. Los estilos antiguos se multiplican en el ahora, ignorando sus orígenes, haciendo caso omiso de la historicidad de cada uno de ellos. Han llegado hasta nosotros para provocar emociones, para saciarnos de nostalgia. Es el deseo por revivir lo imposible, de arrebatárle al tiempo acontecimientos que ya se esfumaron perdiendo su actualidad. El pasado no existe. Debe su "supervivencia" a aquellos que no pueden olvidar. El pasado significa algo solo en la medida que es vivido en el presente. Esta obsesión por construirnos una historia, de abusar masivamente de ella, sugiere carencias, lagunas estéticas y emocionales. Sin duda, al posmodernismo le falta algo.

Esta estrategia "creativa" de evadir lo contingente, privilegiando la re-presentación del pasado, ha inaugurado una forma de sentir, de actuar, de pensar. Los casos son muchos, pero hay uno que me conmueve. Se trata del movimiento *New Age*. Ellos han hecho de este *revival* una práctica, lo han convertido en un asunto de principios, casi religioso, casi sagrado. Estas personas son identificables. Son los habituales del restorán naturista, el valle del Elqui, el Cajón del Maipo. Ellos usan ropa de algodón, practican Tai Chi, hacen meditación Zen, son expertos en el I Ching y teatralizan el éxtasis de rituales aymaras, hindúes, chinos o mapuches. En general, consideran lo étnico como opuesto a la cultura occidental, y ven en lo indígena un remanente de una sociedad anterior a la de consumo, una especie de reliquia "salvaje" aún viva, una muestra de la "humanidad perdida". Hurgando (no sin cierta desesperación) en los archivos de la etnología y la historia han escogido pequeños jirones de culturas (todas diferentes) y con ellos han construido un manifiesto de vida, un *collage* de elementos pegados a la fuerza, un rompecabezas insólito cuyas partes no calzan. En su afán por reivindicar para sí mismos lo étnico (el "pasado viviente") han erosionado irreparablemente la riqueza de los significados que cada cultura proporciona a sus prácticas y creencias.

Nuestra actual noción de pasado parece condenada a la yuxtaposición, a un artificio de hacer cosas "nuevas" con cosas "viejas". Como si lo antiguo pudiese llenar de contenido nuestras obras, hablar limpiamente de sí mismo. El pasado nunca podrá volver a ser pasado. Mientras seamos nosotros los que formulamos historias (visuales, habladas o escritas) acerca de la historia, no es posible que ella pueda escapar a nuestras miserias o grandezas. Ahora utilizamos la historia para satisfa-

cer nuestras carencias emocionales y cognitivas, para llenar un aparente vacío existencial producido por la sociedad posindustrial.

LA GALERÍA DE ARTE FAMILIAR

Vivimos sumergidos en un mundo de electrodomésticos. Artefactos de usos innumerables que provocan placeres, que hacen más sencillo el diario vivir. Son necesarios, indispensables. Espontáneamente los hemos instalado en nuestros hogares y forman parte del escenario familiar. Entran y salen de nuestras casas siguiendo de cerca los vaivenes de la oferta y la demanda. Circulan con rapidez, pese a su escasa originalidad. Mirados globalmente, reproducen casi siempre sus mismas propiedades útiles. Las innovaciones funcionales no parecen ser el germen de su constante producción. En ellos la forma cambia más rápidamente que su contenido.

En la industria del electrodoméstico los diseñadores dictan moda, imponen códigos estéticos. Bello es la consigna del artista de la nueva era. La exterioridad de estos objetos ha pasado a ser un campo para la creación artística. Materiales, colores, formas y texturas se combinan en armonía, dan paso a obras cada vez más hermosamente complacientes con el paisaje doméstico. El *kitsch* inicial de los productos orientales ha comenzado a cesar (aunque no ha perdido vigencia), ahora los electrodomésticos son menos llamativos, menos agresivos. Se dejan desear y se adaptan bien a diferentes ambientes. Los aparatos de TV y sonido poseen contornos suaves, superficies opacas y colores oscuros que absorben luz en vez de reflejarla. Se disimulan. Sus partes constitutivas se disponen aparentando ser más pequeños de lo que realmente son.

La enceradora, el televisor, la licuadora, la cocina, el microondas y el refrigerador (por nombrar sólo unos pocos) dejaron hace tiempo de ser objetos meramente prácticos o útiles. Muy atrás quedaron los molinillos de moler carne. Ya no existe espacio para esas horribles máquinas de metal fundido. La nueva concepción del objeto mercantil ha transformado el hogar en una "galería de arte". Obviamente no se trata de un arte de *élite*. Estamos frente a un arte de masas. Un acontecimiento totalmente inédito, explícitamente posmoderno.

La producción y circulación de las obras de arte ha cambiado con los tiempos, ha sido una "víctima" de la historia social del mundo occidental. En el renacimiento los artistas creaban bajo la condescendencia y protección de un mecenas. Era un arte para príncipes, reyes y papas. Era el "capital cultural" exclusivo de una clase social. Para la historia, el arte de la plebe pasó inadvertido. Por el contrario, el arte moderno no fue insensible a lo popular, a lo étnico. Picasso se inspiró en máscaras africanas, Eduard Grieg, en danzas tradicionales. La modernidad hizo suya fragmentos escogidos de la cultura popular, pero los dejó irremediabilmente prisioneros de un circuito socialmente restrictivo. Con el advenimiento de la posmodernidad el arte se volvió *pop*. Las latas de sopa Campbell de Andy Warhol, los *comics* de Lichtenstein, la ropa de Mary Quant, la película *El submarino amarillo* y la música *rock* son parte de ese cambio de mentalidad, de ese movimiento que hizo de la cultura popular un arte. Es en este momento cuando los artistas simpatizan con lo cotidiano, crean a partir de imágenes y objetos de uso diario. La frontera

del arte de *élite* comienza a ser disuelta, a ser contaminada por una estética *pop* que finalmente termina por desbordarse hacia las mercancías, hacia la esfera material de la sociedad de consumo. Es debido a este proceso que (aunque parezca polémico) hoy consideramos obras de arte una fotografía del *National Geographic*, un *spot* publicitario, un *video clip*, una lata de cerveza, un *compact disc*, un televisor pantalla negra, una batidora o un sacajugos.

El arte se ha convocado al interior del hogar, ha hecho de él su lugar. Sin embargo, ha mutado su naturaleza. Para lograr invadir el espacio doméstico ha sufrido profundas alteraciones. Ha debido buscar su centro en la exaltación de la forma, expulsando todo resabio de contenido explícito. Para circular en el mercado el arte se desea objeto de consumo y se reviste con un manto de belleza (estrecha, sensual, linda). Las propuestas desconcertantes, los emplazamientos, los inconformistas son mensajes olvidados. Han comenzado a ser borrados de nuestra memoria.

SHOPPING CENTER, LA UTOPIA ESPACIAL

Shopping Center, Mall. Palabras en otro idioma que sustituyen nuestra lengua, pero que reconocemos sin dificultad. Ni siquiera parece necesario traducirlas, ellas son el sinónimo habitual de lo que para nosotros es un gran almacén, un centro de compras.

Esto es un hecho que no debería pasar inadvertido, especialmente porque este otro idioma es el habla de la posmodernidad. Sin embargo, no es mi objeto tratar aquí las "importaciones" lingüísticas, más me interesan los conceptos involucrados en la construcción del evento material que sirve de soporte a estas designaciones.

El *Shopping Center* es el lugar del consumo por excelencia y las versiones nacionales (Parque Arauco, Plaza Vespucio, Apumanque) se ajustan bien al modelo clásico. Semanalmente, cientos de miles de personas se dan cita en el *Mall*. Se reúnen para un ritual colectivo, para ejecutar el acto más sublime de la época: pasear, vitrinear y comprar. Por mucho tiempo tuvimos fe en el "hombre hacedor", pero es demasiado obvio que éste fue reemplazado (con todo el sexismo que los términos implican) por el "hombre consumidor". El *Shopping Center* es el monumento básico de la sociedad de consumo. Esto lo intuye cualquiera y resultaría majadero insistir sobre los costos o beneficios sociales de esta práctica.

Afortunadamente el *shopping* es polifacético y es posible tratarlo desde otros puntos de vista. Sus significaciones son múltiples, pero creo ver en sus cualidades arquitectónicas y funcionales una clave más de este mundo posmoderno. Prestemos algo de atención a su apariencia exterior. Ella está cargada de signos por ausencia. No hay ventanas, sólo muros enormes y grises. Sus entradas son pocas y se ven extremadamente pequeñas ante las dimensiones del edificio. La construcción se asemeja a un gran bloque sólido, algo impenetrable, casi sin personalidad. Pareciera evitar establecer relaciones con el medio circundante. Su diseño separa ostensiblemente el adentro y el afuera, como si esto le permitiera precisar fronteras entre mundos diferentes, opuestos. Por fuera (al aire libre) está la ciudad, por dentro (en extremo confinamiento) sus instalaciones. El *shopping* es una obra que para existir debe aislarse del mundo que le rodea, debe negarlo espacialmente.

Esta sensación de ruptura entre distintos dominios rutinarios se ve confirma-

da en sus accesos. Para el que traspasa las puertas de cristal (electrónicamente sensibles) no hay preámbulos ni presentaciones. Con el solo acto de cruzar nos vemos involucrados en su laberinto de pasillos y tiendas. Una vez dentro, la experiencia es instantánea. En su interior todo es reluciente, pulcro, funcional y perfectamente planificado. El *Shopping Center* es el paraíso artificial. Aquí no existe día ni tampoco noche. Poco importa si afuera llueve, hace calor o frío. El aire es manipulado, circula por grandes extensiones de tuberías creando su propio clima, su propio ambiente. La luz está controlada, no deja espacio para la penumbra o la oscuridad. Éste es el mundo incommovible que se reproduce asimismo a "perpetuidad". Su tiempo es único, aparenta carecer de linealidad. El evento se inaugura y reinaugura incesantemente, comienza cuando usted llega.

El *shopping* es la consumación de una utopía que abandona definitivamente la idea del dominio sobre la naturaleza. Resulta irónico que algunos de ellos se llamen Plaza o Parque. Que utilicen términos que evocan lugares igualmente artificiales, pero que su materia básica es natural, agua y vegetación ordenada, desprovista de su agresividad. ¿Qué duda cabe de que el *shopping* no es una plaza o un parque? Especialmente si para él la naturaleza tiene un valor fundamentalmente negativo y contaminante, es algo que debe ser expulsado o "puesto" claramente fuera de sus instalaciones. No resulta difícil imaginar que su utopía es espacial, como una nave en vuelo orbital, absolutamente artificial, completamente manufacturada, totalmente bajo control. El *shopping* es el espacio cultural replegado sobre sí mismo, autorreferente, "egocéntrico". Para él la naturaleza ha "muerto", ha sido ideológica y simbólicamente vencida.

POSMODERNOS E INTEGRADOS

Los chilenos mostramos síntomas de posmodernidad y no es extraño. Estamos irremediablemente integrados en la red del mercado mundial y participamos en la construcción de lo que podría llegar a ser una "aldea global". Un continente con su propio *Big Brother*. Hoy compartimos una opción cultural que se ha deslizado subrepticamente por los hilos de esa maraña internacional. El proceso ha sido veloz, y es así como hemos llegado a adquirir nuevas concepciones y modos de experimentar el mundo que nos rodea. Algunas de estas estrategias son identificables. El pastiche, la parodia y la yuxtaposición (como el nuevo edificio del Banco Osorno con su frontis *Chippendale*); la imitación, la copia (como el mismo edificio que es similar al de la AT & T en Nueva York); la mercantilización del objeto de arte (como ocurre en el Supermercado del Arte del Centro de Extensión de la Universidad Católica); la anulación del hombre como sujeto histórico (como el usuario de una red entre computadores) y la sublimación de lo artificial (como las experiencias en un aparato de realidad virtual).

Todas estas ideas se han filtrado e instalado como resultado de nuestro delirio por escapar del subdesarrollo. Sin embargo, sería estrecho considerar este fenómeno como un mero efecto residual de relaciones políticas, económicas y culturales a gran escala. Su mayor fuerza descansa en la aceptación espontánea, en la cotidianeidad, en su pesada e incommovible materialidad que enmarca y delimita

Nuestra conducta. Se trata de cosas tan sencillas como caminar por el paseo Ahumada con un *walkman*, comer una hamburguesa en el *McDonald* de Kennedy, ver noticias en la cadena CNN, pagar un estudio de *marketing*, tener crédito con VISA o MASTERCARD, comprar un *container*, poseer un computador *Apple*, desafiar un *video game*, creer que el centro de Santiago es *Manhattan*, comunicarse por *Fax*, DHL y viajar con un *celular*.

Las presiones culturales son vastas y han dejado pocos terrenos a la deriva. La política es hoy pragmática, "antiutópica" y "no ideologizada"; el gobierno, más frío y calculador; la ciencia, más relativa y menos autoritaria; la religión, menos protagónica; las ciudades, verdaderos palimpsestos étnicos y sociales; la familia, menos estable; las viviendas populares, más pequeñas; el medio ambiente, más contaminado; los oficinistas, más abundantes que los obreros; los publicistas, más eficientes; los pobres, más marginados; los delincuentes, más numerosos y violentos. Esto ocurre en Chile, y no es su mayor mérito la originalidad. Asimismo pasa en todos los países del primer mundo, sus aspirantes más connotados y los que creen serlo. Todos parecen responder a una misma lógica cultural.

Estoy de acuerdo en que puede ser precipitado adelantar juicios acerca de estos acontecimientos, especialmente porque son la expresión de un fenómeno multifacético, con diferentes grados de madurez, con distintos significados. Nos costará algún tiempo descifrarlo y apreciar sus ventajas o desventajas. Sin embargo, no es posible dejar de sentir cierta inquietud. La sensación es de temor con lo que puede ocurrir con la diversidad, con las identidades que aún circulan entre nosotros. No podemos dejar de estar a la expectativa.

LA HISTORIA COMO DEDICACIÓN*

Augusto Salinas**

INTRODUCCIÓN

Ortega y Gasset expresó alguna vez que "el acto de dedicar su vida a algo determinado es un privilegio de la condición humana"¹. Para Ortega, esta acción de dedicarse a algo era solemne, íntima, casi religiosa. Entre los romanos, la *dedicatio* era un acto público por el cual se destinaba un edificio al culto divino, quedando éste en calidad de *consagrado*. No en vano solemos decir que alguien se ha dedicado o consagrado a tal o cual servicio o tarea. Me he propuesto reseñar aquí los desafíos que implica el acto de dedicarse a la historia en Chile, los problemas que afrontan los iniciados y las consecuencias que tal hecho tiene en su futuro.

No es ésta la primera vez que me ocupo de pensar con cierto rigor intelectual sobre los problemas inherentes a la profesión del historiador en nuestro país². También me he preocupado de estudiar la universidad chilena contemporánea y, en particular, las subculturas que la integran. Tales preocupaciones han sido un buen punto de partida y un marco de referencia para este trabajo.

La mención de la universidad no es trivial ni fortuita, porque los institutos universitarios de historia son la meta natural y lógica de todo aspirante a historiador; en otras palabras, el futuro profesional de los estudiantes de historia se identifica con la carrera académica. Sin embargo, irremediablemente unido a este enunciado de lo que considero una legítima aspiración, se halla casi siempre un íntimo convencimiento de que tal objetivo resulta difícil de alcanzar. Un vistazo somero a nuestra realidad demuestra la existencia de un conjunto de hechos que justifican esta creencia. Identificar estos hechos y tratar de señalar sus causas es parte de mi tarea.

Un segundo problema consiste en verificar la existencia (o la carencia) de una comunidad de historiadores en nuestro país. Aun cuando reconocemos que nuestra sociedad acuerda un alto prestigio a quienes se ocupan esporádica o permanentemente de escribir obras históricas, se puede constatar que esta pregunta no es fácil de contestar. En realidad, lo que intento es conectar la poco probable existencia de la profesión del historiador con el incierto futuro del estudiante de historia.

Llevar a cabo esta tarea me significó revisar algunos apuntes, leer nuevos textos y revistas, conversar con muchos historiadores, profesores y estudiantes y discutir

*Una primera versión de este trabajo se publicó en *Historia, Hoy*, 5 (1985).

**M.A., Ph.D.(c) en Historia de la Ciencia. Doctor en historia. Profesor investigador de la Universidad Finis Terrae.

¹ *Una interpretación de la Historia Universal*, 2ª ed. (Madrid, Revista de Occidente, 1966), pág. 14.

² Véase, por ejemplo, mi trabajo "Los historiadores chilenos y la historia contemporánea - Un segundo enfoque", *Finis Terrae* (Segunda Época, 1. 1, 1993), págs. 68-80.

de metodología con sociólogos y de valores con filósofos. Por sobre todo, quise tomar conciencia e interesarme por el problema existencial que encaran los mejores de nuestros discípulos... Y no pude dejar de lado el recuerdo de tantas situaciones vividas, cuyo testimonio contribuirá a clarificar aspectos que creo importantes.

DEDICARSE A LA HISTORIA: UNA DECISIÓN CRUCIAL

De mis conversaciones con ayudantes y alumnos avanzados de historia he sacado una conclusión que parece obvia: El único futuro al que todos ellos aspiran está en la universidad, en un cargo de jornada completa en un buen instituto o Departamento de Historia. Pero, no obstante la unánime firmeza con que suele manifestarse esta aspiración, todos intuyen la presencia de formidables obstáculos que se interponen en sus propósitos. Es conveniente, por lo tanto, enumerar y luego estudiar los factores negativos que inciden en el problema del ingreso a la carrera académica.

En primer término, existe una bajísima oferta de trabajo en el área; este hecho se contrapone a una demanda creciente, que presiona con insistencia sobre el sistema universitario para forzarle a aumentar sus cupos.

En segundo lugar, hay que mencionar la carencia de reglas claras que normen el ingreso a la carrera académica. Esta situación, por cierto muy matizada, se presenta en casi todas nuestras universidades, siendo una de las razones más notorias de la frustración y desaliento visibles entre los mejores candidatos que, sin que medie explicación, se ven pospuestos ante postulantes de menores méritos³.

En tercer lugar, habría que indicar las escasas oportunidades que se abren al egresado de historia para reforzar sus antecedentes y demostrar sus méritos. En particular, quiero destacar tres factores que inciden negativamente en este aspecto:

- a) el escaso número de publicaciones especializadas de historia que se edita en el país, y a las que sólo tiene acceso un grupo restringido de investigadores;
- b) las dificultades cada vez mayores para optar a ayudantías remuneradas, dentro de un sistema que no reconoce la categoría de ayudante como el primer peldaño del escalafón académico;
- c) las inciertas posibilidades de acceder a estudios de posgrado o becas de tesis.

Que yo sepa, sólo tres universidades ofrecen programas de *magister* en historia y la Universidad Católica de Chile cuenta con un programa de doctorado en la especialidad, de matrícula muy restringida. Por otra parte, salvo CONICYT y la Fundación Andes, no existen otras instancias que permitan solventar estudios de posgrado en historia en el país. En cuanto a las posibilidades de estudiar fuera de Chile, éstas son mínimas o inexistentes para estudiantes recién egresados.

³ Quien quiera darse el trabajo de contabilizar las ofertas de cargos académicos o de cualquier otra especie para historiadores, verá que el número es bajísimo o inexistente. No abundan, tampoco, los llamados a concurso abierto de antecedentes para llenar estas plazas. Sin embargo, nuestra experiencia nos señala que en los últimos años se han creado algunas vacantes, que necesariamente han sido llenadas por vías no convencionales.

De los tres elementos indicados, la ausencia de normas claras y explícitas para el ingreso a la carrera académica me parece la más grave e importante. Desde luego, este hecho caracteriza en cierto modo a la universidad como un todo, pero creo que es más notorio en las áreas de ciencias sociales y humanidades.

Mi hipótesis es que la explicación a éste y a otros hechos radica en que no existe entre nosotros un cuerpo jerárquicamente organizado de profesionales cuyo común denominador sea el manejo de un conocimiento teórico y práctico de la historia, resultado de una formación universitaria idónea y debidamente calificada y que, a través de una acción cooperativa, establezcan y mantengan sus propias normas y criterios de ingreso, selección y ascenso, sin intervención de autoridades o presiones externas o que, al menos, hagan primar sus propias reglas. En pocas palabras, no existe en Chile una comunidad profesional de historiadores.

LA PROFESIÓN DE HISTORIADOR

Quiero hacer un intento por definir qué entiendo por *profesión* y por *historiador profesional*, para luego comparar nuestra actual situación con otros oficios y quehaceres. Básicamente, hay consenso en que el profesional posee un elevado *status* social y que es un tipo particular de intelectual que no sólo crea ideas, sino que puede hacer uso o aplicación de ellas. En general, asignamos a las profesiones la siguiente constelación de características: a) una formación superior calificada, como requisito para ingresar a una ocupación determinada; b) privilegios de carácter monopólico en el desempeño de ciertas funciones; c) admisión controlada a una ocupación, como medio de mantener su *status*; d) la autoridad formal o informal de una corporación profesional sobre sus miembros que pueda regular la competencia entre ellos y que sea capaz de resistir presiones e interferencias externas en los asuntos propios de cada profesión y e) limitaciones legales o éticas a las obligaciones contractuales entre el profesional y sus clientes o empleadores⁴.

En consecuencia, una comunidad profesional podría definirse como una colectividad jerárquicamente organizada, que cumple una actividad esencial, de servicio a la sociedad, y que se rige por estrictos códigos de ética. Como en los gremios medievales, la incorporación de un profesional en ciernes a su comunidad incluye un período de aprendizaje en el cual se logran conocimientos, habilidades y experiencias útiles en el futuro ejercicio de la profesión; para ciertas profesiones, es requisito esencial la obtención de conocimientos teóricos debidamente certificados por instituciones reconocidas. Aprendizaje y conocimientos sistemáticos son el fundamento de una *subcultura* propia de cada profesión, que se concreta en:

- La definición de áreas de acción y de problemas básicos (paradigmas) de que se ocupa la comunidad.
- El uso de valores, símbolos y usos idiomáticos ("jerga") característicos.

⁴ Joseph Ben-David, "The Profession of Science and its Powers", *Minerva*, 10, 3 (1972), pág. 362. Véase también, de Gabriel Gyarmati et al., *Las profesiones. Dilemas del conocimiento y del poder* (Santiago, Ed. Universidad Católica de Chile, 1984).

- La fijación de objetivos y la formulación de normas para la organización de sus actividades y para el control del ejercicio profesional de sus miembros.
- Un alto grado de identificación del individuo con su profesión y de solidaridad con su colectividad.

Como intelectual, y con un área delimitada de problemas específicos que resolver a su disposición, el historiador debe encajar en esta definición de las profesiones. Historiadores y hombres de ciencia, así como economistas y antropólogos, comparten determinados valores que aplican a la obtención de una imagen del mundo, producto de una síntesis de su propia interpretación de la realidad. Tal imagen está constantemente sometida a un escrutinio, a una revisión periódica que incide en la tarea esencialmente creativa de estos intelectuales. Por otra parte, historiadores y hombres de ciencia no precisan —al menos en teoría— de estudios superiores formales y certificados (esto es, un título o grado legalmente sancionado) para ejercer sus actividades. Tampoco éstas se enmarcan en rígidos códigos de ética, cuya infracción sea penada por la sociedad, en la misma forma que sucede con un médico, un ingeniero o un abogado. En pocas palabras, no existen *colegios profesionales* de historiadores medievales o de biólogos moleculares, aunque estos intelectuales suelen reunirse en asociaciones con límites y propósitos más flexibles⁵.

¿Por qué se afirma que el historiador —o el científico— no requiere de una formación especializada y debidamente certificada para ejercer su actividad?

En primer término, porque cualquier intelectual, cualquiera sea su formación, puede autodenominarse historiador y desempeñarse como tal. No existe ninguna sanción legal que penalice esta conducta. Por el contrario, tanto el Estado como las universidades han dado claras señales que el ejercicio de la actividad de historiador no es privativo de quienes posean un título o grado en esta disciplina. El Estado ha otorgado premios oficiales de historia a intelectuales de diversas formaciones, y las universidades, en determinado momento, han contratado a intelectuales de diversa formación para enseñar o escribir sobre historia⁶.

En segundo término, nuestro país ha sido pródigo en buenos historiadores que ni siquiera poseían un título universitario. Es frecuente el caso de distinguidos profesionales de otras áreas y actividades que han logrado éxito como historiadores, siendo socialmente reconocidos como tales y a los cuales las editoriales no vacilan en publicar sus obras.

Tampoco disfruta el historiador de un campo acotado de reflexión y estudio sobre el cual puede exigir el monopolio. Existen otros intelectuales que también estudian el pasado, y el método histórico es utilizado con frecuencia por sociólo-

⁵ Gyarmati, *et al.*, *op. cit.*, pág. 47 y sigtes.

⁶ Algo muy similar les sucede a los científicos. A partir de 1966, las universidades crearon centros de formación especializada en ciencias básicas, que han graduado varias promociones. No obstante, entre las élites científicas se siguen incluyendo ingenieros, médicos, químicos-farmacéuticos y tecnólogos médicos, los cuales, a menudo, alcanzan más éxito que quienes se han formado como científicos. Por otra parte, los concursos de admisión a carreras de investigación científica básica no discriminan entre unos y otros. Algo parecido les sucede a los periodistas, que ahora pretenden lograr privilegios monopólicos mediante la dictación de una nueva Ley de Prensa.

gos, cientistas políticos, teólogos, científicos y economistas. También existen áreas de conocimiento del pasado histórico que son disputadas por miembros de otras profesiones. Se estima, por ejemplo, que un economista está mejor dotado que un historiador para escribir sobre historia económica y sobre historia del pensamiento económico. Lo mismo pasa con la historia del arte, la historia militar o de la ciencia. En estos casos, el tema se sobrepone al método.

Los historiadores no suelen formar "colegios de la orden" que controlen la admisión a la carrera o que rechacen interferencias de otros grupos en asuntos propios de la profesión. Existen muchos casos de tales interferencias, que incluso llegan a lesionar seriamente la libertad académica de los historiadores como, por ejemplo, el hecho de que muchas autoridades universitarias desconocen el derecho del historiador a investigar, obligándole a soportar una pesada carga docente, o que estas mismas autoridades no distinguen ni respetan las diferentes especialidades históricas, pretendiendo hacer creer que cualquier historiador puede enseñar cualquier área de estudio histórico.

Desde luego, me he referido al estado actual y a los problemas que todavía presenta la profesionalización de las actividades históricas en Chile. Será útil asomarse siquiera superficialmente a la evolución de este mismo proceso en naciones de mayor tradición académica, en las que la profesión del historiador pareciera ser una realidad.

LA PROFESIÓN DEL HISTORIADOR EN EUROPA Y EN LOS ESTADOS UNIDOS

La evolución de la historiografía está estrechamente relacionada con la idea de nación y con el desarrollo político y social de los pueblos de Occidente. Entenderemos mejor esta aserción si recordamos los cambios estructurales que experimentan los pueblos europeos bajo el impacto de la Revolución Francesa y la política exterior de Napoleón I. Una consecuencia de tales hechos fue el robustecimiento de las administraciones centrales y la mayor participación política de la clase media. La educación, un monopolio del Estado, fue el medio para integrar a estos grupos al orden existente. Intelectuales como Ranke y políticos como el conde Thun, Ministro del emperador Francisco José, comprendieron que la enseñanza de la historia nacional sería instrumental en la aceptación de la nueva situación y en el acrecentamiento de la lealtad hacia el gobierno, al demostrar que todos los individuos que eran miembros de una sociedad política poseían un destino común, reafirmando así los lazos que unían a la nación⁷.

Por otra parte, la reorganización del sistema educacional prusiano, a partir de la creación de la Universidad de Berlín en 1810, contribuyó a la rápida institucionalización de la historia que se convirtió en un área autónoma de docencia e investigación, dentro del esquema de la Idea de universidad de Guillermo de Humboldt.

⁷ Felix Gilbert, "European and American Historiography", *History - The development of historical studies in the United States* (Englewood Cliffs, John Higham y L. Krieger, eds. Prentice-Hall Inc., 1965), págs. 315-387. De acuerdo a Thun, "el conocimiento y comprensión de la historia nacional es de gran importancia y eficacia... El estudio de la historia nacional promueve el patriotismo, la lealtad y un sentido de pertenencia a la dinastía (que nos gobierna)", citado en *History*, pág. 321.

Convencido de la utilidad de la enseñanza de la historia nacional, el Estado financió formidables empresas colectivas de búsqueda, selección y edición de documentos, como la *Monumenta Germaniae Historica* (1819). Fue sólo cuestión de tiempo que la profesionalización del historiador abarcara también la actividad de escribir historia. De acuerdo a Gilbert:

“Llegó a ser un axioma que la historiografía debía basarse en la investigación, y esto supuso a su vez el conocimiento de fuentes originales y de métodos apropiados para su evaluación crítica. El simple interés político y el talento literario ya no bastaron para escribir obras históricas; tal tarea requería ahora de una formación especializada. El académico ocupó entonces una posición clave, desde la cual dominaba la enseñanza, la investigación y la redacción de textos históricos”⁸.

El proceso de profesionalización se reforzó aún más con la publicación de revistas especializadas en varias naciones europeas. La *Historische Zeitschrift* se fundó en 1859, siendo seguida por la *Revue Historique* de Francia en 1884. En 1886 se fundaron la *Rivista storica italiana* y el *English Historical Review*.

¿Sería posible reproducir el modelo europeo –y, sobre todo, alemán– del historiador profesional en otras sociedades? El caso norteamericano resulta un buen ejemplo sobre las posibilidades de transferencia de este modelo. Hasta comienzos del siglo XIX, historiadores provenientes de las familias aristocráticas del Este cumplieron un papel trascendental en la creación de una tradición historiográfica norteamericana. Llevados por un sentido patricio de responsabilidad social, entendieron la historia como el supremo tribunal de hombres, hechos y procesos. Fueron estos historiadores los que lograron traspasar a un público no especializado, pero culto, los logros de la cultura europea. Hacia 1870, la influencia germana estimuló la creación de cátedras de historia en *colleges* y universidades y, tal como el puritano cedió su lugar al patricio, éste a su vez cedió el liderazgo al historiador profesional. La modernización de Harvard y la creación de John Hopkins en 1876 señalaron el camino a esta transición, otorgando al historiador la oportunidad única de dedicarse por completo a la investigación y enseñanza de la historia.

La American Historical Association (AHA) fue fundada en 1884, y sus objetivos fueron la promoción y defensa de los intereses colectivos de los historiadores profesionales y la regulación de su trabajo. Se pretendía, ante todo, que el prestigio de los historiadores derivara de los méritos de su trabajo académico y no de su posición social, su fortuna o su éxito en la política. No se excluyó, sin embargo, al historiador aficionado; por el contrario, patricios y profesionales combinaron sus esfuerzos y actuaron como un único y sólido grupo que compartía una misión común⁹.

Ambos grupos, no obstante, poseían una concepción diferente del quehacer histórico. La mejor organización de los historiadores profesionales estimuló la coordinación de las iniciativas individuales. Se logró la reforma de los programas académicos y se adoptó implícitamente un patrón de desarrollo de la disciplina, que incluía la formación de buenos estudiantes y el aumento cuantitativo de la

⁸ Thus, citado en *History*, pág. 329.

⁹ John Higham, “The Historical Profession”, *History*, págs. 6 y 7.

literatura histórica. Los historiadores patricios, en cambio, promovían el estímulo a los mejores talentos y la redacción de obras históricas de gran valor creativo.

En 1895 se fundó la *American Historical Review*, dependiente de la AHA, en la que ya eran hegemónicos los puntos de vista y los intereses de los historiadores profesionales. La revista formó un comité editorial estrictamente profesional, que canalizó los estudios históricos teniendo en cuenta los intereses de la sociedad norteamericana. Con todo, la AHA, a diferencia de sus congéneres europeas, nunca se relacionó oficialmente con el gobierno federal y sigue siendo hasta hoy una asociación privada.

Un buen número de historiadores norteamericanos valoró la historia como una disciplina más de las ciencias sociales. Con ello, la historia se convertía en un instrumento de cambio y progreso social. Los "historiadores progresistas" iniciaron la revisión de la historia tradicional, utilizando métodos y enfoques propios de las ciencias sociales. Turner, Parrington y Beard, entre otros, convirtieron la historia en un conocimiento importante para los problemas políticos, sociales e intelectuales de los Estados Unidos en las primeras décadas del presente siglo. Éste fue un estímulo y una inspiración para muchos estudiantes norteamericanos que se dedicaron profesionalmente a la historia.

LOS PROBLEMAS DE LA ORGANIZACIÓN PROFESIONAL DE LA HISTORIA EN CHILE

La experiencia de Europa y los Estados Unidos indica que la ocupación del historiador puede llegar a ser, en un entorno social adecuado, una actividad profesional. Subsiste, no obstante, la duda sobre si puede surgir en Chile una comunidad profesional de historiadores, como está sucediendo en la actualidad con los economistas y los hombres de ciencia. Ésta es una duda legítima porque, a pesar de la innegable trascendencia de una valiosa tradición histórica nacional, la historia de Chile continúa siendo una empresa individual más que colectiva, no existen objetivos comunes que aseguren el progreso de la disciplina y carecemos de normas que asignen, conforme a criterios establecidos, estímulos y recompensas por logros que estimamos valiosos. En resumen, *pienso que no tenemos ningún criterio válido para distinguir entre quienes son y no son historiadores en Chile.*

Apelando a mis propios recuerdos y experiencias, intentaré examinar algo más de cerca el origen de nuestra incapacidad para crear un cuerpo profesional de historiadores, para enseguida señalar algunas de las consecuencias que tal hecho tiene para la cultura nacional. Comenzaré narrando algunos acontecimientos que, a pesar de pertenecer a nuestro pasado reciente, yacen en el olvido o han sido deformados por el mito. Me referiré, en primer término, a las raíces de la reforma universitaria de 1967, acontecimiento que decidió la suerte y el futuro de muchos universitarios.

REFORMA UNIVERSITARIA Y PROFESIONALIZACIÓN

Hacia 1964, algunos estudiantes de historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile comenzamos a tener ideas muy claras con respecto a nuestro futuro: Queríamos *dedicarnos* al cultivo profesional de la historia. Con el apoyo de don Ricardo

Krebs se diseñó un programa de licenciatura, que dio sus primeros frutos en 1968¹⁰. En 1967 se creó el Departamento de Historia, acogiendo al Instituto de Historia fundado por don Jaime Eyzaguirre a comienzos de la década, que publicaba regularmente la revista *Historia*. Gracias a su prestigio personal, el doctor Krebs obtuvo un subsidio de la Fundación Rockefeller que permitió adquirir una buena colección de libros y asignar becas de investigación a algunos estudiantes. Este hecho coincidió con la contratación de jóvenes historiadores que estaban regresando al país luego de cursar estudios de posgrado en Inglaterra y Estados Unidos. Es imposible no reconocer el gran estímulo que significaron para nosotros la tutela intelectual de un gran maestro como Krebs y el ejemplo de vocación y profesionalismo que a diario nos brindaron Patricio Estellé, Cristián Guerrero y Julio Retamal.

Sin embargo, fueron surgiendo algunos problemas, principalmente derivados de la crisis de crecimiento que vivía la universidad y que en breve conducirían a su reforma. Desde luego, tener entre nosotros al Instituto de Historia era ciertamente beneficioso, pero, de uno u otro modo, nos dimos cuenta que algo no marchaba bien. A modo de ejemplo, ¿cómo seleccionaba sus miembros el instituto? ¿Qué clase de relación existía entre el Instituto de Historia y la Facultad de Filosofía y Educación? Por último, ¿quiénes decidían sobre las publicaciones de la revista *Historia* y qué criterios se tomaban en consideración? Éste y otros asuntos se soslayaban elegantemente en las reuniones departamentales, pero era claro que el silencio estaba deteriorando nuestra convivencia.

Hubo aún otros hechos que nos fueron mostrando el camino hacia nuestra meta. El primero de ellos, y creo que uno de los más importantes, fue la polémica que sostuvieron en torno a las causas de la independencia nacional el maestro Jaime Eyzaguirre y Sergio Villalobos, por entonces profesor en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. El foro, celebrado en nuestra sede de Alonso Ovalle con Dieciocho, en septiembre de 1966, enfrentó dos escuelas, dos visiones de la historia patria no sólo diferentes sino que antagónicas y, al parecer, irreconciliables. Quienes conocen la historiografía sobre el período de la Independencia saben también que los protagonistas de aquel encuentro memorable son autores de obras ya clásicas sobre este tema: *Ideario y ruta de la emancipación*, de Eyzaguirre, y *Tradición y reforma en 1810* de Villalobos. Tal hecho me ahorra cualquier comentario sobre las ideas de ambos historiadores.

Para mí, que recién me iniciaba en la investigación histórica, que me unía una buena amistad con don Jaime y que admiraba el profesionalismo de Sergio Villalobos, ésa fue una oportunidad única, plena de lecciones y experiencias. Sin embargo, me pareció que algo había faltado. ¿No tenía la historia —como lo poseían las ciencias exactas y naturales— mecanismos que permitieran juzgar qué argumento o proposición era el más plausible, la mejor explicación de los hechos?; como yo procedía del área de la ingeniería eso me pareció entonces una seria desventaja del quehacer histórico. Ahora ya no lo creo así.

¹⁰ Sobre este tema véase el trabajo de Roberto Hernández, "Los estudios históricos en la Universidad Católica de Chile. Notas para una crónica", *Estudios Históricos* N° 6, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile.

En segundo lugar, hacia esa misma época algunos de nosotros comenzamos a tener contactos más o menos permanentes con destacados investigadores de la Universidad de Chile, como Álvaro Jara y Rolando Mellafe, miembros del Centro de Estudios de Historia de América. Pudimos ver en acción a verdaderos profesionales que ya tenían un bien ganado prestigio en el ámbito internacional. Pero el hecho más significativo fue mi encuentro con algunos de los más grandes historiadores norteamericanos contemporáneos, en el ámbito de los seminarios organizados por la Comisión Fulbright en 1966 y 1967. Recuerdo a Charles C. Griffin, Arthur Link, Woodrow Borah y Carl Degler, y también al argentino Tulio Halperin, cuyo pesado fardo ideológico ha conspirado contra sus grandes méritos como historiador. Allí conversamos sobre el cultivo de la historia en Chile y en los Estados Unidos, las corrientes en boga, etc. Fue una lección inolvidable de la historia como profesión, que cuento entre mis vivencias gracias al altruismo de Cristián Guerrero, que consideró un deber moral otorgarme esa oportunidad.

Fueron estas experiencias las que me hicieron abrazar la causa de la reforma universitaria en agosto de 1967. Había seguido muy de cerca la lucha de los científicos para lograr que la universidad concediera un espacio a su quehacer, pero también sabía que la institucionalización de la investigación científica traería consecuencias críticas para el sistema de educación superior, porque los valores y actitudes profesionales de la comunidad científica no congeniaban, por cierto, con una institución académica prioritariamente volcada a la enseñanza de las profesiones y en la que no existían normas claras y establecidas para el ingreso y promoción de sus profesores. Una gran mayoría de los investigadores de la Universidad Católica de Chile había conocido la tradición universitaria imperante en Cambridge, Harvard, Berkeley o París; luego habían regresado a Chile compenetrados de los valores que esa tradición portaba y transmitía, y ahora querían transferirlos a sus propios lugares de trabajo. Yo compartía plenamente sus objetivos, que requerían de una transformación profunda de la universidad chilena¹¹.

Por desgracia, mi propia lucha por los valores e intereses, que creía debían imperar en el cultivo de la historia y que le otorgarían un espacio legítimo en la universidad, no me granjeó precisamente las simpatías del Departamento de Historia, aunque de ningún modo considero que fue estéril. Preocupado por el futuro de mi disciplina, viajé a Wisconsin a un posgrado en historia de la ciencia patrocinado por la Comisión Fulbright, que se prolongó por más de tres años. Cuando regresé en 1971, en plena euforia de la Unidad Popular, encontré una universidad que había superado el infantilismo reformista. Una administración eficiente y un crédito BID habían sido la base de un acelerado proceso de modernización académica. Por otra parte, se había creado un Instituto de Historia con una

¹¹ Esto no quiere decir que no me preocupara por la acción desquiciadora de los líderes del movimiento reformista. La acción de modernización institucional, de recuperación de la tradición universitaria occidental, que imponía el mérito sobre el parentesco o la recomendación amistosa, fue momentáneamente sobrepasada por la cara espúrea de la reforma, que ingresó de contrabando a los claustros a través de asambleas vociferantes y consignas ajenas al genuino espíritu universitario.

excelente planta de docentes... en el cual no hubo cabida para mí. Creo que mi pasado "reformista" y la especialidad que había elegido (en ese orden) conspiraron para dejarme fuera del instituto. Se adujo que la historia de la ciencia "no era historia", y lo dijeron profesores que nunca habían leído algo sobre el tema.

Aunque yo no simpatizaba con las tendencias políticas predominantes en el equipo directivo de la universidad, Fernando Castillo tuvo la deferencia de nombrarme Director de Asuntos Académicos. Este cargo me dio la oportunidad de conocer a fondo la Universidad Católica de Chile. Pude darme cuenta, entonces, que la desenfadada politiquería, el cinismo y la explícita carencia de principio de muchos líderes del movimiento estudiantil habían ofuscado muchas mentes valiosas, que no supieron valorar el verdadero sentido y los objetivos de los cambios propuestos por aquellos académicos que querían dedicarse por entero a la universidad. Por supuesto, también hubo grupos que se resistían a los cambios por la defensa de intereses personales y de una idea de universidad ya obsoleta.

MIS PROBLEMAS CON LA HISTORIA Y LOS HISTORIADORES

Menciono todo esto, porque los sucesivos desencuentros con aquellos que consideraba mis pares me impulsaron a pensar en la historia y los historiadores. Desde luego, encontré profundas diferencias entre el comportamiento profesional y las respectiva función social de los historiadores norteamericanos y de los chilenos. El revisionismo y la crítica social tan frecuentes en los historiadores de los Estados Unidos, cuya mayoría se declaraba "anti *establishment*", contrastaba con las actitudes más bien conservadoras de sus pares chilenos. Por otra parte, experimentaba en carne propia el acendrado culto a la historia política de nuestros historiadores. En nuestro país, la historia política es aún la columna vertebral de la historia y el área de mayor prestigio dentro de la historiografía. Ésta es una visión de la ocupación del historiador, que es ampliamente compartida por el público. Por lo tanto, mi empeño en legitimar la historia de la ciencia resultó frustrante: incluso los científicos, los médicos y los ingenieros, con muy escasas excepciones, pretendían que un historiador hablara sobre cuestiones políticas y no sobre la evolución histórica de sus respectivas disciplinas¹².

En esa época estaba muy interesado en escribir sobre el sistema científico nacional y, en particular, sobre la pequeña comunidad de hombres de ciencia que intentaba institucionalizar su quehacer en las universidades. El siguiente paso, casi obvio, fue intentar un estudio comparativo entre científicos e historiadores. Había muchas similitudes, pero también notorias desigualdades. Los científicos cultiva-

¹² ¿Ha cambiado en este sentido la historiografía nacional? Podría decirse que hay signos positivos, pero creo que la preocupación de nuestros mejores historiadores continúa tendiendo hacia la historia política. Desde luego, la actual historia política es notoriamente más sofisticada que la que escribieron, a modo de ejemplo Néstor Meza Villalobos o Ricardo Donoso. El historiador actual utiliza teorías y métodos de la sociología y las ciencias políticas, que otorgan mayor profundidad a sus análisis y mucho más objetividad a su trabajo. No obstante, la continua preeminencia de la historia política continúa accediendo a otras áreas, como la historia social y económica, y contribuye a mantener fuera del interés de los historiadores a subdisciplinas que en otras sociedades alcanzan un grado de atención mucho más alto.

ban valores que resultaban difíciles de aceptar para nuestra sociedad; en cambio, el historiador poseía otros valores y propósitos que sí congeniaban con nuestra idiosincracia: el nacionalismo, el culto a la tradición y los valores patrios, un cierto pudor casi atávico para no tocar temas conflictivos, etc. La historia es y seguirá siendo intrínseca e irremediabilmente nacionalista. Es ésta la razón de su buena acogida en sectores de diversa connotación política, la causa del apoyo que suele brindarle el Estado y el fundamento de su presencia en los programas de estudio a nivel básico y secundario.

Desde luego, la naturaleza del quehacer histórico es muy diferente a la tarea del científico. Aún hoy día, una vasta mayoría —incluidos muchos historiadores— coloca a la historia más cerca de la literatura. “¡Clío era una musa!”, había expresado Trevelyan y creo que es bueno recordarlo, ahora más que nunca, cuando muchos investigadores olvidan que la amenidad y el buen estilo no están reñidos con la calidad de un trabajo historiográfico. El sujeto de estudio histórico no cuadra ni con esquemas conceptuales rigurosos, ni con simplificaciones metodológicas, ni con generalizaciones más o menos válidas. Soy un convencido que la historia no es ni puede ser una ciencia, aunque esto no quiere decir que el historiador no deba utilizar la racionalidad ni deje de pretender la objetividad. Creo, por el contrario, que la historia es un oficio hermoso y apasionante, una construcción ideal que rinde culto a la creatividad y los valores estéticos. El historiador es un artesano —o un artista, como se quiera— que recrea o reconstruye el pasado sin olvidar que todo “artefacto” debe cumplir, por qué no, con las leyes de la buena composición literaria¹³.

Pero el que la historia como ocupación no posea los atributos de una disciplina científica no es ningún obstáculo para que quienes hacen historia lo hagan profesionalmente. La tarea que acomete Jacob Burckhardt en su *Cultura del renacimiento en Italia* es una construcción soberbia, más parecida a la cúpula que Miguel Ángel diseña para la basílica de San Pedro que a un moderno “edificio inteligente”. Me refiero a que Miguel Ángel busca, ante todo, la solución estética y que de pasada se encuentra con el problema de la eficiencia y la solidez de una magistral obra de ingeniería. Burckhardt hace lo mismo, creo yo, y es tan profesional como el gran artista renacentista.

Muchos de nuestros grandes historiadores —entre ellos algunos que han sido instrumentales en la buena acogida que los chilenos suelen dispensar a la literatura histórica— han intuido que la aceptación de un alto grado de profesionalismo habría influido negativamente en la imagen que en Chile se tiene de la historia y del historiador. Pero no es ésta la única causa del fracaso del profesionalismo entre los historiadores nacionales¹⁴.

¹³ Hace algunos años Joaquín Fernando publicó una corta nota sobre un asunto tan importante como el buen estilo en la historiografía. Hace notar Fernando que la historiografía universitaria, que “se expresa rigurosamente en un lenguaje más complicado y casi críptico, ha provocado un alejamiento del público”, *El Mercurio*, 22 de abril de 1981, pág. 3.

¹⁴ Un curioso artículo de Guillermo Blanco (en el que sospecho que algo tuvo que ver en su origen) me hace creer que no estoy equivocado en mis afirmaciones. Afirma Blanco que un señor que presume

DOS TRADICIONES DE LA HISTORIOGRAFÍA NACIONAL

La búsqueda de la causalidad está profundamente establecida como legítimo método histórico. Es lo que haré ahora, tratando de encontrar las raíces que expliquen esta manera de ser del historiador nacional, esta actitud que aún nos cohibe para defender nuestros derechos, que inhibe nuestra capacidad de competir, que obstaculiza la legitimación de nuevas áreas del saber histórico y que nos hace ver con malos ojos la especialización. Propongo, por lo tanto, que se acepte como hipótesis la idea de que la actual estructura social de la historia nacional (o, si se quiere, la ausencia de ella) se explicaría por la confluencia de dos tradiciones, opuestas y en permanente conflicto; ambas corrientes se entroncan con la controversia entre catolicismo y laicismo en el siglo XIX y adquieren una forma definida en el período 1930-1960. Como única forma de abreviar, llamaré a una de estas corrientes, tradiciones o culturas *La Tradición Hispánica*, en tanto que denominaré a la segunda *La Tradición del Pedagógico*. Deberé aclarar que, si bien defino las relaciones entre ambas tradiciones como conflictivas, las dos comparten ciertas creencias, actitudes y valores comunes, aunque su grado de aceptación de éstos sea diferente.

Es obvio que la primera tradición forma parte del legado hispánico que es fundamento mismo de nuestra nación. En lo que a la historia como actividad social se refiere, se origina como reacción a los duros ataques del liberalismo en contra de la herencia cultural y religiosa de España, pero también como oposición al positivismo de aquellos historiadores que Sergio Villalobos define como "clásicos"¹⁵. La Tradición Hispánica posee una constelación de valores que son congruentes con los de la aristocracia chilena, que buscó con ahínco sus raíces ancestrales en España y que se identificó a sí misma como conservadora, tradicionalista y ultramontana. Hacia 1880, este sector, hasta entonces hegemónico, había pasado a la defensiva en la cuestión de la libertad de enseñanza y combatió el monopolio de la educación por parte del Estado (como la más oprobiosa de las tiranías)¹⁶.

La Tradición Hispánica cristaliza con la fundación de la Academia Chilena

de ser historiador ha proclamado su "monroísmo mental" [sic] al defender la historia como coto exclusivo de los historiadores.

Le ha llegado, pues, el turno a la historia. El historiador ha caído en lo que Blanco define como el gran problema cultural de la época: la especialización. Especialista es el que sabe cada vez más sobre cada vez menos. Esto es superstición, ignorancia, exclama Blanco. Y como paradigma nos coloca a Ortega y Gasset, que analizó el pasado de España y de Europa (¡Y del mundo entero!), y lo proyectó al futuro "con increíble lucidez". Y Ortega no era historiador, termina, triunfante, Blanco. ¡Claro que Ortega no era historiador! Expresó algunas cosas muy válidas sobre la historia, pero lo hizo como filósofo y hombre culto. Las ideas de Blanco están contenidas en su artículo "El Monroísmo Mental", *Hoy*, N° 17, 1977.

¹⁵ "Los historiadores clásicos", *Historia del pueblo chileno* (Santiago, Ed. Nueva Universidad, Zig-Zag, ICHEH, 1980), tomo I, Introducción, págs. 16-24.

¹⁶ Ricardo Krebs, *et al.*, *Catolicismo y Laicismo* (Santiago, Ed. Nueva Universidad, Zig-Zag, ICHEH, 1981); véase también el trabajo de Allen L. Woll, "For God or Country: History Textbooks and the Secularization of Chilean Society, 1848-1890", *Journal of Latin American Studies*, 7, 1, 1975, págs. 23-43.

de la Historia en 1933. Alma de esta corporación y su figura más representativa, fue don Jaime Eyzaguirre, quien hizo de la Academia una defensora celosa de los más acendrados valores hispánicos. Místico abanderado de una cruzada, Eyzaguirre fue empujado por su ardor religioso, iluminado, a un cuasimaniqueísmo que le incapacitó para realizar una crítica objetiva de la evidencia histórica. Hipercrítico, Sergio Villalobos considera que "los libros de Eyzaguirre [son] el alegato de una causa, donde se presentan solamente los hechos favorables a ella y se da menor importancia o se desconocen los antecedentes contrarios. La deformación de la historia es evidente, no hay esfuerzo de objetividad ni un pensamiento ecuánime..."¹⁷. Me inclino a creer, como también lo pensaba don Mario Góngora, que no resulta justo analizar la obra de Eyzaguirre desde los estrechos márgenes de una disciplina, aunque también pienso que Villalobos acierta al afirmar que la obra de Jaime Eyzaguirre es "el alegato de una causa". En realidad, siempre me ha parecido Eyzaguirre el apasionado propagandista de ideas e instituciones que él estimaba verdaderas, como también lo fue hace más de cuatro siglos fray Bartolomé de Las Casas¹⁸.

La Academia, bajo la dirección de Eyzaguirre, tenderá a reproducir fielmente el modelo de las academias españolas, corporaciones en las que la elección de sus miembros no correspondía a criterios objetivos y que no eran precisamente agentes de cambio ni partidarias de la introducción de innovaciones en sus disciplinas. Su propósito, más que alentar el profesionalismo entre los intelectuales españoles, fue ofrecer un espacio alternativo a eruditos y aficionados cultos. Por otra parte, la Real Academia de la Historia reafirma la importancia de áreas tradicionales (historia de la Iglesia, de las instituciones políticas y jurídicas, historia militar, etc.), posponiendo especialidades más dinámicas e innovadoras como, por ejemplo, la historia económica. Objetivo lógico, y muy legítimo por añadidura, será la denuncia de la "Leyenda Negra" antiespañola, denuncia que contribuirá a exaltar el ser nacional en la hora más oscura de España, aquella que presencia el parto de la Generación del 98.

Por su parte, su congénere chilena tenderá a escoger sus miembros en los grupos sociales y esferas intelectuales que estima proclives y consecuentes con sus propósitos e ideales, y rechazará, por esta misma razón, a aquellos historiadores que, a pesar de la calidad de su producción, pertenezcan a tradiciones que posean valores diferentes a los suyos. Desde luego, el proceso de admisión a la Academia estaría normado por criterios no profesionales, de acuerdo a nuestra definición del término.

Pero no tan sólo los criterios de selección, sino que también los valores que,

¹⁷ Villalobos, *Historia del pueblo chileno*, pág. 31; véase también, de Cristián Gazmuri, Mariana Aylwin y Juan Luis González, *Perspectiva de Jaime Eyzaguirre* (Santiago, Ediciones Aconcagua, 1977).

¹⁸ Sin embargo, y a pesar de la distancia ideológica que los separa, Sergio Villalobos es quien mejor y con mayor sinceridad ha definido a Jaime Eyzaguirre, al decir de él que "...no sólo fue un creyente, sino una especie de cruzado que hizo de su vida una misión diáfana y tenaz. Por esta causa no podía dejar de llevar a sus escritos sus profundas convicciones y de ser el formidable defensor de una posición", *Historia del pueblo chileno*, Introducción, pág. 30; además, su juicio sobre Eyzaguirre en *loc. cit.*, pág. 42.

como comunidad organizada, defiende la Academia no son afines al profesionalismo. Éste concibe la investigación histórica como una ocupación de tiempo completo, autosuficiente desde el punto de vista económico; la profesión requiere la sumisión a una formación rigurosa, necesaria para dominar las técnicas de la disciplina y quiere decir, además "especialización, [cierto grado de] burocratización, la insistencia en el uso de métodos críticos como garantía de objetividad, un profundo orgullo en la independencia y en la autonomía del gremio y la sincera convicción de que las nuevas técnicas profesionales serán instrumentales en nuevos logros para la disciplina"¹⁹.

Al menos en las primeras décadas de su vida, la Academia Chilena de la Historia estuvo integrada por distinguidas personalidades, cuyo prestigio derivaba de su posición social o su actuación pública, pero en ningún caso de su obra historiográfica. Por otra parte, la mayoría de sus miembros eran profesionales liberales, obligados moral y legalmente a ser leales a su propio colegio profesional. Nadie puede pertenecer a dos comunidades profesionales sin exponerse, tarde o temprano, a un conflicto de intereses.

Quiero expresar ahora una opinión muy personal y, desde luego, conflictiva, porque al formularla corro el riesgo de que se tergiversen mis palabras o que se me catalogue en credos o ideologías políticas a las que no pertenezco. La mía es una hipótesis que expreso objetivamente, y que no interfiere ni con mis creencias religiosas ni con mis convicciones políticas. Se trata de lo siguiente: creo que la ética puritana, tal y como la define Max Weber, es más afín a la formación de las profesiones que los valores católicos, que subrayan un diferente tipo de vida y de vocación. Algunos estudios comparativos entre las sociedades norteamericana y latinoamericana sugieren que tal idea podría tener cierta validez, aun en el caso particular de la historia²⁰. Me refiero, sobre todo, a la diferente ponderación que se otorga a los valores de *logro* y *eficiencia* en una y otra sociedad. Por ahora, sólo quiero señalar que el corolario de mi hipótesis afirma que los valores sustentados por la Academia, como corporación, son contrarios a la profesionalización de la historia, *porque sus raíces intelectuales y éticas imponen valores aristocráticos*.

Recuerdo en forma muy particular el famoso capítulo sobre el *hidalgo* y el *gentleman*, que Eyzaguirre incluye en el primer capítulo de su *Fisonomía histórica de Chile*. Por ser su autor el mejor representante de la tradición de la Academia y porque el hidalgo es el arquetipo de una sociedad católica y guerrera, interesa identificar algunos de sus atributos, en especial aquellos que guardan relación con el tema que me ocupa.

No se adapta fácilmente el hidalgo a las formas económicas o, al menos, no en el sentido racional que éstas asumen con el capitalismo. El hidalgo rechaza, además, la disciplina y resulta difícil hacer de él un soldado profesional²¹. Por otra

¹⁹ Arthur Schlesinger Jr., "The Historian as Participant", *Daedalus*, 100, 2, 1971.

²⁰ Véase, por ejemplo, de Seymour M. Lipset y Aldo E. Solari, *Elites y Desarrollo en América Latina*, 2ª ed. (Buenos Aires, Ed. Paidós, 1971).

²¹ Don Alonso de Palencia, en su *Tratado de la perfección del triunfo militar* (siglo xv), afirma que el éxito en la guerra se debe más a la disciplina y al orden que a la bravura del hidalgo. Por su parte, Francisco de Valdés expresa que lo mismo que no se permite a médicos, letrados o teólogos el ejercicio

parte, considera el hidalgo que las leyes no le afectan personalmente. Como dice don Quijote: "¿Quién es el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada...?" (*Quijote*, iv, 187). Su particular esquema político es el de un privilegiado, y le será imposible entender al Estado.

Por el contrario, el *gentleman* representa la ética puritana; sublima el espíritu de lucro y la racionalidad económica, la vida austera y disciplinada. Aunque valora en alto grado el individualismo, concibe la empresa como una corporación basada en la confianza mutua y el trabajo colectivo y organizado.

"Para el [hidalgo], póstumo rezago de la caballería medieval, escribe Eyzaguirre, las grandes batallas no se dan por interés sino por convicción; para el [*gentleman*, en cambio] engendro de la edad capitalista, la lucha es por el acicate de la utilidad... Por eso, el *gentleman*, a pesar de todos sus estudiados modales, es en el fondo un mercader; mientras el hidalgo, no obstante su raída exterioridad, es un señor. Porque propio del mercader es saber ganar; y propio, en cambio, del señor, es saber perder"²².

Veamos ahora la otra tradición, la del Instituto Pedagógico. Al hablar de las nuevas tendencias de la historiografía nacional, aquellas que "son el resultado de la creciente preocupación por los problemas económicos y sociales que enfrenta el hombre de hoy"²³, y que han sabido utilizar los logros de las ciencias sociales para descubrir nuevas dimensiones históricas, Sergio Villalobos da noticia de "un importante grupo de investigadores que se formó y giró en torno a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, el antiguo Instituto Pedagógico, [que] aportó obras fundamentales sobre temas tales como la propiedad agrícola, los grupos sociales y económicos, las formas de trabajo indígena, la esclavitud negra, el peonaje, el inquilinaje, el comercio, el movimiento obrero, etc."²⁴. La renovación de la historiografía nacional, aunque parcial, debe muchísimo, en realidad, al ex Instituto Pedagógico.

Este plantel fue creado el 29 de abril de 1889, y su cátedra de historia le fue adjudicada al profesor alemán don Juan Steffen. Una primera cátedra de historia documental de América y Chile estuvo a cargo de Luis Barros Borgoño y luego de Alejandro Fuenzalida Grandón, siendo suprimida en 1896. Más tarde, se proyectó un seminario para estudios humanísticos.

En 1950, el instituto se trasladó a su tradicional sede de Macul (avenida José Pedro Alessandri). Un año antes se había creado el Instituto de Investigaciones Histórico-Culturales, que publicó obras tan importantes como *El Estado en el derecho indiano*, de Mario Góngora, *El sentimiento de lo humano en América*, de Félix Schwartzmann y *Política indígena en el origen de la nacionalidad chilena*, de Néstor

de su actividad sin haber "estudiado en dichas Facultades y ser docto en ellas", tampoco se puede permitir que el hidalgo, por serlo, asuma el mando de una empresa militar. *Espejo y Disciplina Militar* (1589). Citados en José Antonio Maravall, *El humanismo de las armas en don Quijote* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1948), págs. 50 y 60, respectivamente.

²² *Fisonomía Histórica de Chile*, 10ª ed. (Santiago, Ed. Universitaria, 1985), págs. 20 y 21.

²³ Villalobos, *Historia...*, *op. cit.*, pág. 47.

²⁴ *Op. cit.*, pág. 48.

Meza Villalobos²⁵. Hacia 1960, como producto de una expansión natural, pero también como resultado de conflictos internos, derivados la más de las veces de la política contingente, existían los siguientes centros e institutos de investigación histórica: Centros de Investigaciones de Historia Americana e Investigaciones de Historia Colonial, e Institutos de Investigaciones Histórico-Culturales y de Historia de Chile²⁶.

El viejo "Pedagógico" era un hermoso y genuino *campus* universitario: parques y jardines, árboles y edificios cubiertos por la hiedra, le hacían aparecer como un orgulloso miembro de la Ivy League... Además de un acogedor y concurrido Casino y una muy buena biblioteca, el Pedagógico ostentaba toda una constelación de brillantes profesores de historia e historiadores por derecho propio, cada uno de ellos con una abundante obra a su haber y siempre rodeados por jóvenes y competentes acólitos, que solícitos y afanosos les llevaban los mamotretos y apuntes, colocaban las notas en el fichero, y luego de aventar el polvo de la tiza, colgaban la bufanda del "Gran Patrón" en el perchero. Desde luego, no era ni en el casino ni en la biblioteca donde se solía ubicar a nuestros historiadores. Era mucho más frecuente verles de palique con Guillermo Feliú Cruz en la Biblioteca Nacional o sentados en el Archivo, absortos en algún viejo volumen de la Capitanía General.

Cualquier desaprensivo habría esperado encontrar en tan adecuado entorno la Meca de la historia profesional en Chile. Por desgracia, creo, de veras, que se habría equivocado rotundamente. Es cierto que los historiadores del ex Pedagógico habían hecho de la historia una ocupación de tiempo completo, y no era menos cierto que todos ellos poseían una buena formación y un riguroso entrenamiento en los métodos y técnicas de la disciplina, ambas cualidades certificadas por un título profesional idóneo. Por otra parte, estos historiadores tenían una idea cabal de la profesión del historiador y era natural que miraran con ojos inquisitivos y críticos la labor histórica de la Academia y muy en especial los trabajos del *Boletín*, que dicha corporación publica en forma más o menos periódica. Sin embargo, estos factores no bastan por sí solos para sustentar un proceso de profesionalización. Sobre todo, si se tiene en cuenta que, codo a codo con ellos, coexistían otros factores contrarios a este proceso.

Todavía a mediados de la década de los sesenta, muchos aspirantes a historiadores rechazaban la "politiquería" que distinguía, entre todas las escuelas universitarias –incluso sobre derecho– al "Pedagógico". Huelgas y paros, asonadas callejeras, barricadas, rayado de murallas, enseñas políticas y canciones partidarias justificaban con creces esta "leyenda negra". En realidad, la ideologización del ex Pedagógico era algo tangible que parecía permear las más sólidas convicciones académicas, echando por la borda muchas buenas intenciones.

A poco de andar, un observador neutral habría colegido que las desdeñosas críticas a la Academia Chilena de la Historia no sólo obedecían a una idea más profesional de la historia, sino que se fundamentaban en criterios ideológicos que

²⁵ Rolando Mellafe, Antonia Rebolledo y Mario Cárdenas, *Historia de la Universidad de Chile* (Santiago, 1992), págs. 173-176.

²⁶ *Op. cit.*, pág. 236.

no dejaban de imprimir su sello en los programas y en la actividad docente de muchos profesores. He escuchado testimonios de antiguos ayudantes, escogidos para tal o cual cargo por su ideología y no por su méritos. Muchos estudiantes escogían a determinados profesores por pertenecer a un particular partido político y no por la calidad de su enseñanza. Más errado era aún, a mi juicio, el criterio para llenar las vacantes académicas: en dichas ocasiones (que más bien parecían verdaderos actos electorales), se votaba de acuerdo a las simpatías políticas de cada cual, luego de interminables cabildos en que, como prolegómeno de la elección, católicos y masones se descalificaban mutuamente, en tanto que marxistas y liberales protagonizaban interminables e inútiles combates ideológicos en aulas y claustros. Así, excelentes historiadores vieron agostarse sus legítimas aspiraciones a una cátedra, en tanto que ayudantes bien dotados eran preteridos una y otra vez en aras de mezquinos intereses. El sistema premiaba, desde luego, a los ideólogos, que solían ocupar cargos importantes en razón de amistades y parentescos ideológicos, y también a los infaltables mediocres, que miraban pasar los días en paz y tranquilidad, confiados en que su tienda política cuidaría de su inamovilidad en el cargo.

La tradición de la Academia orienta su acción con respecto a la capacitación de nuevos miembros, a la aceptación de trabajos o al otorgamiento de premios, en función de criterios esencialmente *adscriptivos*—esto es, en función de cualidades heredadas— y *particularistas*—en función de relaciones personales o de determinados atributos, tales como la ideología o color político, educación y fortuna, credo religioso, sexo, etc.—. En cuanto a la tradición del Pedagógico, puede apreciarse que, si bien rechaza el criterio de las cualidades heredadas, es afín a los criterios particularistas, tal y como aquí se han definido. Por supuesto, esta conclusión no puede poseer un carácter absoluto y reconozco que estoy cayendo en el feo vicio de formular generalizaciones. Pero sólo estoy elaborando algunas hipótesis tentativas para una futura sociología de la historiografía nacional...

Si uno se fija bien, entre los criterios utilizados por ambas tradiciones no figuran el de *eficiencia* ni el valor del *universalismo*, definido como la igualdad de oportunidades para ocupar un determinado cargo ocupacional o posición, conforme a los méritos y vocación de cada persona. Ninguna de las dos tradiciones utiliza un *patrón general* para evaluar a los historiadores. La ausencia de tales valores significa, nada más y nada menos, que *ni la tradición de la Academia ni la del Pedagógico han sido capaces de elegir a los mejores, ni que tampoco se concedió iguales oportunidades a quienes optaron por algún cargo, ni menos se pudo nominar con objetividad y criterios impersonales a candidatos a ascensos, premios y recompensas, ni, por último, se ha logrado un alto grado de objetividad ni el arbitraje de proyectos ni en la crítica histórica*. Este hecho no es trivial, porque ambas instituciones han sido gravitantes en la formación de la débil y confusa estructura social de la historiografía nacional.

UN CONFLICTO ENTRE DOS VISIONES DE LA HISTORIA

El problema queda planteado cuando ambas tradiciones entran en conflicto, lo que sucede más a menudo de lo que pudiera creerse. Probablemente, una de las

más serias manifestaciones de las discrepancias entre los miembros de la Academia y los historiadores universitarios fue el ya aludido debate entre Eyzaguirre y Villalobos. Pero ésta fue una instancia académica, en la que se enfrentaron dos escuelas y dos visiones de la historia en un marco de discusión abierta y hasta cordial. Otras confrontaciones posteriores no han sido ni tan académicas ni tan amistosas.

Con motivo de la reedición de la *Historia de Chile* de don Francisco Antonio Encina a comienzos de 1971, un medio de comunicación entrevistó a Sergio Villalobos, al que presentó como “catedrático de las Universidades de Chile y Católica”, y a Gonzalo Vial Correa, “miembro de la Academia Chilena de Historia”. Subrayo este hecho, porque es el periódico el que determina fehacientemente la calidad de ambos entrevistados. Según Sergio Villalobos, “[los] elogios prodigados a la *Historia de Chile*, provenientes de aficionados por lo general... demuestran falta de visión; todo se reduce a decir que es una obra ‘interesante’ –vocablo universal para no decir nada– y que su estilo y amenidad la hacen de fácil lectura”. Para Villalobos, la obra de Encina nació con retraso, e incluso “ateniéndonos al aspecto literario de la obra... su valor nos parece discutible”²⁷.

En cambio, Gonzalo Vial admitía su buena predisposición al trabajo de Encina. “Los historiadores profesionales censuran habitualmente a Encina. Le reprochan su adhesión a las desprestigiadas teorías de Palacios... su fobia contra determinados personajes de nuestra historia; los descuidos de su lenguaje; el desprecio con que mira a los grandes investigadores decimonónicos del pasado chileno... Sin duda, una buena parte de estos cargos contra Encina tiene fundamento. Subsiste, sin embargo, el hecho de que a Encina lo leyó –y lo sigue leyendo, como se demuestra por la reedición de su obra máxima– un público numerosísimo, mientras que a los demás historiadores chilenos, aficionados o profesionales, nos lee poca gente... o quizá nadie”²⁸.

Con gran perspicacia, Vial señala algunas causas de este fenómeno. Las grandes síntesis han sido postergadas; en cambio, las monografías (los “ladrillos históricos”) forman una montaña impresionante, pero incoherente. Se desconoce el pasado, pero no se interpreta. “Las Universidades también han tenido algo de culpa en el ‘industrialismo’ histórico –expresa Gonzalo Vial–. Han seguido... el lema norteamericano de *publish or perish*, el profesor que no mantiene una corriente constante de publicaciones sobre su especialidad... sufre en su prestigio y expectativas”. El resultado es que “las monografías llueven y la línea general se pierde”. Termina Vial afirmando que el historiador, además de escribir **bien**, tiene que escribir **entretenido**. El público exige “una interpretación sintética y artística de nuestro pasado, que permita comprenderlo, amarlo y aprovecharlo para el futuro”²⁹.

He aquí, pues, dos visiones encontradas de la historia, que representaría a los “historiadores profesionales”, universitarios, y a los “historiadores aficionados”. No hay que esforzarse demasiado para saber (de acuerdo a Villalobos) que el

²⁷ *El Mercurio*, 10 de enero de 1971, pág. 4.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*

historiador aficionado no posee ni conocimientos ni formación como para evaluar debidamente una obra histórica, y para darse por enterado (según Vial) que el historiador profesional, a fuer de encontrarse presionado por la dinámica competitiva de la institución universitaria, no sólo escribe mal, sino que escribe sobre nimiedades y en estilo aburrido. El juicio a Encina pasa a ser secundario, porque lo que aquí está en debate es la actitud —y no las ideas, porque no estamos ante un conflicto entre dos “escuelas”— ante la historia.

Habría que esperar nueve años para la segunda parte de esta polémica. Esta vez, todo se inicia con la publicación del primer tomo de la *Historia del pueblo chileno* de Sergio Villalobos, en 1980. En su Introducción, pasa revista a la historiografía nacional, analizando críticamente el aporte de lo que él denomina “el revisionismo aristocrático”, que incluye la obra histórica de Alberto Edwards, Francisco A. Encina y Jaime Eyzaguirre, cuya “adhesión al ideario conservador y aristocrático —en palabras de Villalobos— fue una honrada convicción en todos ellos”³⁰. La primera reacción proviene de Mario Góngora que, junto con expresar su desacuerdo teórico con el autor, estima que ha utilizado el concepto “aristocrático” en un tono despectivo y en tono “acre”. Para Góngora, lo que Villalobos denomina “revisionismo aristocrático” es “en realidad, el abismo que separa en Chile al siglo XIX del XX tanto en el horizonte intelectual como en su sensibilidad”³¹. Pero las ideas de Sergio Villalobos sobre la historiografía “aristocrática” también serían comentadas por Enrique Lafourcade sólo unas semanas después de la presentación de la obra del primero.

En su comentario, Lafourcade comienza afirmando: “No le falta razón a Sergio Villalobos (*Historia del pueblo chileno*) cuando las emprende contra cierta clase social que produjo la Historia y luego la escribió, llegando a demasías tales que la identidad del chileno es un fenómeno que recién empieza a develarse”... “Los aristokratos tienen el dinero, el poder político, militar, eclesiástico, judicial. Les falta explicar la historia. Ellos son la Historia. Explicándola, se justifican”³². Es entonces cuando interviene Gonzalo Vial, con su acostumbrada y fina ironía: “Por una vez le ha fallado la intuición a Enrique Lafourcade...”³³. Porque para Vial es claro que Lafourcade no conoce ni a los autores ni a las obras, y protesta ante el ataque a Eyzaguirre. Gran amigo y discípulo de Jaime Eyzaguirre, Gonzalo Vial lo define como “un hombre socialmente muy avanzado, discípulo del padre Vives Solar... Dio Eyzaguirre, en fin, un testimonio que pocos han dado de su amor por la pobreza: abrazarla voluntariamente, rechazando oportunidades y cargos muy tentadores... para vivir sólo de su pluma y de sus clases”³⁴. Termina expresando que el resentimiento ha impedido “ver con objetividad lo bueno y lo malo de la aristocracia”. Pero la aristocracia ha muerto. “Los historiadores futuros podrán... mirar con fría objetividad a la aristocracia. Pero debemos resignarnos a que algunos de los antiguos continúen teniéndoles antipatía a los gliptodontes”³⁵.

³⁰ *Op. cit.*, Introducción, pág. 28.

³¹ *El Mercurio*, 30 de julio de 1980, págs. 8-10.

³² “Los Aristócratas”, *Qué Pasa*, N° 487, agosto 1980.

³³ “Aristocracia e Historia”, *Qué Pasa*, N° 487, agosto 1980.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*

Y, tras un breve interludio de Lafourcade, que dirá que sólo se ha limitado a reproducir las afirmaciones de Villalobos y que su texto “es duro, caprichoso a ratos, pero no parece un texto inútil”³⁶, irrumpe en el debate (“con gesto agrio”, como comentaría más tarde Gonzalo Vial)³⁷ Sergio Villalobos, quien se ha sentido aludido —¡era que no!— por los comentarios a su libro. Y de inmediato hace saber a sus lectores que “el señor Gonzalo Vial, que tiene cariño por la historia”, ha refutado la apología que de la *Historia del pueblo chileno* hace Lafourcade, “aunque sin mencionar nuestra propia obra, porque los seguidores de Jaime Eyzaguirre protestan no haberla leído aún”³⁸. Aparte de los sarcasmos, Villalobos continúa haciendo algunos alcances a la obra de Edwards y Eyzaguirre, al afirmar que “[ambos] historiadores añoraban el espíritu conservador de los viejos tiempos, los siglos coloniales y los años de la república autoritaria... y no tuvieron el menor interés por la historia del bajo pueblo o la clase media... Hacia los grupos indígenas tuvieron el mayor menosprecio”³⁹. Al final del artículo, un párrafo admonitorio: “Esperamos que los seguidores de Edwards y Eyzaguirre comprendan que en la historia las declamaciones ligeras tienen que ceder frente a las pruebas concretas”⁴⁰.

Gonzalo Vial tildará de “visión pasional de la historia”, al juicio extremadamente crítico de Villalobos sobre los historiadores “aristocráticos”. Pero, ¿de dónde provienen realmente tales críticas? Vial teme que estén utilizando a nuestro Premio Nacional de Historia 1992, que alguien le esté “arrastrando hacia la seudo historia con fines ideológicos y políticos, al estilo CEREN y FLACSO”⁴¹. La “pasión ideológico-política” ha traicionado a Villalobos. “Allí salimos del reino de la historia, que es el reino de la verdad, y entramos al dominio de lo que Villalobos ha llamado acertadamente “declamaciones ligeras”⁴².

La respuesta de Sergio Villalobos no se haría esperar. Lo que realmente hace Gonzalo Vial es utilizar “el método barroco en la historia”⁴³. La polémica sube de tono y se torna violenta y apasionada. El último capítulo corresponde a Gonzalo Vial, que sugiere que Sergio Villalobos “se ha echado al suelo y ha tenido una pataleta”. Señala, además, que la discusión que se inicia con una glosa lafourcadiana ha demostrado “la desatada odiosidad de Villalobos contra Eyzaguirre”⁴⁴. Vial, en cambio, se referirá a Jaime Eyzaguirre como su “maestro y amigo incomparable, de imperecedero recuerdo”. Pero quiero creer que el fundamento de esta polémica es algo más que el juicio a un hombre y a sus ideas, y es por ello que me he ocupado de ella. Lo que debe hacerse es intentar sacar el mayor partido posible de las afirmaciones de ambos historiadores.

³⁶ “La Prueba de la Blancura”, *Qué Pasa*, N° 489, agosto de 1980.

³⁷ “Visión Pasional de la Historia”, *Qué Pasa*, N° 493, septiembre de 1980.

³⁸ “Visión Aristotélica de la Historia”, *Qué Pasa*, N° 491, septiembre de 1980.

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ “Visión Pasional...”, *op. cit.*

⁴² *Ibid.*

⁴³ “El Método Barroco en la Historia”, *Qué Pasa*, N° 496, octubre de 1980.

⁴⁴ “Pataletas Históricas”, *Qué Pasa*, N° 497, octubre de 1980.

Habrá que dejar de lado las descalificaciones e ir al fondo de la discusión. A mi juicio, lo que ambos polemistas persiguen es la *identificación política, cultural y social del adversario y del sector o grupo que representa y su relación con su particular idea de la historia*. Para Sergio Villalobos, "los seguidores de Jaime Eyzaguirre" compartirían con su maestro características tales como su sentido aristocrático de la historia, su devoción por la hispanidad, su acendrado espíritu católico, su menosprecio por el pueblo y la clase media... y su admiración por el autoritarismo⁴⁵. Gonzalo Vial, en cambio, cree que en Villalobos hay una clara definición por la línea del CIEREN y de FLACSO, organismos de inconfundible raigambre socialista.

Pero esto no es todo. Villalobos crítica en los historiadores aristocráticos su devoción a la genealogía y la utilización de esta disciplina como método histórico. Conceptos como "est rpe", "pureza de sangre", "noble cuna" e "hidalguía" son frecuentes en las obras de estos historiadores. Sergio Villalobos, en cambio, pareciera creer más en la capacidad del entorno social y en el proceso educativo y en la obra colectiva de los pueblos, en la valoración de la historia. Los fundamentos teóricos de *Historia del pueblo chileno* así lo confirman. Villalobos busca con ahínco los procesos de larga duración, las estructuras, concediendo un menor valor a los hechos y a los individuos. Y, desde luego, los factores económicos y sociales son estimados casi como determinantes en la historia.

Se nos aparece aquí el viejo debate entre *natura y nurtura*, que el biólogo de Harvard, Edward O. Wilson ha modernizado bajo la denominación de sociobiolog a⁴⁶. Desde luego, ésta no es la ocasión para analizar las teorías de Wilson, pero cabe señalar que los individuos y grupos más conservadores tienden a sobrevalorar el factor genético en los individuos, en tanto que los liberales y la izquierda privilegian el proceso de sociabilización, creyendo que el hombre es lo suficientemente plástico como para ser formado a través de la educación.

Y, aunque esta vez no hay alusiones al pesado lenguaje de la historia profesional, sí existen acusaciones de tipo metodológico: La "visión pasional de la historia" y "el método barroco" han contribuido, según los protagonistas de la polémica, y ambos en la misma proporción, a oscurecer el debate⁴⁷.

En 1992, Sergio Villalobos recibí el Premio Nacional de Historia y en esa calidad fue entrevistado por *El Mercurio*. Conviene reproducir aquí una parte de sus declara-

⁴⁵ En este último punto creo, como Gonzalo Vial, que Sergio Villalobos no tiene razón: El espíritu aristocrático no cuadra con los déspotas ni con los autoritarismos. Éste es, precisamente, el "espíritu de Fronda" al que alude Alberto Edwards.

⁴⁶ *Sociobiology: The New Synthesis* (Cambridge, Massachusetts, 1974). La aparición de esta obra hace casi dos décadas provocó una verdadera revolución en las ciencias sociales. Según Wilson, el hombre debe la mayor parte de sus acciones, comportamiento e incluso creencias, a su herencia genética, que es, desde luego, producto de la evolución biológica. En este sentido, el hombre es una especie que, como las demás, posee límites para su desarrollo, que no pueden ser cambiados por los procesos de sociabilización. El debate fue totalmente ignorado en Chile, a pesar de las claras implicaciones que la teoría de Wilson tiene para la política, la economía y la historia, ver *Biology and the Social Sciences - An Emerging Revolution*, ed. por Thomas C. Wiegale (Boulder, Co., Westview Press, 1982).

⁴⁷ Años después, un discípulo de Sergio Villalobos -Crist n Gazmuri- criticar  con mucha sorna el método histórico de Gonzalo Vial, en su trabajo "Las tesis historiográficas de don Gonzalo Vial", *Opciones*, N  6, 1985, págs. 147-162.

ciones, porque se refieren a la Academia Chilena de la Historia y a su papel en la historiografía nacional:

“La Academia de la Historia, desde sus comienzos ha sido un organismo marcado ideológicamente y por esa razón nunca me conformaba. Yo respeto mucho mi independencia por encima de todo y esta Academia actuaba bajo el poderoso influjo de Jaime Eyzaguirre y su forma de pensar. Nunca me satisfizo. Yo diría más aún. Hubo un acuerdo tácito de diferentes investigadores, Mario Góngora, Álvaro Jara, Rolando Mellafe y yo, de que no ingresaríamos a la Academia aunque nos lo ofrecieran, como lo hicieron muchas veces...”⁴⁸.

Sin embargo, este “polemista de la historia” (como se autodefine) ha otorgado al fin cierto valor a argumentos que antes había descalificado. Al hablar de Encina, por ejemplo, expresa: “Encina no tuvo nunca formación sistemática en historia. Fue un aficionado, *aunque el ser aficionado de por sí no descarta a nadie*”⁴⁹. Y antes, al referirse al estilo del historiador, concede que los investigadores escriben mal. “Leer en la actualidad un libro de historia es difícil, es pesado...”⁵⁰.

Pero quiero destacar aquí algo verdaderamente valioso para mis propósitos: Sergio Villalobos parece estimar que el historiador profesional debe poseer, para serlo en propiedad, *una formación sistemática en su disciplina*.

À PESAR DE TODO HAY TANTO QUE RESCATAR...

No obstante lo anterior, durante las dos últimas décadas hemos presenciado que las dos tradiciones o subculturas históricas de las que he venido ocupándome se han mezclado –pero no amalgamado– en los institutos universitarios. Por otra parte, la Academia ha abierto sus puertas a historiadores profesionales meritorios, como Rolando Mellafe, Julio Retamal y René Millar e, incluso, una mujer, una distinguida historiadora del arte, Isabel Cruz, ha sido distinguida con este galardón. Sin duda, es lo mejor que habría podido sucederle a la historiografía chilena.

Afirmo esto, porque estoy cierto que ambas tradiciones pueden aportar muchos y diferentes valores a una naciente comunidad de historiadores que no se visualizaba hace unos diez años atrás. A estas alturas, resulta indudable que la Academia Chilena de la Historia ha hecho un gran aporte al crear un ambiente intelectual favorable a la iniciación en el quehacer histórico de algunos aficionados cultos y creativos. Gracias a ello, la literatura histórica nacional ha podido ser leída y comentada en círculos sociales usualmente ajenos al acontecer académico y a la historiografía, enriqueciéndose al incorporar un enfoque patricio del pasado. Por otra parte, algunos de estos aficionados han aportado los métodos, conocimientos y teorías propios de sus respectivas profesiones. Si bien el método histórico pudiera estar ausente, existe en la mayoría de las obras de estos *outsiders* una soltura, un toque de buen gusto y una cierta elegancia de estilo que no abunda en las revistas especializadas, coto privado del historiador profesional, demasiado ata-

⁴⁸ “Un polemista de la historia”, *El Mercurio*, 6 de diciembre de 1992, cuerpo E, pág. 12.

⁴⁹ *Op. cit.*, cuerpo E, pág. 13. (El destacado es mío A.S.).

⁵⁰ *Ibid.*

reado como está en construir un aparataje crítico adecuado como para preocuparse del lenguaje.

Más importantes aún me parecen el buen uso de la intuición y la osadía intelectual que se precisa para reconstruir, de una sola plumada, grandes procesos históricos o para formular atrevidas generalizaciones que abrirán el camino a investigaciones más cautas y metódicas.

Y, ¿qué decir de los aportes de la subcultura profesional? Porque, a pesar de todo, por sobre todo, hay tanto que rescatar... Antes que nada, la institucionalización de la investigación histórica en la universidad, echando por tierra la antigua y equivocada concepción de una unidad académica que sólo puede formar a profesores, incapaces de hacer aportes originales al conocimiento histórico.

La institucionalización de la investigación histórica en la universidad traerá consecuencias muy positivas para la disciplina y para la historiografía. El aporte generoso de gobiernos, universidades y fundaciones extranjeras significará la oportunidad de becas, donaciones de textos y revistas, equipo, etc. Quienes retornan de sus posgrados introducen nuevos métodos y técnicas de investigación y facilitarán los contactos con centros de excelencia e historiadores de prestigio internacional. Sobre todo, quisiera destacar la importancia de la revista especializada, que nos ha abierto un mundo casi desconocido y que nos ha dado la oportunidad de traspasar los estrechos límites de una subcultura académica tan singularmente localista como es la histórica. Al hojear una buena revista histórica, conocemos sobre la autoridad incorpórea de una comunidad profesional, sobre las teorías en boga, sobre las hipótesis innovadoras que pugnan por desplazar los paradigmas existentes; conocemos la actual bibliografía y sabemos, en fin, cómo avanza el conocimiento en nuestra disciplina, merced al constante revisionismo de las nuevas generaciones.

Es en este contexto donde podemos evaluar mejor la influencia de historiadores como Ricardo Krebs. Formado en el rigor intelectual de la universidad europea, en sus palabras Europa y Occidente se nos hicieron familiares en el verdadero sentido del vocablo: nos sentimos genéticamente unidos a una cultura milenaria que ya no nos era extraña, *porque la habíamos hecho nuestra*. Ricardo Krebs nos ha dado a todos aquellos que nos consideramos sus discípulos la más exacta idea posible de lo que es la historia como profesión.

PROBLEMAS INTRÍNSECOS DE LA DISCIPLINA

En general, la incorporación de la investigación a las tareas de la universidad moderna ha significado también la aceptación de sistemas de evaluación y jerarquización de los investigadores, que pueden ser calificados en razón de su producción, esto es, de la publicación de trabajos y textos y de su participación en concursos públicos de subsidios a proyectos de investigación. Este indicador de calidad, unido a la obtención de grados superiores, está permitiendo una ordenación de nuestra incipiente comunidad fundamentada en los méritos de cada historiador. Sin embargo, aún queda muchísimo por hacer en esta materia, tan delicada e importante para el futuro profesional de nuestros mejores estudiantes. Sobre todo, debe

avanzarse más en la objetividad y en el universalismo necesarios para un óptimo arbitraje de proyectos y, en general, para la evaluación profesional de los historiadores. La pertenencia a tal o cual grupo o sector social, la ideología, el credo religioso e incluso la especialidad en determinadas subdisciplinas históricas tienen todavía demasiado que ver en la carrera.

Por otra parte, la historia como disciplina posee desventajas intrínsecas —en cuanto a ciertos aspectos de la profesionalización— que deben ser tomadas en cuenta. Como se ha manifestado anteriormente, la historia es básicamente nacionalista. La imagen que de ella posee el público y la autoridad civil es la de transmisora de los valores patrios; su función básica en la educación es cementar los diferentes sectores, clases e intereses sociales en una comunidad nacional bien definida y cohesionada. Todo esto tiene un costo, desde luego. En una época de creciente internacionalización e interdependencia de los Estados, el economista, el analista internacional y el cientista político ganan *status* en desmedro del historiador. Es fácil comprobar esta aseveración si se conoce hacia donde van los subsidios de las fundaciones, las becas o las oportunidades de publicar en editoriales o revistas internacionales. Por otra parte, piénsese que ni aun en los mejores momentos de las aspiraciones integracionistas latinoamericanas surgió un proyecto de una historia común a nuestros pueblos. A la pregunta que hacía Lewis Hanke, sobre si las Américas tienen una historia común, el historiador contesta negativamente.

Por tal razón, los contactos tan fluidos y ventajosos que otras disciplinas tienen con fundaciones y centros de excelencia europeos y norteamericanos no poseen la misma fuerza en el caso de la historia. Aún más, el historiador nacional se sigue preocupando prioritariamente de su propio pasado y no le interesa profesionalmente la historia latinoamericana o universal. Basta ver qué publican nuestros investigadores o qué temas se escogen para tesis y memorias de títulos para corroborar esta afirmación.

El historiador pareciera ser esencialmente un conservador, al menos en lo que concierne a su quehacer profesional. Esto se explica por la índole de su tarea, pero también porque la historia interesa mucho más a individuos de naturaleza tradicionalista que a genuinos promotores del cambio social. El historiador tiende a privilegiar la estabilidad por sobre el riesgo y no permitirá fácilmente la introducción de nuevas ideas o teorías. El conservadurismo de la historia se refleja en su apego a los métodos y áreas más tradicionales del estudio histórico, como también en su implícito rechazo al revisionismo.

En cualquier disciplina, existe una *tensión* permanente entre quienes defienden las ideas y paradigmas en uso y aquellos que estiman que tales paradigmas están agotados. Esta relación conflictiva permite el crecimiento organizado de la disciplina. Los historiadores denominamos *revisionismo* a la operación de examinar críticamente la obra de otros historiadores. Se habla entonces de un “proceso dialéctico”, que de por sí posee connotaciones ideológicas y se tiende a rechazarlo sin más. Los historiadores *revisionistas* tienen también su buena cuota de culpa, porque casi siempre adoptan un tono innecesariamente polémico y tienden a descalificar a los autores e ideas “revisadas”. En realidad, éste debería ser un proceso cotidiano y permanente; es la esencia del quehacer histórico porque, como investi-

gadores, debemos vivir inmersos en un rutinario proceso de poner a prueba el conocimiento histórico anterior, a través de un estudio comparado con las nuevas evidencias y esquemas conceptuales de que disponemos⁵¹.

Sergio Villalobos define magistralmente esta labor creadora del historiador, cuando atribuye a Mario Góngora esta característica: "El mérito en el estudio del pasado... puede residir en unas cuantas monografías sobre temas circunscritos; pero que tienen el valor de cambiar nociones arraigadas, transformar la visión de un fenómeno y a la vez ser modelos metodológicos que orientan y estimulan nuevas búsquedas... Éste fue el tipo de obras que elaboró Mario Góngora"⁵².

A estas alturas, se podría expresar que una ordenación jerárquica de nuestros historiadores otorgaría un alto nivel de prestigio a los especialistas en historia nacional y, sobre todo, a aquellos que se preocupan prioritariamente de la historia política. Es cierto que surgen con frecuencia algunas "modas", como la historia de las mentalidades, las prosografías, etc. Sin embargo, se tiende a regresar siempre al punto de partida. Tal actitud conservadora impide el surgimiento de otras áreas más modernas.

Tales características de la disciplina histórica no contribuyen, desde luego, a la profesionalización de nuestra tarea y explican la posición desventajosa que la historia frecuentemente ocupa en la universidad. Además, engendra actitudes que enturbian y deterioran el panorama de la historiografía nacional.

Antaño, se impedía sobresalir a historiadores capaces por sus ideas, por su formación intelectual o por su origen social. Lo que solía hacerse era negarles elegantemente el ingreso a sociedades y cenáculos, a círculos y academias, e impedirles la publicación de sus escritos. El peligro era, ante todo, ideológico.

La escasez de oportunidades para los egresados y para aquellos historiadores que están regresando al país—algunos de ellos con excelentes estudios de posgrado—ha ocasionado una fuerte distorsión de la competencia entre pares. De nuevo, se esgrime el supuesto desconocimiento de la obra del adversario o de quien pueda amenazar nuestras legítimas aspiraciones con el fin de no contribuir a la difusión de sus ideas y no asignarle prestigio. Por ello, denunciaba en 1985 la inveterada costumbre de los historiadores chilenos de no citarse entre sí. En esa ocasión señalaba que *en obras de historiadores chilenos era casi imposible encontrar citas o referencias bibliográficas de textos y trabajos de otros autores nacionales*, con excepción de historiadores ya desaparecidos o de autores de historias generales. En general, nuestros historiadores continúan recurriendo a fuentes primarias o citando autores extranjeros, con una sola excepción, que ocurre cuando se trata de descalificar al contrario. Por otra parte, la frecuente recurrencia a fuentes primarias puede significar dos cosas: o que estamos frente a una obra en extremo original o que cada

⁵¹ Véase al respecto la crítica de Paul Drake a las descalificaciones hechas por historiadores chilenos a algunos escritos marxistas publicados durante el período de la Unidad Popular. En particular, tanto la Academia Chilena de la Historia como historiadores particulares expresaron su repudio a estas obras. "Revisionismo Histórico", *El Mercurio*, 15 de agosto de 1973, pág. 3.

⁵² "El historiador Mario Góngora", *Hoy*, N° 440, 23 de diciembre de 1985. Reproducido como Anexo en Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago, Ed. Universitaria, 1986), pág. 357.

historiador cultiva su propia y particular línea de investigación, lo que quiere decir que no existe un avance progresivo y armónico del conocimiento del pasado.

Por último, la crítica histórica suele hacerse en Chile con acrimonia. Se descalfica gratuitamente a quienes osan publicar sus trabajos. Con frecuencia, se "echan de menos" enfoques, puntos de vista y antecedentes que el autor sujeto de la crítica nunca ha pretendido introducir en su trabajo. Este uso —que más bien es un abuso— es negativo, porque despoja a los estudiantes y al público de la mejor guía para la lectura de la historia. Con muy honrosas excepciones, a través de las críticas y reseñas bibliográficas sólo podríamos conocer el grado de amistad o antipatía que existe entre el crítico y el autor criticado.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

No quiero dejar la impresión de una cerrada actitud de crítica o de un exagerado pesimismo frente a los logros de la historiografía chilena, porque no existe ningún motivo para ello. Mi análisis se refiere a una etapa que ya está terminando y creo, además, que el avance en el proceso de profesionalización de la historia ha estado, de uno u otro modo, relacionado con el proceso político que vive el país. La abierta disposición hacia posiciones más centristas, el mayor grado de consenso y el claro abandono de los extremismos pareciera haber favorecido a la historiografía. Al menos, a estas alturas y en estas circunstancias sería de muy mal gusto justificar un trabajo histórico por su evaluación de hechos y personajes políticos contingentes⁵³.

Por otra parte, la historiografía nacional y el historiador continúan teniendo un cierto halo de bien ganado prestigio, y ambos siguen contando con la buena acogida y el interés del público. Es posible reconocer en las intervenciones de la clase política y de muchos empresarios la influencia de los historiadores contemporáneos y, dentro de una institución que, como la universidad chilena, no sobresale por sus logros creadores, la historiografía pareciera ser su producto más conocido⁵⁴.

Empero, siguen penando ciertas precariedades en nuestro quehacer. El mismo prestigio de la historia es un fuerte acicate al despertar de vocaciones, hecho que se concreta en la creación de licenciaturas y posgrados. Incluso, una universidad privada —la Universidad Finis Terrae— ha abierto en 1989 la carrera de licenciatura en historia, atrayendo a buenos estudiantes e investigadores. No obstante, no se observa una predisposición de las autoridades universitarias para crear más unidades y más plazas para nuestros mejores egresados. Tampoco existe, como está ocurriendo en los países más desarrollados, una tendencia a incorporar a los historiadores a las empresas privadas y a los organismos públicos. En las actuales circunstancias, cuando se están cerrando por falta de financia-

⁵³ Sobre este tema, véase el artículo de Juan Eduardo Vargas, "El mal uso de la historia", *El Mercurio*, 21 de agosto de 1977.

⁵⁴ Al respecto, Sergio Villalobos afirma que "la historia parece que otorga dignidad o categoría a los asuntos", en "Un polemista...", *op. cit.*, cuerpo E, pág. 13.

miento muchos de los centros extraacadémicos que surgieron después de 1973 y cuando siguen regresando al país numerosos historiadores bien calificados, la falta de oportunidades puede llegar a ser angustiada para los más jóvenes y más capaces y un serio revés para el progreso de la historiografía.

Ante este problema caben, desde luego, algunas soluciones.

En primer término, que los procesos de calificación, de admisión a la carrera y de promoción y ascensos dentro de la misma sean llevados por académicos objetivos y de mérito, y que realmente tiendan a asegurar la presencia y la permanencia dentro de la universidad *a los mejores*. El sistema universitario nacional no puede darse el lujo de mantener a los mediocres.

En segundo lugar, que se vea positivamente el surgimiento de nuevos planteles de educación superior, que están creando oportunidades para muchos jóvenes historiadores. Hasta el momento, las universidades privadas sólo han acaparado críticas de los sectores académicos más tradicionales y conservadores, pero no se las ha evaluado lo suficiente en su función de una nueva y fuerte demanda sobre nuestro restringido mercado académico.

Subsiste, además, algún grado de confusión con respecto a quienes son historiadores y a la identificación de una obra histórica. Desde luego, Sergio Villalobos comienza por afirmar que en este momento no existe ningún historiador en Chile y que el último habría sido Mario Góngora. Y, juzgando por sus críticas a Encina, a Eyzaguirre y a Edwards, ninguno de éstos lo habría sido. ¿Qué se precisa, entonces, para ser catalogado como historiador? Nuestro último Premio Nacional de Historia lo señala: "Ser historiador es un título de gran valía intelectual"⁵⁵. De resultados de lo cual nos hemos quedado sin historiadores.

Personalmente, niego la validez de las afirmaciones de Sergio Villalobos. Coincido con él, desde luego, en que la ocupación del historiador requiere de valía intelectual... como la requieren otras ocupaciones y quehaceres muy diversas, entre las cuales están la del científico, la del artista y la del poeta, aparte, claro está, las ocupaciones que denominamos profesiones liberales. Si miramos a nuestro alrededor, abundan en Chile los profesionales, muchos de ellos capaces de elaborar esquemas conceptuales complicados y una sofisticada visión del mundo. También hay muchísimos artistas y literatos que suman el raciocinio a la inspiración para construir elaboradas creaciones. ¿Por qué, entonces, no van a existir historiadores? ¿Son los historiadores individuos tan especiales o es la historia un quehacer tan peculiar que sólo puede ser privilegio de algunos escasos elegidos? La mejor respuesta la proporciona nuestra propia realidad. Gracias a Dios, en Chile siguen existiendo historiadores, muchos de ellos—como el propio Sergio Villalobos—de grandes méritos. Sería largo e inútil, porque la comunidad universitaria y el público los conocen bien, hacer aquí una lista de nuestros historiadores vivos. Por otra parte, toda lista de este tipo es injusta, porque siempre habrá historiadores que aún no son suficientemente conocidos, pero que ya trabajan en lo que es el sujeto de la historia: la reconstrucción del pasado siguiendo métodos bien definidos.

⁵⁵ "Un polemista...", *op. cit.*, cuerpo E, pág. 11.

Sin embargo, la rotunda afirmación de Sergio Villalobos nos permite hacernos algunas preguntas fundamentales en relación a la historia y a los historiadores. En primer término, ¿son historiadores únicamente aquellos que han obtenido un título profesional o grado académico *ad hoc*?; segundo, ¿basta con tener una formación histórica calificada para ser considerado como historiador?; tercero, ¿son historiadores únicamente los historiadores profesionales?

Obviamente, las dos primeras preguntas deben ser contestadas negativamente. Grandes historiadores chilenos y extranjeros no han tenido estudios formales en historia –algunos de ellos no han tenido estudios universitarios de ninguna clase– y este hecho no obsta para que se les reconozca como tales. En segundo lugar, las unidades académicas consagradas a la docencia y la investigación histórica incluyen frecuentemente docentes con títulos académicos e incluso posgrados en la disciplina, que sólo practican la enseñanza de la historia y no poseen aportes originales. En cuanto a la última pregunta, a mi juicio, también tiene una respuesta negativa. Bastaría con recordar a Macaulay, Theodore Roosevelt, Winston Churchill y Samuel Elliot Morison entre los extranjeros, y a Gonzalo Bulnes, Francisco A. Encina, Gonzalo Vial, Fernando Silva y José Miguel Barros entre los autores nacionales, para reconocer que la historiografía, como recordara Mario Góngora, “es mansión de muchas moradas”.

Entonces, ¿quiénes son realmente historiadores? Creo que la respuesta es simple, casi de perogrullo. Historiador es aquel que hace historia, entendiendo por tal la reconstrucción de un pasado hecho en forma consciente por los hombres del cual quedan improntas susceptibles de ser decodificadas y comprendidas y que puede re-crearse de acuerdo a métodos específicos y según pautas racionales y rigurosas. El historiador no es aquel erudito que urge incansable en bibliotecas y archivos ni aquel que hilvana en orden cronológico unos cuantos hechos y anécdotas. En otras palabras, el historiador se ocupa del *hecho histórico*, como elemento único e irrepetible en el espacio y en el tiempo. Por esto, reviste especial importancia definir el “hecho histórico”. Para mí al menos, un *hecho histórico es toda acción capaz de generar una cierta cantidad de cambio social, económico o cultural*. En consecuencia, el historiador debe ser capaz de comprender la esencia y las circunstancias del cambio, conocer sus causas, medir su cantidad y colegir su dirección y sentido.

¿Cómo puede evaluarse la importancia de un hecho histórico? El historiador suele contestar esta pregunta partiendo de su propia circunstancia histórica; lo que es lo mismo, el historiador valora la importancia de un hecho en cuanto a su particular relación con su propio acontecer y el de sus coetáneos. Por sobre toda otra cualidad, el historiador posee una gran sensibilidad respecto de su tiempo, aun cuando también debe ser capaz de colocarse en la situación que quiere recrear.

Pero, si se afirma que aquellos intelectuales que desempeñan las mismas funciones del historiador profesional también son historiadores, ¿de qué vale entonces una formación histórica universitaria? Personalmente estimo que posee un gran valor. Si examinamos con cuidado un trabajo histórico procedente de un historiador profesional, probablemente no encontraremos ni un soberbio estilo ni auda-

ces e inspiradas visiones del pasado, ni menos el intento de proponer respuestas radicalmente diferentes a viejos problemas, pero hallamos en esta obra un cierto equilibrio, algo más real porque al redactarlo se han debido tener en cuenta factores y variables múltiples, que escapan frecuentemente a los intereses del aficionado. Es lo que podemos encontrar en *El otoño de la Edad Media*, de Johan Huizinga, o en la monumental obra de Ferdinand Braudel sobre *Civilización y capitalismo, siglos XV al XVIII*. El historiador profesional es un hábil artesano que conoce bien su oficio.

Por último, del historiador profesional dependerá el futuro de la historiografía. Sólo él y sus pares comprenden la necesidad de ir edificando el edificio de la historia poco a poco, eligiendo bien los materiales y no rehuyendo las tareas más humildes. Y sólo él garantizará, a través de una enseñanza metódica, que continúen surgiendo nuevas promociones de jóvenes que sólo desean dedicarse a la historia.

UNA APORTACIÓN AL DEBATE: LAS FUENTES ORALES EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Joan de Alcázar i Garrido

Una pregunta que no parece tener una respuesta unívoca entre los historiadores europeos ni tampoco —como he tenido ocasión de comprobar recientemente— entre los chilenos es la siguiente: ¿podemos hablar de “historia oral” o es más acertado referirnos a “fuentes orales para la investigación histórica”? Este artículo pretende ser, en su primera parte, una toma de posición en torno al tema; no obstante, nuestra intención es que la reflexión sea más amplia, que atienda a la compleja problemática de la utilización de las fuentes orales e incorpore los frutos de un debate desarrollado en distintos ámbitos académicos. Debemos decir, a este respecto, que tanto la discusión profunda tenida sobre el problema en un curso monográfico de doctorado impartido en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de València durante el año académico 1991-1992, como los debates suscitados en sendas conferencias impartidas en Chile —en Sur, ante alumnos de posgrado del profesor Gabriel Salazar y en Valparaíso, con alumnos del profesor Leopoldo Benavides— así como la fructífera discusión personal con el profesor Gonzalo Cáceres, ha sido muy enriquecedora. La intención, pues, de este artículo obedece al deseo de seguir contribuyendo modestamente a la polémica.

El mismo título de la versión castellana del libro del británico Paul Thompson, *La voz del pasado. Historia oral*, nos lleva directamente a la pregunta central: ¿existe lo que podríamos llamar “historia oral”, como un *producto historiográfico diferenciado y alternativo* a la historia realizada exclusivamente con fuentes escritas?¹ En nuestra opinión, la respuesta es negativa. Aceptando esta tesis, la pregunta siguiente puede ser: ¿utilizar fuentes orales nos permite escribir *otro tipo* de historia?, es decir, ¿podemos construir un discurso de interpretación histórica más completo, más rico y complejo? En este caso nuestra respuesta es positiva.

Desde nuestra posición ante la disciplina, entendemos que la historia debe analizar y relacionar todos los fenómenos estructurales y superestructurales con la vida cotidiana de los protagonistas de la historia: los hombres y las mujeres. Desde esta perspectiva, nuestros trabajos se adscriben a una línea historiográfica que denominamos *historia local o microhistoria*, y en sintonía con esta posición nos vimos obligados a reflexionar sobre la bondad de la utilización de las fuentes orales en el proceso de investigación, y decimos fuentes orales, porque no nos parece procedente hablar de historia oral, sino que preferimos insistir en la idea

¹(València, Institució Alfons el Magnànim, 1988).

de que lo importante es utilizar fuentes orales para hacer historia². Se trata por tanto, de incorporar dichas fuentes orales como una fuente más³. Ésta es la tesis que vamos a defender en las páginas que siguen⁴.

Como nos recuerda P. Thompson, las fuentes orales están en la base de la más antigua y la más reciente forma de hacer historia. Los primeros historiadores *profesionales* fueron los recogedores de las tradiciones de las sociedades iletradas, y todavía hoy podemos encontrar en África —y quizá también en América— recitadores que pueden narrarnos desastres naturales, gestas colectivas o hazañas individuales acaecidas diez generaciones atrás. En Europa, por otra parte, hasta el siglo XVIII, los testimonios orales gozaron de un reconocido prestigio que, no obstante, desaparecería con el desarrollo de la historia académica profesional que se desarrolla durante el siglo XIX. Hasta este momento, no existe una barrera clara entre la historia y otras ciencias sociales como lo demuestran los trabajos de Michelet en Francia o de Maculay en Gran Bretaña. Igualmente, podemos encontrar una interesante interrelación entre teoría e historia en los trabajos de Adam Smith o de Karl Marx. Serán los estudios que incidan los medievalistas sobre fuentes manuscritas latinas, los que —junto con la instrumentalización de los funcionarios de la universidad acaecida en los territorios alemanes— marcarán una línea divisoria. Para los antropólogos quedará el trabajo de campo, para los sociólogos la entrevista y para los historiadores los manuscritos. Este proceso concluirá con la asunción de una especie de ley el que, más o menos, rezaría así: sin documentos (escritos) no hay historia.

²Me permito citar algunos títulos interesantes sobre el tema, que pueden resultar ilustrativos: B. Allen y L. Montell, *From Memory to History. Using Oral Source in Local History Research* (Nashville, Tennessee, American Association for State and Local History, 1981); J. Campbell-Kease, *A Companion to Local History Research* (Londres, 1989); G. Chittolini, "A proposito di storia locale per l'età del Rinascimento", *La storia locale. Temi, fonti e metodi della ricerca* (Bologna, Cinzio Violante, 1982), págs. 121-134; J. Fontana, "La història local: noves perspectives", *Reflexions metodològiques sobre la història local* (Girona, Cercle d'estudis Històrics, 1985), págs. 5-12; A. Furió y F. Garcia-Oliver, "La història local: un itinerari preliminar", *L'espai Viscut. Col. loqui Internacional d'Història Local* (València, Diputació Provincial de València, 1989), págs. 7-24, 1984; P. Ruiz Torres, "Microhistòria i història local", *L'espai Viscut...*, *op. cit.*, págs. 71-94; T. Moll, "Introducció", *La vida quotidiana dins la perspectiva històrica* (Ciutat de Mallorca, III Jornades d'Estudis Història Locals, Ed. Institut d'Estudis Balearis, 1985).

³Ronald Fraser, uno de los mejores especialistas, ha escrito que el testimonio oral no es una fuente como otra... con todas las posibles distorsiones y errores, el testimonio oral es siempre una manera de dar significación al pasado para, al mismo tiempo, dar sentido al presente (*La història oral, una nova font documental*, *L'Avenc*, núm. 68 (Barcelona, 1984), pág. 66. Entendemos, no obstante la aparente contradicción con nuestras palabras, que Fraser se refiere a la validez de las fuentes y no a su tratamiento por el historiador.

⁴Obviamente éste no es un planteamiento original; otros investigadores han reflexionado sobre la cuestión. González Quintana ha escrito: "...partiendo del hecho de que en el mundo actual las investigaciones históricas se basan, cada vez más frecuentemente, en el uso de fuentes muy diversas, cada una de las cuales debe tener su propio tratamiento crítico y su valoración particular, la fuente oral fruto de la dualidad investigador-testimonio que nos depara la entrevista, debe ser considerada como una más de las fuentes a utilizar por los historiadores. Parece, pues, más lógico hablar de fuentes orales y no de historia oral". A. González Quintana, "El archivero y las fuentes orales", *Historia y fuente oral*, núm. 5 (Barcelona, 1991), pág. 157.

Después de 1945 todo empieza a cambiar, como efecto de los procesos sociales e intelectuales conectables a la Segunda Guerra Mundial, especialmente porque tanto en Europa como en Asia o África, grupos nacionales o clases sociales sin —o con escasa— historia escrita se hicieron con el poder o ganaron posiciones de poder. Los procesos de descolonización de pueblos que no contaban con una historia escrita, junto con la necesidad de rescatar fenómenos concretos del tiempo bélico pasado (el holocausto judío, la lucha de los *maquisards*, etc.), provocó una utilización masiva de las fuentes orales. De forma paralela, y como consecuencia del impulso de las organizaciones obreras en particular y de las clases populares en general, aparecerán trabajos sobre la historia del movimiento que después evolucionarán hacia una cierta *historia oral* de más amplio espectro.

Quizá el cambio más importante de todos fue el restablecimiento del contacto entre la historia y las ciencias sociales, particularmente con la sociología y la antropología. Cursos de carácter interdisciplinario comenzaron entonces a proliferar en buena parte de las universidades europeas. Los investigadores dedicados al campo de la historia social y sus nuevas ramas (historia de la familia, de la comunidad, de la mujer, etc.), pronto captaron el potencial que se les ofrecía, ya que suponía el acceso, por primera vez, a las experiencias de grupos que habían sido condenados al silencio; sectores que —en buena medida— habían sido ocultados por la historia, al estar excluidos de la documentación custodiada en los archivos. La importancia, por ejemplo, de la utilización de fuentes orales en los estudios sobre historia de las mujeres ha sido puesta de relieve —entre otros— por Pilar Folguera, quien entiende que el análisis de lo cotidiano en la vida de las mujeres, de lo privado, podemos inferir la influencia de los grandes cambios político-sociales en el conjunto de la sociedad, dado el papel de transmisora de ideología y de socialización política que la mujer juega en la familia⁵.

Efectivamente, en sintonía con lo dicho, puede afirmarse que durante las últimas décadas se ha potenciado el papel de algunos grupos sociales como sujetos de la historia. Algunos de ellos, que anteriormente habían merecido más atención de los novelistas que de los historiadores, han emergido con una especie de exigencia de que su historia sea reconocida. Ésta es una de las bases de apoyo de los trabajos de Ronald Fraser, para quien la utilización de fuentes orales permite articular las experiencias de aquellos que, desde una perspectiva histórica, están inarticulados⁶. Es decir, que las experiencias vividas por la gente del pueblo —que han sido dejadas de lado por la historiografía tradicional, entre otras razones, porque no han motivado una documentación escrita importante— sean restituidas a un lugar de la historia que ellos han contribuido a hacer. Un ejemplo magnífico de esta posición es el conocido trabajo de este historiador inglés: *Recuérdalo tú y*

⁵P. Folguera, "La historia oral como fuente para el estudio de la vida cotidiana de las mujeres", *Actas de las II Jornadas de Investigación Interdisciplinaria* (Madrid, Universidad Autónoma de Madrid), págs. 177-211.

⁶R. Fraser, "Reflexiones sobre la historia oral y su metodología en relación con la guerra civil española", en P. Broué, R. Fraser y P. Vilar, *Metodología histórica de la guerra y la vertebración españolas*, 1980, pág. 49.

*recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*⁷; una obra en la que se hace evidente lo que Paul Thompson denomina el *sentido humano* de las fuentes orales, que aportan dos elementos esenciales: a) la democratización de la propia historia y, b) la vitalidad de una historia que devuelve a la gente su propio pasado con sus propias palabras, resignándole un protagonismo que había perdido en beneficio de unos pocos⁸.

Ampliando estas ideas básicas, es importante precisar que el uso de las fuentes orales permite no sólo incorporar individuos o colectividades hasta ahora marginados o poco representados en los documentos archivísticos, sino que facilita el estudio de actos y situaciones que la racionalidad de un momento histórico concreto no les hace aparecer en los documentos escritos. Así pues, las fuentes orales, posibilitan incorporar no sólo individuos a la construcción del discurso del historiador, sino que nos permite conocer y comprender situaciones insuficientemente estudiadas hasta ahora.

Como historiadores caracterizados por el tipo de investigación del que venimos hablando, nos hemos visto obligados a reconocer las fuentes orales como un indispensable elemento de trabajo. Una herramienta que no puede ser dejada de lado en las investigaciones que realizamos. La adscripción a la microhistoria tropieza, con más frecuencia de la deseable, con importantes problemas de fuentes. La documentación escrita no siempre es la adecuada, y eso cuando existe, de forma que –cuando menos los contemporaneístas– con frecuencia volvemos los ojos hacia cualquier tipo de fuente susceptible de ser utilizada para hacer historia (desde la fotografía a la arqueología industrial, por poner dos ejemplos). Este problema de las insuficiencias documentales es todavía más grave cuando, como es nuestro caso y también el de muchos otros investigadores, nos dedicamos a la investigación sobre las clases populares, tanto agrarias como industriales. Desde una perspectiva como la valenciana, con sus singularidades (estructura de la propiedad, producción dedicada en buena medida a la exportación, régimen de cultivo, papel de las mujeres y de los espacios fabriles, existencia de auténticos barrios obreros, etc.), deviene ineludible utilizar –como una fuente documental más– las fuentes orales.

Por ello, nos proponemos hacer una reflexión que, con pretensiones globalizadoras, ofrece cuatro apartados. En el primero, incidiremos tanto en los problemas teóricos y técnicos del trabajo con fuentes orales, como en las discusiones que ello origina. En el segundo, nos centraremos en el carácter interdisciplinario como cuestión epistemológica, ante la relación creciente entre la historia y otras ciencias sociales. El tercer apartado atenderá al necesario diálogo entre las fuentes orales y la historia local. Y el cuarto, abordará cuestiones relacionadas con los llamados *archivos de la palabra*: sus exigencias y posibilidades.

PROBLEMAS TEÓRICOS Y TÉCNICOS DEL TRABAJO CON FUENTES ORALES

Obviamente, la utilización de fuentes orales no se limita a una simple cuestión de conciencia y voluntad. Es igualmente necesario implementar, poner a punto, un

⁷(Barcelona, Grijalbo, 1979).

⁸Thompson, *op. cit.*, pág. 13 y sigtes.

método particular que permita recabar el máximo de información lo más fiable posible. Para alcanzar este objetivo, deviene, imprescindible, poner las bases que permitan a los investigadores hacer un uso correcto, y no limitarse a entrevistar personas sin un plan prefijado que asegure la coherencia. En esta línea queremos apuntar, si bien en forma breve y esquemática, algunas cuestiones, porque el uso sistemático de las fuentes orales en la investigación histórica es relativamente reciente. Por tanto, los aspectos técnicos y de orden metodológico son aún polémicos. A continuación, hacemos alusión a los puntos en torno a los cuales se ha de articular —en nuestra opinión— la utilización de las fuentes orales. Comentaremos, de forma rápida, los aspectos más controvertidos y avanzaremos nuestra posición respecto a ellos.

El razonamiento que sustenta este apartado es relativamente simple de enunciar, pero un poco más difícil de interiorizar. Trabajar con fuentes orales implica el respeto a una serie de reglas metodológicas que garanticen que el trabajo realizado se ajusta a las normas básicas del rigor científico y metodológico. En efecto, partimos de la convicción de que utilizar fuentes orales no puede significar la grabación de una serie de testimonios, a la ligera y, después, usarlos como citas *ad-hoc* o *citas coartadas*. Las ideas de base, que han de resultar absolutamente claras para el investigador que se proponga trabajar con fuentes orales, son principalmente dos:

—La relación dialéctica que se puede establecer entre las fuentes orales y los documentos y ello hasta el punto que Joutard llega a afirmar que, sin fuentes escritas que permitan medir la distancia entre lo dicho y lo no dicho, o lo dicho de forma diferente, no hay verdadera historia oral⁹.

—No olvidar que aquello que llaman *historia oral* —aunque nosotros preferimos hablar de utilización de fuentes orales para hacer historia—, no es una suma de entrevistas independientes entre ellas, sino un conjunto orgánico y coherente de entrevistas. Una entrevista concreta no es más que una parte del conjunto, y sólo adquiere su real significación en el marco de las integrantes de la muestra.

Este punto de arranque, sin embargo, podría ser calificado de simplista. El uso de fuentes orales requiere, exactamente igual que cualquier otro tipo de fuente, una aproximación crítica. Lo que nos dice un testigo o informante no tiene por qué corresponderse, necesariamente, con aquello que podríamos llamar la realidad histórica (si es que hay una única realidad histórica). No porque el individuo se proponga mentirnos, sino porque, como sabemos, la memoria es esencialmente selectiva y, por ello mismo, parcial e interesada. La fragilidad de la memoria humana ha sido puesta sobre la mesa en la discusión sobre las dificultades que implica el trabajar con testimonios orales. En nuestra opinión, no es suficiente repeler este ataque aduciendo que ésta es una duda que podemos generalizar a todas las fuentes utilizadas por los historiadores. No obstante, es cierto, como dice P. Thompson, que la duda puede hacerse extensible no sólo a las fuentes escritas,

⁹Ph. Joutard, *Ces voix que nous venient du passé* (Paris, Hachette, 1983). Hay versión castellana en México, F.C.E., 1986.

sino también a las gráficas ya que todas ellas pueden haber sido manipuladas, pero anclarnos en esta duda no nos conducirá más que al relativismo más esterilizante¹⁰. Tampoco podemos quedarnos satisfechos con los resultados de estudios sobre los procesos de la memoria que demuestran que la selección más drástica se realiza al organizar y modelar los hechos al poco de haberlos vivido o que, a pesar de que hay una evidente pérdida de memoria en relación directa con el aumento de la edad biológica, la pérdida queda compensada —como ha podido comprobar cualquiera que haya hecho entrevistas a ancianos— por una renovada claridad en los recuerdos de las fases de juventud de la propia vida.

A pesar de estos argumentos de carácter defensivo, el trabajo con pretensiones científicas, que incorpora las fuentes orales, implica que los testimonios han de pasar por un filtro crítico importante, para hacer una selección de los elementos utilizables. Ello no quiere decir que sólo se conservará tal o cual testimonio, sino que el investigador deberá saber distinguir separadamente el fenómeno histórico y la memoria que el individuo o sector de individuos guarda de aquel fenómeno. Uno de los aspectos más interesantes del uso de las fuentes orales es que no sólo se llega a un conocimiento de los hechos, sino también a la forma cómo el grupo los vivió y percibió. Es de importancia capital rescatar la subjetividad, pero es un grave error llegar a confundirla con hechos objetivos. Esta aproximación crítica al testimonio oral se consigue mediante dos procedimientos de carácter interactivo: uno con la documentación escrita existente y el otro con el resto del *corpus* de documentos orales. De aquí la importancia de establecer una relación dialéctica entre los diversos tipos de fuentes.

Deliberadamente, hemos omitido la utilización de la idea de *complementariedad* entre fuentes orales y fuentes escritas tan cara para muchos de los teóricos que han trabajado con las primeras. Hemos de reconocer que nosotros también hemos sustentado esta posición, si bien, en la actualidad, somos bastante refractarios a aceptarla acríticamente. Hemos de decir que fue la lectura de un sugerente artículo de Miquel Barceló, referido a la arqueología medieval, lo que nos ha hecho repensar la idea de la validez de la complementariedad porque, efectivamente, el objetivo de los historiadores que utilizamos fuentes orales es producir informaciones convenientemente contrastadas sobre la estructura, funcionamiento y cambios de las sociedades humanas¹¹. Es decir, un objetivo idéntico a la investigación histórica que se apoya, exclusivamente, en las fuentes escritas. Teóricamente, pues, no tiene por qué haber diferencias cualitativas en el análisis histórico que vengan determinadas por la utilización de uno u otro tipo de fuente. Conclusión lógica, por otra parte, ya que, si no fuera así, tendríamos que admitir que sólo los estrictamente contemporaneístas podríamos aspirar a la máxima calidad historiográfica.

Siguiendo a Barceló, entendemos que los testimonios de los informantes producen conocimientos a partir del registro oral, sin que ello deba conducirnos a

¹⁰Thompson, *op. cit.*, págs. 118-122.

¹¹M. Barceló, *Arqueología medieval en las afueras del "medievalismo"* (Barcelona, Crítica, 1988).

prescindir de la información derivada de los textos escritos o de cualquier otra fuente susceptible de ser utilizada, los cuales tienen limitaciones que todos conocemos. Las fuentes orales también tienen, sin embargo, limitaciones. Es necesario, pues, trabajar con los dos registros, sin que ello signifique que son complementarios. Hay cosas que nunca las podemos saber a partir de los documentos escritos y, también, hay cosas que la investigación oral no permite ni tan sólo plantearnos.

Barceló opina que no hay complementariedad. A nosotros, esta afirmación nos parece excesivamente contundente, pero bastante interesante como para replantearnos su idoneidad, sustituyéndola por la de *relación dialéctica* entre los dos o más registros, es decir, una interacción entre las diversas fuentes documentales con que contemos. A pesar de todo, estamos absolutamente de acuerdo que aquella diferencia entre los registros no implica una diferencia de calidad de la información. El conocimiento de un sistema institucional, siguiendo el ejemplo empleado por el mismo autor, que voluntariamente segrega información evidentemente positiva sobre él mismo, no es una categoría superior a la información que nosotros podemos recoger con las encuestas y las entrevistas. Los dos registros producen informaciones distintas, la importancia de las cuales depende, en última instancia, de su articulación en una teoría y del lugar que ocupen dentro de ésta. En buena medida, el registro oral, da una forma más directa que el escrito —por aquello que tiene de involuntario en el sentido de no seleccionado para la posteridad— puede ofrecer, eventualmente, estructuras de comprensión alternativas a las elaboradas a partir del trabajo exclusivo con fuentes escritas. Lo que parece evidente es que, cuando menos, podemos aceptar que puede y debe haber un diálogo, una relación de interacción dialéctica entre los dos.

En opinión de Mercé Vilanova, la palabra (la recogida de los informantes) ilumina el escrito, enriqueciéndolo y dándole un contexto humano. Y ello porque: a) aporta elementos subjetivos y literarios, b) tiene una influencia desmitificadora, c) rompe el aislamiento elitista de los archivos y d) se hace necesaria porque una historia social que quiere ser mayoritaria no puede olvidar a nadie¹². Fue en esta línea que Anna Vega y Carme Monjo trabajaron sobre una colectivización industrial, propiciada por la organización anarcosindicalista CNT durante la guerra civil española, y constataron que: a) las fuentes escritas no hablaban del *clima*, del *ambiente*; b) no todos los trabajadores afiliados participaban del deseo de mejora y control de la producción; c) los obreros afiliados, pero no militantes, hablaban de *ellos* al referirse a los dirigentes o a los militantes con fuerte conciencia; d) los afiliados a la CNT aceptaban una fuerte jerarquización interna y e) se detectaron conflictos de tipo salarial, en un período en el que se suponía que dominaba el esfuerzo por colaborar en las necesidades de guerra¹³. Con este trabajo se desmitificaba la autogestión obrera, se matizaba el supuesto espontaneísmo de las colectivizaciones y se establecían diferencias internas entre afiliados, militantes y dirigentes.

¹²M. Vilanova (Ed.), *El poder en la sociedad. Historia y fuente oral* (Barcelona, Antoni Bosch, 1986).

¹³C. Monjo y C. Vega, *Els treballadors i la guerra civil. Història d'una indústria catalana, col·lectivitzada* (Barcelona, Emúries), págs. 193-201.

Pasando ahora a cuestiones de carácter metodológico, diremos que el investigador que quiere utilizar las fuentes orales ha de tener claro, antes de iniciar el trabajo de campo, toda una serie de elementos: el universo de la muestra, la propia muestra, el tipo de entrevista que se debe usar en cada caso, la actitud del entrevistador, el lugar donde eventualmente puede hacerse la entrevista y, finalmente, el tratamiento –estadístico o de análisis de contenido– que ha de dar a la información recogida¹⁴. El universo de la muestra es el conjunto de individuos que, potencialmente, puede actuar como informadores. Este universo, como es lógico, viene determinado por coordenadas cronológicas, geográficas, culturales, sociales e, incluso, sexuales. Es de importancia capital identificar con precisión el universo, porque es a partir de éste cómo se define la muestra representativa. Éste es el grupo de personas a las cuales se ha decidido entrevistar y su elección suele ser aleatoria, es decir, que todos los integrantes del universo tienen las mismas probabilidades de ser entrevistados. El carácter aleatorio de la elección nos preserva, al menos en teoría, de la parcialidad en las opiniones y de la concentración en las respuestas. Aunque Joutard confiesa que es inútil esperar constituir una muestra representativa en el sentido sociológico del término, no deja de señalar que los grandes trabajos con fuentes orales como los de Fraser o Aron-Schnaper y Hanet han contado con 367 y 500 entrevistas respectivamente. Si estas muestras no son totalmente representativas, al menos tienen la pretensión de serlo. De aquí que, de forma cardinal, habremos de pensar en la representatividad, aunque no nos ciñamos a la representatividad sociológica y estadística.

Sobre la constitución de la muestra existe una pequeña polémica. Para algunos vale más un informante muy bueno que diez inconsistentes. Es evidente que, si partimos de este presupuesto, es imposible hablar del carácter aleatorio de la muestra; eso, al menos, si no somos tan atrevidos de añadir a los requisitos para ser uno de los integrantes de la muestra... el de la elocuencia variable. En algunos casos, resulta imprescindible que la representatividad sea matemáticamente demostrable, en otros, la formulación de perfiles o de tipos ideales a partir de un universo puede ser suficiente. En todo caso, el investigador que utiliza fuentes orales ha de estar en condiciones de argumentar, en todo momento, el carácter representativo del origen de la información recogida.

Una vez superadas estas etapas se ha de pensar en la estrategia para interrogar a los informantes. En este punto la valoración del investigador es lo más importante. Por ejemplo, Sheelagh Ellwood para su historia de la Falange opta por el cuestionario semiestructurado¹⁵. Joan Millares es explícitamente partidario del cuestionario perfectamente estructurado y, además, polivalente¹⁶. Ronald Fraser es, por su parte, defensor de la entrevista abierta. Tourtier-Bonazzi propone

¹⁴Cuando nos referimos al tratamiento informático-estadístico, nos estamos refiriendo exclusivamente a las encuestas cerradas con respuestas alternativas o con respuestas simples, fácilmente reducibles a la informatización. En este artículo, sin embargo, nos referimos –salvo indicación en contrario– a entrevistas grabadas.

¹⁵S. Ellwood, *Prietas las filas. Historia de la Falange Española (1933-1983)* (Barcelona, Crítica, 1984).

¹⁶J. Miralles i Montserat, *La història oral. Qüestionari i guia didàctica* (Palma de Mallorca, Ed. Moll, 1985).

preparar una guía de preguntas que facilite el trabajo del investigador, y mantiene que esa guía podrá ser directiva, semidirectiva o abierta, dependiendo sobre todo del carácter del entrevistado y de su capacidad para adaptarse a la dinámica de la entrevista, si bien considera la semidirectiva como la más apropiada siempre que se aplique con flexibilidad¹⁷. Es poco operativo, pues, determinar qué tipo de entrevista conviene realizar para tal o cual tipo de población. Hay grupos que, por razones ideológicas o culturales, tienen diversos inconvenientes para expresarse ante un extraño, con una grabadora encima de la mesa. Este tipo de circunstancias han de ser valoradas por el investigador antes de las entrevistas. En este sentido, es conveniente reflexionar sobre la actitud a seguir para que la comunicación sea fluida y, por tanto, satisfactoria. En primer lugar, es necesario esforzarse a fin de no caer en ninguno de los dos abismos que la situación de comunicación que llamamos *entrevista* puede plantear. De una parte la restricción ideológica que se desprende de la consideración que el individuo tiene del propio discurso, es decir, de su valor como informante. Es bastante común que, en un primer momento, se produzca un proceso de autosubestimación, lo que impide al sujeto expresarse libremente, sobre todo si aquello que diga va a ser grabado. Romper con este bloqueo ideológico es una tarea que depende de la habilidad del entrevistador. El otro abismo, igualmente peligroso, es el de la preparación artificial de la entrevista, como si se tratara de hacer un discurso ante las cámaras de la televisión; lo que Aron-Schnapper y Hanet han denominado "el discurso sobre uno mismo preparado para el otro"¹⁸.

El uso de las fuentes orales nos permite —como hemos dicho— de una parte, profundizar en la historia de grupos sociales que, por razones diversas, habían estado marginados o casi ausentes de las fuentes documentales escritas; de otra parte, nos permite adentrarnos en la percepción del proceso histórico hecha por individuos o sectores concretos. En la medida que la información que los miembros de estos grupos aportan nos permite conocer esta historia, en los términos en que las vivió el grupo, parece evidente que lo más deseable es que las intervenciones del entrevistador sean las mínimas y lo más breves posibles. En función de ello, el tipo de pregunta debe ser suficientemente genérica, sin que esto implique trivialización, para que el informante se encuentre en la obligación y con la capacidad para dar respuesta a lo que le ha sido planteado.

Magnus Berg define la entrevista como una autorrepresentación creada por el habla en una situación extraordinaria, interpretada por otra persona que no es el informante¹⁹. Veamos por qué: a) se trata de una autorrepresentación en la medida que el entrevistado tiene grandes posibilidades de participar en la imagen que obtendrá el entrevistador; b) obviamente, esto se produce por tratarse de una situación ajena a lo que sería una conversación cotidiana, por lo que resulta lógico

¹⁷Ch. de Tourtier-Bonazzi, "Propuestas metodológicas", *Historia y Fuente Oral*, núm. 6 (Barcelona, 1991), págs. 181-189.

¹⁸D. Aron-Schnapper y D. Hanet, "D'Herodote au magnetophone, sources orales et archives orales", *Annales*, 1, París, 1980.

¹⁹M. Berg, "Algunos aspectos de la entrevista como método de producción de conocimientos", *Historia y Fuente Oral*, núm. 4 (Barcelona, 1990), págs. 5-10.

hablar de situación extraordinaria; c) es transmitida por el habla, lo que determina que la forma condiciona el contenido y viceversa²⁰ y d) es interpretada por otra persona –el investigador o entrevistador– en tanto que éste construye y participa en la representación de la situación de entrevista, pero sin creer necesariamente en ella; es decir, jugando un papel que Berg califica de *cínico notable*, ya que anima al informante al tiempo que se ocupa de: 1) relacionar lo que éste dice con otras informaciones, 2) descubrir sus estructuras ocultas, 3) comparar la información obtenida con las hipótesis teóricas previas y 4) clarificar la información según la importancia que él –el entrevistador– le conceda.

Asumiendo el planteamiento de Berg, ¿qué podemos decir acerca del testigo o informante? Dando por asumida la necesidad de elaborar previamente la muestra, la polémica persiste entre los teóricos en torno al perfil ideal del entrevistado. Podemos aceptar como válida aquella ley no escrita, que dice que el mejor informante es aquel que tiene el máximo de información y el mínimo de opinión; pero éste es, sin duda, un perfil ideal. Por tanto, independientemente del tipo de entrevista que pensemos realizar, podemos establecer una clasificación de personas a las cuales interrogar: a) personas con una memoria especialmente coherente y completa; b) personas con experiencias vitales excepcionales y c) personas que por el papel relevante desarrollado en el hecho histórico estudiado, resulte de especial importancia su testimonio.

Ellwood, en su trabajo ya citado, se centra en individuos que incluiríamos en el tercer grupo, mientras que Fraser, por su parte, utiliza preferentemente informantes adscribibles a los grupos primero y segundo. Eso, claro está, viene condicionado por el tipo de entrevista semiestructurada en el caso de Ellwood y abierta en el de Fraser.

De cara al desarrollo de la entrevista hay que tener en cuenta que no existe un modelo cerrado y polivalente, más allá de cuestiones que obedecen más al sentido común que a una técnica preestablecida: documentarse al máximo sobre el informante, tener en cuenta su edad para no agotarlo, disponer de un buen equipo de grabación –a ser posible con micrófono de solapa y grabadora oculta–, siempre conectado a la red eléctrica y nunca a pilas, etc. La polémica gira en torno a otras cuestiones más delicadas, como, por ejemplo, adoptar una actitud de diálogo o de interrogatorio. En nuestra opinión, el entrevistador es un investigador y, en ningún caso, ni un policía ni un juez; y, por tanto, consideramos imprescindible la creación de un clima de confianza, que no tiene por qué llegar a la camaradería. Tourtier-Bonazzi defiende una actitud que nos parece acertada: la de mantener una charla inicial sin grabadora en la que el informante puede comprobar el valor que su testimonio tiene para el investigador²¹. Ello no obsta para que éste mantenga en todo momento el control táctico sobre la entrevista. Esa relación debe mantenerse después de finalizada la sesión, de forma que sea posible confrontar la interpretación del historiador con el testigo o informante,

²⁰Sobre esta cuestión *vid.*, D. Willems, "Lenguaje escrito y lenguaje oral", *Historia y Fuente Oral*, núm. 1 (Barcelona, 1989), págs. 97-105.

²¹Willems, *op. cit.*

ofreciéndole la posibilidad de conocer los resultados y de completar su testimonio. Básicamente es la misma posición que sustenta Fraser, para quien el método de la entrevista se puede resumir en mucho tiempo, mucha grabación y pocas preguntas; paciencia, el entrevistador ha ido a aprender y es un privilegio —lo que demuestra de manera inequívoca— ser el receptor de las experiencias del entrevistado²².

Una vez obtenidos los testimonios, se pasa al trabajo más largo y pesado entre los inherentes a la utilización de las fuentes orales: la transcripción. Esta importante fase del trabajo es la que más desmotiva a los investigadores; lamentablemente, es insustituible e imprescindible. Más allá de la cuantificación en horas de trabajo de transcripción por hora de grabación (de seis a quince horas, según autores), lo cierto es que es necesario poner énfasis en que todo el trabajo al cual nos estamos refiriendo ha de ser pensado y realizado en función de esta última etapa: la del tratamiento que se ha de dar a las entrevistas. La información obtenida debe ser susceptible de ser objeto de un análisis de contenido (las entrevistas) o de un estudio estadístico (las encuestas). El primer trabajo será, en cuanto a las primeras, como ya hemos señalado, el de la transcripción integral de las grabaciones, con un objetivo irrenunciable: es indispensable hacer inteligible la versión escrita, sin que ello implique la pérdida del tipo de lenguaje, de los giros dialectales o de la terminología utilizada por el informante; por cuanto hace a las encuestas, el objetivo inmediato será su informatización.

El tratamiento que puede darse a la información proveniente de fuentes orales varía en función a la temática por tratar, de la disponibilidad de tiempo, de la capacidad económica del investigador o del grupo de investigadores y, sobre todo, de la profundidad del trabajo a realizar con ellas. Desde el punto de vista estadístico, se pueden organizar las características del grupo estudiado, establecer correlaciones, sistematizar las opiniones en función de matrices explicativas (grupos de edad, sexo, profesión, etc.). De cualquier forma, son las características de la encuesta las que determinarán el tipo de tratamiento. Por lo que respecta al análisis del contenido, es prudente señalar, desde un principio, que es la parte central de la metodología de la historia realizada a partir de fuentes orales; aunque no exclusivamente, como ya hemos señalado. Los testimonios grabados no son sino otro tipo de fuente, lo que quiere decir que el texto transcrito es materia prima y no información elaborada. Lo más adecuado es, en nuestra opinión, fragmentar el texto temáticamente y crear un conjunto de subtemas. Así, la unidad explicativa no será el testimonio individual exclusivamente, sino el testimonio colectivo organizado por el historiador.

LAS RELACIONES CON OTRAS CIENCIAS SOCIALES

Los cambios registrados en el campo científico y tecnológico, que van desde el descubrimiento del código genético a la revolución informática, la que nos permite hoy trabajar con un volumen de datos hasta hace poco impensables, generaron

²²Fraser, "Reflexiones...", *op. cit.*, pág. 57.

una fractura en la ordenación positivista del saber y, lógicamente, de las disciplinas científicas. El derrumbe de los viejos paradigmas, el caos como noción genésica, la complejidad como una idea de choque contra la lógica lineal y, finalmente, la aceptación lenta, pero progresiva de la unidad del hombre y sus conocimientos, no dejó indiferentes a los historiadores²³. Sin embargo, la idea de que la ciencia es una y que los materiales más alejados en apariencia se encuentran, en realidad, relacionados o, mejor dicho, forman todos ellos parte de un mismo sistema, continúa en estos momentos discutiéndose, sin que haya arraigado completamente la necesidad de la consideración interdisciplinaria.

Durante las dos últimas décadas, se ha hecho un esfuerzo desde los planteamientos de la sistemática para intentar articular, mediante una serie de herramientas metodológicas y conceptuales, la fusión de los diversos enfoques que, desde antiguo, eran considerados exclusivos de una ciencia en particular. Esta fusión no ha de ser concebida como una globalización trivializante, sino como el resultado de un doble esfuerzo: la particularización analítica y la generalización sistemática. Para conseguir frutos de este esfuerzo, se ha de aceptar como hipótesis de partida que las diferentes disciplinas científicas no son independientes entre ellas.

Lejos de dejarnos llevar por una fraternidad ingenua conviene tener presente que, como escribió Ignasi Terradas, los antropólogos y los sociólogos cometen con cierta frecuencia el exceso contrario al de los historiadores, ya que utilizan demasiadas técnicas explicativas (normas sociales, estructuras simbólicas, modelos de comportamiento) al nivel de la comprensión y la desfiguran en los niveles que trascienden el espacio etnográfico²⁴. Los historiadores tenemos la tendencia contraria: utilizar métodos de comprensión (sentido de los actos, valor de las normas, juicio de posibilidades) al nivel de la explicación (tendencia de las series, relaciones causales, estructuras sociales). Así producimos el efecto contrario, desfigurando la comprensión en el ámbito local y concreto.

En opinión de Terradas, la crítica a la sociología y la antropología radica en que presentan una vida local normada y delimitada, y un nivel supralocal excesivamente simple (caracteres nacionales, patrones culturales, identidades étnicas, etc.), y cargado de tópicos ideológicos. La crítica a los historiadores vendría dada por la presentación del ámbito supralocal como el más determinado y estructurado y el local como excepcional o difuso. Lógicamente, desde las diversas disciplinas se ha intentado superar esta disyuntiva mediante el contacto mutuo, desde el conocimiento recíproco de métodos, objetos y teorías. Entre los antropólogos y sociólogos que con mayor énfasis han protagonizado este acercamiento cabría citar a I. Wallerstein y a E. Wolf; mientras que desde la orilla opuesta —la de la historia— no podemos olvidar a E. Le Roy Ladurie y a E.P. Thompson.

²³Respecto de los viejos paradigmas, como se sabe, hace unos meses, en un congreso de físicos teóricos, se puso a votación la existencia del tiempo. Poco importa cuál fue el resultado que, de todas formas, se impuso por escaso margen.

²⁴I. Terradas, "La història de les estructures i la història de la vida. Reflexions sobre les formes de relacionar la història local i la història general", Aa. Vv., *Reflexions Metodològiques sobre la història local* (Girona, 1985), págs. 9 y 10.

Evidentemente, la potenciación de las ciencias humanas ha tenido una considerable incidencia en la percepción del objeto y del sujeto de la historia. En este mismo sentido, el despliegue interno de la historia, en tanto que disciplina científica, ha ido más allá de los marcos metodológicos y epistemológicos impuestos por la ordenación positivista de las ciencias. Las fronteras clásicas entre las diversas disciplinas son percibidas, cada vez más, con unas dificultades mayores cuando enfrentamos cualquier problemática. El desarrollo insular de una disciplina científica es, por esta razón, impensable por improcedente. Parece, pues, que la reorganización del saber pasa por la posibilidad del diálogo, a nivel metodológico, de las diversas disciplinas. Es en este contexto que la utilización de las fuentes orales por los historiadores podría ser una de las bases que facilite el acercamiento interdisciplinario. Es sabido que determinadas ciencias sociales, como la etnología, la antropología o la sociología entre otras, han desarrollado, con más o menos éxito, métodos de trabajo, contando con el uso de las fuentes orales. Prácticamente nadie discute la validez y la pertinencia de este uso en los campos científicos mencionados anteriormente. No hay razón, entonces, para que la disciplina *historia* no se beneficie de la aportación que puede suponer el uso de las fuentes orales. De hecho, la mayor parte de los historiadores que la han utilizado hacen alusión a los trabajos pioneros de folkloristas y etnolingüistas. Para Paul Thompson, la valoración de las fuentes orales, como elemento de investigación histórica, se debe a diversos factores, considerando el más importante la renovación del contacto entre la historia y ciencias sociales y, en particular, con la sociología y la antropología²⁵.

De esta forma, a partir de las experiencias adquiridas en otras disciplinas, la historia puede enriquecer su discurso haciendo una especie de *rectificación*, al tiempo que va articulándose con otras ciencias, para eliminar la pesada carga del positivismo corporativista. El desarrollo de una metodología que ponga las bases para hacer un uso adecuado y provechoso de las fuentes orales, es un paso importante en el largo camino de la renovación epistemológica necesaria. Sabemos, sin embargo, que el simple hecho de adoptar metodologías conjuntamente con otras ciencias no se traducirá automáticamente en un enfoque multidisciplinario. Pensemos, a pesar de todo, que estaremos en el camino que a medio plazo beneficiará a la investigación histórica.

EL DIÁLOGO ENTRE LAS FUENTES ORALES Y LA HISTORIA LOCAL

Ya hemos aludido antes a nuestra posición ante este problema. Partimos de la base que el historiador con pretensiones de cientifismo globalizador no se queda nunca en el marco local (ahora entendido como concepto geográfico), sino que pretende proponer interpretaciones generales sobre la evolución humana en una época precisa. La opción metodológica, pues, ha de ir en la línea que permita inducir, desde el estudio local o microhistórico, los fenómenos estructurales que tienen una existencia más general y común a sociedades singulares en una fase parecida

²⁵Terradas, "La historia de las estructuras...", *op. cit.*

de evolución²⁶. La historia rural, social, política, económica, de las mentalidades, etc., son divisiones más o menos operativas a la hora de parcelar las investigaciones. Eso, sin embargo, no nos puede hacer olvidar, como Antonio Gramsci decía a su hijo Delio, que estudiamos a los hombres, a todos los hombres del mundo en tanto que viven en sociedad, y trabajan y luchan y se mejoran todos juntos.

Decíamos anteriormente que uno de los primeros problemas con que tropieza el investigador que quiere dedicarse a lo que conocemos como *historia local* es, con frecuencia, el de las insuficiencias o la inexistencia de las fuentes archivísticas. Pues, bien, conviene dejar claro que las fuentes orales no son el bálsamo que se encuentra al alcance de cualquier historiador con problemas de escasez documental. Digámoslo de otra forma: las fuentes orales no son la *alternativa* a las fuentes escritas; son otro tipo de fuente, no ya necesaria, sino imprescindibles para hacer historia. Es evidente que partimos del axioma de que cuantas más fuentes tengamos a nuestro alcance, con más conocimiento podemos enfrentarnos al análisis interpretativo inherente a nuestra investigación científica, dejando claro, no obstante, que no olvidamos que la calidad de la investigación histórica no es directamente proporcional a la cantidad de material documental utilizado. Hablemos ahora, sin embargo, de los documentos orales.

Lamentablemente, los informantes, la base que nos permite obtener información oral, suele resistir mal el paso del tiempo. Es por eso que el tiempo cronológico susceptible de ser trabajado con la ayuda de este tipo de fuentes pasa sin detenerse, y obliga al investigador a darse prisa por localizar los testigos y conseguir sus testimonios antes de que sea demasiado tarde.

Con frecuencia se ha esgrimido, por parte de los historiadores más académicos, la frivolidad que supone conceder el *status* de fuente histórica a un simple mortal, a veces sin la más mínima formación intelectual como para ser consciente de la relevancia que le conferimos al utilizarlo como un informante. No caeremos en la trampa de contraargumentar atacando el documento escrito —la fuente archivística o hemerográfica— allá donde todos sabemos que podemos hacer más daño. Y es que las fuentes orales nos proporcionan unos materiales que, de ninguna manera, podemos obtener con los plácidos papeles archivados. Éstas permiten al investigador acceder a una información, concreta o general, que incrementa el volumen de conocimientos sobre el problema historiográfico y, además, abren unas expectativas insospechadas a la propia investigación, relacionadas por lo que llamaríamos la autopercepción con que los contemporáneos vivieron el hecho histórico; y ello con unas connotaciones personales e intransferibles, que le dan toda la complejidad humana a un problema que el científico, con demasiada frecuencia analiza con un excesivo paralelismo a la disección del forense.

Aunque parece que hemos insistido bastante en la bondad genérica de la utilización de las fuentes orales, como una herramienta documental más, es bien

²⁶Ruiz Torres, "L'anàlisi microhistòrica i la història com a ciència: Elx durant la crisi de l'Antic Règim", *La Rellam*, núm. 2 (Baix Vinalopó, Hivern, 1984), págs. 15-29.

cierto que hay parcelas temáticas en las cuales el uso de éstas deviene imprescindible. Dentro y fuera del marco de los estudios de carácter local, se ha de reflexionar mínimamente sobre la dificultad de realizar investigaciones en las cuales el sujeto histórico central no haya segregado –como decíamos páginas atrás– suficiente documentación escrita. Nos referimos a aquel sujeto histórico que, siguiendo la formulación gramsciana denominaríamos las clases subalternas. Aquellos que padecen, en todo momento, la iniciativa de las clases dominantes incluso cuando se rebelan y se alzan. En realidad, cuando parece que han obtenido la victoria, las clases subalternas también se encuentran en una situación de alarma defensiva. Por eso, advierte el mismo Gramsci, todo indicio de iniciativa autónoma de los grupos subalternos deviene de un indudable valor para los historiadores. De esta realidad se desprende que este tipo de historia no puede ser tratada más que monográficamente y, por tanto, cada monografía exige un cúmulo de materiales con frecuencia difíciles de encontrar²⁷. El papel de las fuentes orales es, obviamente, fundamental.

LOS ARCHIVOS DE LA PALABRA: SUS EXIGENCIAS Y POSIBILIDADES

La utilización de fuentes orales en la investigación histórica obedece frecuentemente a decisiones individuales de jóvenes historiadores pertrechados de más entusiasmo y voluntarismo que de una buena infraestructura técnica y de los necesarios recursos económicos. De ello, resulta que este trabajo individual o de grupo, que exige un enorme esfuerzo, difícilmente revierte en el conjunto de los profesionales o en la sociedad, excepción hecha de los efectos conectables a la posible publicación de los resultados de la investigación. Hemos dicho anteriormente que las grabaciones de los testimonios de los informantes son materia prima y no información elaborada, pero ello no implica que esa materia prima sólo pueda ser utilizada por un historiador. Con esta forma de trabajo se infrutiliza un material documental recogido individualmente o en grupo, ya que las múltiples horas de grabación obtenidas sólo son empleadas en la investigación que motivó tan arduo trabajo. Resulta lamentable, por tanto, que un material que podría ser utilizado por otros historiadores o por otros científicos sociales se pierda en el olvido.

La única forma de evitar esa pequeña catástrofe –la pérdida de testimonios irrepetibles– es avanzar a la idea de crear *archivos de palabras*. Se trata de centros de recolección y custodia de información oral que, obtenida y tratada desde presupuestos científicos, ofrece a los investigadores un nuevo tipo de fuente susceptible de ser utilizada –como cualquier otra fuente archivística– en sus investigaciones históricas. En este tipo de archivo, la información obtenida mediante la recogida de testimonios es conservada en soporte de audio (indispensable para determinados tipos de estudio) y, también, como cualquiera otra fuente documental, en los escritos resultantes de la transcripción de las grabaciones. Esta

²⁷A. Gramsci, "Quaderni XIII. Il Risorgimento", M. Sacristán, editor, *Antonio Gramsci. Antología* (México, Siglo XXI, 1978), págs. 491-493.

información –conservada en dos soportes distintos– es catalogada y ordenada siguiendo los criterios archivísticos generales y, posteriormente, queda al servicio de los usuarios. Lógicamente, decimos usuarios y no estrictamente investigadores, porque no sólo los investigadores pueden sacar provecho de este material, sino también otras personas, muy especialmente los docentes de los niveles no universitarios, los cuales podrán servir de la documentación depositada.

Siguiendo la argumentación de González Quintana, cabe diferenciar entre lo que sería un archivo privado resultante de una investigación, y una serie documental más de una institución (un archivo) que patrocina proyectos de recogida de fuentes orales²⁸. Se llega, por tanto, al problema de dilucidar si es el propio archivo el que ha de patrocinar la recogida de fuentes orales o, por el contrario, éstas han de provenir de la donación o depósitos de particulares que han desarrollado un proyecto de investigación con fuentes orales. González Quintana califica de “intento descabellado” esta última posibilidad, con el argumento de que tratar de recoger testimonios de interés para todos los usuarios potenciales obligaría a entrevistar a toda la población²⁹. El razonamiento se nos antoja poco consistente, ya que el archivo –o la institución que patrocinara proyectos de recogida de materiales orales– debería establecer programas parciales sobre temas más o menos monográficos, con lo cual el volumen de entrevistas vendrá determinado y sería, lógicamente, asumible. No obstante lo anterior, es, evidentemente, más factible y sencillo, al menos en una primera etapa, que los archivos de la palabra se ocupen de recibir, conservar y custodiar las entrevistas realizadas por los diversos investigadores, de forma que esa parte sustancial de su trabajo no se pierda irremisiblemente.

El Instituto Municipal de Historia de Barcelona es una entidad que cuenta con un archivo de las características de las que estamos hablando³⁰. Así, por ser aquella una experiencia pionera y exitosa, nos puede servir extraordinariamente en los primeros pasos para dar vida a este tipo de iniciativas. Indudablemente, los fondos orales con los tan peculiares y, todavía hoy, tan novedosos, que el tratamiento al cual son sometidos varía sensiblemente según los diferentes países y archivos. Eso se puso claramente de manifiesto en el XI Congreso Internacional de Archivos (París, 1988), al constatar que hay toda una diversidad de modelos archivísticos que oscilan entre el tratamiento como una fuente escrita y la aplicación de normativas específicas. No obstante, la Federación Internacional de Asociaciones de Bibliotecarios elaboró, el año 1977, unas normas para la catalogación de este tipo de materiales documentales (*non book materials*), la ISBD (NBM), sin que ello haya, hoy por hoy, conseguido la universalización del tratamiento. En el IMH de Barcelona decidieron tratarlos inicialmente como documentos escritos. Una vez recogidos, son registrados atendiendo al número de la cinta, el tema de

²⁸González Quintana, “El archivero...”, *op. cit.*

²⁹González Quintana, *op. cit.*, pág. 60.

³⁰M. Condomines, *et al.*, “El Archivo de Historia Oral del Institut Municipal d’Historia de Barcelona”, *Historia y Fuente Oral*, núm. 1 (Barcelona, 1989), págs. 161-176.

la entrevista, el nombre del informante o informantes, la fecha y el lugar de grabación. Para su catalogación posterior, elaborarán una ficha en la cual aparecerán los siguientes datos: a) *genéricos*: nombre del testigo, cinta, sigla del testimonio, duración de la entrevista, colocación y argumentos principales o identificadores básicos; b) *el testigo*: fecha de nacimiento, lugar, profesión, autorización, transcripción, registro de la cinta; c) *el testimonio*: fecha de la entrevista, lugar, lengua utilizada, tipo de entrevista, personas presentes en la entrevista, registro del texto y nombre del entrevistador³¹.

En cuanto a conservación de las cintas grabadas, éstas han de ser mantenidas a una temperatura de 18 grados centígrados y a un índice de humedad del 45%, que son las recomendadas para la mejor conservación de estas fuentes. Se han de duplicar todas las grabaciones mediante una conexión interna y directa de dos grabadoras, conservando el original aparte. En Barcelona, la primera copia se utiliza como copia de referencia y para el uso del personal del archivo en sus trabajos de transcripción. De momento, las grabaciones no están a la disposición de los usuarios y, cuando sea posible, utilizarán la segunda copia, ya que éstos habrán de trabajar siempre sobre las transcripciones.

Quizá en este apartado convenga volver a insistir que no sólo los historiadores pueden beneficiarse de la existencia de este tipo de archivos, sino que otros investigadores, como los filólogos (sociolingüistas, dialectólogos, etc.), los antropólogos, los sociólogos y los etnólogos encontrarán un material documental susceptible de ser trabajado.

Para finalizar este rápido repaso, quisiéramos incidir en la importante ayuda didáctica y docente que los pedagogos de los niveles de primaria y secundaria pueden encontrar en el archivo. En primera instancia, estos educadores tendrán a su disposición una documentación utilizable como apoyo didáctico de sus explicaciones en el aula. Como segunda posibilidad, contarán con información sobre la metodología a adoptar por sus alumnos en la búsqueda de información oral, actividad que el profesor propondrá a los estudiantes como actividad complementaria a sus explicaciones. Lógicamente, eso permitirá poner en contacto

³¹Para obtener la autorización ha de pedirse por escrito a los informantes y, en algunos casos, enviarles copias de las cintas correspondientes. También puede solicitarse la autorización bajo la garantía de mantener el anonimato del entrevistado.

En el AIM de Barcelona han considerado las siguientes variantes, según entrevistas: a) Diálogo informativo que puede ser diálogo libre sin cuestionario, diálogo con cuestionario rígido, diálogo con cuestionario semilibre, diálogo de apoyo a otras formas (como cuestionarios, genealogías, etc.); b) Testimonio o biografía, que puede ser con o sin diálogo y c) Material oral formalizado, que puede ser, también, con o sin diálogo.

Sobre archivos de la palabra es conveniente consultar: R. Alberch i Fugueras, "Arxius, documents sonors i història oral", *Historia y Fuente Oral*, núm. 4 (Barcelona, 1990), págs. 151-156; J. L. Carles y I. López Barrio, "Aspectos técnicos relacionados con los archivos sonoros", *Historia y Fuente Oral*, núm. 3 (Barcelona, 1990), págs. 151-164; M. Condomines *et al.*, "El Archivo...", *op. cit.*; R. Filipelli, "Oral history and the archives", *The American Archivist*, núm. 39 (4), 1976; A. González Quintana, "El archivero...", *op. cit.*; M. Kamgobe, "La historia oral y los archivos", *IX Congreso Internacional de Archivos*, Londres, 1980.

la enseñanza de los contenidos básicos de la asignatura con la realidad que es más próxima al estudiante. De hecho, si se enseña la historia partiendo de las macrovisiones, se enseña al revés, de fuera a dentro, por lo que la captación del alumno resulta más difícil que si se actúa desde dentro (lo más próximo) a afuera (lo más alejado) y, por tanto, más abstracto. Además, este tipo de trabajo con fuentes orales, desarrolla las relaciones interpersonales y toda una serie de habilidades instrumentales derivadas del trabajo de planificar entrevistas, elaborar *dossiers*, realizar transcripciones, proponer planes de trabajo, relaciones –incluso– con personas desconocidas, hablar en público, etc. Es decir, toda una serie de actividades de profundo valor pedagógico y formativo en los jóvenes estudiantes³².

Quizá un ejemplo concreto hará más explícita nuestra posición. Imaginemos que el profesor –en cualquiera de las etapas educativas– ha de explicar las diferencias entre la sociedad agraria y la sociedad industrial; pues bien, eso que exige una buena dosis de teoría –evidentemente, variable según la etapa curricular de los alumnos– resultará más asequible para los estudiantes si, paralelamente o *a posteriori* a la explicación del profesor, los muchachos diseñan bajo la dirección de éste un modelo de entrevista, siguiendo la tipología de las existentes en el archivo de la palabra. Posteriormente, habrán de entrevistar a las personas de su entorno que puedan aportar información sobre el particular, y así podrán obtener respuestas a las grandes preguntas de cómo era su pueblo o su región una década atrás (cuándo la actividad económica de la zona era fundamentalmente agrícola), o cómo comenzó a cambiar ésta con el inicio del proceso industrializador; cómo era la propia familia, actividad de los abuelos, funcionamiento de la economía familiar, origen de las mercancías básicas consumidas, evolución de la propiedad de la tierra, incorporación a las tareas productivas de los niños o, también, cómo vivió la familia procesos o momentos históricos concretos. Se trata de una ejemplificación conectada con lo que es la realidad histórica de quien firma estas páginas, pero, entendemos, no resulta difícil adaptarlo a la realidad más estrictamente chilena.

Desde una óptica estadounidense, resulta interesante el método de Edwards D. Ives³³. Arranca de lo que denomina una regla de oro: no hay que crear en el estudiante la idea de que la entrevista es una cosa muy difícil y, al principio, no hay que darle un excesivo número de reglas. A partir de aquí propone los tres grandes momentos en que se puede dividir la actividad:

1) La investigación previa: consiste en el análisis y estudio de la información existente en fuentes escritas u orales, tras lo que se elaborará un mapa de temas –que no un cuestionario literal que coartaría la espontaneidad, se localizará a los informantes y, tras ponerlos en conocimiento del proyecto, se realizarán las entrevistas.

2) La primera entrevista: tras un breve diálogo inicial, la primera pregunta se centra en un tema bien conocido por el informante. El entrevistador inferirá de

³² Vid., T. Sitton, G. L. Mehaffy y O. L. Davis, *Historia oral. Una guía para profesores (y otras personas)* (México, F.C.E., 1989).

³³ Recogido por T. Sitton, *et al.*, en *op. cit.*

su respuesta los campos de interés de su interlocutor sobre los que dispone de información. La relación entre ambos ha de ser de cooperación y nunca de confrontación; las preguntas han de parecer improvisadas y el informante, diga lo que diga, ha de encontrar al entrevistador cortés y amigable –nunca crítico– e interesadísimo por lo que está oyendo.

Análisis de la grabación y reentrevista: se analizan defectos, vacíos cronológicos, preguntas mal planteadas o insuficientemente contestadas, y se elabora una nueva guía para una segunda entrevista en la que se paliarán estas deficiencias.

Una propuesta, pues, interesante en la medida que permite al profesor profundizar en la enseñanza de la historia, al tiempo que desarrolla las destrezas de los estudiantes, mejorando así no sólo su rendimiento curricular, sino su formación y educación integral.

Cerremos con esto el círculo iniciado unas páginas atrás, concluyendo que todo parece indicar que con la incorporación de las fuentes orales como una fuente documental más, mejoraremos nuestra posición al objeto de desarrollar las actividades –investigadora y docente– inherentes a nuestro oficio de historiadores.

Entre los autores que se ocuparon de este tema, cabe destacar a los que se ocuparon de la historia oral en el campo de la historia social y cultural. Así, el libro de Jorge Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural. El libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural. El libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural.

En este sentido, el libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural. El libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural. El libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural.

En este sentido, el libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural. El libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural. El libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural.

1. Una primera versión de este artículo fue publicada en *Revista de Historia*, Universidad de Chile, vol. 17, no. 64, 1979, y en el *Boletín de Investigaciones*, Magisterio, vol. 1, no. 1, 1980. Este artículo fue publicado en el libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984. El primer capítulo de este libro trata de la historia oral y cultura popular que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural.

2. Jorge Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984. El libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural. El libro de Ibarra, *Historia oral y cultura popular*, publicado en 1984, es un libro que se ocupa de la historia oral en el campo de la historia social y cultural.

ALGUNAS APROXIMACIONES AL PENSAMIENTO DE JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI*

Luis Castro**

La labor intelectual y política de José Carlos Mariátegui representó, junto con la de Víctor Raúl Haya de la Torre, el surgimiento al interior de la sociedad peruana, como latinoamericana, de nuevas corrientes de pensamiento que daban cuenta de los sectores emergentes llegados junto con el desarrollo del capitalismo. Por ello es que, prontamente, ambos se convirtieron en representantes ideológicos de éstos.

Será al interior de este proceso histórico donde, precisamente, Mariátegui se distinguirá respecto a los otros intelectuales políticos del momento (conservadores y socialistas). Mientras éstos, por lo general, se quedarán en una adscripción intuitiva, aquel pretenderá afrontar los problemas del Perú, en esta transición peculiar hacia el capitalismo, como nación, tratando de elaborar una interpretación propia del pensamiento socialista europeo. Asumiendo bajo esta premisa no sólo las influencias de la ideología socialista marxista del viejo continente, sino igualmente las ideas, "peruanizadas", de González Prada y del movimiento anarquista, de la corriente indigenista y de la preocupación nacionalista de los años veinte, llevada a cabo por connotados intelectuales peruanos como Julio Tello, Jorge Basadre, Luis Valcárcel y otros.

Es en este contexto que la originalidad del intelectual peruano autodidacta, se presenta propicia para los fines propuestos. No sólo por su quehacer en el plano de las ideas y en la política, sino porque, además, la "persona en sí" representó la búsqueda de una identidad propia, *sui generis*. En palabras de Jorge Basadre: "La gran valía de Mariátegui está no en sus prescripciones y fórmulas, sino en su personalidad entera, que debe ser interpretada sin recurrir a los clisés y los adjetivos convencionales que él aborrecía tan intensamente"¹.

Dos son los objetivos generales a los cuales apunta este artículo. Primero, intentar una aproximación al pensamiento latinoamericano no estrictamente del ámbito de la filosofía, en la búsqueda de una constatación de su existencia (o inexistencia) como cuerpo de ideas original y único. Segundo, auscultar en el plano metodológico el campo, no muy desarrollado en nuestro país, de la historia de las ideas. En lo particular, esta búsqueda se centrará en el peruano José Carlos Mariátegui, en la perspectiva que sus planteamientos ideológicos aportaron elementos novedo-

*Una primera versión de este trabajo fue realizada a propósito del curso "Pensamiento latinoamericano. Siglo XX", dictado como parte del Programa de *Magister* en historia de la Universidad de Santiago de Chile por el profesor Eduardo Devés Valdés. El presente texto no tiene mayores modificaciones, salvo aquellas que son más bien de forma y extensión de contenidos que de fondo.

**Investigador del Taller de Estudios Regionales (TER) de Iquique.

¹Jorge Basadre, "Introducción a los 7 ensayos", José Aricó, *Mariátegui y los orígenes del marxismo*, 2ª edición (México, Cuadernos del Pasado y del Presente, 1980), pág. 341.

sos a la elaboración de un pensamiento continental diferenciado. Además de la vigencia del tema indígena en nuestro continente.

La búsqueda de los elementos y configuraciones peculiares de su pensamiento se centrará en su obra cumbre *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, por cuanto ella representa la constatación más evidente de la elaboración de un campo teórico y epistemológico propio; al decir de Robert Paris “no porque el libro sea uno de esos productos caídos del cielo, sino por el contrario porque si bien toma en cuenta la producción ideológica anterior, esos 7 ensayos... se quieren fundamentalmente en ruptura con ésta: ruptura epistemológica o política, como se quiera”². Es esta característica, tan bien enunciada por Paris, que lo hace privilegiado para nuestros fines. Complementariamente se utilizarán dos escritos más: *Ideología y política* y *Peruanicemos el Perú*.

Si bien las lecturas de estos libros nos permiten inagotables alternativas de análisis, desde lo político hasta lo estético, realizaremos, principalmente, una aproximación primariamente conceptual. Asumiremos la premisa, a modo de hipótesis, que Mariátegui parte haciendo un análisis de la realidad peruana utilizando conceptos del pensamiento occidental europeo (mayoritariamente del socialismo) para luego, ante la emergencia de una realidad distinta, aplicar categorías conceptuales, si se quiere, latinoamericanas o peruanas. Es decir, el paso del Mariátegui “erudito” al Mariátegui “creador”.

Siguiendo entonces la lógica de esta premisa, articularemos estructuralmente el texto en torno a tres ejes analíticos descriptivos: uno, el concepto *feudalidad* en el ámbito de la constatación del “problema peruano”, lo que llamaremos la *etapa erudita*; dos, *gamonalismo*, *costa-sierra*, *peruanidad* en el contexto de la descripción de la “realidad y del problema peruano”, que la identificaremos como la *etapa creadora*; tres, el socialismo como solución al “problema peruano” y el paso de este *socialismo occidental europeo* a un *socialismo peruano*, válidamente extendible como propuesta latinoamericana para un problema latinoamericano. A esta última, la denominaremos la *etapa sincrética*. Finalmente, analizaremos una posible articulación de estas tres etapas propuestas para el pensamiento de Mariátegui, centrándonos en aquellos elementos epistemológicos y temáticos constitutivos de *pensamiento endógeno* según nuestro parecer.

LAS ETAPAS DEL PENSAMIENTO DE MARIÁTEGUI

Por lo general se ha estudiado el pensamiento de Mariátegui en función de los niveles que tuvo, en sus diferentes momentos de su vida intelectual y política, respecto al marxismo. Así se pretenderá distinguir un período de juventud, donde la influencia marxista es difusa o nula, y otro de madurez, cuando su adscripción al “socialismo científico” –aparentemente– es plena³. Creemos que nada más aleja-

² Robert Paris, “Para una lectura de los 7 ensayos”, Aricó, *Mariátegui... op. cit.*, pág. 310.

³ No es novedoso este tipo de “maniqueísmo” analítico respecto a pensadores de las corrientes socialistas y marxistas, incluso el propio Carlos Marx “sufrió” esta partición de inmaduro-maduro. Si bien en su momento esta postura tuvo su justificación en ciertas “razones de Estado”, producto de la Guerra Fría y el monopolio ejercido por los socialismos reales de la órbita soviética en el mundo

do de la real valía del pensamiento mariáteguista es esta división artificiosa y la obsesión por ver los elementos marxistas en sus propuestas ideológicas; pues a nuestro entender el esfuerzo primordial y sustantivo de este intelectual peruano estuvo orientado a la elaboración de una propuesta teórica y práctica única, original, "propiamente peruana", apropiada para su gente y sus problemas, y no en profundizar corrientes de pensamiento exógenas. Si bien no es discutible su postura socialista y la pretensión de construir en el Perú una sociedad de este tipo, sí es debatible los alcances epistemológicos de "su" socialismo, y creemos que entre uno y otro habrá diferencias de naturaleza que —en definitiva— los convertirá en proyectos distintos, incluso antagónicos. La cuestión del indio será uno de estos puntos en disensión.

Por ello es que no sostenemos que el pensamiento de Mariátegui se estructure en un "antes" y en un "después", sino que asumiendo la dialéctica socialista como instrumento analítico articulará una propuesta que se sustentará en tres momentos interrelacionados: a) en un *diagnóstico* de la realidad peruana (y también latinoamericana), b) en una *crítica* a ese diagnóstico, c) para, finalmente, recalar en una *síntesis propositiva*. Estos tres instantes, constituyen las etapas que se anuanciaron más arriba y que ahora las describiremos.

LA ETAPA ERUDITA: EL PROBLEMA PERUANO

Para Mariátegui, el problema sustantivo del Perú será su estructura económico-social que, determinada por la existencia de un *sistema feudal* expresado inmejorablemente en el *gamonalismo*, ha condenado al país a un estado de atraso perenne, a un "colonialismo" inmóvil. Es decir, a pesar que en éste se presentan elementos significativos del desarrollo capitalista, persisten en su interior los conflictos no resueltos como el de la situación del indio, de la tierra (su propiedad) y de la integración nacional. En consecuencia, serán éstos los elementos centrales a considerar por todo proyecto que intente, por un lado, superar la desigual estructura económico-social y, por otro, derrocar a la oligarquía como clase social sostenedora políticamente de esta situación, y encauzar un proceso de liberación nacional. De esta manera, la cuestión agraria (tierra-indio) se presentará esencialmente como la liquidación de la *feudalidad*, pero, además, de la constitución de lo que él llamó un *orden más peruano*⁴.

Las razones para la existencia de este estado de feudalidad se hallarán, principalmente, en la ausencia de una clase demoburguesa capitalista modernizadora, y en la supervivencia de una clase feudal latifundista. Una ecuación de "presencia-ausencia" que articuló una fenomenología sociocultural incapaz de

progresista, dictando los lineamientos epistemológicos, hoy cuando nada de eso existe, y muchos se regocijan en la "muerte del comunismo" y se hace necesario una revisión profunda y "seria" sobre el tema, seguir con este tipo de divisiones para "preservar la pureza doctrinaria" no tiene ningún sentido. Al contrario, anima a la destrucción absoluta desde dentro.

⁴José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 43ª edición (Lima, Editora Amauta, 1980), págs. 48-53.

dar cuenta de las necesidades orgánicas del país. Con ello la ausencia de la clase demoburguesa impidió, mediante una gestión proyectada, la liquidación del feudalismo en el proceso por la Independencia, pues, al entender de Mariátegui, esta clase social era la única capaz (en ese momento histórico) de llevar a cabo un proceso de modernización y transformación real, aunque fuera parcial, de las añejas estructuras de dominio social dadas en la Colonia. Por el contrario, la supervivencia de la clase feudal latifundista permitió, por una parte, que los antiguos terratenientes siguieran manteniendo los poderes y dominios legados desde el período colonial, y, por otra, que en más de un siglo de vida republicana se mantuviese –contra toda lógica aparente– un régimen organizado en torno al feudo, al latifundio y a la servidumbre.

La configuración de este panorama “involutivo” en el pensamiento de Mariátegui, tendrá su fundamento en la interpretación sobre el origen del feudalismo en el Perú. Para éste, la feudalidad, como herencia del coloniaje, tiene sus raíces en la incapacidad del proceso sociopolítico, conducido por la clase dominante (colonizadores y terratenientes republicanos), para organizar la economía peruana sobre sus naturales bases agrícolas. Las razones para esto: uno, la inserción a través del coloniaje de elementos de economía esclavista, condicionando, de esta manera, a todas las relaciones de trabajo⁵; dos, por el tipo de colonizador que, a diferencia de los que se instalaron en América del Norte, no se sintieron nunca *pioneers*, forjadores de riqueza, sino simplemente colonizadores, señores dueños naturales de aquellas⁶, mas la responsabilidad que se les pueda asignar no es la de haber traído una “raza inferior” sino la de haber trasladado –con los esclavos– la esclavitud, situación destinada irremediabilmente a fracasar como medio de explotación productiva y organización económica, reforzando a la vez el régimen sustentado sólo en la conquista y la fuerza⁷.

Por consiguiente, este sustrato económico-social determinará todos los otros aspectos involucrados en el “problema peruano”. Entonces la suposición que esta “cuestión agraria”, el problema indígena, es una cuestión étnica, moral, pedagógica o administrativa, responderá más bien a un ejercicio teórico estéril concordante con los intereses de la clase oligárquica, y que además se nutre del más envejecido repertorio de ideas imperialistas, como, por ejemplo, la inferioridad racial, que tiende a ver al indio como un sujeto débil, carente de “ser”, que necesita protección, instrucción educativa civilizadora y adscripción a principios morales y religiosos⁸, por cierto exógenos, ajenos a su propia cultura. El concepto mariáteguista sobre el tema se estructura nada más alejado y contrario a estas concepciones; por tanto de ahí derivará que el conflicto sustancial de la sociedad peruana fuera visto, por este pensador, como un problema económico-social como a su vez político:

“No nos contentamos con reivindicar el derecho del indio a la educación, a

⁵ Mariátegui, *7 ensayos...*, *op. cit.*, pág. 55.

⁶ *Op. cit.*, pág. 61.

⁷ *Op. cit.*, págs. 58 y 59.

⁸ *Op. cit.*, págs. 35, 40, 43, 44, 50 y 51.

la cultura, al progreso, al amor y al cielo. Comenzamos por reivindicar, categóricamente, su derecho a la tierra"⁹.

LA ETAPA CREADORA: GAMONALISMO, COSTA-SIERRA, PERUANIDAD

La nueva conceptualización, la reinterpretación que se dará en el pensamiento de Mariátegui de la realidad de su país, lo llevará a postular la presencia de una diferenciación sustancial entre la feudalidad europea y la peruana, una diferenciación que no se quedará en una mera constatación de evidentes procesos históricos distintos, sino en la articulación de estructuras conceptuales ajenas a cualquier otro contexto que no fuera el latinoamericano.

Así, la inicial *feudalidad* diagnosticada, y tomada como parte de las influencias europeo-occidentales de Marx, Sorel y Groce, principalmente, pronto se transformará en la *feudalidad peruana*, integrando, de esta forma, las influencias endógenas de Valcárcel, González Prada, César Antonio Ugarte y otros en menor medida. Será la conjunción de estas influencias y el paso analítico de un pensamiento basado en ideas exógenas a otro, que intenta ser original y propio, que darán sustento a la creación de ciertas categorías conceptuales propiamente "mariáteguistas". La etapa creativa, que nos pondrá en evidencia una suerte de "epistemología apropiada", desarrollada a propósito como una manera de poseer un "instrumento analítico" adecuado para dar cuenta a cabalidad de la realidad económica, sociocultural como política del Perú.

Esta nueva conceptualización la articulará en torno a tres elementos del mismo orden, y que abarcarán la totalidad de los alcances posibles. Ellos serán: *gamonalismo, costa-sierra y peruanidad*.

a) *Gamonalismo*: Será la expresión más evidente de la existencia del semifeudalismo en el Perú. Entonces lo característico y propio de la estructura económica peruana no será *lo feudal*, de acuerdo al desarrollo histórico y orgánico tenido en Europa, sino la *semifeudalidad*, es decir, el producto de un desarrollo histórico originario.

Conforme con lo anterior, la configuración de esta semifeudalidad o gamonalismo estará dada por las características de sus estructuras, que tendrán una evolución diferenciada del feudalismo propiamente tal: el europeo. Esta diferenciación Mariátegui la sostendrá básicamente en tres aspectos graficantes: la evolución del *burgo*, el no desarrollo de una *burguesía capitalista* y el de la *mentalidad señorial*.

En el primer caso, la descripción demostrará que en el gamonalismo la languidez y pobreza del burgo será sintomático: en la *costa* prácticamente no existirá, y en la *sierra* el sostenimiento de su presencia se deberá a la mantención de una situación histórica dada, el poblamiento andino, que sobrevivió gracias a que le satisfizo al gamonal como medio de control efectivo de la mano de obra. En cambio, en la feudalidad europea los elementos de crecimiento, los factores de vida del burgo, fueron a pesar de la predominancia de la economía rural, mucho

⁹ Mariátegui, 7 *ensayos...*, *op. cit.*, pág. 50.

mayores que dentro de la *semifeudalidad criolla*¹⁰. El agro feudal europeo necesitaba de los servicios del burgo, por cerrado que se mantuviese, dado que disponía de un remanente de productos de la tierra que podía ofrecerle (de alguna manera éste se convirtió en un mercado natural del sistema agrario feudal); sin embargo, en el feudalismo gamonal la producción, como elemento incentivador del burgo, jamás ha existido, en la costa la producción de algodón y caña se orienta a mercados lejanos, y en la sierra la producción es miserable o inexistente¹¹.

En el segundo caso, la evolución del sistema feudal hacia el capitalismo moderno en Europa, estuvo aparejada con el surgimiento de una burguesía industrial capitalista; sin embargo, la semifeudalidad peruana inhibió toda evolución hacia un capitalismo, aunque fuese incipiente y precario, e imposibilitó que la tradicional clase terrateniente se transformara en una burguesía capitalista, conductora de la economía nacional. El resultado será la mantención de una clase dominante en el Perú, "servidora" del capital extranjero inglés y norteamericano.

En el tercer caso, Mariátegui reafirmará esta diferenciación en la existencia de una *mentalidad gamonal*, respecto a la relación con sus siervos, distinta a la del *señor feudal*. En Europa, este último encarnaba, en cierta medida, la primitiva tradición patriarcal, de suerte que respecto a sus siervos se sentía naturalmente superior, "pero no étnicamente diverso", en cambio, el gamonal, producto de su mentalidad colonial de casta de propietarios acostumbrados a aplicar al trabajo un criterio esclavista y negrero, integrará la diferenciación étnica-racial, es decir, no sólo la certeza de la superioridad del poseedor de la riqueza y del poder, sino la orgullosa convicción del blanco superior respecto a razas inferiores, en la sierra el indio, en la costa los negros y los culíes¹².

Así, *gamonalismo* no sólo designa una categoría social y económica (la de los latifundistas o grandes propietarios agrarios), sino todo un fenómeno. Comprenderá no sólo al gamonal sino "una larga jerarquía de funcionarios, intermediarios, agente, parásitos, etc.", e inclusive al indio alfabetizado que puede transformarse en explotador de su propia raza poniéndose al servicio del gamonalismo¹³.

b) *Costa-Sierra*: El origen de esta dualidad parte en la realidad física del Perú. Si bien ésta se divide en tres regiones: la costa, la sierra y la montaña, trascendiendo esta división a toda la realidad socioeconómica peruana, la dualidad se presentará en consideración a que la montaña "no tiene mayor expresión y significación por cuanto es un dominio colonial del Estado peruano". En cambio, la costa y la sierra sí son efectivamente dos regiones distinguidoras y separadoras del territorio y la población. La sierra es indígena, la costa es española y mestiza. En consecuencia, la "dualidad de la historia y del alma peruana" se precisa como un conflicto entre "la forma histórica que se elabora en la costa y el sentimiento indígena que sobrevive en la sierra hondamente enraizado en la tierra". El Perú, entonces, es una conforma-

¹⁰ Mariátegui, *7 ensayos...*, op. cit., pág. 53.

¹¹ Op. cit., págs. 30-32, 84-85 y 102-103.

¹² Op. cit., pág. 89.

¹³ Op. cit., pág. 37.

ción costeña, donde lo que pretende ser exclusivamente peruano se ha cimentado en la *tierra baja*¹⁴.

Pero esta dualidad no es sólo física-cultural, sino, además, un conflicto entre dos mentalidades, entre dos idearios: uno que *declina* (estrictamente decadente) representado por lo español, colonial, semifeudal, es decir, gamonal; y otro que *desciende* (que baja desde la sierra a donde ha sido confinado), asumiendo de esta manera, en plenitud de su carácter indígena, su lugar en la esencia peruana. Ambas mentalidades están indistintamente representadas en la sierra como en la costa, en la provincia (región) como en la urbe (capital), complejizando la dualidad física.

Para Mariátegui esta dualidad, a diferencia de lo que planteó en su momento Sarmiento, no se presenta como el conflicto entre *lo bárbaro* (el interior, la sierra, el indígena) y *lo civilizado* (la costa, la ciudad, la capital, el español, el mestizo, el ciudadano), sino, más bien, como la expresión de una *unidad nacional no lograda*:

“La raza y la lengua indígenas, desalojadas de la costa por la gente y la lengua española, aparecen hurañamente refugiadas en la sierra... El Perú costeño, heredero de la España y de la conquista domina desde Lima al Perú; pero no es demográficamente y espiritualmente fuerte para absorberlo¹⁵.”

Entonces, la unidad peruana está por hacer, y no se presenta como un problema de articulación y convivencia, dentro de un Estado único, de varios “antiguos pequeños Estados o ciudades libres”, más bien de algo más profundo y complejo, en la medida que no hay que resolver una pluralidad de tradiciones locales y regionales, sino una dualidad de “raza, lengua y sentimientos”. Considerando, además, que los indígenas tampoco constituyen una nación, sino que diferentes grupos que no se indentifican unos a otros como partes de una misma unidad.

En consecuencia, el objetivo final en Mariátegui, al distinguir la dualidad costa-sierra, no es la “destrucción” de lo bárbaro para imponer lo civilizado (en la sierra no hay bárbaros, hay marginados), sino la configuración de una verdadera unidad nacional peruana. Pero no será la propuesta de un *Perú incaico versus un Perú colonial*, sino la de un *Perú nacional*¹⁶:

c) *Peruanidad*: Los conceptos gamonalismo, indio, feudalidad peruana, alma peruana, etc., se originaban como constatación de una realidad *sui generis*, aquella realidad que demandaba ser aprehendida en su amplitud más esencial para poder superar los grandes males del Perú. Tal era la lógica sustantiva del pensamiento mariateguista. ¿Pero qué era lo peruano?, ¿qué elementos constituían esa esencia nacional?, en palabras del propio Mariátegui: “¿Existe hoy una ciencia, una filosofía, una democracia, un arte, existen máquinas, instituciones, leyes, genuina y característicamente peruanas?, ¿el idioma que hablamos y que escribimos, el idioma siquiera, es acaso un producto de la gente peruana?”.

El Perú es todavía una nacionalidad en formación, será la afirmación inicial de éste al describir la peruanidad, y se está construyendo bajo las influencias de

¹⁴ Mariátegui, *7 ensayos...*, *op. cit.*, págs. 204 y 205.

¹⁵ *Op. cit.*, pág. 206.

¹⁶ José Carlos Mariátegui, *Ideología y política* (Lima, Editora Amauta, 1969), pág. 222.

la civilización occidental y sobre los inertes estratos indígenas. Primero, la conquista española aniquiló la cultura incaica, destruyendo la autenticidad peruana, frustrando la única peruanidad que ha existido. Segundo, la independencia aceleró la asimilación a la cultura europea; todo el progreso material —el industrialismo, el maquinismo— ha llegado desde fuera. Es decir, el Perú quedó inserto en las estructuras de la civilización occidental¹⁷.

Será entonces esta evidencia histórico-cultural la que no permitirá que se elaboren aserciones arbitrarias sobre la peruanidad. Para Mariátegui, a la hora de abordar lo peruano es necesario ignorar la realidad nacional, pero tampoco desconocer la realidad mundial, de la misma manera como al tratar la situación del indio hay que considerar la “realidad” de la estructura económica y no quedarse en elucubraciones sentimentales. En este caso, ciertamente, el procedimiento analítico es similar. Lo foráneo será, consiguientemente, las ideas nacionalistas a ultranza, aquellas que no consideran el contexto histórico del Perú. No se puede rechazar en nombre de la peruanidad, por ejemplo, el aeroplano, el linotipo y otros tantos progresos materiales de la civilización occidental, por el simple hecho de considerarlos exóticos. Si viejos pueblos orientales como Turquía, nos dirá éste, a pesar de las raíces milenarias de sus instituciones no se sienten independientes de la historia de Europa, en mucho menor medida puede aislarse de las ideas y las emociones europeas el Perú, que no ha “cumplido aún su proceso de formación nacional”¹⁸.

Es en este contexto que el pensador peruano constata la pugna entre la concepción nacionalista representante de intereses oligárquicos y conservadores, que concibe a la nación como una realidad abstracta, distinta y superior a la realidad concreta y viviente de sus ciudadanos, y aquella que la entiende como un proceso dinámico de elementos interactuantes de manera positiva y negativa, no ajena a la existencia real de los sujetos que la constituyen.

Mediante esta última concepción de nacionalismo es que se podrá evidenciar la condición del indio respecto a la cuestión de la identidad peruana. Y es que el conservadurismo no puede entender y admitir sino una peruanidad: la que se configuró bajo las estructuras culturales de España y Roma, la articulada en torno a la herencia colonial; y en ésta el indio no es para nada un peruano. La peruanidad, entonces, representa un gran desafío: el de la problemática de la *asimilación* a la nacionalidad peruana de las cuatro quintas partes de la población del Perú, es decir, del indígena. No habrá ideario que pueda considerarse originario, ni mucho menos capaz de constituir una peruanidad, si no demanda los beneficios de la gran mayoría de los peruanos¹⁹.

La peruanidad debe construirse en una definición *realista y moderna* como a la vez *auténtica*. No se debe ignorar ni olvidar ninguno de los hechos históricos de los cuatro siglos de coloniaje que han modificado la realidad del Perú, como a su

¹⁷ José Carlos Mariátegui, *Peruanicemos el Perú* (Lima, Editora Amauta, 1970), pág. 27; e *Ideología...* *op. cit.*, pág. 167.

¹⁸ Mariátegui, *Peruanicemos...*, *op. cit.*, págs. 27-29 e *Ideología...*, *op. cit.*, pág. 221.

¹⁹ Mariátegui, *Peruanicemos...*, *op. cit.*, págs. 68-73.

vez del mundo, pero tampoco puede quedarse constreñida a este período de cuatrocientos años porque no se puede sostener un nacionalismo con esto; necesariamente se debe rescatar al Perú precolonial²⁰.

Mariátegui, de esta manera, negará el tradicionalismo, no la doctrina filosófica sino la actitud política y sentimental que define la tradición como un "conjunto de reliquias inertes y símbolos extintos", por cuanto esta concepción ha entendido la peruanidad sólo como colonial y limeña, pretendiendo imponer, más bien, lo español que lo nacional. Por el contrario, propugnará el sostenimiento de la tradición como aquella capaz de estar en consonancia con la concepción de la historia, realista y moderna, de los socialistas peruanos (los hombres nuevos). La tradición se caracterizará por su resistencia a dejarse aprehender por fórmulas herméticas y a la vez, como tradición nacional, se ensanchará con la incorporación del *incaísmo*²¹. Será ésta la forma en como pasado (lo indio, lo inca) y presente (la modernidad cultural europeo-occidental) se configurarán para darle sentido a la peruanidad, la síntesis más esencial de la anhelada unidad nacional aspirada por Mariátegui para transformar al Perú gamonal.

LA ETAPA SINCRÉTICA: SOCIALISMO, SOCIALISMO PERUANO

En la búsqueda de una solución al *problema peruano*, manifestado en la barbarie del gamonalismo, se encontrará con la cuestión de la identidad/modernidad. La liquidación del gamonalismo (la semifeudalidad peruana) conllevará primariamente un avance *modernizador*, la significación del sacar al Perú del atraso perenne en que se encontraba; de posibilitar, en definitiva, progresar en el camino histórico llevado adelante por todas las sociedades más desarrolladas, especialmente las capitalistas europeas. Sin embargo, no propondrá pasar del feudalismo al capitalismo como una cuestión previa al socialismo, sino la inmediata construcción económica, social y cultural de este último²². La modernidad, entonces, estará ligada más que a la técnica o a la ciencia, aunque definitivamente no desligada, a la superación de los males endémicos peruanos. Por consiguiente, las soluciones tendrán, por muy modernas que sean, que responder a la peculiaridad y particularidad del país. Es en este sentido que la *identidad* se integrará como un elemento fundamental, pero no contrario o dicotómico con la *modernidad*. El socialismo, mejor dicho el *socialismo peruano*²³, permitirá la conjugación, si se quiere dialéctica, entre estos dos componentes. Veamos:

²⁰ Mariátegui, *Peruanicemos...*, *op. cit.*, págs. 74-76.

²¹ *Op. cit.*, págs. 118-122.

²² En este punto no se puede dejar de pensar en la experiencia socialista bolchevique en Rusia, país "precapitalista" y "agrario-feudal" como el Perú. Sobre la influencia de Lenin y la Revolución Bolchevique en Mariátegui, véase Aricó, *Mariátegui...*, *op. cit.* y Robert Paris, "El marxismo de Mariátegui", revista *Aportes*, junio de 1970, Lima, págs. 6-30.

²³ Mariátegui usa de manera directa y explícita el concepto *socialismo peruano*, evidenciando su intencionalidad política y epistemológica, a propósito de una discusión sostenida con Luis Alberto Sánchez sobre los alcances del carácter nacional del socialismo por él propuesto. Para una lectura referencial sobre este punto, véase *Ideología y Política*, Réplica a Luis Alberto Sánchez, págs. 219-222.

Primero: liquidar el gamonalismo consistirá en un acto plenamente modernizador, pero éste no podrá llevarse a cabo con éxito si no satisface y reivindica a las grandes mayorías nacionales, es decir, al indio. Darle la categoría de sujeto histórico al indio conllevará irrenunciablemente la consideración de lo propio, de lo auténticamente peruano. El no considerarlo, en cambio, redundará en un fracaso de la lucha contra el gamonal, en el esfuerzo por modernizar al Perú y en no ser realmente un socialista:

“Los hombres nuevos quieren que el Perú *repose sobre sus naturales cimientos biológicos*. Sienten el deber de *crear un orden más peruano, más autóctono...* La nueva generación peruana siente y sabe que el *progreso* del Perú será ficticio, o por lo menos no será peruano, mientras no constituya la obra [el socialismo] y no signifique el bienestar de la masa peruana... que es indígena y campesina”²⁴.

Será ésta la ecuación peruana de Mariátegui de un proyecto socialista europeo-occidental: *progreso con naturales cimientos biológicos*, como a la vez la explicitación en el ideario de éste, de la recurrente temática en el pensamiento latinoamericano de modernidad e identidad.

De esta manera, Mariátegui pretenderá justificar el socialismo en una sociedad eminentemente indígena y no proletaria. Por tanto, el socialismo no se será ajeno al indio, sino que se sustentará, en parte, en sus estructuras culturales como económicas y en sus históricos proyectos comunitarios.

Segundo: el hecho que para Mariátegui el pensamiento revolucionario, e inclusive reformista, y aún la aspiración por modernizar al Perú, no sea liberal sino socialista aparece más por una cuestión de azar, de imitación o de moda, como una fatalidad histórica. La inexistencia de una burguesía progresista con sentido nacional que se profese liberal y democrática ha conllevado que el socialismo en el Perú sea necesario propugnarlo, pero entendiendo que dado el “momento histórico” no se puede ser efectivamente “revolucionario” sin ser nacionalista²⁵.

Es mediante este segundo elemento que la relación no dicotómica sino dialéctica de identidad/modernidad logra en el pensador su justificación doctrinaria específica, fundamento de su conflicto con la Tercera Internacional²⁶. Será la relación socialismo-nacionalismo el sustrato mediante el cual la vertiente peruana más que la europea se consolida ante la pretendida orientación monolítica del movimiento socialista internacional. Una diversidad teórica y práctica empieza a diseñarse en Mariátegui:

²⁴ Mariátegui, *7 ensayos...*, *op. cit.*, pág. 215.

²⁵ Sobre el nacionalismo de Mariátegui ver su libro *Peruanicemos el Perú*, ya citado; y el subcapítulo de este trabajo sobre la *peruanidad*.

²⁶ “... una de las principales causas del desacuerdo que opondrá al ‘Partido Socialista del Perú’, de Mariátegui, y a los representantes de la Internacional Comunista, durante la Conferencia Comunista de Buenos Aires (en 1929), residirá precisamente en el rechazo por parte de Mariátegui y de sus amigos a aplicar a la cuestión indígena la consigna leninista de la autodeterminación y a tratar el problema del indio en los términos de la ‘cuestión nacional’”. Cita extraída de, Robert Paris, “Para una lectura...”, *op. cit.*, Aricó, *Mariátegui...*, *op. cit.*, págs. 316-317. Sobre la interpretación original de Mariátegui respecto a la acción política (o revolucionaria) véase su: *Ideología y Política*, págs. 88-90 y 160, ya citada.

"No queremos, ciertamente, que el socialismo sea en América calco y copia. *Debe ser creación heroica*. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, *en nuestro propio lenguaje*, al socialismo indoamericano"²⁷.

Con ello cada vez se irá distanciando del contexto doctrinario europeo, y se irá acercando a la vitalidad telúrica del indio, del negro, del mestizo latinoamericano.

Tercero: manifestada como congruente con su posición ideológica (socialista-marxista)²⁸ y con las cuestiones doctrinarias, consideramos primordial en la sustentación de este "socialismo peruano" el carácter singular del problema agrario del Perú. Será en este ámbito donde encontrará que la elaboración de un "proyecto socialista" tiene sus antecedentes más esenciales no sólo en el socialismo científico europeo occidental sino en la existencia, por un lado, de *elementos de socialismo práctico en la agricultura y vida indígena* y, por otro, en la experiencia histórica del *comunismo incaico*. Pero, además, en la evidencia que el sistema gamonal, el coloniaje, no superó, en cuanto a rendimientos, a la economía agraria indígena e incaica, demostrando que su "forma" no fue mejor que las "formas autóctonas". Con ello pretenderá recuperar la existencia de un Estado eficiente, "nacional" y orgánico, cuya acción arribe a todos los ámbitos de su soberanía. Así fue el Estado incaico, como de la misma manera no lo es el Estado peruano bajo el dominio del gamonalismo.

Qué más peruano, propio e indentitario puede ser un socialismo que encuentre su razón de ser en la mera importación de una ideología, sino en el quehacer histórico del sujeto llamado a ser centro y médula de éste.

UN BREVE ANÁLISIS: EN TORNO A UNA DIALÉCTICA SINCRÉTICA

No parece evidente, pero si está recorriendo subrepticamente los vericuetos de los textos del pensador peruano, la lógica elemental de todo el contenido ideológico-propositivo del pensamiento mariáteguista. Lógica reconstructiva, que a partir de un cuerpo teórico dado, estructura una "dialéctica" novedosa, que no sólo se nutre de contenidos propios, "autéctonos", locales, "criollos", etc., sino, además, de "razones" particulares, pero tan universales como las generadas en el continente europeo o en cualquier otro lugar.

Hablaremos con propiedad de un "dialectismo peruano", más que uno materialista, aunque no estrictamente contrario. Es decir, tan importante será en la epistemología de Mariátegui la "modernidad" (europea-norteamericana, como la "tradición" (precolombina-indígena republicana), la clase proletaria como el indio, Carlos Marx como el legado del Estado incario. Todos ellos irán conformando un proyecto de sociedad, si bien congruente con el misticismo indoamericano, por tanto original y único, a la vez sustentado en elementos de una teoría básicamente exógena.

²⁷ Mariátegui, *Ideología...*, op. cit., pág. 249.

²⁸ Sobre el marxismo en Mariátegui ver entre otros: Augusto Salazar Bondy, "El pensamiento de Mariátegui y la filosofía marxista", *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo* (Lima 1959), págs. 311-342; M. Kossok, "Mariátegui y el desarrollo del pensamiento marxista en el Perú", *Documentos Políticos*, N° 37, Bogotá 1969. Además de los textos de Robert Paris y José Aricó ya mencionados.

Por ello es que cuando Mariátegui habla de socialismo, no se referirá en orden estricto a aquel originado en Rusia por la sapiencia de Lenin y la lucidez teórica de Marx, o inspirado en cualquier otro lugar del mundo capitalista, sino a uno de otro tipo, sutil, que responde a la experiencia histórica del indígena, de todos los marginados y aculturados. Un socialismo, primero, sincrético, después, materialista, inicialmente cultural, enseguida político. Veamos algunos aspectos de esta relación:

a) El momento de la elaboración de la *tesis*, que la llamamos *etapa erudita*, en el sentido de la asimilación de categorías conceptuales no peruanas, pero estructuradoras iniciales del posterior pensamiento propiamente mariateguista, se nutrirá de conceptos, casi todos, derivados de las influencias ideológicas asimiladas en Europa. De esta manera, la constatación de la existencia de la "feudalidad" en el Perú responderá congruentemente a estas concepciones. No será extraño que el lenguaje analítico de Mariátegui esté plagado de fenomenologías conceptuales no originarias, tales como, "Sistema feudal", "liberación nacional", "oligarquía", "clase demoburguesa", "clase terrateniente", "burguesía republicana", "colonialismo", etc., que si bien pueden manifestarse en el Perú, evidentemente no responden de manera exclusiva a la realidad peruana, de hecho, se pueden expresar en cualquier cultura. Sin embargo, no podemos, *a priori*, decir que esta etapa es meramente imitativa, por tanto de diagnóstico equivocado, sino, más bien, un "instante" epistemológico inicial que requería de un contexto teórico ya elaborado.

b) Adquirido el sustrato, entre ello la lógica dialéctica, se estará en condiciones de elaborar el cambio sustantivo, la *antítesis*. A este período lo denominamos la *etapa creadora*. A partir de esta transformación —teórica, epistemológica y práctica— ya no buscará, Mariátegui, la aprehensión de lo peruano y latinoamericano en las anteriores conceptualizaciones, sino en aquellas que respecto a su estructura semántica e histórica son diferenciadas y originarias, a pesar que algunas puedan tener en lo formal cierta semejanza. Así, "gamonalismo", "feudalidad gamonal", "feudalidad criolla", "gamonalismo terrateniente", "civilismo feudal", responderán a una epistemología diseñada para la realidad peruana y no a una europea como la de "latifundio feudal" o "feudalismo agrario". Con esta elaboración, ya no serán estas últimas las que describan y aborden con precisión histórica la realidad del Perú, sino las anteriores, las derivadas del nuevo diseño teórico-epistemológico.

c) La relación de las *etapas eruditas* (tesis) con la *creadora* (antítesis), más un "acto" intelectual de superación de la primera, le permitirán al pensador peruano elaborar una respuesta, aunque no desligada del conocimiento europeo-occidental, sí afianzada en el "conocimiento" de lo propio. Es decir, la *síntesis peruana*, la *etapa sincrética*, que se expresará en el "socialismo peruano", la "tradición", los "naturales cimientos biológicos", pero a su vez en lo "moderno" y el "progreso".

Será de esta manera que un punto de partida exógeno (feudalismo-socialismo científico), prontamente en el pensamiento de Mariátegui se transformará en una estructura analítica endógena (semifeudalismo-socialismo peruano). No será mediante el socialismo científico que se supere a la feudalidad, sino que a través del socialismo peruano, por ser antigamonal, nacional, tener tradición y a la vez

moderno, que se podrá liquidar el semifeudalismo, el gamonalismo, que es tradicionalista, no nacional y arcaico. Lo primero será estrictamente europeo, lo segundo, sustantivamente peruano. Y es en esta última relación dialéctica donde nos encontraremos con un pensamiento original, propiamente peruano y latinoamericano.

Enlaces de la cultura

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

«El estudio de la cultura peruana en sus relaciones con la cultura europea, para tener un conocimiento exacto de la realidad peruana, que sería imposible de tener sin el estudio de la cultura europea».

DE TEHUELCHES, CÉSARES Y AUSTRALIDADES.
UNA RELACIÓN POSTRERA
DE NICOLÁS MASCARDI S. J. (1673)*

Eduardo Téllez Lúgaro**

EFIGIE DE MASCARDI***

En el abril austral de 1673, la prolija mano de Nicolás Mascardi, en un tramo de la misiva que ese otoño trazara para un remoto destinatario —escribió— con la premonitoria certeza de los que van a pasar de este mundo:

“...presto entrará in una città incognita”¹.

La incógnita ciudad del aviso era la de Los Césares, ese burgo fastuoso que habitaba en todas las mentes y en algún lugar, todavía impalpable, de la geografía arbitraria de *Terra Australis*.

Un día —caso de lluvias— en la apacibilidad forestal de Chiloé, una india “poya” le había hablado, con parejo fervor, de una oculta villa de “españoles” alzada en los páramos magallánicos y de los millares de aborígenes trasandinos que aguardaban por un sacerdote de Cristo. Y desde ese día recóndito, Mascardi ensoñaba consumir la conquista espiritual del País de los Gigantes y de la secreta urbe del yermo oriental².

A fines del decenio de los setenta, aquel animoso hijo de Sarzana, arcaica ciudad de la Italia boreal, logró dar inicio a la empresa evangelizadora, con relampagueante éxito en materia de conversiones y ninguno en cuanto al hallazgo de la ciudad meridional³.

*Investigación derivada del proyecto FONDECYT N° 90-1167.

**Instituto de Investigaciones Arqueológicas. Universidad Católica del Norte y Universidad de Chile.

***Para el P. Walter Hanisch, S. J.

¹ Guillermo Furlong, S. J., *Nicolás Mascardi, S. J. y su Carta Relación (1670)* (Buenos Aires, Editorial Theoría, 1963), pág. 65.

² Ver *Vida Apostólica y Glorioso Martirio del Venerable P. Nicolás Mascardi* (en adelante V.A.G.M.N.M.), cap. IV, N° 3 y N° 4, s/f, fs. 12-12v. Este texto, cuyo original se conserva en el archivo del Procurador General del Gesù, Roma, iglesia del Gesù, Furlong lo editó íntegramente en los *Anales del Museo de la Patagonia* (Buenos Aires, 1945), t. I, atribuyéndolo erróneamente al P. jesuita Antonio Alemán. Indagaciones posteriores acreditan que su autor fue el P. Diego de Rosales, buen conocedor de la obra y vida de Mascardi. Nosotros emplearemos aquí una copia fotostática del código primigenio.

³ Nicolás Mascardi nació en la ciudad de Sarzana, localizada en la provincia de Génova, con toda probabilidad en 1624. Hijo de padres de elevada prosapia, Nicolás se educó en el Colegio Romano, el selecto establecimiento fundado por San Ignacio en Roma (1553). A los catorce años, lleno de vocación, decidió su ingreso al noviciado jesuita de San Andrés del Quirinal (1638). Siguió más tarde sus estudios de filosofía y ciencia en el mismo Colegio Romano en el que estudiara de niño; concluida esta parte de su formación, se desempeñó como maestro de la primera clase (o primer año de latinidad), y como

Al inicio de la estación fría de 1673, después de casi tres años de reconocimientos, la de Los Césares seguía siendo la ciudad inverosímil, fundada para ser perseguida por hombres no menos inverosímiles. Y Mascardi era, cabalmente, un hombre inverosímil; y no precisamente en el sentido deplorable del adjetivo, sino en el mejor.

Erudito, teólogo docto, astrónomo, matemático competente, botánico, etnógrafo, misionero infatigable, navegante, políglota asombroso, gramático de lenguas indias, geógrafo, rector de colegio, explorador de altas magnitudes, Nicolás Mascardi, en ese invierno último de su vida, era muchas cosas, excepto una: mártir de Jesucristo. Esa calidad sólo habría de tenerla luego de ejecutar la entrada ulterior que meditaba hacer en los baldíos del sur.

Tres agobiantes expediciones había realizado hasta allí el misionero jesuita en el interior patagónico, en procura de los suburbios inasibles de aquella urbe perdida en las estepas del mediodía. La primera, cumplida en el estío de 1699-1670, lo llevó hasta las cercanías del grado 44, del cual no pudo pasar por la renuencia de las parcialidades comarcanas a franquearle la senda al meridión⁴. En 1671, muerta ya la estación fría, intentó el misionero indagar nuevamente las regiones de esa orientación, en busca de indicios que lo condujeran a los muros de una vaga ciudad hispana que, aseguraban los poyas, se alzaba en las cordilleras

prefecto de la Congregación de los Estudiantes, en el Colegio de Orvieto. Iniciados sus estudios de teología, tuvo ocasión de escuchar la exhortación del P. Alonso de Ovalle, Procurador de la Provincia Jesuita de Chile en Roma, dirigida, ante todo, a los estudiantes jóvenes, en orden a participar personalmente en el progreso de las misiones que la Compañía de Jesús mantenía en aquella lejana jurisdicción americana. Desde entonces, definió sus metas en tal orientación: ser misionero en Chile. Lograda la licencia de sus superiores, se despidió de su familia y viajó a España en espera de pasar a las Indias. Sólo lo logró en 1650, habiéndose ocupado, de momento, en regentar una cátedra de latinidad en el Colegio de Placencia. Llegó a Panamá, procedente de Cádiz, en 1650. Desde allí siguió, tiempo después, destino a Santiago de Chile, ciudad en la que cumplió con su Acto General de Teología, con brillante competencia. Conforme a su deseo de misionar en la Frontera, fue enviado a la misión jesuita de Buena Esperanza, en la cual sirvió hasta el levantamiento araucano de 1665, que terminó con ella. Pacificada la Frontera, se le designó como Rector del Colegio Jesuita de Castro, en la Isla Grande de Chiloé, al año siguiente. Fue allí, en medio de una activa vida misionera, que conoció a un grupo de esclavos patagónicos, entre los que destacaba una notable mujer indígena a la cual, por su categoría e influencia, llamaban la Reina. Ella fue la que puso al tanto a Mascardi de la existencia de poblaciones transcordilleranas que precisaban evangelización, así como también de la posición relativa de la ciudad de Los Césares. De allí en adelante, se dedicó a la tarea de sumar a la superioridad jesuita y a los altos mandos de Chile a su plan de iniciar en la región patagónica la evangelización de "puelches y poyas", empresa que precisaba de consentimiento y respaldo elevado. Finalmente, tras mucha brega, a fines de 1669, acompañado de la Reina y los restantes indígenas orientales capturados otrora por fuerzas peninsulares de Chiloé, a los cuales cristianizara y consiguiera liberar de su esclavitud, con apoyo del gobernador de aquella isla, pudo Mascardi, con las licencias debidas, iniciar su penetración apostólica en el lago de Nahuelhuapi.

Hasta el momento, los mejores estudios sobre la vida de Mascardi, siguen siendo el trabajo de Giuseppe Rosso: *Nicolo Mascardi, missionario, gesuita, esploratore del Cile e della Patagonia* (Roma, Archivum Historicum Societatis Jesu, 19, 1950), y el bosquejo biográfico que le dedicara Furlong en la obra que citáramos en la nota N° 1, si bien ese trabajo presenta numerosos errores cronológicos, geográficos, etnológicos y onomásticos, circunstancia que no resta dignidad ni mérito a su esfuerzo.

⁴ Rosso, *op. cit.*, pág. 60.

aledañas a la latitud del archipiélago de los Chonos⁵. Ese segundo revés no lo deshizo. A fines de 1672, inició una magna exploración que lo condujo de Nahuelhuapi hasta las costas del Estrecho, sin dar con la urbe entresonada⁶.

Ninguno de aquellos mortificantes peregrinajes se ejecutaron pensando en el metal ambarino sobre el cual —decían los más— la población de Los Césares estaba cimentada. El buscado Grial de Mascardi eran las almas de sus habitantes, abandonadas de asistencia espiritual y segregadas de la vida sacramental, según creía⁷.

Empero, si no dio con el ánima perdida de los blancos del sur, el conversor jesuita pudo catequizar, sin mucha resistencia y en su lengua (en la cual era eximio), a multitud de robustos tehuelches que encontró en el camino de sus excursiones sobre las praderas⁸. En verdad, Mascardi había llegado al lago Nahuelhuapi con el definido propósito de instaurar una misión apostólica destinada a la evangelización de "puelches y poyas", etnias entre las que predicó con receptividad, al decir de sus escritos⁹. Con certeza, los treinta mil bautizos y las 130.000 conversiones que algunos de sus correligionarios de orden le atribuyen haber realizado en la región oriental, no pasan de ser fabulaciones de una centuria dada a emparentar veracidad y maravilla¹⁰. Con todo, es indudable que su tarea misionera en Nahuelhuapi fue feliz en orden a la obtención de mies enhiesta¹¹.

De otra parte, en medio de sus giras apostólicas y rebuscas geográficas de la ciudad gualda, el jesuita se dedicó a observar científicamente la climatología, la botánica, el bestiario, las dinámicas de las mareas, la lingüística y la etnografía de la inconmensurable Patagonia oriental. Registros escrupulosos que, cuando podía, resumía en misivas cursadas a un Viejo Mundo que no vería más; noticias que procuraban un buen día al eminente Atanasio Kircher, una de las notabilidades científicas de la Compañía, al que tuvo por maestro en el Colegio Romano¹².

Esa veneración por la ciencia procedía de la fértil naturaleza de un ser imponderable, en cuyo interior el místico y el teólogo cohabitaban con el astrónomo, el matemático y el peregrino. Ya en 1650, en Panamá, Mascardi había observado a medias un eclipse lunar. Y en Chile, bajo el firmamento de Bucalemu,

⁵ Archivo Nacional de Santiago (en adelante A.N.S.), Fondo Morla Vicuña (en adelante F.M.V.), vol. 20, fs. 216 y 217v.

⁶ V.A.G.M.N.M., cap. VIII, N° 12, fs. 17v. y 18.

⁷ *Op. cit.*, cap. VI, N° 4, f. 12v.

⁸ *Op. cit.*, cap. VIII, N° 13, f. 18.

⁹ Furlong, *Nicolás Mascardi...*, *op. cit.*, pág. 120 y sigtes. (en adelante, toda referencia a este texto se fundamenta en la versión transcrita por Furlong, en la edición de 1963).

¹⁰ V.A.G.M.N.M., cap. VII, N° 6, f. 14v. y cap. VIII, N° 13, f. 18.

¹¹ *Ibid.*

¹² Una de las misivas, no fechada, dirigida a Kircher, se encuentra en el Archivo de la Universidad Gregoriana (en adelante A.U.G.), Roma, N° 566, Kircher, *Misceláneas, Epistolae XII*; fs. 217v.-220v. Las referencias a los documentos del A.U.G. y a la carta citada en la nota N° 30, se guiaron por las indicaciones proporcionadas por Furlong en sus comentarios a su obra *Nicolás Mascardi S.J. y su Carta Relación (1670)*, ya mencionada; así como por valiosos antecedentes que sobre dichos textos nos proporcionara el P. Walter Hanisch S. J.

pudo contemplar las fases de otro eclipse¹³, aparte del pasaje de dos cometas¹⁴. Algunos viajeros siderales observó en Chile occidental Nicolás Mascardi, que hasta 1655 mantuvo en la Misión de Buena Esperanza, a la cual fue destinado al llegar al Reino, un observatorio astronómico y un pequeño museo de curiosidades de la naturaleza amerindia; instalaciones que se llevó el levantamiento mapuche producido ese mismo año¹⁵. Después, en Chiloé, en tanto se desempeñó como Rector del Colegio Jesuita de Castro, mediante someros instrumentos logró calcular, con estrecho margen de error, la diferencia entre la sombra solsticial de Roma y Castro, bajo la misma latitud¹⁶. Menesteres complejos que no impidieron al genial sarzanés dedicar algún estudio al movimiento de las mareas de los archipiélgos de Chiloé y de los Chonos, en el curso del novilunio¹⁷.

Transferido a Nahuelhuapi, en la medida de lo permitido, continuó la observación científica de las asombrantes aristas que la naturaleza oriental le dejaba entrever. Fue justamente en los páramos trasandinos en donde se volcó, más decididamente que en Chile occidental, hacia la etnografía y la lingüística de las naciones que poblaban ese fin de mundo. Gramáticas, listados de etimologías indígenas¹⁸ y penetrantes bocetos étnico-culturales, fluyeron al poniente chileno y a otras partes de la cristiandad, desde las orillas complacientes del Nahuelhuapi¹⁹.

Fuera de esto, el misionero mantenía esporádica correspondencia con la clerecía jesuita de la viceprovincia, con las jefaturas políticas de Santiago y de Lima y algunos pocos deudos; documentos epistolares que resucitan el existir de la comunidad que iba creando, las minucias de su vida agreste y los hitos de la gesta cristiana que cumplía en la confinidad impensable de la Patagonia, en esa segunda mitad de los seiscientos.

Sin embargo, Mascardi era hombre de australidades y no pensaba permanecer fijado a la región lacustre. Todavía le era negado el divisar los tejados de Los Césares y ésa era una mira a la que no pretendía renunciar. De esta suerte, a fines de la primavera de 1673, salió rumbo al grado 46, en algún punto del cual creía –de seguro por nuevos antecedentes logrados de los tehuelches– se erigía la “república” de Los Césares. Asistido por un séquito de conversos aborígenes, enfiló hacia el linde calculado. Probablemente, porque no dio allí con el burgo perdido, siguió intrépidamente adelante. Al llegar al paralelo 47, topó con una

¹³ El original de la descripción del fenómeno en A.U.G., Roma, N° 567, f. 110.

¹⁴ Referencias sobre el particular en A.U.G., Roma N° 564, fs. 34 y 89.

¹⁵ Esta noticia consta en A.U.G., Roma, N° 562; Kircher, *Misceláneas, Epistolae VIII*, fs. 70 y 71.

¹⁶ Los pormenores del experimento figuran en la comunicación que dirigiera a Kircher, en febrero de 1671, cuyo original se conserva en el A.U.G., Roma, N° 565; Kircher, *Misceláneas, Epistolae XI*, fs. 186 y 187v.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Mascardi ratifica, en la carta que dirigiera al P. G. Adami, desde Chiloé, el 30 de enero de 1669, haber escrito un confesionario, un catecismo y una gramática en “lengua puelche”. La comunicación fue publicada por Furlong en su obra *Entre los Tehuelches de la Patagonia* (Buenos Aires, Talleres Gráficos San Pablo, 1943), págs. 60 y 61.

¹⁹ La más importante de todas aquellas relaciones es la que se cita en la nota N° 9.

hostil partida de "poyas infieles" que le vedaron el paso²⁰. Mascardi intentó entonces negociar pacíficamente con éstos, que tomaron el gesto de mansedumbre por miedo y cargaron sobre los cristianos. Entre los muertos se contó el gran jesuita que, luego de ser asaeteado, fue ultimado a "bolazos" (golpes de boleadora)²¹. Dos nativos que lograron escapar de la emboscada llevaron a Nahuelhuapi la noticia del martirio del evangelizador y el de sus compañeros²². Otro indígena cristiano, de nombre Domingo, capturado con vida por los atacantes, dio sepultura al cuerpo de Mascardi bajo la arena y ocultó, en un pajonal cercano, una cajita que contenía los ornamentos sagrados del clérigo²³. Poco después, en un descuido de sus captores, Domingo logró evadirse y alcanzar el Nahuelhuapi. Con los datos que aportó, consiguieron más tarde, algunos indígenas cristianos de la región lacustre, cumplir el mandato del gobernador de Chiloé de traer de regreso los restos de Mascardi y los ornamentos que llevaba²⁴.

Los despojos del misionero itálico se trasladaron a Concepción, en donde se les depositó en un nicho lateral del altar mayor de la iglesia de las Trinitarias de esa ciudad, junto a las reliquias de los mártires jesuitas de Elicura²⁵.

De los asesinos de Mascardi poco sabemos. Francisco Gallardo, gobernador de Chiloé, notificó escuetamente que al misionero le dieron muerte "cerca del Estrecho" algunos aborígenes "que no usaban de caballería"²⁶. Otra versión asigna el crimen a un grupo de "poyas bárbaros", que traían las narices agujereadas, y en ellas unas chapas de metal y chaquiras colgando; gente bárbara que no había oído la predicación del Santo Padre ni quería que anduviese por sus tierras enseñando la doctrina del Santo Evangelio²⁷. Si hemos de creer a esta noticia, una partida de poyas de Nahuelhuapi salió a la búsqueda de los asesinos, "degollándolos a todos, sin perdonar a hijos ni mujeres", una vez que les dieron alcance²⁸.

De la fecha exacta de su martirio casi nada sabemos. Se ha conjeturado que éste ocurrió el verano de 1674; con todo, relaciones jesuitas posteriores, establecen que el asesinato se produjo en 1673²⁹, probablemente, a fines de ese año.

Mascardi habría desaprobado el epílogo que tuvieron sus matadores. Desde el año lejano de 1640, ese hombre, cuya superioridad intelectual hacía pensar a sus formadores de la Compañía que el resto de su existencia discurriría en los claustros universitarios, venía añorando alcanzar, alguna vez, las remotas fronte-

²⁰ V.A.G.M.N.M., cap. VIII, N° 13, f. 18.

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.*

²³ *Ibid.*

²⁴ *Op. cit.*, f. 18v.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Archivo General de Indias, *Audiencia de Chile*, Legajo 130.

²⁷ V.A.G.M.N.M., cap. VIII, N° 13 y 18.

²⁸ *Op. cit.*, f. 18v.

²⁹ Según el Procurador de la Compañía de Jesús en Chile, P. Gonzalo de Covarrubias, Mascardi fue muerto en 1673, ver A.N.S., F.M.V., vol. 21, f. 90.

ras indias que desconocían a Cristo³⁰. Un día, ese deseo le había sido concedido. Y Mascardi aceptó, con esa donación, la posibilidad de transar su vida por cumplir lo que amaba. Más de veinte años después, ese deseo de lejanía dormía bajo la arena inverniza de la América Austral. Antes del fin, le fue deparado a Mascardi salvar hombres cobrizos, fatigar desiertos en busca de reinos quiméricos, mensurar fríos, padecer casi siempre hambre, expatriarse de las civilizaciones que antes conociera, a cambio de acercarse a su Grial. A la postre, ni siquiera logró rozarlo; pero antes sufrió y amó el quererlo, y ésa es la máxima felicidad que sólo a ciertos hombres suele deparar el reino de este mundo.

ACOTACIÓN ETNOLÓGICA A LA CARTA DE NICOLÁS MASCARDI

Desconocemos, todavía, la exacta traducción de la voz gentilicia *poya*, con la cual el P. Mascardi designara a una buena parte de las gentes que evangelizara en la región patagónica. Con todo, si ignoramos la precisa etimología de ese término, sabemos muy bien, en cambio, que él alude a las poblaciones pámpidas que en el curso de la historia colonial recibieron el rótulo de tehuelches³¹. Ya en su momento, Ricardo Latcham postuló la filiación tehuelche de los poyas; intuición ratificada, más tarde, por Milciades A. Vignati y otros etnólogos de alcurnia. Queda en claro que los poyas de Nahuelhuapi y de la precordillera sur de este lago, correspondían étnicamente a la agrupación conocida como *chüwach a künna* ("gente del borde u orilla" de la cordillera), porción occidental de los tehuelches septentrionales, etnia que dominaba el territorio patagónico limitado por los ríos Limay-Negro (norte) y Chubut (sur). La porción centro-oriental de los tehuelches septentrionales se reconocía bajo el gentilicio de *günün a künna* (que aproximadamente designaría a la "gente por antonomasia"). Tanto éstos como los *chüwach a künna* compartían la misma lengua, la *günün a yäjüch*, lo que no asegura que entre una y otra agrupación existiera absoluta identificación étnica, al modo de una nación "única". Para los tiempos de Mascardi, parece acreditado que los tehuelches septentrionales se encontraban en franca expansión hacia el norte de los territorios del sistema Limay-Negro, por cuanto eran, desde hacía rato, un pueblo ecuestre.

Al sur del río Chubut dominaban los tehuelches meridionales, etnia que extendía sus batidas de caza hasta la margen boreal del Estrecho de Magallanes. Ese extenso conjunto étnico se fragmentaba en dos grandes unidades, separadas por el río Santa Cruz. Entre este río y el Chubut se situaban los *mécharn* o *ch'oon(ë)k(ë)*, nombre que alude a la "gente de la resina del molle", sustancia que los nativos de aquella demarcación solían masticar. Esta facción habría empleado la lengua teushen, de la cual muy poco sabemos. En cambio, al meridión del Santa Cruz, la

³⁰ Así lo expresa el General de la Compañía, P. Mucio Vitelleschi, en comunicación escrita en Roma, el año 1640, cuyo original se conserva en el Archivo del Gesù, Fondo Jesuítico, *Indipetae*, vol. 2, f. 426.

³¹ Federico Escalada asevera que la voz tehuelche es una corruptela del vocablo mapuche *chehuelche*, el cual traduce como "gente arisca o brava". Ver *El complejo tehuelche. Estudios de etnografía patagónica* (Buenos Aires, Casa Editorial Coni, 1949), pág. 28.

hegemonía correspondía a los *aónik'enk* ("sureños"), tehuelches que empleaban también idioma propio, el *aonik'o ais* o "lengua del sur".

En el siglo XVIII, los *aónik'enk*, en posesión del caballo, se expandieron a la región demarcada por el Santa Cruz y el Chubut, absorbiendo étnica y lingüísticamente a las "gentes de la resina del molle", la cual asumió, incluso, el gentilicio de los dominadores. De esta forma, todos los tehuelches, del Chubut abajo, se conocieron en adelante por el marbete de *aónik'enk*, la "gente del sur". Sin duda, a los tehuelches meridionales se refería Mascardi cuando hablaba de los poyas "cercaños" a la ciudad de Los Césares. Y, con plena certeza, fue una de las parcialidades perteneciente a los tehuelches australes la que dio muerte al misionero.

Así, las diversas agrupaciones poyas mencionadas dispersamente por la Patagonia en las relaciones de Mascardi, no serían sino fragmentos o facciones componentes del llamado "complejo tehuelche".

Más dudosa resulta la filiación étnica de los "puelches" de Nahuelhuapi, nombrados también por el misionero jesuita en sus escritos. Indicios documentales sugieren que se trataría de una agrupación de canoeros de ancestro fuéguido, afinada en la región lacustre, si bien muy aculturada por los tehuelches³². De todas formas, en lo que dice a su abolengo, los datos disponibles no son precisamente generosos.

Tal era, pues, el panorama étnico —reducido aquí a mera expresión sinóptica— que reinaba en el dilatado desierto patagónico extendido al mediodía del sistema Limay-Negro, en la época en que Nicolás Mascardi entró a misionar a sus naciones³³.

GLOSA A LA EPÍSTOLA DE 1673

El documento que a continuación se transcribe, se funda en la versión paleográfica que Carlos Morla Vicuña obtuviera en el Archivo General de Indias, de la

³² Para Rodolfo Casamiquela los denominados puelches de Nahuelhuapi no serían otros que un grupo afín de los chonos, adscritos al biotipo fuéguido, caracterizado por su menor talla, osatura y corpulencia respecto de los pámpidos tehuelches, los que destacaban por su estatura y robustez; si bien éstos y los fuéguidos poseían cráneo generalmente dolicoide. Ver "Los Pueblos Indígenas", *Revista Ciencia Hoy*, vol. 2, N° 7, Buenos Aires, 1990, pág. 22.

³³ Para la elaboración de este breve bosquejo etnológico, aparte de los estudios consignados en las notas N°s 31 y 32, nos hemos guiado por las siguientes obras: Rodolfo Casamiquela, "Rectificaciones y ratificaciones. Hacia una interpretación definitiva del panorama etnológico de la Patagonia y área septentrional adyacente", *Cuadernos del Sur* (Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, Instituto de Humanidades, 1965). *Un nuevo panorama etnológico del área pan-pampeana y patagónica adyacente. Pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los querandíes* (Santiago, Ediciones del Museo de Historia Natural, 1969); Tomás Harrington, "Contribución al estudio del indio Günūna Kūne", *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie, Sección Antropología, II, La Plata, 1946), pág. 237 y sigtes.; Ricardo Latcham, "Los indios de la cordillera y la pampa en el siglo XVI", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomos 62 al 65, Santiago, 1929-1930; Lidia Nacuzzi y María Boschín, "Aproximación hacia la reconstrucción etnohistórica de la cuenca del río Limay y zonas adyacentes. Siglos XVII a XIX. Actas y Memorias, IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina", *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael*, tomo IV, San Rafael, 1977; Milciades Vignati, "Los indios poyas. Contribución al conocimiento etnográfico de los antiguos habitantes de la Patagonia", *Notas del Museo de La Plata*, IV, Buenos Aires, 1939.

misiva que el P. Nicolás Mascardi enviara al Viceprovincial de la Compañía de Jesús en Chile, probablemente en 1673. El documento consultado por Morla, según parece, formaba parte de un expediente más amplio, concerniente a gestiones y consultas, que en el decenio de los ochenta del siglo XVII se emprendieron con miras a restablecer la misión jesuita de Nahuelhuapi, abandonada tras la muerte de Mascardi. Al menos así lo sugiere la inserción de la carta del misionero en un legajo destinado a tratar el asunto, cronológicamente posterior al martirio del conversor jesuita, conforme a la data de los códices que figuran en el mismo. Dicho legajo de copias constituye la pieza 18 del volumen 20 del Fondo Morla Vicuña, uno de los tantos que forman parte del Archivo Nacional de Santiago. La carta de Nicolás Mascardi se manuscrite de las fojas 213 vta. a 220 del volumen citado. La pieza de la que forma parte aparece consignada como "Expedientes sobre misiones por el Virrey de Lima".

La epístola no aparece fechada. Todo indica, sin embargo, que ella debió escribirse hacia los meses finales de 1673, muy cerca ya de la muerte del gran misionero. Así parece confirmarlo el antecedente que él mismo consigna, en orden a que lleva en Nahuelhuapi tres años. Sabemos que en el verano de los años 1669 y 1670 dio el misionero comienzo a su asentamiento en Nahuelhuapi; en consecuencia, la misiva se escribió a fines de 1673, cuando se aprestaba a iniciar una nueva penetración en el sur de Patagonia, según da cuenta en la carta en mención.

Trozos de la misma reproduce Furlong³⁴, pero comete el error de establecer que ellos aparecen en la *Vida Apostólica y Glorioso Martirio del Venerable P. Nicolás Mascardi*, a la cual hemos hecho antes abundante alusión. En verdad, allí no se citan los fragmentos anotados por Furlong, que seguramente los tomó de otra fuente.

De otra parte, es claro que Mascardi reutilizó en su relación de 1673 noticias y referencias, incluso con parecida redacción, contenidas en escritos anteriores, elaborados por él. Así ocurre con la información que entrega en torno a su viaje a "Los Chonos", la cual no es diferente a la aportada en la carta que dirigiera al gobernador Juan Enríquez el 8 de octubre de 1672³⁵.

Cabe apuntar que los documentos incluidos en el legajo de duplicados pertenecientes a la pieza 18 del volumen 20 del Fondo Morla Vicuña, del cual obtuvimos la copia que enseguida se presenta, fueron debidamente legalizadas por Morla ante las autoridades del Archivo de Indias de Sevilla. Para esta edición de la carta de Nicolás Mascardi, y con miras a su comprensión más exacta por parte del lector, hemos optado por actualizar la ortografía del texto primitivo.

CARTA DEL REVERENDO PADRE NICOLÁS MASCARDI; RELATANDO SU MISIÓN
Y DESCRIBIENDO TERRITORIOS DE PATAGONIA, DE NAHUELHUAPI Y MAGALLANES (S/F)

Mi padre Viceprovincial: Respondo en ésta a la de vuestra reverencia y el escrúpulo que me pone y da a entender ser también de otras personas; y es el que puede haber en el bautismo de

³⁴ Nicolás Mascardi S. J. y su *Carta Relación* (1670), págs. 49 y 50.

³⁵ Ver Miguel Luis Amunátegui, *La cuestión de límites entre Chile y la república Argentina* (Santiago, Imprenta Nacional, 1879-1881), tomo III, páginas 67-99, en las que se transcribe.

estos bárbaros, por el peligro que hay de que esta Misión no tenga asiento y que, retirándome yo, queden estas almas en su infidelidad y se vuelvan a sus idolotras y vicios gentilicios; digo mi padre que si yo estuviese en tierra de idólotras, y de poligamia y borracheras, yo tuviera grande escrúpulo y me fuera muy a la mano, por ser dichos vicios directamente contra la fe o indirectamente ser disposición para perderla y no hacer caso de ella; pero aquí no hay nada de eso, ni hay idolotras ningunas ni cultos supersticiosos³⁶; y si hay algún hechicero es aborrecido de todos.

No hay sino el casamiento natural y con una sola mujer, y ésa no la dejan hasta la muerte, y es rarísimo el cacique que tiene segunda mujer, o criada, y en todos estos bárbaros no he hallado, en ochenta leguas que anduve, más de uno con dos mujeres, y luego que oyó el catecismo dejó la segunda mujer y se casó con la primera por la Iglesia; y ya no hay indio que dé su hija a otro, que tenga otra mujer y esté casado, porque ya sabe que es pecado estar amancebado.

En cuanto a las borracheras, no hay entre los poyas ningunas en todo el año por no haber granos ningunos de qué hacer la chicha ni más de agua que beber y carne que comer de la caza que cogen por su diligencia y trabajo, y sólo una vez al año, para juntarse unos a otros, hacen chicha de un árbol que llaman muchi³⁷ que da una fruta como algarrobilla, pero es muy poca y la van a buscar y comprar muy lejos, y así sus fiestas y mayores festejos los hacen con carne de caballo y caza de guanaco y avestruces. Los demás vicios son en ellos más abominables que aun entre los cristianos y, por decirlo en una palabra, para gloria de Dios Nuestro Señor y confusión de los malos cristianos y de los que viven a vista de los sacerdotes y oyen la palabra de Dios y no enmiendan sus vidas.

Digo padre mío con toda verdad y llaneza que habiendo yo hallado en esta tierra muchos de aquellos indios e indias que ahora cuarenta y ocho años se vinieron de Chiloé adonde estaban acimentados y salieron allá bautizados³⁸, han vivido aquí con todo recato que en sus confesiones que han hecho conmigo, de más de cuarenta y ocho años, no he hallado en ninguno de ellos materia grave, cosa de alta admiración y que no se hallará con tanta facilidad en ciudad alguna de cristianos antiguos. ¿Quién, pues, habrá de tener empacho ni escrúpulo de bautizar gentes de tan buenos naturales, y que tan bien crían a sus hijos, y que tan quitados están de vicios y pecados, y que no tienen más que la ignorancia de Dios por no haber quien se lo dé a conocer? Demás que yo espero en Dios Nuestro Señor no permitirá que se desvanezca esta Misión de tanta gloria suya y se pierdan tantas almas; y si nuestro Padre General supiera que en todo este gran país de la América Austral que corre de aquí para el oriente, hasta la costa de Buenos Aires, y por la parte del sur hasta el estrecho de

³⁶ No era del todo así. El propio Mascardi reconoció en su *Carta Relación de 1670* (pág. 22), que los poyas precordilleranos del sur, en una cueva cercada de tapias o paredes, mantenían una representación en piedra de un ídolo que simbolizaba a una mujer anciana con un niño en los brazos, deidad de la mitología tehuelche septentrional, conocida como *Elēngasēm*.

³⁷ Acaso se refiera al arbusto *Michai* o *Mēchai*, especie de bérberis.

³⁸ No es muy clara la razón de la permanencia de dichos indígenas en Chiloé ni la de su retorno a Nahuelhuapi. Tal vez se trataba de otros tantos esclavos capturados por partidas hispanas de la Isla, liberados o escapados de ésta, en la cual fueron evangelizados. Pero ésta es mera deducción. El hecho es que en la región lacustre Mascardi encontró a tales aborígenes, principalmente de filiación puelche. Vide *Carta Relación 1670* (pág. 119). Según los datos aportados por el escrito del jesuita, la estadia de este grupo en Chiloé debió ocurrir hacia 1624.

Magallanes, que no ha habido jamás ni hay más que un sacerdote, y que en estas inmensas campañas que corren por más de quinientas leguas hay tantas naciones que han recibido y van recibiendo la fe y que son de tan buenos naturales, sin vicios y que reciben el santo evangelio con tanta humildad, y que por ser yo solo no puedo ir en persona a consolarlos a todos ni alejarme a todas partes, y que en ninguna de ellas hay riesgo de la vida en los padres misioneros; y que fuera de éstas hay esperanzas grandes de descubrir muchas poblaciones de españoles perdidas en el mar, como son las de San Sebastián de Argüello, en las costas de Buenos Aires, la de Sarmiento de Gamboa así al [sic] estrecho de Magallanes, los de Inígo de Ayala en el Mar de los Chonos³⁹ y otras muchas noticias que se pueden adquirir de navíos que se han perdido por estas costas; estoy cierto que su paternidad ponía luego todo esfuerzo en conservar esta Misión y fomentarla, dándola [sic] los sujetos necesarios, y que su Majestad y sus reales ministros alargarán su brazo a sustentarla como ya ha dado principio el Señor Presidente Don Juan Enrique⁴⁰ socorriéndome este año con el sueldo de tres soldados; Dios le pague la buena obra, que yo estaba falto de todo, que ni vino para la misa ni carne para comer tenía ni que dar a los indios para agasajos, ni de Chiloé me habían traído nada, y con este socorro que su señoría mandó al gobernador de la Plaza de Chiloé me enviasen, me remitió las cosas que le pedí forzosas y necesarias; prometen de nuevo mi señoría que para el socorro que tiene me enviará más y aunque yo se lo tengo ya agradecido me holgaré mucho que también lo haga vuestra reverencia de su parte.

También di cuenta a vuestra reverencia del viaje que hice a los chonos⁴¹ y del buen recibimiento que me hicieron aquellos bárbaros de la parte del sur y del fervor con que recibieron la palabra divina y la enseñanza de los misterios de nuestra santa fe y las muchas noticias que me dieron los españoles y de las quemazones que dos años ha habían hecho por estas lagunas y cordilleras buscando paso, a mi entender, para la plaza de Valdivia y las quemazones las vi yo personalmente y me dijeron los poyas que aquellas quemazones no eran de indios, sino eran de los españoles que por allí habitaban y dos que habían venido en busca mía se habían retirado desde las lagunas de Chacayo⁴² a unas treinta leguas de aquí; después de haberme retirado, este año volvieron a hacer quemazones de la otra banda de una laguna que está cincuenta leguas de aquí hacia el sur y es, sin duda, la misma gente.

Dióme un cacique de éstos un vergajón de hierro bruto y largo de vara y media y que pesaba más de una arroba, que se había feriado de los españoles con otras cosas que no las

³⁹ Mascardi, como la mayoría de sus contemporáneos, atribuía a Argüello la fundación de la ciudad de Los Césares, sobre una isla situada en una laguna cercana al grado 46 de latitud. Sostenía que el naufragio del navío que conducía a Argüello y su gente, debió ocurrir hacia 1570 y que la población inicial de quinientos soldados, sesenta mujeres, tres sacerdotes y algunos niños, se había elevado a "más de mil individuos, resultado en buena medida del mestizaje con los indígenas, cien años después (ver Furlong, *Entre los tehuelches...*, op. cit., págs. 60 y 61). Sin embargo, las noticias primitivas especifican que la nave perdida formaba parte de la armada levantada por el obispo de Placencia, Gutierre Vargas de Carvajal, de la cual era *nao capitana*. El naufragio habría ocurrido en el Estrecho el 22 de enero de 1539.

⁴⁰ Juan Henríquez.

⁴¹ Se refiere con toda seguridad a la latitud del archipiélago de los Chonos y no a las islas mismas. Las cartas de Mascardi indican que no pasó al lado occidental de los Andes.

⁴² Nada diáfana resulta la ubicación de este lago mencionado por el jesuita. Con todo, el nombre aludido, Chacayo, recuerda bastante al del gran cacique tehuelche septentrional Chayago, que señoreó, según Casamiquela, el interior de Río Negro y parte del Chubut.

tienen los indios, a este cacique encargué una carta para que la diese a los tales españoles porque la falta de comida me obligó a retirarme.

Ahora vuelvo a salir en esta demanda con más prevención de comidas y caballos y con menos recelos de los bárbaros que están en los caminos, pues ya me conocen y los que no me vieron la vez primera desean mucho el verme y yo les procuraré agasajo y ganar hoy voluntades; con lo que me mandó enviar de Chiloé su señoría, pero la mayor prevención y matolaje que llevo son las oraciones de su reverencia y de todos los padres de la provincia, que ellas me sustentan y aseguran la vida entre tantos bárbaros, solo y sin compañeros; y me dan fuerza para tanto trabajo porque este temple es destempladísimo y dañoso para la salud por los muchos ardores del sol, pero saludable a los que trabajan por el bien de las Almas, porque siendo yo de un natural tan achacoso, y que en todas partes he padecido gravísimas enfermedades, aquí en tres años no he tenido dolencia alguna que un día siquiera me haya impedido decir misa; sólo la falta de sustento me maltrató algo los primeros años por haberme recibido la tierra con carne de caballo y pan de raíces de pangué, y aseo muy escaso; pero ya después de mi venida se han animado los indios a sembrar y yo les he buscado semillas y traídoselas de Chiloé, y con lo que han sembrado de trigo, cebada, habas, arvejas y otras legumbres hay abundancia ya en la tierra; sólo le falta a esta tierra lo dañoso a la salud como son las frutas y todo género de sabandijas ponzoñosas de que es muy limpia, pero en lugar de las frutas y otros regalos de que carece le sobra los regalos de Nuestro Señor que hace a sus siervos que lo dejaron todo por servirlo en estas soledades, y en lugar de los regalos que faltan ha prevenido Nuestro Señor, para sus misioneros, mucha variedad de peces en estos ríos y estas pampas mucha caza de guirguenchos⁴³, armadillos, avestruces, etc. Mientras nuestro Padre General envía sujetos para esta misión y se da asiento a ella, será de mucho consuelo mío el ver cada uno, o dos años, algún padre de los de Chiloé para que en nombre de vuestra reverencia visite mis yerros y los enmiende y corrija y me consuele por algunos días; los días pasados había deseado dar una vuelta a la provincia de Chiloé para ir a consolarme con mis hermanos, pues son tres años pasados los que no veo sacerdotes, y apenas se lo dí a entender a estos indios cuando han prorumpido en tantas lágrimas temiendo no me quede, ya que aunque les he dicho que dejo acá todo mi hato y ornamento en señal que mi vuelta sería antes del invierno, no ha sido posible el aplacarlos y consolarlos, y, con el desconsuelo, ya no querían sembrar ni estar en esta frontera porque decían que yéndome yo lo habían de maloquear los españoles y no habían de tener sosiego en sus tierras ni poder sembrar, sino que habían de andar como antes vagueando por esas campañas, viviendo en compañía de las fieras; por lo cual he suspendido mi ida y también, confieso, que los continuos trabajos de mi cuerpo, con un pie desconcertado, no sufrieran ya las ligeras de andar a pie por esas cordilleras, peñascos y pedernales, y a no haber hallado un caballo de razonable paso no pudiera alargarme mucho de aquí en busca de las almas, pero su Divina Majestad que me mortifica con este achaque, me vivifica también y da fuerza y aliento para buscar, aunque muy lejos, sus ovejas redimidas con su sangre. Vuestra reverencia y los padres de la nuestra provincia ruego me encomienden a Dios en sus santos sacrificios y oraciones, que con eso me llevarán en andas adonde quiera que la obediencia me ordenare; y de mi parte estoy tan animado a cumplirla que todos los días me ofrezco de nuevo a Dios para ir sin repugnancia

⁴³ Por quirquinchos.

alguna adonde la obediencia me mandare; su Divina Majestad me dé gracias para cumplirlo y guarde a vuestra reverencia como deseo, etc. Siervo de vuestra reverencia Nicolás Mascardi.

EXPERIENCIA CHILENA Y VÍA CHILENA AL SOCIALISMO: UN ESTUDIO CRÍTICO DE LA CULTURA POLÍTICA DE LA UNIDAD POPULAR (1970-1973)*

Alberto Aggio**

Con la victoria de Salvador Allende en las elecciones presidenciales de 1970 accedía al poder, por primera vez en la historia de Chile, un Presidente reconocidamente marxista, proponiendo, como resultado de la implantación de su programa electoral, la construcción del socialismo. Salvador Allende venció aquellas elecciones como candidato de la Unidad Popular (UP), una coalición que tenía como eje los partidos Comunista (PC) y Socialista (PS), pero que cobijaba también a radicales, socialdemócratas independientes adscritos a la Acción Popular Independiente, y a parte de los cristianos de izquierda (Movimiento de Acción Popular Unitario - MAPU).

Nació la llamada *experiencia chilena*, expresión acuñada en la época, con un claro sentido indicativo de la opción y el desafío que se abría delante de la izquierda chilena, cuyo abanderado anunciaba querer realizar una "transición al socialismo en democracia". El discurso que sustentaba el proyecto estratégico de Allende ponía énfasis en la idea de que el desarrollo económico, la estructura institucional, la organización social y, sobre todo, las condiciones políticas de Chile, permitirían la adopción de un "segundo camino para el socialismo, dentro de los marcos del sufragio, en democracia, pluralismo y libertad"¹.

Tal formulación, aunque no contenía, como veremos, elementos teóricos integralmente nuevos, procuraba afirmarse en la trayectoria política que el país había experimentado en los cuarenta años precedentes. De hecho, lo que concitaba la atención hacia Chile, en contraste con el conjunto de América Latina, era, precisamente, su histórica estabilidad política, comparable, desde el punto de vista del sistema de partidos, a los países occidentales más consolidados. Este cuadro de estabilidad, acompañado por una ampliación de la participación democrática de la sociedad, se sostenía en un sistema partidario estructurado y de fuertes raíces.

Para algunos analistas de la época, ligados a la izquierda, las condiciones político-institucionales del país contrastaban con la relativa lentitud de los cambios que operaban en la esfera económica, caracterizada como subdesarrollada y dependiente. Fue en torno a esta lectura de la realidad, esto es, en torno al *desfase* entre la dimensión político-institucional y social y la dimensión económica², que la UP

*Traducción de Gonzalo Cáceres Q. Colaboración de Miriam Brito, Leopoldo Benavides y Eduardo Devés.

**Universidad Nacional Estadual Paulista sede Franca.

¹ Salvador Allende, *Discursos* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975), pág. 44.

² Eugenio Tironi, *La torre de Babel. Ensayos de crítica y renovación política* (Santiago, Ediciones SUR, 1984), pág. 74.

concibió el socialismo como el único camino para la superación de los obstáculos al desarrollo nacional y social. La realización de profundos cambios en la sociedad chilena era la estrategia de la izquierda para responder al proceso de expansión de la ciudadanía, proceso crecientemente acompañado de demandas económicas y sociales. Con la formación de la UP, esta propuesta emergió asociada a un proyecto de gobierno que hablaba del inicio de la construcción del socialismo.

Frente a los límites fijados por el imperialismo al desarrollo, acentuando la dependencia, por la estructura latifundista, que impedía el acceso a la tierra y la modernización del campo, y por la monopolización de los sectores industrial y financiero, que encaminaba a la economía chilena en su conjunto a una estagnación, el proyecto de gobierno propuesto por la UP afirmaba que la única forma para conquistar la emancipación del pueblo chileno era implementar transformaciones que apuntasen en dirección al socialismo.

La novedad que la UP presentaba en su programa de gobierno era, por tanto, la explicitación de que las transformaciones que se deberían operar en la base de la sociedad chilena —transformaciones de carácter antiimperialista, antioligárquica y antimonopolista— tendrían el sentido de abrir el camino para la implantación del socialismo, sin que se necesitase una ruptura de la institucionalidad democrática. Por el contrario, aquellas transformaciones sólo serían positivas si estuviesen acompañadas de una profundización de la democracia. En la formulación de la UP, la cuestión del socialismo se traducía como la propuesta de la izquierda para que la sociedad chilena pudiese superar el *desfase* entre el mundo de la política y el mundo de la economía.

La estrategia global³ de la UP incluía, como propósito básico, la transferencia de los medios de producción fundamentales al Estado para desde ahí estructurar lo que el conglomerado de izquierda denominaba el Área de Propiedad Social (APS) de la *nueva economía*, con el objetivo de: a) resolver los problemas inmediatos de las grandes mayorías; b) garantizar el pleno empleo, con remuneraciones adecuadas; c) liberar al país de la subordinación al capital extranjero; d) posibilitar un crecimiento económico rápido con un máximo desarrollo de las fuerzas productivas; e) ampliar y diversificar las exportaciones conquistando nuevos mercados y f) promover la estabilidad monetaria⁴.

La izquierda que constituía la UP, guardando un estilo característico de la época, percibía que las condiciones de *atraso* del desarrollo económico chileno —aunque de un atraso inserto en un contexto determinado de modernización—, conformaban una “ventaja” frente a la revolución que ella pondría en marcha a partir de la victoria electoral de 1970. La superación del atraso se constituyó, de hecho, en el *leit motiv* de la UP.

Entre tanto, una realidad que se presentaba con contornos más complejos que aquellos en que se basaron los modelos anteriores de implantación del socialis-

³ Sergio Bitar, *Transição, Socialismo, Democracia: Chile con Allende* (Rio de Janeiro, Paz e Terra, 1980), pág. 65.

⁴ Gonzalo Martner, *El gobierno del presidente Salvador Allende 1970-1973: una evaluación* (Santiago, PEDNA/LAR, 1988), pág. 130.

mo, exigía también que aquella izquierda crease un camino propio y singular para que el socialismo pudiese ser propuesto como objetivo en un programa de gobierno.

Aunque en su programa la UP procuraba evitar la palabra revolución, prefiriendo expresiones de sentido más flexible como transformaciones revolucionarias o, en todo caso, indicando que el socialismo no sería implantado de inmediato en Chile, sino como resultado de las transformaciones que pondría en práctica el gobierno popular, el presidente Allende se mostró siempre preocupado en enfatizar el objetivo y la vía escogida. En su primer mensaje al Congreso Pleno, Allende afirmaba:

“Chile se encuentra frente a la necesidad de iniciar una nueva manera de construir la sociedad socialista... Las dificultades que enfrentamos... residen realmente en la extraordinaria complejidad de las tareas que nos esperan: *institucionalizar la vía política para el socialismo*, y lograrlo a partir de nuestra realidad presente, de sociedad agobiada por el atraso y por la pobreza propios de la dependencia y del subdesarrollo; romper con los factores causantes del retardo y, al mismo tiempo, edificar una nueva estructura socioeconómica capaz de proveer a la prosperidad colectiva... Modelando la primera sociedad socialista edificada según un modelo democrático, pluralista y libertario”⁵.

En este mismo mensaje, al convocar a los dirigentes chilenos a desarrollar “la teoría y la práctica de nuevas formas de organización social, política y económica, tanto para la ruptura con el subdesarrollo como para la *creación socialista*”⁶, Allende evidenciaba claridad y una conciencia precisa sobre el inédito contenido de la opción realizada. Y apuntaba para lo que, en su visión, era el problema político clave de aquella creación: la cuestión de la legalidad democrática y su alteración, también democrática, que posibilitase la construcción socialista. Este aspecto lo enfatizaría incansablemente desde su primer mensaje como Presidente:

“En el régimen de transición al socialismo, las normas jurídicas responderán a las necesidades de un pueblo esforzado en edificar una nueva sociedad. Pero, legalidad habrá... Del realismo del Congreso depende, en gran medida, que a la legalidad capitalista suceda la legalidad socialista... sin que una fractura de la juricidad abra las puertas a arbitrariedades y excesos que, responsablemente, queremos evitar”⁷.

Ese discurso, del 5 de mayo de 1971, titulado *La vía chilena al socialismo*, se convirtió, tanto desde el punto de vista teórico como político, en la referencia mayor a la estrategia seguida por Allende durante su gestión de gobierno.

En el segundo mensaje al Congreso Pleno, en mayo de 1972, volvería a enfatizar que el camino de la “revolución chilena” no estaba en el “quiebre violento del aparato estatal”, agregando que, en aquel momento, “el régimen institucional continuaba actuando regularmente porque las fuerzas populares, dentro de él, lo estaban sustentando”. Según Allende, sería incorrecto pensar en destruir lo que

⁵ Salvador Allende, “Primer Mensaje al Congreso Pleno”, Patricio Quiroga (editor), *Salvador Allende. Obras Escogidas (1970-1973)* (Barcelona, Crítica, 1989), págs. 78-80. (El destacado es nuestro).

⁶ *Op. cit.*, pág. 82.

⁷ *Op. cit.*, pág. 85.

en aquel momento funcionaba para “transformar y crear en beneficio de Chile y de sus masas trabajadoras”. En una opinión que evidenciaba mucho más que intuición política, refiriéndose a las instituciones del Estado chileno, Allende enfatizaba que ellas no eran “una abstracción” y procuraba remarcar que todo dependería de la manera por la cual las elites políticas del país se movería en relación a ellas⁸.

Por las circunstancias políticas configuradas en virtud del espacio que la izquierda pasó a ocupar en el régimen político, el problema de la transición al socialismo en Chile tenía como gran problema, de acuerdo con Allende, el grado de apertura y flexibilidad de la institucionalidad para permitir la institucionalidad de la transición socialista. Ésta era una cuestión clave para el proceso chileno en la medida en que significaba, precisamente y al mismo tiempo, democratización y solidez de las instituciones estatales. La creación socialista en Chile suponía, según Allende, un *qué hacer* teórico y político-institucional que decidiera su suerte. Ella, por consiguiente, estaba condicionada y dependía del movimiento de todos los actores políticos de la sociedad chilena, de sus opciones a cada paso, especialmente, y sobre todo, de la propia izquierda.

En diversas oportunidades usó también otra expresión para calificar con mayor precisión la opción que la izquierda debería seguir en Chile. A la inversa de la vía político-institucional (término más utilizado en contraposición a la vía “insurreccional”) o vía pacífica (más presente en el debate parlamentario en oposición a “vía armada”) o “vía legal”, constitucional, parlamentaria –de claro sentido peyorativo en el imaginario de la izquierda–, Allende hablaba de una *vía democrática*, que más substantivamente indicaba la forma que emprendería la lucha principal y el comportamiento político en el ejercicio del poder de Estado⁹.

Las referencias de Allende a la vía democrática, una opción que, según su opinión, la izquierda debería asumir integralmente, los contenidos programáticos de la plataforma de gobierno, de acuerdo a lo que se suponía su visión acerca de la estrategia global de la Unidad Popular, acabarían por sellar una identificación: *la experiencia chilena* y su corolario más inmediato, es decir, *la vía chilena al socialismo*, pasaron a ser apreciados como una experiencia práctica de aplicación de la vía democrática al socialismo.

Independientemente de todos los problemas existentes al interior de la izquierda chilena, no cabe duda que en los tres años de gobierno de la UP estuvo presente la cuestión de la conquista política de la mayoría para el socialismo mediante procedimientos democráticos. Podemos decir, por eso, que la experiencia chilena fue una *tentativa* de realización práctica de la vía chilena al socialismo, en la acepción formulada por Allende.

La estrategia global adoptada por la UP contemplaba, entre tanto, formulaciones bastante diferentes sobre lo que debería ser la *vía chilena al socialismo*, expresado en la forma en que los diversos segmentos de la izquierda interpretaban lo que se encontraba expresado en el programa de la UP y también en la forma por

⁸ Allende, *Discursos...*, op. cit., pág. 342.

⁹ Jorge Arrate, *La fuerza democrática de la idea socialista* (Barcelona/Santiago, Ediciones Documentas/Ediciones del Ornitorrinco, 1985), pág. 33.

la cual actuaban frente a las circunstancias políticas. Las divergencias dentro de la izquierda chilena se vinculaban fundamentalmente a la aceptación de la estrategia democrática contenida en la vía chilena al socialismo. Como al interior de la UP el proyecto de la *vía chilena al socialismo* no siempre fue comprendido y asumido como una *vía democrática*, la identificación integral entre ambas acabó por no configurar una línea política clara y hegemónica ni en el gobierno ni entre los partidos que lo apoyaban. Esto ocurre y puede ser comprendido tanto en función de la cultura política que informaba los partidos de la izquierda chilena cuanto por el propio carácter *anticipador* y por consiguiente, *inconcluso*, del propio proyecto de la vía chilena como un camino democrático al socialismo.

Como consecuencia de esto, la acción gubernativa de la UP no conseguiría manifestarse consensualmente a través de un proyecto claro de conducción de la construcción del socialismo por la vía democrática. En este sentido, es posible, a nuestro modo de ver, indicar los límites de las interpretaciones concluyentes de la experiencia chilena que la comprenden como una aplicación práctica de la vía democrática al socialismo. Esta última, apenas permanecería como el elemento más innovador que se anunciaba en el proyecto de la vía chilena al socialismo, expresándose casi exclusivamente en el comportamiento político del presidente Allende al intentar, a partir del gobierno, conducir el proceso en aquella dirección.

En tanto, ese elemento del proyecto, más intencional que organizador de una gran política, gradualmente perdió poder de atracción y eficacia, diluyéndose en la imperiosa necesidad de mantener unida la coalición de izquierda como forma de sustentación del gobierno. Desde el punto de vista práctico, lo que ocurrió fue que la vía chilena al socialismo acabó por reducirse a un conjunto de operaciones tácticas frente a la economía y al aparato del Estado, conformando la llamada *vía político-institucional* formulada por Joan Garcés¹⁰, asesor político de Allende.

Aunque se hubiese presentado enteramente dividida frente al proyecto del Presidente, la izquierda chilena tenía delante de sí un desafío que no podía dejar de enfrentar: formular y colocar en la práctica, simultáneamente, una estrategia de tránsito democrático al socialismo. Entre tanto, frente a este desafío inédito, la izquierda chilena, en su conjunto, razonaba de forma bastante convencional.

Al proponerse la construcción del socialismo como una tarea derivada de las iniciativas de su gobierno, las fuerzas políticas de la UP percibían en el socialismo una necesidad histórica y una *etapa inevitable* de la evolución de la sociedad, además de creer también que las condiciones objetivas de la sociedad chilena ya indicaban su adopción. El socialismo era concebido por la UP como una construcción histórica de la clase trabajadora en lucha antagónica contra la burguesía, lo que implicaba, como solución de este antagonismo, la conquista por la clase obrera del poder del Estado, para, en seguida, modificar su carácter de clase. Convirtiéndose en clase dominante, la clase trabajadora procedería a la socialización de los

¹⁰ Joan Garcés, *Chile: el camino político hacia el socialismo* (Barcelona, Ariel, 1972), *El Estado y los problemas tácticos en el gobierno de Allende* (Buenos Aires, Siglo XXI, 1973) y *Allende y la experiencia chilena* (Barcelona, Ariel, 1976).

medios de producción, que junto al poder obrero, crearían las condiciones para la extinción tanto del Estado como de la sociedad clasista¹¹.

Entre tanto, era también un presupuesto de la UP que este proceso, al ser abordado en el plano histórico-concreto, exigiría necesariamente una etapa de *transición*, en la cual el Estado, interviniendo directamente en la economía, realizaría las transformaciones destinadas a la socialización de los medios de producción. Fueron, efectivamente, en torno a dichas cuestiones que envolvían esta etapa de transición (su naturaleza y tiempo de duración), que residirían las principales divergencias al interior de la UP.

Se consiguió mantener como consensual con todo, que esta etapa de transición tendría como tarea fundamental la conversión del Estado burgués existente en un "Estado Popular". La fórmula, también convenida, de conquista de este Estado pasaba por el fortalecimiento de las organizaciones de base de los trabajadores y requería la intervención política directa de sus organizaciones de vanguardia. Los mecanismos legales de la institucionalidad, dentro de ellos los que se atribuían al Poder Ejecutivo, eran también entendidos como válidos e importantes en la realización de las expropiaciones y nacionalizaciones contenidas en el programa de gobierno de la UP, lo que permitiría el fortalecimiento de los sectores mayoritarios de la sociedad, factor de poder para la gestación de un nuevo ordenamiento jurídico. Por tanto, era consensual el privilegio de la dimensión económica como aquella que posibilitaría y facilitaría, en virtud de los cambios que alterarían las relaciones de poder al interior de la sociedad, la transformación institucional y política del Estado.

No es difícil observar, entonces, que la visión de construcción del socialismo propuesta por la Unidad Popular no se presentaba como integralmente nueva frente a la teoría socialista. Al interior de la UP lo que se entendía como teoría socialista, generalmente, era tomada mucho más como factor de legitimación ideológica de los discursos y decisiones partidarias que como referencia para una construcción teórica innovadora. Las afirmaciones constantemente reiteradas de que Chile presentaba una realidad histórica particular para la construcción del socialismo, fueron, con la excepción parcial del presidente Allende, asumidas más como retórica que como un imperativo para la elaboración de una nueva teoría de la transición socialista.

Aunque la izquierda había procurado afirmarse como defensora de la legalidad, el problema de la relación entre democracia y socialismo emergió con toda su crudeza, a partir del momento en que ella alcanzó el gobierno. En lo que concierne directamente al tema del socialismo, la dificultad que se le presentó a la UP consistió, precisamente, en formular una manera de abordarlo *políticamente*, ya que ella lo concebía estrictamente como un proyecto de reorganización económica de la sociedad¹². Socialismo y socialización, eran temas enfrentados

¹¹ Alejandro Rojas, *La transformación del Estado: la experiencia de la Unidad Popular* (Santiago, Ediciones Documentas, 1987).

¹² Norbert Lechner (organizador), *Estado y política en América Latina* (México, Siglo XXI, 1981), pág. 308.

teórica y programáticamente como cuestiones eminentemente económicas. El fortalecimiento de las organizaciones populares y su presencia en el seno del Estado, para, durante el proceso, alterar su carácter, era el único elemento político previamente definido.

En lo que se refiere a la democracia, exceptuándose el énfasis en la participación popular, las dificultades en definir explícitamente las relaciones de la Unidad Popular con el tema se presentó en un grado mayor. La democracia fue para la izquierda chilena un espacio vital para su desarrollo. En tanto, ella se constituyó y prosiguió actuando, de una forma casi integral, como si la entendiese en tanto envoltura paradigmática del capitalismo¹³. La izquierda chilena se estructuró teniendo por base una lectura de la historia del país a partir de una óptica bastante particular, centrada en la historia de las luchas obreras. La temática del *orden político* era vista como una cuestión de clases dominantes, a despecho de que la propia izquierda se había incorporado en ella como un actor político de significación, especialmente a partir de los años treinta. Las elites chilenas, a su vez, explicablemente, hacían de la temática del orden una imagen también abstracta, un retrato "naturalista" de sus percepciones de la sociedad y del mundo. De esta manera, valorizar positivamente la democracia chilena —en la lectura de la izquierda, "el orden de la clase dominante"— era lo mismo que afirmar el punto de vista de la ideología de una clase antagonica¹⁴.

Cuando la UP accedió al gobierno en 1970, sus ambigüedades frente a estas cuestiones parecieron evidentes, complicando la definición del papel de la coalición. Como una fuerza política que postulaba la transformación social desde fuera del aparato del Estado, la izquierda chilena había conseguido demostrar, por décadas, que era capaz de construir y verbalizar un discurso fundado en la perspectiva de los gobernados. A partir de un abordaje más teórico, dicho discurso *ex parte populi*, al centrarse en las temáticas de la igualdad y en el derecho a la no opresión, excluía para sí la necesidad del orden y la unidad del Estado, y, en una visión prospectiva, apostaba hasta en su fractura. Ese discurso, sumado a los elementos ideológicos de la izquierda, podían garantizarle su legitimidad revolucionaria. Instalada en el gobierno, la UP se vio exigida a elaborar una nueva formulación: un discurso *ex parte principis*, justificador de su derecho a dirigir y a ser obedecida, garantizador, por tanto, de la unidad y del orden político.

El desafío puesto a la Unidad Popular como un actor político, era, por consiguiente, el de construir un discurso a partir del Estado que garantizase su legitimidad respecto a la sociedad en su conjunto. Desde ese papel protagónico, entonces, la democracia no podría ser más referida a ningún actor sociopolítico externo al orden político o institucional. De esta manera, convertirse en gobierno y continuar luchando por la construcción socialista, como una ruptura revolucionaria, fue lo que definió la acción y todas las contradicciones experimentadas por la UP.

¹³ Norbert Lechner (organizador), *Estado y política en América Latina* (México, Siglo XXI, 1981), pág. 308.

¹⁴ Marcelo Schilling, "Hacia una crítica de la interpretación histórica de la izquierda en Chile", *Temas Socialistas*, N° 2, Santiago, 1983, págs. 23-45.

Como protagonista central, Allende fue el actor político que más buscó la conexión entre estos dos discursos arriba presentados, y es por esa razón que su línea política, táctica y estratégicamente, se diferenció de los dos principales partidos de la UP: el PC y el PS. Para ambos, la superación del Estado burgués durante el proceso revolucionario chileno concluiría obligatoriamente con el establecimiento de la dictadura del proletariado.

Para el PC, en virtud de su estrategia de revolución por etapas, el período de transición debía ser procesado de forma que la institucionalidad del Estado democrático permaneciese inalterable. La fase de liberación nacional, una etapa previa a la instauración del socialismo, debía ser asumida sin una alteración substancial de la institucionalidad vigente¹⁵. Era éste, en el fondo, el diseño de la vía chilena al socialismo elaborado por el PC. Los comunistas se planteaban a favor de la categórica defensa de la particularidad al interior del proceso, pero realizaban la lectura de esta particularidad desde el esquema marxista-leninista, lo que suponía precisamente que, traspasada la etapa de liberación nacional, la temática de la instauración de la dictadura del proletariado estaría dispuesta. Entre tanto, procurando actuar de forma bastante pragmática y flexible, los comunistas emprendieron una defensa del Estado de Derecho, separando esta dimensión de la economía y concibiendo la supresión de la clase burguesa como un proceso económico. Esta operación, frecuentemente referida a la praxis leninista, no precisaba si las conquistas democráticas serían consideradas como estratégicas o tácticas, esto es, si serían tratadas como referencias para la sociedad socialista que se quería construir o si serían válidas apenas en el proceso de transición que precedería a la conquista total del poder. Precisamente, la particularidad chilena exigía una definición por parte de los comunistas si su proyecto socialista se afirmaba definitivamente en los valores de la democracia política o si, conforme a la correlación de fuerzas, adoptarían el mismo camino que había marcado experiencias anteriores de implantación del socialismo. Por defender tan categóricamente el Estado de Derecho, los comunistas estaban obligados a responder esta cuestión. Al no hacerlo —y esto fue lo que aconteció—, la propia noción del período de transición permanecería ambigua y oscura.

Para el PS, la resolución de la cuestión del poder político se ubicaba al interior del propio proceso de transición. Los socialistas rechazaban la noción de revolución por etapas y, por tanto, la idea de que el gobierno de Allende configuraba una transición socialista. Los socialistas propugnaban estratégicamente la construcción de un "Estado Paralelo" cuya función sería destruir el Estado representativo existente. La tarea primordial del gobierno de Allende sería posibilitar la creación de las bases para la construcción de este Estado, abriendo paso a la implantación de la dictadura del proletariado. Los socialistas pensaban, entonces, en un proceso ininterrumpido de confrontación global, constituyendo la cuestión de la ruptura con el ordenamiento jurídico-institucional un problema a ser considerado tácticamente, esto es, atendiendo a la acumulación de fuerzas sociales,

¹⁵ Schilling, "Hacia una crítica...", *op. cit.*

políticas y militares. Para el PS estaba claro que todo proceso revolucionario —y el chileno no se diferenciaba de eso— colocaba inevitablemente la cuestión de la confrontación decisiva de clases. En esta construcción no había, por tanto, una vía chilena al socialismo, una nueva formulación y un nuevo proceso que alterarían los elementos que caracterizaban los procesos revolucionarios encaminados hacia la implantación del socialismo. La particularidad chilena confirmaría, una vez más, las leyes universales de la revolución¹⁶.

Idénticas en cuanto a las referencias teóricas y en cuanto al horizonte del proceso revolucionario, muy diferentes en cuanto a comportamiento político frente a las circunstancias que se le presentaban a la Unidad Popular, las posiciones del PC y del PS definirían de manera decisiva el curso de los acontecimientos. Defendiendo, frente a todos los riesgos, la gobernabilidad de Allende, el Partido Comunista fue el partido de la UP que más trabajó en conjunto con la presidencia de la República. Allende, legitimado en la tradición socialista, pudo encontrar en el PC un factor de sustentación que no conseguiría obtener en su propio partido. La crítica a la estrategia seguida por parte de la dirección del Partido Socialista al gobierno fue permanentemente abierta. Desde el Congreso de La Serena, de junio de 1971, el Comité Central del PS contaba con una mayoría abrumadora de adherentes a las tesis insurreccionalistas¹⁷.

De esta manera, frente a las posiciones del PC y del PS, no cabe excluir la visión que la estrategia seguida por Allende ganaba autonomía. El discurso presidencial se afirmaba como una línea propia, y, como expusimos al inicio del trabajo, acabó identificada con el proyecto de la vía chilena al socialismo. Allende compartía, con todo, los mismos puntos consensuales que presentamos al interior de la Unidad Popular. En relación al período de transición, por ejemplo, era taxativo en la defensa de una transición de carácter socialista, ubicándose en una posición bastante próxima a la de su partido. En su concepto, Chile disponía de instituciones sociales y políticas para “materializar la transición del atraso y la dependencia, para el desarrollo y la autonomía, por la *vía socialista*”¹⁸. Pero, el énfasis dado también a la mantención de las instituciones políticas lo aproximaba a la política defendida por los comunistas. Así, la autonomía de la estrategia allendista se definía encontrando puntos de convergencia entre el PC y el PS, y transformando su liderazgo en un elemento de equilibrio y afirmación del eje comunista-socialista. Allende había sido, de hecho, uno de los políticos que más trabajó en el sentido de componer este eje desde los años cincuenta. Por esa razón, debemos comprender esta autonomía como relativa: ella se fundaba en elementos teóricos distintivos y se alojaba fundamentalmente en el plano de la política. A nuestro modo de ver, ésta fue la razón por la cual, en el período, la estrategia seguida por Allende no se afirmó política y teóricamente con una característica propia, en los términos de una “vía allendista al socialismo”.

¹⁶ Schilling, “Hacia una democracia...”, *op. cit.*

¹⁷ Ignacio Walker, “Del populismo al leninismo y la ‘inevitabilidad del conflicto’: el Partido Socialista de Chile (1933-1973)”, *D.T.*, N° 91, Santiago, CIEPLAN, 1986, pág. 80.

¹⁸ Allende, *Discursos...*, *op. cit.*, pág. 89.

Actuando objetivamente como expresión del eje comunista socialista, la estrategia política de Allende recusaba, con todo, tanto la revolución por etapas como el "Estado Paralelo". La transición por la vía socialista de que hablaba Allende debía hacerse al interior de la legalidad existente, profundizando y concretando el contenido democrático y formal del Estado burgués, y ser sustentada por la movilización de masas. Allende suponía que el proceso se encaminaría hacia una situación de ruptura, transformando el Estado vigente en uno antagónico al capitalismo. En su visión, por tanto, la resolución del problema del poder no se situaba previa a la construcción socialista, sino como una cuestión de simultaneidad al interior de la vía socialista. Poder político de los trabajadores y creación socialista eran abordados por Allende como procesos constructivos que deberían desarticular la estructura de dominación capitalista.

Como adelantamos, no hay la menor duda de que esta estrategia estuvo presente en la acción gubernativa de la UP. En pugna y buscando todos los puntos de convergencia posibles con las visiones arriba descritas del PC y del PS ella, con todo, no consiguió afirmarse como concepción dirigente y definir a la Unidad Popular como el actor político de la vía chilena al socialismo. Fisurada, la UP no ejecutó ni desarrolló la vía chilena al socialismo y, por consiguiente, lo que en ella se anunciaba como una vía democrática. En tanto, es necesario que se enfatice que ni el gobierno, ni la UP, ni tampoco el presidente Allende, adoptaron una política dispuesta a conducir el proceso en el terreno de la insurrección, con el virtual quiebre del aparato del Estado. Esta tendencia, todavía presente en sectores significativos de la UP, aparecería como exterior a la política que era conducida por el gobierno.

Pero, volviendo al tema de los puntos convergentes entre Allende y los dos principales partidos de la Unidad Popular, es importante resaltar nuevamente que más allá de los elementos distintivos entre ellos hay también *nexos* aproximativos que no pueden ser olvidados. De no ser así, las posibilidades de convivencia, lealtad y alguna reciprocidad entre el Presidente y los principales partidos de la izquierda habrían sido mucho menores. Aunque profundas y decisivas, las diferencias entre la estrategia de Allende en la conformación de la vía chilena al socialismo y las estrategias del PC y del PS, no se configuraron en división ni de la coalición ni de la relación de apoyo de ésta para con el gobierno.

En lo que se refiere a los elementos de teoría, lo que se puede observar es que, para Allende, al contrario del PC y del PS, legitimar la vía chilena en la teoría del socialismo no significaba someter la proposición a sus determinaciones. Al postular un "segundo camino para el socialismo", Allende enfatizó frecuentemente la necesidad de la creación teórica, creación que, al ser elaborada al interior de un proceso también inédito, significaba una *realización* de la propia teoría¹⁹. Para Allende, las circunstancias de un proceso tan original como el chileno no encontrarían respuestas prontas en la teoría y sus llamamientos para que se buscaran soluciones concretas a partir de los problemas concretos que se presentaban,

¹⁹ Cristián Cox, "La teoría en la ideología política de la Unidad Popular", FLACSO, *Ideología y procesos sociales en la sociedad chilena. 1970-1973* (Santiago, FLACSO, abril 1977), vol. 1, pág. 200.

contrastaban con la vocalización abstracta y por momentos mitológica de los sectores más significativos de la izquierda.

La ausencia de un desarrollo ulterior de la vía chilena al socialismo *no reside en el vacío teórico, pero sí en la afirmación de un marco teórico alternativo, aunque insuficiente frente a las circunstancias*, y así debe ser buscada, a nuestro juicio, tanto en las vicisitudes del gobierno de la UP cuanto en las propias limitaciones de Allende y de algunos intelectuales ligados a él que le influyen política y teóricamente en los años de la presidencia. No podemos desarrollar aquí un análisis más detallado del primer aspecto²⁰, razón por la cual concentraremos nuestro análisis en las formulaciones que estuvieron en la base de las estrategias políticas que fueron adoptadas en el período.

Al intentar cimentar la estrategia defendida por Allende a partir de la lectura de los clásicos del marxismo y de la formulación de una vía específicamente táctica para el proceso chileno, el análisis de los trabajos de algunos intelectuales, que lo asesoraron o influyeron, nos indica que el problema no radicó en la ausencia de teoría, aunque sí en un determinado abordaje de ella, más precisamente en los límites de este abordaje. Nos referimos específicamente a los trabajos de Joan Garcés²¹ y a las contribuciones venidas del "socialismo de izquierda" europeo, puesto en permanente debate entre las estrategias revolucionarias y reformistas de la época²².

Joan Garcés, cientista político catalán y asesor directo de la presidencia, era el responsable de los análisis de coyuntura política y de, como ya indicamos, la formulación de la "vía político-institucional" como la "táctica revolucionaria" más adecuada para Chile. Esta táctica, según Garcés, se mostraba coherente con el desarrollo político chileno y con la idea de la revolución como conquista del aparato del Estado. Por esta razón, era preciso mantener la forma política de la voluntad general que caracterizaba el ordenamiento constitucional y, a través de la "vía político-institucional", satisfacer el contenido como los valores de una nueva clase social.

Se trataba, por tanto, de acuerdo con Garcés, de configurar, mediante la intervención de los actores políticos vinculados a los trabajadores, un contenido proletario y popular a las avanzadas instituciones democráticas vigentes en Chile. Para Garcés, era de fundamental importancia, dar sustentación al gobierno de la Unidad Popular, a través de la constante iniciativa política, lo que debería culminar en la conquista de la hegemonía al interior del aparato estatal. Importaba, fundamentalmente, a la izquierda, saber utilizar los recursos operativos que le facultaba el Estado para trabajar favorablemente las situaciones políticas con vista a un fin bastante determinado: mantener funcionando el gobierno para que ganase cada vez más fuerza política y legitimidad social y pudiese promover los cambios constitucionales que darían soporte a la institucionalidad de la transición socialista.

²⁰ Sobre este tema véase, A. Garretón y Tomás Moulián M. *La Unidad Popular y el conflicto político en Chile* (Santiago, Ediciones La Minga, 1983).

²¹ *Chile: el...*, *op. cit.* y *El Estado...* *op. cit.*

²² Un desarrollo más completo de estas ideas, en Alberto Aggio, *Democracia e Socialismo: A experiencia chilena* (Sao Paulo, Editora UNESP, 1993).

Se podría decir que Garcés concebía la revolución socialista como una "vía política-institucional", concentrada en victorias tácticas. Si su "vía político-institucional" no se encontrara integralmente fundada en la ortodoxia marxista-leninista, guardaba de ella el elemento fuerte de la intervención táctica, activa y rupturista. En ella, el tiempo político de la táctica no podría sufrir reveses de cualquier naturaleza, ante el riesgo de emerger en el escenario el tiempo de la estrategia, en la que, según Garcés, forzosamente la "vía político-institucional" cedería lugar a la "vía insurreccional"²³. El tiempo de la táctica aprisionaba así, el tiempo de la estrategia. Su elemento de *previsión* era apenas defensivo y por eso se centraba fuertemente en el análisis coyuntural. Por esa razón, la "vía chilena" de Garcés no consiguió configurarse como un nuevo "programa", afirmándose solamente como una especie de realización operacional de la vía chilena defendida por Allende.

Se percibe en las formulaciones de Garcés con mucha nitidez lo que Gramsci llamó una banalización de la *doble perspectiva* en la acción política y en la vida estatal, en la cual la estrategia y la táctica no son más que "formas de inmediatez que se suceden en el tiempo con mayor o menor proximidad"²⁴. Esta postura crítica de Gramsci nos sugiere que una victoria electoral de fuerzas partidarias del socialismo por sí misma no puede ser concebida como un tiempo que distancie o aproxime el tiempo de construcción del socialismo. De inmediato, la acción política puede y debe estar presente en uno y otro tiempo, esto es, en lo táctico y estratégico. *Contrario sensu*, cuanto más imperiosas fueran las necesidades de defensa de un gobierno de tal naturaleza, más debería ser parte del escenario político la perspectiva estratégica, es decir, el socialismo, no como una operación de conquista total del poder, sino como una perspectiva de construcción de la *voluntad colectiva*, de un "principio dirigente" que puede soldar y solidificar la voluntad general manifestada y formalizada en las instituciones democráticas y representativas. En esta construcción emerge, con claridad, que la dimensión de la voluntad general y pasiva puede ser abordada políticamente a través de operaciones tácticas, en cuanto que la dimensión de la voluntad colectiva no puede ser reducida a ese tipo de abordaje ya que ella no está circunscrita sólo a la "sociedad política", sino que apunta más hacia un "Estado integral" y hacia una "sociedad regulada".

En el proyecto de Garcés, la hipertrofia del tiempo de la táctica frente al tiempo de la estrategia, imposibilitaba un nexo más liberador entre ambos y clausuraba la construcción de una nueva noción de tiempo en la acción política, concebida como una superación dialéctica, donde la estrategia y la táctica conformasen una relación tensionada, en la cual la primera se ejercitase como forma compleja y superior, y "distante", en cierto sentido, de la segunda. De ahí la centralidad del tema de la democracia como decisivo —o en otro sentido, "estratégico"— y no el énfasis en operaciones tácticas con vista a la conquista inmediata de una institucionalidad de transición al socialismo. Paradojalmente, la *previsión defensiva*

²³ Garcés, Allende..., *op. cit.*

²⁴ Antonio Gramsci, *Maquiavel, a política e o Estado Moderno* (Rio de Janeiro, Civilização Brasileira, 1976), pág. 41.

de Garcés no fue otra cosa que una manifestación pasiva que se expresaba activamente: conocía mucho de coyuntura política, mas comprendía poco de la propia particularidad chilena. Ella se mostró adecuada, con todo, al proceso de "antirrevolución pasiva" que la izquierda había desencadenado, intentando superar rápidamente lo que ella entendía como antagónico a él: la modalidad específica de "revolución pasiva" que estuvo en la base de la trayectoria del país rumbo al capitalismo, especialmente a partir de fines de los años treinta.

No eran integralmente distintas las formulaciones de Allende, a despecho de su ardorosa defensa de la democracia y de todas las instituciones políticas chilenas. Su duplicidad para situarse como actor político al interior de la Unidad Popular y garantizar el equilibrio, fue la tonalidad de su política. Todo se justificaba porque el camino democrático al socialismo se configuraba, de hecho, como búsqueda incierta y zigzagueante. Una cosa, en tanto, se encontraba bastante definida: ésta sería, ciertamente, un cambio iluminado por la creciente y activa participación política de las masas. Pero eso se mostró enteramente insuficiente.

Entre la activación de las masas y la preservación del orden democrático residía, efectivamente, el *enigma* de la transición democrática al socialismo propuesto en la vía chilena. En el escenario de las "alternativas globales", que se estructuraban al interior de las elites políticas a partir de los años sesenta, el desencadenamiento por la izquierda de un proceso de "antirrevolución pasiva", acabó por afirmar un antagonismo al "arreglo democrático" chileno²⁵, construido desde fines de los años treinta y que, en aquel momento, experimentaba una aguda contestación en virtud de la emergencia de las masas en el escenario político²⁶. Al ser concebido e implementado como vía socialista, o sea, como una "alternativa global" y antagónica, tal proceso favoreció, contra todas las intenciones democráticas contenidas en la vía chilena, el colapso del orden democrático vigente en el país.

Proceso radical de democratización incapaz de sustentar la democracia política, la "antirrevolución pasiva" de la UP, llevada a la práctica y supuesta, como vimos, en la estrategia democrática al socialismo defendida por Allende, no consiguió captar en toda su plenitud la *doble cara* de la modalidad específica de la revolución pasiva que había sido responsable de la modernización del país. Modalidad específica expresada en un "compromiso tácito" que permeaba fundamentalmente la sociedad políticamente organizada —de ahí la expresión *arreglo democrático*—, que había posibilitado industrialización y desarrollo, al mismo tiempo que democracia política y participación. En otras palabras, todo aquello que estaba en la base de esa activación de masas que sustentó el gobierno de la Unidad Popular hasta el final. En fin, lo que había de esencial en la particularidad chilena.

²⁵ Eugenio Tironi, *El liberalismo real* (Santiago, Ediciones SUR, 1984).

²⁶ La expresión antirrevolución pasiva, como un concepto inspirado en una categoría gramsciana, es aquí utilizado apuntando a la activación de masas desencadenada para sustentar los cambios implementados por el gobierno popular, proyectados como una superación histórica de las fracasadas alternativas reformistas (gobiernos radicales y también gobierno de la Democracia Cristiana). Tal proceso, incontroladamente, pasó a ser experimentado por la izquierda como una transición al propio socialismo.

Con posterioridad al colapso de la democracia chilena, lo que siguió fue el predominio de una de las "alternativas globales" —proyectadas a partir de los años sesenta— que rápidamente se actualizó en las "modernizaciones neoliberales", decapitando las dos cabezas del Jano chileno. Al cancelar, sobre todo, la esfera política y participativa de la sociedad, los *militares* —de la misma manera que los procesos revolucionarios paradigmáticos— se impusieron, tempranamente, contra las propias elites políticas que apoyaron al golpe, invirtiendo, como en una paradoja siniestra, las señales de la "profecía" de la inevitabilidad de la confrontación deseada por los actores más revolucionarios de la izquierda.

Concluyendo, parece correcto afirmar que la *experiencia chilena* experimentó, durante mucho tiempo, el desacierto entre un programa que, en rigor, no configuraba una revolución, y el maximalismo de su izquierda, inclinada a percibir el período como la antesala del socialismo, cuando no el propio socialismo²⁷. La "antirrevolución pasiva" desencadenada por la izquierda y sumada a sus alucinaciones no permitirían que ella misma observase y pudiese centralizar su política en lo que, de hecho, era el verdadero objetivo del programa de la UP: la intensificación de la integración social mediante políticas sociales de corte cada vez más popular, la profundización de la democratización política como un aumento cada vez mayor de la participación de los trabajadores y un estímulo incisivo al proceso de industrialización del país²⁸.

El discurso de la vía chilena al socialismo, al no convertirse, para los partidos de izquierda, más que en una bandera agitativa, jugó a favor de mantener y reproducir el mencionado desacierto. Desde un punto de vista más pragmático, la izquierda imaginó que podría garantizar el control del proceso a través de una inyección constante de voluntad política, y, en el plano económico, a través del fortalecimiento del mercado (demanda efectiva), como consecuencia de la implementación del programa gubernamental, donde se suponía también que la estatización y la redistribución se reforzarían mutuamente²⁹. Pero las contradicciones fueron mayores que la "imaginación al poder".

La situación chilena exigía, como dijimos, una *gran creación*. Lo nuevo de la situación política después de la victoria de Allende debía parecer como *novísimo* en la concepción de la transición al socialismo que se anunciaba. Y esto significaba, ante todo, hacer emerger lo nuevo a partir de lo que había de esencial en la particularidad chilena. Esta determinación podría haber conducido a una nueva formulación de la noción de tiempo político en aquel proceso específico de construcción del socialismo, lo que habría implicado también una nueva formulación en la noción de ruptura, pactada y reformadora. Sin conseguir afirmarse en ninguna de estas dimensiones, la vía chilena apenas consiguió anunciarse como una vía democrática.

²⁷ Tomás Moulián, "Tensiones y crisis política: análisis de la década del setenta", en Adolfo Aldunate, Ángel Flisfish y Tomás Moulián, *Estudios sobre el sistema de partidos en Chile* (Santiago, FLACSO, 1985).

²⁸ Tironi, *El liberalismo...*, op. cit., pág. 39.

²⁹ *Ibid.*

Como observamos al inicio de este trabajo, el período 1970-1973 acabaría por ser reconocido históricamente mucho más por lo que anunciaba en la proposición de transición al socialismo, sin examinarla profundamente, que por las contradicciones vividas por la izquierda chilena al conducir el gobierno. Ello pasó a ser visto, incorrectamente, como un ejemplo de la aplicación práctica de la vía democrática al socialismo que por fin redundaría en una frustración, que como el fracaso de la experiencia gubernamental de la izquierda chilena. En esta visión, como enfatizamos, emerge completa e integral la identificación entre proyecto y proceso, entre los elementos de una vía democrática al socialismo existentes en la vía chilena y la trayectoria política vivida por la Unidad Popular en el gobierno. Vía democrática al socialismo, vía chilena y el gobierno son vistos como un objetivo unívoco, desprovisto de cualquier contradicción. Es bastante claro, con todo, el supuesto ideológico de esta construcción: al fracasar la experiencia chilena, fracasa definitivamente cualquier posibilidad de proposición de una vía democrática al socialismo. Más que eso, imposibilitaría la extensión de esta proposición en la perspectiva de concebir teórica y políticamente, que el camino del socialismo es la democracia. En términos sintéticos, que la democracia es la vía del socialismo.

A despecho de todas las intenciones y a pesar de la tentativa realizada, el fracaso de la experiencia chilena fue, sobre todo, el fracaso de un gobierno de izquierda cuyo proyecto de transición al socialismo no consiguió traducirse en una gran creación política capaz de conquistar, por la democracia, la mayoría de la sociedad para este proyecto. La izquierda chilena fracasó en su experiencia gubernamental por haberse quedado a medio camino de él, cuando no contra él. La adhesión integral de toda la izquierda no era, obviamente, la garantía de su triunfo. Su concreción, abriría ciertamente la posibilidad del nacimiento de lo nuevo como *novísimo*, no obstante, el *enigma* permaneció indescifrable.

LA TRAYECTORIA HISTÓRICA DEL MUTUALISMO EN CHILE (1853-1990)

APUNTES PARA SU ESTUDIO*

Sergio Grez Toso**

Sin duda alguna, los temas analizados distan mucho de la visión multifacética que una "historia de la mutualidad chilena" debiera entregar. Por un lado, debe señalarse que los participantes en el Coloquio Internacional sobre la Historia de la Mutualidad, debíamos atenernos a una pauta estricta de temas de discusión. Y por otra parte, razones de tiempo y de espacio, además de la escasa atención brindada por la historiografía nacional a esta materia (en especial lo relacionado con el siglo xx), no nos han permitido abordar en profundidad cuestiones tales como las relaciones entre mutualidad y poderes públicos, mutualismo y sindicalismo, por citar algunas cuestiones de mayor relieve. A lo sumo, esos aspectos han sido tocados al pasar, en un relato global que debe considerarse más como un bosquejo, que como un estudio acabado de la historia de las sociedades de socorros mutuos. Estos "apuntes" no pretenden sino trazar ese esbozo y dejar planteada la tarea de escribir la historia de la mutualidad chilena.

INTRODUCCIÓN

Al igual que en otros países, la génesis del movimiento popular urbano en Chile aparece estrechamente ligada al proceso de urbanización y de industrialización¹. En 1865, la población urbana representaba el 29% de los habitantes del país; en 1875, el 35%; en 1885, el 38% y en 1895, el 43%. Aunque de proporciones modestas y limitadas, sobre todo si se le compara con las naciones que conocieron una verdadera revolución industrial, la urbanización y la industrialización permitieron, durante la segunda mitad del siglo pasado, el crecimiento del artesanado y la

* Este artículo corresponde a una versión resumida del informe presentado por el autor en el Coloquio Internacional sobre la Historia de la Mutualidad, realizado en París entre el 1 y el 3 de diciembre de 1992. Encuentro organizado por la International Association of Labour History Institutions, que contó con el auspicio del Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam, de la Fédération Nationale de la Mutualité Française y del Institut de Coopération Sociale Internationale.

El autor agradece a Gonzalo Cáceres Q., quien revisó el artículo, formulando críticas y observaciones que, sin duda, contribuyeron a mejorarlo. También manifiesta su reconocimiento a Jorge Rojas F., por sus informaciones sobre el período 1920-1931, y por haberle facilitado los manuscritos de su libro sobre la dictadura de Ibáñez y los sindicatos (citado más adelante), antes de su publicación.

**Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, profesor de las universidades Academia de Humanismo Cristiano y de Santiago de Chile.

¹ Sergio Grez Toso, *Les mouvements d'ouvriers et d'artisans en milieu urbain au Chili au XIX^e siècle (1818-1890)*, thèse pour le Doctorat (nouveau régime) d'Histoire et Civilisations (Paris, Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, 1990), págs. 130-180.

constitución de núcleos más o menos estables de proletariado fabril. En el marco de una estructura económica que permaneció ampliamente dominada por la producción minera y agrícola, el desarrollo de un sector artesano-industrial –minoritario, pero significativo– se constituyó en la base material que dio origen al movimiento popular urbano chileno². En el quehacer industrial o semiindustrial, se destacaron las fábricas de bebidas y de productos alimenticios, las industrias textiles y los talleres de confección, las fábricas, manufacturas y talleres artesanales consagrados a la elaboración y a la producción de cuero y de calzado, además de las industrias químicas y metalúrgicas.

Paralelamente, en las principales ciudades crecían las actividades de tipo artesanal y semiindustrial, así como los servicios ligados al equipamiento urbano y al consumo. Surgieron oficios inexistentes (o poco masivos) durante toda la primera mitad del siglo: carroceros, tipógrafos, litógrafos, encuadernadores, decoradores, doradores, tapiceros, modistas, cerveceros, cocheros, y otras actividades en las que el aporte cuantitativo y cualitativo de trabajadores extranjeros (alemanes, franceses, italianos, etc.), fue, en un comienzo, muy importante. Otros gremios más tradicionales como los zapateros, carpinteros, ebanistas, albañiles, cigarreros, curtidores, talabarteros, sastres, costureras, sombrereros, etc., aumentaron de manera progresiva gracias a la realización de numerosas obras públicas y al crecimiento, en mayor medida, de talleres, manufacturas y pequeñas fábricas. Sufriendo todas las consecuencias de un proceso de urbanización “salvaje” (hacinamiento en habitaciones estrechas e insalubres, ausencia de servicios adecuados para asegurar la higiene y la salubridad pública, etc.)³, y del atraso general de la sociedad chilena en el tratamiento y la prevención de enfermedades, en particular de las epidemias que periódicamente provocaban estragos, sobre todo entre la población pobre⁴; abandonados a su suerte por un Estado oligárquico, profundamente “a-social”; carentes de recursos en caso de enfermedades, accidentes, desempleo u otras desgracias; confiando únicamente en la caridad de las clases superiores, los trabajadores urbanos que contaban con mayor capacidad de organización y de ahorro (espe-

² Sobre la industrialización en Chile durante el siglo XIX ver: Gabriel Salazar V., *Algunos aspectos fundamentales sobre el desarrollo del capitalismo en Chile 1541-1930*, 2ª edición (Santiago, SUR, 1987), documento de trabajo s/n; Luis Ortega, “Acercas de los orígenes de la industrialización chilena, 1860-1879”, *Nueva Historia*, N° 8, vol. 1, Londres, septiembre 1981, págs. 2-54; Gabriel Salazar V., “Empresariado popular e industrialización; la guerrilla de los mercaderes (Chile, 1830-1885)”, *Proposiciones*, N° 20, Santiago, septiembre 1991, págs. 180-321; Julio Pinto V. y Luis Ortega M., *Expansión minera y desarrollo industrial: un caso de crecimiento asociado (Chile 1850-1914)* (Santiago, Departamento de Historia, Universidad de Santiago de Chile, 1991).

³ Armando De Ramón, “Santiago de Chile (1850-1900). Límites urbanos y segregación espacial según estratos”, *Revista Paraguaya de Sociología*, N° 42-43, Asunción, 1978, págs. 253-276; Luis Alberto Romero, “Condiciones de vida de los sectores populares en Santiago de Chile, 1840-1895 (Vivienda y Salud)”, *Nueva Historia, Revista de Historia de Chile*, año 3, N° 9, Londres, 1984, págs. 3-86; Romero, “Urbanización y sectores populares: Santiago de Chile, 1830-1875”, *EURE*, N° 31, Santiago, octubre de 1984, págs. 55-66; Gabriel Salazar V., *Laborantes, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX* (Santiago, Ediciones SUR, 1985), págs. 228-255; Grez, *Les mouvements...*, op. cit., págs. 130-180.

⁴ Grez, *Les mouvements...*, op. cit., págs. 181-253.

cialmente los artesanos y los tipógrafos), encontraron en la mutualidad el principal medio para el mejoramiento inmediato de su vida cotidiana.

LA "EDAD DE ORO" DEL MUTUALISMO CHILENO (1853-1924)

Aunque podríamos definir a las "sociedades de socorros mutuos" como asociaciones voluntarias sin fines de lucro, que agrupan a personas que se comprometen a pagar cotizaciones que contribuyen a la formación de un capital, destinado a ayudar a sus asociados o bien a sus familias cuando éstos son víctimas de uno de los riesgos previstos en sus estatutos (enfermedad, cesantía, invalidez, muerte, etc.); creemos que sería restrictivo contentarse con esta caracterización cuando se habla del mutualismo chileno. A esta definición, habría que agregar una serie de prácticas sociales y culturales que lo han caracterizado. Esto es lo que trataremos de hacer en las páginas siguientes.

*Las primeras sociedades mutualistas (1853-1858)*⁵

El nacimiento del mutualismo en Chile está estrechamente asociado al proceso de luchas políticas entre conservadores y liberales que sacudieron al país hacia mediados del siglo XIX. Aunque es posible detectar algunas tentativas abortadas de creación de sociedades similares antes de 1850, un elemento decisivo en la formación de las primeras mutuales chilenas durante la década de 1850, parece haber sido la influencia ideológica de los principales líderes de la *Sociedad de la Igualdad*: Santiago Arcos y Francisco Bilbao. Estos jóvenes, que habían vivido en Francia y abrazado las nuevas ideas de reforma social, predicaron, a su retorno a Chile, los principios de la revolución de 1848, logrando considerable resonancia entre sectores de obreros y artesanos urbanos⁶.

La derrota de la oposición liberal en la guerra civil de 1851 cerró un período de experiencias políticas originales para vastos sectores populares. La destrucción de las organizaciones en las que esos trabajadores se habían incorporado a la lucha política, junto o al lado de la burguesía liberal, y la represión generalizada contra las actividades opositoras, dejaron a los núcleos de artesanos y obreros más avanzados abandonados a su propia suerte.

Descartada toda posibilidad de reforma política, la vía escogida por esos trabajadores fue la de la autoorganización en sociedades que satisficieran sus necesidades más urgentes. Es decir, el socorro mutuo, como se ha señalado anteriormente. En una sociedad en la que no existía ningún tipo de protección o de previsión social para los más desposeídos, estas organizaciones surgen como la única solución a los problemas más graves de la condición obrera y popular⁷. Consumada la

⁵ Una visión más detallada del mutualismo chileno durante el período 1853-1890, en Sergio Grez T., "La mutualité aux origines du mouvement ouvrier chilien (1853-1890)", *La Revue de l'Economie Sociale*, Montreuil, 1992, págs. 155-183.

⁶ Grez, *Les mouvements...*, op. cit., págs. 322-371; Cristián Gazmuri R., *El "48" Chileno. Igualitarios, reformistas, radicales, masones y bomberos* (Santiago, Editorial Universitaria, 1992), págs. 63-115.

⁷ La única excepción la encontramos en los modestos subsidios percibidos por los gremios portuarios formados y dirigidos por representantes del Estado. Un amplio desarrollo sobre el tema en:

derrota liberal en 1851, la idea de crear sociedades mutualistas comenzó a germinar entre algunos grupos de obreros y artesanos urbanos: esas organizaciones debían ser políticamente neutras y agrupar a todos los trabajadores de ciertas especialidades tras el objetivo del socorro mutuo y, eventualmente, de la educación popular. Así surgieron la *Unión Tipográfica de Santiago*, fundada el 18 de septiembre de 1853 por el peruano Victorino Laínez⁸, y dos años más tarde, en mayo de 1855, la *Sociedad Tipográfica de Valparaíso*⁹.

Estas primeras mutuales agrupaban a un sector de elite de los trabajadores manuales. Más que una situación económica ventajosa, un grado superior de instrucción —aunque fuese el simple hecho de saber leer y escribir—¹⁰ caracterizaba a los tipógrafos, situación que los ubicaba en una posición de avanzada en el contexto general de los trabajadores manuales. El ejemplo de los tipógrafos fue posteriormente imitado: en 1858 se fundaba la *Sociedad de Artesanos de Valparaíso*¹¹, durante un período de intensa agitación política que culminó en la guerra civil de 1859.

1861-1879: la primera etapa de expansión del mutualismo y de otras formas de organización popular

La derrota de los opositores al gobierno de Manuel Montt en la guerra civil de 1859, revistió consecuencias nefastas para las jóvenes organizaciones de obreros y artesanos. La represión del gobierno, al golpear a los trabajadores comprometidos con la oposición, destruyó o debilitó, sin excepción, a las primeras estructuras mutualistas que habían sido creadas durante los años previos a este nuevo conflicto civil, incluyendo a aquellas que proclamaban su neutralidad política.

El clima de distensión política que se produjo a partir de 1861, cuando comenzó el ciclo de gobiernos liberales y que se extendió hasta 1891, creó mejores condiciones para la organización de los sectores populares. Las primeras sociedades mutualistas fundadas después de la guerra civil fueron las “sociedades de artesanos”. Estas instituciones agrupaban a obreros y artesanos sin distinción de oficio, excluyendo a los peones y sirvientes domésticos. También surgieron mutuales de tipo corporativo, pero las únicas en su género que lograron una existencia vigorosa

Aldo Yávar M., “El gremio de jornaleros y lancheros de Valparaíso, 1837-1859, Etapa de formación”, *Historia*, vol. 24, Santiago, 1989, págs. 319-325; Grez, *Les mouvements...*, op. cit., págs. 296-309.

⁸ Memoria que el Directorio de la Unión de los Tipógrafos de Santiago presenta a la Honorable Comisión de Bellas Artes e Instrucción de la Exposición de 1888 (Santiago, Imprenta de “El Progreso”, 1888), págs. 7-9.

⁹ “Acta de la fundación de la Sociedad Tipográfica de Valparaíso”, *Boletín Oficial de Informaciones de la Sociedad Tipográfica*, N° 73, primer centenario de la Sociedad Tipográfica de Valparaíso, Valparaíso, 6 de mayo de 1955, pág. 6.

¹⁰ Según el Censo de 1854, de un total de 1.144.393 personas de más de siete años de edad, apenas 193.808 (16,93%) sabían leer y 153.294 (13,93%) sabían escribir. Considerando que esas cifras correspondían a la población global, es decir, sin distinción de clases sociales; se puede estimar que el porcentaje de personas alfabetizadas en el seno del bajo pueblo era aún más pequeño.

¹¹ Archivos de la Asociación de Artesanos de Valparaíso, *Libro de Actas N° 1, del 23.5.1858 al 22.11.1869*. “Estatutos”, fs. 2-15, “Acta de fundación”, fs. 18 y 19; “Estatutos de la Asociación de Artesanos”, *El Mercurio*, Valparaíso, 15 de mayo de 1858.

durante esos años, fueron las antiguas sociedades de tipógrafos de Santiago y Valparaíso, que conocieron un nuevo empuje durante la segunda mitad de los años sesenta. Sólo a fines de los años setenta proliferarían las mutuales por oficio, en coexistencia con las "sociedades de artesanos".

La primera de esas sociedades fue la que surgió en Santiago a comienzos de 1862, por iniciativa de Fermín Vivaceta, la más relevante figura del mutualismo chileno¹². Esta sociedad —bautizada de Artesanos "La Unión"— se proponía instalar una caja de ahorro destinada a socorrer a los artesanos enfermos, incapacitados para el trabajo o ancianos —sin distinción de nacionalidad— y a sus familias en caso de fallecimiento del socio, además de impartir cursos vespertinos para trabajadores. Extrayendo lecciones de las experiencias de la década anterior, el programa de la nueva asociación contenía una disposición que sería imitada por sus homólogas: "prescindir absolutamente en sus reuniones de toda intervención política"¹³.

Una de las primeras iniciativas de esta mutual fue la creación de un establecimiento de educación primaria, contando para este efecto con la ayuda del gobierno y de numerosas personalidades liberales¹⁴. En la inauguración de la escuela vespertina, en julio del mismo año, Vivaceta aprovechó la presencia del Presidente de la República, José Joaquín Pérez, para exponerle algunas reivindicaciones permanentes de los artesanos: exención del servicio obligatorio dominical en la Guardia Nacional, protección de la "industria", es decir, del artesanado, y ayuda para la formación de los artesanos¹⁵. La Sociedad de Artesanos "La Unión" de Santiago nacía jugando un triple papel: mutualista, educativo y reivindicativo; situación que sería, a la larga, una de las características permanentes de la mutualidad chilena.

Muy pronto el ejemplo de "La Unión" de Santiago fue seguido: el mismo año surgirían sociedades de artesanos en la zona norte del país: La Serena¹⁶ y Copiapó¹⁷. Experiencias pioneras que más tarde serían imitadas en otras regiones.

El período que va desde 1862 a 1890 fue de eclosión del movimiento mutua-

¹² Vivaceta era un modesto ebanista, que con mucho esfuerzo y de manera casi autodidacta llegó a elevarse al rango de arquitecto. Su probidad, modestia, perseverancia y entrega a la causa de los trabajadores lo convirtieron en un modelo para varias generaciones de militantes obreros. Sobre su vida y su pensamiento ver: Osvaldo López, *Diccionario Biográfico Obrero de Chile* (Santiago, Imprenta y Encuadernación Bellavista, 1912), págs. VI-6V; Raúl Torres M., *Semblanza de Fermín Vivaceta* (Santiago, Edición de la Sociedad de Artesanos "La Unión", Imprenta "El Alcazar", 1953); Eduardo Devés V., "El pensamiento de Fermín Vivaceta y del mutualismo en la segunda mitad del siglo XIX, en Mario Berríos C. et al., *El pensamiento en Chile 1830-1910* (Santiago, Nuestra América Ediciones, 1987), págs. 85-105; Myriam Waisberg "Recuerdo del Arquitecto Fermín Vivaceta", *El Mercurio*, Santiago, 18 de marzo de 1990.

¹³ "Reunión de artesanos", *El Ferrocarril*, Santiago, 23 de octubre de 1861.

¹⁴ "Escuela para adultos", *El Ferrocarril*, Santiago, 27 de febrero de 1862.

¹⁵ Fermín Vivaceta, "Discurso del presidente de la sociedad de la Unión leído en el acto de su instalación el domingo 20 de julio de 1862", *El Ferrocarril*, Santiago, 22 de julio de 1862.

¹⁶ *Estatutos de la Sociedad de Artesanos de La Serena* (La Serena, Imprenta de La Serena, 1862), págs. 1-2; *Estatutos de la Sociedad de Artesanos de La Serena para crear una "Caja Económica"* (La Serena, Imprenta del Pueblo, julio de 1862).

¹⁷ "Acta de instalación de la Sociedad de Artesanos de Copiapó", *El Copiapino*, Copiapó, 20 de abril de 1877.

lista popular. Los años 1862-1879 representaron la primera etapa de difusión a gran escala de la idea mutualista. Fuera de las sociedades de artesanos ya mencionadas y de las reconstituidas asociaciones de tipógrafos de Santiago y Valparaíso, durante esos años se crearon sociedades de artesanos en más de quince ciudades, fundándose en Santiago y Valparaíso mutuales de cigarreros, carroceros, sastres, zapateros y de herreros y la primera mutual de "sectores medios", la *Sociedad de Socorros Mutuos entre Institutores e Institutrices de Valparaíso* (1879). A partir de 1887, la Iglesia Católica y el Partido Conservador comenzaron a organizar sociedades católicas de obreros, introduciendo la variante conservadora-confesional en un movimiento que hasta entonces había sido exclusivamente laico y liberal¹⁸.

Además de las actividades propiamente de beneficencia y de educación popular, la mutualidad chilena asumió durante esta época el papel de principal articuladora de las demandas populares, en particular del artesanado urbano, sobre todo durante la crisis económica, desde 1876 hasta el inicio de la Guerra del Salitre (1879).

Para entonces, ya funcionaban "sociedades de artesanos" en unas veinte ciudades. Existían alrededor de ocho mutuales de tipo corporativo en Santiago y Valparaíso, y recientemente, se había creado un club político, expresión del liberalismo popular, denominado *Sociedad Escuela Republicana*, que reclutaba a la mayoría de sus militantes entre los mutualistas. Las sociedades de artesanos eran el punto de confluencia de artesanos, obreros y pequeños patrones de todos los oficios y ramas de la actividad económica artesano-industrial. Por esta razón, estuvieron en condiciones de jugar un papel preponderante en la campaña por la defensa de los intereses de los sectores populares afectados por la crisis.

Las asociaciones de artesanos de Santiago, Valparaíso y Chillán fueron los motores de una prolongada campaña (alrededor de dos años), por intermedio de la cual los trabajadores increparon por primera vez, de manera coordinada, al poder político, criticando el modelo de desarrollo económico dominante. Las mutuales organizaron manifestaciones y reuniones públicas en varias ciudades y dirigieron una *Petición de los Obreros de Chile* al jefe de Estado, solicitándole la adopción de medidas proteccionistas, a fin de resguardar al sector artesano-industrial de la competencia de los productos extranjeros.

Aunque las medidas de protección que implantó el gobierno fueron más bien impuestas por la propia crisis económica para reducir el déficit del presupuesto, que por la presión popular, sus efectos saludables sobre el artesanado y el naciente sector industrial se hicieron sentir desde comienzos de la década siguiente. El resultado más importante de esta campaña fue, el acercamiento y la consolidación

¹⁸ Las asociaciones católicas de obreros tuvieron doble importancia: político-ideológica —como instrumentos en la lucha contra el liberalismo y la laicización del Estado y de la sociedad chilena— y mutualista en un sentido más estricto. Para una visión amplia de este fenómeno ver: Grez, *Los movimientos...*, op. cit., págs. 495-514 y 617-632; Hernán Núñez C. y Jaime Vivanco G., *El trabajador católico, sus organizaciones laborales y su relación con su Iglesia (1860-1927)* (Santiago, tesis para optar a la Licenciatura en humanidades, mención en historia, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, 1988).

de relaciones entre las mismas organizaciones populares, que constituyeron un tejido de contactos y vínculos formales e informales. Este proceso no era nuevo. Se desarrollaba desde la década precedente, pero la campaña de los años 1876-1878 le dio un gran impulso. Antes del estallido de la crisis, los dirigentes mutualistas habían intentado establecer contactos entre sí para entablar "relaciones fraternales" y tratar de llegar a la firma de "acuerdos de reciprocidad" o "pactos de alianza", por medio de los cuales dos sociedades de socorros mutuos se comprometían a recibir y a tratar como a uno de los suyos a cualquier miembro de la otra mutual que se trasladara a vivir a su ciudad. Hasta entonces, escasas tentativas se habían concretado. En cambio, a partir de la década de 1880, la red de relaciones creada durante los años de la campaña anticrisis hizo que ese tipo de pactos comenzara a multiplicarse¹⁹.

Pese al reducido éxito de la mayoría de las iniciativas anticrisis (entre ellas el cooperativismo), la acción de esos obreros y artesanos sirvió para reforzar sus organizaciones y para facilitar una nueva incorporación de los trabajadores en la actividad política, sobre la base de una mayor autonomía en relación con las experiencias anteriores. A partir de 1876, y aprovechando la efervescencia social y el movimiento contra la crisis, empezó a constituirse una nueva organización política: la *Sociedad Escuela Republicana*, club liberal progresista de marcado tinte democrático y popular, en cuyo seno se cristalizaría, durante una década, la unidad política de los dirigentes del movimiento asociativo de los sectores populares, concebida durante los años de expansión del mutualismo y de la lucha contra la crisis²⁰. No obstante sus declaradas intenciones de apoliticismo, el movimiento mutualista se convertía en un espacio privilegiado de politización del naciente movimiento popular chileno.

1883-1890: EL ASCENSO DEL MOVIMIENTO OBRERO

Y LA GRAN EXPANSIÓN DEL MUTUALISMO

Los enrolamientos en los ejércitos chilenos durante la Guerra del Pacífico afectaron seriamente la capacidad de la mutualidad. Sin embargo, la gran mayoría de las mutuales —o por lo menos aquellas que habían surgido y vivido como el fruto de la actividad propia, "espontánea" de los trabajadores— lograron sobrevivir. Otras, como las primeras sociedades católicas de obreros creadas por el clero y los conservadores sobre una base confesional, desaparecieron rápidamente.

Entre 1879 y 1883, a pesar de la caída en el número de adherentes y la supresión de ciertas actividades, se acentuó la colaboración entre las sociedades de socorros mutuos, surgiendo otras iniciativas tales como la firma de "acuerdos de reciprocidad" o "pactos de alianza" (bilaterales o multilaterales).

Así, la idea de trabajar por la extensión y la unificación del movimiento mutualista fue germinando entre los dirigentes de obreros y artesanos. El estrechamiento de la colaboración entre las sociedades obreras no se tradujo inmedia-

¹⁹ Grez, *Les mouvements...*, op. cit., págs. 448-463.

²⁰ Op. cit., págs. 484-490 y 594-616.

tamente en un progreso cuantitativo importante. Durante la guerra no se crearon más que dos o tres mutuales, pero se produjo, en cambio, una significativa multiplicación de sociedades populares de recreación y de acción cultural: ésas fueron las *sociedades filarmónicas de obreros*, muy a menudo animadas por militantes mutualistas y que, a veces, asumían funciones de socorro mutuo.

Aunque nos es imposible analizar, en esta oportunidad, las causas y las expresiones que adquirió la oleada de reivindicaciones obreras y populares que comenzó a desarrollarse en Chile desde el fin de la Guerra del Pacífico (1883), debemos, sin embargo, señalar de manera muy sucinta algunas características de esos movimientos, en particular, en lo que concierne a su vinculación con la mutualidad. De manera esquemática se puede afirmar que: 1) desde fines de la década de 1880, la huelga obrera se transformó en un fenómeno corriente en las principales ciudades y en la región minera del norte, especialmente en la provincia de Tarapacá; 2) estas huelgas concernieron tanto a sectores de trabajadores organizados en sociedades de socorros mutuos como a aquellos que no poseían ningún tipo de organización estable; 3) las mutuales asumieron a menudo la organización y la dirección de los movimientos reivindicativos, prefigurando el papel que jugarían posteriormente las sociedades de resistencia, las mancomunales y los sindicatos; 4) las coordinaciones de huelga suplieron la ausencia de organización mutualista en ciertos gremios; en otros casos, esas coordinaciones actuaron al lado de las sociedades de socorros mutuos, llegando a movilizar, de manera coordinada, a los trabajadores de diferentes empresas, e incluso, a veces, de toda la ciudad; 5) en ciertas oportunidades los obreros justificaron sus peticiones mediante una descripción de los males que afligían al conjunto del pueblo (alzas, carestía de la vida, devaluación de la moneda, etc.), a lo que se agregaban sus quejas específicas; 6) algunos gremios, que poseían sólidas organizaciones mutualistas, como los tipógrafos, fueron capaces de desarrollar acciones de coordinación y de solidaridad que iban más allá de una empresa, comprometiendo en ciertas ocasiones a los integrantes del gremio de toda una ciudad.

Las múltiples funciones de las organizaciones de socorros mutuos, se vieron reforzadas con la proliferación de las demandas y de las huelgas obreras. Durante los años ochenta, las sociedades mutualistas solidificaron además sus lazos y su coordinación, ayudados por organizaciones políticas de avanzada tales como la *Sociedad Escuela Republicana* y, a partir de fines de 1887, por el *Partido Democrático*²¹.

En 1885, se desarrolló la principal tentativa de unificación y de centralización de las demandas populares. La Sociedad de Artesanos "La Unión" de Santiago propuso la creación de una coordinación permanente de las sociedades obreras de todo Chile. Para lograr este objetivo, se realizó en la capital, el 20 y 21 de septiembre de ese año un "Congreso Obrero", en el que participaron delegados de la mayoría de las sociedades de obreros y artesanos. Las conclusiones del Congreso abarcaban una vasta gama de tópicos (sociales, económicos, reivindicativos), subrayando la voluntad de unificación del naciente movimiento obrero (se

²¹ Sergio Grez T., "Los primeros tiempos del Partido Democrático chileno (1887-1891)", *Dimensión Histórica de Chile*, N°8, Santiago, 1991, págs. 31-62.

preveía la publicación de un periódico común). Las principales demandas de tipo económico eran las mismas que el movimiento mutualista había levantado desde sus inicios: protección de la industria nacional y establecimiento de cooperativas, mutuales y cajas de ahorro. La única reivindicación política también portaba el sello de la continuidad: la reforma del servicio en la Guardia Nacional sobre bases de estricta igualdad para todos los ciudadanos. La voluntad de acrecentar la unidad de acción de las organizaciones obreras se expresaba en la designación de una dirección que funcionaría en Santiago, encargada de aplicar las conclusiones del Congreso y que permanecería en contacto con las otras asociaciones, con atribuciones para convocar a un nuevo congreso cuando lo estimase necesario, o a petición de cinco sociedades²².

Estas iniciativas reflejaban el desarrollo de la mutualidad. Pero, ¿cuál era la causa de estos avances?

El proceso de industrialización y la realización de importantes obras públicas permitieron el desarrollo y la consolidación de núcleos de obreros urbanos durante la década 1880-1890. La prosperidad nacional de la posguerra no se tradujo en un mejoramiento substancial de las condiciones de vida de los sectores populares. En las ciudades, el hacinamiento y la insalubridad de las habitaciones junto a las epidemias, las enfermedades y la espantosa mortalidad que resultaba de ello, ponían en el tapete de la discusión la delicada "cuestión social". Descontando una mayor oferta de trabajo, los sectores obreros y populares de los centros urbanos no habían obtenido ningún beneficio substancial de la fabulosa riqueza fiscal adquirida gracias a la incorporación a la economía nacional de las provincias septentrionales arrebatadas al Perú y a Bolivia. El Estado chileno seguía siendo un Estado "a-social": ninguna ley protegía a los trabajadores y, aparte del caso muy limitado de los portuarios, no existía aún ningún sistema de protección social en favor de la masa laboral. Ni jubilación ni ayuda en caso de enfermedad, pérdida de trabajo o fallecimiento del jefe de familia.

A pesar de su precariedad, el mutualismo seguía siendo el único tipo de previsión al que podían aspirar aquellos sectores de trabajadores que poseían una mayor capacidad de organización y de ahorro²³. Este movimiento conoció, entonces, una nueva fase de expansión. Surgieron nuevas sociedades de artesanos, pero la

²² "Delegados al Congreso Obrero", *El Ferrocarril*, Santiago, 19 de septiembre de 1885; "Congreso de obreros", *El Ferrocarril*, Santiago, 24 de septiembre de 1885; "Conclusiones a que arribó el Congreso de Obreros que funcionó en Santiago el 21 de septiembre de este año", *La Discusión*, Chillán, 17 de diciembre de 1885.

²³ Las sociedades de socorros mutuos o "de beneficencia" de extranjeros establecidos en Chile merecen una mención aparte. Sobre la base de una nacionalidad común, estas asociaciones reunían a personas de distintas profesiones y orígenes sociales. La participación de profesionales liberales y empresarios y el apoyo que muy a menudo les prestaban los consulados de sus respectivos países, permitían a estas asociaciones ofrecer a sus integrantes más beneficios que las mutuales de trabajadores chilenos. Ésta parece haber sido una de las principales razones que explican la modesta participación de los extranjeros en las mutuales de obreros y artesanos creadas por los chilenos, pero abiertas a personas de diferentes nacionalidades. Hacia fines de la década de 1880 había en distintas ciudades chilenas, sociedades de socorros mutuos de alemanes, ingleses, españoles, franceses, italianos, etc.

mayoría de las nuevas mutuales eran organizaciones que agrupaban a individuos de un mismo oficio o de una misma rama de producción, lo que reflejaba el proceso creciente de industrialización, especialización y división del trabajo: tapiceros, trabajadores del sector metalúrgico (mecánicos, torneros, fogoneros, fundidores, cobreros, *gasfitters*, cerrajeros), pintores, mozos, empleados de comercio, panificadores, tripulantes de vapor, cocheros, albañiles, estucadores, canteros, talabarteros, etc. Pero la forma más novedosa de organización mutualista durante este período fue la representada por las primeras sociedades de socorros mutuos femeninas, fundadas a partir de 1887 por obreras costureras de Valparaíso y Santiago, pero abiertas a todas las trabajadoras²⁴.

La fundación de mutuales femeninas tuvo como consecuencia indirecta, una mejor disposición de los trabajadores para aceptar que las mujeres jugaran un papel activo en las organizaciones populares. Surgieron nuevas sociedades mixtas. Fuera de las filarmónicas de obreros y las logias de temperancia, nacieron mutuales compuestas por personas de ambos sexos²⁵. La precursora de este nuevo tipo de organización obrera parece haber sido la *Sociedad de Ilustración y Protección Mutua "La Fraternidad"* fundada a comienzos de 1890 en Santiago, con el propósito de cumplir objetivos de "ilustración", ahorro y socorros mutuos.

A fines de la década 1881-1890, la red de organizaciones populares—mutuales, filarmónicas de obreros, cajas de ahorro, cooperativas, sociedades de "ilustración", etc.—, cubría casi todas las ciudades del país. En algunas—especialmente en Santiago y Valparaíso—, esta red era particularmente densa. En 1890, solamente en Valparaíso (ciudad de la cual disponemos mejor información) había 25 instituciones obreras que contaban con 3.434 miembros, y una Liga que agrupaba a 17 de ellas (1.364 adherentes), además de cuatro sociedades de empleados que reunían 938 socios²⁶. En el plano nacional, se contaban unas 150 sociedades populares—de las cuales 76 habían obtenido la personalidad jurídica—, aunque el porcentaje de trabajadores organizados fuese aún muy débil²⁷.

La multiplicación de las organizaciones obreras planteaba el problema de su coordinación a fin de acrecentar su eficacia. Los simples acuerdos de tipo bilateral o multilateral (pactos de alianza), demostraban ser insuficientes frente a las exigencias (de socorro mutuo, de representación ante los poderes públicos, etc.), a las que debían responder estas agrupaciones. El "Congreso Obrero", que tuvo lugar en Santiago en 1885, había sido concebido como un paso para el estableci-

²⁴ Estudios detallados del surgimiento del mutualismo femenino en: Rebeca Conte C., *La mutualidad femenina; una visión social de la mujer chilena, 1888-1930* (Santiago, tesis para optar al grado de Licenciatura en historia, Universidad de Chile, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Departamento de Ciencias Históricas, 1987); Cecilia Salinas A., "Las obreras chilenas a principios del siglo xx. Sus organizaciones y luchas", *Araucaria de Chile*, N° 38, Madrid, 1987, págs. 37-54; Grez, *Les mouvements...*, *op. cit.*, págs. 573-581.

²⁵ Grez, *Les mouvements...*, *op. cit.*, págs. 582-585.

²⁶ "Sociedades de Obreros", *El Independiente*, Santiago, 5 de febrero de 1890.

²⁷ Moisés Poblete T., *Cien años de acción del mutualismo chileno en el progreso social* (dactilografiado, Santiago, 1953), pág. 57; Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes siglo XIX*, 2ª ed. (Concepción, Ediciones LAR, 1987), pág. 256.

miento de una coordinación más permanente y formal de todas las sociedades obreras y populares de Chile. Pero fuera de ser la expresión de un deseo y la afirmación de una necesidad, ello no se había materializado. El problema seguía planteado. A partir de 1887, se comenzaron a dar los primeros pasos para la creación de coordinaciones permanentes de las asociaciones populares. La primera (y única iniciativa exitosa durante mucho tiempo) tuvo lugar en Valparaíso: fue la *Liga de Sociedades Obreras*, inaugurada el 5 de agosto de 1888²⁸. Las distintas sociedades que componían la Liga contaban entonces con ochocientos miembros. El desarrollo de esta alianza fue rápido. Seis meses después de su instalación oficial, a comienzos de 1889, agrupaba a doce asociaciones. Un año más tarde, en febrero de 1890, como hemos señalado anteriormente, la *Liga de Sociedades Obreras de Valparaíso* contaba con 1.364 miembros distribuidos en diecisiete instituciones²⁹.

Los trabajadores mutualistas de Santiago trataron infructuosamente de imitar este ejemplo. Desde el primer semestre de 1890 la *Sociedad de Artesanos "La Unión"* comenzó a promover la discusión de un proyecto de creación de "una Liga a semejanza de la que ya existía en Valparaíso"³⁰. El contexto político de vísperas de la guerra civil era poco favorable, y esta idea no tuvo sino una materialización muy parcial, en 1894, con la fundación de la *Confederación Obrera de Sociedades Unidas*, que llevó una vida lánguida, llegando a promover en 1896, antes de su desaparecimiento, la creación de una *Confederación Obrera de Chile*, de existencia puramente formal³¹.

A pesar de la falta de un organismo centralizador, las sociedades obreras de la capital (al igual que las de provincias) mantenían estrechas relaciones, permitiéndoles actuar concertadamente cuando ello era necesario. En la mayoría de los casos, "*La Unión*" de Artesanos de Santiago oficiaba de promotora y coordinadora de estas iniciativas gracias al poder que le daba su mayor cantidad de adherentes y su prestigio acumulado. Luego, desde fines de los años de la década de 1880, la coordinación y la centralización de las reivindicaciones populares a través de un instrumento político, permitió a los mutualistas y a otros militantes populares sustituir la ausencia de un organismo federador. Ése fue el papel que jugó el *Partido Democrático* por intermedio de sus campañas nacionales³².

Aunque accesible a una franja aún minoritaria de los sectores populares urbanos, gracias a los beneficios materiales que ofrecía, y por la dignidad que proyectaba a sus adherentes, el mutualismo se convirtió durante la segunda mitad del siglo XIX en el núcleo del movimiento popular, sobrepasando frecuentemente el cuadro del simple socorro mutuo: las principales iniciativas privadas de educa-

²⁸ *El Mercurio*, Valparaíso, 6 de agosto de 1888.

²⁹ Ver nota 26.

³⁰ "Sociedad de Artesanos La Unión", *El Ferrocarril*, Santiago, 15 de agosto de 1890.

³¹ Ramírez, *op. cit.*, págs. 266-268. Mayor trascendencia tuvo la *Liga de Sociedades Obreras de Iquique*, fundada el 15 de diciembre de 1895. Esta primera entidad obrera tarapaqueña, autodefinida en términos explícitamente federativos y territoriales, puede ser considerada un antecedente de la *Combinación Mancomunal de Obreros de Iquique*, creada en 1901. Julio Pinto V., *En el camino de la Mancomunal: organizaciones obreras en la provincia de Tarapacá. 1880-1895* (Santiago, Informe Proyecto FONDECYT N° 92-0117 y Proyecto DICYT N° 08-93-51 PV de la Universidad de Santiago de Chile, 1994), págs. 60 y 61.

³² Grez, *Les mouvements...*, *op. cit.*, págs. 633-594 y "Los primeros tiempos...", *op. cit.*

ción popular (escuelas vespertinas y conferencias populares) y una gran parte de las cooperativas fueron promovidas y apoyadas por las mutuales, que a veces asumieron además el papel de organizadoras de las demandas obreras frente a los patrones, prefigurando la acción de tipo sindical del siglo xx. En el plano sanitario, las autoridades encontraron en estas instituciones un valioso colaborador en las campañas de prevención y combate de las epidemias que asolaban periódicamente al país³³.

No obstante su división en dos grandes corrientes rivales —una de carácter laico, liberal y democrático y otra de orientación católica, confesional y conservadora, que vuelve a surgir con fuerza después de la Guerra del Pacífico—, el mutualismo y las otras organizaciones populares que a menudo lo acompañaban, expresan un proceso de *identidad popular positiva*. Esta nueva imagen se forma primero en la conciencia de los trabajadores, pero también entre ciertos sectores de la “opinión ilustrada o culta”, rompiendo con la visión del *roto* indolente, imprevisor, vicioso e incapaz de tomar su destino en sus propias manos, que era la imagen del pueblo más difundida hasta entonces, incluso entre los propios afectados³⁴.

Con todo, las huelgas y movimientos reivindicativos comenzaban a multiplicarse. Se estaba lejos aún del conflicto social generalizado, pero el despertar de los años ochenta ya anunciaba el próximo pasaje a una nueva etapa que conllevaría cambios importantes en el seno del movimiento popular. Las huelgas de fines de los años ochenta convocaron una gran cantidad de trabajadores, tanto a los agrupados en mutuales como aquellos que no poseían ningún tipo de organización consolidada. En este período aparecen los primeros gérmenes de organización protosindical: junto a las sociedades de socorros mutuos, o en su lugar, se constituyen coordinaciones de huelga de todo un gremio, que incluyen toda una ciudad, llegando a dirigir movilizaciones importantes. Esta entrada en la etapa directamente protosindical durante los últimos años del siglo xix y comienzos del siglo xx, corresponde, en grandes líneas, al paso de la producción manufacturera y artesanal a la producción industrial, que se vislumbra con fuerza a partir de la década de 1880. Contemporáneamente, se iniciaban las inversiones del capital extranjero (especialmente británico) en las minas y se constituían importantes núcleos de proletariado minero en el norte del país.

La huelga general de julio de 1890 es en este sentido un vuelco simbólico, ya que marca la irrupción en la lucha social de sectores que hasta entonces no contaban con ningún tipo de organización permanente ni con experiencia de acción reivindicativa, más allá de las explosiones de ira colectiva características de los

³³ Cuando a fines de 1886 y comienzos de 1887 el cólera azotó por primera vez al país, las sociedades mutualistas ayudaron a difundir entre los sectores populares las normas de higiene dictadas por las autoridades. Para este efecto, las mutuales organizaron numerosas conferencias, y en algunos casos, como fue el de la *Sociedad de Artesanos de Chillán*, tomaron a su cargo el traslado de las personas infectadas hasta los lazaretos, contratando, con sus propios recursos, médicos para atender a sus asociados, *La Discusión*, Chillán, 6 de marzo de 1887.

³⁴ Romero, “Urbanización y...”, *op. cit.*; “Rotos y gañanes. Trabajadores no calificados en Santiago (1850-1895)”, *Cuadernos de Historia*, N° 8, Santiago, diciembre de 1988, págs. 35-71; Grez, *Les mouvements...*, *op. cit.*, págs. 734-746.

sectores más desposeídos³⁵. Esta huelga general señala el ingreso al escenario político de la moderna clase obrera, gracias al desarrollo de la economía del sector primario exportador y del embrionario sector industrial. Los mineros, los obreros portuarios y otros gremios proletarios (como los panificadores) comienzan a ocupar progresivamente un lugar de vanguardia en las luchas sociales, espacio ocupado hasta entonces por los artesanos y los obreros más especializados.

Los sucesos de julio de 1890 muestran, al mismo tiempo, los estrechos límites de la acción mutualista tradicional y de la expresión política reformista del movimiento popular urbano, representado por el joven Partido Democrático³⁶. Todos estos elementos de ruptura no tardarán, durante la última década del siglo XIX y los primeros años del siglo XX, en traducirse en nuevos ordenamientos políticos e ideológicos que llevarán a la mayoría de la clase obrera y a otros sectores populares a adherir a las "ideologías extremistas" del anarquismo y del socialismo. Sin borrar la gran importancia del mutualismo y otras formas de organización "presindical" en la génesis del movimiento popular chileno, las huelgas de julio de 1890 anuncian el comienzo de una nueva etapa en la que el mutualismo pierde paulatinamente importancia frente a los organismos de lucha social que florecerán entre los principales núcleos del proletariado minero y urbano.

1891-1924: LOS AÑOS DE PLENITUD

Este período de la historia de Chile, que corresponde a la "República Parlamentaria" oligárquica, coincide con aquel en que el mutualismo alcanza su máxima expansión y prestigio. Durante estas décadas, la política seguía siendo el "deporte de la oligarquía"; los proyectos de ley en favor de los sectores populares, por muy tímidos que fueran, dormían largos años en las comisiones parlamentarias; las condiciones de vida y de trabajo de los obreros eran deplorables³⁷. Mientras tanto los oligarcas acumulaban fortunas colosales gracias al *boom* del salitre, y los escándalos financieros y la corrupción política alcanzaban niveles hasta entonces desconocidos en el país. El primer cuarto de siglo, marca el ingreso de capitales norteamericanos en la explotación cuprífera. La clase obrera adoptaba nuevas

³⁵ Julio Pinto V., "Un año de crisis en la sociedad del salitre", *Cuadernos de Historia*, N° 2, Santiago, julio de 1982, págs. 73-93 y "La transición laboral en el norte salitrero: la Provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile, 1870-1890", *Historia*, N° 25, 1990 págs. 207-228; Sergio Grez T., "La huelga general de 1890", *Perspectivas, Revista de Teoría y Análisis Político*, N° 5 Cep-Chile, Madrid, diciembre de 1990, págs. 127-167; Enrique Reyes N., "Los trabajadores del área salitrera, la huelga general de 1890 y Balmaceda", Luis Ortega (editor), *La Guerra Civil de 1891, Cien años hoy* (Santiago, Universidad de Santiago de Chile, Departamento de Historia, 1993), págs. 85-107.

³⁶ Grez, "La huelga general...", *op. cit.* y "Los primeros tiempos...", *op. cit.*

³⁷ Fernando Ortiz L., *El movimiento obrero en Chile 1901-1919* (Madrid, Ediciones Michay, Libros del Meridión, 1985), págs. 69-123; Isabel Torres D., "Los conventillos en Santiago (1900-1930)", *Cuadernos de Historia*, N° 6, Santiago, julio de 1986, págs. 67-85; Armando De Ramón, *Santiago de Chile 1541-1991. Estudio de una sociedad urbana* (Madrid, Editorial Mapfre, 1992), págs. 157-231; María Angélica Illanes, *En el nombre del Pueblo, del Estado y de la Ciencia (...). Historia Social de la Salud Pública, Chile 1880/1973 (Hacia una historia social del siglo XX)* (Santiago, editado por el Colectivo de Atención Primaria, 1993), págs. 105-123.

formas de organización y de lucha: las *sociedades de resistencia* (con importante presencia anarquista) constituían los gérmenes del sindicalismo, y las *mancomunales* (de tendencia mayoritariamente demócrata y socialista), creadas a partir de 1900, expresaban una original mezcla de sindicalismo, de mutualismo, de sociedades populares de recreación y de cultura, y a veces, incluso, de cooperativismo. Éste fue también el ciclo de las grandes masacres de obreros a manos de las fuerzas armadas y la policía, cuyo capítulo más sangriento se escribió en Santa María de Iquique en diciembre de 1907³⁸.

El mutualismo vivió entonces una situación contradictoria. Por un lado, siguió siendo la principal forma de organización popular, al menos si nos remitimos a las cifras: 547 mutuales con 90.690 adherentes en 1913³⁹ y 338 mutuales legalizadas con 98.237 socios en 1923, contra apenas 67 organizaciones sindicales que agrupaban a 17.978 personas en 1923⁴⁰. Aunque es necesario tomar estos datos estadísticos con precaución, dada la estrecha imbricación que aún existía entre sindicalismo y mutualismo —a veces una misma organización cumplía ambas funciones— y al elevado número de organizaciones sindicales sin estatuto legal, ellos nos dan una idea de la importancia que todavía tenía la mutualidad. Sin embargo, el mutualismo ya manifestaba los primeros síntomas de una declinación que debía estallar abiertamente después de la legislación de las leyes sociales a mediados de la década de 1920. Las razones de su decadencia eran las nuevas condiciones de la lucha social y las nuevas ideologías —anarquismo y socialismo—, que ganaban terreno en el proletariado, proponiendo una estrategia de lucha de clases. La ciega represión oficial de las demandas obreras reforzaba estas posiciones. Para muchos activistas obreros, el mutualismo ya había cumplido su papel histórico⁴¹. Para otros, especialmente para los militantes demócratas y para los sectores más directamente influenciados por el clero católico, este tipo de asociación seguía siendo el medio privilegiado para mejorar la condición popular.

³⁸ Eduardo Devés V., *Los que van a morir te saludan, Santa María de Iquique*, 2ª ed. (Santiago, Nuestra América Ediciones, 1988); Pedro Bravo E., *Santa María de Iquique: 1907, documentos para su historia* (Santiago, Ediciones del Litoral, 1993).

³⁹ Oscar Álvarez A., "Apuntes históricos del movimiento sindical", en Ortiz, *op. cit.*, pág. 129.

⁴⁰ *Boletín de la Oficina del Trabajo*, Santiago, 1923, pág. 220. Estas cifras requieren algunas aclaraciones: sólo conciernen a las mutuales que habían realizado el trámite de reconocimiento legal. Según algunas fuentes, el total de sociedades de socorros mutuos en 1913 ascendía a unas seiscientas aproximadamente, lo que elevaría la cantidad de socios mutualistas a una cantidad superior a la citada, pero que nos es imposible precisar. Es necesario subrayar la escasa confiabilidad de las estadísticas sobre sindicalización. Cfr. nota 49.

⁴¹ Ése era el caso de un "periodista obrero", que declaraba en 1906: "Sin desconocer que las sociedades de socorros mutuos prestaron y prestan aún algunos servicios, ellos son tan insignificantes en relación con las necesidades del obrero moderno, que casi no vale la pena mencionarlos. Más que asegurarse contra la enfermedad, lo que el trabajador necesita es eludir los golpes de la miseria antes que pensar en un sepulcro para después de la muerte; hoy se piensa en vivir la vida con dignidad y con todo lo necesario al desarrollo de todas las facultades humanas. El socorro mutuo tal cual se practica hizo su época. Por eso los obreros van desertando de estas sociedades de socorro y de otras de mero pasatiempo que no hacen más que abatir y enervar los caracteres, para aportar a la lucha económica su contingente entusiasta y vasto talento". *La Reforma*, Santiago, 2 de julio de 1906, en Ortiz, *op. cit.*, pág. 129.

Opción ideológica, ciertamente, pero condicionada también por la estructura social imperante: los artesanos eran siempre los más fieles al mutualismo, al igual que los nuevos adeptos reclutados entre los empleados y las clases medias; los obreros —especialmente los mineros, los panificadores, los portuarios y otros— eran más proclives a las nuevas formas de organización (sociedades de resistencia y mancomunales) que anunciaban el nacimiento del sindicalismo.

En un comienzo, las fronteras entre el mutualismo y el sindicalismo eran bastante imprecisas. Sólo las sociedades de resistencia dirigidas por los anarquistas, se situaban casi siempre de manera exclusiva en el plano de la lucha abierta contra el capital. Las mancomunales eran una peculiar mezcla de sindicalismo y mutualismo, y las sociedades mutualistas, como siempre lo habían hecho, incursionaban en el campo reivindicativo. Así, por ejemplo, la primera central mutualista, el *Congreso Social Obrero*, fundado en 1900, se pronunció en favor de la lucha por la jornada de ocho horas; por la defensa del trabajo contra el capital; contra el sistema de ficha-salario; por la liberación de sindicalistas encarcelados y llamó a la huelga general a comienzos de 1908 para protestar contra la masacre de Santa María de Iquique⁴². En algunas ciudades, a comienzos del siglo, las mutuales eran todavía el mejor instrumento para convocar a la movilización popular: así ocurrió en Santiago en octubre de 1905, con motivo de las manifestaciones contra la carestía de la vida (en especial del precio de la carne). El margen de maniobra era estrecho: la manifestación dio lugar a una serie de disturbios (la "semana roja"), desbordando la dirección respetuosa de la legalidad que las sociedades de socorros mutuos y el Partido Democrático querían darle al movimiento⁴³.

Además, es necesario señalar que la *Federación Obrera de Chile* (FOCH), fundada en 1908, se autodefinió en su primer Congreso realizado en 1911, como una sociedad de socorros mutuos que buscaba establecer relaciones amistosas con los poderes públicos e intervenir, de manera igualmente amistosa, en los conflictos del trabajo. Sólo en 1917 la tendencia revolucionaria se impuso al interior de la FOCH, reivindicando la lucha contra el sistema capitalista, la huelga como medio legítimo de acción y la instauración de un sistema socialista como objetivo final. Ese proceso culminó en 1921 con la integración de la FOCH en la *Internacional Sindical Roja de Moscú*⁴⁴. La separación entre sindicalismo y mutualismo era ya mucho más clara: desde 1919 la FOCH y el *Congreso Social Obrero* simbolizaban esos dos caminos que se ofrecían al movimiento popular. Esto no impedía la unidad de acción —como fue el caso en 1919, en el marco de un amplio organismo unitario, la *Asamblea Obrera de Alimentación Nacional* (AOAN), creada a fin de luchar contra el hambre y la carestía de la vida⁴⁵—, ni tampoco el surgimiento de corrientes

⁴² Ortiz, *op. cit.*, pág. 190.

⁴³ Gonzalo Izquierdo, "Octubre de 1905. Un episodio en la historia social chilena", *Historia*, N^o 13, Santiago, 1976, págs. 55-96; Vicente Espinoza, *Para una historia de los pobres de la ciudad* (Santiago, Ediciones SUR, 1988), págs. 24-32.

⁴⁴ Allan Angell, *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile* (México, ERA, 1974), págs. 42-50.

⁴⁵ Crisóstomo Pizarro, *La huelga obrera en Chile, 1890-1970* (Santiago, Ediciones SUR, 1986), págs. 84-87.

al interior de las mutuales que propugnaban una acción más cercana al sindicalismo⁴⁶, pero la tendencia principal era a la diferenciación, incluso al divorcio.

También era contradictoria la actitud de los empresarios respecto del mutualismo. En general, la posición patronal parece haber sido similar a la adoptada por los empresarios de la zona del carbón frente a las sociedades de socorros mutuos de los mineros, como lo revela un estudio sobre el período 1910-1920 en Lota y Coronel:

“Estas Sociedades (las mutuales) y la labor que desempeñaban despertaban desconfianza en los sectores patronales, ya que fácilmente podían transformarse en germen de movimientos huelguísticos. Pero su existencia les resultaba lo suficientemente favorables (llenaban con ideas y dinero obrero los vacíos del sistema) como para no combatirla frontalmente, sino que intentaron ciertas estrategias de inserción que les permitieran algún grado de influencia en su conducción. Era frecuente encontrar a administradores de los establecimientos formando parte de las directivas de estas sociedades o a sus esposas como madrinan en la bendición de algún estandarte. Por otra parte, los sectores obreros trataban de despertar la menor desconfianza posible en la administración de los establecimientos, así como no estaban dispuestos a renunciar a las erogaciones que las compañías hacían algunas veces en favor de sus instituciones”⁴⁷.

Pero la tolerancia o el apoyo patronal podían mudarse fácilmente en hostilidad y persecuciones contra los mutualistas, si estas sociedades asumían —como lo hicieron las de los mineros del carbón— una posición activa en los movimientos reivindicativos⁴⁸.

LA DECADENCIA (DESDE 1925 HASTA NUESTROS DÍAS)

El impacto de la legislación social

A comienzos de los años 1920, la crisis del régimen oligárquico era total: la decadencia de la industria del nitrato, a causa del invento del salitre artificial en Europa, afectaba a toda la economía nacional; miles de cesantes venidos del norte deambulaban por las calles de la capital; las organizaciones sindicales agrupadas en la FOCH ganaban nuevos adeptos⁴⁹; los estudiantes universitarios abrazaban las doctrinas anarquistas y socialistas y las clases medias, descontentas, reclamaban un lugar en el sistema político. Todos estos factores contribuyeron, en 1920, a la

⁴⁶ “Hermosa jornada que empezó el 21 de mayo de 1887 y que no ha de interrumpirse. Recuerdos de 54 años”, *Boletín Oficial de la Sociedad de Empleados de Comercio de Santiago*, año III, N° 26, Santiago, 21 de mayo de 1941, pág. 4.

⁴⁷ Enrique Fernández D., *Carbón y Sociedad 1910-1920. Antecedentes para un estudio de la Huelga Larga del 20 en los yacimientos de Lota y Coronel*, tesis para optar al título de licenciado en educación con mención en historia y geografía, Concepción, Facultad de Educación, Humanidades y Arte, Universidad de Concepción, 1991, pág. 24.

⁴⁸ *Op. cit.*, pág. 25.

⁴⁹ Entre 1922 y 1926 la FOCH parece haber contado con 21.500 afiliados activos aproximadamente. Peter De Shazo, *Urban workers and labor unions in Chile. 1902-1927* (Wisconsin, The University Press, 1983), págs. 194-198.

victoria en las elecciones presidenciales del carismático líder liberal de tendencia populista, Arturo Alessandri Palma, portador de un programa de reformas sociales.

Pero, sólo en septiembre de 1924 —después de cuatro años de dilaciones parlamentarias, y bajo la presión del ejército—, fueron aprobados los proyectos de ley de Alessandri Palma (base del futuro Código del Trabajo) por el Congreso Nacional. De esta manera, fueron votadas, entre otras, la ley 4.057, que otorgaba el derecho de sindicalización a los trabajadores y la ley 4.054, que creó el *Seguro Obligatorio contra Enfermedad e Invalidez*. En virtud de las disposiciones de esta última se establecía un seguro obligatorio para todos los asalariados menores de 65 años, al igual que para los obreros, artesanos y artistas independientes, los pequeños comerciantes e industriales que percibieran ingresos equivalentes a un monto inferior fijado por la ley, dejando también la posibilidad para que otras personas usufructuaran de sus disposiciones bajo ciertas condiciones⁵⁰.

Entre los beneficios de este seguro, financiado con aportes del Estado, de los patrones y de los trabajadores, se contaba la atención médica, subsidios a los familiares del asegurado mientras éste estuviese enfermo, atención médica y subsidios antes y después del parto para las madres aseguradas y, finalmente, subsidios a la familia del asegurado fallecido y jubilaciones⁵¹. La ley 4.054 otorgaba la posibilidad a los mutualistas de no cotizar en el seguro nacional, de continuar haciéndolo solamente en su mutual y de recibir, sin embargo, los mismos beneficios que los asegurados. En la práctica, eso fue imposible por varias razones: principalmente, por las numerosas exigencias burocráticas y materiales impuestas a los mutualistas para poder cumplir esas funciones de remplazo del seguro estatal⁵²; luego, la imposibilidad real de las sociedades de socorros mutuos de entregar a sus miembros los beneficios previstos por la ley⁵³.

Pero esto no fue todo:

“Por otra parte, el año 1928 se reglamentó finalmente la ley de sindicalización, hecho que tuvo una importante relación —aparte la cuestión netamente laboral— con el tema de la prestación de salud de los sindicalizados. En efecto, una de las tareas sociales prioritarias del sindicato debía ser la mutualidad en salud entre sus afiliados, y que ahora se reglamentaba para su puesta en práctica. El socorro mutuo se llevaba a la fábrica y se institucionalizaba. Lo que habían rechazado los sindicatos en una pelea frontal con las sociedades obreras de socorros, se imponía ahora, paradójicamente, desde arriba. De esta manera, la organización mutual obrera quedaba sumida dentro de la industria, sujeta a la legislación y control propio del sindicato formal”⁵⁴.

El impacto sobre las sociedades mutualistas fue rudo. Aunque los beneficios

⁵⁰ Marcial Cáceres V., *Las sociedades de socorros mutuos ante la legislación chilena* (Santiago, Imprenta y Litografía Cervantes, 1938), pág. 88.

⁵¹ *Op. cit.*, págs. 89 y 90.

⁵² Cáceres, *op. cit.*, págs. 91 y 92; Moisés Poblete T., *Cien años del Mutualismo Chileno en el Progreso Social* (mecanografiado, Santiago, 1953), págs. 284-287.

⁵³ Sobre el rechazo de las organizaciones de trabajadores a la nueva legislación social durante la segunda mitad de los años veinte, ver Illanes, *op. cit.*, págs. 224-234.

⁵⁴ Illanes, *op. cit.*, pág. 240.

sociales previstos por la nueva legislación no comenzaron a sentirse plenamente hasta los años treinta, una vez que terminó la crisis política que sacudió al país entre 1924 y 1932, la obligación de los trabajadores de cotizar en el Seguro Social, provocó una sangría muy dolorosa en las mutuales. Ante la imposibilidad de pagar dos cotizaciones —una a la Caja del Seguro, otra a la mutual— numerosos trabajadores comenzaron a desertar de las sociedades de socorros mutuos. Paradojas de la historia: ¡el mutualismo chileno había sido el precursor de las leyes sociales, y luego, esas mismas leyes se transformaban en una de las causas principales de su decadencia!⁵⁵.

La "aventura política" durante la dictadura del general Ibáñez del Campo (1927-1931)

Entre los factores que contribuyeron poderosamente a la crisis del mutualismo a fines de los años veinte y comienzos de los treinta, está el apoyo de sus principales dirigentes a la dictadura del general Ibáñez del Campo. Llegado al poder a través de elecciones (sin competidores), dicho militar, que había proclamado su oposición a resignarse a "esperar el *Soviet* con los brazos cruzados"⁵⁶, instauró rápidamente un régimen autoritario y populista, desatando una feroz represión contra los opositores, en particular contra los sindicalistas, los comunistas, los anarquistas y otros militantes de izquierda. Al mismo tiempo, trató de crear una base social de apoyo popular para su gobierno, aplicando las leyes sociales de Alessandri Palma y empujando la creación de un movimiento político a su servicio. El dictador obtuvo el apoyo de los dirigentes del *Congreso Social Obrero* (c.s.o.), organización recientemente abierta a la participación de cooperativas y sindicatos, y de la *Unión de Empleados de Chile* (U.E.C.H.), que a fines de 1929 aportaron sus fuerzas para la formación de la *Confederación Republicana de Acción Cívica de Obreros y de Empleados de Chile* (C.R.A.C.)⁵⁷. A cambio de su apoyo al régimen, el c.s.o., recibió catorce puestos parlamentarios en la lista única preparada por el gobierno en el "Congreso Termal", de acuerdo con la mayoría de los partidos⁵⁸.

Pero esta operación no se realizó sin dejar de provocar enfrentamientos en el seno de la central sindical-mutualista: primero hubo que apartar a las personas que no eran incondicionales al régimen y que ofrecían cierta resistencia, luego se procedió a "reorganizar" la dirección del c.s.o.⁵⁹. La caída de Ibáñez en 1931, trajo

⁵⁵ Un ejemplo de esta decadencia es el de la *Asociación de Artesanos de Valparaíso*, la tercera mutual más antigua del país (fundada en 1858). En 1908 tenía 352 asociados; en 1932 contaba apenas con 116 miembros con sus cotizaciones al día, *Bodas de Diamante de la Asociación de Artesanos de Valparaíso, Memoria de 75 años 1858-1933* (Valparaíso, Imprenta y Litografía Universo, 1933), pág. 20.

⁵⁶ Declaraciones de Carlos Ibáñez del Campo, *El Mercurio*, Santiago, 16 de noviembre de 1926.

⁵⁷ "Se ha fundado la Confederación Republicana de Acción Cívica de Obreros y Empleados de Chile (C.R.A.C.), *La Nación*, Santiago, 11 de diciembre de 1929.

⁵⁸ Entrevista del autor con Humberto Martones Q., Santiago, 19 de marzo de 1992. La U.E.C.H. descontenta por el bajo número de sillones parlamentarios que se le quiso asignar, no aceptó ninguno.

⁵⁹ "La obra del directorio pasado del Congreso Social Obrero". *La Nación*, Santiago, 3 de diciembre de 1919; "La labor del directorio pasado del Congreso Social Obrero, *La Nación*, Santiago, 4 de diciembre de 1929; "Labores del pasado directorio del c.s.o.", *La Nación*, Santiago, 5 de diciembre

consigno la disolución de la C.R.A.C., y una lucha al interior del C.S.O., que culminó con la depuración de los elementos que habían apoyado a la tiranía y el desvanecimiento de esta central de convergencia entre mutualismo y sindicalismo⁶⁰.

La mutualidad volvió al apoliticismo, pero el foso entre el mutualismo y el sindicalismo se había hecho más profundo.

Las tentativas de superación de la crisis (1925-1990)

Los mutualistas afrontaron la crisis con una estrategia múltiple. Primero, trataron de reforzar y de ampliar el campo de sus actividades. Así, desde mediados de los años veinte, dieron especial atención a los problemas de vivienda de los sectores populares. Participaron en las asociaciones de arrendatarios, tratando de darles una orientación diferente a la de anarquistas y alquileres comunistas. En vez de organizar huelgas de arrendatarios para obtener rebajas de alquileres, empujaron a los trabajadores a obtener su propia casa y privilegiaron los progresos comunitarios: cooperativas de consumo, bibliotecas, farmacias, pavimentación de calles⁶¹. Algunas mutuales comenzaron incluso a construir poblaciones para sus adherentes⁶².

Entre las acciones de la mutualidad durante los años treinta, cuarenta y cincuenta, se contó: el apoyo a ciertas reivindicaciones obreras, los esfuerzos aportados para el reforzamiento de varios gremios de trabajadores en confederaciones que agrupaban a sindicatos y mutuales, así como las campañas para obtener de parte de los poderes públicos la satisfacción de amplias demandas populares referidas a la educación, disminución de las tarifas de servicios públicos y de los precios de los artículos de consumo básico y, en general, defensa del nivel de vida de los trabajadores⁶³. Todo esto, sin enumerar las actividades más tradicionales del mutualismo chileno: educación y recreación popular, scoutismo, creación y mantención de bibliotecas, consultorios, cooperativas de consumo, centros deportivos, etc.

Otra línea de trabajo contra su propia crisis fue la concreción de la unidad

de 1929; "La asamblea general del Congreso Social Obrero de Chile tributa un voto de aplauso a su mesa directiva", *La Nación*, Santiago, 29 de diciembre de 1929. Una visión detallada de las pugnas al interior del C.S.O., y del proceso de formación de la C.R.A.C., en Jorge Rojas F., *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, 1993), págs. 117-130.

⁶⁰ Entrevista del autor con Humberto Martones Q., Santiago, 19 de marzo de 1992; "Que no se devuelva a la 'CRAC' la Casa del Pueblo pide el Congreso Social Obrero", *La Crónica*, Santiago, 1 de diciembre de 1931; "El Congreso Social Obrero Reorganizado acordó separarse de la CRAC", *La Crónica*, Santiago, 4 de diciembre de 1931.

⁶¹ Espinoza, *op. cit.* págs. 109-114, 137 y 138.

⁶² Carlos Alberto Martínez y Víctor Morales S., *Sociedad, "Igualdad y Trabajo", Su vida histórica a través de sus 75 años de labor (Bodas de Diamantes) 1894-1969* (Santiago, 1969), pág. 11; Juan Ignacio Moya A., "Reseña histórica de la sociedad", en Vicente Adrián Villalobos, *Sociedad de Artesanos "La Unión" Santiago de Chile, Memoria correspondiente al período administrativo de 1927, leída en la Junta General del 17 de enero de 1928 por el Presidente don Vicente Adrián Villalobos* (Santiago, Imprenta "El Esfuerzo", 1928), pág. 22.

⁶³ Poblete, *op. cit.*, págs. 74-75, 131-139, 144, 159-166, 171-173 y 176; "Importantes acuerdos acordó la Convención Mutualista que será clausurada hoy", *La Crónica*, Santiago, 8 de diciembre de 1931; "Un organismo central tendrá la representación de las sociedades mutuales del país", *La Crónica*,

orgánica de las organizaciones mutualistas a nivel nacional. Desde comienzos de los años treinta se realizaron esfuerzos para crear una confederación que agrupara a todas las sociedades de socorros mutuos del país y que pudiera llenar el vacío dejado por el desaparecimiento del Congreso Social Obrero. En 1936, fue fundada la *Central Mutualista de Chile*, pero a pesar de su nombre, se trataba, en realidad, de una coordinación puramente capitalina⁶⁴. Luego, en 1937, se creó un *Consejo Mutualista Provisorio*⁶⁵, y finalmente, en diciembre de 1939, la *Confederación Mutualista de Chile*, que agrupó a más de quinientas sociedades de socorros mutuos de todo el país⁶⁶. Las tendencias unitarias se reforzaron en el mundo de los trabajadores a raíz de la creación del Frente Popular. El mutualismo y el sindicalismo se reencontraron durante algún tiempo: la Central Mutualista de Chile y la Central de Trabajadores de Chile (C.T.Ch.), emprendieron mancomunadamente numerosas acciones de tipo cultural, logrando crear, en julio de 1939, un *Congreso Nacional de Cultura Obrera* cuyo objetivo era el participar en el futuro Departamento de Extensión Cultural del Ministerio del Trabajo, a fin de lograr su control por parte de la clase obrera⁶⁷. En algunos gremios, como los tipógrafos, este movimiento se tradujo en la creación de organismos coordinadores que reunían a mutuales, sindicatos, asociaciones deportivas y otro tipo de instituciones⁶⁸.

La estrategia unitaria tuvo prolongaciones a nivel internacional. Desde mediados de los años treinta, la *Confederación Mutualista de Chile* tomó la iniciativa para consagrar la unidad de la mutualidad latinoamericana. El 3^{er} Congreso Nacional Mutualista, realizado en marzo de 1944, acordó promover la formación de una Confederación Mutualista de América Latina. Durante el 4^o Congreso Nacional Mutualista, realizado en abril de 1946 en Valparaíso, los delegados de Perú y Argentina decidieron junto a los chilenos, la constitución de un Comité Internacional. El 1^{er} *Congreso Latinoamericano de Mutualidades* tuvo finalmente lugar en Santiago en septiembre de 1953 con delegados de siete países⁶⁹.

El tercer aspecto de la actividad mutualista fue la lucha por cambiar la legislación social para permitir la supervivencia de la mutualidad. Se trataba de obtener el derecho de cotizar solamente en las sociedades de socorros mutuos,

Santiago, 9 de diciembre de 1931; Salvador Fernández F., *Sociedad de Artesanos "La Unión"*, *Memoria leída por el Presidente de la sociedad en Junta General celebrada el 16 de enero de 1938, correspondiente al período anual de 1937-1938* (Santiago, Editorial Letras, 1938), págs. 30-32; "Alza de arriendos", *La Voz del Mutualismo*, Valparaíso, 15 de febrero de 1949; "¡Otra alza!", *La Voz del Mutualismo*, Valparaíso, 15 de julio de 1949; Poblete, *op. cit.*, págs. 159-166, 171-173 y 176. Luis Miranda S., *Historia de la Mutualidad* (Santiago, Impresor Salesianos, 1980), págs. 40 y 41.

⁶⁴ "Declaración de principios de la 'Central Mutualista de Chile'", *Boletín de la Sociedad Unión de los Tipógrafos*, Santiago, marzo de 1936, pág. 10.

⁶⁵ Miranda, *op. cit.*, pág. 42.

⁶⁶ Central Mutualista de Santiago, *Semana Mutualista del 3 al 10 de diciembre de 1939* (Santiago, Imprenta Cervantes, 1939); Poblete, *op. cit.*, págs. 149-153; Entrevista del autor con Adán Verde-Ramos, Santiago, 29 de febrero de 1992.

⁶⁷ C.T.Ch., Santiago, segunda quincena de julio de 1939, en Illanes, *op. cit.*, pág. 292.

⁶⁸ "Frente Gráfico Nacional", *Boletín Oficial de Informaciones de la Sociedad Tipográfica de Valparaíso*, año X, N^o 51, Valparaíso, septiembre de 1943.

⁶⁹ Miranda, *op. cit.*, pág. 50.

pero recibiendo al mismo tiempo todos los beneficios del seguro obligatorio estatal⁷⁰. La Confederación Mutualista pidió al gobierno del Frente Popular, presidido por Pedro Aguirre Cerda, la subvención a las instituciones de socorros mutuos que prestaban servicios médicos y farmacéuticos a sus asociados, la participación de la mutualidad en la Junta Central y en las Juntas de Beneficencia, así como en los Consejos de la Caja del Seguro Obrero, de Previsión de Empleados Públicos y Periodistas y de Empleados Particulares⁷¹. La petición no fue acogida por la Cámara de Diputados. Las mutuales se movilizaron también para obtener de los poderes públicos exenciones al pago del impuesto a la renta (ya concedidas a los sindicatos) y los bienes raíces⁷². La primera reivindicación nunca se obtuvo; la exención al pago de los impuestos, sólo en 1954⁷³.

Pequeña victoria que no era capaz de provocar un vuelco en la situación; tampoco podía lograrse con las modestas subvenciones concedidas puntualmente por el Estado. La crisis era profunda y los mutualistas lo sabían. Desde comienzos de los años cuarenta el secretario general de la Confederación Mutualista planteaba el problema sin ninguna ambigüedad:

"En la mutualidad chilena se encuentra la fuente generadora directa de las leyes que reconocen a los trabajadores derechos y establece a su favor beneficios.

Sin embargo, esas mismas leyes protectoras, organismos estatales por ellas creados, el movimiento sindical en pleno auge y las nuevas formas y necesidades de la asociación, casi han destruido totalmente a las instituciones de Socorros Mutuos"⁷⁴.

Las distintas soluciones programadas para evitar la crisis terminal de las sociedades de socorros mutuos y sacarlas de la "vida lánguida" que llevaban no dio sino resultados parciales⁷⁵. A pesar de un crecimiento no despreciable de los socios mutualistas —de 561 sociedades con 118.758 miembros en 1938, se pasó a 560 sociedades con 170.000 asociados en 1952— no se logró recuperar la pujanza de antaño⁷⁶.

La reforma de la ley 4.054, promulgada finalmente en 1952, desvaneció las esperanzas del movimiento mutualista. Los representantes obreros ante el Conse-

⁷⁰ Cáceres, *op. cit.*, pág. 24; "El próximo Congreso Nacional Mutualista se efectuará en Concepción", *El Mercurio*, Santiago, 21 de febrero de 1937; Poblete, *op. cit.*, pág. 176.

⁷¹ *Conclusiones de la Convención Nacional Mutualista* (Santiago, junio de 1940).

⁷² "Las Sociedades de Socorros Mutuos reclaman iguales derechos que los Sindicatos", *La Gaceta Mutualista*, año II, N^{os} 10 y 11, Santiago, julio y agosto de 1941, págs. 3 y 4; "La Confederación Mutualista de Chile pide al Parlamento la exención del pago de los impuestos a la renta y de los bienes raíces de las Sociedades de Socorros Mutuos", *La Gaceta Mutualista*, año II, N^{os} 10 y 11, Santiago, julio y agosto de 1941, págs. 13 y 14; "Las instituciones mutuales deben gozar de los mismos beneficios que los sindicatos", *Boletín Oficial de la Sociedad de Empleados de Comercio de Santiago*, año III, N^o 29, Santiago, 21 de agosto de 1941, págs. 5-7; Poblete, *op. cit.*, págs. 161 y 171.

⁷³ Ley 11.575, artículo 24.

⁷⁴ Marcial Cáceres, "Mutualismo y Legislación Social", *La Gaceta Mutualista*, año I, N^o 1, Santiago, enero de 1940, pág. 3.

⁷⁵ "¿Cuál es el porvenir de las Sociedades Mutualistas?", *Boletín Oficial de la Sociedad de Empleados de Comercio de Santiago*, año III, N^o 26, Santiago, 21 de marzo de 1941, pág. 11.

⁷⁶ *Revista del Trabajo*, N^o 4, Santiago, abril de 1938, pág. 85; Sesión de la Honorable Cámara de Diputados del 30 de enero de 1952.

jo de la Caja del Seguro debían ser nombrados por los sindicatos, quedando excluidas las sociedades de socorros mutuos. Pero el golpe más duro de esta reforma previsional fue el establecimiento definitivo de la obligatoriedad del seguro nacional, tanto para los trabajadores asalariados como independientes. Las protestas de los mutualistas y de algunos parlamentarios salidos de sus filas de nada sirvieron⁷⁷.

La promulgación de la ley 15.177 –denominada “Ley Mutualista”– en 1963, que otorgaba a la Confederación Mutualista de Chile el estatuto de corporación de derecho público tampoco arregló las cosas. Inmediatamente después del voto de esta ley, estalló una larga crisis al interior de la Confederación: renunciaciones recíprocas, Federaciones intervenidas por ésta, sanciones contra ciertas mutuales, etc.⁷⁸.

El golpe de Estado militar de 1973 con sus secuelas de represión generalizada contra el mundo popular, prohibiciones de todo tipo a los derechos de reunión, de asociación, de petición y de expresión, no hizo sino agravar la situación del mutualismo. El local de la Confederación fue allanado por los militares y quemados una gran cantidad de sus libros y archivos. Poco tiempo después, el entonces presidente de la institución, un militante socialista, fue obligado a presentar su renuncia⁷⁹. Las luchas por el poder se intensificaron al interior de la central mutualista⁸⁰, agravándose más aún su situación a raíz de la publicación por la Junta Militar de Gobierno, en mayo de 1980, de un decreto (N^o 3.342) que otorgaba a las mutuales la “libertad” de afiliarse y desafilarse. Así como el derecho de formar por su propia cuenta federaciones y confederaciones⁸¹. Es decir, el mismo método de “dividir para reinar” aplicado al movimiento sindical y al conjunto de la sociedad civil.

CONCLUSIONES

La mutualidad chilena, pionera de esta forma de asociación en América del Sur, fue el germen del movimiento obrero y popular nacional, estando a la cabeza del esfuerzo unificador del mutualismo latinoamericano. Conoció un “pasado glorioso” y, luego, un período casi tan prolongado como su etapa dorada. Reunió en un comienzo a una elite de trabajadores urbanos (ya sea en asociaciones, que agrupaban a personas sin distinción de oficios, o en sociedades estructuradas por gremios), que encontraron en este tipo de asociación el principal medio de mejoramiento de su condición. Tanto por los beneficios materiales que ofrecía, como por el sentimiento de dignidad que imbuía a sus adherentes; el mutualismo llegó a ser la principal forma de organización popular, teniendo a menudo el papel de

⁷⁷ Illanes, *op. cit.* págs. 387, 391 y 392.

⁷⁸ Miranda, *op. cit.*, pág. 66.

⁷⁹ Entrevista del autor con Guillermo Campos R., Santiago, 12 de marzo de 1992.

⁸⁰ Miguel Gil N., *XIV Congreso Nacional Mutualista de 1979. Memoria presentada por el Presidente de la Confederación Mutualista de Chile Don Miguel Gil Núñez* (Santiago, octubre de 1979).

⁸¹ Miranda, *op. cit.*, pág. 69; Entrevista del autor con Mario Fernández, presidente de la Sociedad Igualdad y Trabajo, Santiago, 31 de enero de 1992; Entrevista del autor con Francisco González, presidente de la Sociedad de Empleados de Comercio de Santiago, Santiago, 25 de febrero de 1992.

promotor de las demandas sociales. Su apogeo se alcanzó a comienzos del siglo xx cuando una gran variedad de segmentos sociales adhirieron a las prácticas mutualistas. Pero luego, las nuevas formas de organización popular —especialmente el sindicalismo— y la puesta en práctica de las leyes sociales lo condujeron a una larga crisis, obligándolo a una existencia bastante precaria. A pesar de su decadencia, ha permanecido en la memoria histórica del movimiento popular chileno como el primer paso dado por los trabajadores para transformarse en un *sujeto social autónomo*. Éste ha sido, sin duda, su mayor mérito.

NÉSTOR MEZA: LAS HUELLAS DE UN MAESTRO

Cristián E. Guerrero Lira*

Joven: Usted no tiene idea de la responsabilidad que se ha echado encima, no sólo por llamarse igual que su padre, sino que también porque estudiar historia es algo muy serio. Estas fueron las primeras palabras que don Néstor, apelativo que con mucho cariño y respeto empleábamos todos los que de una u otra manera estuvimos cerca de él, me dirigió en una oficina del Departamento de Historia del antiguo Instituto Pedagógico, establecimiento que en esos días desaparecía para dejar paso a la Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, la actual Universidad Metropolitana.

Recién iniciaba mis estudios y no pude comprender cabalmente el profundo significado de la segunda parte de esas palabras ni sospechar la enorme significación que él tendría en mi formación y en el inicio de mi carrera universitaria, lo que sí haría con el correr del tiempo, y especialmente cuando tuve la oportunidad de ser su alumno, en un curso de historia de Chile, y luego su ayudante.

Para don Néstor, la historia llegó a ser parte de su vida, y por eso su estudio era algo de la máxima seriedad, prolijidad y responsabilidad. Esta identificación, casi vital con su quehacer intelectual, llegó a ser tan profunda que consideraba a sus libros como parte de sí mismo, ya que ellos, en algún momento, representaron parte de sus intereses e inquietudes espirituales. Eran una "extensión" de su ser, y por ello los cuidaba con esmero, no sólo adecuando los estantes para que no se llenaran de polvo, sino siendo muy cuidadoso en lo referente a los préstamos que de ellos hacía. Recuerdo una oportunidad en que le solicité me facilitara la obra de Salvador de Moxo sobre los orígenes, concepto y naturaleza de la Alcabala. Gustoso me la proporcionó, pero diciéndome al tiempo: *Con respecto a los libros hay dos tipos de tontos, los que los prestan y los que los devuelven... espero que tú seas de los segundos, porque yo seré de los primeros...*

La vida del profesor Meza fue dedicada por completo a la historia. Nació en 1913 en Retiro, provincia de Linares y realizó sus estudios en la escuela pública de esa localidad, cursando las humanidades en los liceos de Chillán, Talca y Linares. En 1932 ingresó a estudiar al Instituto Pedagógico, donde fue alumno, entre otros, de Luis Galdames y de Juan Gómez Millas, siendo este último quien más influyó en su formación intelectual. Allí mismo conoció a Guillermo Feliú, Ricardo Donoso, Eugenio Pereira y Mario Góngora, figuras señeras de la historiografía nacional en el presente siglo.

Una vez finalizados sus estudios, en 1936, contando con 23 años, se incorporó a la planta de la Biblioteca Nacional donde desarrolló las funciones de portero y luego de oficial de la Sección Americana, hasta mediados de 1938. Compartía su

*Universidad de Chile

tiempo entre las labores propias de su cargo, sus estudios sobre las empresas de conquista, que luego cristalizarían en su memoria de prueba, y la lectura. No se crea que solamente leía sobre historia, que si bien fue su tema predilecto no fue el exclusivo. Esto es propio de los espíritus inquietos e inquisidores que buscan respuestas y explicaciones sobre la naturaleza humana. Tratando de acercarse lo más posible al pensamiento de los autores, es decir, con un profundo sentido de la hermenéutica, que por lo demás siempre trató de traspasar a sus alumnos; don Néstor se preocupaba de lograr la mejor interpretación de los textos que leía y fue este interés el que lo llevó a estudiar, siendo ya una persona madura, el idioma de Goethe entre 1964 y 1984.

Sus primeras armas de pedagogo las hizo en el Liceo de Linares (1938-1943) y luego en la Universidad de Cuyo, donde dictó la cátedra de historia de América entre 1943 y 1946, año, este último, en que retornó a su Liceo de Linares. Sólo en 1947, a los 34 años, ingresó como profesor auxiliar de historia de Chile al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, institución que nunca más abandonaría hasta su jubilación en 1984.

Realizó viajes de investigación a Alemania, Italia, Colombia y España. En ellos se dedicó a reunir materiales para sus investigaciones y a estudiar distintos aspectos relacionados con la teoría de la historia. En estas ocasiones también se dedicaba por completo a sus intereses intelectuales. Se dice, cosa que no he podido comprobar, que cuando visitó Sevilla para trabajar en el Archivo de Indias, sus días transcurrían en aquel repositorio documental, de donde salía sólo para dirigirse al hotel donde se hospedaba, almorzaba y reposaba para luego volver al archivo a continuar sus labores.

No sólo fue historiador, sino que también, y casi por excelencia y profunda vocación, profesor. Un maestro no sólo educa e instruye en su aula, y don Néstor era así. Hizo de su vida, junto a la señora Olga Lopehandía, con quien lo unieron muchos años de matrimonio, un verdadero apostolado pedagógico que llegó a todos los que estaban cerca de ellos y en las situaciones más variadas.

En la universidad era un profesor exigente, lo que provocaba que muchos estudiantes abandonaran su curso y que otros lo evitaran, no faltando algunos a los que no permitía rendir su examen en la primera oportunidad por considerar que no estaban bien preparados, y a él le gustaba "lucir" a sus alumnos, razón por la que tampoco eximía de este trámite. Sus clases versaban preferentemente sobre el contenido de sus obras. Decía que debía enseñar lo que sabía y que ello estaba en sus libros. El trabajo era abismante, no sólo por la cantidad de páginas que había que leer, sino que además había que estar preparado para enfrentar sus agudas y continuas inquisiciones. Toda la clase se organizaba en torno a unas cuantas preguntas y al debate consecuente.

Así nos fue enseñando tanto lo que sus libros contenían como sus concepciones filosóficas sobre la historia y la historiografía, acostumbándonos, y exigiéndonos al mismo tiempo, la mayor precisión en el uso de los términos. A más de alguno le corregía defectos de dicción: *Joven, es los indios, no loh indios* le expresó una vez a un compañero de curso. Siempre nos provocaba risa recordar con nuestros compañeros a un alumno, que como todos, buscaba con tanto apremio el reconoci-

miento a una expresión aguda, que en el trámite, solía ponerse en extremo nervioso, así es como en su intervención, meditada y profunda, deslizó un "arcarde ordinario...", desde entonces, pocos sabían cuál era su nombre, era simplemente el "arcarde ordinario". Don Néstor buscaba constantemente los ejemplos y las respuestas que impulsaran a sus alumnos a estudiar. En una oportunidad, definiendo las funciones del Estado como las conducentes al bien común, un alumno expresó, vehementemente, que aquel debía atender preferencialmente las cuestiones de carácter social y no ayudar financieramente, como en ese momento ocurría, a una expedición al Everest. Don Néstor concordó con lo primero, pero en cuanto a lo segundo señaló que el Estado debía tratar de apoyar todas las actividades, y acto seguido agregó: *Yo creo que esos escaladores ponen más esfuerzo en subir el cerro que muchos de ustedes en estudiar...*

Los programas académicos de sus cursos y otros de sus documentos universitarios se caracterizaban por su simpleza y por llevar su impronta personal. Por ejemplo, el correspondiente al curso de historia de Chile durante la independencia y la época de la organización, dictado en 1983, consta apenas de dos páginas, y bajo el rubro "Objetivos", aparece lo siguiente: "Desarrollar la capacidad hermenéutica y el pensamiento historiográfico del estudiante, mediante la lectura y discusión socializada de documentos y la lectura individual de obras concernientes al tema". Algo similar ocurre con otro de historia de América, en el que, bajo idéntica advocación dice: "Perfeccionar la capacidad de los alumnos para pensar historiográficamente". Eduardo Ramírez, otro de sus ayudantes conserva un currículum de don Néstor, de sólo... una página.

La "discusión socializada" era profunda y seria, pero no exenta de notas de humor. En cierta oportunidad, don Néstor estaba analizando la calificación y categorización que de los hechos hacía el historiador. En la sala flotaba un aire de profundidad intelectual que fue bruscamente interrumpido por una alumna que preguntó lo siguiente: "Don Néstor, ¿cómo calificaría un historiador el que de repente aterrizara así... un platillo volador y bajarán unos marcianitos verdes...? Obviamente tanto don Néstor como el curso completo no tuvieron otra alternativa que echar a reír, y cada vez que esta alumna pedía la palabra él le decía: *espero que tu intervención no sea como aquella de los marcianitos verdes.*

Un recuerdo a propósito de esta intervención femenina: don Néstor siempre tuvo en alta estima el valer intelectual de las mujeres. Prueba de ello es la opinión que tenía de sus dos Olgas, la madre y la hija, dedicadas también a la actividad intelectual. Sin embargo, nunca tuvo una ayudante, pues pensaba que tras la preparación para ejercer aquella actividad, la elegida pronto contraería matrimonio, ya que en la universidad era habitual la formación de parejas, postergando su carrera docente. Ello no obstaba a que reconociese los méritos intelectuales de algunas de sus alumnas, quienes obtenían, en su ramo, la calificación máxima. Éste fue el caso del curso de historia de América que impartió en 1982. Las únicas dos mujeres de aquella generación, Ana María Contador Valenzuela y Nancy Miño Thomas superaron con creces las calificaciones de sus pares.

La misma inquietud a que aludíamos anteriormente lo llevó a interesarse por la filosofía y su relación con la historia. Su vocación por ambas disciplinas era tan

profunda que una vez nos confidenció que si en el momento de ingresar al Instituto Pedagógico hubiese tenido que optar entre ellas, hubiera vacilado.

De los filósofos ocupados de la historia el que más influyó en su pensamiento fue, sin lugar a dudas, el italiano Benedetto Croce, verdadera piedra angular de sus cursos de teoría de la historiografía. Aún recuerdo con gran cariño una oportunidad en que al terminar su clase me pidió que lo acompañase fuera de la sala y me entregó un pequeño paquete y me dijo: "Espero que después leas la fuente original". Le di las gracias y nos despedimos. Luego, con gran curiosidad abrí el mentado paquete y encontré un ejemplar del libro de León Dujovne que lleva por título *El pensamiento histórico de Benedetto Croce*.

En sus cursos de historia, siempre dedicaba algunas clases a introducir a los alumnos en los conceptos fundamentales de su pensamiento historiográfico, para luego empezar a aplicarlos en el análisis de las situaciones puntuales que formaban la materia de la cátedra.

Definía su interés historiográfico como el de la historia etico-política, ya que para él la historiografía política debía preocuparse de estudiar el contenido valórico del bien común de la época en cuestión, fuera de otras situaciones tales como: las controversias que puedan coexistir al interior de un régimen determinado, la participación de la sociedad en la actividad política, el aspecto jurídico, la generación del poder, etc., todo esto guiado por el historicismo.

Don Néstor siempre se caracterizó por su sencillez material, y su desapego a lo que él consideraba simples frivolidades. Nunca se preocupó demasiado por figurar en lugares destacados. Por ejemplo, a fines de 1982, cuando a la Universidad de Chile le correspondió organizar las VII Jornadas Nacionales de Cultura, él asistió a una sesión que versaba sobre la identidad histórica nacional, que contó con las disertaciones del Dr. Ricardo Krebs y del profesor Rolando Mellafe. Don Néstor, simple y voluntariamente, y sin que nadie lo notara, se ubicó en la galería del Salón de Honor de la Casa Central, pudiendo haber ocupado un lugar más destacado.

Otra prueba del aserto anterior la encontramos en 1969, cuando fue electo miembro de número de la Academia Chilena de la Historia. Don Néstor, quien siempre estimó no tener méritos suficientes para incorporarse, según nos confidenció en una oportunidad, no cumplió con los trámites de rigor y por tanto no se integró a aquella institución.

Dichas características espirituales, junto a su irredargüible capacidad intelectual, formaban, para nosotros, un modelo de vida de tanta consistencia que se traducían no sólo en respeto sino en una profunda admiración.

Su figura era inconfundible. De pequeña estatura y delgado, gruesos lentes y siempre con un caminar pausado y meditabundo y con su inconfundible boina era común encontrarlo dirigiéndose por la calle Almirante Barroso al departamento de historia de la Universidad de Chile. El grado de concentración mental y su cortedad de vista le impedían reconocer a sus alumnos que, en una "audaz cimarra", pasaban con toda seguridad y desplante por su lado, sin que el profesor advirtiera que faltarían a su clase. A su regreso, también era corriente verlo caminando comiéndose un "emparedado", como él decía, para recuperar fuerzas. Esto último nos hace recordar lo cuidadoso que era con su alimentación debido a su

naturaleza intrínsecamente enfermiza. Se preocupaba de las calorías y de la cantidad de materia grasa que consumía. Tampoco bebía alcohol, y en una oportunidad en que invitó a cenar a un colega de la universidad que partía a Italia, le entregó la botella de vino y lo instó a abrirla, aduciendo que él no sabía siquiera usar el descorchador.

Su habitual introspección probablemente fue la causa de que en varias oportunidades fuese víctima de un inesperado "lanzaso", que obviamente él no advertía. En varias ocasiones se recibían llamados telefónicos anunciando que sus documentos le serían devueltos ya que habían sido encontrados en la vía pública. Quizá la bondadosa persona que llamaba era el mismo sujeto que se los había sustraído, el que entregándolos obtenía una recompensa un tanto mayor al monto que don Néstor portaba: lo imprescindible para sus gastos de movilización diaria.

La siesta era un rito intransable, pues tenía una explicación biológica: el proceso de digestión, por muy frugal que fuera la dieta, disminuye la irrigación cerebral, así es que era, bajo todo punto de vista, saludable y necesaria.

En su casa recibía a quien se lo solicitase, y a fin de año acostumbraba invitar a sus mejores alumnos a departir junto a las tazas de té o café y confites de todo orden que la señora Olga y "la Rosa" diligentemente llevaban a la mesa de la terraza. Este honor, "en privado", también tenía su explicación: decía que lo hacía así para evitar que se pensara que existían preferencias por tal o cual estudiante.

El hogar era su lugar predilecto de trabajo y de pensamiento. Allí tenía sus libros, ubicados tanto en el escritorio, donde los cuatro muros exhibían estanterías repletas desde el piso al techo, en una pequeña salita de estar contigua a él, el garaje y el segundo piso. Sus días transcurrían sin prisas y meticulosamente organizados. Por ejemplo, la señora Olga leía *El Mercurio* de punta a rabo y luego comentaban el acontecer nacional, especialmente el político. Siempre encontrábamos el televisor cubierto por una funda, y ello representaba, en el fondo, una realidad: sólo veía algunos contados programas de corte cultural y algunas películas de trasfondo histórico, como la que en una ocasión nos recomendó sobre Enrique VIII, recomendación que, demás está decirlo, nos resultó bastante provechosa en una serie de aspectos que no es del caso narrar aquí. Idéntica actitud tenía frente al cine, al que concurría a presenciar la exhibición de determinadas obras, como *Giordano Bruno*, que también recomendó a sus alumnos.

Por las tardes, las calles cercanas a La Verbena, y las no tan cercanas también, conocieron sus paseos, verdaderas maratones de distancias y pensamiento para quienes en más de una ocasión lo acompañamos. En ellas, nos daba recomendaciones que guiaban investigaciones y actividades pedagógicas. Estas caminatas las realizaba en invierno y verano, sólo o acompañado de su mujer. Aún recuerdo la última vez en que tuve la oportunidad de estar con él. Fue unos pocos días después del aluvión de 1993. Llegué a su casa sin previo aviso y no lo encontré... estaba en su "caminata" junto a doña Olga. Ya era tarde y hacía frío, por lo que decidí salir a encontrarlo. Al poco rato me topé con ellos camino a casa, donde entablamos una interesante conversación.

El único premio que le fue otorgado fue el Nacional de Historia en 1980. Los diarios de la época dan cuenta de ciertas características muy propias de don

Néstor. Por ejemplo, *El Mercurio* de Santiago, en su edición del 22 de agosto decía: "De reducida estatura, gruesos lentes y mirada aguda, es la imagen exacta de un investigador. Suma a ello una gran locuacidad y apasionamiento por todo lo que hace y dice. *He sido siempre un investigador de vocación muy profunda, que ha sentido también una satisfacción plena por lo que leo, por lo que escribo, por el cariño de mis alumnos. Es una satisfacción por saber.* Refiriéndose a su obra historiográfica expresó: *He dedicado a ella un gran entusiasmo, un gran amor y en cada libro he puesto toda la pasión y lo mejor de mí.*

Consultado por los periodistas de *La Tercera* acerca de la razón que lo impulsaba a dedicarse a la historiografía política expresó lo siguiente: *Creo que la política es una cosa muy importante. Es una actividad configuradora de la sociedad, una actividad que debe resolver los problemas, antagonismos, que se producen en el seno de la sociedad. Debe buscar soluciones para esos problemas, o sea, que yo tengo del político la más alta idea. Ahora, que hay gente que esta función no la cumple al nivel que debe hacer, bueno, eso es también cosa de la dotación de cada uno. Hay historiadores inteligentes, unos más que otros. Hay políticos que buscan el poder para satisfacer aspiraciones personales y hay políticos que se empeñan por realizar alguna gran aspiración. La condenación general de los políticos no me place. Siempre he dicho, incluso en mi clase, que el Presidente ha exagerado su condenación de los políticos. El mismo es ahora un político. Cuando es rector de un Estado, pues es un político.*

El párrafo transcrito nos parece fundamental para comprender otra de las dimensiones que él atribuía a la historiografía. No es sólo un ejercicio, un cultivo del intelecto, sino una meditación acerca del pasado que ayuda a comprender y valorar las circunstancias actuales por un lado, mientras que por otro, provoca la satisfacción de ciertas demandas o requerimientos espirituales del cultor. Don Néstor siempre afirmó que el conocimiento histórico está impregnado de historicidad, lo que evidentemente le atribuye a su cultivo un carácter dinámico, que se va aprendiendo poco a poco. El texto aludido también nos recuerda otra de las facetas de su carácter: el profundo respeto que tenía por las ideas políticas de los que lo rodeaban. Para él era más importante la persona y sus capacidades intelectuales que sus ideas partidistas. No es casualidad que entre quienes fueron sus ayudantes se encuentren personas de las más variadas posiciones políticas. Un caso digno de mención es el de Leonardo León, quien estuvo en un campo de detenidos tras el 11 de septiembre. Don Néstor lo acompañó y ayudó tanto espiritual como materialmente, entregándole un abrigo suyo por si le era de alguna utilidad y después, al partir al exilio, también contó con la solidaridad del maestro.

Ese respeto también lo tenía por las opiniones y posiciones intelectuales. Uno de sus libros, *La actividad política del reino de Chile entre 1806 y 1810*, lleva una dedicatoria que reza: *A los estudiantes que asistieron a mi cátedra extraordinaria de historia de Chile durante el año 1955, por lo mucho que debo a su oposición a los pensamientos contenidos en el presente trabajo.* Aquí, don Néstor se refería a quienes contraargumentaron a la tesis que posteriormente se plasmó en aquella obra. Siempre tuvo un gran respeto por los alumnos y también lo pedía. Había que esperarlo de pie al inicio de la clase y utilizar algún vocativo para dirigirse a él: *no aceptaba frases como, por ejemplo, "oiga... ¿qué actitud tuvo el cabildo?"*. Siempre nos decía que el

profesor, por la función que desempeñaba era objeto de gran respeto y que él no nos trataba así, por lo que pedía reciprocidad.

Si intentáramos una clasificación de su obra historiográfica se podrían establecer dos grandes líneas, siempre dentro de la historia política, los temas relativos a la historia americana y los referentes a la chilena. Esta clasificación pecaría de simplista, ya que es posible categorizar aún más sus estudios. En efecto, dentro de los temas americanos es posible distinguir dos rubros: los estudios sobre la conquista de América y los relacionados con problemas de carácter ético-político del período monárquico en la historia del continente. En lo que dice relación con la historia de Chile se diferencian cuatro áreas distintas de interés: la conquista hispana, los problemas ético-políticos o relaciones hispano-indígenas, la relación entre la sociedad nacional y la monarquía y los tópicos referentes al proceso de independencia.

Estudiando las fechas de publicación de los trabajos de don Néstor es posible establecer que entre 1936 y 1951 se dedicó preferentemente a los estudios relacionados con los procesos de conquista americana y chilena y a los tópicos ético-políticos derivados de ellos. Entre 1955 y 1972 predominan los relativos a la relación sociedad-monarquía y a la independencia, y desde esa última fecha hasta 1983, data de su postrera publicación, hay un predominio de los temas relativos a las relaciones hispano-indígenas, para finalizar con un compendio de sus planteamientos en torno a la cultura política chilena, que para él tenía sus orígenes en el período monárquico.

Algunos de los trabajos de don Néstor fueron discutidos y criticados, mas él tenía la profunda convicción de que sus planteamientos eran correctos y, según nos confidenció en una oportunidad, no se sintió ofendido por las críticas. Esta actitud concuerda con su forma de ser: siempre actuaba, y escribía, tras un concienzudo análisis de todos los elementos que tenía a su alcance. Ésta es, por otro lado, la razón de que cada uno de sus estudios historiográficos le hubiese demandado tanto tiempo antes de su cristalización definitiva.

A la fecha de su alejamiento definitivo de la actividad docente y de investigación aún pensaba en dos temas que inquietaban su espíritu de investigador. Según un documento firmado por don Eugenio Pereira el 16 de enero de 1979, en el que daba cuenta al director del Servicio de Desarrollo Científico, Artístico y Cooperación Internacional de la Universidad de Chile de los proyectos de investigación que realizaban los profesores del Departamento de Historia de la misma corporación, don Néstor estaba investigando la participación americana en la defensa de la monarquía durante los siglos XVI y XVII y la actividad política del reino de Chile entre 1810 y 1814.

Poco después de su muerte, Manuel Salvat Monguillot en un artículo publicado en *El Mercurio* de Santiago señalaba la importancia de la obra de don Néstor e indicaba una de sus características personales sobresalientes: la profundidad de sus conocimientos y la sencillez de su personalidad. A ello debemos agregar otra, el profundo respeto que sentía por todas las personas y el cuidado con que se relacionaba con ellas para evitar herir susceptibilidades.

Sea cual fuere la corriente de pensamiento a que don Néstor se hubiese adscrito,

y sea cual sea la opinión que de sus obras se tenga, existe un hecho que nos parece indiscutible: fue un *maestro* que contribuyó a formar a muchos estudiantes, pero sólo a unos cuantos investigadores que con su ejemplo aprendieron que la labor historiográfica debe enfrentarse con responsabilidad y seriedad, ya que el trabajo que se realiza es el de *Una minoría muy pequeña, que habla e investiga para todos*.

TESTIMONIOS

Joaquín Díaz Garcés

El 12 de febrero de 1896 se promulgó la ley sobre Organización y Servicio de la Guardia Nacional, la cual disponía que todo chileno de entre veinte y cuarenta años de edad, en estado de cargar armas, estaba obligado a servir en la Guardia Nacional. La Guardia Nacional activa, que fue la que le correspondía a Joaquín Díaz, estaba obligada a hacer los ejercicios de instrucción y de campaña que el Presidente de la República determinara, para cuyo efecto los individuos que la componían podían ser agregados a alguno de los cuerpos del ejército permanente de la residencia de la Guardia. Su movilización y acuartelamiento podría durar hasta tres meses consecutivos. Los jóvenes se inscribían y después, si había demasiados, se efectuaba en sesión abierta de la Municipalidad, un sorteo para elegir el número fijado por el Presidente de la República para ser acuartelados.

Las primeras indicaciones de la apertura del curso en que se iba a inscribir Joaquín Díaz las tenemos en un artículo publicado en mayo. Desde hacía mucho tiempo se venía anunciando la apertura de cursos de aspirantes a oficiales, desmintiéndose después la noticia. Los muchachos iban a inscribirse y se encontraban con que no había curso abierto.

“He aquí las penurias, viajes, consultas, idas y venidas, vueltas y revueltas de esos infelices que están con un pie en la milicia y con otro en la Universidad... Y ahí están esos muchachos que ni estudian ni son aspirantes. Porque a lo mejor les pregunta el Profesor de Código Penal cuántas clases de armas son las que califica así el Código, y ellos en vez de decir ‘cortantes, punzantes y contundentes’ dicen –Arma de infantería, artillería y caballería–. Ya no es vida la que llevan. Muchos ya hacen ejercicio al levantarse para no extrañar cuando entren a cuartel. ...Sería una crueldad mantener por más tiempo esta incertidumbre. Si se les llama, que sea luego; y si no se les llama, que se les diga claro¹.

Por fin Joaquín Díaz se inscribió y se acuarteló el 14 de junio de 1898 en el Picadero de la Calle San Ignacio, formando parte de un grupo de veintitrés jóvenes aspirantes a oficiales del Escuadrón Escolta, nombrado así porque servía para escoltar al Presidente de la República. Con el aliciente de formar parte de él, todos los muchachos pagaban caballos y pensión y renunciaban al sueldo acostumbrado a todo recluta que hacía la Guardia. Eran éstos, miembros de las mejores familias de Santiago, cuyas condiciones económicas les hacían posible costear el servicio en el Escuadrón Escolta.

Siendo todos jóvenes, enérgicos, aficionados a las bromas, llegaron pronto en la forzada vida común e íntima del cuartel, a una estrecha amistad que dejó una huella imborrable en sus recuerdos. En algunos casos, esta íntima experiencia

¹ “De Herodes a Pilato”, *El Chileno*, 17 de mayo de 1898.

común tuvo repercusiones después en la vida profesional. Al sargento García, por ejemplo, le tomaron mucho cariño y Joaquín Díaz lo llevó después a *El Mercurio*. De Benjamín Vicuña Subercaseaux, que se dedicó a las letras, Joaquín Díaz Garcés escribe, dieciséis años después, en un prólogo al libro *Días de campo* del joven escritor tempranamente muerto:

“Lo encontré por primera vez, en el cuartel, a los veinte años, obedeciendo a un llamado de la patria en horas de alarmas internacionales.

... Enrolados en la caballería, tocónos dormir vecinos, codo con codo en las filas, tener nuestros caballos juntos; en fin, la más estrecha camaradería de soldados... soportó en silencio la dura disciplina alemana del cuartel”².

Esta “dura disciplina alemana” se debía al alférez Bartolomé Blanche, instructor del Escuadrón Escolta. Carlos Silva Vildósola lo describe como “terrible disciplinario y uno de los soldados más inteligente, más justo y caballeroso de su tiempo”³.

En los artículos que forman este testimonio, Joaquín Díaz describe las impresiones del grupo de aspirantes de su vida en la escuadra, de su resentimiento de los “cuyanos”, que tenían la culpa de su situación, de los ratones que los molestaban en las noches, del perrito ratonero del Escuadrón, de la bulla de los aspirantes mismos. Aprendían la gimnasia muscular y la equitación, y el picadero les parecía un suplicio.

No deja nada sin describir el joven aspirante. Ante nuestros ojos desfilan los muchachos en sus rutinarios quehaceres diarios. Los detalles más mínimos de cada día los encontramos descritos con tal frescura, tal espontaneidad, tal entusiasmo efervescente de juventud, que nos contagiamos y todo lo revivimos en las palabras que saltan alegres de la página impresa. Para estos muchachos sacados de la comodidad de sus casas, muchas tareas forzadas resultaban molestas, la disciplina a veces les parecía insostenible; pero todo esto lo cuenta Joaquín Díaz después sin rencor alguno, buscando el lado festivo.

Terminada la primera mitad del curso, es decir, después de seis semanas de instrucción, los aspirantes a oficiales se presentaron en revista de instrucción individual. Por un artículo publicado en *El Chileno* al día siguiente sabemos que comenzó la revista a las ocho y media, presenciada por los generales Körner y Ortúzar, el comandante Larraín Alcalde, jefe del Escuadrón Escolta, toda la oficialidad de este cuerpo y numerosos jefes y oficiales del ejército. El curso fue presentado por su instructor, el teniente en comisión don Bartolomé Blanche Espejo.

Comenzó la revista con ejercicios de gimnasia muscular, que fueron ejecutados con mucha corrección. En seguida, el teniente Blanche dirigió interrogaciones a los reclutas sobre la teoría elemental de caballería, higiene del caballo y del soldado, uso y cuidado de las armas, uso y conocimiento de explosivos, etc. Todas estas preguntas fueron contestadas satisfactoriamente. Posteriormente, hicieron ejercicio de carabina, sable con los cortes fundamentales de la esgrima de esta arma y los principales movimientos de la lanza manejada a pie.

Por último, con el curso dividido en dos grupos, comenzó la parte más

² Benjamín Vicuña Subercaseaux, *Días de campo* (Santiago, Empresa Zig-Zag, 1914), en el prólogo.

³ Carlos Silva Vildósola, *Retratos y recuerdos*, pág. 185.

interesante de la revista, o sea, la equitación. Tras de algunas evoluciones sencillas cada grupo practicó saltos sobre valla de ramas, varas, muralla y foso, todo sin estriberas y soltando las riendas al saltar. La posición de los jinetes y su manera de tirarse en el salto eran muy buenas, no produciéndose caída alguna. Aun los caballos, que eran de propiedad de los aspirantes, revelaban una paciente y rápida educación para adaptarlos al trabajo militar.

Al terminar la revista, el teniente Blanche fue felicitado por el general Körner y todos los presentes por el éxito obtenido y por el estado de la instrucción del curso⁴.

Para los aspirantes, víctimas de toda clase de temor y angustias, la revista fue ocasión de grandes emociones sentidas profundamente. Todo había salido bien y a éstos sólo les quedaban seis semanas más de instrucción colectiva y de campaña.

Se aproximaba el fin de los tres largos meses de cuartel. Los reclutas recibían, como última fase de su entrenamiento, instrucción en el tiro al blanco. En un suelto de crónica en *El Chileno* el 3 de septiembre se anuncia que "los aspirantes a oficiales que reciben su instrucción en el Escuadrón Escolta se ocupan actualmente en practicar ejercicios de tiro al blanco en el polígono de la Recoleta".

Así llegamos a la última prueba a que tuvieron que someterse los aspirantes antes de licenciarse, la marcha de resistencia. Al final de los tres meses de instrucción aparece en la Crónica de Santiago de *El Chileno* un martes, 30 de agosto, el siguiente informe:

"El jueves próximo los aspirantes del Escuadrón Escolta, al mando de su instructor, teniente en comisión don Bartolomé Blanche, saldrán en viaje de resistencia a Valparaíso.

El viaje hacia el vecino puerto, de orden superior, deberán hacerlo sólo en diecisiete horas".

El regreso se hará también a caballo, pero en tres días.

Según esto, los aspirantes saldrían el jueves 1 de septiembre, pero, evidentemente, no fue así porque en otro informe de la crónica de *El Chileno*, cuatro días después, se nos dice:

"La marcha de resistencia a Valparaíso se llevará a efecto probablemente mañana a primera hora, debiendo llegar a Valparaíso en el término de 17 horas.

El regreso se hará también por tierra en tres jornadas que se harán en igual número de días".

Y así fue, porque al día siguiente el mismo diario publica:

"Hoy, poco después de la una de la madrugada, salió del picadero de la calle de San Ignacio el cuadro de aspirantes a oficiales del Escuadrón Escolta.

El viaje deberán hacerlo hasta Valparaíso al trote corto para alcanzar a llegar al puerto dentro del término de las 17 horas fijadas en el programa de marcha.

Contarán sólo con un descanso de cuatro horas, probablemente en Ibacache.

Los aspirantes llevaban todo un equipo de campaña y armados de sable, carabina y lanza.

⁴ "Los aspirantes a oficiales en el Escuadrón Escolta, Revista de instrucción individual", *El Chileno*, 29 de julio de 1898.

Este viaje rápido se hace tanto para probar la resistencia de los aspirantes como la de la caballada.

Se calcula que las 36 leguas de marcha se habrán terminado a las 6 de la tarde, hora en que harán su entrada al puerto".

La marcha de resistencia fue descrita vivamente en un artículo publicado en *El Chileno* el martes 6 de septiembre, cuando Joaquín Díaz todavía estaba en Valparaíso. Se desprende, por los datos que revelan conocimiento personal, que fueron facilitados por Joaquín Díaz mismo, y se puede suponer que el artículo fue escrito por su amigo y compañero de redacción del diario, Carlos Silva Vildósola.

Los aspirantes habían llegado a Valparaíso a las seis de la tarde el domingo, habiendo hecho el viaje en dieciséis horas cabales. El único contratiempo fue la lluvia que los empapó al pasar por Casablanca, donde se les tenía preparada una manifestación, arrojándoles flores las señoras y señoritas del pueblo. Sintieron no poder detenerse, pero la disciplina inflexible del teniente Blanche era insensible a las galanterías. Pasaron un brazo de la laguna de Peñuelas, tal como algunos esteros, con los caballos a nadó. Llegaron a Valparaíso, al cuartel de la tercera comisaría, mojados y agotados. Era necesario sacar a algunos del caballo porque iban rígidos, pegados en la montura. Por fin, llegados a los hoteles de la ciudad, cayeron como masas inertes en las camas.

A la tarde del día siguiente, los aspirantes del Escuadrón Escolta ya se encontraban perfectamente descansados de su gran marcha y fueron al parque de Playa Ancha donde hicieron diversas evoluciones y ejercicios de equitación. Asistieron a los ejercicios y pasaron revista el Intendente de la Provincia y el Comandante de armas.

Descansado ya el Escuadrón Escolta, se preparaba para la vuelta a Santiago. En el diario leemos: "El viernes a mediodía, según comunicación recibida del Teniente Blanche, los aspirantes a oficiales del Escuadrón Escolta llegarán a esta capital de regreso de la marcha de resistencia a Valparaíso"⁵.

Llegaron a Santiago el viernes 9 de septiembre, después de haber salido de Valparaíso el miércoles a las seis de la mañana. Hicieron alto en Santa Rita a dos leguas de Casablanca, en el fundo de don Basilio Soffia. El jueves siguieron viaje hacia Curacaví, alojando en Lo Bustamante, fundo de los señores don Javier y don Julio Bustamante. El viernes se prosiguió la marcha hasta la cuesta de Lo Prado, donde llegaron los caballos sumamente fatigados, siguiendo al trote hasta Santiago.

La única parte de toda su vida de cuartel sobre la cual Joaquín Díaz Garcés no ha escrito y de que existen datos es esta vuelta a Santiago. En un artículo de *El Chileno*, evidentemente escrito por Carlos Silva Vildósola y basado sobre el informe suministrado por su amigo Joaquín, se nos cuenta la llegada.

"Como a diez cuadras de la línea férrea de Valparaíso siguiéndose por la calle de San Pablo, la avanzada de la cuarta de aspirantes divisó una fuerza de caballería, en parte desmontada que cubría los lados del camino.

⁵ "Los aspirantes del Escolta", *El Chileno*, 7 de septiembre de 1898.

Era un escuadrón de Guardias Nacionales de la Quinta, que, al mando del teniente Urrutia, salió a atacar a los aspirantes.

Se comprenderá los desigual de las fuerzas; un escuadrón de cien hombres contra veinticinco, los unos después de haberse separado diez cuadras de su cuartel, los otros después de haber recorrido leguas al trote.

Al avistarse las fuerzas, el teniente Blanche gritó: ¡Carga!, y al galope tendido de los caballos y con lanzas caladas, los aspirantes se avalanzaron por el camino en medio del tiroteo de la fuerza desmontada.

Era el último esfuerzo de los caballos, que fue coronado por el éxito⁶.

El artículo final de esta serie de once, sobre la vida de cuartel, lo escribió Joaquín Díaz después de haber anunciado el de la marcha de resistencia como sus últimos recuerdos. En él describió el último día y la entrega del equipo.

Un decreto de fecha de 17 de septiembre de 1898 concede a los aspirantes el título de alférez:

"Vistas las propuestas que preceden del Estado Mayor General, y teniendo presente que los aspirantes a oficiales de la Guardia Nacional que a continuación se nombran han hecho un curso de tres meses de instrucción en el Escuadrón Escolta y han rendido satisfactoriamente los exámenes exigidos por los reglamentos especiales.

Decreto:

Expídanse títulos de alféreces de reserva de la Guardia Nacional en el arma de Caballería, y con la antigüedad correspondiente al orden en que se nombran, a favor de los siguientes aspirantes".

En seguida viene la lista de los veintitrés aspirantes entre los cuales figura el nombre de Joaquín Díaz Garcés con el número siete. El decreto está firmado "Errázuriz.-V. Blanco"⁷.

Unos cuantos meses de vida en el cuartel parecen poco para producir impresiones duraderas en un joven que comenzaba a vivir; sin embargo, en el espíritu sensible de Joaquín Díaz estamparon una huella profunda. Desde ese día amó al ejército como escuela de disciplina social, veló por el bienestar de sus oficiales y soldados y puso especial empeño en celebrar, en las columnas del diario, las efemérides patrias por la participación que en ellas había cabido a los institutos armados. Andando el tiempo quiso también que el ejército se mantuviera alejado de las luchas políticas para que nada mancillara su carácter nacional.

Existen varias críticas sobre la serie de artículos de la vida del cuartel, con las cuales se acredita el agrado que produjeron en sus lectores. Una de ellas corresponde al artículo anónimo publicado por *El Mercurio* el 22 de septiembre de 1918, con ocasión de la entrada de don Joaquín Díaz en la Academia Chilena:

"Vuelto a sus tareas periodísticas encantó durante algún tiempo a sus nume-

⁶ "Los aspirantes del Escolta. El regreso de Valparaíso", *El Chileno*, 10 de septiembre de 1898.

⁷ *Diario Oficial*, 23 de septiembre de 1898.

rosísimos lectores con una serie de artículos anecdóticos de su vida de cuartel. Los jóvenes de aquel tiempo nos han referido con cuánto interés y fruición se leían esos artículos en corrillos de cuartel, en los talleres, en los clubs. No eran esos artículos, como alguien pudiera creer, meras crónicas volanderas y graciosas: en su fondo eran principalmente una enseñanza cívica de altísima transcendencia, pletóricas de amor patrio y de respeto por el ejército. El crédito literario de don Joaquín Díaz era ya un hecho cimentado y su nombre se había esparcido de un extremo a otro del país⁷.

El general Francisco Javier Díaz, que como conocedor de la vida castrense podía apreciar muy bien el mérito de las descripciones del periodista en sus artículos sobre la Guardia Nacional, los tuvo presentes en el discurso de recepción en la Academia Chilena y los elogió en los siguientes términos:

"Para los militares, las *Páginas Chilenas* ofrecen un interés particular porque en ellas existen diseños de la vida del soldado que Ángel Pino copió del natural durante su servicio como aspirante a oficial de reserva, cuadros en que en un estilo jocoso, finamente irónico, da a conocer a sus lectores aquellos momentos difíciles y duros porque pasa todo aquel que, acostumbrado a las comodidades de un hogar desahogado y tranquilo, se entrega de lleno a los deberes y modalidades de la disciplina, guiado solamente por un fuerte amor al terruño. Son cuadros que hemos contemplado muy de cerca los que hemos servido en las filas, pero que no sabemos pintar ni describir con líneas tan exactas, con colores tan acentuados y con un arte tan exquisito, como Joaquín Díaz Garcés"⁸.

Carlos Silva Vildósola, más tarde, también juzgó con elogios esos artículos:

"Publicó entonces Díaz Garcés una serie de artículos en *El Chileno*, con una pintura viva, alegre, realista y simpática de la vida del cuartel. Por muchos conceptos esos cuadros, algunos de los cuales, acaso no los mejores, fueron incluidos en su libro *Páginas chilenas*, pueden soportar la comparación con los célebres de Georges Courteline sobre el mismo tema. Sólo que Díaz Garcés no caía en las crudezas del escritor francés y tenía en el fondo y en la forma una elegancia impecable y cierto calorillo humano, producto de su inmensa bondad y su indulgencia con las debilidades de los demás. Sabía reír y burlarse, pero nunca hería; las mismas víctimas acababan por celebrar la gracia y excusar la sátira"⁹.

Aun a su muerte, veintitrés años después, todavía no se les habían olvidado a sus lectores estos recuerdos geniales. En la necrología publicada en *Las Últimas Noticias* el 14 de septiembre leemos: "En aquella época hizo su servicio militar y produjo desde el cuartel una serie brillantísima de estudios de la vida militar que quedarán entre las páginas más frescas y armoniosas que haya escrito jamás". Y otro tributo, publicado en la misma ocasión, nos dice:

"Su pluma de entonces, joven, liviana, amena y aguda encontró una acogida franca en el público, especialmente en las crónicas y artículos que escribiera desde el cuartel, cuando hacía su servicio militar.

⁷ Discurso de incorporación del general Francisco Javier Díaz, *Boletín de la Academia Chilena*, tomo v, cuadernos 17 y 18, 1935, pág. 45.

⁹ Silva Vildósola, *op. cit.*, pág. 185.

Tenían sus escritos todas las bellas armonías de la elegancia en la forma y la nobleza en la idea, y el realce de la frescura y la ironía suavísima y delicada, propia de su espíritu joven¹⁰.

A la publicación de *Páginas chilenas* en 1908 Pedro Belisario Gálvez recuerda esta época:

“Llegó un día en que don Joaquín se perdió de la imprenta. No era flojera; era que había ido hacer su servicio militar. Y en efecto, comenzaron a salir en el diario unos artículos titulados “Vida de campaña”, que eran los cuadros más felices y animados sobre las pellejerías de un aspirante a oficial.

Días después salía embutido en el uniforme del Escolta. Se veía con cierta secreta pena que había salido también con más fuerzas¹¹.

Terminan este prólogo unos recuerdos de aquel tiempo de Fernando Díaz Garcés, hermano de Joaquín:

“Había el peligro de guerra con Argentina y se crearon numerosos cursos de aspirantes a oficiales para llenar los cuadros regulares del Ejército en muchas ciudades del país. Esto fue voluntario, pero nadie negó su concurso.

Joaquín era buen jinete, tanto como buen patriota y se presentó al Escuadrón Escolta Presidencial que entonces tenía su cuartel en la calle de San Ignacio y otro en la Plazuela de la Moneda.

Con frecuencia quedaba arrestado por motivos fútiles —la disciplina era severísima— por no colocarse bien el kepí, llevar botones mal pegados, llegar tarde o no hacer correctamente la cama. Nunca esquivó las marchas, las formaciones y los simulacros de la vida militar. En sus crónicas de *El Chileno* aparecen anécdotas y narraciones que por desgracia no fueron incluidos en *Páginas chilenas* y en donde pueden encontrarse aspectos interesantes de la Guardia Nacional¹².

Los once artículos que siguen representan todos los que escribió Joaquín Díaz desde el cuartel, mientras vivía su vida de aspirante a oficial del Escuadrón Escolta y que mandó a *El Chileno* donde fueron publicados entre el 15 de septiembre y el 26 de octubre de 1898.

Para los propósitos de este prólogo la autora ha aprovechado material relativo a la Guardia Nacional de su libro sobre la vida y obra de Joaquín Díaz Garcés. Asimismo, espera que los que lean estos simpatiquísimos artículos de un joven militar de sólo veintidós años, los gocen tanto como ella en encontrarlos, juntarlos y ofrecérselos a los chilenos de hoy.

Evangelina Mundy

LOS HORRORES DE LA CUADRA

También soy de los aquejados de la *alferecía*, entendiéndolo por tal, no la enfermedad de este nombre, sino el tener ya ganado con tres eternos meses de servicio militar, el título de *alférez* de Guardia Nacional.

¹⁰ “Fallecimiento del Sr. don Joaquín Garcés”. *La Nación*, 15 de septiembre de 1921.

¹¹ “El libro de Ángel Pino”, *El Mercurio*, 29 de mayo de 1908.

¹² De apuntes proporcionados por Fernando Díaz Garcés.

Cuánto me ha costado ganarlo, por qué género de suplicios refinados que no ideara Nerón, por qué inmensidad de arrestos y ayunos y abstinencias he tenido que pasar para lograrlo, lo van a saber ustedes de un testigo ocular, de un testigo pasivo, de una de las mismas víctimas.

—¡Malditos cuyanos!— nos decíamos todos cuando nos vimos la primera vez sentados en el borde de las camas, en una cuadra estrecha, mezquina, que nos promecía noventa noches amargas —¡malditos cuyanos! Ellos tienen la culpa de todo!

Pero, en fin, la cosa no tenía vuelta; ya estábamos dentro del cuartel y por consiguiente sujetos a la más severa disciplina. Y además no dejaba de darnos buenos calofríos un papelito que nos habría hecho firmar *mi* teniente en que nos comprometíamos a ser tratados lo mismo que la tropa.

No era poco ¿verdad?

Aun no nos acostábamos cuando mi teniente entró a advertirnos que a la mañana siguiente nos tocarían *una marchita* al lado afuera de la puerta, a cuyo sonido debíamos levantarnos.

¡Una marchita!

Les confieso que la cosa me pareció y nos pareció a todos divertida ¡inexperitos! —Eso de despertarse al son de una marchita, era bien curioso y nuevo.

Seguimos, pues, conversando a más y mejor hasta que nos rindió el sueño.

De repente, un estruendo nos hace saltar de la cama; un grito formidable suena en el medio de la cuadra: *Levantarse!*

Al mismo tiempo, repiquetea afuera una tocata infernal; Maldita marchita! desde entonces te conocimos con el nombre de *diana* y te maldecimos cada mañana con todos los insultos y todas las interjecciones del diccionario y otras muchas más que inventamos.

Quedémosnos en la cuadra, y dejemos para otro día cómo y de qué manera siguió desenvolviéndose aquel primer día del noviciado militar.

Estábamos tan estrechos en la cuadra, que si uno se daba vueltas en su cama, se pasaba a la del vecino.

Sacarse y ponerse las botas es para el soldado el martirio más grande del cuartel, y cuando las botas están nuevas, ¡calculen ustedes!

Pues bien, como el espacio entre cama y cama era tan pequeño, si se aflojaban las orejas de la bota o se soltaban las manos, el vecino recibía una patada sumamente enérgica a retaguardia o por los flancos.

La cuadra permanecía constantemente en movimiento, porque apenas cesaba la bulla y algazara de los aspirantes, comenzaba la de los ratones.

No sabría calcular; pero tal vez alojaban allí dos escuadrones enteros de estos bichos.

De noche, muchos aspirantes despertaban al sentir en la cara el cariñoso contacto con algún ratón equivocado de camino, y durante los primeros quince días, cuando no podíamos habituarnos a tan molesta compañía, no era raro despertarse en medio de un zafarrancho insoportable.

Cuatro o cinco aspirantes, con los sables desenvainados, perseguían por debajo de las camas a una turba asoladora de ratas de todas edades y condiciones.

Era una verdadera cacería.

Con el tiempo nos fuimos acostumbrando a los ratones y llegamos a familiarizarnos de tal manera con ellos, que algunos gozaban de verdadera popularidad entre los aspirantes.

Así por ejemplo, *el lunanco* especialista en comerse los kepiés, *el rabicano* que perseguía incansablemente las botas y *el chercán* que no dejaba correa de cincha entera en todo el cuartel.

Estos tres personajes escaparon siempre del *Boy*, el perrito ratonero del Escuadrón.

La cuadra representa para el soldado algo como el paraíso. Cuando viene la noche y se concluyen los pesados ejercicios del día, el único consuelo es retirarse a ella, al *hogar* como la llamaba un compañero.

Pero en la milicia no hay nada sagrado; el soldado no puede escaparse en ninguna parte de esos malditos toques que le persiguen como una obsesión.

Cuando comenzábamos a acostarnos nos hacíamos siempre esta pregunta:

—¿Nos tocarán *botasilla* esta noche?

Uds. no saben con seguridad lo que significa *botasilla*. Es éste un toque según el cual hay que ensillar y montar a caballo a la mayor brevedad posible.

Para saber la emoción, la locura que produce en la tropa de caballería el toque de *botasilla* hay que asistir y ser testigo presencial de él.

Figúrense una patrulla de locos. Cada cual corre por un lado, arrastrando los unos riendas, correas, sables; los otros conduciendo del freno un caballo que se resiste; los otros poniéndose las espuelas con movimientos de locos.

Allí se acaba el compañerismo, como en un naufragio.

Cada uno quiere ser el primero y no ayuda a nadie ni facilita a nadie el trabajo.

Esto es de día. Pensar ahora lo que será de noche, cuando todo el mundo duerme, bajo el peso de un trabajo abrumador, cuando todos los muchachos se entregan a soñar con *ellas*, descansando de sables, carabinas y lanzas, cuando la amenaza de la *diana* a las cinco de la mañana nos hacía concentrar en pocas horas un sueño de muchos días!

Nos acostamos con algún presentimiento; alguien ha divisado a un corneta hablando con mi teniente; otro asegura haber oído a un cabo dos o tres palabras sobre *botasilla*... En fin, que discutiendo el valor de estos y otros comentarios nos pilla el sueño.

De repente saltamos sobre las camas; todos se miran con las caras desencajadas; una sola palabra circula en todos los labios: ¡*botasilla!*

La corneta repiquetea con un toque entrecortado y chillón; la voz de mi Teniente suena afuera, bronca, terrible, formidable: ¡*a caballo! ¡a caballo todo el mundo!*

Cómo nos metemos las botas, no lo sé; todos se mueven como locos; una avalancha cruza a escape el picadero y penetra en las caballerizas.

A la luz del gas, los caballos duermen tendidos en sus camas de paja. Cada cual levanta y grita al suyo, que se encabrita y mira espantado el torbellino que se extiende por todas las pesebreras.

Los caballos despertados así, se niegan a morder el freno, patean, se impacientan...

El tiempo pasa, ya van tres minutos; cada uno suda, vocifera, aprieta el correaje con ligereza nerviosa; y como pasa siempre cuando se hace algo de prisa, todo se

atraviesa por delante, el sudadero está al revés, la cincha se ha puesto torcida, el sable está perdido, y avanza el tiempo y avanza el tiempo y aún no se puede salir.

De nuevo se siente un toque vibrante en el picadero: *¡a caballo!*

Aquí fue Troya. Ya no hay movimientos regulares, todo es nervio convulsivo.

Se salta sobre los caballos, que salen resbalando y sacando chispas sobre las piedras, los jinetes se atropellan al salir y se lanzan a escape sobre la pista enarenada del picadero.

Por fin, ya hemos salido todos!

Si uno no se enferma del corazón en estas botasillas, es porque Dios es grande.

La levantada es tal vez el instante más penoso de la penosa vida de cuartel.

El sargento García había sacado una voz especial para gritarnos *¡levantarse!* y todos los trabajadores del barrio despertaban a ella, para ir a sus faenas.

¡Qué voz aquélla!

Apenas despiertos y cuando comenzábamos a vestirnos, un compañero encargado por todos del almanaque del curso, pronunciaba la fórmula sacramental:

—Jóvenes aspirantes: faltan cuarenta y tres días!

Este era el consuelo; cada vez un día menos, una diana menos, un grito menos del sargento García!

¿Y qué decir de los arrestos?

¡Oh! Los arrestos forman una página separada, a pesar del gran contacto que tienen con la cuadra.

En la cuadra guardábamos las provisiones, de las cuales la mitad se comían los ratones y la otra mitad los vecinos.

Algunas veces oía a alguno que exclamaba con voz lastimera:

—¡Me han comido una pechuga de gallina y una libra de galletas! Yo no protesto de que me las roben, sólo quiero que los ladrones reconozcan que esos comestibles eran míos.

Vano intento. Un día ofreció un compañero destapar una botella de vino que tenía en su maleta y salió en busca de tirabuzón. Al volver, la botella ya estaba vacía: los que la rodeaban balbucearon una explicación:

—Dispensa chico; nos hemos tomado la libertad...

—Si lo veo, se han tomado la libertad, y el vino, que es lo que más siento.

(*El Chileno*, 15 de septiembre de 1898)

EL SUPPLICIO DEL PICADERO

El segundo día de cuartel, cuando comenzábamos el aprendizaje de la gimnasia muscular, se nos iba a todos la vista a un extremo del corredor.

Había allí un objeto cuya presencia en tal sitio era verdaderamente inquietante. Bien lejos estábamos de saber que aquella aparición tomaría más tarde una siniestra popularidad, y nos fastidiaría noche y día con el nombre de *El caballo de palo*.

Este caballo de palo no es propiamente lo que su nombre indica, porque sería necesario un gran esfuerzo de imaginación para figurarse caballo a un tronco liso, forrado de cuero, con cuatro patas largas y cruelmente peladas.

Sin embargo, nos dijeron que eso era un caballo, y nosotros, como buenos soldados, le rendimos los honores de caballo.

Las diferencias entre el caballo de palo y un caballo cualquiera vivo, de carne y hueso, son muchas.

El de palo no tenía cabeza ni cola, por lo cual no se podía saber si estaba o no conforme con su situación.

Sus patas no tenían flexibilidad ninguna, pues se había supuesto, con cierta cordura, que el caballo de palo no se tentaría nunca a echar un galope por el picadero.

Por lo demás, contrastaba visiblemente su actitud, pasiva, prescindente, en un rincón del corredor, con la movilidad de los otros caballos.

Hago tanto hincapié en comparar al caballo de palo con los caballos ordinarios para que se vea lo muerto, lo inerte, lo absolutamente inanimado que era el pobre.

Pero a pesar de que nos constaba de una manera fidedigna que el caballo de palo no tenía por madre a una yegua, sino a una carpintería, tuvo tal fuerza en nosotros el miedo, que dicen es cosa viva, que le concedimos cierta vida en nuestra imaginación.

Así, por ejemplo, una noche, cuando comenzábamos a acostarnos y cuando la irritación contra el caballo de palo había llegado a extremos indecibles, uno de los compañeros desenvainó su sable y salió al corredor resuelto a dar de sablazos a aquel instrumento de tortura.

Un día el caballo de palo adquirió de repente ciertos síntomas de vida mayores que otras veces.

Me había olvidado decir que las cuatro patas que lo sostienen se podían alargar de una manera inverosímil, merced a un tornillo de madera que tiene en cada extremidad.

Pues bien, una tarde después de los ejercicios, fueron dos aspirantes a examinarlo de cerca y pudieron advertir con asombro y alegría a la vez, que no se podrían alargar al día siguiente las patas del caballo, por estar hinchadas.

¡El Caballo de Palo con las patas hinchadas! Esta noticia fue recibida en la cuadra con las más francas muestras de incredulidad.

Uno por uno fuimos desfilando todos por frente al Caballo de Palo, y tuvimos que atestiguar el fenómeno, por lo demás sumamente explicable.

Todo aquel día había llovido abundantemente y la madera de los tornillos se había hinchado con la humedad. ¿Pero fue esta enfermedad del Caballo de Palo inconveniente para que nos hicieran trabajar en él?

¡Nada! Se le curó inmediatamente. Pero como este infeliz caballo es al revés de los demás caballos, se procedió también en este caso al revés; y así, en vez de llamarse al veterinario para que le diera unas friegas de grasa con vinagre, se llamó a Juan Silva, el carpintero del Escuadrón, para que le deshinchara las patas a formonazos.

Este Caballo de Palo, tal como ustedes lo ven, fue el que nos inició en los primeros misterios de la equitación.

Lo odiábamos de todo corazón y lo que es por mi parte no dudaba de que éste fuera la Gran Bestia a que se refiere el Apocalipsis.

La equitación de los primeros días, la enseñanza del recluta, era sumamente penosa.

Ensilábamos sin estribos y salíamos así al picadero, más con fachas de ajusticiados que de futuros oficiales.

Por eso oíamos con verdadero terror al sargento García con su voz estentórea, gritar en el picadero:

—¡A formar con bridones!

El picadero —hablo para los que no tienen idea de lo que es un picadero— es un terreno, generalmente cuadrangular, destinado a los ejercicios de la instrucción individual de la caballería.

Los jinetes, uno tras otro y separados por tres pasos de distancia, dan vueltas alrededor del picadero en cuyo centro se coloca el instructor después de haber apostado convenientemente a sus ayudantes. De esta manera no pierde ni un instante de vista a los jinetes y puede ir apuntando los defectos y corrigiendo las posiciones.

¡Y bien que lo saben hacer, caramba!

Ya va media hora que trotamos.

Hace un frío de mil demonios, los caballos y los jinetes echan un vapor blanco de bocas y narices; se nos estremece el cuerpo hasta los últimos rincones. Allí no se puede pensar en nada; una puntada en un lado, un dolor en otro, el temor de perder el equilibrio sobre la silla, la seca y desierta perspectiva de ese patio de cuartel siempre el mismo, tan frío, inhospitalario y sin abrigo; el instructor en el medio, hosco, terrible, gritando incesantemente; en cada rincón un sargento, un cabo, que repiten el estribillo y también gritan... ¡Oh Dios! Pensar en eso, resucitar de nuevo esas primeras impresiones del recluta, es volver a sentir en el cuerpo el mortificante dolor de esa machucadura lenta y cruel que se llama *el trote sin estribos*.

De repente, desesperado de aquel suplicio, hago un esfuerzo y me salgo con la imaginación del cuartel... Inmediatamente pienso cómo la vi la tarde anterior cuando pasaba frente a su casa, oculta a medias tras una cortina, con una mirada melancólica y dulce. ¿Pensará ella lo que sufro? Me enternezco; casi, casi se me salta una lágrima.

—¡Aspirante tal! me gritan tres voces simultáneamente. ¡Ud. pierde la distancia a cada paso! ¡Arrestado hasta nueva orden por distraído!

Y comienza la letanía; en un rincón me deja uno y me toma otro.

—¡Pies paralelos al cuerpo del caballo! ¡Barba recogida! La vista al frente. Los codos al cuerpo; la cintura adelante; los talones abajo...

En fin, todavía me gritan más; pero ya no oigo, no quiero oír; el trote me trae molido, quebrantado, deshecho, hecho bolsa...

Como todavía falta una hora más de trote y ese maldito reloj se mueve con una calma desesperante, y mi teniente tiene todavía su voz entera y el sargento García todavía puede gritar diez horas más, pienso por un momento tirarme al suelo de cabeza...

Pero no avanzaría nada; me harían subir de nuevo a caballo. ¡Paciencia y trotar de firme!

—¿En qué mala hora se me ocurrió meterme aquí? pensaba a cada instante. ¿Qué crimen he cometido? ¿A quién le he robado?

—¡La distancia, la distancia! me gritan de nuevo; ¡barba recogida, codos al cuerpo; pies paralelos!

Maldita equitación, caramba! Yo bien me lo puedo pasar sin andar con los pies paralelos!

Por fin vamos a acabar.

Ahora toca saltar los obstáculos.

¡Momento solemne para un recluta!

Pero en fin, esto es divertido y corto; aquí el que la saca peor se cae de una vez y no se maltrata poco a poco y pedazo a pedazo como en ese trote infernal.

Aspirantes hay que se elevan por los aires y caen sobre el pescuezo del caballo, otros que caen sentados en las ancas, otros que caen al suelo, directa y definitivamente.

Por último, parece que la función ha terminado.

—De a uno a la derecha, a las caballerizas, grita mi teniente.

Entonces entra a funcionar el sargento García, que nos da una media docena de gritos atronadores:

—¡Desensillar! ¡Limpiarle el lomo con paja a los caballos! ¡Darle agua; ducharle las patas! —Todo en 15 minutos! ¡El que se atrase no sale esta tarde!

Entrados ya a la caballeriza y seguros de que no nos llaman de nuevo a trotar, nos vuelve el alma al cuerpo y las palabras a la boca.

Cada uno se palpa allí “donde la espalda comienza a cambiar de nombre” como dijo Cervantes; o en el *territorio del sur*, como dice Ricardo Palma, que es donde las tres horitas de trote han dejado su recuerdo.

Lo que es mi balance me sale triste: aporreado de pies a cabeza, con tres o más machucaduras en diversas partes, arrestado hasta nueva orden por ponerme a pensar en *ella* en plena equitación.

Y todavía para remate, pasa un compañero a mi lado y me dice:

—Toma por leso. ¿No te gusta meterte de soldado?

(*El Chileno*, 21 de septiembre de 1898)

LIMPIAS, ASEOS Y OTROS EXCESOS

En ninguna parte hay tantas cosas que asear y limpiar, como en un cuartel. Parece que al encargarse a Europa el atalaje con todos sus accesorios, el Gobierno ha exigido como condición esencial que sea de materiales muy fáciles y propensos para ensuciarse, y sumamente rebeldes para asearlos.

No se explica de otra manera que, tocando aseo en el cuartel, resulte que todo está sucio y todo tiene que limpiarse con un detenimiento que pone los pelos de puntas; para volver a los pocos días a hallarlo todo tan sucio como si en la vida se le hubiera aseado.

He aquí una lista de las cosas que teníamos que limpiar en el picadero: las caballerizas todos los días; los caballos, *idem*, la carabina, el sable y lanza todos los sábados, con una minuciosidad de armeros; la bandolera y sus hebillas; el freno con su cadeniña respectiva; los estribos, el verdadero suplicio de estos aseos; las hebillas de la silla, el pretal, el casco de la silla, lavarlo y jabonarlo; las espuelas;

los botones del dormán e insignias; las botas de diario y de parada; el tarro del café; el dormán y los pantalones y otros cuyos nombres se nos escapan —como dicen los cronistas.

Las caballerizas teníamos que limpiarlas todos los días en la mañana, inmediatamente después de tomar el café.

—¡A formar con los tarros! nos gritaba, desde la cocina, a media cuadra de distancia, el sargento García, apenas acabábamos de repartir el forraje a los caballos.

Cada cual salía con su tarro respectivo, a la carrera, como nos hacían andar todo el día en el cuartel; pasaba por una llave de agua, se le enjuagaba someramente, y adelante, a formar.

En orden numérico o *numérica*, como decía el cabo Silva, iba cada uno sumergiendo su tarro en la olla de café, recibiendo su pan y siguiendo de largo. Excusado es decir que junto con el tarro había que sumergir media mano; circunstancia por la cual les tocaba a los últimos números un café más *cargado*.

Resultaba que el café estaba de tal manera hirviendo, que tragarlo era pelarse las entrañas, y en esas luchas nos pillaba con medio tarro de café todavía, el grito del sargento García:

—¡A formar con los útiles de aseo! Esta vez salíamos con el morral al cuello, morral que contenía la escobilla de ramas, la escobilla de pelo y la rasqueta, y el aspirante de servicio nos seguía con los escobillonés, las horquetas y los *fierros*.

Así entrábamos a las caballerizas donde nos dividían por mitades, los unos a limpiar caballos y los otros a barrer y conducir en los carros el huano y la paja.

El grito preliminar era:

—¡Afuera los dormanes!

Y así en camisa o en camiseta parecíamos presidiarios condenados a trabajos forzados. El trabajo de las caballerizas era prosaico, muy prosaico, como que teníamos que extraer el guano de cada pesebrera sin más herramientas que las que la naturaleza nos dio en los dos brazos, con sus correspondientes manos.

Al principio aquello se nos hacía muy cuesta arriba. Pero ¿a qué no se acostumbra el hombre? Hasta a levantarse a las 5 de la mañana, que es cuanto se puede decir.

En las caballerizas podíamos conversar libremente, sin dejar de trabajar. Un día, dos de los compañeros se habían elevado mucho en en la conversación; discutían acaloradamente sobre Wagner y la música del *Tannhäuser*. De repente el sargento que los sorprende sin trabajar, les grita:

—¿Qué están alegando ahí esos dos? ¡A sacar el huano con la mano...!

Mucho les costo a los inspirados admiradores del maestro alemán descender desde la *música del porvenir* a las humildes tareas de un limpiador de caballerizas. Los que presenciábamos aquella caída les decíamos al verlos de cabeza sobre las camas de los caballos.

—Y eso... ¿es wagneriano?

Los estribos y el sable se limpiaban con arena de la misma que servía de suelo al picadero. El moho de estos dos objetos era tan tenaz, que sudábamos y nos hacíamos pedazos las manos por darles brillo.

—¿Sabes lo que estoy maliciando? me dijo un día un compañero.

—¿Qué?

—Que mi teniente tiene moho en tarros, y en la noche, cuando todos estamos durmiendo va a mohosarnos las cosas con un pincel.

Es cierto también que pasaba un fenómeno extraño en los estribos. Algunos lográbamos después de mucho trabajo limpiarlos perfectamente, darles brillo, niquelarlos casi; pero todo era descuidarnos un instante y los encontrábamos en su estado primitivo, sin brillo, llenos de moho. En este caso se preguntaba indefectiblemente:

—¿Y mis estribos? ¿Quién me ha cambiado los estribos?

Inmediatamente se iba a examinar los estribos de algunos aspirantes sindicados de aprovecharse de los pestaños de los demás para tener sus cosas limpias sin mayor trabajo; y casi siempre se descubría el robo, o la “equivocación lamentable” como decían sus autores. Y si alguno se enojaba demasiado, se le decía con mucha razón:

—¡Pero hombre! ¡No pierdas los estribos!

En esas limpias había que estar muy listos. El menor descuido le traía a uno el cambio de alguna pieza; y bien podía ser el lema de la limpia del atalaje aquel dicho popular: *el que pestaña pierde*.

Además, los cambios y robos de los objetos limpios no tenían sanción ninguna, porque a los denuncios de esta especie que se le llevaban, contestaba mi teniente:

—Bueno, para que otra vez no sea leso.

La carabina es la niña bonita del soldado de caballería; de modo que sus deberes principian por su caballo, siguen por la carabina y concluyen por uno mismo.

Un soldado de caballería no puede decir “la caridad principia por casa” sino “la caridad principia por mi carabina”.

Limpiar la carabina es la operación más complicada del mundo, hay que desarmarla enteramente, aceitarla, secarla con un género, casi, casi hacerle crespos y echarle polvos.

Después de la limpia, mi teniente pasaba revista de aseo. Eran momentos solemnes aquéllos.

Tomaba el sable, lo daba vueltas de un lado para otro, observaba la empuñadura. Ya parecía que iba a pasar, cuando se le ocurría desenvainarlo; la hoja tenía una manchita de moho.

—Sargento: apunte también al aspirante Z.

Después a la carabina; habíamos demorado en limpiarla una hora, parecían las partes interiores un espejo; se la entregábamos con una mirada de desafío como diciendo:

—Mírese V. en ese espejo.

Mi teniente, sacaba el cierre y miraba por el cañón hacia arriba.

—Sargento: apunte también al aspirante Z.

—¡Los estribos! De éstos si que no me tiene que decir nada —me decía uno— ¿Ves tú? ¡ni de níquel que fueran!

Llega mi Teniente —¿A ver los estribos?

Sargento: apunte a este aspirante, porque no tiene vergüenza de mostrar estos estribos.

En fin, el resultado es que nos quedamos arrestados todos, uno por el sable, otros por los estribos y casi todos por la carabina.

Bueno es el aseó —señores— pero todo extremo es vicio y aquello era el vicio de la limpieza.

Pero si laboriosa era la limpieza de carabinas, y dolorosa la de sable y estribos, era desesperante y matadora la lustradura de las botas.

Los que vean en la calle un soldado con las botas perfectamente lustradas, compadézcanlo de la misma manera que si fuera tuerto o llevara la cara hinchada.

Para llegar a darle lustre a unas botas se necesita antes haber perdido la paciencia y el uso del brazo derecho por dos días a lo menos.

Hay botas dóciles, bien nacidas, con cierto *roce* social, o de escobillas; que por naturaleza se rinden ante el unto después de media hora de reñido combate; pero otras... ¡oh Dios!... se gasta en ellas una caja de unto, una escobilla y toda la saliva de que puede uno disponer en un momento dado... ¡y nada! las botas tan sin lustre como antes o peor que antes.

Era de ver esa cuadra antes de la salida; todo el mundo en mangas de camisa, lustra que lustra, con las botas metidas hasta el codo.

De repente un grito de alegría, el primer asomo de *lustre*, equivalente al grito de: ¡tierra! de los marineros.

Cada cual pregunta:

—¿Pasarán mis botas?

Si es temprano es claro que no pasan; hay mucha luz; pero si está oscuro puede ser...

Después, formados en una fila, principiaba la revista; primero por el frente. Generalmente el frente de todos estaba aseado.

Entonces llegaba el momento difícil en que caían muchos.

—¡Media vuelta!

Ahí estaban las trampas.

—Aspirante Tal, vuélvase a la cuadra y lustre sus botas por detrás.

Otras veces, merced de la oscuridad pasaban algunas botas opacas; pero al pasar por una luz de gas, donde se situaba el sargento, caían las víctimas.

—¿A ver usted aspirante Fulano? Esas botas no tienen lustre.

¡Si tenían mi sargento! Es que la humedad del aire se lo ha quitado. Pero déjeme salir, porque andando les vuelve el lustre.

—Bueno, ande aquí en el picadero, y cuando le vuelva, se va a la calle.

Otras veces eran los guantes los sucios; pero gracias a las capas los ocultábamos. De repente se le ocurría al sargento que podían estar sucios y daba la orden:

—¡Brazos al frente es... ¡tiren!

Entonces no tenía sino que recorrer la fila diciendo:

—Usted... usted... usted... usted y usted, a la cuadra, hasta que vengan con los guantes limpios.

(*El Chileno*, 25 de septiembre de 1898)

ARRESTOS, PLANTONES Y EJERCICIOS

Esos primeros días de curso, en que comenzaba a operarse la transformación del

recluta, y en que todavía éramos más futres que soldados, no se nos olvidarán nunca. Nos trataban a la baqueta, raspas por un lado, arrestos por otro, gritos por aquí y amenazas por allá. Estábamos aturridos, anonadados, *achunchados* como dice nuestro pueblo.

Algunas noches, después de los ejercicios, resultaba que todos quedábamos arrestados por un maldito *¡pre...paren!* que no nos entró a dos tirones, o por otra causa cualquiera. En la cuadra, sentados en las camas, nadie hablaba una palabra; el cansancio, el fastidio, el mal humor, la decepción, nos habían cortado el resuello. Todo ese día habíamos andado corriendo como locos, de toque en toque; que *tropa*, que *botasilla* y vuelto a tocar *tropa...!* Estábamos atosigados con la tal caballería!

Mientras todos callaban, uno de los compañeros que tomaba todo eso con mucha filosofía nos preguntaba en voz alta:

—Después de estos toques ¿saben ustedes el único que nos falta?

—¡No hombre! —contesta uno.

—El toque del Juicio Final.

Y la verdad, ¡no nos faltaba más en materia de toques!

Entonces estaban los arrestos a la orden del día. ¿Que uno pestañeaba estando en atención firme? Arrestado una tarde. ¿Que llevaba en el dormán un botón desabotonado? Preso hasta nueva orden! Eso era peor que cometer un homicidio con alevosía.

Al principio, estábamos sumamente vidriosos, pensando a cada rato en la dignidad; después nos convencimos de que eso era un estorbo más bien, y la dejamos en nuestras casas junto con las ropas de paisanos. Todavía, a cada arresto pensábamos pedir nuestras *bajas* o reclamar ante el comandante; poco a poco fuimos convenciéndonos de que la cosa no tenía remedio y que lo mejor era inclinarle la cabeza a la milicia como los bueyes al yugo.

Nos habían domado; más aún, y para usar términos de talabartería, nos habían curtido, ensebado, sobajeado...!

Algunas mañanas, desde que divisábamos a mi Teniente, ya nos codeábamos, dándonos a entender con una mirada muda de víctimas resignadas, esta idea aterradora "*¡ha amanecido de malas!*". Las señas eran fatales: afeitado, los bigotes engrifados, la frente ceñuda, la voz cortante y terrible; y las dos clases, el cabo y el sargento, como buenos súbditos y de línea que eran, igualitos al superior, se levantaban con el mismo gesto, la misma mirada...

—¡Hoy tenemos cuadrillazo; no escapa nadie! ¡Sálvese quien pueda! pensábamos todos.

¡Había que ver esos ejercicios! Nadie perdía el paso, ni un sable títubeaba en el aire, correcto todo, simultáneo, con la voz de orden.

—¡Golpe abajo!... ¡golp!

Y se sentía un solo silbido al cortar los sables el aire y volver a la posición *en guardia al frente*.

—¡Quite al frente!... ¡lanza!

Y no sobresalía ni una lanza, ni una banderilla.

Pero algo tenía que suceder tarde o temprano, sino en el sable o la lanza, en la carabina o en la equitación o en la gimnasia o en los giros.

Pero en fin ya llega la hora de almuerzo; la tensión de los nervios ha sido horrible... no se queda nadie... ¿Nos iremos a escapar? ¡Parece imposible!

Ya estamos formados y sin armas, ya se oyó la orden simpática, la única orden simpática del cuartel:

—*¡Asearse para salir! Tienen quince minutos. ¡Reti...rarse!*

Qué algazara en la cuadra; todos hablan al mismo tiempo; ha pasado la tempestad...

—¡Nos escapamos! ¡Y estaba bien de malas caramba! ¡A mí me llegaban a doler las muñecas! ¡Y a mí...!

De repente, el que está más vecino a la puerta grita: *¡atención!* Todos nos ponemos de pie. Es mi Teniente que entra seguido del sargento, inspeccionando el aseo de la cuadra; de pronto se acerca a una cama mete la punta del pie debajo, y sale rodando una botella vacía.

¡Oh! ¡maldita botella! Nunca botella alguna ha sido odiada con más intensidad que entonces.

—¿De qué es esta botella?

Silencio sepulcral. Todos cuadrados, rígidos, pálidos...

—¿Nadie sabe de quién es?

Se oye volar una mosca, o mejor dicho un moscardón que da una vuelta alrededor de la cuadra y se para después en el gancho del gas.

—¡Sargento!

—¡Mi teniente!

—Todos arrestados. No sale nadie franco esta tarde.

Salir el teniente y quedar la botella hecha mil pedazos, todo fue uno.

Porque, francamente, haber escapado en los ejercicios y caer por una botella, era desesperante, ridículo.

—Es claro —dice uno— hasta que salió con la suya; lo que quería era dejarnos.

Generalmente, este recrudescimiento de estrictez y de arrestos duraba sólo por el día. Recuerdo que una noche de arresto general, llamamos por la ventana de la cuadra un organillo y le ordenamos nos tocara la Canción Nacional. Bien sabíamos de antemano que mi teniente no había vuelto de comer.

Por otra parte, en la cuadra teníamos cierta libertad para hablar reír y fumar.

—¡La Canción Nacional!

El organillo comenzó con una tocata desacomode, infernal, que parecía un himno de las carretas quebradas.

—Eso no es la Canción Nacional —dice uno—. Nos están estafando.

—Sí, señor sí es —dice el organillero— con toda la energía de que es capaz un organillero en la defensa de su repertorio.

—Danos tu palabra de honor que tu intención es tocar la Canción Nacional.

—Sí, señor, palabra de honor.

El hecho es que aquello suena y suena; un aspirante se pone sobre el uniforme un macfarlan plomo; otro se pone la camisa de dormir ciñéndose la cintura con el cinturón, los tiros respectivos y el sable; otro, en fin, toma en brazos a *Boy*, y comienza un baile de locos, materialmente de locos. Tocaban o querían tocar la Canción Nacional, y uno bailaba vals, otro polka alemana y otros cueca.

Uno salta sobre la ventana y dice que va a hacer un cuadro plástico, una alegoría de la caballería; se cuelga a la cintura el freno y el correaje, se pone espuelas y desenvaina con ademán teatral el sable. Aquello era sumamente divertido.

Pero el hecho es que mi teniente a llegado y penetra de repente a la cuadra. Los danzantes han tomado fuego y no lo ven. El del cuadro plástico, que domina más, envaina nerviosamente su sable y grita ¡atención! Pero todos lo creen broma; de manera que sólo al grito de mi Teniente para el baile y todos enmudecen. Inútil sería pintar el estupor, el asombro de todas las caras, los que hacía medio minuto bailaban desenfrenadamente están ahora cuadrados donde los pilló la voz del teniente, inmóviles, sin saber lo que va a pasar.

—Bien, ¿no? —dice mi Teniente— ¿con que ahora tenemos chinganas en el cuartel? ¿No se les ocurre que ese organillo está incomodando al vecindario? ¡Acostarse todo el mundo!

Y salió. Todos respiramos.

—¡Pero hombre! ¡miren que está de buenas ahora!

Casi, casi le hemos quedado reconocidos; un momento de juego nos ha hecho olvidar todo el día de raspas y gritos y amenazas.

Pero nada es más inolvidable en esos días de cuartel, que un *plantón* famosísimo que sufrimos una mañana. Acababa de pasar una revista y se nos concedió un día *francos*. Al salir, mi teniente dijo que la diana se tocaría al día siguiente a las 6.

Al recogernos por la noche, nos encontramos con que la clase de servicio era el cabo; que siempre que podía nos fastidiaba con algo. Conociendo su propensión y para cerciorarnos de la ganga que se nos había concedido para el día siguiente, le preguntamos:

—¿Mañana se nos toca diana a las 6 ¿no?

—¿A las 6? ¡No se querrían más! A las 5 como todos los días.

—No señor —dijimos en coro— mi Teniente nos ha dicho que a las 6.

—Sí: pero yo no he oído, y mi deber es tocar como siempre.

Aquello, como era natural, nos irritó sobremanera y lo instamos a que fuera a averiguar de mi Teniente la hora de diana.

Nos acostamos, y como de costumbre despertamos al fastidioso toque de la corneta; estaba oscuro, no podían ser más de las cinco, el cabo había salido con la suya.

—¿Qué hora es? pregunta uno.

—Las cinco —responden varios, después de ver sus relojes.

Eso era una infamia. ¿Qué hacemos? Robarle una hora de sueño a un soldado es como robarle los pantalones. ¡Ese maldito cabo no ha de salir con su capricho!

—¡No se levanta nadie! gritan los exaltados.

—¡No sean bárbaros! Nos puede salir caro, fíjense que la milicia es tan arrevesada —contestan los moderados.

—¡No señor! mi Teniente es el superior y él ha dicho que la diana es a las 6.

—Pero el cabo es también superior a nosotros y ahora nos manda lavantarnos.

—¿Y lo dejamos salir con la suya? ¿Y no nos hacemos respetar?

Este argumento tiene fuerza, todos los que se habían sentado sobre las camas se sumergen de nuevo entre las sábanas y se tapan hasta las orejas, no sin cierto cominillo por eso de “¡que la milicia es tan arrevesada!”.

Un instante después entra el cabo, da una ojeada rápida a la cuadra, ve que nadie se está levantando, palidece de rabia y sale sin decir palabra.

—Estamos embromados —dice alguien— ha ido ha darle cuenta a mi Teniente.

Algunos comienzan a arrepentirse; pero, ya es tarde, no hay más remedio que resignarse a lo que venga.

De repente se abre la puerta con el estrépito de un empujón enérgico y furioso; entra mi Teniente y de dos pasos está en el centro de la cuadra. Algunos nos hacemos los dormidos pero entreabriendo un poco los ojos, lo vemos rojo de rabia, furioso, fuera de sí...

Nunca había dado un grito más tremendo, más formidable que aquél.

—¡Levantarse! ¡en dos minutos!

Jamás habría creído posible vestirse y ponerse las botas, esas botas estrechas, apretadas, húmedas que costaba ordinariamente un triunfo metérselas, en sólo dos minutos; pero no exagero al decir que en menos de *un minuto* estaban todos vestidos, con el kepí puesto, y con un pánico horroroso.

Se forma la cuarta en el corredor; el maldito cabo causante de todo aquello está ahí al frente, satisfecho de su obra, triunfante.

—Atención... ¡firme!

Todos quedamos rígidos, con la vista al frente, la barba recogida, el peso del cuerpo hacia adelante.

Mi Teniente se aleja hacia el medio del Picadero, arrastrando el sable. Desde allí comienza a llamar a cada aspirante por orden numérico y a todos les hace la misma pregunta.

—¿Por qué no se ha levantado V. al toque de diana, como está ordenado?

Y es claro, todos contestábamos, lo mismo, la única razón que teníamos.

—Porque mi Teniente nos dijo que la Diana se tocaría a las 6, y a pesar de que lo advertimos al cabo Silva él nos prometió tocarla a las 5.

Terminando el interrogatorio, mi Teniente dijo en voz alta.

—Se acaba de cometer aquí una falta gravísima. Yo puedo haber dicho todo lo que quieran; pero bastaba que se les hubiera tocado diana, a cualquiera hora que fuera, para que inmediatamente hubieran procedido a levantarse. ¡Buenos estamos! ¿De modo que porque yo he ordenado que la diana se toca todos los días a las 5 yo no los podría sacar un día del cuartel a las 2 de la mañana?

—¡Atención! a la de... ¡re! Cuarta de frente... ¡mar! ¡Cuarta!... ¡alt! Hacia la derecha... dos pasos de intervalo!... ¡Carrera mar!

Quedamos así, en atención firme, separado cada uno por dos pasos de distancia.

—Ahora. ¡Cuidado con que se mueva alguno!

Ahí estuvimos una hora. Hacía un frío tremendo que nos llegaba hasta la médula de los huesos. No podíamos menear un dedo ni separar los ojos del frente un instante. De repente nos venían ganas de toser; un cominillo nos comenzaba a subir por la garganta... ¡nada! había que tragar saliva y no moverse ni un milímetro. Y él, el monstruo, que en ese momento parecía un tigre enjaulado, se paseaba tras de nosotros haciendo sonar el sable sobre las piedras.

Acabó el plantón. El cabo, por más que lo que quiso disimular, recibió también

un raspazo de padre y señor mío. Y ese mismo día, en la tarde, ya vimos al Teniente de buen humor.

(*El Chileno*, 29 de septiembre de 1898)

PASANDO REVISTA

Cuando niños, no teníamos otra ambición que ser Presidente de la República o General; no era poco, es claro, pero la edad excusaba sueños tan fantásticos.

Pero, una vez sujetos en el cuartel al férreo yugo de mi Teniente, todas nuestras ambiciones se empequeñecieron y concretaron.

Por el momento, no ambicionábamos más; los reyes, los generales, todos nos parecían unos pigmeos ante el Teniente... Ser Tenientes, era el ideal, el sueño dorado, el *non plus ultra*.

No cabía duda que ese instructor nos tenía a todos sugestionados; nos parecía un ser superior, mitológico, mitad hombre y mitad fiera.

Se calculará el miedo cerval que nos inspiraba y la obediencia ciega con que observábamos todas sus órdenes.

Para cualquiera de nosotros habría sido imposible admitir una autoridad superior al teniente; y, sin embargo, todos los días la veíamos vacilar, amenguarse unos minutos, mientras duraba la visita del comandante al picadero.

¡Y era que el comandante mandaba más todavía!

Todo era gritar el centinela con su voz marcial, vibrante, que parecía mandada al través del cañón de una carabina, ¡Mi comandante, cabo de guardia! y sentir nosotros que el Teniente se achicaba, se achicaba hasta acercarse mucho a sus aspirantes, detrás de los cuales parecía querer ocultarse.

Pero era cuestión de un momento, luego se rehacía, se metía los guantes blancos a toda prisa y aún con cierta nerviosidad y acortamiento mandaba:

—¡Atención! ¡vista a la iz...quier!

—¡Sin novedad mi comandante!

Y el comandante más que andando, deslizándose como el fantasma de *Hamlet*, derecho, impasible, constestaba el saludo y pasaba observándonos de pies a cabeza...

—Vea teniente... ese aspirante tiene una actitud muy forzada.

El comandante ya va a pasar al frente mío, doy una ojeada con todo disimulo y diviso a mi Teniente, al tirano, a la fiera, al monstruo mitológico, que un poco más atrás que el comandante nos hace señitas para que corriamos la posición de las manos, del cuerpo, de los pies.

¡Casi me enternezco! El teniente se anonada ante el comandante. Ahora es el comandante el titán, el cíclope que pasa terco, sin hacer un gesto, con una mirada escudriñadora, severa.

—Hombre, pienso interiormente —mejor sería ser comandante. ¡Caramba que manda un comandante!

Una novedad altera la vida monótona del cuartel: *la revista*.

El general nos revistará en unos días más: y es menester duplicar los ejercicios en los días que faltan.

¡Qué actividad de colmena, la de esos días!

El Teniente no cesa de gritar cinco minutos: la equitación se hace mañana y tarde; en los giros y marchas caemos todos arrestados, porque se nos exige una precisión de máquinas. En fin, que aquello se complica de un modo horrible, y a cada rato, en cualquiera falta o equivocación le gritan a uno:

—¿Así lo va hacer usted delante del general?

Las emociones que experimentábamos cuando niños antes de los exámenes y de las reparticiones de premios, se han resucitado con nueva fuerza. Porque ya no somos los reclutas del principio y le estamos tomando cierto cariño al cuerpo:

Llega la víspera de la revista. Todos andamos con cierto escozor por dentro: ¿nos luciremos? ¿haremos una *chambonada*? ¿Qué irá a decir el general? ¿Cómo saldrá la equitación?

Comienza la limpia del atalaje y del armamento; una limpia desenfadada. Nos entregamos a todas las concupiscencias del aseo con verdadero frenesí. Todo el mundo, frota que frota, lava que lava.

Los fierros, ya no parecen fierros; primero los fregamos con tierra ¡pobres manos! después con papel de esmeril, después con un ante. Relucen como si fueran de plata nueva, recién fundida.

¿Y qué decir de los caballos? Bañados, duchados, escobillados, presentan el más “soberbio golpe de vista”. Sólo nos falta rociarlos con agua de colonia.

En la noche, cada cual duerme con sus arcos al lado; la carabina y el sable afirmados en los pies del catre; la lanza, en la cabecera; el freno y los correajes colgados de una perilla, los estribos de otra, las espuelas de otra.

Yo casi no puedo dormir, despierto sobresaltado y me siento en la cama. Un compañero suelta la risa en otro extremo de la cuadra.

—¿Estás con pesadilla? me pregunta.

—¿Por qué? ¿He estado hablando dormido?

—Sí, te has pasado llevando el compás del tróte: un...dos...tres, un...dos...tres.

—¿Y tú no duermes?

—No puedo; estoy con un julepe bárbaro, me parece que mañana me caigo al saltar la muralla; tengo ese caballo endiablado!

En fin, logro juntar los ojos; pero sueño las cosas más estrafalarias; que el general Körner nos revista furioso, que me obliga a saltar el foso en el caballo de palo y él se me *retaca*.

—¡Cobarde! No se atreve a saltar —me grita el General. Y yo le contesto en tono suplicante.

—¿Pero no ve que es de palo, mi General?

De repente siento una corneta; es la diana.

—¡Levantarse!

Todos bostezan, hablan todavía medio dormidos; el aspirante almanaque recita su fórmula habitual:

—¿Jóvenes aspirantes? ¡Falta un mes diez días!

Uno despierta remecido por el sargento y pregunta asustado, restregándose los ojos:

—¿Que ya llegó el general?

Todos se ríen y le tiran objetos para que despierte.

Otro examina ansiosamente su lanza, y grita indignado.

—¡Quién me ha cambiado mi lanza? ¡Ni de noche dejan de robarse las cosas...!

Yo me sonrío porque al despertar, en la noche, he visto a ese mismo que le ha cambiado la lanza a otro; y antes que éste descubra el fraude, quiere darse él por robado. ¡Argucias lícitas...!

En un instante nos levantamos y nos lavamos. Las caballerizas toman de nuevo su aspecto animado. Hay que barrerlas y dejarlas “como un oro”, así nos ha dicho mi sargento. Nadie levanta la cabeza; los escobillones llegan a dejar sus crines en las piedras de puro cansados.

Juan Silva, el carpintero, pasa en medio de todos, ya a tan temprana hora con un traguito en el cuerpo.

—¡Valientes los *espirantes* caramba! No le aflojan pelo al trabajo.

—¡Sí, Juan Silva! ¡espirantes! eso mismo primera vez que dices la verdad.

—No, dice otro; no somos *espirantes*, sino *traspirantes*, mientras se abanica con la banderilla de la lanza.

En un momento, las caballerizas más parecen museo o salón de bellas artes que otra cosa; las piedras llegan a relumbrar.

—¡Mi sargento! Ya están la pesebreras como un oro!

Se acerca la hora de la llegada del General, y el escozorcito del estómago aumenta.

Ya estamos vestidos de parada; ya formamos impacientes en el corredor. Algunos oficiales van llegando y se pasean despreocupadamente en todas direcciones.

Mi teniente se acerca también de parada y con guantes nuevos de gamuza (¡cinco pesos! pensamos todos).

Él tiene más susto que nosotros todavía; le tiembla la mano en que lleva el papel con la lista de los aspirantes.

De repente, gran movimiento en el cuartel, vemos que todos los oficiales miran en cierta dirección; un calofrío nos recorre el cuerpo de pies a cabeza.

—¡Mi General, cabo de guardia!

El teniente corre hasta ponerse frente a nosotros.

—¡Atención!...*fírm!* Cuarta de frente...*mar!*

Ya hemos salido a cancha, el General está cerca, alegre, ágil, conversando con el comandante.

—*¡Cuarta...alt!* —*¡Atención!...vista a la iz...¡quier!*

¡Se nos pasó el susto! Parece el General una buena persona, que no nos raspeará, ni mucho menos.

En fin, la revista va saliendo bien; el General acompañado del comandante va revistándonos uno por uno el manejo de la carabina.

De repente, veo con gran asombro que el comandante, el fantasma de Hamlet, el hombre imparable, severo, hosco, nos hace también señales clandestinas para que mejoremos la posición, ni más ni menos que mi teniente...

¡Y es que está delante el General, el que manda más que todos!

Y he aquí cómo de nuevo coincido con mis ambiciones de niño: ¡ser General!

Pero están las uvas verdes; nos contentaremos con ser alféreces de reserva...

y en caso de guerra, con ganarnos unos tres galones a costa... de ellos, de los que sean, de los que toquen.

(*El Chileno*, 4 de octubre de 1898)

RETRATOS DEL CUARTEL: DOS HOMBRES Y UN PERRO

Sería una injusticia que hablando del picadero, nos olvidáramos del veterinario, a quien estamos viendo todavía cruzar el cuartel, cojeando de los dos pies, y mirando la equitación con lástima y asombro.

El veterinario era un hombre chico, de rostro alargado y pálido, bigotes lacios, con cierta fisonomía de malayo, a pesar de ser inglés; andaba como pisando huevos a consecuencia de sufrir en los pies una enfermedad cuyo único remedio es la asistencia del callista Fuentelabrada.

Desde el principio del curso, la figura del veterinario se nos hizo sumamente divertida, y cuando ya adquirimos confianza con él, fue objeto de muchas bromas de parte de los aspirantes.

No había más que mirar las caras cuando el veterinario hacía su entrada al cuartel *rengueando*, con un paltocito amarillo azafranado que no se distinguía si era blusa o sobretodo, y su bastón, su inseparable bastón en el cual se apoyaba, para pisar menos fuerte en el suelo; todos se sonreían y lo seguían con la vista, con hambre, con verdadera voracidad de ir a embromarlo con algún caballo enfermo.

Un día el caballo de uno de los compañeros se enfermó un poco, y se lo llevaron al veterinario. Éste lo examinó minuciosamente y por último levantándole un párpado, exclamó con su jerga habitual.

—¡Mire! ¡Mire! ¿ve usted?

—¡No, ¿qué cosa?

—¿No ve ahí colorada, hombre?

—Sí.

—¡Pues eso es tener la caballa mucha fiebre!

El aspirante se encogió de hombros y sujetó a su caballo a los remedios del veterinario; pero después se fue de pesebrera en pesebrera levantándoles los párpados a todos los caballos del escuadrón y encontró que todos los tenían más o menos colorados.

El cuento corrió mucho y el veterinario perdió su prestigio.

Desde entonces las bromas tomaron cuerpo. Un día acababa de llegar al cuartel, en los momentos en que todos estábamos aseando las caballerizas, y por consiguiente a discreción, y un aspirante fue a llamarlo muy apurado so pretexto de que un caballo estaba muy mal.

El pobre cayó en la broma, entró a las caballerizas, se metió a la pesebrera del animal, y allí lo rodearon todos. Uno se acercó al caballo y levantándole un párpado le dijo:

—¿Ve usted Mr. X...?

—¿Qué cosa?

—Que esto está muy colorado...

—¿Y qué tiene?

-¡Que el caballo tiene *mucha febre!*

El veterinario dio una mirada a todos los aspirantes, y al ver las caras hostiles y risueñas, comprendió que era víctima de una broma y contestó muy enojado:

-¡Mentira hombre! Ese animal estar bien fresco. La febre se ve levantando la cola.

Es claro, se lo quisieron gozar a él, pero él se rio de todos nosotros.

Sin embargo, a los pocos días fue víctima de una broma que lo puso enteramente en ridículo, y que fue del todo inesperada.

Un aspirante que no tenía mucha facilidad para distinguir dos caballos cuando éstos se asemejaban en la estatura y el color, en vez de llevarle el caballo propio que se había enfermado de una pierna al saltar la muralla, le llevó otro del Escuadrón bueno y sano.

El aspirante con toda buena fe le explicó los síntomas del animal, y lo que él creía tuviera el caballo.

El veterinario lo examinó y lo encontró efectivamente muy grave, recetándole diez días de descanso.

El caballo quedó en la enfermería muy bien cuidado; pero el vigilante de la caballeriza, que le correspondía, lo comenzó a buscar sin saber donde estaba y encontrándolo allí, lo sacó convencido de su sanidad y lo llevó de nuevo a la pesebrera donde siguió prestando sus servicios como si tal cosa.

¡Nunca se habrá encontrado el pobre veterinario con enfermedades más extrañas que las que le describían los aspirantes! Caballos que gritaban de noche, que se comían el latón en que estaban forrados los comederos, que lagrimeaban como *cristianos*, que no querían comer sino *pequenes* con pasa, aceitunas y huevo... En fin, eso o mucho más le querían hacer creer al *doctor* o al *gringo* como le llamaba la tropa.

Allí en el cuartel nos contaron que el veterinario se llevaba de ordinario unos chascos pesadísimos con los caballos.

Así por ejemplo, un día necesitó personalmente hacerle remedio a un caballo que tenía una enfermedad en los órganos nasales. Consistía el remedio en introducirle en la nariz un cartucho de papel con unos polvos blancos, y soplar por la otra punta para esparcirle los polvos en el interior.

Hízolo así con un caballo y había ya aplicado la boca por el extremo opuesto para soplar, cuando el caballo sintió la cosquilla que le hacía el cartucho y dando un resoplido fierísimo dejó al pobre veterinario con la cara llena de polvos y de saliva.

-¿Qué le ha pasado? le pregunta el soldado enfermero, pugnando por contener la risa.

Y el gringo con los ojos cerrados todavía, contestaba.

-Estó no es nada. ¡El caballo soplar antes que yo!

El rancharo era otro individuo digno de especialísima mención.

Negro de cara y manos; sucio, excesivamente sucio de ropas, era sin embargo el más grande amigo de los aspirantes.

Jamás le vimos lavarse las manos para cocinar el café; pero esa observación no nos quitó un sofo momento el apetito.

Más aún, el mismo rancharo cuando pasaba frente a nosotros, con su aspecto

de minero, nos inspiraba un hambre canina. Él simbolizaba el café, que recibíamos por la mañana como caído del cielo.

Muchas veces teníamos sospechas muy fuertes de que no había presidido la confección del café un aseó riguroso; y estas sospechas solían verse realizadas en la forma de un guante o de un pañuelo que aparecía flotando en la hirviente superficie del fondo.

El rancharo se disculpaba a morir, negando primero la existencia de esos objetos; y una vez convencido de ella, atribuyéndola al café que "solía venir muy *regüello*".

En ese caso optábamos casi todos por no tomar el café a causa de esas sustancias extrañas, no alimenticias y tal vez nocivas para la salud.

Y adquiríamos por un módico precio al través de las ventanas de la cuadra, unos *pequenes* explosivos, que una vez tragados nos hacían el efecto de *shrapnels* en el fondo del estómago.

¡Cuánto nos costó acostumbrarnos a comer esos *pequenes*, cuya carne era un misterio para nosotros!

Se habrán extinguido ya los antropófagos en el mundo —así lo dicen al menos los viajeros— pero ha habido momentos en que hemos dudado si alguna vez, comiendo esos *pequenes* del cuartel, hemos sido también un poco antropófagos.

El rancharo, ese objeto, más que persona, metido siempre entre los fondos, como si formara parte integrante de ellos, tenía una afición, la más rara, la más extraña, la más impropia de un rancharo: la afición al *trato*.

El *trato*, como llamaba al teatro, lo sacaba de tino; para ir al *trato* sí que se lavaba o mejor dicho, se raspaba con un ladrillo y quedaba inconocible; pero más flaco eso sí, porque la capa de mugre que lo rodeaba debía de ser por lo menos de dos dedos de espesor.

Cuando le conocimos esa afición, comenzamos a explotársela, alargándole de cuando en cuando una chaucha *pal trato* con tal que echara más café y un poco más de azúcar al fondo.

Así nos librábamos de los *pequenes*, a menos que volvieran a aparecer en el fondo algunas prendas de vestir, que nos quitaban enteramente el apetito.

Pero indudablemente el personaje más simpático y benéfico del cuartel era *Boy*.

Así como hay caballos de tiro y de silla y de carrera, *Boy* era sólo y exclusivamente un perrito militar.

Su historia es muy accidentada; apareció en Los Andes, afecto al curso de aspirantes que funcionó allí el año pasado. Se vino después a Santiago, quién sabe de qué manera, y quedó ligado al Escuadrón con los más estrechos vínculos de simpatía.

De todos los locales que ocupaba el Escuadrón, incrementado enormemente con la tropa de Guardia Nacional, *Boy* prefería el picadero, donde estábamos los aspirantes.

El espíritu militar de *Boy* era innegable: saltaba todos los obstáculos del picadero cada vez que había equitación; y trotaba y galopaba en la pista como si hubiera recibido especialmente lecciones de los instructores.

Su posición de *atención firme* era correctísima, irreprochable.

Pero más que todo, era un ratonero, experto y ágil, que nos libraba por las

noches de los ratones, correteándolos incesantemente por encima y debajo de las camas.

Si salíamos del cuartel *Boy* nos acompañaba, por los caminos y tierrales más pesados; trotando incesantemente, con la lengua casi arrastrando por el suelo.

Cuando salíamos a comer, se juntaba a uno de los aspirantes, recorriéndolos a todos por turno y llegaba así hasta una casa, donde recibía, es claro, mucho mejor comida que la que pudiera darle el rancho.

Era sumamente valiente y arrojado; nunca miraba si su enemigo era mayor o más fuerte, y así cada vez que por alguna cuestión de celos se trababa a mordiscos con el *Cabo León*, había que arrojarlos a ambos al bebedero de los caballos donde terminaban la lucha medio ahogados.

En los caminos, teníamos que defenderlo de los demás perros, que se le echaban encima a causa de su actitud provocativa al par que desdeñosa.

El cariño de *Boy* no era a la persona, sino al uniforme.

Después de salir del cuartel nos hemos encontrado muchas veces con *Boy* en la calle; le hemos llamado afectuosamente como a antiguo compañero, y el ingrato, el cruel, ha seguido su camino de largo.

Ya no nos conoce; ya para él estamos disueltos en el vasto océano del *paisanaje*.

(*El Chileno*, 6 de octubre de 1898)

SIMULACRO DE COMBATE

Una tarde, cerca ya de la hora de salir francos, los aspirantes se agrupaban ansiosos alrededor de una pizarra negra, que estaba siempre apoyada en la muralla al lado de la puerta del teniente. La pizarra estaba allí de ordinario, muda, sin decir nada con su tablero virgen de toda raya de tiza; pero es claro que ese día estaba escrita, y escrita con algo muy importante desde que los aspirantes leían y releían y se perdían en mil conjeturas. He aquí lo que resaltaba con las chillonas rayas de tiza blanca sobre el negro profundo del tablero:

“De orden superior, la cuarta de aspirantes del... debe hallarse prevenida para cualquier evento. *El jefe del destacamento*”.

—¡*Evento!* ¡destacamento! —dice uno aficionado a los consonantes —¡hasta en verso les ha salido!

Todos nos preguntábamos qué significaba aquello tan misteriosamente aparecido allí, como la inscripción *Mane, Tecel, Phares*, en el festín de Baltasar.

Pero todo el mundo se encogía de hombros, incluso el sargento García que también se rodeaba para ver el efecto de una sonrisilla socarrona y misteriosa.

—Díganos, mi sargento, qué significa todo eso?

—Un inferior no debe nunca interrogar a su superior sobre las órdenes dadas por éste.

—Está bien, mi sargento.

Nada podíamos sacar en limpio, y nos vestíamos para salir de muy mala gana, intrigados por aquella advertencia colocada allí con tanto misterio y concebida en términos tan vagos.

Cualquiera nos habría creído locos, cuando salimos francos para ir a comer

en nuestras casas, al vernos cabizbajos y comentando a media voz las palabras de aquella pizarra estúpidamente amenazadora.

—*De orden superior...* ¡caramba! esto es muy serio, por lo menos muy nuevo. *La cuarta de aspirantes...* es claro que somos nosotros y nadie más... *debe hallarse prevenida...* ¡Hum! o mucho me engaño o esto me suena a botasilla esta noche. ¡Pues, señor! quiere decir que nos acostamos vestidos. *Para cualquier evento...* cualquier evento... Hombre! esto sí que me parece muy mal; aquí se envuelve algo, una jugada que nos van a hacer, seguro. Y luego ese *Jefe del destacamento*, que es un pájaro raro, que sólo ahora se da a conocer. ¡Caramba! ¡qué bromas tiene esta milicia!

Esta tarde comimos de mal humor y con poco apetito. En nuestras casas nos preguntaban alarmados:

—Pero qué tienes? ¿Estás enfermo? Sientes algo?

—Sí; estoy aquejado de ese maldito jefe del destacamento.

Llegó la hora de volver al cuartel; al entrar divisó un corneta... ¡Malo! esto es de mal agüero, pienso.

—Corneta, ¿te ha dado alguna orden el teniente?

—Ninguna.

—Cuidado con tocarnos botasilla, porque te *afusilo*.

En la cuadra hay conciliábulos: casi todos opinan porque se debe dormir vestido; cuando mucho, sin botas. Y de todas maneras, cada cual junta todos los arreos de ensillar y los deja listos para una probable botasilla.

Aun cuando ya hay algunos roncando, siento todavía el rezongar del jefe del destacamento.

—¡Caramba! —dice uno— que para todo tenga que ser tan embromada esta milicia! ¿Qué les costará decir: se avisa a los aspirantes que a tal hora les vamos a tocar corneta, y después esto, y lo de más allá? Pero no, señor: ¡de orden superior, prevenirse para todo evento!... Es decir que lo tengan a uno con los nervios chúcaros todo el día.

—No *rezonguís* tanto —y quédate dormido, dicen desde otro extremo.

Acaban de tocar diana y, como siempre, ha entrado el sargento García como una avalancha. ¡*Levantarse!* Por las puertas abiertas entra un aire helado que nos hace temblar de pies a cabeza. Nos han tocado diana una hora antes que de ordinario y todavía está oscuro, cayendo la luz de la luna sobre el suelo raso del picadero, militarmente, como todo lo que cae dentro de las cuatro murallas del cuartel.

Mientras no pase de aquí la jugada del jefe del destacamento, decidimos todos, está bueno. Pero la risa maliciosa con que nos oye hablar el sargento García, nos hace entrar de nuevo en temores y recelos.

Apenas vestidos, se nos da orden de ensillar con la mayor brevedad posible; y en pocos minutos más la voz del teniente suena desde el medio del picadero. ¡*A caballo!*

La cosa se va poniendo seria; la cuarta está formada a caballo en el picadero. El teniente avanza, también a caballo, y con un papel en la mano a que parece va a dar lectura. Oigámoslo.

“La cuarta de aspirantes a cargo del teniente... y del alférez... debe avanzar hasta el camino carretero a Valparaíso y hacer alto pasada la línea férrea, donde recibirá órdenes del Estado Mayor. Parece que una patrulla de caballería enemiga recorre el campo, al N.O. de Pudahuel”.

Salimos del cuartel en dirección al punto indicado, llevando lanzas, carabina a la espalda, y sable en el porta-sable de la silla, y además un buen número de tiros a foguero en la cartuchera. Acabamos de pasar la vía férrea en la prolongación de la calle de San Pablo, y se nos ordenó hacer alto y desmontarnos. Nos hacemos todos ojos y oídos para ver llegar al enviado del Estado Mayor trayendo las órdenes; pero nada, éste no aparece por ningún lado.

De pronto el teniente saca un nuevo papel de su cartera de campaña y dice: Un ayudante del Estado Mayor General acaba de entregarme la siguiente orden:

“La cuarta de aspirantes seguirá hasta Pudahuel para defender “el puente del Mapocho amenazado por la fuerza de caballería enemiga que explora ese punto”.

¡Defender el puente! He ahí un objeto digno de nosotros, y no esa maldita vida de cuartel en que los nervios pasaban en continua tensión. Hemos montado de nuevo y tomado la formación de marcha, separándonos a ambos lados del camino para dejar el centro libre y expedito para el tráfico.

Vamos en absoluta discreción, cada cual tiene derecho a fumar y a cantar. Uno me rompe los oídos cantando una chinchosa y cargante cancioncita: “¡Oh flores que nacéis tristes!” otro silba un trocito del Mikado, y otro entona algo de la *Cavalleria Rusticana*, so pretexto de que nosotros también somos de caballería.

Boytróta en el medio, haciendo dos veces el camino de los caballos, pues llega hasta la punta y se vuelve hasta la cola, para seguir en este incesante vaivén.

Las lanzas causan cierta novedad en el camino. Los chicos salen corriendo de las casas, chillando como locos; ¡el batallón! ¡El batallón con banderitas!

Un huaso fornidote que enyuga unos bueyes rosillos en una curva del camino, nos mira de arriba a bajo y exclama:

—¡Bah! con esa picanita no se me *queaba* ni un buey tampoco!

Durante el viaje se hace un riguroso servicio de avanzadas y llevamos permanentemente a trescientos metros delante la *punta* o *descubierta* que explora el camino en dirección a Pudahuel.

Los compañeros que van en la *punta* hacen el servicio de seguridad con todo empeño. Uno se topa con un huaso de a caballo a quien grita ¡alto!

—¿Ha visto usted algunos cuyanos más arriba?

—No, señor.

—Unos que andan con unas banderitas blancas con celeste como vestidos de novias pobres...

—No, señor. Por allá *puarriba* andaban unos machos sueltos.

—¡Esos son pues, ñor!

El huaso se ríe y pregunta humildemente si puede continuar.

—¡Sí, hombre! pero cuidado con darles noticias de nosotros a los cuyanos.

Otro le grita a un viejo ladino que sigue por el medio del camino al trotecito de un caballejo flaco y gastado:

—¡Cómo está don Pepe!

—Bien, señor.

—¿Cómo están todos por allá?

—Muy bien, para servirle.

—Se acuerdan de mí las niñas?

-Mucho, señor, y de la cazuela que se nos fue debiendo.

Todos celebran la ocurrencia y lo aplauden.

-¡Toma por meterte a gracioso! le gritan al acholado aspirante.

Se acerca el momento del combate. La *punta* vuelve al galope en dirección a nosotros, denunciando que a una legua más al norte se ha divisado un grupo de jinetes que debe ser la *punta* de la avanzada enemiga.

Confieso francamente que comencé a tomar en serio todo aquello, y me latía el corazón, aprontándome para las nuevas y desconocidas emociones de un combate.

Seguimos avanzando con toda cautela. Al llegar a un recodo del camino, el teniente ordenó alto y desmontarse para el combate de infantería.

La caballería, que hace, según la táctica moderna, los servicios de seguridad y exploración en todo cuerpo de ejército, debe también combatir como infantería para dar tiempo al grueso de las tropas que siguen a retaguardia, para llegar al lugar amagado y tomar posesiones convenientes. Y en este caso consiste la prudencia en hacer creer al enemigo que la fuerza es de infantería de línea, para aprovechar así la superioridad moral que da la instrucción y disciplina a los cuerpos de infantes.

Ocultamos, pues, los caballos y las lanzas tras un espeso matorral de espinos, desmontándonos tres de cada cuatro; y entregando al número 4 los caballos y las lanzas de los tres restantes.

Formamos a la carrera, a la espalda del teniente, quien ordena.

-¡Sobre la base de tiradores!... En tiradores... ¡mar!...

Y avanzamos en línea de tiradores, con la carabina bajo el brazo extendiendo nuestra línea en un potrero erizado de espinos, y siguiendo adelante, agazapados, silenciosos...

La voz del teniente vuelve a sonar:

-¡Arrodillarse!... ¡A la derecha!... ¡caballería!... ¡mil trescientos metros!... ¡Fuego de tiradores!

Los cabos de escuadra repiten las voces de orden y corren tras de la línea comprobando la exactitud de las *alzas*. Comienza el fuego: el olor de la pólvora hace ensancharse los pulmones; una emoción de empuje, de enardecimiento, de coraje, comienza a correr por las venas. La imaginación se nos enciende como con una descarga eléctrica y hacemos las punterías, allá a lo lejos, tras una línea de álamos macilentos y amarillos, donde creemos ver la caballería enemiga que se repliega sorprendida por nuestro fuego, con una bandera blanca y celeste, que acribillamos desde más de un kilómetro de distancia.

-¡Salto!... ¡adelante!... grita el teniente, *carrera, mar!*

Y partimos a todo escape, saltando las zanjas, trepando por las cercas de espinos que se ensañan con nuestras piernas, metiéndonos en los fosos y dejándonos rodar por la pendiente.

-*Tenderse!... A la derecha... tiradores arrodillados... novecientos metros! Fuego rápido.*

Hemos quedado tendidos en la zanja, sobre un barrito claro, una especie de chocolate a la española, sumamente helado.

El fuego rápido aumenta, disminuye, vuelve a crecer para extinguirse casi y recomenzar con nuevos ímpetus.

Los sueños forjados al través del humito tenue de la pólvora, siguen desarrollándose al frente, en un panorama fantástico y sangriento.

Seguimos avanzando al través de los ranchos, donde las mujeres nos miran asombradas, saltando tapias, cercas, murallas, zarzamoras, todo lo que se nos pone por delante. Ya tenemos el puente a la vista; ya estamos descubiertos ante el enemigo.

Ahora disparamos de pie, apoyando las carabinas en una barrera de troncos cortados, a trescientos metros. Las punterías deben de ser soberbias; nos figuramos el puente lleno de cadáveres, y apuntamos con verdaderas ansias de disparar.

De repente nos gritan ¡*reunión!* Estamos formados en dos filas y hacemos cinco o seis descargas simultáneas, en vez de la carga a bayoneta de la infantería.

—¡A los caballos!

Corremos como locos hacia los caballos que vienen siguiéndonos a cierta distancia por el camino.

En un instante estamos arriba y con la carabina a la espalda.

—¡Al galope, mar!

El pelotón de caballería vuela por el camino en medio de una polvareda inmensa; las banderillas de las lanzas silban con el viento y un ¡¡*Viva Chile!*... grandioso, inmenso, resuena en el faldeo de los cerros vecinos.

Hemos llegado al puente tomado. Pero, ¡oh sorpresa! en vez de cadáveres de enemigos y de charcos de sangre, encontramos allí un *arguenero* que trae pollos y huevos a Santiago, y en vez de la bandera blanca y celeste, un trozo de tela de colchón que cuelga en un gancho vecino secándose al aire... ¡eso sí que tiene listitas blancas y celestes alternadas!

¡Oh desilusión de los simulacros!

Sin embargo, un compañero grita con todo entusiasmo: ¡Los hemos hecho bolsa!

En el puente mismo, desde donde se domina perfectamente el campo del combate, el teniente nos explica el camino recorrido y el plan de ataque.

Aquello nos parece ahora tan hermoso y tan claro, como un problema matemático resuelto.

Hemos sentido todas las emociones de un combate; cuando avanzábamos con la carabina bajo el brazo, la vista al frente, con la ansiedad de los cazadores humanos, sentíamos por todo el cuerpo esos estremecimientos eléctricos que se sienten al oír un trozo de música exquisito, delicado, de esos que cuando ya han cesado, aun parecen que continúan en el aire.

—¡Caramba! hubieran sido cuyanos! dicen varios.

Nos volvemos a Santiago comentando las mil peripecias del combate, y llevando ahora la *punta* a retaguardia, que es el lado enemigo.

Uno cuenta que al tenderse le tocó caer sobre una mata de cardo.

—Feliz tú —dice otro— yo hubiera preferido el cardo.

Todos se miran el dormán y se ríen.

—El Consejo de Higiene —dice otro— le debía prohibir por insalubre por haberte ido a meter en *hitos*, sin ser ingeniero de la comisión de límites. Aquella noche ¡qué dormir tan bien! Los ratones pudieron comerse toda la cuarta de aspirantes, sin que nadie se hubiera dado cuenta.

Confieso que nunca hemos soñado más delirios patrióticos y bélicos. Veíamos correr en las calles gentes de toda clase que anunciaban haber estallado la guerra. Y veíamos a nuestro regimiento correr a galope por los campos en dirección a la cordillera. Todos los compañeros íbamos juntos, con las espadas desenvainadas a todo el correr de los caballos, en una carga desenfrenada y loca.

¡Hermoso cuadro para Detaille!

En una cuadra menguada, estrecha, un grupo de muchachos de veinte años, estudiantes, mozos de sociedad, regalones, duermen con un coro de ronquidos uniformes, *alineados*, por decirlo así.

Y encima, flotando como un vapor vago y nebuloso de los sueños, un desfile guerrero de lanceros a caballo, de regimientos al galope, que se estrellan a lo lejos en la barrera de los Andes.

“Y cuando va a trabarse con loca gritería
De la hórrida batalla la enorme confusión
En las montañas próximas despunta el nuevo día
Y el tropel de soldados, que creó la fantasía,
Vuelve a quedar inmóvil en recta formación”.

¡Y es claro, la diana, la inevitable diana con su melodía dulzona y pegajosa, suena al lado afuera de la puerta, como siempre, como todos los días!

Abrimos los ojos... y se ha disipado el sueño... queda la cuadra con sus paredes despapeladas y su techo cubierto por las huellas de las moscas...

(*El Chileno*, 9 de octubre de 1898)

BAJO LAS CARPAS

La salida del Escuadrón o su llegada al cuartel puede ser para un pintor un tema riquísimo en colorido y movimiento. Las caballerizas son el teatro de toda esa algazara, fecunda en mil incidentes divertidos. Todo el mundo habla y grita al mismo tiempo; por un lado pasa uno al trote conduciendo de las bridas su caballo; por otro corren varios tras un caballo que ha emprendido las de Villadiego; aquí un animal chúcaro reparte patadas a diestra y siniestra; allá otro se encabrita y sale de la pesebrera, resbalándose y relinchando.

Aquella tarde había todo ese movimiento en el cuartel, porque se nos había ordenado ensillar, para hacer durante la noche un nuevo viaje de campaña. Naturalmente, ya nos habíamos reconciliado con el jefe del destacamento y esperábamos, con mal disimulada impaciencia, que nos ordenara salir del cuartel con cualquier objeto.

Cada cual había traído comestibles ligeros y más o menos condensados para llenar una de las vizcacheras, que no tenía por el momento otro destino; y algún líquido para la *cantimplora*, la mejor amiga del soldado, tan popularmente conocida de los cincuenta mil hombres que han pasado por el cuartel.

El objeto de nuestro viaje era reunirnos al comandante de la Gran Guardia establecida a tres o cuatro leguas de Santiago y ponernos bajo sus órdenes para

seguir viaje o ejecutar lo que se nos ordenara. Para el efecto se suponía a Santiago defendiéndose de un probable ataque del enemigo por el norte y, por consiguiente, haciéndose con todo vigor a sus alrededores un perfecto servicio de seguridad.

La noche estaba lindísima; la luz de la luna alumbraba perfectamente el camino, permitiendo distinguir todas las sinuosidades de éste y sus obstáculos. No se podía negar que el viaje tenía algo misterioso y clandestino, sumamente nuevo y agradable.

Ahora no sólo llevábamos *punta* o *descubierta* a la cabeza, sino también una *patrulla de oficiales* al mando de uno de los compañeros que hacía de alférez. La cuarta con su *punta* respectiva marchaba por el interior de un potrero y la patrulla por el camino real y a la altura de la punta, conservando la alineación por medio de silbidos.

Los de la patrulla éramos tres y avanzábamos con nuestras lanzas como nuevos caballeros andantes, conversando en voz baja y oyendo a ratos los coros de sapos que gorgoreaban a lo lejos con la acompasada e intermitente matraca de las ranas.

De repente, en el fondo del solitario camino, sentimos un canto y el rechinar de las ruedas de una carreta; luego se destaca ésta al volver una curva y uno de nosotros le sale al galope gritando con voz estentórea: ¡alto!

El carretero se detiene en medio del estupor más grande. Lo interrogamos sobre dónde va, qué lleva, y él nos contesta dócilmente todo: va a Santiago y lleva leche.

—¿No lleva Ud. armas y explosivos?

—No se da eso *puaquí*, señor...

El enviado vuelve a reunirse a la patrulla a preguntarnos qué se hace con la carreta.

—Por de pronto —dice nuestro jefe— llenemos las cantimploras con leche.

El carretero, sin dificultad ninguna, nos llenó las tres cantimploras con una leche riquísima, aun no *bautizada*. Y es claro que el tarro lo volvió a completar con agua, a costa de sus consumidores.

Llegado al punto en que debíamos ponernos a la orden del comandante de la Gran Guardia, supimos de la misma peregrina manera que del ayudante del Estado Mayor en nuestro primer viaje a Pudahuel, que la Gran Guardia había avanzado hacia el norte y debíamos nosotros, por consiguiente continuar la marcha.

Había ya avanzado la noche y el silencio del campo era absoluto. Los ranchos de las orillas del camino, llenos de bulla y animación en el día, estaban sumergidos en la oscuridad de los árboles que los rodeaban; los perros, únicos centinelas fieles a la guardia de sus amos, se acercaban a las puertas y cierros del camino, ladrándonos desesperadamente.

Ya estamos reunidos a la cuarta; los compañeros que han sabido el cuento de la carreta, nos piden leche de todos lados, y la cantimplora circula con gran aceptación de los que la empinan y mayor mengua de su contenido.

Hemos llegado al pie del puente que defendimos en nuestro primer simulacro como caballeros bayardos, y lo saludamos emocionados, a él que ha sido testigo de nuestras proezas y hazañas.

Ahí se nos ordena desmontar porque parece que ya no apura mucho reunimos a esa Gran Guardia que avanza delante de nosotros como las frutas del suplicio de Tántalo.

La infantería hubiera armado inmediatamente sus carpas y habría reposado

tranquilamente; ¡pero el soldado de caballería lleva en su caballo una segunda persona de quien cuidar!

Tuvimos que desensillar primero y colocar en riguroso orden de alineación esas pesadas sillas con el equipo de campaña.

Secar después con el sudadero el lomo de los caballos; conducirlos al borde del estero para que bebieran; arreglar el freno y la cabezada de modo que sirvieran durante la noche de *jaquimón*; amarrarlos de un modo conveniente en los *lazos* tendidos al efecto entre los postes del puente; sacar el saco forrajero que va asido a la silla con la correspondiente ración de cebada y pasto seco y hacérselas recibir a los caballos, que al principio se resisten.

Ya va hora y media desde que nos desmontamos y aun no comenzamos ni a armar las carpas. Hay que arreglar todavía el armamento sobre las sillas, ayudar a descargar el bagaje y mil otros detalles.

¡Por fin comenzamos a armar las carpas! Pero ¿qué significa esta orden? ¡Debe ser equivocación indudablemente!... Nos han hecho armar las carpas al borde del estero sobre un pedregal en que cada guijarro es del tamaño de un puño... ¡Buena noche vamos a pasar!

Hemos levantado ya una carpa colectiva, uniendo cada carpa individual y formando así una grande, extensa y bien sujeta al suelo movedizo del pedregal.

Pero todavía nos llaman a formar, cada cual frente de su silla; después numerarse. ¡Cómo iba a omitirse esta circunstancia! Organizar el servicio de centinelas (aquí palidecen todos) haciendo principiar la guardia por el número *uno* y durando cada cual una hora, por lo que los últimos números nos congratulamos estrechándonos calurosamente las manos.

Por fin empieza cada aspirante a entrar a la carpa arrastrando ponchos y frazadas, y a acomodarlos de modo de destruir lo más posible las puntas de las piedras.

Durante una media hora se cruzan multitud de frases, recomendaciones y diálogos.

—Pasa tus piernas para el otro lado... Pon la cabeza más allá... ¡Caramba! ¡me ha tocado una piedra afiladísima de almohada! ¡Quién me da un cigarro! Aquí traigo un poco de *causeo*.

El techo se eleva de la carpa ochenta centímetros; de modo que ésta produce una sensación deprimente de ratonera.

Estamos además sobre el pedregal más o menos como debió estar San Lorenzo sobre la parrilla.

¿Nos ponemos de costado? Se nos incrustan las piedras en las costillas.

¿Nos ponemos de barriga? Ídem y con retortijones.

¿De espalda? Hay el peligro que el espinazo se amolde a las piedras y nos levantemos con dos o más potras, como los camellos.

Como no nos hemos sacado ni las espuelas, si estiramos una pierna, le metemos a uno el espolín en la oreja; si movemos la cabeza, nos lo mete otro a nosotros.

Un ronquido enorme que parece silbato sirena de vapor de la carrera, no nos deja dormir; hay que despertar al roncador.

Por fin cada cual ha reclinado la cabeza donde puede, no faltando algunos que lo han hecho en las posaderas del vecino; y ya comenzamos a olvidarnos de la carpa y de todas las pellejerías del camino, cuando gritan afuera:

—¡Aspirante Tal! ¡su caballo está suelto!

Y el aspirante sale trastabillando y dando al diablo su caballo. Y toda la noche sigue la misma historia, y parece que las piedras se van afilando más y más a medida que viene el alba; y para remate, los centinelas que salen, y los que llegan que tienen que hacer el tráfico a tientas y en cuatro pies, van poniendo sus patazas con botas y espuelas en el estómago de uno, en la cabeza de otro, en la pierna de aquél, en la mano de aquel otro, dejando dentro la gritería de los machucados.

Pero, en fin, ya hace rato que no gritan: ¡centinela! ¡un caballo suelto! ni pasa nadie picándonos la barriga, y ya el costado ha logrado hacerle hueco a las piedras... en fin, vamos a dormir y ya comienzan algunos ronquidos a marcar con su monótona cadencia.

Pero de repente un peso enorme se desploma encima de la carpa y nos achata.

Es un centinela que vuelve a la carpa medio dormido, y no ha visto una de las estacas, y enredándose en los cordeles ha caído rendido sobre el techo de ella.

Sentimos los reniegos del pobre, porque las carpas no son *impermeables* para las interjecciones, sino para el agua, y nosotros lo acompañamos en las más enérgicas protestas.

Por fin logramos quedar un instante dormidos, cuando las dianas que nos han venido siguiendo en el camino en forma de un corneta, suenan vibrantes como en los mejores días del cuartel.

Comienzan a salir de los extremos de las carpas, a gatas como coleópteros, los aspirantes dormidos aún, con el cuerpo dolorido por las piedras, acalambrados, mustios. Pero en un instante estamos formados con dos pasos de intervalos, haciendo gimnasia muscular. ¡Santo remedio! Los músculos comienzan de nuevo a funcionar libremente, las caras patibularias toman vida, en fin, ya estamos repuestos del pedregal.

Al toque de la diana las gentes de los alrededores despiertan sobresaltadas y salen a las puertas de los ranchos. Un momento después; una lluvia de granujas afirmados en las barandas del puente celebran a gritos la gimnasia, alguno de cuyos movimientos, como "*tronco hacia adelante doblen*" excitó de un modo especial su hilaridad.

Una vez en discreción, cada cual corre a su silla respectiva para sacar las cantimploras, donde de un modo más o menos fraudulento se ha traído algún líquido generoso y confortante... Un coro de reniegos y protestas estalla en todas partes; las cantimploras están absoluta y definitivamente vacías... Los centinelas se han resguardado del frío de la noche empinando en riguroso orden numérico las cantimploras de todos los aspirantes.

Nos hemos repartido en grupos, diseminados alrededor de las casas vecinas para cocinar el café, y cada uno despliega sus dotes de cocinero, haciendo uno el fuego, otro el líquido que debe calentarse y graduando un tercero la azúcar.

Aquello sale más o menos pasable y nos deja de nuevo en situación de alcanzar a la Gran Guardia, aunque sea en el infierno.

La mañana está preciosa. Los grupos de aspirantes se divisan diseminados en los alrededores del puente, en medio de los cigarros y del café que comienza a hervir.

El humor está espléndido, y al sorprendernos nosotros mismos, olvidados de todas las pellejerías pasadas, reímos estrepitosamente, no podemos menos de exclamar: Caramba que estamos de línea!

Y esa es la verdad. Ya comenzamos a sentir un intenso cariño al cuerpo cuya franja llevamos, y un afecto todavía naciente a la misma vida de cuartel que tanto hemos maldecido. Y es que los tres meses de instrucción comienzan también a hacernos soldados por *dentro!*

El teniente se acerca; por primera vez trae una franca y abierta sonrisa en el rostro. Todos nos ponemos de pie.

—¿Qué tal está el café? nos pregunta.

—Espléndido, mi teniente.

Y pasa de largo sonriéndose siempre en medio del estupor nuestro.

—¿Simpático, no? decimos todos. —Es un buen muchacho.

Uno de los compañeros se sonríe maliciosamente y nos pregunta:

—¿Y la paliza que hace un mes pensábamos darle?

Todos se apuran en vaciar de un trago el tarro de café, que está riquísimo y disimular así el *acholo* que les ha salido al rostro.

(*El Chileno*, 13 de octubre de 1898)

ABUSOS DEL LENGUAJE MILITAR

El tiempo dedicado al tiro al blanco es indudablemente el mejor de los tres meses de cuartel. Todos los días salimos a caballo por la mañana, mirando con el rabo del ojo la gente que marcha por las veredas, y haciendo *atención vista a la izquierda y a la derecha* a cuanto jefe encontrábamos por la calle.

En el polígono los momentos en que no nos toca disparar, tomamos *mote con huesillos* y otras ordinarièces tan baratas como refrescantes.

Hemos hecho algunas *famas* (el centro del blanco) por lo cual hemos sacado buena fama de tiradores.

Mientras los demás apuntan, los aspirantes repartidos en grupos sobre el pastito verde del polígono, y sentados como los chinos sobre las piernas cruzadas, comentan con humor excelente y picaresco todo lo que pasa.

Hablando de la buena puntería que han demostrado los *yankees* en la última guerra, me dice un compañero:

—Los *yankees* le han apuntado a España en la *fama*.

—Y lo que es peor, contesta otro, que se la han dejado buena para nada.

A un aspirante que acaba de disparar y lo saludan desde el blanco en señal de haber hecho *fama*, le preguntan:

—¿Diste en el blanco?

—Sí; le pegué en la misma reputación.

Uno de los compañeros se llama Ambrosio, de manera que su carabina viene a ser la tan mentada y universalmente conocida *carabina de Ambrosio*.

¿Pues creerán ustedes que fue su dueño el mejor tirador del curso? La carabina desmintió así su, hasta ahora, perversa costumbre de dispararse por la culata.

La hora de acostarse era generalmente el único tiempo que teníamos para conversar sin temor ninguno, y así era entonces cuando se contaban y desarrollaban las anécdotas de los aspirantes celebrándose con gran regocijo.

Nos enseñaron en el cuartel a hacer saludo de oficial y saludo a General, correspondiendo hacer el primero a todos jefes y oficiales y el segundo a los generales.

Una tarde el sargento nos comunica que el arresto es general, es decir, para todos.

Un aspirante pregunta ¿dónde consta que el arresto sea general?

—En este papel —contesta el sargento— mostrando la lista de los arrestados.

El aspirante retrocede cinco pasos, vuelve a avanzar y presentando su frente al sargento, hace un irreprochable saludo a general.

—¿Por qué hace usted esa payasada? —le preguntó.

—¿Payasada? ¿No acaba Ud. de decir que el arresto es *general*? ¡Déjeme, pues, rendirle honores de tal!

La gracia le costó un arresto; pero fue celebrada por todos, incluso por el sargento.

Se contó una noche con gran algazara un incidente ocurrido en la Alameda a la hora del paseo entre un compañero y un aspirante de San Bernardo.

Discutían ambos la superioridad e importancia de sus armas, acumulando argumentos y frases y citas. El diálogo era animadísimo.

—La infantería es la resistencia, lo dijo Napoleón.

—La caballería es el ojo y el oído del Estado Mayor, lo dice mi Mayor von Bellow.

En ese momento un individuo en bicicleta atropella al grupo y les deja a los dos tendidos en el suelo. El de infantería exclama al momento:

—¡Bueno el *ojo* y el *oído*!

Y el de caballería responde:

—¡Y buena la *resistencia*!

Como entonces estábamos llenos de la milicia, nuestro modo de ser y hasta nuestro lenguaje se resentía enteramente de la influencia del cuartel, así tuvimos que oír en muchas ocasiones diálogos de esta especie.

Una señorita conversa con un aspirante y le hace cargos sobre su falta de franqueza.

—¡Ud. no es franco!

—¿Que no soy franco? ¡Pues por lo menos lo soy en el cuartel!

—¿Cómo así?

—Todos los días dice el sargento García: ¡A formar los *francos*! y yo soy el primero que formo.

En esos días en que no se hablaba otra cosa que de si caía o no caía la conversión y de si venía o no el papel moneda, le preguntaban a un aspirante en el Club:

—¿Y qué me dice Ud. de la conversión?

—¡Que la hago todos los días a la derecha y a la izquierda!

—¿Se refiere Ud. a la conversión metálica?

—¡No señor! Me refiero a la *doble conversión*.

A otro le encuentra en la calle un amigo y le pregunta:

—¿Te están enseñando sable?

—Sí, chico.

—¡Pero tú ya llevarías mucho adelantado!

—¿Por qué?

—Porque desde antes de entrar al cuartel ya sabías dar *sablazos*!

Una tarde salíamos del cuartel y marchábamos conversando alegremente por una vereda. Por la otra pasó una señora mirándonos con tal atención que uno de los compañeros no pudo resistir y nos gritó.

—¡Atención! ¡Vista a la iz...quier!

Todos tomamos entonces paso de parada, dirigiendo la vista a la señora a quien rendíamos ese honor. Y ésta, sin turbarse un solo instante, nos dijo desde la otra vereda con voz sonora y marcial.

—¡A discreción!

Tomamos el paso natural y soltamos la carcajada. Después supimos que la señora era esposa de un capitán y nos guardamos de repetir la broma.

En los primeros días del curso se nos enseñó con bastante perfección a saludar a los superiores, cuadrándonos como la tropa.

Éramos reclutas, y naturalmente temblábamos al divisar un galón cualquiera, temerosos de saludar mal y pasar presos en el cuartel.

Una tarde en que llovía y estaba oscuro, subimos a un carro, recelosos como siempre de hallarnos con un oficial dentro, y divisamos efectivamente, en el fondo, un kepí con escudo, que por lo menos debía corresponder a un comandante.

Antes de ocupar el asiento, juntamos los pies, haciendo sonar lo más posible las espuelas como todo recluta, y llevándonos la mano al kepí, mientras repetíamos interiormente las reglas del sargento García:

—*Tocando ligeramente la visera con la yema de los dedos... una línea desde el codo hasta la mano, etc., etc.*

Sin embargo, observamos con cierto *acholo* que el señor Comandante no se dignaba contestar el saludo. Evidentemente, las demás personas que iban en el carro se dieron cuenta de la mala educación del Comandante porque me miraban y miraban al del rincón.

De repente creí observar que el señor del kepí me miraba muy avergonzado; fijé más mi atención y pude ver que el que yo había creído un Comandante, no era sino un humilde *cartero* con su gorra característica.

Me senté rojo como una betarraga, miré a una niña y ésta soltó la risa tras de un paquetito de la *Casa Prá*; miré a un señor y éste se rió también; miré al *cartero* y lo vi pugnando por contener una carcajada.

Me encontré tan en ridículo que me bajé del carro apenas tuve pretexto.

Otra vez pasaba un compañero frente a la Casa Prá en la calle de Huérfanos y vio al lacayo que abre la puerta de los carruajes de las señoras, con su gorra alemana y vivos amarillos y creyéndolo un oficial del cuerpo con su uniforme de media parada, se bajó a la vereda y se cuadró. Y el lacayo furioso por aquello que creyó una broma le dijo:

—¡Cuidado mi amigo, que la payasada le puede costar cara!

Se contó por entonces que otro se le había cuadrado a un *encerador* de parquées y otro a un policial de la Estación: pero no dimos crédito al rumor.

No querría cerrar esta ya larguísima crónica del cuartel, sin transcribir la carta que un aspirante dirigió a una señorita de su predilección, en términos militares:

—*Desde que hice a usted la puntería con mi vista, he tenido mi corazón en atención firme al pie de su ventana. Tiene usted una vanguardia hermosísima y para qué hablar de sus*

flancos y retaguardia? Su paso de parada es gracioso y acompasado y la elegancia de su cuerpo parece formada en largos meses de gimnasia muscular y caballo de palo.

Desde diana hasta silencio me acuerdo de usted. Es cierto que no merezco el grado de aspirante a su mano porque soy más humilde que usted: Yo soy apenas un tirador tendido y usted es una fortificación sobre alturas; pero esto quiere decir que debo subir el alza y apuntar sobre mampuesto.

Fíjese usted que este salto con tres pasos de impulso hacia adelante que doy ahora escribiéndole, prueba suficientemente mi amor.

Resuélvase usted a saltar la muralla del matrimonio sujetando las riendas a sus temores, y conseguiré mi ascenso a marido suyo.

Y una vez que el cura expida los despachos a mi favor, armaré pabellones, instalaré mi carpa, y beberemos la cantimplora de la felicidad hasta la última gota".

Y la señorita contestó lo siguiente:

Joven militar: He pedido a mi mamá que me descifre su carta y ayudada por ella se la contesto a usted en muy pocas palabras. Ella dice que cantimplora es una cosa fea y me aconseja que le conteste a usted que se la beba solo, sin convidar a nadie. Fulana.

(El Chileno, 18 de octubre de 1898)

LA MARCHA DE RESISTENCIA NOCHE TRISTE

Juan Silva encontraba *temerario* a todo el mundo: y es claro que así también me llamaría a mí, y esta vez con razón, porque abuso tanto de la paciencia de mis lectores. Sin embargo, haber escrito sobre el cuartel y sus peripecias y pasar por alto el viaje de resistencia sería mucho más *temerario*, y así quiero que salgan los últimos recuerdos del cuartel, que me quedan, unidos y vinculados a la marcha de resistencia a Valparaíso.

El viaje de resistencia era todo nuestro anhelo, pues sabíamos que ésta era la última prueba a que se nos sujetaba, antes de licenciarnos. Así, pues, cada aspirante cuidaba de su caballo con redoblada atención, duchándole los tendones de las patas, aumentándole clandestinamente la ración de cebada, y temblando ante una enfermedad inoportuna por cualquier síntoma o detalle que en él se notara.

Nunca hemos sentido mayor simpatía, casi *estoy* por decir ternura, que la que sentíamos en esos momentos de la partida, por nuestros caballos. Se encariña tanto el soldado de caballería con esos pacientes y generosos animales que parecen entender los deseos de sus amos, inflando las poderosas narices y abriendo expresivamente sus grandes y humanos ojos!

Fijóse el día de la partida y redoblóse el entusiasmo de todos. Había aspirantes que antes de acostarse volvían a las caballerizas a acariciar el cuello de sus caballos y a conversarles como si fueran *cristianos*.

El día mismo en que debíamos emprender la marcha, nos sentíamos atraídos a la pesebrera en que estaba *Juana*, valerosa yegua que aprendió con el entusiasmo de una colegiala aplicada, a saltar y a entender las voces de órdenes, y cediendo a esa atracción, encontramos a varios compañeros sentados en las varas que separan cada pesebrera, mirando a sus caballos, que comían tranquilamente, sumiendo sus

cabezas en los comedores repletos de pasto seco y cebada. Uno había cogido al suyo por las orejas, un alazán sumamente simpático, y le decía con voz insinuante:

—*Viborita*; vamos a trotar de lo lindo esta noche, y no pararemos hasta dar con el *puerto*. Pórtate bien, que con esto se te acaba el sufrimiento y después te largo a potrero.

Salimos del cuartel a la una de la mañana; la ciudad dormía profundamente: atravesamos la Alameda, envuelta en la sombra de sus árboles, y seguimos haciendo *zig-zags* por varias calles, también oscuras y silenciosas.

Resonaban las patas herradas en los adoquines, haciendo en el silencio profundo de la noche un ruido inmenso: a nuestro paso se desperezaban los guardianes en las esquinas, restregándose los ojos; y en una que otra puerta, tras de la cual sonaban acompañadas de una mala guitarra tres o cuatro voces vinosas, se asomaba una mujer o un hombre, desvelado, y decía entrándose: ¡Son soldados!

Al llegar a la calle de San Pablo, atravesamos la línea férrea y tomamos trote por ese camino tantas veces recorrido en nuestros viajes de campaña.

Solamente que ahora teníamos un plazo fatal de dieciséis horas para recorrer las treinta y seis leguas que separan a Santiago de Valparaíso.

Y así ese trote, que comenzó a las 2 de la mañana en los límites de la ciudad, nos sorprendió, al alborear el día, envueltos en los ponchos y dando diente con diente, al bajar la cuesta de Prado; siguió en el día con un calor horrible que nos hacía echarnos el *kepí* atrás; y llegó la tarde, una tarde con un huracán desenfrenado y unas nieblas arrastradas, y nosotros, trotando y trotando, con la carabina rozándonos cariñosamente la espalda, el sable saltando y sonando como un cascabel al costado, y la lanza erguida siempre en la estribera y haciéndola esquivar las ramas del camino.

Al pasar por Curacaví y Casablanca tomamos el paso, desenrollamos la banderilla de las lanzas, y formando la cuarta, hacemos una entrada triunfal en la calle principal embanderada, donde la policía presenta armas y nosotros terciamos lanzas. En Casablanca nos acompaña, además, el orfeón, que ejecuta estrepitosamente la marcha del Tannhauser. —Wagner; ¡si hubieras llevado como todos nosotros una lanza en la mano!...

Esa marcha es algo como una función de linterna mágica por la velocidad con que va quedando atrás todo; tan luego vamos descendiendo un *deshecho* abrupto sujetando las riendas de los caballos; tan luego ascendemos una cuesta inclinándonos hacia adelante; tan luego pasamos por un núcleo de población compuesta de varios ranchos con sus duraznos floridos y la ropa blanca tendida a secar en largas hileras que columpia el viento de un lado a otro; tan luego seguimos un camino recto, desesperadamente recto, sin un árbol, ni un pájaro, ni un animal siquiera.

Saliendo de Casablanca, comienza a caer una lluvia con un viento que nos hace torcer el gesto a todos. No llueve verticalmente como en Santiago, sino horizontalmente; nos azota la cara como una huasca gigantesca y nos hace cerrar los ojos. ¡Caramba con la lluvia!

En pocos momentos, el agua que nos entra por el cuello corre, corre en delgados hilos primero, y a chorros después hasta las botas, donde ya van acumulados algunos litros.

La laguna de Peñuelas, que tenemos a la vista, está convertida en un lago, en un inmenso lago y ha inundado parte del camino; al principio la hemos creído el mar. Atravesamos un brazo con el agua hasta las rodillas, y entonces las botas quedan convertidas en estanques de agua, y ya no hay ni un pedazo del cuerpo ni de la ropa que no vaya completamente empapado.

La neblina descuelga por todas partes sus fuentes blancas de gasa, la noche se anticipa una o dos horas, y comienza a rodearnos una oscuridad vaga, de huracán.

Como si fuera poco, la lluvia duplica su furor y nos azota con ensañamiento; nosotros sacudimos el cuerpo dentro de la ropa, que está tomando una tiesura de coraza, y seguimos el trote de siempre, mientras los pobres caballos sacuden sus orejas empapadas y hacen de tripas corazón.

—¿Y Valparaíso? preguntan todos.

—Falta una hora, nos contesta el teniente que marcha a la cabeza hecho una sopa; pero animándonos incesantemente.

Y seguimos al trote, inclinando un poco la cabeza para esquivar el golpe de la lluvia en la cara y resignados a seguir una hora todavía.

Pero pasa la hora, y nada; la misma oscuridad delante, la misma neblina a los lados.

¿Y Valparaíso? Una hora, una horita solo, nos gritan, y seguimos por un *deshecho* gredoso, lleno de grietas, en que se van dando vueltas los caballos y por el que baja impetuoso un torrente de agua rojiza y turbia.

Vamos helados, ateridos; y la hora pasa de nuevo, y parece que ese Valparaíso tan ansiado se aleja delante y huye de nosotros como las ciudades encantadas de los cuentos de hadas.

Para animarnos, lanzamos gritos y hurras estrepitosos a nuestro escuadrón; pero llevamos la procesión por dentro, y a poco andar nos callamos de nuevo.

¿Y Valparaíso? Una hora, nos dicen de nuevo, y aquello, que parece el cuento del gallo pelado ya comienza a desalentarnos.

Lo pobres caballos van jadeantes, resbalando en el piso gredoso de la cuesta, y preguntándose quizá si van a seguir eternamente trotando en aquel infierno, como premio de sus afanes y esfuerzos generosos.

—Pero entendámonos, dice uno, ¿vamos a llegar esta noche a Valparaíso?

—Sí, sí, Valparaíso a la vista!

Y efectivamente, a lo lejos, en el medio de las brumas, oscilan temblorosas y diluidas algunas lucecitas apiñadas que culebrean extinguiéndose y apareciendo al compás incesante de nuestro trote.

—Aló, chico, le digo a un compañero que trota a mi lado sumido en las más tristes reflexiones; mira el *puerto*.

Las luces se acercan, son ventanas alumbradas; un puñado de casas se abren a ambos lados del camino. ¿Será una calle de Valparaíso? Pasan las casitas y oh decepción! vuelve la oscuridad, la misma oscuridad de antes, y volvemos a embutirnos todos en nuestras sillas empapadas y a preguntar si llegaremos a Valparaíso alguna vez.

Por fin, el compañero que nos guía por aquellos endemoniados revoltijos de la cuesta, nos grita que Valparaíso, el auténtico, el legítimo, el único, está a la vista.

Y realmente, en el fondo de aquella oscuridad, de aquel caos, surge como reguero de pólvora que se enciende, una serpiente de luces, de cien mil luces, que se retuerce y recuesta en los cerros vecinos. ¡Valparaíso! Un ¡ah! de asombro, de admiración se nos escapa a todos; los jinetes se enderezan sobre sus sillas, y desechan las ideas tristes, y hasta los caballos que parecen entender que aquel trote interminable va a terminar, agitan sus orejas y aumentan, sin necesidad de espuela, el aire de marcha.

En medio del cansancio y del hielo que nos traía mudos y cabizbajos, no nos saciamos de mirar aquel panorama de luces, que parece una pieza de efecto de fuegos artificiales. Luego el olor a mar, un olor fuerte, acre, nos acaricia y nos saluda, dándonos la bienvenida.

El castillo encantado que tenemos a la vista, se acerca: las luces crecen, y ya distinguimos las líneas tortuosas de las calles diseñadas por los faroles, y al frente, un poco abajo, en el fondo del camino que seguimos, ya comenzaban las casas. Y luego un desfile de puertas y ventanas se mueve y cambia a ambos lados de la calle: aquí una cocinería, allá una botica, más allá una panadería, en una vuelta un bazar, al doblar de la esquina, un almacén...

¡Ya estamos en Valparaíso, ya es un hecho que estamos en él!

Las calles están llenas de barro y de agua, el estero de las Delicias está rebalsando, los carros están desrielados y abandonados a un lado de las veredas; y todavía llueve, llueve incansablemente.

Hemos llegado a la Comisaría de la Palma, donde van a alojar nuestros caballos. Al querer bajar, notamos las piernas tiesas, rígidas, pegadas al cuero de la silla, con el agua. Estamos tullidos, y tenemos primero que juntar las piernas como quien cierra un compás, y seguir después andando apoyados en la pared y en los pilares.

En una sala larga, inmensa, alumbrada por gas, dejamos el armamento y equipo.

Hemos hecho el viaje en las dieciséis horas convenidas, y esto, unido al consuelo de haber llegado ya a poblado, nos resucita completamente.

Cada cual hace buscar un coche, tarea inútil a aquella hora y con aquel temporal deshecho. En fin, después de mucho sumirnos en el agua de las calles hasta la rodilla, logramos pescar un coche y llegar a las puertas del hotel de Francia e Inglaterra.

Ahí nos espera Mr. Noel, que está vinculado a los recuerdos de campaña como una figura simpática y divertida. Mr. Noel estaba con una bata colorada; nos recibe con los aspavientos más cómicos y habla sin descanso:

-¡Pobres criaturas!... ¡Si vienen hechos una lástima!...

-¡Mr. Noel! Una sábana para secarnos, una cama, una taza de café, un par de huevos...

Los mozos corren de un lado a otro, los pasajeros se asoman a sus puertas, y nosotros desfilamos con un poncho al hombro que gotea incesantemente, el sable que viene negro de moho, y el kepi que por lo pesado ya no puede estar sobre la cabeza.

Luego vienen los esfuerzos para sacarnos las botas y las ropas que parecen de cartón-piedra y que están furiosamente pegadas al cuerpo. Por fin, nos hemos metido a la cama con un trago de café que nos hace volver al buen humor y alegría

de siempre, y nos da ánimos para embromar a Mr. Noel con su bata colorada de kakalín brasilero.

Al día siguiente ya amanecemos repuestos, y nuestra primera salida es para ver los caballos, que están también bastante resucitados, aunque muy flacos.

Aquella parte de la noche tan tremendamente pasada entre la lluvia, el cansancio de los caballos y la oscuridad del camino, fue bautizada universalmente por los aspirantes, *la noche triste*.

Las lanzas y la franja amarilla de nuestros trajes son una novedad en el puerto, y así cuando hacemos nuestro camino hasta Playa Ancha para ser revistados por el Comandante de Armas, atravesamos la calle de Victoria en medio de una multitud de pueblo, llevando al frente la banda de músicos de la Artillería de Costa.

Estamos de nuevo a caballo para volvernos. La mañana está preciosa, llena de luz y de sol. El viaje de regreso será mucho más suave, pues lo haremos en tres paradas, alojando dos noches en el tránsito.

La cuarta sale de la Comisaría y atraviesa esas calles, que vimos de noche y llenas de agua y lodo, hoy claras, atestadas de gente y de movimiento.

Tomamos el trote y momentos después perdemos de vista en un recodo del camino las últimas casitas de Valparaíso, suspendidas en los cerros como los juguetes de un *nacimiento* de cartón.

(*El Chileno*, 22 de octubre de 1898)

EL ÚLTIMO DÍA DE CUARTEL. ENTREGA DEL EQUIPO

Entramos al cuartel, llenos de tierra, sudorosos, cansados, de vuelta de nuestro viaje a Valparaíso.

El cuartel está como siempre; al medio, la muralla, el foso, las ramas, teatro de nuestras primeras proezas de jinetes; al costado, las caballerizas con sus ventanas abiertas que parecen saludar y dar la bienvenida.

Los soldados de línea nos saludan sonrientes como a viejos compañeros, y volvemos como antes a conducir de las bridas nuestras pobres y aporreadas cabalgaduras, a las pesebreras, que las esperan con las camas de paja limpias y recién hechas, y los comederos repletos.

Desensillamos ayudados por los soldados que nos preguntan cien cosas al mismo tiempo; y formamos de nuevo en el sitio de costumbre con el correaje en la mano, esperando que el sargento García —porque el teniente apenas sacudido del polvo del camino, ha emplumado a dar cuenta del viaje al comandante— nos ordene lo que tenemos que hacer.

Se acerca el sargento; todos esperamos nerviosos, algo, una buena noticia, a juzgar por la risa que trae en el rostro.

—Ahora se retiran a sus casas —dice el sargento— y volverán mañana a las ocho al cuartel para hacer la entrega del equipo. Ya no hay más formaciones ni arrestos, porque el curso ha terminado.

Antes de que se retiren, debo dar las gracias a los aspirantes por haber cumplido siempre las órdenes que he dado, con toda buena voluntad y empeño. ¡Reti...rarse!

—Viva el sargento García! —gritan todos— ... hip!... hip!... hip!... hurra!

Y luego viene la de saltos, brincos y demostraciones de todas clases. Y así como está cada cual, con las botas llenas de barro, desgarradas, hechas pedazos, con el dormán plomo de tierra y los pantalones hechos la lila, se lanza a la calle a pescar el primer coche que pase. La gente que va por la calle nos cree locos, y, efectivamente, estábamos locos de alegría.

—¡Adiós, Juan Silva!... Adiós, López... ¡adiós, cabo de guardia!

El policial de la esquina nos mira de pies a cabeza mientras llamamos coche y nos trepamos a él.

—¿Sabe usted, le dice uno, lo que es estar tres meses encerrado, machucado, estropeado y de repente encontrarse libre, sabiendo que puede vestirse de paisano, dormir hasta las doce del día y negarle la vereda a un coronel de ejército?

El coche parte a escape, y todavía miramos hacia atrás la pared roja y desplomada de ese cuartel en que hemos vivido tres meses de labores y fatigas incesantes. Y al mirarlo perderse en la curva de la calle, sentimos que allá dentro, en lo más hondo del alma, nos estábamos encariñando algo con el maldito...

Al día siguiente volvemos; pero ya se ha acabado el sello militar de los aspirantes. Desparramados en el picadero se ven tongos, calaneses, blusas y chaqués de toda clase.

Cada uno está transformado, inconocible.

Comienza la entrega del equipo, operación complicada, larga, pero divertida.

Cada uno va hacinando en un montón, sillas, correas, ponchos, frazadas, estriberas, marmitas, tarros, cantimploras, escobillas y rasquetas.

A uno le falta un país de la carpa, al otro una correa de la silla, a aquél una rasqueta. Y comienza entonces una serie de preguntas en voz alta.

—¿Quién tiene una escobilla de más? —¿A quién le falta un cordel? —¿Alguien me ha visto el tarro del café?

Las cosas van apareciendo y son entregadas con un minucioso inventario.

Por fin ha acabado todo: en el corredor queda un alto de atados y una serie de pabellones formados por el armamento.

Los ex aspirantes se retiran, y estrechan la mano del teniente como viejos amigos, aunque un poco acholados por este repentino cambio de relaciones con el que horas antes era el superior todavía.

Boy nos acompaña hasta la puerta, indeciso entre tratarnos como amigos o como paisanos.

Se ha acabado todo. Los tres meses de servicio militar han concluido, y los que llevábamos el uniforme de soldados hemos vuelto a nuestras ocupaciones habituales a reanudar las tareas de siempre.

En los patios de la Universidad, en vez de discutir sobre las compañías de seguro y el derecho a sufragio de las mujeres, discutimos sobre la superioridad de las tres armas, aduciendo cada cual acalorados argumentos por aquélla a la cual pertenece.

Nos hemos asomado durante tres meses a esa institución, que es nuestro más legítimo orgullo y con la cual cimentamos en estos momentos una paz sólida y duradera.

El público ha podido apreciar su progreso y adelanto, viéndola marchar por las calles y evolucionar en los simulacros de combate, con homenaje de aplausos a esos jefes que la han impulsado por un camino de progreso y de adelantos.

Pero el público no la puede ver por dentro en su vida íntima, en sus interioridades del cuartel.

Y es ahí donde la obra gigantesca de los reformadores de nuestro Ejército, ha hecho más por levantar su nivel y su cultura.

Hemos pasado tres meses en un cuartel en que había tropa de línea destacada al mando de un simple sargento, y jamás hemos presenciado un acto digno de la menor censura en esos individuos reclutados en las humildes clases obreras.

Los soldados, limpios, perfectamente aseados, incesantemente trabajando, desde el alba hasta la noche. Las clases, cumplidoras de sus deberes, dignas de llevar un galón en el kepí.

¿Y qué decir de la oficialidad? ¡Ese ya no es un *sport*, es un sacerdocio! Los muchachos que ve el público en la calle, elegantes, *germanizados*, llevando airoosamente la gorra alemana, han demostrado tener un temple de veteranos aguerridos.

¡Qué trabajo tan horrible aquél de la instrucción del recluta! Gritar todo el día, gritar hasta enronquecer, hacer en tres meses la tarea de tres años.

Esos cuarteles, que en nuestro antiguo Ejército eran un foco de ociosidad, son ahora una colmena.

Esos cuarteles, por cuyos frentes no se atrevían pasar antes las mujeres honradas para no oír frases y dichos inmundos, son ahora una escuela de hidalguía, una escuela de caballeros.

¿A quién se debe todo esto?

Si los empeñados en no ver la luz, en no reconocer la obra grandiosa del General Körner y colaboradores de su acción, se obstinan en negar el adelanto material del Ejército, lo que es locura, no pueden negar por lo menos que de aquellos antiguos soldados y oficiales enervados en la vida de cuartel, a estos oficiales y soldados, curtidos en un trabajo constante y abrumador, hay la misma distancia que del *fusil de chispa* al rifle Máuser.

Por lo demás, esos tres meses de disciplina de hierro, aplicados a nuestra juventud, tienen que producir espléndidos y visibles resultados.

Era notable, sensible en extremo, el abandono con que aquí se miraban los juegos atléticos, la gimnasia y la esgrima, por nuestros jóvenes de sociedad.

Un desprecio profundo por todo lo que significara cultura y desarrollo físico, traía un visible decaimiento en la fuerza y vigor de la juventud universitaria y de oficinas.

Y es claro, que este tiempo de amoldamiento a un régimen rudo, que ha sido también admitido y con tanto éxito probado, tiene que producir una corriente de simpatía y atracción a los ejercicios gimnásticos, al caballo y a la esgrima.

Por el momento, todo induce a creer que la paz está cimentada y que ya no tenemos que tener futuras convulsiones y alarmas internacionales.

Pero si alguna vez, escapándose a las consideraciones de los estadistas, viniera alguna nube a empañar nuestro cielo y temiéramos de algún lado un ataque a

nuestra soberanía y a nuestro territorio; ya sabemos que hay un cuartel que nos acogerá cariñoso como a antiguos amigos; unos soldados que nos han visto trabajar valerosamente a su lado; y una oficialidad que no nos desdeñará como a compañeros de combate.

(*El Chileno*, 26 de octubre de 1898)

Orietta Ojeda Berger*



Luis Fernando Rojas Chaparro (Biblioteca Nacional, *El Peneca*, N° 113, 1911).

LUIS FERNANDO ROJAS CHAPARRO (1855-1942)

El testimonio que a continuación damos a conocer se remonta a los albores del presente siglo. Por aquel entonces, la nación todavía no se recuperaba de los grandes festejos que se realizaron para celebrar el centenario de un Chile independiente. Período de grandes problemas sociales, de transformaciones y cambios, de un siglo XX que se iniciaba con profundas reformas políticas, económicas, sociales y culturales.

Enrique Blanchard-Chessi, autor de este artículo —quien fuera jefe de la sección chilena de la Biblioteca Nacional, director de *El Peneca* y fundador de *La Ilustración*—, nos da a conocer detalles de un hombre casi olvidado, pero presente en numerosas publicaciones y, de manera especial, gran director de la *Revista Cómica*, “semanario de literatura, arte, actualidades y sátira que pasaría a ser modelo de tantas publicaciones posteriores”¹.

Con este trabajo que aquí reproducimos, con la redacción y ortografía de la época, queremos recordar a dos personajes partícipes de nuestro legado cultural, ciertamente olvidados por el paso inexorable del tiempo, y quienes entregaron

* Centro de Investigaciones Diego Barros Arana.

¹ Hernán Rodríguez Villegas, *El Mercurio*, Santiago 7 de septiembre de 1986.

gran parte de sus días para permitir que hoy podamos contar con piezas –periódicos, revistas y libros–, las cuales constituyen un verdadero tesoro bibliográfico, de gran valor patrimonial.

Luis Fernando Rojas fue reconocido por su aporte a la iconografía de nuestra historia. Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna y José Toribio Medina, entre otros, valoraron el trabajo de quien es considerado el primer litógrafo del país y del cual diría Antonio Acevedo Hernández: “era un hombre que formaba parte del patrimonio nacional, daba la idea de ser un monumento que marchaba: él vio crecer a Chile, es más, lo llevó sobre su vida durante más de medio siglo... hizo por la cultura nacional tanto como el más abnegado dignatario del Estado y como el mejor maestro”². Corría la década del cuarenta, cuando el mundo periodístico y especialmente don Joaquín Edwards Bello solicitan una pensión de gracia para aquel hombre que tanto había dado como “precursor de ilustradores, caricaturistas y reporteros gráficos...”³.

EL DIBUJANTE ROJAS

Es demasiado alto para ser artista chileno... i sin embargo, nació artista i, por desgracia, del arte ha tenido que vivir.

En su rostro denótase siempre una sonrisa amarga que, sin ser irónica, es la espresion más exacta de continua conformidad...

No representa cincuenta años de edad, con su gallardo cuerpo de jóven, a pesar de las canas que resaltan en su bigote; pero, en verdad, ha vivido ya medio siglo, i bien perdido para él.

Debió ser mucho i ha sido poco, en comparación de lo que es.

Se reveló artista sorpresivamente i su vida continúa siendo una sorpresa, en medio de la lucha egoísta de los modernos...

I desde que nació hasta el presente siempre ha sido el mismo.

Una noche, hace muchos años, en 1875, demostró con un solo esfuerzo lo que prometía ser.

Estaba de visita, siendo mui niño, en casa de don Carlos Wood, i allá casi en un rincón, sentado con modestia escuchaba silencioso la conversación de su madre con los dueños de casa.

En esos momentos llegó don Máximo Cubillos, periodista jóven que, con ocasion de la Exposición Internacional que se celebraba en Santiago, acaba de fundar una revista interesante con el título del *Correo de la Exposición*.

Venía desesperado.

Había buscado por todas partes un artista, un dibujante litógrafo para poder publicar algunos grabados al lápiz en su revista i no habia logrado su objeto.

–En Santiago no hai un solo dibujante que me pueda sacar de este apuro, decía. No sé qué hacer...

El niño Rojas escuchaba ansioso, con verdadero interes estas palabras. Poco

² En Rodríguez, *op. cit.*

³ *Ibid.*

a poco fué acercándose al grupo, i al fin, se animó a hablar al señor Cubillos i le dijo:

—Señor, yo creo que podría hacer lo que usted desea...

—¿Usted?

—Sí, señor.

¿Sabe dibujar entónce? ¿Conoce el modo de trabajar en piedra?

—Sí, señor, contestó balbuciente, con verdadera timidez el imberbe artista.

—Bueno, hombre bueno; haremos una prueba, contestó Cubillos con desconfianza; pero alentado de esperanza por la decision del muchacho. Mañana, le agregó, le daré un trabajo.

Al dia siguiente mui temprano llegó Cubillos en un coche a la casa de Rojas i le entregó una estatuita de Bargaghi, "El primer amigo" i le dejó la dirección para que le llevara una prueba litográfica del dibujo...

Gran apuro fué entonces el de Rojas, pues en verdad no sabia dibujar en piedra.

Sus conocimientos eran mas modestos. Tenia sólo 17 años de edad, pues habia nacido en Casablanca en 1857, i sus padres don Fernando Rojas i doña Emilia Chaparro de Rojas no habian podido darle sino una educacion incompleta⁴.

Huérfano de padre en edad temprana sólo pudo en un principio estudiar la enseñanza primaria en una escuela de aquel lugar.

Tan aficionado era desde entonces al lápiz, que ahí hacia mapas jeográficos que se los vendia a sus condiscípulos.

Despues de cuatro años de estudio en Casablanca pasó a Santiago.

En esa época tuvo Rojas una alegría, inmensa: habian obsequiado a su madre una hermosa caja con pañuelos i en ella había hallado un grabado mui bonito; fué para él un modelo precioso, lo tomó para sí i lo imitó con gran facilidad.

El dibujó encantó a los que lo vieron. Su madre lo obsequió a la familia Vargas Salcedo, ésta a don Francisco Vargas Fontecilla i éste a don Diego Barros Arana.

La carrera del niño, con este hecho, quedó asegurada.

Entró de interno al Instituto Nacional de que era rector el señor Barros Arana i en Julio de 1871 comenzó formalmente el estudio del dibujo con el profesor don Julio Bianchi.

Despues de tres años en ese establecimiento siguió un buen consejo de su maestro en dibujo i se incorporó en Julic de 1874 a la Universidad al curso de don Cosme San Martín.

Un mes despues, en Agosto, se animaba a concursar i con una Santa Filomena que tomó de modelo obtuvo el primer premio. Pasó inmediatamente a los dibujos de bustos, i en Diciembre, en un nuevo concurso, obtuvo otro primer premio. Así continuó despues de utilizar los grabados de Jullien en la imitación de estatuas i los desnudos hasta seguir en los dibujos al carbón con el artista aleman don Ernesto Kirchbach.

Era entónce director de la Academia de Bellas Artes don Juan Mochi i con él comenzó a hacer pinturas al óleo del natural.

Rojas era un alumno aventajado, estudioso, entusiasta.

⁴ Pedro Pablo Figueroa, en su *Diccionario Biográfico General de Chile*, de 1888, señala que Rojas nació en Valparaíso.

Don Diego Barros Arana le había tomado cariño i lo recomendaba mucho. Sin embargo, no pudo continuar sus estudios.

Los alumnos de Mochi no estaban conformes con el sistema que en la enseñanza empleaba éste, pues las correcciones que les hacía, puede decirse, que eran mecánicas, rápidas, i jamas con una observación siquiera. No les manifestaba en qué consistía el defecto de sus trabajos. Rojas, instigado por sus compañeros, se animó al fin a hacerle una insinuación:

—Señor, ¿no podria tener la bondad de darnos algunas indicaciones sobre el modo cómo debemos hacer nuestros trabajos? Querriamos, señor, comprender las correcciones que nos hace.

—¿Cómo? ¿Qué dice so insolente? —fué la contestación ágría del profesor—. ¿Usted —agregó— viene a darme instrucciones del modo cómo debo enseñarles?

—No, señor; pero desearíamos comprender...

—Usted es un insolente, salga inmediatamente, i no vuelva mas a mi clase...

—Pero señor...

—No, señor, mándese cambiar su insolente.

Rojas se retiró, entre el estupor de sus compañeros, i fué a verse con el Rector de la Universidad, don Ignacio Domeyko, pero no le encontró desgraciadamente.

Apersonóse entónces al artista don Nicolás Guzman, para que intercediese ante Mochi: encontró en él la mejor acogida.

—¿Cómo? ¿Es posible que le haya ocurrido esto a usted?

—Sí, señor.

—¡Oh! no lo creería, usted es un discípulo adelantado i promete mucho. Nó. Venga mañana a verme i le ayudaré a arreglar esto.

Pero nó; Rojas no volvió a ver al señor Guzman ni ménos a la clase del señor Mochi.

En esa misma noche, estando de visita en una casa le encomendaron un retrato i se lo pagaron bien, i desde entónces continuó haciendo retratos al lápiz o al carbon i otros dibujos, sacados de novelas que vendia bien.

En esa época la situación de su madre era difícil i Rojas comenzó a ser i fué hasta sus últimos años su sosten.

Un año después de estos hechos se encontró con Mochi i el viejo artista lo habló:

—¡Hombre! ¿Y usted por qué se ha perdido?...

—Estoi trabajando, señor.

—¿Qué hace?

—Retratos...

—¡Oh nó! Vaya a verme, debe continuar estudiando. Usted promete ser algo. Así está perdido. Vaya á verme mañana.

—Bien, señor...

Pero Rojas no volvió.

Ya sabia ganarse la vida; i siguió cultivando el arte como podia. No sabia, sin embargo, dibujar en piedra para realizar el trabajo que le habia encomendado el señor Cubillos.

Mas, no se desanimó. Estaba cierto que podria salir airoso de su intento.

Conocia a un litógrafo, Mr. Saling, i fué a verle.

—¿Podria hacerme el servicio de darme algunas instrucciones para dibujar en piedra?

—Con mucho gusto, le contestó Saling. ¿Va a dibujar en piedra?

—Sí señor...

Le introdujo al establecimiento i lo puso al corriente de todo.

—El dibujo, le dijo, hai que hacerlo al revés, así: los lápices son éstos, se cortan así...

Rojas estaba admirado, i luego satisfecho, pudo irse a su casa con una piedra litográfica que le prestó Mr. Saling.

Despues de varios ensayos, Rojas, llenó de alborozo, pudo comprender que realizaba la empresa en que estaba, i pronto, como un loco de contento, habiendo logrado manejar los lápices litográficos, llegaba ante el buen litógrafo que aprobó inmediatamente el trabajo.

—Vamos a tirar una prueba, le dijo Mr. Saling, sonriendo, i tomó una esponja húmeda para pasarla sobre el dibujo.

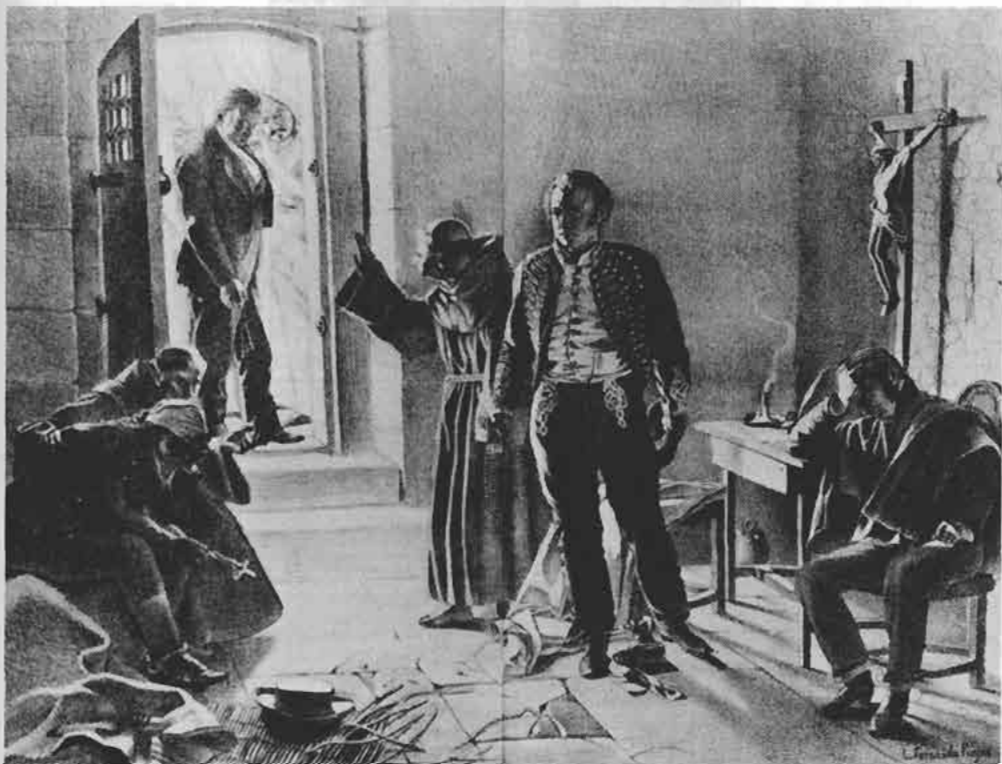
—¡Por Dios, señor! ¿qué va a hacer. Me va a borrar el dibujo...

—¡Oh! no tenga cuidado, le contestó. Así se hace esto.

Poco despues el bueno de Mr. Saling le entregaba una magnífica prueba hecha con tinta litográfica.

Rojas, sin saber cómo, salió corriendo a la calle i se la llevó al señor Cubillos.

Este, con lágrimas en los ojos, lo abrazó cariñosamente i le dió todo el trabajo para el *Correo de la Exposición*.



El Correo de la Exposición, N° 8, de 1875 (Biblioteca Nacional).

Así comenzó don Luis Fernando Rojas su carrera de artista.

Fué él, durante muchos años, el único dibujante artístico de Chile.

No hai obra histórica de Chile o de arte de años atras que no haya sido ilustrada por él.

Desgraciadamente, ha vivido del arte i no ha podido consagrarse, como merecía, esclusivamente a su culto.

Así Chile, ha perdido al mejor de sus artistas.

Las necesidades de la vida, podria decirse, le arrebataron en parte su talento.

E. B-CH.

Enrique Blanchard-Chessi, *El Peneca*, N° 113, Santiago, 1911



Enrique Blanchard-Chessi, *El Peneca*, N° 113, 1911 (Biblioteca Nacional).

COMENTARIOS
DE
LIBROS

FRANÇOIS XAVIER GUERRA, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, España, Editorial MAPFRE, 1992, 408 páginas.

El autor de la obra que comentamos es un conocido estudioso de la historia de México. Su trabajo *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, constituye una obra indispensable, no sólo para quienes se interesen por el pasado mexicano, también para los que deseen ver aplicado a un caso concreto latinoamericano los métodos de la prosopografía histórica. Guerra nos ofrece un texto que abarca una realidad más amplia: el mundo hispano en la coyuntura de 1808 a 1810. Para él, "una época de profundas transformaciones", pues mientras en España comienza la revolución liberal, en América se inicia el proceso que va a llevar a la Independencia. Destaca la relación existente entre ambos fenómenos y la necesidad de estudiarlos como un solo proceso histórico, "que comienza con la irrupción de la Modernidad en una Monarquía del Antiguo Régimen, y va a desembocar en la desintegración de ese conjunto político en múltiples Estados soberanos, uno de los cuales será la España actual".

Establecido el propósito esencial de su texto, el autor se pregunta acerca de la naturaleza del proceso que va a estudiar. ¿Se trata de un proceso revolucionario?, como lo ha planteado, mayoritariamente, la historiografía, o bien, ¿es sólo "un fenómeno 'puramente político' y por tanto de importancia relativamente secundaria con respecto a las permanencias estructurales?". Para Guerra, está claro que una interpretación en el sentido de la existencia de una revolución, hoy, es difícil de sustentar. Tomando los planteamientos que Tocqueville aplicó a la Revolución Francesa, sostiene que la "revolución" ocurrida en el mundo hispano a partir de 1808 materializa procesos que se originan y son consecuencia de la evolución del Antiguo Régimen, de tal manera que no es revolucionaria, o por lo menos no lo es en el sentido que tradicionalmente se ha creído.

Siguiendo el pensamiento del autor, lo nuevo del fenómeno no habría que buscarlo en la serie de cambios institucionales, sociales o económicos, ni siquiera en el nuevo sistema global de referencias que haya aparecido entonces, puesto que esas novedades habían ido surgiendo a lo largo del siglo XVIII. Lo "radicalmente nuevo", sostiene, es la creación de una escena pública, en definitiva, la modernidad.

Para nuestro autor, los actores que hacen triunfar la modernidad pertenecen a un mismo mundo cultural, son burgueses, "sobre todo nobles y patricios, clérigos, profesores y estudiantes, empleados públicos...". No le importa tanto su situación social y económica, como el hecho de que compartan un nuevo sistema de referencias. En este contexto debe entenderse el que Guerra afirme que su óptica de estudio es "voluntariamente política y cultural". Se interesa por las relaciones de alianza y de oposición, de autoridad y subordinación entre los actores sociales, pero también por sus códigos culturales: ¿cómo están pensando o imaginando la sociedad?, ¿qué es lo que constituye el vínculo social?, ¿qué tipo de autoridad se considera legítima?, ¿cuáles son los derechos y deberes recíprocos entre gobernantes y gobernados? En definitiva, se ocupa del estudio del imaginario social y político, los valores y comportamientos de la sociedad en un período en que las mutaciones son de tal envergadura, que hacen de ella una época revolucionaria por excelencia en el mundo hispánico.

Por último, también se interesa por la relación existente entre la Revolución Francesa y la revolución hispánica. Descartando la polémica que opone lo francés, identificado con lo moderno, a lo español, identificado con lo tradicional. Se propone intentar una comparación entre ambos procesos revolucionarios, "no para desembocar en un juicio moral o en una reivindicación de primacía, sino como una exigencia de mayor inteligibilidad".

A partir del estudio de los problemas planteados y en función de los temas que aborda, Guerra propone una nueva interpretación de las independencias americanas, buscando en el campo de lo político y de lo cultural sus causalidades primeras. Es por esta razón que privilegia la cronología, "las rupturas exigen el 'tiempo corto'", y centra su trabajo en el período 1808-1810, años en los que los acontecimientos que se sucedieron provocaron una ruptura irreversible.

Su propuesta se desarrolla a lo largo de diez capítulos, siendo el I y el IV los centrales del texto por tratarse de, Guerra nos lo dice, visiones de conjunto, a la vez que los otros son aproximaciones a algunos de sus principales temas que, en algunos casos, y esto lo sostenemos nosotros, contradicen los planteamientos sustentados en los dos capítulos centrales.

En el primero de ellos, que trata de la naturaleza y causas de las revoluciones en el mundo hispánico, Guerra refuta algunas nociones comúnmente aceptadas respecto de la independencia de América, entre ellas, que la independencia de Hispanoamérica es fruto de la Revolución Francesa. Separa también el fenómeno de la independencia americana de el de la revolución —acceso a la modernidad—, aun cuando insiste en que se trata de fenómenos simultáneos y semejantes, que es necesario estudiar en una perspectiva global que, además, no separe a la Península Ibérica de América. Sobre todo le interesa saber por qué el paso a la modernidad se hizo en el mundo hispánico, como en Francia, por vía revolucionaria y no por vía evolutiva, como en Inglaterra.

Su explicación la desarrolla a partir del examen de las relaciones entre el régimen político, la sociedad y la cultura en el siglo XVIII. El triunfo del Estado absolutista produce un desplazamiento de las funciones y competencias de los cuerpos en las que estaba organizada la sociedad, y las mutaciones culturales, que implican la victoria del individuo —que Guerra consigna bajo el rótulo de Ilustración— una de cuyas consecuencias es la aparición de nuevas formas de sociabilidad caracterizadas por ser igualitarias y democráticas, inciden en la aparición de la opinión pública que se constituye al margen del ejercicio del poder, elaborando un modelo ideal de hombre, de sociedad y de política que contrasta con la realidad del absolutismo provocando su ruptura. En efecto, es en el modelo ideal de "una sociedad contractual e igualitaria, una nación homogénea, formada por individuos libremente asociados, con un poder salido de ella misma y sometido en todo momento a la opinión o a la voluntad de los asociados", donde Guerra ve la causa de la insatisfacción de la sociedad para con el régimen absolutista y su aspiración a una nueva fundación, a un nuevo pacto que levante un nuevo mundo.

Un nuevo mundo que, sin embargo, nos dice, se fundamenta también en el despotismo ilustrado, en cuanto las élites modernas se escudan en la autoridad del

Rey para realizar sus proyectos de reforma y en las antiguas instituciones representativas del reino que, finalmente, se oponen al poder absoluto del Rey y del Estado moderno cuando éste les resulta contradictorio con el nuevo imaginario que sustentan. En consecuencia "en vísperas del principio del proceso revolucionario –tanto en Francia en 1789 como en el mundo hispánico en 1808– la aspiración al gobierno libre toma la forma de una nostalgia de las antiguas instituciones representativas".

Luego de analizar las diferencias existentes entre ambos procesos revolucionarios, las más importantes de las cuales –además del desfase cronológico– dicen relación con la presencia, en la realidad hispánica, del catolicismo como elemento esencial de su identidad y la existencia de una estructura plural de la monarquía, Guerra aborda el tema del impacto de la Revolución Francesa en la preparación y comienzo de las revoluciones hispánicas, concluyendo que los simpatizantes de ella en el mundo hispánico, "fueron durante veinte años muy poco numerosos... y extremadamente minoritarios".

Su conclusión le permite abordar el tema de las revoluciones del mundo hispano, como el resultado de la crisis de la monarquía provocada por la invasión de España por Napoleón. Se refiere al levantamiento español y al apoyo unánime que le presta América, el que explica en función del patriotismo y del rechazo a la Francia revolucionaria por su desprecio a la legitimidad histórica del Rey y su anticlericalismo. Guerra se concentra en el problema que le plantea el hecho de que los patriotas que rechazan al invasor francés, son los mismos que van a realizar una revolución inspirada en la francesa.

A su juicio, la respuesta se encuentra en la necesidad de los españoles y americanos de apelar a la soberanía del reino, del pueblo o de la nación, para justificar su acción de resistencia, es decir, un problema de representación que los remite a los principios de la Revolución Francesa.

Para Guerra, el debate público sobre las formas de representación que asumirá la sociedad hispánica en ausencia del monarca, representa el momento de "la gran mutación del sistema de referencias de las *élites* hispánicas", puesto que implica abordar dos temas claves que "abren la puerta a la revolución española y a la independencia americana: ¿Qué es la nación?, y, ¿cuál es, en su seno, la relación entre la España peninsular y América?". En el rechazo de los peninsulares a la igualdad de los americanos, que como miembros de una misma nación les correspondía según el nuevo imaginario político, ve Guerra la "causa esencial de la Independencia de América".

Lo anterior explica por qué para nuestro autor el período 1808-1810 resulta tan significativo. Es en esos años cuando las nuevas referencias, construidas a lo largo del siglo XVIII, se difunden masivamente en el mundo hispano gracias a nuevas formas de sociabilidad como: las tertulias, los grupos formados alrededor de un periódico, los cafés, las sociedades literarias y en otras diversas sociedades que se forman y reúnen a los miembros de la *élite* revolucionaria.

En Hispanoamérica, la vía francesa para alcanzar la modernidad no será puesta nunca en duda, como sí ocurrirá en Francia y en España. Para Guerra esto se explica como consecuencia de que en América la independencia rompió el

vínculo con el Rey, transformándose la soberanía del pueblo en la nueva fuente de legitimidad del poder.

Resultado de todo lo anterior es la coexistencia en Hispanoamérica de una modernidad legal con un tradicionalismo social, contraste que marcará durante un largo período la historia latinoamericana contemporánea y que es propio de todos los países que han seguido la vía de la modernidad de ruptura. Como efecto de esta situación, Guerra destaca una serie de problemas como: la desintegración territorial de la América hispánica, el contraste entre la nueva legitimidad del pueblo y el tradicionalismo de su imaginario, valores, vínculos y comportamientos, lo que dificulta constituir un verdadero régimen representativo, llevando a las élites modernas a "fabricar" diversos tipos de "ficciones democráticas" que, en último término, impiden construir un régimen político estable.

Si nos hemos extendido en la reseña de los contenidos del primer capítulo, es porque el mismo constituye lo esencial del libro. En efecto, en los apartados siguientes Guerra mezcla capítulos de carácter más general, como el II y III, con otros en los que desarrolla, ahora puntualmente, diferentes aspectos de las tesis planteadas como una forma de demostrar o reforzar sus ideas.

En la modernidad absolutista, refuta la pretendida oposición entre Antiguo Régimen y Modernidad, afirmando que más allá de "este maniqueísmo" aparece claramente la continuidad entre el antiguo y el nuevo régimen, concluyendo que el absolutismo llevaba "en sí mismo una concepción implícita de la sociedad y de las relaciones entre los hombres y el poder que era ya una forma de modernidad". Fundamenta su apreciación en el que ambos imaginarios, el absolutista y el moderno, son hostiles hacia los cuerpos y privilegios, tienen una concepción binaria de la relación entre el poder y los individuos y un concepto unitario de la soberanía. Argumentos todos que pueden ser ciertos, pero que no toman en cuenta una realidad esencial cual es que en el Antiguo Régimen el poder sigue en manos del Rey absoluto, mientras que la modernidad se caracteriza por la vigencia de la soberanía popular. En este plano, ¿qué tiene de moderno el absolutismo?

En el capítulo III, la modernidad alternativa, Guerra caracteriza esa mutación cultural ocurrida en el siglo XVIII conocida como Ilustración y que él designa como modernidad. Sostiene que ella "es ante todo la invención del individuo", lo que a su vez implica el triunfo de una nueva imagen de la sociedad "concebida como una yuxtaposición de individuos iguales, homogéneos y de hecho intercambiables" que, gracias a las nuevas formas de sociabilidad, se difundirá e irrumpirá a la luz en plena época revolucionaria. Su interés se centra en examinar dónde, cuándo, en qué medios y en qué campos se producen las mutaciones, es decir, "esbozar una geografía y una cronología de la Modernidad en el mundo hispánico y un cuadro de sus especificidades".

Analiza las sociabilidades y pone de manifiesto, como ya lo había hecho Furet para la Revolución Francesa, la correlación entre la aparición de nuevas formas de sociabilidad y la construcción y difusión de la modernidad. Caracteriza a los actores sociales antiguos como unidos por vínculos ajenos a su propia voluntad, eminentemente personales, desiguales y jerárquicos y regidos por la costumbre, por la ley o por los reglamentos del cuerpo, en donde el grupo precede y sobrevive

a los individuos que lo componen. Por eso, el individuo solo, sin sus pertenencias, era difícilmente pensable en las sociedades europeas del Antiguo Régimen.

Por el contrario, entre los actores de las sociedades modernas los lazos de tipo asociativo sustituyen a los vínculos más arriba descritos. La voluntad del asociado es la base de la legitimidad de la asociación. Así se constituyen salones, tertulias, academias, sociedades literarias, logias masónicas, sociedades económicas, etc. En ellas, todos sus miembros son iguales y sus autoridades dependen de la voluntad de los asociados. Para Guerra “estamos en los orígenes de la sociabilidad democrática. Cuando este modelo sea adoptado por la sociedad en su conjunto, nacerá entonces la nueva legitimidad, la soberanía del pueblo”.

Los actores de estas nuevas formas de sociabilidad, nos dice Guerra, pertenecen al mundo de las *élites* y de la juventud. “Clérigos y nobles, universitarios y abogados, funcionarios reales y militares, miembros de las oligarquías municipales, estudiantes e hijos de grandes familias, alguno que otro comerciante, artista o artesano, he ahí el grupo moderno por excelencia en los dos continentes”. Frente a esta caracterización, nos preguntamos, ¿quiénes son los antiguos?, ¿contra quién influían los modernos?

Respecto de la difusión, en términos geográficos, de las nuevas formas de sociabilidad, y con ellas de la modernidad, Guerra sostiene que éstas aparecieron primero en España, entre 1775 y 1784, y de ahí pasaron a América. Lo que vendría a mostrar “bien” dónde estaba el foco de las “luces”.

Otros elementos que utiliza para ilustrar la difusión de la modernidad son la alfabetización, la imprenta y la prensa, que ilustrará más ampliamente en los capítulos VII y VIII. Habla de una amplia alfabetización tanto en España como en América, de “sociedades en las que los escritos han dejado de ser objeto escaso y en las que los productos de la imprenta están en pleno auge”. Respecto de la prensa, destaca su papel en la difusión de la modernidad y en la formación del espíritu público. Si bien reconoce la paradoja que en muchas regiones en las que no hubo periódicos se adelantara la puesta en práctica de las ideas modernas, no resuelve satisfactoriamente el problema que esta realidad implica para su esquema interpretativo.

Para Guerra, los años que van entre 1808 y 1810 –y de ellos se ocupa en el capítulo IV– son claves para entender las revoluciones hispánicas, tanto en el tránsito hacia la modernidad, como en la gestación de la independencia. En su opinión, son las coyunturas políticas peninsulares y el conocimiento que de ellas tuvieron los americanos –desde los levantamientos antifranceses hasta la disolución de la Junta Central– las que marcan los ritmos de su evolución, provocando sus acciones y reacciones. Aborda los acontecimientos ocurridos en España a partir de las abdicaciones de Bayona en mayo de 1808. Analiza la reacción patriótica ocurrida en el mundo hispánico, detectando la coexistencia de valores tradicionales y modernos, los cuales se fortalecerán o debilitarán dependiendo de los acontecimientos.

En este contexto, distingue dos momentos de la independencia. El que va entre 1808 y 1810, cuando la reacción americana “no es una tentativa de secesión del conjunto de la monarquía, sino, al contrario, una manifestación de patriotismo

hispanico" en el cual la independencia se concibe no con relación a España sino que a Francia, y en el período posterior, cuando la separación del mundo hispanico comienza a consumarse irreversiblemente como consecuencia de la discusión abierta por la invasión francesa acerca de la representación y se plantea el problema de, ¿qué es la nación?, y, ¿cuál es, en su seno, la relación entre la España peninsular y América? Escudados en su aspiración a la igualdad de derechos, los americanos inician su camino hacia la vida independiente.

Luego de plantear el esquema general de su interpretación en los primeros cuatro capítulos, a partir del quinto, Guerra profundiza algunos de los temas de su formulación general. Se produce un notorio cambio en el estilo del texto. En efecto, lo que hasta entonces ha sido un sugerente ensayo interpretativo, rico en ideas y proposiciones, se transforma en monografías sobre temas de la independencia que, al tratar de fortalecer las ideas expuestas en el ensayo, le restan fuerza e incluso las contradicen en algunos casos.

En el capítulo v aborda los imaginarios y valores que los actores sociales de 1808 formularon para justificar su acción. A través de la revisión de periódicos, escritos, proclamas, sermones, novenas, rogativas, informes oficiales, cartas y relaciones, Guerra capta lo que para él es "una inesperada unidad de sentimientos que borra la distinción entre los diferentes reinos peninsulares y entre éstos y los americanos". La monarquía hispanica se le aparece "como una comunidad humana de una extraordinaria homogeneidad cultural y política", en la cual el patriotismo y la fidelidad al Rey son esenciales.

Nos preguntamos si existió tal unidad. Para algunas regiones americanas, como Chile, por ejemplo, los documentos parecen desmentirla. Más todavía, las mismas fuentes confirman la existencia de una conciencia criolla respecto del propio suelo, la nación que comenzaba a independizarse, más que con respecto a la monarquía. La presentación que Guerra hace de la realidad mexicana no basta para justificar sus generalizaciones para todas las colonias españolas en América.

En el capítulo vi, dedicado a las que llama "elecciones generales americanas" para enviar a España diputados a la Junta Central, vuelve sobre este tema como elemento fundamental del proceso de independencia, exagerando la magnitud de las mismas y, por tanto, las conclusiones que de ellas extrae. Las transforma en "el primer paso hacia la política y los regímenes representativos modernos", señalando que "el proceso electoral mismo va provocando la evolución de las mentalidades hacia un perfeccionamiento progresivo de la representación y su evolución hacia formas modernas". Pero, ¿hubo efectivamente un proceso electoral en toda América?, y, ¿no es contradictorio el significado que Guerra les atribuye con sus planteamientos sobre la existencia en América de una "ficción democrática" a lo largo de la mayor parte del siglo XIX?

En los capítulos VII y VIII aborda el papel jugado por la prensa revolucionaria, la educación y la imprenta, en la difusión de la modernidad. En ambos capítulos, así como en otros ya citados, el análisis en profundidad de un determinado tema *confirmaría la validez teórica del esquema de análisis formulado por Guerra. Sin embargo, por su parcialidad en función de las evidencias expuestas, desmentiría*

la existencia de una sola unidad hispánica y de un solo proceso histórico, resultando que su modelo se ve igualmente debilitado.

En el caso de la prensa, su análisis se centra en los periódicos españoles, con lo cual pierde validez para todo el mundo hispánico. A menos que se pretenda que los efectos que la prensa española provocó en la Península, por su variedad, cobertura y contenido, son traspasables a la realidad americana en la que hubo regiones que no tuvieron periódicos hasta avanzado el proceso de independencia.

La alfabetización como la imprenta son para Guerra condiciones previas para la difusión de la modernidad, y en ese contexto estudia el papel de ambos factores en la Nueva España. Además, le servirán para determinar el carácter endógeno o exógeno, plural o singular de las revoluciones hispanas. En primer término, detecta la existencia de "un vasto edificio educativo", que permite comprender —nos dice— "los acontecimientos de la época de la Independencia: no sólo la existencia de las nuevas *élites* intelectuales que son el motor de la reivindicación americana, sino también la de una sociedad suficientemente alfabetizada como para que el escrito se convierta en una arma de la guerra civil". Sus afirmaciones las ve reforzadas por el desarrollo de la imprenta y la producción de libros y periódicos que gracias a ella existen. Pasando por alto las reservas que nos merece su no probada conclusión acerca del alto grado de alfabetización de la población de la Nueva España, dudamos que la realidad cultural novohispana pueda ser igualada por la mayor parte del resto de las colonias españolas.

Si, como sostiene Guerra, la existencia de medios de comunicación, entre otros instrumentos, hacen posible la difusión de la modernidad y con ella la revolución liberal española y la independencia de América, ambas partes del mismo y único fenómeno, ¿cómo se difundió el imaginario moderno en aquellas regiones que no contaban con periódicos? Por lo menos, se produce un desfase cronológico que pondría en duda la existencia de un mismo y único proceso histórico, sobre todo, si como concluye: "es la modernidad cultural rápida la que hace posible tanto la propagación de una revuelta de tipo antiguo como el acceso de las *élites* intelectuales a la cultura política moderna, gracias a la influencia ejercida sobre ellas por los revolucionarios españoles".

En el penúltimo capítulo de su obra, Guerra vuelve sobre el tema de la nación, tratando de explicar la, para él inexplicable, aparición de diferentes nacionalidades a partir de un mundo, el americano y buena parte del español, que a su juicio mostraba una extraordinaria homogeneidad cultural, política y religiosa. Según su parecer, el origen de la especificidad americana únicamente puede buscarse en una singularidad que sólo puede tener un fundamento geográfico.

En nuestro concepto, si bien la interpretación de Guerra no es errada, es incompleta en cuanto no considera las especificidades históricas de cada una de las naciones que se independizaron del imperio español. Nos preguntamos si las fuentes y el modelo de análisis que aplica para explicar el proceso de independencia le permitieron advertir esta fuente de singularidad.

Para terminar, en su último capítulo, el autor se refiere al contrapunto existente entre la modernidad política lograda por el mundo hispánico y la imposibilidad

de transformar este logro en un régimen democrático, conformándose con una ficción democrática controlada por las *élites*. "Los únicos ciudadanos en el sentido moderno de la palabra", pues "han interiorizado su condición de ciudadanos, es decir, la cultura democrática moderna".

Frente a esta conclusión, no queda más que preguntarse, ¿cuál fue el fruto de las nuevas formas de sociabilidad?, ¿qué fue de la modernidad del mundo hispánico?, en definitiva, ¿es posible explicar el proceso de independencia como lo hace Guerra?

En un ensayo, el autor no está obligado a demostrar cada una de sus afirmaciones, se entiende que se trata de una reflexión, fruto de numerosas y variadas lecturas y del conocimiento de fuentes que apoyan sus tesis. En ese contexto, sus proposiciones pueden ser generales y abarcar, bajo un sólo concepto, una variedad de realidades. Sin embargo, las mismas generalizaciones que se aceptan para el ensayo, no son un mérito en una monografía —y este libro en muchos aspectos lo es— si es que no van apoyadas en un seguro aparato documental, sobre todo tratándose de un tema tan amplio como lo es el de la independencia de América.

Resulta así que lo que parece una sugerente gama de planteamientos para explicar la independencia de América, cuando son aplicados a la realidad concreta de lo que Guerra llama el mundo hispánico pierden fuerza. Las razones son variadas, pero se resumen en una principal: las fuentes utilizadas por el autor no sustentan su esquema interpretativo, o bien sólo lo hacen para una parte de la realidad que pretende abarcar, con lo cual resulta que su planteamiento esencial no se sustenta. El autor, un conocedor de la historia española y mexicana, no demuestra la misma seguridad cuando se trata del resto del mundo hispánico, lo que lo lleva a ver en toda América, por ejemplo, lo que, aparentemente, ocurrió preferentemente en México y España.

De lo anterior, se deduce que un mayor trabajo en fuentes podría resultar en una confirmación de los planteamientos de Guerra para la totalidad del mundo hispánico y así ampliar lo que ahora se nos presenta como casi exclusivamente centrado en España y México, o bien, por el contrario, que las fuentes terminen por debilitar aún más una valiosa tesis que, de todas formas, abre nuevas perspectivas de análisis para un proceso tan significativo como lo fue el de la independencia de América.

RAFAEL SAGREDO B.

ANTONIO GIL, *Hijo de mí*, Santiago, Editorial Los Andes, 1992, 103 páginas.

Hijo de mí de Antonio Gil, novela ganadora del primer Concurso de Novelistas Jóvenes de la Editorial Los Andes; es un trabajo inusual dentro del gran despliegue narrativo surgido entre los años 1985 y 1990, donde ha predominado una narrativa liviana, de fácil consumo y muy ligada al *marketing*.

Además de esta característica, *Hijo de mí*, presenta otro aspecto que la hace

más inusual aún: su relación directa con la literatura de la Conquista, es decir, la épica y la crónica, compartiendo rasgos de ambas, pero sin ser una novela histórica, sino un texto contemporáneo que indaga sin distancia, optando por un lenguaje arcaizante y lírico en el tema del origen, la gestación de lo americano, visto desde la óptica del sujeto, en este caso Diego de Almagro, con todos los aspectos subjetivos y contradictorios que se entrecruzan en sus últimos días de vida en una celda del Cuzco: el deseo, la soledad, la traición, el odio, el amor y los últimos girones de la obsesión del conquistador.

La novela histórica ha tenido su desarrollo en la narrativa chilena, pero privilegiando más el plano de la historia y la anécdota que el del lenguaje y las motivaciones que a él subyacen. No es historia novelada, como *Adiós al séptimo de línea* de Jorge Inostrosa, sino novela que usa la historia como material narrativo para indagar en lo más profundo y oculto de las causas y los efectos, a través del lenguaje, y constituir un mundo narrativo autónomo.

Intentos logrados, como el descrito, en la narrativa chilena hay pocos; destaca, sobre todo, la ya mítica novela de Carlos Droguett *100 gotas de sangre y 200 de sudor*, título extraído de una carta de Pedro de Valdivia a Carlos V, que tiene como protagonista a Pero Sancho, y donde Droguett logra un polémico diálogo textual entre cronistas e historiadores.

La figura de Almagro pareciera la menos atractiva de los conquistadores: no dejó noticia directa de su zaga —“desconocía la escritura”, no fue un sanguinario delirante como Lope de Aguirre o un empecinado fundador de ciudades y gran cronista como Pedro de Valdivia, ni un poeta culto y a la vez paje y soldado como Alonso de Ercilla; sólo un bastardo venido a América como tantos para olvidar su condición, engendrando otros bastardos que se llamarían mestizos. Fracasado, traicionado, derrotado en Las Salinas por Pizarro y finalmente ejecutado. Pero el narrador como un amanuense desconocido, lo transforma —a través del lenguaje que le es prestado “para que discurra su voz”— en uno de los más grandes personajes del siglo XVI en América.

“En el nombre del Padre. Y del Hijo. Y del Espíritu Santo. En medio del calor sofocante de este calabozo siento frío...”. Comienzan “Las Fabulosas Memorias de don Diego de Almagro”, subtítulo de la novela, que transcurre entre abril y julio de 1538. Entre el desengaño y el odio, “la voz” recrea, fragmentariamente, episodios reales o alucinados que van configurando una trama que indaga en lo más profundo del personaje. La “voz” de la novela de Gil oscila entre el lamento y el delirio, rara vez vocifera. Lamento, como el discurso de Colón en su “Cuarto Viaje” o las últimas octavillas de *La Araucana* de Ercilla. Delirio, como cuando el mismo Colón cree ver el paraíso terrenal en el Orinoco o Cortés se engeguece ante el oro y los tesoros de los aztecas.

El texto narra, transitando al presente o al pasado, incluso proyectándose al futuro (la evidente muerte) la antiépica del fracaso, el recuerdo de la infancia en España, el frío de la cárcel: “el recuerdo me levanta al alba”, “De un salto mi persona monta a otro caballo”.

La narración se va estructurando como una crónica intercalada en la oración, entramando el discurso de la épica con el piadoso del rezo: “Por la señal de la

Santa Cruz. El repiqueteo del porquerizo se va ahuecando por el corredor y un recuerdo de vihuelas y panderos llena esta copa mía ya vacía. De nuestros enemigos líbranos Señor. Mozas robustas a la sombra de un árbol me rozan con sus ruedos...".

En esta mixtura de lenguajes, Antonio Gil recrea la gesta, la locura de no ir hacia ninguna parte, el deseo de gloria, de perpetuación en la progenie, la fiebre del oro y la pasión que constituyó nuestro continente aún en búsqueda de un ser, de una identidad; muchas veces violenta con el sello de la muerte, pero también de la vida.

TOMÁS HARRIS

RUTH GONZÁLEZ, *Nuestras escritoras chilenas. Una historia por descifrar*, Guerra y González editores, Edición Hispano-Chilena, 1993, 276 páginas.

"Yo desearía que, en arte como en todo, pudiésemos bastarnos con materiales propios: nos sustentásemos, como quien dice, con sangre de nuestras mismas venas. Pero la indignancia, que nos hace vestirnos con telas extranjeras, no hace también nutrirnos espiritualmente con el sentimiento de las obras de arte extrañas... Vendrán días de mayor nobleza en que iremos cubiertos de lo magnífico, que a la vez sea propio, así en las ropas como en el alma" (Gabriela Mistral, Introducción a *Lecturas para mujeres*).

Sin duda, el libro que presentamos de Ruth González Vergara, aparece como un anuncio de ese antiguo deseo de la Mistral; anuncio en un doble sentido: por la restitución de escritoras y textos que nos pertenecen, y por la reposición de voces que han permanecido marginales y periféricas en el discurso de la historia y de la crítica literaria. Y no es extraño que ese doble movimiento tenga hoy la libertad de desplegarse y ojalá en el futuro próximo, multiplicarse y expandirse en los diversos espacios de nuestra cultura.

No es difícil percibir en este texto de Ruth González el síntoma femenino de la multiplicidad, puesto que ella contiene, por un lado una recopilación histórica de obras y autoras chilenas, un ensayo interpretativo sobre la emergencia de éstas en nuestro territorio y, por último, un diccionario bio-bibliográfico. Así, en un gesto de mimesis, el cuerpo de este libro, es un cuerpo fecundo que alberga a otro y a otro, en ese juego infinito y misterioso que liga producción y reproducción.

El trabajo de Ruth González semeja el de una entomóloga que selecciona, colecciona, captura y fija amorosamente los sujetos-objetos de su conocimiento: labor paciente de recolección de fuentes, acuciosa revisión de bibliografía; fina elección de citas. Tarea de historiadora mujer, acostumbrada a valorar lo que dijeron otras, conocedora de las inscripciones subterráneas del decir femenino, suerte de mediadora entre el pasado y el presente.

El rostro de historiadora de Ruth González, en este primer tomo de *Nuestras escritoras chilenas*, queda, también, plasmado en el subtítulo de la obra: "Una

historia por descifrar”; subtítulo que constituye una invitación y a la vez una puesta en escena de un universo recién penetrado, el cual es preciso elucidar. En este sentido, la autora parece querer decirnos que ella sólo nos brinda la apertura de un corpus, la inauguración de un espacio que es necesario explorar y, más aún, interpretar. Así, Ruth generosamente nos prodiga un mundo –el de las escritoras chilenas– y deja instalada la huella de su estudio global y sistemático.

En el libro comparecen –desde el siglo xvii hasta comienzos del xx– la literatura conventual de Úrsula Suárez y Tadea García de La Huerta; el género epistolar de mujeres que en el período colonial y en la naciente República tuvieron la posibilidad de vertir su cotidiano en el lenguaje de las cartas; y luego la generación de escritoras del siglo xix, poetas, ensayistas y novelistas: Mercedes Marín del Solar, Rosario Orrego, Mariana Cox, Iris, la Mistral, Teresa Wilms Montt entre otras.

Por otro lado, en el diccionario bio-bibliográfico, la autora consignará –con esa precisión de entomóloga que antes dijimos– los nombres y obras de todas las mujeres que han publicado en nuestro país; compartiendo la mención de escritoras, desde las más desconocidas hasta las más renombradas. Gesto de reparación y desagravio para muchas, y también voluntad femenina de iluminar a la otra –la amiga, la congénere– dejada en la sombra; remiendo y compensación de aquello que Octavio Paz denomina como el más doloroso de los silencios para un escritor: el de la indiferencia. De esta manera, el diccionario que nos entrega Ruth semeja una genealogía en donde las parientas, “huachas” o no, son parte de un mismo linaje y pueden así reconocerse en una filiación.

Dentro de esa invitación que la autora nos hace a descifrar algunas de las claves del devenir escritural femenino y chileno, voy a aventurar una posible lectura del algunos de los temas que me hicieron eco, y que se perciben como constantes en el relato y en la práctica de las escritoras chilenas del siglo pasado y comienzos del presente.

Se aprecia una relación entre sacrificio y escritura femenina; relación que emerge en una línea continua que va desde Úrsula Suárez, cuando expresa: “que bien necesito su poder (el de Dios) para poderme venser a dar complemento al orden que de vuestra paternidad tengo de escribir esto: que no me es pequeño tormento... y en escribirlo de nuevo me sacrifico, pues es como si saliera al suplicio o estuviera en un martirio... levánteme esta penitencia y déme otra cualquiera” (*Relación Autobiográfica*, págs. 154 y 155); o cuando Mercedes Marín del Solar opina: “Juzgué que una mujer literata en estos países era una clase de fenómeno extraño, acaso ridículo, i que un cultivo esmerado de la inteligencia exigía de mí, hasta cierto punto, el sacrificio de mi felicidad personal” (citado por González, pág. 74). Asimismo, Mariana Cox expresa: “No creo en la absoluta destrucción aunque a veces la temo y otras la deseo como sinónimo de tranquilidad... Mi ser íntimo vive solitariamente. Lo único que quiero es vivir como el sólo medio de morir. Lo demás me es igual” (citado por González, pág. 121). O Inés Echeverría, Iris, que declara en una entrevista: “Escribir es mi liberación y el que sicnte esc aguijón ha de sacrificarse... *La vocación mata o redime, pero no se juega con ella*” (citado por González, pág. 167). Por último, Teresa Wilms Montt dirá:

“¡Yo no tengo camino, mis pies están heridos de vagar, no conozco la verdad y he sufrido, nadie me ama y vivo!

El sacrificio significa un pago; generalmente es el precio que en muchas sociedades exigen los dioses a los humanos como reciprocidad. Los sacrificios suceden también cuando hay una crisis de indiferenciación, para restaurar el equilibrio y hacer retornar las diferencias. En el caso de esta escritura femenina chilena, podría hacerse esta doble lectura: una, es que cuando las mujeres usurpan un oficio tradicionalmente masculino se produce una crisis de indiferenciación (en el plano de los papeles genéricos) que debe ser restaurada por medio del sacrificio. En este caso quien “paga” son las propias escritoras, las cuales se autosacrifican o son sacrificadas por la comunidad (recordemos solamente el caso de Mariana Cox, relatado en el libro, quien se transforma en chivo expiatorio de la sociedad de su época).

Pero también, la noción de sacrificio está ligada a la constitución de lo sagrado. De allí que la conexión entre escritura, femenino y religiosidad sea sugerente para un posible análisis de la producción y práctica literaria de las mujeres de fines de siglo y comienzos del xx. Así, tal vez el sólo hecho de la escritura las acercaría al reino de lo numinoso (es interesante rescatar la mención que hace la autora a un libro leído en común por Mercedes Marín y Teresa Wilms Montt: *Imitación de Cristo*).

Otro tema habitual, que ya ha sido mencionado por Ruth González y otras ensayistas, es el de los seudónimos que debían usar las escritoras para publicar sus textos. Fuera de los alcances conocidos al respecto, creo que ello también puede estar relacionado con el punto antes mencionado: la negación de la identidad, es un sacrificio necesario para la circulación de la producción femenina, ésta sólo puede transitar de lo privado a lo público con una inmolación: la del nombre propio.

Por último, deseo mencionar una constante que me parece sintomática. Un gran número de las obras de las escritoras chilenas analizadas por Ruth González, tienen como argumento relaciones amorosas dentro del contexto de sucesos históricos, o lisa y llanamente los asuntos son históricos (como en los poemas de Mercedes Marín; las novelas *Los busca-vida* y *Teresa* de Rosario Orrego; y muchas de las obras de Inés Echeverría, entre otras autoras). El síntoma que veo asomarse es de del ansia femenina de registrar, de transmitir una memoria: depositarias de las pláticas en donde la tradición es contada de abuelas a nietas; estas escritoras han vaciado en la palabra escrita aquel oficio de cronistas de sus antepasadas. Por ello, estimo de gran valor el complejo y vasto campo que este rasgo, documental y testimonial de la literatura femenina, abre tanto para una historia, como para una antropología del género.

Estoy cierta, y creo lo estarán los lectores de este nuevo libro de Ruth González, que estamos ante la presencia de una pionera, que esperamos no sufra los avatares del desconocimiento que ella misma relata y pueda ser ampliamente acogida por las instituciones de educación escolar y universitaria, sobre todo hoy, cuando se supone hemos superado la indigencia, y estaríamos en época propicia para hacer circular nuestras propias “ropas y almas”, y para así acercarnos a ese deseo de la Mistral cuando expresó: “Tengo una ambición más atrevida que las feroces de las

feministas inglesas, y es ésta: quiero que las niñas de mañana no aprendan estrofas ni cuentos que no vengan de una mujer, y de una mujer chilena” (en “La Enseñanza”, una de las más altas poesías”).

SONIA MONTECINO AGUIRRE

JOSÉ EMILIO PACHECO, *Morirás lejos*, México, Ed. Joaquín Mortiz, Col. Serie del Volador, 1991, 137 páginas.

Una de las tantas sorpresas brindadas por la construcción de la novela *Morirás lejos* es la presencia de signos rúnicos encabezando y titulando cada una de las citas históricas intercaladas —como distintos planos de realidad— a lo largo del relato.

¿Cómo explicamos el propósito de la simbología rúnica? ¿Cuál es su auténtica función al interior del texto?

Para contestar ambas preguntas, estimamos que debemos remitirnos en dirección a un código común, al lenguaje de las runas y al del resto de la novela: el código mítico.

Al respecto, recordemos que la novela tiene como protagonista identificado solamente con la inicial: “Eme”, y que su conflicto radica en la persecución (ilusoria quizá) que sufre por causa de sus crímenes de guerra.

Sin salir nunca del cuarto en donde se halla escondido, el personaje se acorrala a sí mismo en sus recuerdos, especialmente aquellos relacionados con un pasado nazi (por lo que “Eme” bien pudiera corresponder a la primera letra de Mengele). Y mientras recuerda, aparecen alusiones al compromiso nazi con la mitología germánica: “...jóvenes envueltos en la suástica como amparados en un signo heroico, de librerías que exhiben volúmenes apologeticos que exaltan *el mito negro del Walhalla...*”¹.

Las dos alusiones subrayadas en la cita anterior, grafican estupendamente nuestra intención de identificar un código común. Recordemos que las runas —dentro de las cuales se encuentra la suástica— eran el sistema de escritura utilizado por los druidas. O sea, los sacerdotes de los dioses germanos.

No queremos decir con esto que “Eme” sea un consagrado, sino afirmar el relato de la novela sobre la base de la conciencia del protagonista como una estructura desintegrada que lucha denodadamente por rehacerse. La suástica —como manifestación de una conciencia primigenia perdida— se desarma y se vuelve a construir, adoptando las formas de otras runas durante todo el suceder del relato.

A esto podemos añadir la deconstrucción del relato, evidenciada en las intervenciones de voces ajenas a la del narrador principal: (Informe de un sobreviviente, testimonio de Ludwig Hirszfeld, Orden del *Reichsführer*)², los cuales dan cuenta de la enajenación de “Eme”.

¹ José Emilio Pacheco, *Morirás lejos* (México, edit. Joaquín Mortiz, Col. Serie del Volador, 137 págs.).

² *Op. cit.*

Esta enajenación del protagonista es la que nos lleva directamente hasta la torre de Babel; el texto de la novela denota –a través de las runas y las voces intercaladas– la confusión de las lenguas.

Y ya que consideramos las runas como una lengua más, concentrémonos en la figura de la suástica y recordemos que este signo es (además del emblema nacionalsocialista) la rueda mitológica por antonomasia, el símbolo de la rotación eterna. Y en el caso particular de la novela, el norte mítico de “Eme” que se deconstruye y forma otras figuras de distinto significado. O sea, otras lenguas.

Es decir, la suástica por sí sola es una torre de Babel más en la caotizada conciencia del personaje principal.

Ahora bien, si tal condición se cumple con respecto a la suástica, ¿podrá ocurrir lo mismo con el nombre del protagonista? Analicémoslo.

No dudamos que el nombre apocopado “Eme” cumpla las mismas características de la suástica –esto es, que funcione como una Babel–. Ya que fuera de aquellos datos biográficos que sólo ALUDEN una identidad concreta.

Más aún, una de las voces ajenas se encarga de entregar varias opciones sobre la verdadera identidad de “Eme”, por ejemplo:

“El que acecha entre metales en la casita de un piso *no es eme*. Se trata de un error o creencia a ciegas –y por justificado resentimiento– en una leyenda que atribuye poderes de supervivencia, hibernación y renacimiento a seres como eme³.”

(Aprovechamos de destacar el hecho de que nosotros, por respeto a la normativa gramatical, iniciamos el nombre del personaje con mayúscula, mientras que el autor lo hace con minúscula. Con el claro objetivo de destacar la calidad de letra inicial de varios conceptos que se hacen presentes en la novela y cuya inicial es “M”).

La misma variedad de alternativas propuestas por la nominación del personaje nos indica una nueva lectura para lo que el protagonista connota. Eme quiere decir: “Muchos”.

¿Muchos qué?, es la pregunta automática. Y la respuesta automática es la de muchos asesinados, muchos personajes en uno, muchos idiomas. Opción esta última que nos remite nuevamente a la torre de Babel.

Con respecto a los muchos muertos, obviamente que la relación está dirigida a los relatos de la masacre del pueblo judío referidos al interior de la novela.

Considerando como se merece este último punto, resulta perentorio destacar que la primera matanza narrada es a manos del ejército romano, y la segunda, es la *Grossaktion* nazi, cuyo relato está encabezado en el texto por la figura de la suástica.

Es decir, si consideramos la cruz gamada como símbolo ideológico de “Eme” y a las demás runas como una conciencia caotizada, nos percatamos de que la suástica dibujada es la imagen de la plena conciencia de “Eme”. El momento de mayor lucidez al que llega el protagonista, que es, al mismo tiempo, el momento de mayor sufrimiento para el pueblo judío.

³ *Op. cit.*

A esta observación podemos agregar que el dibujo de la suástica y el relato que ella encabeza son el punto de encuentro de los dos polos temporales del relato (roma imperial y pasado de Eme) que configuran más claramente la conciencia errática del protagonista. Es decir, la maldición que pesa sobre el pueblo judío.

Esta última propuesta—la maldición— es también un concepto que comienza con “M” y que es apropiado para el protagonista, si reflexionamos sobre la tortura que ejerce sobre su propia persona y sobre el mismo título de la novela: *Morirás lejos*.

Queremos decir: el título del texto tiene la tonalidad de un juez dictando una sentencia sobre un culpable (que en este caso es “Eme”, claro está) que morirá lejos de toda compasión y lejos de todo contacto humano. O sea, un condenado que purga la maldición del abandono.

Pero además, la condena del protagonista se puede referir cómodamente a una profecía autocumplida, “Eme” se destruye a sí mismo por sus remordimientos. Y si aceptamos para el personaje la identidad de Mengele, bien podemos afirmar que el criminal de guerra ha muerto lejos de su patria, ocultándose en tierra ajena.

Para llegar a una conclusión, podemos pensar en la “M” de muerto. El protagonista es—tal como afirma la cita anterior— una conciencia rescatada del más allá, donde el narrador es un médium que percibe una serie de ectoplasmas confusos.

Mas, para concluir definitivamente nuestro recorrido por la novela de Pacheco, recordemos que el relato se inicia con el descubrimiento de “Eme”, alguien que parece vigilarlo desde una plaza vecina, fingiendo—quizá— leer un periódico: “...el mismo hombre de ayer está sentado en la misma banca leyendo la misma sección”⁴.

Lo particularísimo del hombre de la banca, es que es tan amplio como “Eme” ya que el narrador base da varias opciones de lectura para su identificación (un detective, un amante furtivo, un violador de niños, etc.).

Pero, sea quien fuere, es quien desencadena el desquiciamiento persecutorio de “Eme”, por el único hecho de sentarse a leer un diario con un nombre muy *sui generis*: El universal.

Este nombre del periódico no es casual si pensamos que, como lectores de la novela, disponemos de todos los datos que pudieran derivarse de los dos personajes, especialmente de “Eme” y con cualquiera de las opciones propuestas, destruimos a “Eme”, de la misma manera que el lector del banco de la plaza lo aniquila con su presencia sostenida.

Resumiendo, el lector de la novela es el lector del diario en el parque, y ambos destruyen al protagonista. Y así como la maldición de “Eme” lo condena a morir abandonado y sin siquiera salir a cerciorarse de las intenciones del lector del diario, también está condenado a no salir del texto para encarar a su asesino, el lector de la novela.

JUAN IGNACIO ITURRA GUJARDO

⁴ *Op. cit.*

FLORIDOR PÉREZ, *Memorias de un condenado a amarte*, Santiago de Chile, Ediciones Reencuentro, 1993, 87 páginas.

La antigua oposición entre lo que unos han llamado "poesía vitalista" (o de lo anecdótico, palpitante, visceral) y la también consabida y etiquetada "poesía academicista" (o libresca, culta, profesoral) queda felizmente desmentida en este hermoso libro de Floridor Pérez. Si bien, esta afirmación puede resultar un tanto extrema para muchos, pienso que la trayectoria poética del autor ha ido decantándose hacia una fusión de estos caminos aparentemente contrarios en el oficio de la poesía. Desde sus no tan lejanas *Cartas de prisionero* (1984; 1985 y 1990, última y definitiva versión) ya apreciábamos esta voluntad de síntesis entre lo que podríamos señalar como una corriente popular, vernacular o de la espontaneidad y otra que consigue perfecta armonía en el mundo experiencial y reflexivo de múltiples lecturas que no sólo sirven de referencia o acumulación, sino que vienen a confluír e integrarse al discurso lírico de Pérez. Este asunto (motivo en algún momento de nuestra historia literaria de polémicas y desaveniencias) me parece fundamental a la hora de leer este poemario.

Por otro lado, la clara e inteligente intención del autor por reactualizar o, mejor dicho, replantear, repostular, resituar una serie de textos que provienen de sus libros anteriores, entregando así un nuevo reflejo y un nuevo *decir* al poema y, reorganizando la lectura de su obra con un sentido temático que recontextualiza con frescura una poesía que podría creerse resultaría víctima del tiempo, las circunstancias, algún modismo o giro idiomático, pero que nos llega hoy tan lozana como en el momento de su composición o primera edición. Y aquí es necesario señalar una particularidad en la escritura de Floridor Pérez: su negativa a la fácil concesión que sólo aparentemente se lee en sus poemas, pero que, sin duda alguna, opera por la subversión de la palabra y del lenguaje más que por el discurso o el contexto (e intertexto) de los poemas. En otros términos, el autor busca una trascendencia en el fondo de lo que dice jugando en el cómo se dice, con las palabras y algunas referencias que utiliza de excusa para su visión de mundo.

Yaquí se encuentra su aporte más significativo. Detrás de la ironía, del humor, de lo lúdico, del uso de la lengua en su versión popular o coloquial, se hallará por un lado una visión trágica del mundo, al mismo tiempo que —tal como señala el título del volumen— una lectura y una condena amorosa de la existencia, motor innegable de una buena parte de los poemas. Pero, no son sólo estas dos vetas o filones los que esta poesía encarna; además, habrá una reflexión lúcida y crítica sobre el mundo de la poesía y de los poetas, a la par que autocrítica en el papel del propio autor al realizar(se) en la escritura.

Otros temas poblarán también este libro (a mi juicio definitivo en la trayectoria de Pérez), haciéndolo más atractivo al lector. Testimonio de esto son sus "Tríptico deportivo", "Tríptico ecológico" y "Tríptico en el cielo" donde, en este último, entra el motivo del viaje como rasgo caracterizador de parte de su obra.

Por último, algunas palabras sobre la poética que subyace y recorre el libro. En primera instancia, la postura del poeta al establecer en la organización del discurso su condición de "memorialista", es decir, aquel que recupera y replantea

con nuevos ojos su vida, su experiencia, desde el momento presente. En segundo lugar, la voluntad de transgresión de mitos (sean estos literarios, históricos, imaginarios, etc.), que configuran una cosmovisión escéptica, aunque no descreída del mundo. Y, en tercera instancia, su articulación afectiva de las personas, de las cosas y de las circunstancias, lo que hace de esta poesía un hito en el espacio de lo querido, de lo amado, recuperando el poeta su vocación de trovador, al tiempo que devuelve al arte poético su condición de medio para la consumación amorosa.

Así, estas *Memorias de un condenado a amarte* niegan la posibilidad de catalogarlas en sólo un ámbito del universo poético, sino que, por el contrario, hablan de la diversidad explícita en este autor para enfrentar diversas temáticas desde distintos ángulos con talento más que reconocido entre las figuras mayores de nuestra poesía.

ANDRÉS MORALES

ARMANDO DE RAMÓN, *Santiago de Chile (1541-1991). Historia de una sociedad urbana*, Madrid, Editorial MAPFRE, 1992, 342 páginas.

Al contrario de otras megalópolis latinoamericanas, la trayectoria histórica de Santiago sólo parecía haber seducido a artistas, sociólogos, literatos y arquitectos. Afortunadamente, la producción investigativa generada en las últimas décadas por Armando de Ramón, se ha constituido en una alternativa frente a un "silencio historiográfico" tan persistente como incómodo.

En oposición a aquella narrativa descriptiva, aristocratizante y localista, privativa de algunos investigadores interesados en proyectar una imagen exclusivamente episódica del "mapa ciudadano", la biografía intelectual del profesor De Ramón, reflejó, desde temprano, el sistemático intento por recrear de manera comprensiva el itinerario histórico de la ciudad. Reflexión, análisis y crítica, elementos notoriamente presentes en la obra de Armando de Ramón, nos remiten, en su caso, a la sumatoria de una influencia sociológica de tono estructuralista con una praxis historiográfica de tono empirista.

Sacudido por la vorágine social desplegada durante la "Revolución en Libertad", su interés por la estructura y sociedad urbana cambiarían el rumbo de una especialidad —la historia urbana— hasta ese momento desprovista casi por completo de tradición. En este sentido, sus trabajos constituyeron desde un comienzo un impulso decisivo en favor de una renovación de los modos de aproximación a la historia santiaguina. Resultando, a consecuencia de este esfuerzo, el abordaje analítico de una serie de fenómenos esenciales en la configuración moderna de la ciudad. A saber: medio ambiente, urbanización, calidad de vida, segregación espacial, poblamiento informal, reforma y estructura urbana, vivienda, etcétera.

En esta oportunidad y con un estilo divergente al exhibido en sus últimas publicaciones¹, De Ramón nos presenta un libro que se ubica en las inmediacio-

¹ Nos referimos a: "Estudio de una periferia urbana: Santiago de Chile 1850-1900", *Historia*, N° 20, 1985, págs. 199-289 y "La población informal. Poblamiento de la periferia de Santiago de Chile, 1920-1970", *EURE*, vol. xvi, N° 50, 1990, págs. 5-17.

nes del género ensayístico. Y no podría ser de otra manera, los cuatrocientos años que se extienden desde la fundación de Santiago hasta 1991, constituyen una poderosa razón para privilegiar un relato predominantemente panorámico. Si a la amplitud del marco temporal escogido agregamos las impostergables exigencias editoriales dispuestas por la "Colección MAPFRE 1492", emerge un cuadro plenamente incompatible para el despliegue de aquel habitual texto monográfico.

Distingamos, a continuación, algunos de los elementos centrales del libro.

En primer lugar, se trata de un texto diseñado para un público amplio y que no pretende desarrollar argumentativamente una tesis fundamental. Esta debilidad relativa se ve compensada por la presencia de un amplio corpus de actualizadas informaciones, valiosas reflexiones y sugerentes hipótesis, no todas derivadas de sus trabajos anteriores. En este punto brota una pregunta esencial: ¿de qué manera De Ramón confecciona un actualizado examen de la problemática urbana, si usualmente las más completas e influyentes publicaciones historiográficas no aluden al desarrollo de la ciudad colonial, "primada" o de masas?

La contestación a esta pregunta surge de la aplicación de un interesante principio. Según el autor: "el desarrollo urbano de cualquier ciudad puede ser estudiado en forma mucho más efectiva dentro de un análisis que abarque toda la región donde dicha ciudad se encuentra ubicada"². Es decir, no sólo pretende superar la investigación de los centros urbanos como entes aislados, además busca generar una síntesis entre lo propiamente urbano y la vida económica, social y política de un espacio dado. La utilidad de este criterio teórico, formulado con anterioridad a la redacción del libro, pero intensamente aplicado a lo largo del texto, cobra relevancia si, a modo de ilustración, nos interesa cuestionar la supuesta ruralización de la sociedad chilena durante la segunda mitad del siglo XVII (pág. 96) o si nos preocupa entender el impacto global derivado del ascenso de un liberal y cosmopolita Valparaíso a comienzos del XIX (pág. 158 y sigtes.) o si, finalmente, nos cautiva comprender la vertiginosa y heterogénea migración rural-urbana desarrollada a fines del siglo pasado (pág. 222 y sigtes.).

Pese a que la enumeración de oportunidades donde se manifiesta la aplicación de este enfoque, podría superar con mucho el apretado espacio de esta reseña, lo que nos interesa subrayar aquí es la habilidad demostrada por De Ramón para generar la convergencia de estudios, no necesariamente históricos, aparentemente ajenos al análisis de las transformaciones sociales santiaguinas.

Esta habilidad, que adquiere su mejor expresión cuando examina las complejas vicisitudes experimentadas por los segmentos más acomodados de la urbe durante la década de 1930 (pág. 259 y sigtes.), se vincula a dos ideas. La primera, sobre la cual el autor se refiere directamente, guarda estrecha relación con su noción acerca de la historia social. Con respecto a este punto, en un esclarecedor párrafo del libro, De Ramón señala: "A mi juicio, la mejor manera de producir un relato 'coherente' de Santiago hasta nuestros días no es otra que la de privilegiar

² Armando de Ramón, "Espacios geográficos e historia urbana. Una propuesta metodológica", en Jorge E. Hardoy y Richard Morse (compiladores), *Nuevas perspectivas en los estudios sobre historia urbana latinoamericana* (Buenos Aires, IED-América Latina, Grupo Editor Latinoamericano, 1989), pág. 77.

la historia de la sociedad urbana. Ella sí tiene continuidad y se reconoce claramente en los siglos pasados. La historia de las calles y plazas, grandes edificios y paseos, tendrá que convertirse en un telón de fondo, como en las obras teatrales, mientras que los habitantes de la gran ciudad, sus clases sociales, sus desplazamientos, sus miserias y grandezas, han de pasar a ser los actores principales que atrapan la atención del público" (pág. 238).

A simple vista, su percepción acerca del sentido de la historia de la sociedad urbana se enlaza ampliamente con los más recientes desarrollos ocurridos en ese ámbito de la historiografía en los últimos veinte años³. En este caso, su noción de la historia social de espacios urbanos, a la que muchos podrían suscribir, viene a ser uno de los resultados visibles del beneficioso y productivo diálogo establecido por De Ramón simultáneamente con la sociología y con la historia urbana latinoamericana.

La segunda idea que, a diferencia de la primera, De Ramón sólo sugiere, tiene que ver con su definición teórica acerca de una ciudad con las características de Santiago. Para el autor, la historia de la urbe es la de un sistema complejo cuyas profundas ramificaciones comprometen con intensidades desiguales vastas áreas del desarrollo regional y nacional. Santiago constituiría, bajo ese criterio, un sistema saturado de incontables variables, modelado por múltiples y cambiantes actores y azotado por una dialéctica vertiginosa, finalmente impredecible, pero al mismo tiempo anclada en un pasado histórico y por lo tanto reconstruible.

En otro plano cabe destacar dos secciones particularmente atractivas del libro. En primer término indicar el breve, pero sugerente tratamiento que el autor realiza del violento sismo acaecido el 13 de mayo de 1647.

Mencionado como una de las más importantes tragedias en la historia de la ciudad, sólo comparable en dramatismo al 11 de septiembre de 1973, su recreación resulta vibrante y arrebatadora. Saturada de muerte y desolación, la narración sumerge al lector en un pasado heterogéneo y caótico, donde la pavorosa desesperanza colectiva se vincula a la fría materialidad de las construcciones. Almas, cuerpos, sensibilidades y emociones, desfilan con trazo exacto al interior de un relato que merodea "peligrosamente" la historia novelada o el guión cinematográfico.

De otra parte, cabe mencionar el análisis empleado a lo largo de la última sección del texto, titulada "La ciudad de masas" y cuyo marco temporal se extiende entre 1930 y 1990. Al interior del capítulo, a todas luces el más difícil de presentar sinópticamente, la linealidad del relato se fisura, dando paso a breves, pero intensos, "saltos temporales". Pese a que la utilización de este recurso probablemente provoque la irritación del academicismo, su incorporación al interior de un relato global, por momentos demasiado apegado a las descripciones físicas, constituye una clara manifestación de innovación y calidad.

En rigor, la edición del libro que comentamos constituye de manera simultá-

³ Para el caso chileno véase: María A. Illanes, "Tendencias de la historiografía actual en Chile", *Boletín del Encuentro de Historiadores*, N° 3-4, 1986 y Gabriel Salazar, "Historiografía y dictadura en Chile (1973-1990)", *Cuadernos Hispanoamericanos*, N° 482-483, 1990.

nea un insoslayable aporte y un acuciante desafío. Desde la aparición de la conocida *Historia crítica y social de la ciudad de Santiago*, publicada por Vicuña Mackenna en 1868, la historiografía nacional carecía de una obra consistente, consagrada a examinar la trayectoria general de una ciudad⁴, al decir de Neruda "sucia, sangrienta, escupida, triste y asesinada"⁵. Afortunadamente no sólo se trata de un trabajo que combina de manera satisfactoria análisis y descripción, junto a ello constituye además un provocador reto, dirigido, esta vez, a aquellas promociones de jóvenes investigadores "que saben lo que es vivir"⁶ en una contaminada, segregada y desmemoriada urbe.

GONZALO CÁCERES QUIERO

⁴ En este punto no olvidamos los aportes de Ema de Ramón, Humberto Eliash, Vicente Espinoza, Ana María Farías, Patricio Gross, Luis Guzmán, María E. Langdon, Manuel Loyola, Manuel Moreno, Montserrat Palmer, Luis A. Romero y Gabriel Salazar.

⁵ Pablo Neruda, "El Mar y las Campanas", citado por Clarisa Hardy, *La ciudad escindida* (Santiago, PET-NOVIB, 1989).

⁶ De la canción *Santiago*, compuesta por Mario Planet y editada en el álbum *Upa! un día muy especial* (Santiago, EMI, 1990).

NORMAS EDITORIALES

La extensión de los artículos no deberá exceder de un máximo de treinta carillas a doble espacio tamaño carta, incluyendo notas y bibliografía (el equivalente a quince páginas impresas en el formato de la revista).

Las reseñas de los libros alcanzarán una extensión máxima de ocho carillas a doble espacio tamaño carta, incluyendo notas (el equivalente a cuatro páginas impresas en el formato de la revista).

Éstos deben ser entregados a la secretaría de redacción, de acuerdo a las siguientes especificaciones técnicas computacionales:

Sistema Operativo MS/DOS 5.0

Wordperfect 5.1

Diskette 3¹/₂ de alta densidad

Una copia impresa

Las referencias bibliográficas deben ir incluidas en el texto, indicadas con una llamada en número volados (superíndice), que las remita a la nota a pie de página correspondiente. No se aceptarán artículos, testimonios y reseñas que no cumplan con lo señalado, es decir, que la bibliografía venga a final de artículo, testimonio o reseña.

En cuanto al orden de las referencias bibliográficas para los libros, será el siguiente:

1. Autor (nombre y apellidos, en ese orden).
2. Coma.
3. Subtítulo (cuando sea artículo incluido en otra obra, entre comillas).
4. Coma.
5. Título (en *cursivas*).
6. Coma.
7. Edición (cuando no sea la primera).
8. Coma.
9. Traductor u otro dato.
10. Paréntesis (abrir).
11. Lugar de edición.
12. Coma.
13. Editorial.
14. Año de publicación (en su ausencia se pone *s.a.*).
15. Paréntesis (cerrar)
16. Coma.
17. Tomo, si los hay.
18. Número de páginas (con la siguiente abreviatura *pág.* o *págs.*, cuando corresponda).

Para los artículos de revista el orden de las referencias será como sigue:

1. Autor (nombre y apellido, en ese orden).
2. Coma.
3. Título del artículo (entre comillas).
4. Coma.
5. Título de la revista (en *cursiva*).

6. Coma.
7. Volumen (si así fuese el caso).
8. Coma.
9. Número.
10. Coma.
11. Lugar de edición.
12. Coma.
14. Editorial (si corresponde).
15. Coma.
16. Año de publicación (en su ausencia se pone *s.a.*).
17. Coma.
18. Número de páginas (con la siguiente abreviatura *pág.* o *págs.*, cuando corresponda).

Todas las citas que excedan más de cuatro renglones deberán ir fuera de texto, es decir, separadas de un espacio del texto, al inicio y la final, y con sangría.

Todos los términos extranjeros deberán venir en cursiva (letra itálica), excepto los españolizados por la R.A.E.

Los títulos de: libros, obras de arte, barcos, trenes, piezas musicales, en cursiva.

Los títulos de artículos entre comillas, cuando se cita la obra en que está inserto; si no es así, en *cursiva*.

Los versos, estrofas y poesías en *cursivas*.

La indicación de los siglos y números romanos en VERSALITA, estos últimos cuando no encabecen el nombre de alguna reunión, congreso, etc., y cuando forman parte del nombre de algún personaje como, por ejemplo, Enrique VIII.

La siglas deben venir en VERSALITAS y separadas por puntos.

Los encabezados de los artículos será como sigue:

Título (en altas y centrado).

Autor (Altas y bajas *cursivas* y centrado a un espacio debajo del título).

La dependencia del autor a alguna institución, agrupación o universidad, debe ser indicada con un llamado de nota a pie de página-asterisco en volado (superíndice)-.

Los autores deberán consignar los datos necesarios para su ubicación (teléfono, dirección, etc.), adjuntándolos, en hoja aparte, a la copia impresa del artículo, reseña o testimonio, que remitan a la revista.

Asimismo, el o los autores, tendrán la obligación de revisar la primera tira de pruebas de sus artículos para su Vº Bº. Actividad que se deberá realizar en las oficinas de la Revista, ubicadas en la Biblioteca Nacional. En caso de que no estuvieren para tales efectos, deberán designar una persona para ello, y si así no fuera, la secretaría de redacción podrá corregir los artículos, considerando que el autor, por ausencia, ha otorgado su autorización, sin responsabilidad para la revista.

SECRETARÍA DE REDACCIÓN

PUBLICACIONES DE LA DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS,
ARCHIVOS Y MUSEOS

1990-1994

BIBLIOTECA NACIONAL

Revista *Mapocho*, N^{os} 29 y 30, primer y segundo semestre de 1991 (Santiago, 1991); N^{os} 31 y 32, primer y segundo semestre de 1992 (Santiago, 1992); N^{os} 33 y 34, primer y segundo semestre de 1993 (Santiago, 1993); N^o 35, primer semestre de 1994.

Referencias críticas sobre autores chilenos, años 1982, 1983 y 1987, vols. xvii, xviii y xxii (Santiago, 1991, 556 págs.; 1991, 430 págs.; 1992, 333 págs.).

Gabriela Mistral, *Lagar II* (Santiago, 1991, 172 págs.). Primera reimpresión (Santiago, 1992).

Geografía poética de Chile, Norte Grande (Santiago, 1991, 111 págs.).

Geografía poética de Chile, Norte Chico (Santiago, 1992, 112 págs.).

Geografía poética de Chile, Valparaíso (Santiago, 1993, 112 págs.).

Pedro de Oña, *El Ignacio de Cantabria*, edición crítica de Mario Ferreccio P. y Mario Rodríguez (Santiago, 1992, 441 págs.).

Roque Esteban Scarpa, *Las cenizas de las sombras* (Santiago, 1992, 179 págs.).

Julio Retamal Favereau, Carlos Celis y Juan G. Muñoz, *Familias fundadoras chilenas*, coedición: Ed. Zig-Zag, Comisión Quinto Centenario (Santiago, 1992, 827 págs.).

Catálogo del patrimonio cultural, 20 láminas color (Santiago, 1992).

Lidia Contreras, *Historia de las ideas ortográficas en Chile* (Santiago, 1993, 416 págs.).

Departamento de Extensión Cultural, Serie Patrimonio Cultural, contiene: *Grabados de Max Klinger*, vol. I; *Dibujos de Rugendas*, vol. II; *Los caprichos de Goya*, vol. III; *Dibujos de Gustav Klimt, Egon Schiele*, vol. IV; *Dibujos de Dampier*, vol. V (Santiago, 1993).

CATÁLOGOS DE EXPOSICIONES

Chile y Australia en el Pacífico, mar del nuevo mundo (Santiago, 1990, 39 págs.).

La palabra de España en América (Santiago, 1990, 99 págs.).

Balmaceda y su tiempo (Santiago, 1991, 51 págs.).

El territorio del Reyno de Chile; 1520-1810 (Santiago, 1992, 36 págs.).

CENTRO DE INVESTIGACIONES DIEGO BARROS ARANA

La época de Balmaceda. Conferencias (Santiago, 1992, 123 págs.).

Fondo de Apoyo a la Investigación 1992, *Informes*, N^o I (Santiago, julio, 1993).

Julio Retamal Ávila y Sergio Villalobos R., *Bibliografía histórica chilena. Revistas chilenas 1843-1978* (Santiago, 1993, 363 págs.).

Publio Virgilio Maron, *Eneida*, traducción castellana de Egidio Poblete (en prensa).

José Ricardo Morales, *Estilo y paleografía de los documentos chilenos (siglos XVI y XVII)* (en prensa).

Fray Francisco Xavier Ramírez, *Coronación sacro-imperial de Chile*, transcripción y estudio preliminar de Jaime Valenzuela Márquez (en prensa).

Fuentes para la historia de la república

- Vol. I. *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 351 págs.).
- Vol. II. *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1991, 385 págs.).
- Vol. III. *Discursos de José Manuel Balmaceda*. Iconografía, recopilación de Rafael Sagredo B. y Eduardo Devés V. (Santiago, 1992, 250 págs.).
- Vol. IV. *Cartas de Ignacio Santa María y su hija Elisa*, recopilación de Ximena Cruzat A. y Ana Tironi (Santiago, 1991, 156 págs.).
- Vol. V. *Escritos del padre Fernando Vives*, recopilación de Rafael Sagredo (Santiago, 1993, 524 págs.).
- Vol. VI. *Ensayistas y proteccionistas del siglo XIX*, recopilación de Sergio Villalobos R. y Rafael Sagredo B. (en prensa).

Colección sociedad y cultura

- Jaime Valenzuela Márquez, *Bandidaje rural en Chile central, Curicó, 1850-1900* (Santiago, 1991, 160 págs.).
- Verónica Valdivia Ortiz de Zárate, *La Milicia Republicana. Los civiles en armas. 1932-1936* (Santiago, 1992, 132 págs.).
- Micaela Navarrete, *Balmaceda en la poesía popular 1886-1896* (Santiago, 1993, 126 págs.).
- Andrea Ruiz-Esquide F., *Los indios amigos en la frontera araucana* (Santiago, 1993, 116 págs.).
- Paula de Dios Crispi, *Inmigrar en Chile: estudio de una cadena migratoria hispana* (Santiago, 1993, 172 págs.).
- Jorge Rojas Flores, *La dictadura de Ibáñez y los sindicatos (1927-1931)* (Santiago, 1993, 190 págs.).
- Ricardo Nazer, *José Tomás Urmeneta. Un empresario del siglo XIX* (Santiago, 1994, 289 págs.).
- Álvaro Góngora, *La prostitución en Santiago (1813-1930)* (en prensa).

Biblioteca escritores de Chile

- Vol. I. *Alone y los Premios Nacionales de Literatura*, recopilación y selección de Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1992, 338 págs.).
- Vol. II. *Jean Emar, escritos de arte. 1923-1925*, recopilación e introducción de Patricio Lizama (Santiago, 1992, 170 págs.).
- Vol. III. *Vicente Huidobro, textos inéditos y dispersos*, recopilación, selección e introducción de José Alberto de la Fuente (Santiago, 1993, 254 págs.).
- Vol. IV. *Domingo Meli. Páginas escogidas* (Santiago, 1993, 128 págs.).
- Vol. V. *Alone y la crítica de cine*, recopilación y prólogo de Alfonso Calderón (Santiago, 1993, 204 págs.).

Vol. vi. *Martín Cerda. Ideas sobre el ensayo*, recopilación y selección de Alfonso Calderón y Pedro Pablo Zegers B. (Santiago, 1993, 268 págs.).

Colección de antropología

Mauricio Massone, Donald Jackson y Alfredo Prieto, *Perspectivas arqueológicas de los Selk'nam* (Santiago, 1993, 170 págs.).

COORDINACIÓN DE MUSEOS

Revista *Museos*, N^{os} 7 y 8 (1990); N^{os} 9, 10 y 11 (1991); N^{os} 12, 13 y 14 (1992); N^{os} 15, 16 y 17 (1993).

Gabriela Mistral en "La Voz de Elqui", publicación ocasional del Museo Gabriela Mistral de Vicuña (Vicuña, 1992, 64 págs.).

Boletín del Museo Mapuche de Cañete, N^o 5 (1990); N^o 6 (1991).

Comunicaciones, Museo de Concepción, N^o 5 (1990); N^o 6 (1991).

Anales, Museo de Historia Natural de Valparaíso, 1987 (1991).

Contribución arqueológica N^o 3, Museo Regional de Atacama (Copiapó, 1992, 96 págs.).



DIRECCION
DE BIBLIOTECAS
ARCHIVOS
Y MUSEOS